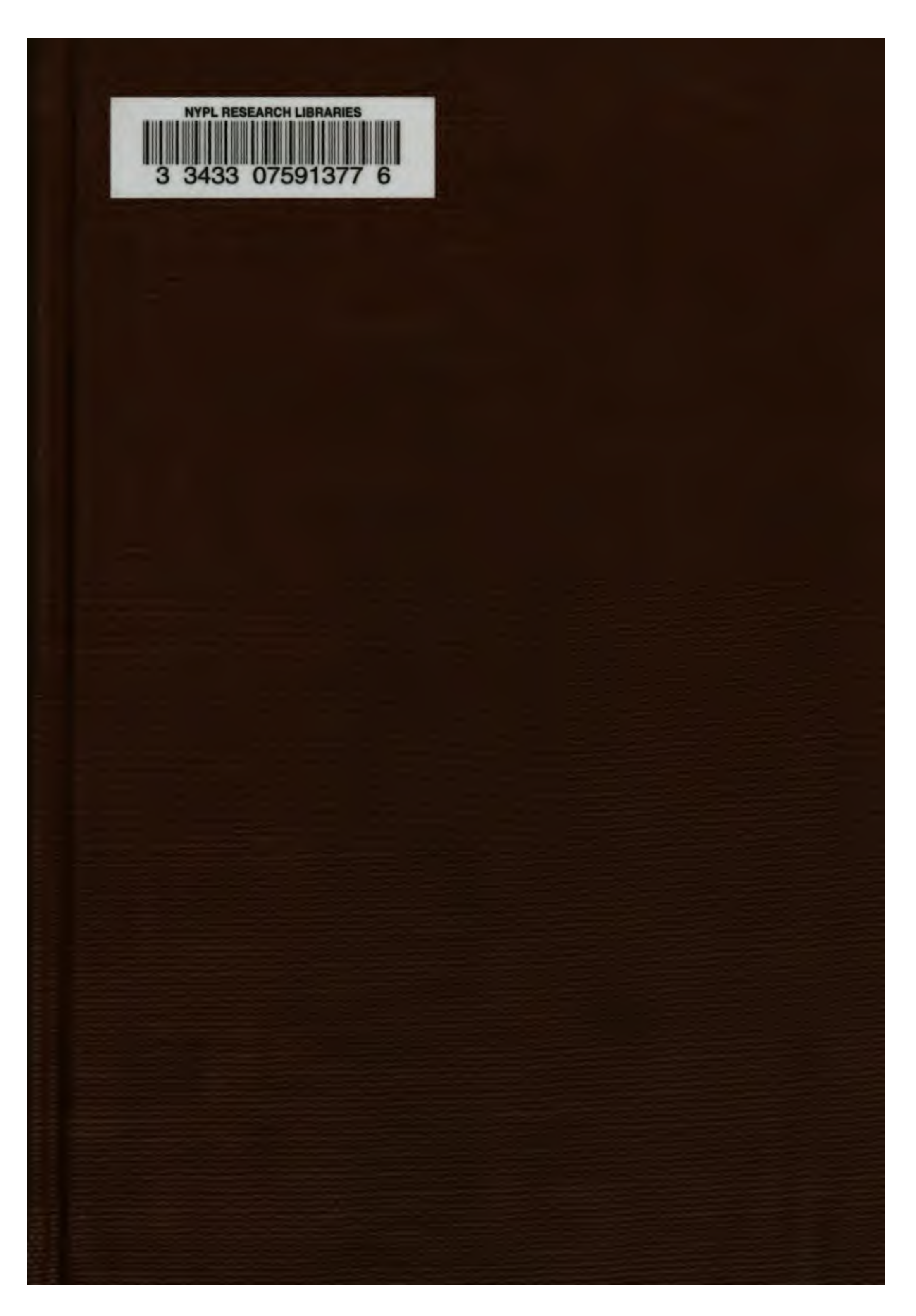
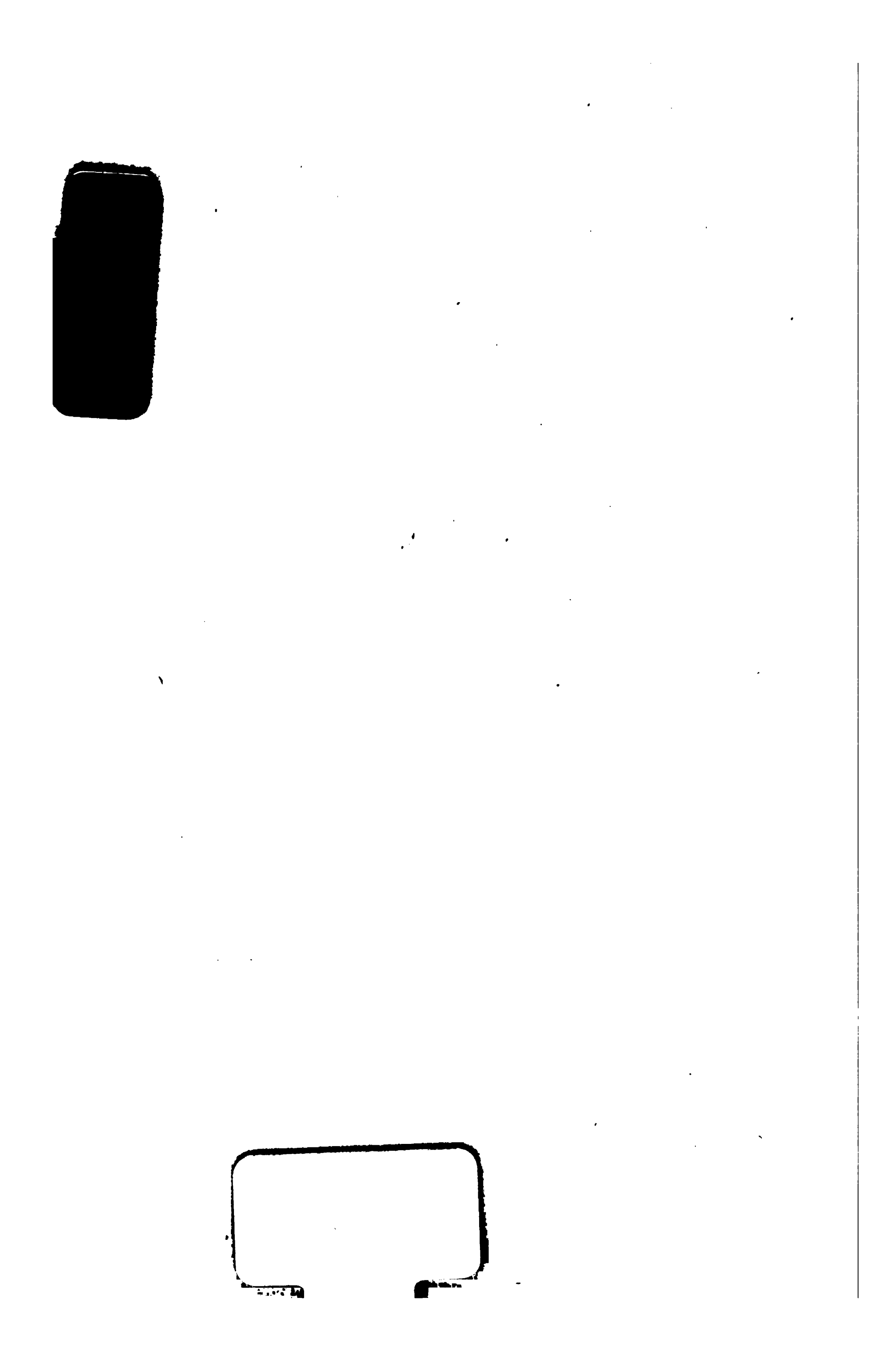

NYPL RESEARCH LIBRARIES
3 3433 07591377 6



LA CARTERA CUBANA.

LA CARTERA CUBANA.



VICENTE ANTONIO DE CASTRO.

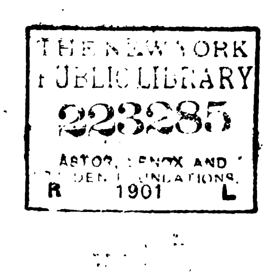
TOMO 2.°

Primer Cuaderno.

ENERO.—1839.

HABANA.

IMPRENTA LITERARIA, A CARGO DE D. DOMINGO PATIÑO.
Calle del Obispo Núm. 89.


THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
223285
ASTOR, LENOX AND
TILDEN FOUNDATIONS.
R 1901 L

INTRODUCCION.

Terminado con el sesto cuaderno últimamente repartido el primer volúmen de esta obra; al comenzar de nuevo nuestras tareas, renovando el empeño que tomamos á su publicacion, de consagrarla esclusivamente al servicio de la literatura del país en cuanto pudieran permitirlo nuestras escasas luces; es un deber que nos impone la gratitud, antes que todo, el de tributar al público en general, que nos ha favorecido con su asistencia y á los que han tomado parte en el mejor desempeño de nuestro compromiso, las mas humildes gracias por su generosa cooperacion, y por el eficaz auxilio que nos han prestado, sin el cual, ni esta obra hubiera visto la luz, ni podría continuarse.

Proyectada únicamente por nuestro buen deseo y concebida no con el espíritu de especulacion, que en vano se tentaría por este medio, sino mas bien con la mira de promover las discusiones útiles, cuando todo indica que es llegada la oportunidad de abrirles un campo provechoso; nos parece que si no hemos llenado, como la exigencia de estas circunstancias reclamaba, el compromiso que contrajimos para con el público; no se imputará al menos ese vacío, ni á falta de celo de nuestra parte, ni mucho menos al perezoso descuido de que con razon ó sin ella ha podido acusarse hasta aquí á algunos que antes que nosotros emprendieron la misma carrera.

Una obra puramente científica y didáctica, aun cuando abrazase el vasto ramo de la literatura, seguramente que ni sería sostenida á falta de lectores, ni podría emprenderse sin temeridad al menos por nosotros, pues que carecemos de la aptitud necesaria para llenar aquel compromiso en los términos que lo demanda su propia naturaleza. No es por esto nuestro ánimo, ni pudiera imaginarse nunca de nosotros, que pretendiésemos negar al país todo el elogio que merece, y á que por sus adelantamientos y por la lucidez de razon de sus naturales se ha hecho en estos últimos tiempos acreedor.

Pero lo cierto es, que todo tiene su oportunidad, y que fuera en vano querer forzar y hacer violencia al órden de la naturaleza, que mas poderosa siempre que las exigencias de los hombres, acabaría al fin por sobreponerse y triunfar de aquellas. Las ciencias no son cultivadas, ni prosperan, sujetándose á la ley comun, sino en aquellos puntos donde las demanda la necesidad; y no hay que esperar que se produzcan sabios y que medren las letras, sino cuando el estado de las cosas pide imperiosamente que las haya. Entre tanto los estímulos para crearlos, ya vengan del gobierno, ó partan de un punto mas bajo de la escala social, son si no enteramente perdidos, al menos poco provechosos, y que no producen un efecto que equivalga y compense á los dispendiosos esfuerzos que se emplean para procurarlos. La naturaleza mas sabia que las mismas combinaciones humanas es el verdadero regulador en estos casos; y estuvo muy lejos de nuestros principios, olvidarnos hasta tal punto de nuestra capacidad, que nos aventuráramos á publicar una obra puramente científica ó literaria.

Mucho mas modesta y circunscrita nuestra tarea, nos limitamos á un órden de trabajo mas inferior y que estaba por lo mismo en una línea proporcional á nuestras fuerzas, que era el de aplicar las teorías recibidas de las ciencias en el estado en que hoy se encuentran, á los intereses materiales y á las discuciones útiles que el movimiento de progresion en que se halla la isla hace que se susciten incesantemente entre nosotros; empleando tambien la crítica literaria, no para formar un trata-

do especial acerca de esta parte de las letras, aunque tambien sobre ello hemos aventurado nuestras ideas; sino para dirigir por el buen sendero, segun mejor lo comprendíamos, á cuantos han tomado á su cargo la empresa difícil de propagar la ilustracion.

El espíritu de industria, y el deseo de cultivar las ciencias y las letras, no hay duda que de algun tiempo á esta parte se han desarrollado maravillosamente entre nosotros; y parecía que para darle mayor impulso, para conseguir que continuase su carrera con una marcha libre y segura, y sin los estorbos y embarazo á que estaría sujeta si se la abandonase, dejándola sin la guia y el norte que la conviene seguir; era tambien preciso que algunos tomasen el empeño de mostrarle los verdaderos caminos, ó los que en su opinion creyesen tales, á fin de evitar estravíos posibles. Este espíritu de industria y comun deseo de cultivar las letras, que por un feliz destino de la época, le vemos en toda la sociedad que se propaga con admirable rapidez de la corte á las ciudades, y de estas á las cabañas del labrador; que tanto cunde por los talleres del artista como en los bancos de la escuela, es una circunstancia preciosa que no debe desperdiciarse para sacar de ella todo el partido que conviene, y utilizarla en favor de la presente y de las generaciones que han de sucederle. La imprenta es su conducto natural, pero usada por los medios legítimos, y cuando no se la tuerce de su verdadera institucion que no es la de deprimir sino ilustrar, ni echar manchas sobre la reputacion de los hombres, sino ocuparse de las cosas y presentar á todos la verdad y la razon. Lo demás es trocar la mision que toca al escritor, es derramar luces desastrosas, cuyo falso esplendor anuncia y da la muerte, á semejanza de aquellos siniestros meteoros que no brillan sobre el horizonte, sino como presagios del mal. A tales escritores que de hombres de mérito se prostituyen á la clase de indignos folletistas, es á quienes con razon se mira como verdaderos azotes de la sociedad de que pudieron ser la antorcha y la gloria: ¡justo castigo del mérito condenado por el crímen de infidelidad á su mision!

Se necesita sin duda menos apresuramiento á producirse, si se ha de llenar el objeto á que se aspira, y si se pretende ser verdaderamente útil á los hombres. La verdad no se encuentra sino despues de largos esfuerzos; es el fruto tardío del tiempo y de la razon, como el error y el alucinamiento son la constante miseria de toda la vida. Pretendemos, pues, contribuir por nuestra parte aunque con débiles medios á fomentar ese movimiento dado en los espíritus, y la senda que nos hemos señalado en nuestro primer volúmen es la misma que continuaremos en este y los siguientes si no nos abandonase el favor con que el público ha protegido hasta aquí nuestra empresa: muy contentos si por única retribucion tenemos al menos la seguridad de haber contribuido en cuanto lo permiten nuestros medios y recursos al bien y prosperidad pública.

Con tal propósito y conducidos por esa sola idea, que satisface todos los deseos, procuraremos en adelante redoblar los desvelos y multiplicar los esfuerzos que basten á conseguirlo, contando para ello con la ayuda de nuestros amigos y la reciente incorporacion de los antiguos directores del *Plantel*, que separados de la redaccion de aquella obra, han querido prestar sus luces en en favor del mejor desempeño de esta, que les cuenta en el dia en el número de sus colaboradores. De esta suerte nada ha omitido la direccion de cuanto consideraba que pudiese, de cualquier modo que fuera, mejorar la empresa, ya en lo material, ya en la parte mas esencial de su esmerado desempeño; y con estas garantías se presenta tal vez mas segura y mas bien preparada á llenar el compromiso contraido, pronta como lo está á recibir con gratitud los trabajos que se le remitan, ó indicaciones que se le hagan respecto á los objetos que abraza en su carrera, y que entren en el círculo de su obra, si fueren dirigidos al bien del país, al adelantamiento de la ilustracion ó al fomento de la industria, de las artes y la agricultura, que es el fin único y el término á que aspira.

SECCION PRIMERA.

CIENCIAS.

Constitucion medica precedida de observaciones meteorológicas.

Mes de Noviem.	Barometro frances.			Termometro de Fahrenheit.			Higrometro de Saussure.		
Dias.	8 de la mañana.	2 de la tarde.	8 de la noche.	8 de la mañana.	2 de la tarde.	8 de la noche.	8 de la mañana.	2 de la tarde.	8 de la noche.
1	27 p. 74	27 p. 70	27 p. 72	78° „	80.° 75	79.° „	63.° „	57° „	64° „
2	„ 73	„ 66	„ 63	76 „	82 50	77 65	66 „	60 „	66 „
3	„ 70	„ 66	„ 68	75 75	83 „	77 „	60 „	58 „	63 „
4	„ 67	„ 60	„ 63	76 „	82 „	79 „	65 „	59 „	64 „
5	„ 64	„ 58	„ 54	76 „	82 50	80 20	64 „	70 „	70 75
6	„ 67	„ 62	„ 65	77 „	81 40	73 65	74 „	70 „	73 „
7	„ 66	„ 61	„ 64	77 30	83 20	78 20	76 „	64 „	70 „
8	„ 65	„ 58	„ 62	77 „	82 15	80 80	76 „	68 „	72 „
9	„ 70	„ 67	„ 70	77 15	77 „	75 75	74 „	73 „	72 „
10	„ 70	„ 68	„ 72	76 „	78 25	77 25	70 „	77 „	77 25
11	„ 77	„ 71	„ 70	76 „	80 35	76 50	77 „	76 „	78 „
12	„ 70	„ 65	„ 68	76 50	80 50	77 „	73 „	68 „	71 „
13	„ 70	„ 65	„ 70	75 25	80 50	77 50	72 „	65 „	69 „
14	„ 70	„ 63	„ 66	74 25	79 75	77 75	70 „	62 „	68 „
15	„ 68	„ 63	„ 67	75 50	80 80	76 25	68 „	59 „	67 „
16	„ 69	„ 61	„ 63	75 „	80 35	78 50	63 „	61 50	63 „
17	„ 70	„ 60	„ 64	75 „	80 50	78 25	64 „	55 „	59 „
18	„ 68	„ 60	„ 66	76 „	81 30	78 80	63 „	57 „	58 „
19	„ 70	„ 66	„ 72	77 „	80 75	77 50	62 „	57 „	57 „
20	„ 75	„ 70	„ 78	77 „	80 50	77 „	61 „	56 „	59 „
21	„ 76	„ 71	„ 71	77 50	77 30	77 20	64 50	66 50	66 „
22	„ 70	„ 65	„ 65	77 „	77 35	76 85	66 „	65 50	68 75
23	„ 60	„ 55	„ 55	77 25	79 50	77 „	70 „	70 50	71 „
24	„ 56	„ 50	„ 60	76 „	79 30	77 „	71 „	71 „	72 „
25	„ 60	„ 60	„ 66	76 „	77 „	75 „	70 „	69 50	69 50
26	„ 70	„ 65	„ 68	73 50	76 „	75 „	67 „	60 „	67 „
27	„ 68	„ 66	„ 66	73 40	74 85	73 50	72 „	71 75	74 „
28	„ 58	„ 54	„ 56	75 „	78 „	75 10	74 „	74 „	74 „
29	„ 66	„ 65	„ 74	74 „	77 „	75 „	69 „	68 „	70 „
30	„ 78	„ 71	„ 70	75 „	77 50	74 „	70 „	69 „	69 „

Nubarrones.—El 20 casi todo el dia con norte á la tarde: el 21, 22 y 23 casi todo el dia. Lloviznas.—El 2 á las 12 y media del dia; el 10 á las 9 de la mañana; el 12 á las 6 de la tarde; el 16 á las 10 y 11 y media de la mañana; el 22 por la tarde; idem el 23: el 24 á las 8 y media de la noche; el 27 al medio dia y por la tarde; el 30 de cuando en cuando. Chubascos.—El 11 á la 1 y media del dia; el 19 en la madrugada; el 21 por la mañana; el 22 de 11 á 2 de la tarde; el 23 á las 10 de la noche; el 24 de 10 á 12 del dia; el 29 de la tardecita á la noche. Aguaceros.—De las 11 menos cuarto de la noche del 8, hasta las 8 de la mañana del 9 con truenos; el 10 á las 11 y media de la mañana sin ellos; la noche del 10 al 11 de las 10 y media en adelante, y toda la tarde del 11 hasta las 9 de su noche de cuando en cuando; la madrugada del 17; el 21 á las 12 y 1 y media del dia, y á las 10 y media de la noche; el 22 a las oraciones, y 11 de la noche, y toda la del 26 al 27 hasta las 10 de este dia y la del último de cuando en cuando; idem el 30 de 6 á 11 de la noche.

ESTADO

DE

HOSPITALES.

ENFERMEDADES.		MES DE NOVIEMBRE DE 1838.			
		S. Ambrosio.	S. Juan de Dios.		S. Francisco de Paula.
			Presos.	Particul.	
MEDICINA.	Tifo	4	”	”	”
	Fiebres intermitentes	34	5	4	”
	Idem catarrales	36	22	24	”
	Gastritis agudas	9	18	20	4
	Idem crónicas	4	”	”	”
	Diarreas	23	1	26	”
	Disenteria	”	1	1	2
	Cólicos	”	2	”	2
	Hepatitis agudas	”	”	”	1
	Esplenitis	6	”	”	”
	Nefritis simples	2	”	”	”
	Obstrucciones	4	”	”	”
	Anginas	”	”	1	”
	Afectos catarrales	22	”	”	”
	Asma	”	”	2	”
	Pleuritis	”	2	1	”
	Tisis	4	”	6	7
	Hemoptisis	3	”	”	1
	Hematemesis	”	”	”	”
	Afectos del corazon	8	”	”	”
	Reumatismos agudos	4	12	7	”
	Hidropesia	1	”	2	”
	Mania	”	2	”	”
	Cerebritis	”	”	”	2
	Apoplegia	2	”	4	”
	Espamos	”	”	1	”
	Suma	166	59	97	19
CIRUGIA.	Contusiones	1	3	”	”
	Heridas de armas blancas	7	7	”	”
	Idem de fuego	1	”	”	”
	Tumores simples	”	2	”	”
	Panadizos	”	1	”	”
	Bubones	19	3	3	”
	Hérnias	3	”	”	”
	Ulceras cancerosas	2	”	”	”
	Idem carcinomatosas	”	2	”	”
	Idem subinflamatorias	1	1	8	3
	Idem y pústulas venéreas	30	4	6	”
	Orquitis	”	”	1	”
	Fimosis y parafimosis	13	”	”	”
	Uretritis	29	”	2	”
	Dolores osteocopos	50	4	2	”
	Hemorroides	3	1	”	”
	Fistulas del ano	2	”	1	”
	Erisipelas	2	1	1	”
	Erupciones sarnosas	15	2	2	”
	Inflamaciones esternas	”	1	1	”
	Herpes	4	”	”	”
	Oftalmias agudas	13	3	”	”
	Idem crónicas	9	”	”	”
	Escrófulas	1	”	”	”
	Lupias	1	”	”	”
	Hemorragias	2	”	”	”
	Suma	208	35	27	3

HOSPITALES.

S. AMBROSIO.

Existencia en 1.° de noviembre.	333	707
Entraron en dicho mes	374	
Se curaron.	336	360
Fallecieron.	24	
Quedaron para 1.° de diciembre de 1838. . . .		347

La mortandad estuvo á razon de 3,39 por 100.

S. JUAN DE DIOS.

Existencia en 1.° de noviembre.	298	516
Entraron en dicho mes	218	
Se curaron	193	242
Fallecieron.	49	
Quedaron para 1.° de diciembre de 1838. . . .		274

La mortandad estuvo á razon de 9,49 por 100.

S. FRANCISCO DE PAULA.

Existencia en 1.° de noviembre.	132	154
Entraron en dicho mes	22	
Se curaron	15	35
Fallecieron.	20	
Quedaron para 1.° de diciembre de 1838. . . .		119

La mortandad estuvo á razon de 12,98 por 100.

RESUMEN.

De estos estados y de la práctica de los facultativos de la Habana, se deduce, que en noviembre reinaron las enfermedades siguientes : el órden en que se colocan indica su mayor ó menor predominio.

Noviembre.

Fiebres intermitentes.—Idem catarrales.—Afectos idem. —Diarreas.—Reumatismos.

Observaciones prácticas.

Hace mucho tiempo que los médicos estudiosos observaron el variable influjo de las estaciones en la produccion de las enfermedades. El invierno que causa flegmasías tan alarmantes en Europa, es en nuestro país una especie de otoño, y si en ciertos dias hasta los europeos sienten un frio que les fuerza á vestirse de paño, son tan efímeros que no bastan á caracterizar una estacion. Por consecuencia no son tan fuertes las flegmasías, ni tan numerosas, y aquellos padecimientos que se presentan, mas se refieren á los de la época otoñal que á la del frio.

Esta especie de otoño que nos ha abrumado con sus aguas, ha sido causa, por la varia temperatura que le acompañó, de las fiebres intermitentes; y á su prolongado influjo deben referirse lo comun de las recaídas y la impotencia de los remedios.

Sin duda que han contribuido á los catarros la humedad y disminucion del calor; pero se deben llevar en cuenta, junto con las viscisitudes de la atmósfera, las de los vientos. Este vacío que se nota en las observaciones y que habíamos pensado llenar con un Anemómetro, segun se indicó en la página 232 del primer volúmen, continúa todavía por no haberle recibido del estrangero á pesar de la repeticion del encargo. Pero todos nos hemos resentido de la influencia del aire, y si el uno padeció de bronquítis, otro sufrió la diarrea y los mejor librados un simple coriza.

Esto corrobora los distintos efectos del frio y de la humedad, segun la predisposicion individual, y hasta los casos de apoplegía que aparecieron, demuestran que dirigida la sangre al interior por las perfrigeraciones, es capaz de producir todo género de enfermedades.

Se han enterrado en el cementerio general:

	ADULTOS.	PARVULOS.
En todo noviembre	256	118
Total general.	374	

CIRUGIA

SOBRE LAS INYECCIONES DE LA TINTURA DE IODO PARA LA CURACION DEL HIDROCELE.

Esta enfermedad tan comun en nuestra isla, donde las viscisitudes atmosféricas y la humedad, se juntan con el afecto amoroso de los individuos, para predisponerlos á ella; ha exigido hasta ahora para su curacion operaciones dolorosas que no se veían siempre coronadas de la salud apetecida. El sedal, la potasa cáustica, las inyecciones de vino, fueron alternativamente usados y desechados: aquel, por los dilatados padecimientos que arrastraba consigo; estas porqué con frecuencia le contraindicaba un sarcocele, una disposicion nerviosa ó inflamatoria; y por último, la potasa, que no servía sino para abrir un paso al líquido y ocasionar una corta adherencia, quedó relegada á los cirujanos y personas tímidas.

A la verdad que los profesores animosos nunca vacilaron en usar de las inyecciones de vino cuando ninguna cosa las contraindicaba; pero nosotros que las hemos usado con la mejor suerte, confesamos con franqueza que se nos partía el corazon al ver los dolores y convulsiones del paciente, al considerar que por tres veces se repetía aquel martirio, y que la inflamacion aguda que se producía, necesitaba á veces de los mas urgentes socorros.

¿Como, pues, no dar gracias al célebre cirujano francés que descubrió se lograban los mismos efectos con el iodo, sin aquellos dolores ni una inflamacion tan alarmante?

No se crea, con todo, que intentamos hacer un largo discurso sobre el hidrocele. Creemos demasiado instruidos á nuestros compañeros; y para demostrar la bondad del método, nos bastará referir cinco hechos de curaciones que hasta ahora parecen radicales y pertenecen á individuos de la tropa que se restablecieron de su mal en el hospital de S. Ambrosio.

Núm. 31 de S. Baltasar.

Julio 31.—Entró un individuo llamado Ramon Santa María, de la 5.ª compañía de la Corona, con un hidrócele, que fué o-

perado y después se inyectaron 2 dracmas de la tintura de iodo en una onza de agua: por 3 minutos se la contuvo interiormente.

Agosto 1.° —La sensibilidad se propaga al cordon y hay bastante inflamacion.

Dia 2.—Hay sensibilidad é inflamacion.—Dia 3. Idem.

Dia 4.—Menos dolor: la hinchazon lo mismo.

Dia 5.—Hay menos dolor é inflamacion.

Dia 6.—Hay dolor solo al comprimirse.

Dia 7.—Poca sensibilidad é inflamacion: fomentos de vino aromático.

Dia 8 y 9, idem los fomentos.

Dia 10.—Hay una dequeña dureza; sigue el fomento.

Dia 11.—No hay dolor: siguen los fomentos.

Dia 12.—Está bueno: no se le dió el alta hoy á consecuencia de que tenía una pequeña ulcerita, de la que no está aun curado.

Núm. 22 de S. Baltasar.

Agosto 22 —Entró hoy un individuo llamado Manuel Cabo, soldado de Galicia, compañía de granaderos, con una hidrócele del lado izquierdo: fué operado con dos dracmas de la tintura de iodo en una onza de agua destilada: sostúvola interiormente tres minutos.

Dia 23.—Hay bastante inflamacion y sensibilidad.

Dia 24.—La misma hinchazon, poca sensibilidad. Dia 25. —Idem.

Dia 26.—Menos dolor: la misma hinchazon.

Dia 27.—Se han disminuido ambas cosas.

Dia 28.—Sigue lo mismo, fomentos de vino aromático. Dia 29.—Idem.

Dia 30.—Disminúyese la inflamacion: sigue el vino aromático. Dia 31.—Idem. *Setiembre* 1.°—Idem en todo.

Dia 2.—Hay mejoría: sigue con lo mismo Dia 3.— Idem.

Dia 4—Apenas hay dolor, se le dilató una berruguilla que tenía en el órgano afecto: siguen los fomentos.

Dia 5.—Solo hay dolor á la compresion: idem en todo.

Dia 6.—Alta por estar bueno.

Núm. 22 de S. Baltasar.

Entró hoy 8 de *Setiembre* un individuo llamado Miguel García de 19 años, soldado de la 2.ª compañía de Barcelona con

un hidrocele del lado izquierdo que cuenta un año, y se ignora la causa, pues no ha padecido nunca de venéreo, ni ha llevado golpes, &c. Practicósele la operacion dando como dos á tres libras de líquido, y se le inyectaron dos onzas de agua y cuatro dracmas de iodo para formar una tintura : se la retuvo interiormente cinco minutos y sintió algun dolor y calor.

Setiembre 9.—Hay un poco de dolor é hinchazon.

Dia 10.—Ha tenido mas dolor que ayer, hay un poco de inflamacion.

Dia 11.—El calor está poco desenvuelto y aunque la inflamacion es la de ayer, no hay gran dolor.

Dia 12.—Se ha disminuido el dolor : la misma inflamacion.

Dia 13.—Ha tenido mas dolor, la inflamacion es mas suave.

Dia 14.—No hay dolor, la inflamacion cede y está mas blanda la parte.

Dia 15.—Poco dolor, la inflamacion es corta.

Dia 16.—La mejoría es imperceptible.

Dia 17.—Poco dolor: el volúmen del órgano es menor.

Dia 18.—No hay dolor sino á la compresion : fomentos de vino aromático. Dia 19.—Idem. Dia 20.—Idem.

Dia 21.—Siguen los fomentos.

Dia 22.—Hay poco dolor, ligera inflamacion: los fomentos siguen. Dia 23.—Idem en todo. Dia 24.—Idem.

Dia 25.—El órgano está mas blando: los fomentos siguen. Dia 26.—Idem.

Dia 27.—Friccion con el hidriodate de potasa : aun hay sensibilidad á la compresion.

Dia 28.—Ardió un poco: idem.

Dia 29.—Sigue la friccion.

Dia 30.—Poco dolor, la friccion y vino aromático para fomentos. *Octubre* 1.º—Idem.

Dia 2.—Dos veces se aplicarán cabezales de iodo.

Dia 3.—Siguen los fomentos de ayer.

Dia 4.—Está mas blando: los fomentos de ayer. Dia 5.—Idem.

Dia 6.—Idem: disminuye el órgano. Dia 7.—Idem.

Dia 8.—Siguen los fomentos de iodo. Dia 9.—Idem. Dia 10.—Idem.

Dia 11.—Sigue con los mismos fomentos. Dia 12.—Idem.

Dia 13.—Se volvió á operar dando como dos onzas de líquido y sostuvo interiormente la inyeccion cinco minutos.

Dia 14.—Lijera hinchazon, poca sensibilidad y débil aumento de calor.

Dia 15.—Mas hinchazon y disminuye la sensibilidad.

Dia 16.—Menos hinchazon, calor y sensibilidad: fomentos de vino aromático.

Dia 17.—Fomentos de iodo.—Dia 18, idem.

Dia 19.—Descanso.—Dia 20, idem.—Dia 21, idem.

Dia 22.—Sigue bien.

Dia 23.—Desde hoy al 26 siguió bien dándole un dia sí y otro no los fomentos del vino aromático, y hoy 27 se le dió el alta.

Núm. 26 de S. Diego.

Octubre 20.—Entró un individuo hoy con un hidrócele derecho: se llama Francisco Salvado, natural de Cataluña, de 20 años de edad, del regimiento de Barcelona, 2.ª compañía. Hace tres años que le tiene á consecuencia de una uretritis repercutida, y le han aplicado otras veces sanguijuelas. Reconocido, es un hidrócele de la túnica vaginal del cordon: practicose la puncion dando como 5 ó 6 onzas de líquido, inyectándosele despues 4 onzas de agua con 8 dracmas de la tintura alcohólica de iodo: sostúvola interiormente 6 minutos, con dolor hácia el cordon.

Dia 21.—Hay poco dolor en la hinchazon: algun calor.

Dia 22.—Ningun dolor ni calor: fomentos de vino aromático.

Dia 23 hasta el 26: siempre igual en disminucion: fomentos de vino aromático con la tintura del iodo.—Dia 27, idem. Dia 28, idem.—Dia 29, idem.—Dia 30, idem.—Dia 31, idem.

Noviembre 1.º Suspensorio y alta.

Reflexiones.

Estas cinco curaciones manifiestan la utilidad de las inyecciones de iodo y la preferencia á que son acreedoras.

1.º No hay absorcion ni envenenamiento, porqué las membranas serosas no tienen las propiedades de las mucosas.

2. ° El dolor que produce la inyeccion, es moderado; y como no se hace mas que una vez y en corta cantidad, no se observan las convulsiones ni el desmayo que aparecían con las de vino.

3. ° La inflamacion sucesiva es tan poco importante, que en lugar de tener que debilitarse hay que activarla con frecuencia.

4. ° Existiendo un sarcocele ó endurecimiento concomitante no se contraindica la operacion si el órgano está simplemente subinflamado; antes por el contrario, se curan muchas veces su infarto y su dureza por la irritacion que se produce y que hace absorver los líquidos que engurgitaban la glándula; cuyo efecto es igual al de las fricciones esternas del iodo.

¿Pero estas enfermedades no estarán espuestas á la recidiva? Nosotros creemos que no, y hasta ahora nos favorecen los hechos; pues si la membrana se adhiere con el vino, y si en un caso no se separan las dos telas, tampoco se aislarán en el otro.

Esto no obstante, convendremos en que es posible la separacion, tanto con las inyecciones de vino, como con las del iodo; pues las adherencias celulares que se forman, pueden observarse y desaparecer. Dígalo si no el hecho notable de un hipocondriaco que intentó muchas veces suicidarse hiriéndose el vientre. Lograron salvarle la vida muchas ocasiones, hasta que murió de otra nueva y mas profunda puñalada. Se hallaron adherencias fuertes entre los intestinos y el peritonéo en las heridas mas recientes, adherencias débiles en las mas antiguas, y simples cicatrices en las primeras: son grados de flegmasía y cicatrizacion serosa, y deben repetirse en las inyecciones. Pero si el enfermo se cura, y si las adherencias no desaparecen mas que cuando el órgano está del todo sano ¿se rechazará la inyeccion porqué curando el mal, no quite la posibilidad de volverle á tener en una larga vida?

Puede de la misma manera darse el caso de que siendo el hidrocele muy antiguo y voluminoso, no sirva de nada la inyección. Aquí como en otras afecciones en que existe degeneracion de los tejidos, los recursos no pueden ser mas que paliativos, y argüir de malo un método porqué no corresponda cuando con ningun otro se lograría la curacion, es una idea que no vale la pena de contradecirse.

Advertimos en fin, que la totalidad de la inyeccion debe ser proporcional á la cantidad del líquido que formaba el hidrocele ;

APUNTES PARA LA HISTORIA

DE LA

ISLA DE CUBA.

Empresa del ferro-carril de la Habana á Güines.

El Excmo. Sr. D. Francisco Lemaur ha tenido la bondad de franquearnos los siguientes documentos que servirán de mucho para la Historia de nuestra isla; y su bondad y amor al país le han inducido á ofrecernos otros materiales que publicaremos á su turno.

El actual camino de hierro sigue la direccion que los informes de aquel Señor exigían para el proyecto de un canal en que tomaron parte nuestras autoridades y del cual se desistió, á nuestro entender, por sus consejos. Sus vastos conocimientos y su celebridad tan merecida, obligó al estinguido Consulado á dirigirle el siguiente

OFICIO DE CONSULTA.

Excmo. Sr.—La idea de ensayar en esta Isla la construccion de caminos de hierro, en el de Güines á esta capital, comunicada por el Excmo. Sr. Capitan General á la Real Sociedad, y por aquel cuerpo á este Real Consulado; ha sido acogida por la Junta de Gobierno con el celo que la caracteriza y que exige una empresa de tal importancia como la de facilitar las comunicaciones internas de la Isla.

Pero no bastan buenos deseos en negocios que requieren el saber y la esperiencia para dirigirlos desde los primeros pasos, que acaso suelen ser los mas importantes, pues que los errores cometidos en los principios son generalmente los mas trascendentales y difíciles de enmendarse.

La Junta de Gobierno ha nombrado una comision, que reunida á las del Excmo. Ayuntamiento y Real Sociedad Pa-

triótica se ocupe en la investigacion y reunion de datos necesarios para proceder con el debido discernimiento en materia tan nueva para este país, si bien de las mas importantes, y capaz de inspirar el entusiasmo mas puro y laudable. Pero al mismo tiempo quisiera adquirir para cuando llegue el caso de proceder á medidas activas en el particular, algunos conocimientos que si dicen relacion con la parte científica de la empresa son de tenerse muy presentes bajo de un punto de vista económico.

Se trata por ejemplo de verificar el ensayo del camino de hierro en el de Güines. ¿Y será practicable construirle en su actual direccion, atendidos sus costos y la cantidad de frutos que han de ser conducidos por él, ó mas factible de hacerle comunicar con las llanuras de Melena, Guara y el Quivican? En nuestro estado presente se podrá aspirar á establecer dicha comunicacion por medio de máquinas de vapor, ó por animales, por dobles carriles ó por sencillos? Estas cuestiones exigen no solo un conocimiento de las localidades sino de la parte científica y práctica de tales construcciones, y sin embargo, su resolucion es de una importancia primordial para dar el giro conveniente al negocio que nos ocupa.

Llena de estas ideas la Junta de Gobierno persuadida de que V. E. ocupado anteriormente en los trabajos preparatorios del canal proyectado de Güines reune estos datos locales á sus notorios conocimientos científicos, y bien penetrada del celo público que anima á V. E. como de la cordial cooperacion que este Real Consulado le ha debido en todas ocasiones, ha acordado pedir á V. E. cuantas noticias conducentes al propuesto fin le sugiera su amor á este país y sus buenos é ilustrados deseos, sin que por esto entienda recargarle con trabajos y *detalles* minuciosos que acaso ni son de este momento ni pudiera exigir de V. E., sino meramente un informe sobre las bases que son de tomarse en consideracion en el estado actual del negocio.

Al transmitir á V. E. este acuerdo de la Junta nos lisongeamos de darle una prueba de la consideracion que siempre ha merecido á este cuerpo, en la que nos cabe una no pequeña parte. Dios guarde á V. E. muchos años. Habana y Agosto 3 de 1830.—Excmo. Señor.—*El conde de Buena Vista.—Santiago de Zuaznavar.—F. de Emparan.*—Excmo. Sr. D. Francisco Lemaur.

A este oficio tan atento dió el Excmo. Sr. D. Francisco Lemaur, la siguiente

CONTESTACION.

Por oficio de V. E. y V. SS. de tres de este mes veo que la Junta de Gobierno del Real Consulado persuadida de que habiéndome ocupado en el proyecto del canal de Güines tendría conocimiento de las localidades, ha acordado pedirme cuantas noticias conducen á la construccion de un camino de hierro desde esta capital á dicha villa á tiempo que una comision de dicha Junta reunida á las del Excmo. Ayuntamiento y Ral Sociedad Patriótica se ocupa en la reunion de datos con el propio objeto. V. E. y V. SS. me dicen tambien que la propia Junta quisiera adquirir algunos conocimientos que si dicen relacion con la parte científica de la empresa son de tenerse muy presentes bajo un punto de vista económico, á saber: Primero: ¿si será practicable construir el propuesto camino de Güines en su actual direccion atendidos sus costos y cantidad de frutos transportables, ó mas bien hacerle comunicar en las llanuras de Melena, Guara y el Quivican? Segundo: ¿si en nuestro estado presente se podrá aspirar á establecer dicha comunicacion por máquinas de vapor ó por animales, por dobles carriles ó por sencillos?

Antes de proceder al exámen de los puntos que abraza el informe pedido por la Junta consular, será oportuno advertir que en las empresas de que se trata, si se han de dirigir con acierto se halla tan íntimamente unida su parte científica con la económica que bien se puede asegurar que son inseparables. Trátase por estas obras de disminuir el precio de los transportes, y de dar así mayor valor á los productos de la tierra aumentándolos en consecuencia hasta en los puntos lejanos de donde traidos sin la baratura de estos medios no podrían sostener la concurrencia en el mercado. Mas para esto se requiere, que al costo de las mismas obras corresponda el producto que de ellas se saque, á pesar de la crecida disminucion en el precio de los acarretos; lo cual solo podrá lograrse cuando el interés anual del capital empleado agregado al costo de administracion y de reparacion en el mismo tiempo no sea superior al provecho que resulte del total número de toneladas trans-

portadas cada año. Este es el principio que se ha de tener presente y debe regir para las empresas de esta especie y en el cual se ofrecen dos consideraciones: la una es la cantidad de acarretos con que actualmente pueda contarse; y la otra el costo que ocasionará el mismo camino. En cada caso debe suponerse un conocimiento prévio y aproximado de la primera, y á él será forzoso arreglar el segundo en cuanto para la construccion particular del camino y para su direccion general lo permitan los medios científicos.

En Inglaterra donde aplicados primitivamente estos caminos á la conduccion del carbon de piedra desde las minas se pudo contar con un gran número de toneladas de transporte, se construyeron generalmente con dos vias y cuatro carriles fundidos primero y hechos despues en algunas partes de hierro forjado, apoyado sobre unas bases de piedra. El uso posterior de las máquinas de vapor llamadas caballos de hierro para el tiro de los carros, hizo necesarias algunas modificaciones en la forma de los carriles para evitar que por ellos resbalasen las ruedas en las pendientes que pasaban de cierto límite, y últimamente, para suavizarlas y evitar su alteracion, como tambien para precaver los riesgos de las revueltas en las estraordinarias velocidades de veinte, treinta y mas millas, no se han detenido en taladrar los cerros con minas, ó en levantar sobre los valles los caminos con inmensos terraplenes.

Para el excesivo costo de estos caminos se ha debido contar no solo con el gran número de toneladas de transporte, sino tambien con la importancia de la rapidez en las comunicaciones y el crecido número de pasageros á que ella brinda: circunstancias todas de que en su estado actual no solo se halla muy lejos esta isla aun en las partes mas pobladas en el ámbito de pocas leguas al rededor de esta capital, sino tambien del establecimiento de los mas comunes y ordinarios caminos de hierro construidos en Inglaterra ó en Francia, segun bastarán para demostrarlo algunas breves consideraciones.

De los datos que presentan los mejores ingenieros ingleses que se han ocupado en estas obras, resulta que la milla de 60 al grado de un camino de hierro de doble via ó de cuatro carriles, cuesta en Inglaterra mas de 25.400 pesos; precio que aquí subiría por lo menos á dos y medio veces tanto si se atiende á la diferencia de jornales de canteros, albañiles, peones y á la consiguiente en el costo de materiales. Quiere decir que

el de la milla sería aquí de 63.500 pesos: y si se quiere rebájese á solos 60.000 pesos; aunque en prueba de que este cómputo mas bien que de exagerado peca de reducido, bastará decir que el camino que acaba de hacerse en Francia entre St. Etienne y Lion de cerca de treinta y dos millas y media de largo, el costo de cada una ha excedido de 45.000 pesos, y ciertamente no habrá quien se obligue á construir, no digo en este país, sino en España, un camino de esta especie por solo una cuarta parte mas de lo que costaría en Francia.

Acaso se alegará contra esta determinacion lo propuesto recientemente segun tengo entendido por D. Marcelino Calero á las autoridades, corporaciones y personas notables de esta plaza, solicitando suscriptores para su camino entre Jerez y S. Lúcar, pasando por el puerto de Santa María y Rota, el cual de veinte y cuatro millas inglesas de largo ó de 21 de 60 al grado con poca diferencia, supone que no costará mas de 180.000 pesos, ó solo á razon de 7.500 pesos por milla; y aun es de advertir que comprende en esta suma el costo del material para los transportes, como carros, coches, caballos de hierro, el del muelle colgante en Rota, el de un barco de vapor &c. De suerte que rebajados de los 180.000 el costo de todas estas partes accesorias que no son propiamente el camino de hierro, quedaría reducido el valor de este por millas, á menos de la mitad de lo supuesto.

No nos dice á la verdad Calero los fundamentos de su cómputo; pero como de él resulte una contradiccion tan notable con lo escrito recientemente por los mas hábiles ingenieros ingleses y franceses, quienes se apoyan en hechos prácticos y generalmente reconocidos, estaba en el caso de acreditar de alguna manera los medios por donde contaba conseguir tan asombrosa baratura en la construccion de su camino, y mientras no lo haga, no está en el caso de reclamar confianza ni crédito. Por su método serían los caminos de hierro menos costosos que los comunes y ordinarios consolidados con cascajo, y como sus ventajosas utilidades se aproximan á la de los canales de navegacion, quiere decir que los mas de los pueblos gozarían con poco esfuerzo en sus relaciones y comercio interior de todos los beneficios de ella. La aplicacion de este método produciría pues, una revolucion pronta y benéfica en toda la Europa por el rapidísimo aumento de sus riquezas, y habría sido en consecuencia proclamado con el mayor entusias-

mo en todos los ángulos de ella, y su inventor se habría apresurado á pedir privilegios á todos los gobiernos. Mas como hasta ahora no háyamos visto ninguna de estas forzosas consecuencias, debemos mirar como de ningun valor en el asunto de que se trata la autoridad de Calero, quien parece que solo se ha propuesto alucinar con su proyecto para los fines que son de sospechar de su reglamento.

Hechas estas reflexiones por la causa dicha, y tambien por tener entendido que el nombramiento de las comisiones con la que ha de reunirse la de la Junta consular tuvo su orígen en la proposicion de Calero, vuelvo ahora al cómputo reducido de 60.000 pesos que costaría por milla un camino ordinario de hierro, y como el que se propone de los Güines no tendría ménos de 33 de largo, resultaría su costo de 1.980.000 pesos. El de su reparacion, administracion y transportes podría arreglarse al 10 p g segun práctica; mas atendiendo á que estos serán mucho menores que los que corresponden generalmente á estos caminos, limitándole al 8 p g ; cómputo que seguramente no podrá mirarse como excesivo, resultaría la suma anual de gastos de 158.400 pesos.

Supongamos para el cálculo de los beneficios que el número total de cajas de azúcar transportables desde los Güines y de los ingenios adyacentes al camino ascienda á 70 millares aunque algunos juzgan que no llegarán á 60, y arreglando el transporte á la mitad de lo que cuesta hoy dia ó séase á 2 pesos por caja, resultará cuando mas el producto de 140.000 pesos el cual como se ve no cubriría los gastos anuales del camino lejos de dar ningun interés por el capital empleado. Aunque no deban mirarse estos cálculos sino como un tanteo muy por mayor á falta de datos fijos, sin embargo se ha de tener presente: 1.° que relativamente á lo que cuestan en Europa estos caminos, el precio que aquí se les ha puesto es muy reducido; 2.° que no se ha contado el capital empleado en el material de los transportes y sus intereses; 3.° que se han minorado los gastos de reparacion, administracion y acarreos; 4.° que la cantidad supuesta de estos mas bien es exagerada que reducida; y 5.° finalmente que el precio que se ha establecido para ellos es mayor de lo que conviene á su aumento por el adelanto del cultivo.

En vista de lo espuesto es fuerza confesar que por la corta cantidad de transportes no son aplicables á este país en su

actual estado los caminos de hierro, á lo menos por el órden que generalmente se sigue para su construccion en Europa. Convencido de esto y procurando indagar durante mi permanencia en España y viage por Francia cuanto se había adelantado en esta clase de obras, de que ya me había ocupado antes, me ocurrió la idea de construir estos caminos de madera sostenidos sobre horcones en lugar de los pilares de piedra, sin mas hierro que el de una planchuela clavada en las soleras que hagan el oficio de carril para las ruedas. Se ahorrará con esta construccion mas de las tres cuartas partes del hierro, y por lo menos la mitad de los pilares que podrán espaciarse á mayores distancias. Para mayor economía y por la misma cortedad de acarretos, puede el camino reducirse á una sola via de dos carriles haciendo desechos á las distancias debidas para que se crucen los carros yentes y vinientes. Supóngase por ejemplo que haciéndose con bestias el tiro, tarden doce horas en andar el camino de Güines y bastaría en su medio un desecho capaz de contener todos los carros de un comboy que si fuese de ciento no pasaría de 350 varas de largo. Con esta disposicion podrían llegar en las 24 horas 200 carros y por lo menos 500 toneladas; y con tres desechos, ó porciones doble de camino que juntas excederían poco de mil varas de largo, se aumentaría hasta mil toneladas diarias dicho tráfico; que así sería muy superior al que puede prometerse del aumento de la agricultura en muchos años.

Aunque un camino de hierro siguiendo este sistema costaría mucho menos de la mitad que los usuales en Inglaterra, todavía su precio me parece superior á lo que permite este país, por la cortedad de los acarretos. Así es que al esponer habrá un año estas ideas, tratando con algunos amigos sobre construir aquí caminos de hierro, manifesté que solo me parecía adaptable con algunas modificaciones el propuesto en Inglaterra por el ingeniero hábil H R. Palmer, para los casos en que por las consideraciones antedichas no fuese provechosa la construccion de otros. Redúcese este camino á un sólo carril y á una sola via, y los carros en lugar de cuatro ruedas solo son de dos puestas delante una de otra, en cuyos ejes hacia los dos lados del carril van suspendidos dos cajones para la carga. Los horcones de quiebra-hacha incorruptible, debieran sostituirse aquí para la construccion de este camino á los pilares de hierro que propone Palmer, y los tirantes de made-

ra con planchuela de metal á los carriles de fundicion, por las razones antes indicadas de economía. La que por otra parte ofrece este camino es muy superior á la que admiten los demás de hierro relativamente á dar paso á los que atraviesan, y al ahorro de las alcantarillas en los arroyos, y hasta de los puentes en los pequeños rios, pues son de un costo despreciable los que se requieren para el sendero del tiro.

El costo de la milla de este camino, mediante las modificaciones dichas, puede computarse en once mil pesos, y por consiguiente las 33 millas de Güines en 363.000, á cuya suma agregando 50.000 pesos por el importe de todo el material para los transportes y algunas obras accesorias á los estremos del mismo camino, resultará la suma total de gastos de 413.000 ps.

Si ahora se supone que el costo anual de administracion y reparacion llegue al 10 por 100, y al 15 por 100 el interés del capital empleado, será menester que el producto del camino para el lleno de estas obenciones suba á 103.250 ps. Mas si como se dice sea de 70.000 cajas de azúcar la cantidad total de transportes, ó que por lo menos se completen las toneladas que falten con el aguardiente y el café, reduciendo el porte á doce reales por caja, el de todas subirá á 105.000 ps. ó algo mas de la suma de gastos é interés del capital computados.

Parece inútil advertir, que el cálculo que precede es solo un mero tanteo, pues el del costo del camino únicamente podrá formarse con precision despues de hecho su proyecto sobre el terreno y tomadas las noticias convenientes acerca del precio de los materiales; mas cuando estas se tengan, y aquel se haya practicado, no es fácil que en ninguna otra obra pueda ajustarse con mas exactitud el costo efectivo con el presupuesto. Los gastos anuales admiten casi la misma precision en cuanto á los salarios necesarios y al mantenimiento de las bestias de tiro, y respecto á los deterioros de los carros y reparacion del camino, las muchas noticias adquiridas prácticamente en los de esta especie permiten una grande exactitud en los avalúos. Sería de desear que el precio supuesto de los transportes pudiera rebajarse á un peso por caja, y esto solo pendería de que la cantidad de ellos fuese mayor que la supuesta, atendiendo á que aun cuando se duplicase, no por esto se aumentaría sensiblemente su costo para los empresarios del camino á tiempo que dicho rebajo no solo daría un grande impulso á la agricultura sino que contribuiría á mantener la importancia de

esta capital sosteniendo su comercio. En el dia, las haciendas del interior de la isla, y particularmente las que se hallan sobre la ciénega de la costa del sur, será difícil que pueda sostenerse lejos de aumentarse atendiendo á la depresion en el precio de los frutos, y así todo el cultivo, llegando á concentrarse sobre el litoral del Norte, y cada vez mas lejos de este puerto tendrá mas cómoda salida por otros. Mas hecho el camino de que se trata, las haciendas del interior se hallarían respecto á los transportes, no menos aventajadas que muchas de las situadas sobre la costa, y si aquel se supusiese prolongado otras 30 millas mas allá del meridiano de Matanzas, y para las 63 no pasasen los portes de dos pesos por caja, se daría la preferencia á este puerto sobre aquel para la esportacion de los frutos.

Me ha parecido oportuno presentar esta consideracion en cuanto influye para resolver la cuestion propuesta acerca de si será mas conveniente llevar el camino hacia el Quivican, Guara y Melena, que directamente á los Güines. Parece que la idea de aquella direccion ha debido nacer de la que se dió al proyectado canal de dicha villa en que me ocupé años hace, que como fuese uno de los que se llaman de punto de division, se hizo forzoso que atravesase la línea de Vertientes en su parte mas baja, mas allá del Bejucal hacia S. Antonio, á fin de recoger las aguas que habían de alimentarle; pero lo que allí fué necesidad sería una eleccion muy desacertada tratándose de un camino. Alargaría por la del canal 20 ó mas millas, y se aumentaría proporcionalmente el costo del camino con el de los acarretos. Aunque ya poco favorable esta disposicion á las haciendas comarcanas de los Güines ó del último tercio del camino, sería mas perjudicial á las mas distantes, cuando este se prolongase como se ha dicho, porqué los transportes de todas, que compondrían con mucho la mayor porte, vendrían recargados inútilmente con el de veinte ó mas millas que habrían podido ahorrarse. Un camino de esta especie cuyo objeto debe ser el facilitar el tráfico y esportacion de las haciendas del interior de la isla, debe llevarse en cuanto sea posible directamente por el medio del espacio que ocupan, y si todavía muchas de ellas quedasen por partes algo distantes, y la cantidad de sus esportaciones lo requiriese, podrían hacerse después algunos ramales que uniéndose al mismo camino principal les abriesen con él una comunicacion fácil. Siguiendo este principio las localidades determinan en el caso presente la direccion del

camino hacia los Güines, pues debe pasar por la quiebra de las lomas que forman las Vertientes á los dos mares, la cual se halla sobre la llanura de dicha villa.

Si bien ciertas consideraciones como las espuestas deben fijar la direccion general de un camino, la de sus diferentes partes es dependiente de su objeto y naturaleza. He indicado antes que los principios que la gobiernan no son los mismos cuando el camino ha de ser para carros de vapor de grandes velocidades que cuando estás sean moderadas, como de seis millas por ahora, y buscando siempre en la construccion de estas obras la mayor economía, todavía sufren estos principios algunas modificaciones cuando el tiro debe hacerse por bestias como en el caso de que se trata, mas siendo esta parte relativa á la ciencia peculiar del ingeniero, bastará lo dicho sin entrar en otros pormenores.

Contrayéndome á la cuestion de introducir en este país los caminos de hierro, mi objeto ha sido con lo espuesto en este informe evitar los perjuicios que se seguirían de adoptar con precipitacion las proposiciones, por lo menos poco meditadas que se hayan hecho ó puedan hacerse para construirlos; manifestar que no nos hallamos en el caso de seguir los modelos que de estas obras nos presenta la Europa por su excesiva carestía, y últimamente indicar el medio á mi parecer único de llevarlas á efecto en nuestro actual estado, y que tiempo hace comunicado por mí á varias personas debía apresurarme á presentarle á la Junta Consular, en ocasion que deseando corresponder á la confianza que de mí hace, no es otro mi anhelo que llenar en cuanto me sea posible sus ideas.

Espero que V. E. y V. SS. se persuadirán de mi aprecio y reconocimiento por la parte que toman en la confianza que de mí muestra por su medio la junta consular.

Dios guarde á V. E. y V. SS muchos años. Habana 17 de Agosto de 1830. — Excmo. Sr. Prior y Sres. Cónsules del Real Consulado de la Habana —*Francisco Lemaur.*

La Real Junta del Consulado respondió con el siguiente

OFICIO DE GRACIAS.

Excmo. Sr.—La Junta de Gobierno de este Real Consulado, enterada del informe que V. E. ha tenido á bien esten-

der, acerca de la posibilidad de construir un camino de hierro á la villa de Güines, y método que sería adaptable en su egecucion, ha acordado dar á V. E. sus mas espresivas gracias por la buena voluntad con que se ha servido prestarse á este encargo de la Junta, quien de su desempeño espera haber obtenido la deseada luz á que aspiraba en materia tan importante.

Dios guarde á V. E. muchos años. Habana y Agosto 21 de 1830.—Excmo. Sr.—*El conde de Buena Vista —Santiago de Zuaznavar.—F. de Empáran.*— Excmo. Sr. D. Francisco Lemaur.

NOTA.

El Real Consulado desistió por algun tiempo de la empresa del ferro-carril, y no teniendo las garantías que se exigian de Calero, le fué forzoso esperar circunstancias mas favorables.

Pero convencida después la Junta de Fomento de la inmensa utilidad que resultaría á la isla del establecimiento del ferro-carril, y de que las empresas particulares no pasaban de proyectos en el de Güines, se animó á hacer los desembolsos necesarios y le llevó á efecto por su cuenta. El camino se concluyó en el corto espacio de tres años no completos, y aunque hasta el fin de noviembre próximo pasado no estuviera transitable en todos sus puntos, comenzó á producir desde el mismo mes de 1837 en viages y carga intermedios.

Se calcula el capital invertido en $ 2.900,000.

Ha producido desde noviembre de 1837 hasta el 31 de diciembre próximo pasado en solo los pasageros de ida y vuelta. 94.841

En la carga por seis meses. . . 24.888 4

Total producido. . $ 119,729 4

SECCION SEGUNDA.

LITERATURA.

ARTE DE BIEN DECIR.

LECCION SEPTIMA.

DEL LENGUAJE.

Es el modo que tiene el hombre de espresar sus pensamientos. Puede ejecutarlo de varias maneras, y como el orador las usa todas para convencer y calcular por la espresion de los oyentes su influencia, y los arbitrios que ha de emplear, debemos detenernos en su estudio.

De tres modos espresamos nuestras sensaciones: por el *grito* ó la voz del nacimiento; por la *accion*, y por la voz propiamente dicha ó la *palabra*. Los dos primeros están bajo la jurisdiccion inmediata del instinto, el último pertenece en totalidad á la inteligencia.

Del grito.

El niño, el idiota, el salvaje, el sordo-mudo, de nacimiento, el hombre civilizado, el viejo decrépito, todos pueden gritar y espresar de este modo las sensasiones vivas de placer ó de dolor que esperimentan, pues hay gritos de alegría, de furia, de miedo, con que esplicamos las necesidades mas simples del instinto y las pasiones naturales. Su timbre tiene algo que hiere el oido y obra con fuerza en los que le oyen estableciendo relaciones importantes entre los humanos, pues no cambia en la voz articulada si aquellas pasiones nos dominan. Es á veces tan horrible que el tigre y el leon han retrocedido abandonando sus víctimas, como sucedió en Florencia; y los viajeros al hallar una manada de lobos, á veces los ahuyentan gritando. Este timbre que consiste en una modificacion inesplicable del sonido, varía segun la edad, el sexo y el mayor ó menor desarrollo del órgano que le produce; razon por la cual los niños, las mujeres y los eunucos tienen menos intensa la voz que el hombre, y si pueden interesar con lo patético, su natural resiste la dura espresion de las afecciones concentradas.

De la accion.

Reina entre las ideas y las acciones una conexion tan natural que los hombres de climas mas lejanos se entienden mutuamente con su auxilio. Hasta los bárbaros saben de pantomima y la aman con pasion : en los desiertos del Africa, del Arabia y la Laponia, cuentan los viajeros, que desde la infancia la aprenden admirándolos despues con su maestría.

La buena gesticulacion es esencial al que habla en público: con ella esplicamos todas las emociones que nuestro corazon esperimenta. Los Griegos y Romanos cuyo tono en el hablar era tan modulado, dieron tal importancia á la accion que el que mejor entonaba los versos tenía al frente otro perito que remedaba los afectos del declamador gesticulando. Pulido en Roma el arte pantomímico el pueblo lloraba y se estasiaba prefiriéndolé á las tragedias, lo que es natural. pues las producciones del instinto se perfeccionan con la educacion mas fácilmente que las de la inteligencia, y el pueblo mirando en unas la maestría y pudiendo deleitarse con su mérito, se alejabá de

las otras donde solo via copias serviles de la conquistada Grecia.

Móvil poderoso del corazon humano la accion habla á los ojos como la palabra al entendimiento y si en uno se juntan la lógica del decir, el encanto de una buena entonacion tan apreciable en su rareza, el ademan vivo y entusiasta y la naturalidad de los movimientos ¿que alma de hielo resistirá á tantas impresiones? que importan la incorreccion de la frase, el error de la palabra? Esta accion espresiva ha valido á muchos el título de elocuentes que sus obras contradicen.

El gesto ó la espresion del semblante es tambien una gracia natural y las reglas, así como de la accion, solo pueden exigir de él *comedimiento* y *decoro*. ¿Quien animaría las facciones del autómata? acaso el que no siente con fuerza puede tener esa conviccion íntima que se trasluce en los movimientos, que nos interesa y persuade? Que mujer desconoce el lenguaje de los ojos y no lee en ellos los tormentos del amado? El color mas ó menos subido de la cara, la disposicion del entrecejo, del labio superior, todo vende al hombre sensible apasionado. Cada instinto, cada facultad moral ó intelectual se espresa de diferente modo y tiene una influencia tan notable en nuestras fibras que las hace contraer el hábito vicioso de representar una pasion que se ha calmado y tal vez desvanecido. El orador debe conocer esta influencia y disponer á su antojo de su fisonomía, de su entonacion y sus modales, porqué el *arte de bien decir* es trabajo perdido sin *el arte de decirlo bien:* cosas diferentes y que confunden los ingenios limitados que desconocen su idioma. El orador huirá sobre todo de la afectacion, por lo burlesco de que inevitablemente se acompaña y por el desprecio que provoca el que solo se conmueve.

Debemos tambien usar de la accion con acierto y con cautela, pues la tribuna del orador no es el proscenio del trágico. Cada género exige su medida y de distinto modo se ha de gesticular en la cátedra, en la escuela, delante de sabios ó al frente de los ignorantes. Involuntarios los movimientos si la pasion nos arrebata, debemos proporcíonarlos con el afecto y con la idea. A veces una mirada, un ademan, la lucha entre querer prorrumpir y la dificultad de ejecutarlo, espresan mas que el apóstrofe y la narracion terribles.

Hasta el llanto es digno de atencion. Propio del dolor moderado, el grande le desconoce; pero cuando una pasion fre-

nética, ó el orgullo herido arrancan de sus quicios la naturaleza, tambien se llora, y asi lloraba el amante de Zaíra.

A tanto llegan las maravillas del lenguaje de acciones que algunos le hacen superior al de palabras. Pretension atrevida y en un momento de exaltacion engendrada, pues si en cosas especiales la accion nos arrebata, con mas frecuencia el otro idioma nos seduce. Concluirémos, que el lenguaje de acciones es el primer adorno del arte oratoria, y que si las costumbres le cambian, no por eso deja en todos los paises de notarse su influencia.

De la palabra.

Si Dios no hubiera enseñado al hombre este lenguaje, con solo la inteligencia que le dió llegaría á conocer que su grito podía variar en timbre, intensidad y tono, y creciendo sus necesidades sociales representaría con la práctica sus ideas modificándole de mil maneras diferentes. Hubiera formado su lengua : su lengua que es el cuadro de la vida ; el último esfuerzo de la sabiduría ; el conjunto de todas las ideas de un pueblo manifestadas esteriormente por sonidos.

Las lenguas tienen necesidad para perfeccionarse del concurso de los filósofos y de los poetas. Ellas deben á los filósofos esta universalidad de signos, esta exactitud que señala con precision todas las relaciones y todas las diferencias de los objetos, esta analogía que en la creacion de signos los hace nacer los unos de los otros, este arreglo que de la combinacion de palabras hace salir el órden y la claridad de las ideas, esta regularidad en fin, que como en un plan de legislacion lo abraza todo, todo lo prevee y sigue por donde quiera el mismo principio y la misma ley. Mas por otra parte, los poetas son los que dan á las lenguas la brillantez, el movimiento y la vida. Los poetas estudian en la naturaleza lo que causa impresiones agradables ó fuertes, y transportan estas bellezas al lenguaje. Mueven con cada palabra una sensacion y dan un cuerpo á cada idea, movimiento á signos inmóviles, existencia á los abstractos, y á seres invisibles relaciones con todos los sentidos. Así toca á los filósofos construir el edificio de las lenguas, como atañe decorarle á los poetas.

Esto esplica porqué son tan contados los pueblos cuyos oradores han podido salvarse de las tumbas de los siglos. Antes que una nacion cuente oradores distinguidos, es menester

que produzca grandes filósofos y grandes poetas. Ni Grecia tuvo á Demóstenes antes de su Homero, ni Roma su Ciceron antes de su decadencia, ni Francia su Mirabeau antes de Racine, ni nosotros á Mejía antes de Calderon y Lope de Vega. Es verdad que las grandes ocasiones hallan los grandes hombres y que el buen orador necesita un magnífico teatro para darse á conocer. Preparémonos ahora por si algun dia nos llega el turno.

Nuestra lengua consta de palabras que se forman de sonidos ó letras, de las cuales unas pertenecen á la voz y otras consisten en verdaderas modificaciones de su sonido. En las lenguas europeas corresponden á la primera clase: la *á* muy abierta, en ingles (hall), la *á* francesa (hâle), la *a* y la *e* española y francesa, la *è* y la *e* muda francesas, la *i*, la *o* abierta, la *u* española é italiana, la *o eu* y *u* francesas. Son las vocales de los gramáticos y pueden ser largas ó breves. Hay tambien otras letras que en nada se diferencian esencialmente de las anteriores, pues su duracion es instantanea, se usan en todas las esclamaciones naturales de placer y de dolor como signos admirativos ó interrogativos y su formacion depende como la de las otras de la postura del tubo vocal cuando la voz se produce. Son la *b* y la *p* (consonantes labiales), la *d* y la *t* (dentales), la *l* (linguo-palatina), la *g* y la *k* (guturales) y la *m* y la *n* (nasales).

Las letras independientes del sonido vocal, debidas al frote del aire con las paredes de la boca y que pueden dilatarse tanto cuanto dure su espulsion de los pulmones, son: la *f*, la *v*, los dos sonidos del *th* ingles, la *j*, *s*, *z*, *c*, *ch*, *ñ*, *r*, *h* y *x*, españolas ó χ de los griegos.

Las palabras varían segun las lenguas. Los sonidos se complican, y si se eleva ó baja la voz, muda de intensidad ó timbre, y cada país las pronuncia de cierto modo que se llama *acento*, el cual aunque consista en aquellas diferencias, nos es tan dificil de comprender que solo en la infancia y con el transcurso de los años le imitamos con perfeccion. La prosodia de los distintos idiomas es la que nos da á conocer la entonacion y pronunciacion de sus palabras.

Articular y *pronunciar* no es *hablar*. Hay pájaros que pronuncian frases enteras y la mayor parte de los idiotas articulan vagamente sonidos, mas ni aquellos ni estos tienen significacion ninguna. El hombre es el único dotado de la pala-

bra, medio el mas poderoso de la inteligencia, de quien es inseparable. Medio el mas adecuado, el mas útil y mas estenso en nuestras relaciones sociales: medio en fin, que sin esfuerzo á cada instante empleamos con solo la pena de cambiar ligeramente la direccion del aire que se respira.

Ciertos filósofos han creido hallar en algunos animales pruebas convincentes de lenguaje articulado. Mas los naturalistas y filósofos modernos estudiando con ahinco la varia espresion de sus afecciones, han pensado que siendo muy pocos los que ofrecen signos directos de inteligencia, que la palabra es hija de la sociedad, de la educacion, de las reflexiones mas abstractas, del transcurso de los siglos, por último, del *yo* y de la libertad moral que apenas en ellos se aperciben; solo el hombre podía concebir abstractamente el acuerdo de los sonidos articulados con sus varios modos de sentir y de juzgar las percepciones. El animal no nombra los objetos, su grito espresa solo la necesidad que le aflige. Sus modulaciones son de dos especies, para demostrar si un instinto está satisfecho ó si encuentra obstáculos: las otras diferencias son secundarias; se deben á la mayor ó menor intension de sus emociones. Aunque el loro, la cotorra, el tordo y la urraca imiten y repitan oraciones enteras, no comunican entre sí por este medio, no inventan otras á pesar de la organizacion de su laringe, Dios les ha negado nuestras facultades. Pero hay una simpatía, un enlace entre los sentimientos comunes de las clases animadas á quien se debe el socorro que mútuamente se prestan, el conocimiento del ataque y del peligro, la conservacion en fin de nuestra existencia miserable.

Engendrado por la sociedad, el *canto* supone el oido y la inteligencia. La voz que le produce formada de sonidos apreciables cuyos intervalos fácilmente se perciben, le diferencia del grito y de la voz hablada. Si es articulado, pinta los actos de la inteligencia. Pero así como la música, nos sirve mejor para espresar las afecciones instintivas porqué arrebata, exalta las pasiones, y tiende mas bien ó entorpecer que á desarrollar la inteligencia. Hijo de la armonía nos convida á los deleites sensuales, suspende el ejercicio de la razon y á pesar nuestro nos arrastra á un mundo de ilusiones.

El estudio de las lenguas nos demuestra que su mayor ó menor melodía se debe al carácter de sus inventores. Así el habitante del medio dia se forma un idioma acentuado y melo-

dioso en relacion con sus instintos, y el del norte uno gutural, áspero y cansado.

La *declamacion* es una especie de canto cuyos tonos poco apreciables, cuyos intervalos poco armoniosos, se prestan fácilmente á la espresion sublime de los sentimientos y de la inteligencia. Si halaga los instintos con la armonía, no les exalta al punto de suspender la razon. Lenguaje de los dioses y los héroes encanta sin confundir, instruye sin apercibirse. Con todo, halagando las pasiones, seduce el entendimiento: ¿qué arma será inocente en poder de los hombres?

CRITICA.

HISTORIA DEL LEVANTAMIENTO, GUERRA Y REVOLUCION DE ESPAÑA POR EL CONDE DE TORENO—MADRID, IMPRENTA DE TOMAS JORDAN, 1835 á 1837.

Decíamos en el cuaderno IV del tomo 1.° de esta obra, haciendo el juicio crítico de la Historia de la Revolucion Francesa de Mr. Thiers, que el hombre que en España fuese capaz de traducir bien aquella obra, no se ocuparia en tan deslucida y desautorisada tarea, presentándole abundante cosecha los sucesos de su patria para hacerle desdeñar los que pasan en otra parte; y la que hoy tenemos entre manos, cuyos cinco gruesos volúmenes en 8.° mayor no comprenden mas que la primera y mas gloriosa fase de la inconcebible revolucion que desde principio del siglo trabaja á la desdichada Península, viene muy á propósito para confirmar la verdad de aquella observacion. Bien conocido es el nombre de su ilustre autor que ha figurado honrosamente entre los mas conspicuos de cuantos se han distinguido en los diversos períodos de esta larga y trabajosa lucha. Incansable diputado en las Cortes, ministro de Hacienda y presidente del consejo, estadista profundo y diestro economista, orador de relevantes prendas, enemigo á la vez del despotismo gubernativo y de la tirania popular, temido y respetado por los caudillos de la imbécil muchedumbre, que

no pudiendo destruirle ni doblegarle á sus miras, han procurado denigrarle con la inculpacion vulgar que se dirige en España contra tódos los hombres de mérito, faltaba el timbre de historiador diligente á la espléndida corona que orna y martiriza su frente; y no seremos nosotros los que le disputemos este título, que es quizá el que mas unánimemente le atribuirá la imparcial posteridad.

Dotes muy aventajadas recomiendan la Historia del levantamiento, guerra y revolucion de España: estilo puro y castizo, aunque á veces duro y afectado por el empeño bien marcado en el autor de imitar los giros y la fraseología de nuestros antiguos historiadores, olvidando una máxima que por parecernos esencial hemos estampado en otra parte, y es que en el dia no se ha de procurar escribir como lo hicieron Mariana, Cervantes y Granada, sino como estos escribirian si hubiesen alcanzado nuestro siglo, y las modificaciones que otros usos y otras ideas han introducido en el lenguage; abundancia y una exactitud en las noticias, curiosas y peregrinas en gran parte, y que entre pocos el autor podia reunir por la mucha mano que tuvo en la direccion de los negocios públicos durante el período á que se contrae; facilidad y soltura en la narracion de los sucesos, sobre todo en las descripciones de sitios, batallas y reencuentros, escogiendo hábilmente las circunstancias que los caracterizan, y descartando con no menos acierto la multitud de incidentes y *detalles* que solo habria servido para confundir y obscurecer los acontecimientos, aumentando sin provecho el volúmen de la obra; gracia y naturalidad en las transiciones, prenda no menos necesaria en un libro en que el lector se vé forzado á seguir continuamente al historiador, que le arrastra una y muchas veces por todos los ángulos de España, saltando á cada momento de Cadiz á Barcelona, de Barcelona á la Coruña, de la Coruña á Lisboa, de Lisboa á Madrid, volviendo de Madrid á Cadiz, para ir de allí á los Pirineos, y luego á la Serranía de Ronda, á las márgenes del Ebro, á las del Guadiana, á las líneas de Torres Vedras, y al célebre y mal guardado paso de Despeñaperros; sin que por eso se le escusen otras correrias á Paris, á Londres, á S. Petersburgo, y aun á la Habana, Méjico y Buenos-Aires. Pero la prenda que mas esencialmente le distingue y la que le hace acreedor al aprecio y respeto de la presente y futuras generaciones, es el amor á la verdad que luce en todas las páginas del libro, en cuyo norte lle-

vando siempre fija la mira, ni escusa las faltas de unas Cortes como las estraordinarias, en cuyas tareas tuvo tanta parte, ni escasea los elogios á que se hicieron acreedores muchos españoles beneméritos por mas que algunos hayan sido blanco de la injusticia de los contemporáneos; y solo cuando se trata de torpes manejos y crímenes feos, se vé que su noble y pundonoroso carácter como que se resiste á trasladar á las páginas de la historia tan villanos procederes, y trabaja por disimular con diestras y estudiosas reticencias la parte mas sombría de los grandes cuadros que traza. Testigos presenciales de muchos de los sucesos que refiere, podriamos atestiguar la imparcialidad de la narracion si de ello hubiera necesidad, y si no fuera esta prenda la que mas universalmente se concede al estimable autor de la obra que nos ocupa.

Por consecuencia de esta misma delicadeza de sentimientos y de un recto é ilustrado patriotismo, al paso que trata con decoro y cortesania á los gefes enemigos, y encomia los actos de valor del ejército aliado y el tino y pericia militar de su digno general el duque de Wellington, no pierde ninguna ocasion que se le presente de vindicar á las tropas, al gobierno y al pueblo de nuestra nacion de las imputaciones injuriosas vertidas contra ellos por los estranjeros que han escrito acerca de la guerra de la independencia, ya por celoso despique de imaginarias ofensas, ya por no conocer bien la verdadera situacion en que hallaban los negocios públicos, y querer aplicar á un país que se vió en tan estraordinarias circunstancias las máximas y los principios que convienen al estado normal y á las guerras internacionales.

Mas al paso que con tanta sinceridad celebramos la obra del conde de Toreno en la parte que á nuestro entender lo merece, no seremos menos francos ni menos esplícitos en señalar los reparos que nos ha sugerido su lectura; y sea el primero, que el título ofrece mas de lo que realmente contiene, pues abrazando el período de poco mas de seis años que medió desde la invasion de la península por el ejercito francés, á principios de 1808, hasta su espulsion total en Junio de 1814, el que con toda propiedad le conviene es el de *Historia de la guerra de la independencia española.* Tan lejos estuvo de quedar terminada en aquel año la revolucion de la Península, que hablando con todo rigor debe datarse su principio en el decreto de 4 de Mayo del mismo que reprimiendo violenta-

mente el gobierno nacional, abrió la honda sima de choques y *reacciones* en donde se ha hundido el lustre y decoro del trono, la dicha y prosperidad de la nacion. Así lo conoció el propio autor, cuando amargado su corazon con las nuevas y terribles escenas que se desplegaban ante su vista en un horizonte interminable, concluyó su obra con estas sentidas palabras: "El transmitir fielmente á la posteridad los hechos sucesivos de su reinado y sus desastrosas consecuencias, será digna tarea de mas elocuente y mejor cortada pluma. Detienen la nuestra aquí, cansada ya, y no satisfecha de haber acertado á trazar la historia de un período, no muy largo en dias, pero fecundo en sucesos notables, en actos heróicos de valor y constancia, en victorias y descalabros. ¡Quiera el cielo que suministre su lectura provechosos ejemplos de imitacion á la juventud española, destinada á sacar su patria de su actual abatimiento, y á colocarla en el noble y encumbrado lugar de que la hizo merecedora el indomable empeño conque supo entonces contrarrestar la usurpacion estraña, y contribuir tan eficaz y vigorosamente al triunfo de la causa europea!"

Otro reparo mas sustancial es la multitud y complicacion de los incidentes en que se embaraza nuestro autor, ansioso por no olvidar ninguno de los hechos que tanto hicieron resaltar el brio y la constancia de la nacion española en aquella época memorable, defecto en que como ya observamos en el artículo incurren con frecuencia los historiadores modernos, ya por nacer de la naturaleza misma de los asuntos que tratan, ya por no saber colocarse á conviniente distancia de los sucesos que refieren, á la cual desaparecerian todos los de menor cuantia, y solo se verian las grandes masas, que bien manejadas producirian aquellos cuadros á la vez nobles y sencillos que admiramos en los historiadores del Lacio y de la Hellada. Un escritor contemporáneo sobre todo, que ha sido alternativamente actor y espectador de un sangriento y prolongado drama, siente una invencible repugnancia á suprimir la mas insignificante de sus escenas, y en su laudable deseo de no defraudar en lo mas mínimo la gloria de sus compatriotas, abruma y distrae al lector con prolijos é interminables pormenores, y se transforma sin querer y sin advertirlo de historiador en analista. Tal es, forzoso es decirlo, la suerte que ha cabido al conde de Toreno, cuya obra, aunque adornada de muy recomendables cualidades, es mas bien una fiel y completa esposicion de todo lo que pa-

só en la guerra de la independencia, que una historia metódica de aquellos acontecimientos. Causa pena el verle *debatirse* entre el sentimiento de la verdad histórica y el anhelo por no omitir ninguna de las circunstancias que en el punto de vista en que se halla situado le parecen esenciales, y pugna en vano por sacar libre y desembarazado el hilo de la narracion del intrincado laberinto de nombres propios, ataques, choques y reencuentros parciales que le distraen y estravian á cada paso.

Consecuencia necesaria del plan que adoptó el autor es la falta de unidad y de interés que se advierte en la obra: propúsose narrar á la vez y con igual estencion los acaecimientos políticos y militares, y el plan resultó necesariamente doble, ó por mejor decir, múltiplo; porque la historia militar de aquella época comprende varios cuadros que tienen entre sí poca ó ninguna trabazon; como tales deben reputarse, la inmortal campaña de 1808, los sitios memorables de Zaragoza, Gerona y otras plazas, el largo é infructuoso asedio de Cádiz, y las campañas á justo título célebres de lord Wellington en Portugal y España, terminadas gloriosamente en la sangrienta batalla de Tolosa. En nuestro humilde dictámen, la obra hubiera ganado mucho en interés si el autor se hubiese propuesto por objeto principal la historia política del período, refiriendo el levantamiento simultaneo de las provincias y las causas que le produjeron, en los términos en que aparece de sus primeros libros, dándose prisa á presentarnos la unidad gubernativa en la Junta Central, en la Regencia y en las Cortes, conduciéndola al través de los altibajos de tan prolongada lucha desde Aranjuez á Sevilla, desde Sevilla á Cádiz, y volviéndola á llevar triunfante de Cádiz á Madrid donde pereció desastradamente á manos del estúpido y feroz despotismo que por entónces se levantó ceñudo sobre el horizonte español. Magnífico y sublime es el espectáculo de una nacion que se alza como si fuera un solo hombre, en arma para repeler una injusta opresion estranjera, que lucha porfiadamente sin contar las fuerzas del enemigo, y que vencida una y otra vez ni se amilana ni se somete, cobrando como Anteo nuevo vigor de su caída, y que por término de sus esfuerzos logra arrojar de su suelo, cubierto de vergüenza y confusion al doloso usurpador; pero este mismo espectáculo tiene la desventaja de que atrayendo el interés hácia todas partes no le fija en ninguna, diseminándose como en la Numancia, entre una multitud de héroes

secundarios este mismo interés que debiera concentrarse en uno solo.

Hemos espuesto con sencillez y verdad las luces y sombras de esta produccion notable, que á despecho de las últimas pasará con honor y estimacion á los siglos venideros, asegurando á su noble autor un lugar distinguido entre los historiadores españoles; y solo nos resta dar una idea sucinta de su contenido, y confirmar con algunos pasajes las observaciones que hemos hecho acerca de las bellezas de ejecucion que la realzan.

Divídese toda la obra en veinte y cuatro libros de proporcionada estension, el primero de los cuales es una esposicion muy bien escrita y meditada de varios preliminares necesarios para apreciar la situacion de la Europa, y principalmente la de la Península hispano-lusitana en los primeros años del siglo, concluyendo con la invasion de Portugal por las tropas combinadas de España y Francia á fines de 1807 y la fuga de la familia real al Brasil, y la ocupacion paulatina y silenciosa de las provincias y plazas fronterizas de España al comenzar el de 1808. Como muestra de noble y varonil lenguaje, copiamos á continuacion el párrafo que le encabeza: "La turbacion de los tiempos, sembrando por el mundo discordias, alteraciones y guerras, habia estremecido hasta en sus cimientos antiguas y nombradas naciones. Empobrecida y desgobernada España, hubiera al parecer debido antes que ninguna ser azotada de los recios temporales que á otras habian afligido y revuelto. Pero viva aun la memoria de su poderío, apartada al ocaso y en el continente europeo postrera de las tierras, habíase mantenido firme y conservado casi intacto su vasto y desparramado imperio. No poco y por desgracia habian contribuido á ello la misma condescendencia y baja humillacion de su gobierno, que ciegamente sometido al de Francia, fuere democrático, consular ó monárquico, dejábale este disfrutar en paz hasta cierto punto de aparente sosiego, con tal que quedasen á merced suya las escuadras, los ejércitos y los caudales que aun restaban á la ya casi aniquilada España."

Describe el libro segundo, los sucesos que pasaron en Aranjuez, en Madrid y en Bayona, desde mediados de Marzo hasta promediar el mes de Mayo de 1808, que abrazan las conmociones populares verificadas en el primer punto, la abdicacion de Carlos IV y sus protestas posteriores, los primeros pa-

sos del gobierno de Fernando, su desacertado viaje á Bayona, el glorioso alzamiento de la capital en el 2 de Mayo, y el despojo y confinacion de los príncipes de España en Valencey. Llama la atencion en este libro el retrato de D. Manuel Godoy, trazado con mano maestra, y el cuadro del sangriento 2 de Mayo, realzado con las mas sombrías tintas. "Amaneció, dice, en fin el 2 de Mayo, dia de amarga recordacion, de luto y desconsuelo, cuya dolorosa imágen nunca se borrará de nuestro afligido y contristado pecho. Un présago é inesplicable desasosiego pronosticaba tan aciago acontecimiento, ó ya por aquel presentir oscuro que á veces antecede á las grandes tribulaciones de nuestra alma, ó ya mas bien por la esparcida voz de la próxima partida de los infantes." Sigue después describiendo con igual firmeza las deplorables escenas de aquel desastrado dia, gloriosa aurora sin embargo del heróico alzamiento de la nacion española contra el usurpador estranjero; y concluye con esta profunda observacion: "Lejos estaba entonces de preveer el orgulloso y arrogante Murat, que años después cogido, sorprendido y casi atraillado tambien á la manera de los españoles del 2 de Mayo, seria arcabuceado sin detenidas formas y á pesar de sus reclamaciones, ofreciendo en su persona un señalado escarmiento á los que ostentan hollar impunemente los derechos sagrados de la justicia y de la humanidad."

La salida para Bayona del infante D. Antonio, último vástago de la familia real que quedaba en España, y que habia sido encargado por su sobrino el rey Fernando de presidir la Junta de gobierno durante su ausencia, solo presenta de particular la curiosísima carta que el mismo infante dirigió al vocal mas antiguo de la Junta, D. Francisco Gil y Lemus, la cual muestra lo inadecuado de sus fuerzas para sostener la grave carga del gobierno en tiempos tan revueltos, decia así: "Al señor Gil.—A la Junta para su gobierno la pongo en su noticia como me he marchado á Bayona de órden del Rey, y digo á dicha Junta que ella sigue en los mismos términos como si yo estuviese en ella. — Dios nos la dé buena. — A Dios, señores, hasta el valle de Josafat. — Antonio Pascual."

No nos dá menos menguada idea de los recursos intelectuales de una familia llamada á ocupar solio tan poderoso como el de España, la relacion que de sus ocupaciones diarias hizo el rey Carlos á Napoleon en Bayona: "Todos los dias, decia, nvierno y verano iba á caza hasta las doce, comia y al instante

volvia al cazadero hasta la caída de la tarde. Manuel me informaba cómo iban las cosas, y me iba á acostar para comenzar la misma vida al día siguiente, á menos de impedírmelo alguna ceremonia importante." Monarca tan desidioso y abandonado no es maravilla que trajese la nacion que debió regir y gobernar hasta el borde del abismo, aun cuando no hubiera tenido que habérselas con la ambicion insaciable del Emperador de los franceses.

Consuélanos el libro tercero en medio de tanta humillacion y desventura con la animada y pintoresca narracion del simultáneo alzamiento de todas las provincias de España y Portugal en defensa de sus derechos hollados y vilipendiados, aunque á veces se contrista el ánimo al contemplar la efusion de sangre inocente y otros desafueros inevitables en tan grandes alteraciones. Entre estos el mas terrible fué el asesinato de mas de trescientos franceses en la Ciudadela de Valencia, dirigido por el infame canónigo Calvo, que por tan bárbaro medio pensó captarse el cariño de la incauta plebe y dominar sin rivales en aquella rica ciudad; pero salióle mal la cuenta, pues su muerte y la de mas de doscientos de sus cómplices á manos del verdugo, vengaron hasta cierto punto la de aquellas indefensas víctimas. En este libro aparece por primera vez el héroe de Zaragoza, D. José Palafox y Melei, de quien dice con notable afectacion nuestro autor. "Admiró su elevacion, y aun mas que en sus procedimientos no desmereciese de la confianza que en él tenia el pueblo. Todavía mancebo, pues apenas frisaba en los 28 años, bello y agraciado de rostro y de persona, con traeres apuestos y cumplidos, cautivaba Palafox la aficion de cuantos le veian y trataban."

Llenan el libro cuarto que se dilata hasta fines de Julio del mismo año diferentes procedimientos de las Juntas de Madrid y Bayona, la entrada en España y en la capital del rey José, los primeros pasos de las Juntas Provinciales para oponerse á los Franceses, y de estos para destruir y disipar toda resistencia, concluyendo con las consecuencias de la gloriosa batalla de Bailen, de cuyas resultas, tuvo José que evacuar precipitadamente á Madrid, retirándose los invasores á la orilla izquierda del Ebro.

Los libros siguientes hasta el décimo inclusive continúan la historia hasta principios de 1810: los principales sucesos que refieren, son la entrada en España de Napoleon, rendicion de

Madrid y nueva esparsion de los enemigos por las provincias del reino; sitios memorables de Zaragoza y Gerona; primera campaña de Lord Wellington en Castilla; establecimiento y progresos del gobierno de la Junta Central, y por último su disolucion por consecuencia de la invasion de las Andalucías.

Los libros once y doce tratan principalmente de los acontecimientos militares ocurridos hasta el 24 de setiembre de 1810, en que se abrieron las Cortes generales y estraordinarias en la isla de Leon, durante cuyo período gobernó el reino la primera Regencia. La campaña de Portugal, en que casi sin combate paralizó Lord Wellington á favor de las líneas de Tones Vedras los esfuerzos de Massena, obligándole á retirarse con su ejército destruido y desmoralizado, es uno de los mas gloriosos hechos de armas de aquella época.

"¡Estrella singular la de esta tierra de España! Arrinconados en el siglo VIII algunos de sus hijos en las asperezas del Pirineo y en las montañas de Asturias, no solo adquirieron brios para oponerse á la invasion agarena, sino que tambien trataron de dar reglas y señalar límites á la potestad suprema de sus caudillos, pues al paso que alzaban á estos en el pavés para entregarles las riendas del estado, les imponian justas obligaciones, y les recordaban aquella célebre y conocida máxima de los Godos: *Rex eris si rectè facias, si non facias, non eris*, echando así los cimientos de nuestras franquezas y libertades. Ahora en el siglo XIX, estrechados los españoles por todas partes, y colocado su gobierno en el otro estremo de la península, lejos de abatirse se mantienen firmes, y no parecia sino que á la manera de Anteo recobraban fuerzas cuando ya se les creia sin aliento y postrados en tierra en el reducido ángulo de la isla gaditana como en Covadonga y Sobrarve, con una mano defendian impávidos la independencia de la nacion, y con la otra empezaron á levantar bajo nuevas formas sus abatidas, libres y antiguas instituciones. Semejanza que bien fuese juego del acaso ó disposicion mas alta de la Providencia, presentándose en breve á la pronta y viva imaginacion de los naturales, sustentó el ánimo de muchos é inspiró gratas esperanzas en medio de infortunios y atropellados desastres."

Así principia su autor el libro décimo tercio consagrado enteramente á la esposicion de las primeras tareas de las Cortes hasta que cerraron sus sesiones en la isla de Leon el dia 19 de Febrero de 1811 para abrirlas de nuevo en Cádiz el dia 24 del

mismo, aplacada ya algun tanto la fiebre amarilla que tantos estragos hizo en los últimos meses del año anterior, circunstancia que le da ocasion para terminar el libro con estas bellas palabras: "Rodeaban por tanto en su cuna á la libertad española la guerra, las epidemias y otros humanos padecimientos como para acostumbrarla á los muchos y nuevos que la afligirian segun fuera prosperando, y antes de que afianzase en el suelo peninsular su augusto y perpetuo imperio."

Multitud de combates parciales en la parte oriental, la rendicion al enemigo de Tortosa y Tarragona y algunas acciones importantes hacia el lado occidental, entre las que se distingue la batalla de la Albuera, ocupan los libros 14 y 15. En los dos siguientes vuelve el autor á ocuparse de las tareas legislativas de las Cortes sin olvidar el ruido de las armas que andaba entonces muy vivó por todos los ángulos de la península con variados sucesos: así fué que por un lado se perdió la capital del reino de Valencia con el numeroso ejército que la defendia, y por otro se reconquistó con grande efusion de sangre la importante plaza de Ciudad-Rodrigo.

El libro décimo-octavo contiene un análisis muy bien hecho de la Constitucion política del año de 1812; y un atinado juicio de los defectos de aquel código célebre, destinado al parecer á figurar en todas las revoluciones y disenciones que afligen á la nacion española, con otros sucesos relativos á su formacion y publicacion.

La estrella de la nacion española, que hasta aquí solo habia lucido en algunos breves intervalos, empezó ahora á brillar sin interrupcion, aumentándose mas y mas su esplendor por consecuencia de las señaladas victorias del lord Wellington, secundadas eficazmente por los gefes españoles; de la desastrosa campaña de Rusia y *coalicion* de todas las potencias de Europa contra la preponderancia francesa, que obligó á Napoleon á desguarnecer la Península de sus mejores tropas. Vencido y destrozado José en Vitoria el dia 21 de Junio de 1813, abandonó para siempre la España y el mal adquirido trono que tan amargos sinsabores le causara; y puesto en libertad el legítimo monarca despues de seis años de cautiverio, pisó el territorio español el dia 22 de Marzo de 1814. Los resultados de este grande acontecimiento, funesto para la causa de la libertad nacional, cuenta rápidamente el libro vigésimo-cuarto, y el autor suelta la pluma dejando á la patria libre del opresor

estrangero; pero avasallada por un partido opresor, ignorante, y fanático. ¡Cuántas desdichas han llovido después sobre ella! Eterno renombre guarda la posteridad al historiador insigne que reuna las dotes que se necesitan para transmitirle dignamente los estraordinarios acontecimientos que desde entonces acá hemos presenciado, y cuyo fin ni aun columbramos.

Por el sucinto análisis que acabamos de hacer se convencerá el lector, no solo de la imparcialidad y justicia de las observaciones que hemos estampado al principio de este artículo, sino tambien de que la obra del conde de Toreno es sumamente instructiva y la mejor guia que pueda tomar el que trate de imponerse á fondo de la historia de aquel período, corto á la verdad, pero lleno de grandes y útiles documentos para el militar, el estadista y el patriota.

DE LA HISTORIA

É

HISTORIADORES ANTIGUOS FRANCESES.

Los franceses carecieron hasta el siglo presente de una buena historia de su país. Creen los inteligentes que la adulacion á los grandes personajes, fué lo que motivó esta falta.

La Historia de Mezarai, no solo es fastidiosa sino inexacta: alguna vez es elocuente.—1650.

La del P. Daniel corregida y aumentada por el P. Griffet, á mas de las faltas de lenguaje que son infinitas, tiene tambien la de la inexactitud: como adulaba á los bastardos, fué protegido por Luis XIV.—1775.

La del Abad Vély continuada por Villaret y Garnier es de las menos malas. El Abad hizo los ocho tomos primeros con crítica é interés, y los otros escritores la concluyeron contando la vida de los reyes y abandonando la moral, la política y todo lo civil de la nacion.—No recordamos el año.

El Compendio cronológico de la Historia de Francia por el presidente Hénault, sirve hoy de modelo: está escrito con juicio y órden, mas no pudiendo sin fastidio leerse todo, sirve como un buen diccionario.—1700.

El Discurso sobre la Historia Universal por Bossuet, fué compuesto para la instruccion del Delfin, y es una obra maes-

tra á pesar de su metafísica y de algunas durezas en el lenguaje que hubieran podido corregirse.—1700.

La Conspiracion de los Españoles contra Venecia por Saint Real, de Saboya, á pesar de no ser muy exacta en los hechos, ha merecido á su autor verse á Salustio justamente comparado. Su historia de D. Cárlos, hijo de Felipe II, tiene buena locucion.—1690.

La Revolucion de Portugal, la Revolucion de Suecia y la Historia de las Revoluciónes Romanas por el Abad Vertot, están muy bien escritas segun el inteligente P. Bouchours: la última es su obra maestra. La de la órden de Malta es mala.—1730.

La Historia de Sobieski, por el abad Coyer, es de estilo conciso y animado, y no conviene alguna vez á la gravedad histórica.—1780.

La Historia de Carlos XII, el Siglo de Luis XIV y el Ensayo sobre la Historia Universal por Voltaire, tienen el defecto de que el autor se descuida en la exactitud de los hehos, y mas bien dice lo verosímil que lo real sin apoyar nunsus pruebas : reune y aglomera cuantos hechos puedan servir á su idéa olvidando las verdades que le contradicen. Aunque admira y es representado siempre Carlos XII como un prodigio, nunca es grande: la retirada de Schulembourg es un trozo admirable. Mas que historia es un bosquejo ingenioso el Siglo de Luis XIV; y le es muy inferiór su Siglo de Luis XV no obstante verse allí los motivos de la desgracia de Luis XVI. La Historia de la Rusia bajo Pedro I.° no tiene sino algun mérito filosófico. Su Ensayo sobre la Historia Universal, hecho para su amiga inseparable, Mme. de Chatelet, es digno de admiracion, y es de un nuevo género; mas su demasiada enemistad á los judíos y cristianos le hace traspasar los límites de la razon. Dice falsamente que la Palestina está hoy como en su principio, y que no se tenían para carga y montura mas bestias que burros. Estudia en él al hombre en los distintos estados del universo, mas que el país y la historia de la nacion.—1750.

La Historia antigua y la Historia romana por Rollin, llamado la *Abeja de la Francia*, son buenas y están bien escritas con especialidad la primera en que imita á Herodoto: la segunda es cansada y se semeja á Tito Libio. Su Tratado del modo de enseñar las bellas letras con relacion al ingenio y al corazon, no tiene órden ni profundidad aunque agrade por su estilo. Es un literato.—1700.

SECCION TERCERA.

COSTUMBRES.

EL VELORIO.

Entre la costumbres que caracterizan nuestra sociedad y le dan un aire de semejanza con las de aquella que ha servido de base para su formacion, figura en nuestros dias, en todo su auge, el *Velorio*: este es la reunion de personas de amistad que acompañan toda la noche á la familia de alguno que falleció y debe estar á la espectacion pública durante veinte y cuatro horas ó menos, segun la enfermedad de que murió, la estacion que reina, ó el estado de robustez que gozaba. Esta costubre de velar los muertos, es fecunda en escenas cómicas, que forman un contraste notable con las lágrimas de los dolientes, y el lúgubre aparato de la casa.

Aunque mi paleta no tiene colores, aunque mi pincel es duro, y por último aunque no soy muy vivo de ingenio, me ha venido sin embargo el deseo de pintar un velorio con toda la verdad posible, y buen provecho le haga al lector, si le encontrase de alguna utilidad: tengo aun frescas en mi memoria las escenas que presencié noches pasadas en uno á que concurrí: allá voy en cuerpo y alma, y cuidado que aunque pinto no pinto, y si pintado se viere alguno, salga el sol por Antequera.

Habrá poco tiempo que estando al anochecer en mi casa, se me entró por las puertas un amigo, y sin decir oste ni moste, prorrumpió en esta súbita, lúgubre y terrible esclamacion: "¡Con que ha muerto D. Gerundio!" El eco de sus pisadas al entrar y el de su anuncio, hirieron á un mismo tiempo mi tímpano, y lleno de terror volvime hacia el fúnebre nuncio de tan fatídica noticia; abiertos los ojos, abierta la boca, caídas las manos, y como dice el vulgo sin sangre en las venas, miraba á Toribio Zumaque, que así se llamaba mi amigo, sin acertar á preguntarle nada: vaya una escena muda, sublime: vaya un grupo de estudio para un pintor el que formábamos, Toribio, yo y mi cómoda, callados los tres como unos deslenguados: al fin mi sangre agitó de nuevo el aparato respiratorio, y el sístole y diástole del corazon equilibró la vida, suspensa á virtud de las mágicas palabras de mi amigo:—¿Qué me dices chico? Cuándo murió? De qué?—Ha muerto repentinamente habrá una hora, me respondió Toribio, y en cuanto lo supe corrí á avisarte porqué sé que le estimabas mucho.—*Requiescat in pace*, dije, y principié á vestirme de un modo conveniente al triste papel que en el drama de la vida me tocaba aquella noche.

Púseme la casaca de pésame, un pañuelo negro al cuello y me dirigí á la casa mortuoria con el buen Toribio: hallela llena de gentes conocidas y desconocidas: pasé al cuarto donde yacía el cadáver ya afeitado y peinado sobre el lecho en que murió: me encontré allí á Pancho, á quien los muchachos llaman por apodo *Pícúa* y el lector conocerá sin duda porqué desempeña entre los vivos la triste mision de vestir los muertos: con su rostro descarnado y huesoso, su tez amarillenta, su pelo lacio cayendo en largos mechones sobre las mejillas, su nariz prolongada y desdentada boca, su aire insustancial, atontado y vivaracho, me parecía un esqueleto ambulante ayudando al recien muerto. Mientras le pegaba los ojos con cera derretida, hubo un buen altercado sobre si le pondrían calzones de dril ó de paño; pero una tia de la viuda asomó su rostro matusalénico por la cortina del cuarto y dijo que le pusieran cualquiera, porqué llevaba hábito franciscano. Algo mustio me separé de allí, meditando profundamente al ver combinadas las estravagancias de la vida con la lúgubre gravedad de la muerte.

Pasé al comedor donde se hallaban muchos jóvenes amigos, consolando á D. Gerónimo, hermano del difunto: me acer-

qué para cumplimentarle :—¡Ay Sr. D. Eustaquio! esclamó al verme, abrazándome y llenándome de mocos y lágrimas el hombro de mi casaca ¿Quién nos lo había de decir? ¡Esta mañana tan bueno, tan contento, que me estuvo tirando pelotitas de pan en el almuerzo, y ahora cadáver!—No hay mas que conformarnos con la voluntad de Dios, le respondí en tono consolatorio : en estos casos el único recurso del hombre es humillar la frente, porqué estas cosas vienen de lo alto.—El siguió sollozando, y se sentó luego en una butaca abolenga donde le dejé entregado á su afliccion. Mientras esto pasaba en el comedor, la viuda agotaba las fuerzas de diez mancebos en el cuarto vecino, pues sus accidentes menudeaban, y todo era confusion y espanto en aquella casa.—Hágannos vds. el favor de venir á sujetar á Mariquita, salió gritando una mujer como de cuarenta, de atortugada forma y hablar cansado : y á la par, salía de la misma pieza un jóven descolorido con las manos en el estómago, y casi encorvado por una patada que le había dado la viuda en un acceso de convulsion : casi todos los que estaban conmigo se precipitaron al cuarto, pero yo que soy delicado y falto de fuerzas, no quise esponerme á un desaguisado igual al que tenía presente.

Al fin la viuda se tranquilizó, y hombres y mujeres se reunieron en el patio á gozar de la frescura de la noche, fumar y conversar. El muerto estaba ya de *cuerpo presente* en una tumba de tres cuerpos, con ocho cirios y seis bujías: las ventanas de la casa abiertas de par en par, y sin mas compañía que los dos atizadores; todo en un silencio sepulcral: en el patio por el contrario, la vida y la juventud olvidaban la muerte. Sentados de dos en dos, cada jóven tenía á su lado una hermosa con quien hablaba de amores ó de objetos indiferentes, porqué no todas tenían allí sus amantes. Yo me senté por desgracia al lado de una señora sexagenaria que me favoreció con la relacion de todos los pormenores que habían precedido á la catástrofe que allí nos reunía, y por adicion ensartó varios acontecimientos de familia, hasta hacerme bostezar, y tal vez me hubiera rendido el sueño si no oyera venir á socorrerme la consoladora voz de D. Gerónimo, que sacando el reloj, dijo:—¡Caramba, la una! como se nos ha ido la noche! Vamos señores á tomar una friolera,—y poniéndose á la cabeza marchó hacia un salon que había en el fondo de la casa, seguido de todos los que allí nos hallábamos: entramos en el salon que era un cuadrilátero hermoso

en medio del cual aparecía una mesa cnbierta de manjares criollos y estranjeros, sabrosos y caros. D. Gerónimo se guardó las lágrimas, y principió el ataque por una fuente de panetelas: pronto se hizo general la accion, oyéndose un ruido sordo producido por las voces de los que mascaban, y el crujir de las galleticas de Sto. Domingo que se quebraban entre las dentadas mandíbulas de los mascadores. Todos comían, y hasta yo que soy tan medroso de noche, me eché al coleto una panetelilla con una copita de moscatel; tal es la fuerza del mal ejemplo: verdad es que pequé venialmente, pero los otros tragaron sin conciencia, y lo que mas admiracion me causaba era ver al bribon de D. Gerónimo, engullendo como una tonina á la salud del difunto: ¡Quién diablos te aguanta las lágrimas, dije para mí, si vuelves á desatarlas con lo que has tragado! Concluyeron al fin la cena, ó como se llame, y volvimos al patio. Este es el momento en que cambia la escena: los licores avivan los espíritus, todos se olvidan del difunto y principia entonces la broma que aleja el sueño. Uno que allí estába, y conocíamos porqué asiste á todos los velorios, agudo y decidor, se puso á charlar con gran contento de la reunion, pues sus chistes nos hacían reir.-Señores dijo, al que se duerma le pintamos.—Caballeros, replicó uno, feo, picado de viruelas, con nariz de cotorro, ojos saltones, y una bocaza de oreja á oreja, á quien llamaban don Cornelio, á mí no me pinten, que estoy muy acatarrado. Y al mismo tiempo se arrellanaba en la butaca abolenga, descansando la cabeza en una mano y estendiendo el pié izquierdo para guardar mejor la posicion: á los diez minutos roncaba como un Prior, y el maligno gracejo, cumplió su oferta, pintándole con un corcho quemado dos grandes vigotes y unas patillas descomunales que le pusieron espantoso, é hicieron soltar ruidosas carcajadas á los concurrentes. Este accidente retrajo á los despiertos de ceder al dulce halago del sueño, especialmente varias parejas que pasaron toda la noche en revelaciones amorosas y dulces apretones de manos. Yo no tenía á quien acogerme; el enemigo se había apoderado de todas las fortalezas útiles y había dejado sin guarda las que no eran mas que montones de ruinas. En mi vida he visto una coleccion de viejas mas ridículas: tal me imaginába ver los caprichos de Goya encarnados en ellas; huía á tiro de cañon de aquel *sábado* porqué si me pillaban no había más remedio que esperar el alba montado en la escoba.

Yo paseaba mi vista, con el oido atento, por aquellos grupos, unos llenos del fuego de la vida, entregados á las risueñas ilusiones de la esperanza y del amor, otros helados, sin mas que amargos recuerdos de pasadas alegrías, y una tumba al fondo de su estrecho y desencantado porvenir. Al ver aquel contraste sublime, aquel cuadro donde aparecía el hombre y la existencia con cuanto tiene de hermoso y de horrible, de agradable y repugnante, donde se confundían todos los tintes desde el color de aurora hasta el negro de la noche, donde veía el mágico prisma de la juventud hecho pedazos ante el lúgubre aparato de la muerte que á diez pasos de nosotros tenía un trono levantado y sobre él un cadáver, como un sarcasmo á las esperanzas locas de la especie humana y á los delirios de la turba juvenil que allí soñaba goces y delicias, olvidada de aquel espectáculo; sentí mis cabellos erizarse, y conmovida mi alma traté de alejar de mí pensamientos tan profundos y melancólicos: volví mi vista maquinalmente á un lado y ví á D. Cornelio con sus vigotes: la transicion fué súbita y echéme á reir á carcajadas.

En esto amanecía y fué preciso comenzar la tarea de cerrar y sobrescribir las papeletas para el entierro, que se mandaron imprimir en casa de Boloña y acababan de tirarlas Nos sentamos al rededor de una mesa y como éramos muchos, á las seis de la mañana habíamos llenado 300, de las que solo repartiría 50 el encargado. Terminado este particular pasé á despedirme de las jóvenes que aun permanecían en el patio, pálidas ojerosas y notablemente desfiguradas, con los párpados cargados de sueño: les hize el cumplido de *celebraré que ustedes descansen*, y regresé á mi casa á prepararme para el entierro: llegué molido y soñoliento, dormí diez horas, y al levantarme supe que mi amigo había entrado en el seno de la madre comun, y que yo había dormido mas de lo que debiera: no hubo pues mas remedio que conformarme.

Al otro dia pasé á dar el pésame á la viuda: la encontré probándose un traje de luto, y discutiendo con una amiga si sería mejor *asi ó asáo*: como que estaba consolada, no procuré afligirla: ella al verme se esforzó por soltar una lágrima, pero bien sea porqué se le había secado la fuente, ó porqué no podía llorar, lo cierto es que hizo una mueca de mogigata: yo respeté su *dolor*, y me despedí hasta la fecha, en que escribo estos renglones, para dar una idea de nuestros velorios, á donde se va solo á comer y reir. Jose V. Betancourt

LA UNA

DE UN DIA DE TRABAJO EN LAS CALLES DE LA HABANA.

No hay cosa que con mas propiedad dé á conocer la índole de una poblacion, que el empleo de las horas. Varias ocaciones me ha sorprendido el contraste que se advierte en nuestra ciudad á las diez de la mañana, á la una del dia, á las cinco de la tarde y á las ocho de la noche; contraste que para concebirse bien, fuerza al escritor de costumbres á estudiar en artículos separados la inversion del tiempo en las distintas razas y categorías de las personas; y para dar principio á la tarea me ocuparé del medio dia, cuyas escenas he visto repetirse diariamente desde el primer sol habanero que me iluminó hasta el último que percibo.

Soy un hombre que por mis ocupaciones me veo forzado á correr las calles todas las horas del dia y con no poca frecuencia las de la noche, é inclinado naturalmente á la observacion y á la malicia, pocas aventuras se me escapan. Atontado por el calor en cuanto llega el medio dia, y no pudiendo disponer de mí hasta la una, he sufrido grandes disgustos siempre que necesito hacer compras en las tiendas de ropas, paños ó ferreterías, pues infaliblemente hallo sentados á la mesa todos los mozos que las asisten; y yo que me molesto tanto si me fuerzan á dejar un buen bocado, considero lo que sufrirán los dependientes si les incomodo para que me vendan dos varas de cinta ó una cerradura. Los pobres tienen en esto mas razon que yo: saben que enviando á las fondas, después de la una por su comida, les mandan sobras. Así la tienen en su tienda al dar la hora, y sin arbitrios para calentar los manjares, comen frio si los llaman. Para colmo de miserias, casi nunca es tan abundante la comida, ni desganados los compañeros, que el infeliz á quien un comprador entretiene, deje tambien de comer poco. Hay pues en las calles de mas tráfico comercial á la una del dia un silencio tan notable que el estranjero que á esa hora le dijesen: esta es la calle mas concurrida de la Habana, dudaría de estar en ella; pues en su país es la de la actividad y de los negocios. En verdad que de tarde en tarde los gritos de un pesador de azúcar y el ruido de los carretones rezaga

dos que la conducen, ó que llevan café de la casa del hacendado á la del comerciante; como que indican la existencia de un movimiento mercantil, sombra del que le ha precedido.

Si me toca por ventura ir por otras calles, se me presentan á la vista las mas cómicas escenas. Nuestras buenas *mamás* y preciosas hijas gustan de lavarse al medio-dia, porqué temen hacerlo por las tardes en razon del calor y de la comida que siempre se da de dos y media á cuatro de la tarde entre las personas de buen tono. Es el caso que como las jóvenes dejan el piano, la costura ó el bordado y se encierran con su madre en la recámara donde tienen su tocador, aquella de las primeras á quien no falta su adorado tormento, toma la ocasion por el cabello y entreabriendo la persiana ó levantando la cortina, pega su linda frente á la barra de hierro que la separa de la calle y recorre con vista entre dudosa, tímida y resuelta toda la cuadra del uno al otro estremo: fijo el un oido á lo que pasa en el comedor para no ser sorpendida, alerta el otro al ruido del hombre que atraviesa la calle para volver la vista en cuanto note al mas lijero y recatado, y pronta á tomar su dedal ó su tijera del asiento vecino que dejó con intencion olvidado para disculpa; cuenta los momentos hasta que percibe en la esquina un estudiante que asoma y aparta por momentos su cabeza, y que á la señal imperceptible de su amada, salta como un gamo para ir á su encuentro. ¡Cuántas jóvenes cortas de vista no toman su bordado hasta esta hora en que el sol da de lleno en su ventana!

Mas adelante se divisa otra ocupada en dulcísimos coloquios con el tendero vecino que para huir de la vigilancia del dueño y de los compañeros, finge un desgano que no tiene, y de cuyo sacrificio le recompensa su adorada, juntando su frente con la suya. Pero ¡oh dolor! cuando van á tocarse sus labios entra la *mamá*, y con un "No señor, vive á la otra puerta D. Tadeo" despide la niña al amante.

¿Pero quién es este jóven cargado de procesos que vuela de la calle de la Amargura á Palacio? Un oficial de causas que echa pestes porque vé salir los otros por la de Mercaderes fumando sus cigarrillos: no llegó á tiempo y perdió las dos onzas que por la libertad en aquel mismo dia de un reo, le habían ofrecido, y que llevaba decretada ya por el asesor.

¿Qué se ha hecho el ruido compasado de los presos que partían chinitas en la plazuela de S. Francisco, y nos aturdían

hace una hora? En donde están?—Tendidos en el suelo y durmiendo la siesta hasta las dos, bajo el tinglado. Pero si el cuadro está inanimado á mi derecha, no así por mi izquierda, donde los carruajes de los oficiales mayores que dejan la Aduana y la Intendencia, la multitud de los de á pié que forman círculo junto á aquella vendedora de piñas y de anones, y la de los que acuden á una cita de ventana, despertando al negro que dormía á la sombra en su carretilla bien lejano de pensar en recibir la pisada que un instante le alarmó; los gritos del vendedor de dulces y las carreras de los quitrines de alquiler y de los particulares cuyos amos juegan al tresillo, al asomar las gentes del vapor de Regla, distraen un momento la atencion con señales tan claras de actividad y de vida que persuadirían al mas idiota de que la *una del dia* tan descansada para unos, es la mas ocupada para otros, pues si el presidiario duerme y el trabajador come, el enamorado goza y el poderoso *tresillea*.

¿Porqué este Corredor sale tan alegre de la casa de aquel rico comerciante? Ganó cuarenta onzas de oro en una negociacion usuraria de la que aquel espera sacar en seis meses tres mil duros. Pero el deudor que sabe mas que el comerciante, y los dos menos que el corredor, se calzará las espuelas y *fomentándose* en su ingenio, y dejando al banquero á la luna de Valencia, se mantendrá atrincherado en un *juicio de esperas* sobre cuyas utilidades ha mucho tiempo que calcula.

Parece que es un dia de buenas negociaciones para el corredor. Ya le veo entrar en un almacen de muebles y volar al punto á otro de ropas. ¿Cuánto mas habrá ganado? Pregunto á los mozos y acaba de comprar todos los muebles que necesita para la sala de su casa que no hace un año adornó con el mayor lujo. Queda empeñado en treinta onzas mas de lo que tenía y va á adeudarse en otras veinte para vestir de nuevo su familia.

Sin duda que hay gran movimiento en la Lonja, pues tanto rico caballero, tanto dependiente del comercio y escribiente de abogado que se disputan la delantera para entrar, indican lo que cuesta un momento de tardanza.—Van al billar, los unos á coger los tacos, á apostar miles los otros en secreto, y á perder el tiempo los demás.

¿Y porqué le perderé tambien yo con mis observaciones? Iré á una cita bajo los portales de gobierno donde se reunen otros con la misma idea, y después me encaminaré al Prado á hacer apetito con los convalescientes.

CUARTA SECCION.

POESIA.

Á ISELIA.

Cuando recorres con lijera mano
las blandas cuerdas de tu ebúrnea lira
alma ternura tu cancion me inspira
y en gozo truecas mi pesar tirano.

Huye veloz el infortunio insano,
amor tan solo el corazon respira
y el alma ardiente entusiasmada admira
de tu beldad el esplendor temprano:

La brisa los dulcísimos cantares
que modulas con labio melodioso
repite en las riberas de Almendares,

Y de júbilo grato estremecido
siento en férvido fuego delicioso
mi volcánico espíritu encendido.

J. V. Betancourt

EL FASTIDIO.

> Dame, oh Dios, del suelo mio
> una flor y nada mas.

Ya el Sol su luz esconde
tras el opuesto monte,
y el lánguido horizonte
me inspira horor fatal:
Parece que responde
el eco á mi gemido,
el viento ha repetido
mi acento sepulcral.
El mundo me parece
insípido, desierto,
perdido vago, incierto
cual Arabe infeliz.
Vendrá después la aurora,
¿qué importa su luz pura?
el llanto y la amargura
corriendo van tras mí.
No es este el sol de vida
que en Cuba hirió mi frente,
el aire aquí es caliente,
es viento de arenal:
El bosque no convida
con fresco delicioso
cual bajo algun frondoso
fresquísimo palmar.
Allá la tierna Helmira,
mirábame y sentía
mis dichas, mi agonía
mi amor, mi desear:
Jugaban con mi lira
sus manos bulliciosas,
y de aguinaldo y rosas
la frente me ciñó.

Todo ha pasado
como en el cielo
rápida corre
nube fugaz.

Solo me queda
dulce memoria
de un bien supremo
perdido ya.
Mas en el alma
yace grabada
cual en el marmol
santa inscripcion.
Y no es bastante
para borrarla
el duro tiempo
del corazon.

J. B. C.

Sevilla Mayo 1837.

LA HABANA.

Habana, Habana, ciudad
que te habito y no te veo,
yo cantaré tu beldad
si te es grata la amistad
de un trovador Europeo.

Ni siquiera una mirada
¡tan altas estan las rejas!
puede serte consagrada
desde la triste morada
do nadie escucha mis quejas.

En tí su estendida copa
fragante cedro derrama,
y las caobas de fama
que forman allá en Europa
el tocador de una dama.

Antes de chacras poblados
mostrabas tus montes de oro,
y hoy enseñas los estrados
de tus bellas, perfumados
como el alcázar de un moro.

Y cuando en tu suelo rico
errante tribu encerrabas,
no al estranjero enseñabas
tus blancas con su abanico,
ni tus negras con sus jabas.

Niño aun mi corazon
palpitaba entusiasmado
al nombre de aquel Colon,
que levantó su pendon
sobre tu suelo ignorado.

La gloria me enardecía
del español sin segundo
tan grande, que no cabía
en un mundo ¡oh patria mia!
y fué á buscar otro mundo.

Que tanto la España pudo,
que su estandarte se acata
do el americano rudo
mostró su cuerpo desnudo,
y sus aretes de plata.

Do erraba la caravana
de los indios del desierto,
hoy brilla enseña cristiana.....
—¡Qué eras entonces ¡oh Habana!
sin tus torres, sin tu puerto?

Sus guerreros acerados
la Europa enviarte quiso
y huyeron tus retostados
oscuros hijos, ornados
con plumas del paraíso.

Bajo tus mangles dormidos
has visto á los caballeros,
que allá en Granada aguerridos,
contra los moros unidos
desnudaron sus aceros.

¿Quién sabe si como yo,
alguno entre ellos tambien
dejó en España á su bien,
y fiebre de amor sintió
bajo el lauro de su sien?

Tal vez el plátano erguido
oyó suspiros de amor,
algun suspiro encendido
de un paladin afligido,
como aqueste trovador.

Si, Habana, yo tambien lloro
con un dolor infinito,
y mis lágrimas devoro,
y tal vez ni la que adoro
tiene piedad de un proscrito.

A. RIBOT.

Cárcel de la Habana año de 1838.

A

DESVAL.

Suspira el pastor tierno
al mirar la bellísima zagala
y guirnaldas que tege le regala:

Recibe el don la hermosa,
risueña se orna el seno palpitante
y compensa con otras á su amante.

Flores se dan por prendas
de amor.... y sus palabras afectuosas,
son suspiros ó risas candorosas.

¡Dichoso quien respira
en el regazo virginal de Flora
placeres de inocencia encantadora!

M. G. del V.

Febrero 7 de 1827.

Á LOLITA.

Cómo en medio de noche pavorosa
que no alcanza la vista estrella alguna
por entre densas nubes, magestuosa
serena asoma la brillante luna,
y aclarando su luz la selva hojosa
ofrece al hombre célica fortuna;
tal lucen para mi alma acongojada
los negros ojos de Lolita amada.

Como la aurora de esplendor vestida
perlas regando en el pensil de Flora,
con alba frente de jazmin ceñida
los verdes campos apacible dora,
y las aves con música lucida
saludan á su cándida señora;
así mi voz celebra entusiasmada
los negros ojos de Lolita amada.

Como á principios de Diciembre helado
luce en el prado solitaria rosa,
siendo envidia del bosque deshojado
orgullo y gala de la amante diosa,
y su cáliz, Favonio enamorado
plácido besa do encantado posa,
así tienen mi alma electrizada
los negros ojos de Lolita amada.

Cual descuella en sus alas negra pluma
la blanca garza al suspender su vuelo,
y alzada finge con rareza suma
sutíl lunar en la mitad del cielo,
ó de un arroyo en la nevada espuma
pinta una mancha si se baja al suelo,
tal brillan en su frente delicada
los negros ojos de Lolita amada.

Anónimo.

SECCION QUINTA.

VARIEDADES.

CASAS DE EDUCACION SOSTENIDAS CON EL PRODUCTO DEL TRABAJO MANUAL DE LOS ALUMNOS.

Todas las naciones que conocen sus verdaderos intereses se afanan en formar hombres dignos de servirla con las ciencias y las artes. La mano protectora de los buenos, vierte las riquezas que les concedió la fortuna y levanta establecimientos públicos donde el rico, y el necesitado que descuella por las lu ces de su entendimiento, reciben una educacion distinguida.

Pero los hombres del dia que mamaron con la leche los principios antisociales de los utilitarios, procuran en su egoismo refinado agotar su talento para demostrar perjuicios en las pias fundaciones de hospitales, en los hospicios de mujeres desvalidas y engañadas, en las casas donde se acoge al huérfano y alimenta y educa al niño desgraciado que la crueldad de ciertos hombres arranca de los brazos de una madre ó la barbarie de esta arroja de su seno cuando mas le necesita: ¡Horror y oprobio de la especie humana, accion que nunca se ha visto en las bestias mas feroces!

Por fortuna, esos grandes ingenios cuyo saber perjudicaría á todas las naciones donde se publicasen sus principios, no encuentran simpatías sino enlos sujetos cuyo corazon marchito y duro es incapaz de hacer sacrificios por el prójimo, ó cuyo ingenio poco despejado se deslumbra con una falsa lógica; mientras los amigos de los hombres que hacen el bien por solo el gusto de hacer bien, ceden á la noble condicion que los arrastra y desoyendo la chillona gritería del falso saber, abren sus arcas y son contentos si logran salvar una sola víctima de la corrupcion.

Aquellos grandes hombres pululan en los Estados vecinos de la union americana. Ellos mejoran las cárceles. Ellos recogen los ciegos y sordo-mudos para aliviar su existencia dolorosa. Ellos, en fin, hacen lo que no se ha visto en otras naciones: sacrificar sus capitales para la fundacion de establecimientos donde infaliblemente imaginan que se han de perder, teniendo por único consuelo el que otros hombres generosos y necesitados les logren formar con pequeños desembolsos y satisfagan sus miras, criando á un tiempo hombres inteligentes y activos que desde su primera infancia en vez de recargar los gastos de la sociedad, paguen con usura el bien que se les hace.

En esta base se fundan las casas de educacion de que se tratará en este artículo. Pero no seremos nosotros los que discurramos: dejaremos la gloria de transcribirlas al desgraciado compatriota que de los bancos del congreso tubo que espatriarse en la pasada Con stitucion, para salvar la vida. Nada importa lo atrasado de la fecha, pues nunca es tarde para socorrer al necesitado. ¡Felices nosotros si nuestros ricos conciudadanos se estimulan á formar iguales establecimientos!

New-York, 14 de Diciembre de 1828.

Mi querido.....voy á ver si tengo el tiempo que necesito para ponerte no cuatro letras, sino todo un artículo sobre un establecimiento de educacion, cuyos gastos se costean con el producto del trabajo manual de los mismos muchachos que se educan en él, pareciéndome encontrar no solo realizada, sino perfeccionada y con notable mejoría la idea de Campomanes sobre escuelas patrióticas, que él limitaba á enseñar algun género de industria.

Así como las prisiones de estado, casas de pobres, asilos de huérfanos y otros establecimientos indispensables en la sociedad han sido y en muchas partes son todavía, al paso que una escuela de relajacion y vicio, una carga gravosa para aquella, cuando en los Estados-Unidos han tenido un éxito feliz los ensayos hechos para que al tiempo que sean escuelas de moralidad é industria, se sostengan con el trabajo mismo de aquellos á quienes sirve de encierro ó abrigo; del propio modo se ha tratado de conseguir un objeto semejante en algunos establecimientos de educacion, conciliando con el fin de esas instituciones aquel temprano hábito y amor al trabajo, que forma la base mas sólida de las buenas costumbres públicas, y de la prosperidad que infaliblemente ha de conseguir un pueblo aplicado é industrioso.

Habiéndose hecho varias tentativas por un caballero de este país para poner en planta ese hermoso sistema, sacó por consecuencia, que no había tenido, ni podía tener nunca el éxito deseado. Pero como aquí no se desalientan jamás cuando se trata de la perfeccion y mejora de establecimientos en que se interesa el bien público ó particular, y como lejos de arredrarse con los obstáculos mas difíciles de superar, se aviva é irrita quizás el deseo plausible de vencerlos; llegaron á multiplicarse las tentativas y ensayos, hasta que al fin han sido coronados con el suceso mas completo. Sobre este particular se encuentra el siguiente artículo en el periodico titulado: *El New-York Farmer.*

"En nuestras observaciones sobre el comunicado del profesor Eaton, advertimos que no distaba mucho el dia en que numerosos y felices esperimentos probasen al mundo ilustrado, que cada jóven de seis años colocado como un aprendiz hasta la edad de diez y ocho en una escuela de industria regular y bien organizada, fuera capaz de mantenerse, vestirse y educarse con el producto de su propio trabajo. En solo el transcurso de pocos años ya vemos levantarse por donde quiera en nuestro país instituciones en que la juventud se recrea alternativamente con ejercicios corporales y mentales, donde la certeza de recibir una compensacion cabal del producto de su trabajo los estimula y anima á hacer los mayores esfuerzos, donde el espectáculo agradable de los objetos de investigacion produce el deseo de saber; de que nunca deja de resultar un alto grado de cultura intelectual y un ensanche del entendimiento para los

goces racionales. Nuevas reflexiones nos han confirmado en nuestra opinion y nuevos informes nos han dado la seguridad de que se realizára nuestro juicio anticipado.

"El profesor Eaton no puede dudar, despues de largo tiempo que ha cultivado con tan feliz sucéso las ciencias naturales, que muchos principios están reconocidos hoy como verdaderos en contra de los cuales los ensayos y dogmas de los filósofos han tenido sojuzgada la fé del mundo: sabe tambien que unos hombres hacen mas felices esperimentos que otros, ó mejor dicho, sin que pueda suponerse que dudamos de su habilidad, que todos no son igualmente afortunados en cualquiera objeto de investigacion. Creemos que la escuela de Mr. Eaton es defectuosa en el medio principal que había de conciliar el éxito de su plan de trabajo para la educacion. Le faltaba estímulo para los esfuerzos de los discípulos. La necesidad que es la palanca del poder humano, y el interés ó la esperanza de ganar que es el motivo alentador de los esfuerzos del hombre, nunca movió á sus discípulos, jamás animó sus corazones.

"No se necesita mucho conocimiento de los resortes secretos de la accion humana para poder decir que los jóvenes de una institucion, cuyos gastos de mantenimiento y educacion fueron costeados por sus padres ó allegados, no entrarían en el campo del trabajo ó en el taller de las artes, con todo aquel ardor, ni se sujetarían á toda la fatiga perseverante que es indispensable para adquirir los conocimientos prácticos de la labranza y artes mecánicas. No es sorprendente que así provistos, prefieran inspeccionar las varias operaciones de los talleres vecinos. Ni tampoco debe estrañarse que se conceda una deduccion de la renta para la instruccion agrícola que se dá á los pupilos y para los perjuicios é inconvenientes que se sufren por la escuela á los arrendatarios de las estancias de la propiedad de Mr. Van Renpellaer. Esta no es una censura de la escuela de Mr. Eaton. Por el contrario no dudamos que sea visitada muy provechosamente por los estudiantes, y que frecuentando ellos los talleres de los pueblos vecinos, se deleiten siempre viendo las aplicaciones de las ciencias esperimentales á las artes útiles, y que se excite el zelo en favor de las ciencias.

"El plan de la escuela de Van Renpellaer para adelantar á los pupilos en las ciencias mas íntimamente ligadas con las necesidades de la vida, es muy superior á la mayor parte de las instituciones de nuestro país, altamente honrosa á la concep-

cion del patriota venerable, del distinguido bienhechor que inventó y fundó la institucion. La hemos visitado, examinando lijeramente sus pormenores y oido aplicar la instruccion geológica de los profesores á la agricultura, habiendo asistido tambien á una leccion de química dada por uno de los pupilos á los mecánicos de Troya. El conjunto todo nos ha satisfecho completamente, fortaleciendo nuestra opinion sobre la grande utilidad de semejantes escuelas. Solo advertimos una cosa que no deslumbró nuestra vista: los cercados al rededor de los edificios, porqué les faltaba aseo y atractivos de gusto rural. El concepto en que estamos de que el gusto por los refinamientos rurales es de grave importancia para la educacion de los jóvenes que se dedican á la agricultura, nos hace notar esto. Los sólidos complementos en cualquier cosa, del mismo modo que una porcion de genuino sentido comun imparte dignidad y da mayor peso al que los posee; porqué para los refinamientos mentales, los placeres sociales y la felicidad doméstica, un gusto por el órden y belleza de la naturaleza, es respecto á un jóven mas que el pulimento para el mármol ó el bronce.

"Si lo permitiesen nuestros límites daríamos por entero el plan de esta excelente institucion; pero nuestro principal objeto en estas advertencias ha sido sugerir la idea de que para el suceso y utilidad general de las escuelas de industria, deben conducirse por el principio de la compensacion de los pupilos por su trabajo, teniéndolos obligados como aprendices para que adquieran el arte ú oficio que se propongan seguir. Instituciones dirigidas por este principio es lo que exige el siglo en que vivimos y lo que mas se adapta á las necesidades de nuestro país. La práctica de criar los jóvenes como niños ociosos de escuela hasta que llegan á la edad de diez, doce ó quince años, y de ponerlos entonces á aprender oficio hasta los veinte, es un triste desperdicio de la corta vida del hombre, que solo ha podido hacer soportable una costumbre inmemorial.

"Sin entrar en particularidades sobre el arreglo y manejo de una institucion para conciliar el trabajo mental y corporal, nos limitaremos meramente á suponer, que una persona haya gastado dos ó tres años en una escuela de niños, otros tantos en un departamento de las de segundo órden ó secundarias, y que á la edad de diez ó doce años sea mandado á una escuela de industria, sujeto como aprendiz hasta los diez y ocho ó veinte, bajo la condicion de dedicar todos los dias cuatro ó seis horas

para adquirir su educacion y las ocho ó seis restantes para *el* trabajo mecánico ó de agricultura. Queremos suponer que se conceda un precio fijo por su trabajo, y que sea una condicion de su compromiso el que obtenga su libertad á los diez y ocho años, con tal de que su salario compense los gastos de su mantenimiento y guarda, y que en otro caso pague con dinero ó mayor servicio. En la hipótesis de que sea colocado en una imprenta, vamos á hacer un cálculo para manifestar que puede costear los gastos de su educacion.

"El salario ordinario de un jornalero es de ocho pesos á la semana. Es pues un cálculo natural que un muchacho de diez ó doce años puede hacer dos terceras partes de lo que un jornalero hasta los diez y ocho ó veinte años, y que trabajará en la escuela de industria dos terceras partes del número regular de horas para un muchacho. Ganará por consiguiente tres pesos cincuenta y cinco centavos por semana, que vienen á ser ciento ochenta y cuatro pesos sesenta centavos por año. Ahora graduando su manutension á dos pesos por semana y la guarda á cinco por cuartas partes de año, importa su gasto ciento veinte y cuatro pesos anuales, quedándole sesenta y sesenta centavos, además de su mantenimiento y guarda. Visto el objeto bajo todos sus aspectos, este cálculo no es mas favorable para el pupilo que trabaja, de lo que el resultado de una escuela de industria bien organizada dará antes de mucho tiempo la demostracion.

"Permítasenos llamar la atencion de nuestros lectores á los buenos efectos de este plan. Bajo la falsa impresion de que los muchachos de diez á quince años no son capaces de aprender nada ó muy poco, y satisfechos de que seis años son mas que suficientes para aprender un oficio, la mayor parte de los padres no acostumbran sus hijos á otra cosa que á largas y fastidiosas horas de escuela, y miles ni aun á esto tampoco. La consecuencia es que se habitúan á la ociosidad, y quizás tambien al vicio. Con entendimientos sin madurez y sin cultivo se ponen á oficio á la edad de quince ó diez y seis años. Entonces se exige de ellos que dediquen diez ó doce horas diarias á la faena y fatiga de su aprendizaje. Estraño á la industria y con sentimientos repugnantes al trabajo, poco encuentran que les alhague á no ser el aspecto del descanso cuando concluyen su tarea diaria, y el mas distante cuando espire el término de su aprendizaje, siendo feliz el que no adquiere un disgusto y re-

pugnancia tal, que forme la resolucion anticipada de no aprender mas de lo que sea absolutamente necesario, y de abandonarlo para siempre cuando llegue el dia deseado de su libertad. Por consiguiente desperdiciados los primeros años de su vida, y sin propósito fijo á la edad de veinte y un años se lanza en la carrera incierta de la vida del mundo.

"Pero en el plan que recomendamos no se esperimenta ninguno de estos males. El empleo alternado en el estudio y el trabajo, sirve como de recreo y se adapta al físico y moral de la juventud. El cultivo y desarrollo del poder mental hace treguas y se concilia con el vigor creciente del cuerpo, que es el revés de la medalla de la práctica actual. La necesidad de costear sus propios gastos, es una espuela para su industria, que les hace buscar las facilidades posibles para su aprendizaje, y la adaptable aplicacion de sus estudios á la naturaleza de su empleo, no puede dejar de inspirarles apego al oficio que aprenden, produciendo un amor para las ciencias y haciéndolos maestros perfectos de su arte, y por consiguiente engendrando hábitos de industria al paso que crecen, dejando un vasto fundamento para la esfera de su accion y dándoles certeza de una parte entera de la felicidad concedida al género humano.

"Con placer nos detendríamos mas en esta materia; perc debemos exigir que nuestros lectores se valgan de su imaginacion para suplir la deficiencia de nuestras columnas limitadas El estracto siguiente de los directores de la academia de Oncida presenta un feliz esperimento, una confirmacion decidide de nuestra opinion, un esperimento sobre el que llamamos la atencion de nuestros lectores y particularmente del profesor Eaton. En una junta de los directores de la academia de Oncida en Utica, los instructores presentaron el informe que sigue en diciembre de 1827.

"Se abrió la academia para la recepcion de estudiantes la segunda semana de mayo y se cerró la primera de diciembre. En ese tiempo han entrado 26 jóvenes en la institucion. El número ordinario sin embargo ha sido como de 20. No podían acomodarse mas en esta estacion. Todos á excepcion de cuatro han estudiado las ciencias sagradas y la mayor parte se proponen ascender al ministerio eclesiástico.

„El tiempo de trabajo para los estudiantes, en término aproximado, ha sido de tres horas y media diarias. Esta es la única compensacion de su mantenimiento y lavado. Se han

cargado 50 centavos semanales por su pupilaje y guarda, ó 20 pesos por año. El trabajo se ha ejecutado generalmente entre 4 y 6 de la mañana y por la tarde. Un trabajador ha estado constantemente empleado para hacer que los muchachos fuesen interrumpidos lo menos posible. Ellos han vivido con uno de los institutores. Se han cultivado 40 acres de tierra, dos para un jardin y el resto para trigo, papas &c. Se han abierto ó descuajado 20 acres, y se han recogido de 40 á 50 cuerdas de leña y hecho 50 barriles de cidra y otros trabajos de labranza.

"La cantidad de producto que se ha conseguido, en cuanto puede calcularse su actual medida, es como sigue: 700 fanegas de trigo, 400 de papas, 80 de cebollas, 100 de avena, 25 de habas, 10 de cebada y 30 toneladas de heno.

"Los productos de la estancia, no obstante muchas desventajas consiguientes al principio de la empresa, han excedido en 150 pesos á los gastos del mantenimiento de los pupilos, acopios necesarios, renta de la estancia y salario de un labrador por todo un año. Es por lo tanto un hecho demostrado que un pupilo puede costear sus gastos de mantenimiento con tres horas y media diarias de trabajo, sin perjuicio de sus estudios.

"La jardinería puede introducirse con la estension que se quiera, y á que induzca el mercado, la cual será en lo futuro un empleo provechoso y agradable. Los oficios mecánicos tambien pueden introducirse, y de este modo se proporcionará empleo para tantos pupilos como sea de desear que tenga una escuela.

"Habiéndose dudado por algunos si los pupilos querrían trabajar voluntaria y fielmente, los directores advertirán la poca dificultad que han encontrado en este particular. Todas las operaciones se han ejecutado muy espontáneamente. El trabajo se ha visto mas bien como un recreo, que como una obligacion. Evidentemente ha contribuido á la buena salud, sin que el tiempo del trabajo haya sido con perjuicio del estudio. No solo ha habido para ello tantas horas como en otras instituciones, sino que el ejercicio del trabajo ha dado mayor disposicion para los adelantamientos de los jóvenes. No hemos visto otros que progresen mas que los de la institucion. Su conducta bajo un punto de vista moral, les ha hecho acreedores á la estimacion de sus maestros.

"Solo tenemos que añadir los grandes inconvenientes que se han esperimentado en todos los departamentos por falta de

edificio acomodado. Es muy necesario para el éxito de la escuela, así como para el acomodo de los numerosos estudiantes que ocurren, la construccion tan pronta como sea posible de edificio proporcionado.

"Los jóvenes trabajarán si la práctica se generaliza entre sus condicípulos y si reciben las ganancias de su industria. Esto es lo que ha probado la esperiencia aquí y en otras partes, y esta práctica va ganando terreno. Una asosiacion de jóvenes en el seminario teológico de Andover ha adoptado un *sistema regular de trabajo mecánico* con el objeto de hacer ejercicio.

"Los directores últimamente han tomado medidas para reunir fondos á fin de construir el edificio necesario. Además de los esperimentos hechos en esta institucion, se han verificado y se están haciendo otros varios en diferentes puntos de nuestro país. En Andover de Massachusetts, Gardiner Lyceum de Main, Whisterboro de New York, Maryville de Tenesi y en New Jersey y Pensilvania. Además tenemos entendido que un individuo ha ofrecido, diez mil pesos para el establecimiento de un seminario práctico para el cultivo de varios ramos de agricultura y ciencias mecánicas, el cual se ha de situar en un puesto central de Massachusetts, bajo la inspeccion del Liceo Americano. Se espera que comenzará la institucion en la primavera entrante y que se establecerán talleres, jardines &c. bajo los mejores modelos."

Aquí concluye este artículo que hubiera querido que entrase en los pormenores y particularidades mas pequeñas para facilitar en cualquier parte la adopcion de establecimientos semejantes. ¿Pero no te parece la obra mas aceptable para un pueblo que desea su felicidad, la mas patriótica y honrosa para el que no sea insensible á la gloria de contribuir al bien y mejora de su patria, el promover, realizar y hasta costear tambien una institucion, que llevada al cabo ha de producir tantas, tan incalculables benéficas consecuencias para la sociedad? ¡Que modelo tan digno de imitacion el del venerable patriota que ha concurrido con su invencion, sus tierras y su influencia para un ensayo, cuyo suceso es suficiente para hacerle acreedor al título de bienhechor distinguidísimo, no de su patria sino de la humanidad entera!

¿No será igualmente digno de imitarse la generosidad ilustrada del que quizás no con tantos recursos como muchísimos, que deben su consideracion, su fortuna, su existencia

misma á ese país, ha ofrecido diez mil pesos para la fundacion de un establecimiento de esa clase? No quiero detenerme á hacer otras observaciones que seguramente te han de sugerir tu propio zelo por el bien de nuestro país y pudiera decirse, de la reputacion misma de nuestros paisanos mas acomodados.

NOTA.

Tenemos la satisfaccion de que en los diez años que han transcurrido desde esta carta á la fecha, no solo se haya llevado al cabo la institucion de estos establecimientos en el Norte América con los mas felices resultados, sino que tambien se hayan establecido otros á su imitacion en el Norte de Europa. ¡Felices los pueblos cuyos naturales se sacrifican por la dicha y prosperidad de sus conciudadanos!

UNA COMEDIA

EN UN PUEBLO DE CAMPO

Fragmento de una novela inédita.

Se me presentó el mayoral, ya preparado para nuestro paseo. Cabalgaba un brioso alazan tan grueso, que á cien leguas mostraba lo bien tratado y comido que su dueño le tenía, animal que reservaba para los pocos dias que durante el año le concedía de holganza el dueño del cafetal : tenía de la mano un fuerte freno y oprimía una lucida albarda. Los pantalones y camisa del ginete eran de Arabia, y el sombrero que llevaba de paja fina y de ala bien pequeña forrada en razo azul con su hebillita de oro : dos mas de estas relumbraban en un par de zapatos, que si de becerro, no oprimían por cierto sino el pellejo limpio del pié : tenía en la cintura un pañuelo de algodon de rayas encarnadas, del que pendía un rico machete de concha de plata, salpicada de topacios y esmeraldas; y otro de olancito blanco doblado al cuello. Así vestido, se regocijaba mi

hombre con la idea de que las muchachas del pueblo no se desdeñarían de bailar con él un zapateo. Monté en mi potro y partimos ambos á galope: al cabo de media hora nos pusimos en el pueblo: dejamos nuestros caballos en una posada, y nos encaminamos hácia el teatro.

"Era este una hermosa valla de gallos, en la que aquella noche se representaba una comedia por cómicos de la legua. Casi todo el edificio estaba lleno de espectadores, menos una parte del fondo en la que empezaba á levantarse un tablado pequeño con cuatro bastidores, y un telon en el cual se veían pintadas varias figuras tan emblemáticas, que hubiera sido empresa difícil querer interpretarlas. En lugar de lunetas había sillas con sus números en el espaldar y se hallaban mezclados mujeres y hombres, como diz que se acostumbra en otros países bien ilustrados; las cabezas de aquellas cubiertas de flores, y las de estos de sus correspondientes sombreros con motivo tal vez de evitar el mal resultado del aire que fuertemente allí soplaba, y en esto aquel teatro aventajaba á los de la capital en los que uno se abrasa de calor. Por la parte esterior del circo, había varios aposentillos que servían de palcos, y por ambos lados se subía por escaleras á dos mas, que á guisa de palomares dominaban el edificio: unas tablas en forma de gradas completaban la parte arquitectónica. Ocho velas de sebo en sus candeleros de cobre enclavados en otro tubo del mismo metal que pendía del techo, y formando en junto una especie de araña que el viento tenía en continuo movimiento eran todo el alumbrado, sin que me olvide de las candilejas de aceite, que habia sobre el tablado frente á los dos músicos y entre los bastidores.

"Se dió pricipio á la comedia, cuyos primeros versos me dijeron ser la titulada: *El Triunfo del Ave-María,* aunque los trajes y aparato escénico me hicieron dudar un poco, lo que no es tan estraño al que vé en la capital y en los *mejores* cómicos muchas cosas por este estilo. Los actores algunas veces hablando, parecían niños de escuela dando la leccion, otras se elevaban cantando en son desapacible: si hubo ocasion en que se olvidaban del papel, con bastante ingenio decían alguna cosa, que si carecía de oportunidad, tenía, á lo menos el mérito de la improvisacion. Los espectadores, con la boca abierta escuchando, parecían estasiados, y no se les cocía el pan cuando oían los gritos de *arma, arma, guerra, guerra:* solía llegar su

entusiasmo hasta el grado de acompañar desde el patio con las mismas voces á los actores. Esto y los relinchos de los caballos que por allí cerca amarrados estaban, era lo único que interrumpía la representacion.

Es el caso que allá en el tercer acto y cuando el moro Tarfe confiado en su valentía y pujanza, desde el patio y por detrás de las lunetas, (segun ha sido costumbre en la Habana) reta á los caballeros cristianos; puesto á caballo el actor que tal papel hacía, y si no con arreos moriscos al menos con su buena albarda y freno, empezó á proponerles su desafío con elevada voz y fiero continente. Cuando se hallaba en lo mejor de la relacion, cuando mas entusiasmado estaba el concurso, un alto y fornido guajiro se abalanzó á Tarfe, y dándole un fuerte manoton le preguntó:

—¿A quien le ha pedido V. mi potro?

El cómico se turbó, pero reflexionando volvió á seguir su papel.

—Yo no entiendo de eso, repitió el guajiro, mi caballo: deme V. mi caballo ¿qué confianzas son esas?

—Hombre, déjeme V. acabar, le dijo el moro.

—No señor, de mí no se rie nadie. Y agarrándole por la cintura le echó al suelo.

Los caballeros cristianos saltaron del tablado al patio por encima de los espectadores, y socorrer á su compañero, aunque hijo de Alá, y todos gritaban y ninguno se entendía, hasta que el juez pédaneo poniéndo presos á los de la contienda hasta la averiguacion del hecho, calmó el tumulto y vocería que se habian levantado.

ARCADIO.

ANECDOTA.

Buscaba un andaluz un caballo y le trajeron uno por el cual pedían 25 pesos.—"Os daré 15 de contado, dijo al vendedor, y os quedaré debiendo lo demás."—Está bien, respondió este.—Pasado algun tiempo fué á cobrarle los 10 pesos —"Acuérdese vd., camarada, de nuestras condiciones, le advirtió el comprador. Dije que quedaría debiendo lo demás, y no lo deberéen cuanto os pague.

LA CARTERA CUBANA.

FEBRERO.–1839.

SECCION PRIMERA.

CIENCIAS.

Constitucion medica precedida de observaciones meteorológicas.

Mes de Diciem.	Barometro Frances.			Termometro de Fahrenheit.			Higrometro de Saussure.		
Dias.	8 de la mañana.	2 de la tarde.	8 de la noche.	8 de la mañana.	2 de la tarde.	8 de la noche.	8 de la mañana.	2 de la tarde.	8 de la noche.
1	27 p. 78	27 p. 72	27 p. 72	74 ° 50	77. ° 75	75. ° „	68. ° „	61. ° „	63. ° „
2	„ 75	„ 63	„ 69	73 „	78 20	74 „	62 „	60 50	62 „
3	„ 70	„ 67	„ 71	72 50	77 50	74 50	62 „	61 „	66 „
4	„ 76	„ 70	„ 75	73 „	79 „	75 „	67 „	60 „	53 „
5	„ 75	„ 70	„ 73	74 „	81 50	78 „	64 „	58 50	65 „
6	„ 74	„ 65	„ 67	75 25	81 25	77 50	67 „	60 „	66 „
7	„ 66	„ 64	„ 68	75 75	81 „	78 50	66 50	60 „	64 „
8	„ 73	„ 66	„ 71	74 „	79 50	78 „	65 „	65 „	67 „
9	„ 74	„ 70	„ 73	75 „	80 „	78 „	68 „	64 „	67 „
10	„ 75	„ 69	„ 71	74 „	78 „	76 50	66 „	67 „	68 „
11	„ 69	„ 66	„ 66	76 „	78 30	76 25	70 „	69 25	69 25
12	„ 66	„ 61	„ 68	75 50	79 50	76 50	69 „	68 50	72 „
13	„ 68	„ 66	„ 67	76 „	78 „	76 „	72 „	71 75	62 50
14	„ 67	„ 66	„ 69	74 „	77 „	75 75	71 „	70 25	69 25
15	„ 75	„ 74	„ 75	72 50	76 75	74 60	66 „	56 50	62 50
16	„ 77	„ 69	„ 69	72 „	78 50	76 25	68 „	66 50	67 25
17	„ 74	„ 67	„ 71	73 50	79 50	78 „	67 50	60 „	65 „
18	„ 73	„ 67	„ 68	74 „	80 50	75 70	67 „	61 50	66 „
19	„ 74	„ 67	„ 67	72 „	78 „	74 „	66 „	60 „	62 „
20	„ 79	„ 74	„ 76	70 „	70 „	68 „	60 „	64 „	58 „
21	„ 74	„ 70	„ 68	67 „	69 85	68 50	53 „	48 75	52 „
22	„ 71	„ 66	„ 67	67 50	71 „	69 „	56 „	54 „	59 „
23	„ 72	„ 66	„ 72	67 „	74 „	70 75	65 „	54 „	65 „
24	„ 85	„ 80	„ 81	63 50	66 20	66 50	53 „	50 „	52 „
25	„ 84	„ 76	„ 80	65 „	71 50	69 50	61 50	58 50	62 „
26	„ 80	„ 75	„ 76	67 „	70 50	69 25	63 „	60 „	67 „
27	„ 80	„ 73	„ 75	67 „	72 „	70 50	66 „	59 „	63 „
28	„ 75	„ 70	„ 69	69 „	73 25	71 60	66 „	63 50	66 „
29	„ 70	„ 64	„ 67	69 50	75 25	73 40	66 „	60 „	65 75
30	„ 75	„ 66	„ 74	70 „	76 „	74 „	67 „	57 „	63 „
31	„ 82	„ 75	„ 83	71 50	75 50	73 75	66 50	58 „	65 „

LLOVIZNAS.— El 9 de 8 y media à 10 de la mañana: el 10, à las 11 y media de la mañana; el 11 de tarde en tarde; el 13 idem; el 14 de cuando en cuando: idem el 22 bor la tarde.— CHUBASCOS.— El 10 à las 5 de la tarde: el 12 de 4 y media à 5 y media de idem: el 20 hasta las 2 de id. y anortado.—AGUACEROS.— El 8 à las 7 y 20 minutos de la noche: el 9 à la 1 y media de la madrugada: el 10 a las 3 de la arde: el 19 à las 11 y media de la noche: el 28 de 7 à 9 de idem: el 26 a las 6 de la tarde; y el 31 à las 4 de la madrugada.

ESTADO

DE

HOSPITALES.

ENFERMEDADES.	MES DE DICIEMBRE DE 1838.			
	S. Ambrosio.	S. Juan de Dios.		S. Francisco de Paula.
		Presos.	Particul.	
MEDICINA.				
Fiebres simples	2	4	18	2
Idem intermitentes	4	4	„	„
Idem catarrales	47	5	3	„
Gastritis agudas	27	12	20	3
Idem crónicas	7	2	4	„
Diarreas	19	3	22	4
Disenteria	„	3	„	2
Hepatitis crónicas	1	„	„	„
Nefritis simples	1	„	„	„
Idem cal culosa	1	„	„	„
Obstrucciones	2	„	2	„
Afectos catarrales	17	8	6	„
Pleuritis	„	1	„	1
Tisis	15	3	6	9
Hemoptisis	3	6	1	„
Hematemesis	„	„	„	2
Reumatismos agudos	3	9	14	„
Hidropesia	„	„	1	3
Cerebritis	„	„	„	1
Apoplegia	1	1	3	„
Espamos	„	2	„	„
Paralisis	„	„	1	„
Epilepsia	„	„	2	„
Viruelas	„	„	1	„
Suma	150	43	104	27
CIRUGIA.				
Contusiones	7	4	1	1
Fracturas	1	1	„	„
Heridas de armas blancas	2	12	„	„
Idem de fuego	2	„	„	„
Quemaduras	„	1	„	„
Tumores simples	3	„	„	2
Bubones	17	2	4	„
Ulceras cancerosas	1	„	„	„
Idem pútridas	„	1	„	„
Idem subinflamatorias	24	„	1	„
Idem y pústulas venéreas	19	6	7	„
Orquitis	„	„	1	„
Fimosis y parafimosis	8	„	„	„
Uretritis	18	1	1	„
Fistulas urinarias	3	„	„	„
Catarros vexicales	2	„	„	„
Dolores osteocopos	22	22	„	„
Hemorroides	4	„	„	„
Erupciones sarnosas	35	6	4	2
Herpes	2	„	„	„
Oftalmias agudas	9	„	„	1
Idem crónicas	2	„	„	„
Suma	181	56	19	6

HOSPITALES.

S. AMBROSIO.

Existencia en 1.° de diciembre de 1838.	347	678
Entraron en dicho mes	331	
Se curaron.	363	385
Fallecieron.	22	
Quedaron para 1.° de enero de 1839.		293

La mortandad estuvo á razon de 3,24 por 100.

S. JUAN DE DIOS.

Existencia en 1.° de diciembre de 1838	274	496
Entraron en dicho mes.	222	
Se curaron	179	217
Fallecieron.	38	
Quedaron para 1.° de enero de 1839		279

La mortandad estuvo á razon de 7,65 por 100.

S. FRANCISCO DE PAULA.

Existencia en 1.° de diciembre de 1838	119	152
Entraron en dicho mes	33	
Se curaron	7	20
Fallecieron.	13	
Quedaron para 1.° de diciembre de 1838. . . .		132

La mortandad estuvo á razon de 7,84 por 100.

NOTA.

Aunque estos estados del hospital de S. Francisco de Paula, no se avengan con los de su mayordomo, consiste en que él incluye en las entradas no solo las mujeres que van allí por disposicion de los tribunales á sufrir una condena, sino tambien las pobres y las criadas que van á parir, y nosotros las exceptuamos para la exactitud médica de nuestras observaciones.

RESUMEN.

De estos estados y de la práctica de los facultativos de la Habana, se deduce, que en diciembre reinaron las enfermedades siguientes: el órden en que se colocan indica su mayor ó menor predominio.

Diciembre.

Fiebres simples y catarrales.— Gastrítis agudas.— Diarreas.—Afectos catarrales.—Dolores osteocopos.—Sífilis.

Observaciones prácticas.

Han sido pocas las enfermedades y el número de pacientes este mes; pero se ha observado la tendencia á la cronicidad de los males. La temperatura moderada de la atmósfera debe ser la causa de lo primero, y la de lo segundo se ha de referir, y con particularidad en los entrados en los diversos hospitales de esta plaza, á la misma disminucion de aquellos; pues siendo tan soportable el calor no debían en general afectarse mas que los muy predispuestos por enfermedades latentes y anteriores.

No hemos tenido en los últimos meses el número de tísicos que parecía corresponder al de los primeros, si fuera real que á fines de año se aumentan aquí estos males crónicos; pero hasta ahora es mas probable que los que padecen del pulmon sufren con frecuencia sus ataques á principios de año y arrastran su dolorosa existencia con mayor ó menor probabilidad de curacion hasta que llega el otoño y sucumben en esta ó en otra época.

No han faltado sus casos de apoplegía, ni algunas anginas; pero el dolor de costado y la pneumonía aguda han sido bastante raras. La tos convulsiva y la difteritis, ó sea la angina con falsas membranas, ha sido tan escasa, que hasta ignoramos su existencia.

Se han enterrado en el cementerio general:

	ADULTOS.	PARVULOS.
En todo diciembre. . .	241	112
Total general. .	353	

RESUMEN

de las observaciones meteorológicas de 1838.

BARÓMETRO.

A las 8 de la mañana.

	PULGADAS.	CENTIMOS.
Maximum de su altura el 20 de abril.	27	98
Minimum de id. el 14 de junio	27	39
Altura media en todo el año.	27	66

A las 2 de la tarde.

Maximum de su altura el 20 de abril	27	92
Minimum de id. el 14 de junio	27	32
Altura media	27	62

A las 8 de la noche.

Maximum de su altura el 20 de abril	27	93
Minimum de id. el 14 de junio	27	32
Altura media. . . . . -	27	62

Es decir, que en todó un año no han pasado de poco mas de media pulgada las vicisitudes barométricas. Prueba convincente de la poca importancia que tiene aquí aquel instrumento, y de la necesidad de formar uno arreglado á nuestra atmósfera.

TERMÓMETRO.

A las 8 de la mañana.

Maximum del calor el 25 y 27 de julio.	86°	
Minimum id. 24 de diciembre.	63°	50
Temperatura media en todo el año.	74°	75

A las 2 de la tarde.

Maximum el 26 de julio.	90°	35
Minimum el 24 de diciembre.	66°	20
Temperatura media	78°	27

A las 8 de de la noche.

Maximum el 31 de agosto	. . . .	87° 20
Minimum el 24 de diciembre	. . . .	66° 50
Temperatura media	. . . .	76° 85

HIGRÓMETRO.

A las 8 de la mañana.

Maximum de la humedad el 16 de enero	. . . .	84°
Minimum id. el 20 de marzo	. . . . . .	53°
Término medio	. . . .	68° 50

A las 2 de la tarde.

Maximum de la humedad el 16 de enero	. . . . . .	80°
Minimum id. el 2 y el 18 de marzo	. . .	45°
Término medio	. . . .	62° 50

A las 8 de la noche.

Maximum de la humedad el 16 de enero	. . . .	84°
Minimum id. el 18 de marzo	. . . . . .	49°
Término medio	. . . .	66° 50

ESTADISTICA MEDICA

CORRESPONDIENTE AL AÑO DE 1838.

Hospital general de S. Ambrosio.

Existencia en 1.° de enero do 1838.	284	5587
Entraron en todo el año.	5303	
Se curaron.	5097	5294
Fallecieron	197	
Diferencia.		293

La mortandad estuvo á razon de 3,52 por 100.

Idem de caridad de S. Juan de Dios.

Existencia en 1.° de enero de 1838.	279	3314
Entraron en todo el año.	3035	
Se curaron.	2531	3035
Fallecieron	504	
Diferencia.		279

La mortandad estuvo á razon de 15,20 por 100.

Nota.—En febrero de 1838 no hubo 222 curados como se dice en el primer volúmen página 13, sino 212; error que hasta ahora no se había apercibido.

Idem de idem de S. Francisco de Paula.

Existencia en 1.° de enero de 1838.	130	535
Entraron en todo el año.	405	
Se curaron.	197	403
Fallecieron	206	
Diferencia.		132

La mortandad estuvo á razon de 38,37 por 100.

Proporcion de los muertos con los bautizados y con el total de la poblacion.

Se han enterrado en el cementerio general en todo el año de 1838 este total de muertos que corresponden á las parroquias de la Habana y á las de Jesus María y Guadalupe, estramuros.

Adultos blancos.	1375	2848	4433
Idem de color.	1473		
Párvulos blancos.	723	1585	
Idem de color.	862		

Se han bautizado en las mismas parroquias:

Blancos.	1484	4141
De color.	2657	
Diferencia en contra de bautizados.		292

Hubo los siguientes matrimonios:

De blancos. . . .	313	415
De color.	102	

Elevando á 140.000 almas la poblacion de la Habana y barrios de Jesus María, Guadalupe y S. Lázaro, cuyos individuos son los que se entierran en el cementerio general, tendremos la proporcion de la mortandad á razon de 3,17 por 100.

Se sigue de esta corta mortandad que la Habana es uno de los países mas sanos.

Nuestras observaciones se han hecho con la mayor exactitud, valiéndonos de instrumentos que no dejan nada que desear; y para los demás puntos, nos hemos servido ya de documentos oficiales y archivados, ya de hechos y de cosas que hemos presenciado.

APUNTES PARA LA HISTORIA
DE LA
ISLA DE CUBA.

Creemos de tan alto interés cuanto pertenezca á esta isla, que aunque muchas personas pueden criticarnos la insercion de ciertos artículos en esta obra, esperamos que el buen fin con que lo hacemos nos servirá sobradamente de disculpa.

Es en verdad doloroso, que teniendo nuestras tierras una fertilidad tan asombrosa, nó se aprovechen de ella los agricultores para aumentar sus riquezas. La caña de azúcar y el café absorven su atencion; pero como no todos tienen grandes capitales, tal vez algunos se aprovecharán de nuestros avisos para emprender otro linaje de sembraduras, ciertos de hallar á poca costa una utilidad que recompense sus fatigas.

Agricultura.

Del cultivo del cacao en la villa de san Juan de los Remedios, encargada al presbítero sacristan mayor don Antonio Abad Anido.

Observándose que desde que se pobló la isla de Cuba de españoles hasta ahora, no se ha casi cultivado el árbol del cacao en otra parte que en la villa de los Remedios y territorio de su jurisdiccion, se ha preguntado á los mas ancianos de ella, si saben que este grano se haya introducido de alguna otra parte de América, y ninguno da razon de haber oido tal especie á sus progenitores. Esto inclina á sospechar que así como en algunos puntos de la isla se producen árboles que no se encuentran en los demás, como el Pino y la Encina que solo se hallan en la Vuelta de Abajo, hácia el cabo de san Antonio, como mas propios de aquel terreno; así tambien debe sospecharse, que el Cacao fué hallado por los primeros habitadores en el territorio de los Remedios, y que conocido su uso, le cultivaron para su consumo.

Que le cultivaron precisamente para su consumo, se conoce, en que habiendo cacahuales tan antiguos que no se tiene noticia de sus sembradores y primeros dueños, sus cosechas no se esportaron como artículos de comercio hasta pasados los dos tercios del siglo anterior en que conocida la bondad del fruto por los vecinos de Puerto Príncipe, principiaron á conducirle y consumirle con preferencia al de la Costa Firme. En ese tiempo en que comenzó á estimarse, se vendía en la cosecha á 6 pêsos quintal. Ha seguido constantemente consignándose á Puerto Príncipe la mayor parte del que se produce y con él unicamente ha mantenido este comercio exceptuando alguna vez que interrumpida la introduccion del de Caracas en la Habana se ha solicitado de allí y conducido algunas porciones para suplir la falta, ó dilacion del otro. De algunos años á este tiempo se han hecho tambien consumidores de este grano de los Remedios, las villas de Sti. Spíritu y Santa Clara: y esta con preferencia al de la Costa Firme que se introduce por la via de Trinidad, vendiéndose el de aquí á mayor precio queel otro.

La concurrencia en solicitud de este grano de los tres pueblos espresados, aumentó el número de cultivadores y de plantíos: y en el dia no hay hacienda de criar ganado menor (cuya crianza ha decaido notablemente) que no haya destinado alguna parte de sus terrenos para esta siembra, siendo en las mas de ellas su principal producto, del cual saca cada propietario la primera renta de su subsistencia. La cosecha en comun producirá de cuatro á cinco mil quintales: de esta se conserva una octava parte para el consumo propio de la villa, quedando las siete para la esportacion á los pueblos referidos, lo que le produce una entrada de 60 á 70 mil pesos. Esta renta es invariable, porqué siendo la estraccion infalible, en los años fértiles se vende de 15 á 20 pesos quintal, y en los estériles cuando la cosecha se reduce á la mitad ó menos, se espende de 28 á 40: así para el propietario, es mas útil el año malo que el bueno, porqué su renta no se disminuye, y emplea menos brazos y trabajo en cogerle y prepararle.

La tierra para sembrar este grano debe ser montuosa, y aunque prevalece en cualquiera, como sea dentro del monte, se prefiere la bermeja: se limpia de cuanto puede hacerse con el machete, dejando todos los árboles que no se derriban con este instrumento, y desembarazado el monte, se procede á la siembra que se hace de este modo.

Después de haber estraido el grano de la caja en que se cria escogiéndole en estado de madurez y limpio de las fibras que le unen, hacen en cada paraje donde ha de quedar una mata, tres hoyos, con la distancia en triángulo de media tercia de uno á otro, y en cada hoyo se pone un solo grano, que no le cubra la tierra y sí solo le sujete, quedando la mitad de él descubierto, y tapado únicamente con las hojas secas que hay en el suelo. Siguen sembrando del mismo modo á cuatro varas de una á otra mata, con la misma distancia de calle.—Dentro de tres meses se resiembra para suplir el que no ha nacido, ó al que después de nacido se puede secar.—Conforme va creciendo, necesita que le desembaracen de la sombra, y le entre el sol para que le fortalezca: para conseguirlo paulatinamente se valen del arbitrio de serrar los árboles, quienes secándose poco á poco se van gradualmente acostumbrando al sol, el cual le da fuerza y le prepara á la germinacion, que regularmente es á la edad de cuatro á cinco años en que principia á florecer. Nunca en la primera y segunda cosecha se logra mucho fruto, pero en la tercera es abundante y queda asegurado el árbol, pues de este tiempo en lo adelante no se le conoce muerte, porqué los mas furiosos uracanes que los sacuden, y desgajan de mil maneras, no hacen otra cosa que prepararlos á mejores cosechas.

Creciendo el árbol impide con su sombra que nazca hierba á su pié, y no necesita de mas aseo que quitarle las ramas secas que rompen el viento ó los colectadores de las cajas, quienes regularmente las desprenden de las rámas á golpes con unas varas largas, y tambien se debe arrancar una especie de planta que nace en las junturas de las ramas, y se conoce con el nombre de curujey.

Hay tres especies de cacao que aunque no se distingan por el grano, se nota su diferencia en la estructura y color de la caja: uno la tiene en su madurez de color amarillo blanquecino con la figura de un pequeño melon de Castilla, y este es de mejor calidad, porqué tiene el grano mayor y mas oleoso, pero el árbol produce menos número de cajas.— La segunda especie, trae la caja en su madurez de un color blanquecino verdoso, mas blanco que verde y de la misma figura que la primera, y éstos cargan mas fruto, con el grano mas pequeño y no de tanto aceite.—Los de la tercera especie tienen las cajas mas pequeñas y de color rojo oscuro, el grano mas menudo y me-

nos grasiento, de la misma figura que las otras dos; pero la corteza es mas lisa, y los árboles de esta especie son sin comparacion mas productores que las otras. Estas diferencias, exceptuandò la del color, son poco sensibles.

A estos árboles no se les conoce enfermedades; pero á sus frutos los persiguen las vacas quienes se comen cuantas cajas pueden alcanzar, los ratones, jutías y murciélagos que pican y roen las cajas, lo que basta para secarlas y enfermar el grano, y las cotorras, que con su duro y cortante pico deshacen la caja para sacar el grano, que vuelven harina.

En cuanto al modo de desarrollarse, es en los meses de diciembre y enero que comienzan á florecer, y cuajar la caja. En este primer período le es sumamente nocivo el frio si es de duracion, porqué quema la flor naciente ó seca la caja recien nacida. En los de febrero y marzo suelen soplar los vientos del Sur, y estos dias le son muy perjudiciales, porqué les consume el jugo que alimenta el grano, no crece y queda en un estado que los cultivadores llaman *pasilla*, esto es, el grano muy pequeño y con poco ó ningun aceite. El mismo efecto le causa la seca cuando principia muy temprano.

Este árbol es tan fecundo que no tiene parte que esté exceptuada de brotar cajas, sino es en la raíz que tiene cubierta la tierra, pues en la que suele descubrirse porqué el agua la descarne, se le ha visto producirlas. Completa dos cosechas al año, la una es segura por el mes de junio y titulan de *san Juan* y la otra por diciembre, falible, no abundante y que nombran de *santa Lucía*.

Luego que empieza á madurar, lo cual se conoce en que las cajas van torciendo el color á manchas blanquecinas, principian tambien á derribarlas del árbol, y conducirlas á la casa en donde tienen canoas de fermentacion: se abre la caja, se estrae el grano, y limpio de las fibras que le unen, se pone en la canoa y se cubre con hojas verdes; la mas usual es la del plátano: estas tocan el grano por arriba, y encima ponen otra cubierta de cualquiera cosa, conque quede bien tapado hasta el segundo ó tercero dia que se descubre, y se encuentra muy caliente. Se revuelve bien, y se torna á tapar por dos ó tres dias mas, que ha concluido la fermentacion; y ya frio, habiendo adquirido un color rojizo, se saca de la canoa, se estiende en esteras ó cueros, se pone al sol por cuatro ó seis dias, cuidando de quitarle de las diez del dia á las tres de la tarde, y de

revolverle con frecuencia para que seque con igualdad. Pasados los dias de sol, se coloca á la sombra en paraje que entre el viento francamente y se estará siempre removiéndole: cuanto mas seco, es mas consistente y menos espuesto á picarse de un insecto que llaman *palomilla*, el cual taladra el grano y le trabaja como la carcoma á la madera.

El modo mas comun de sembrar este árbol es como se ha esplicado; pero algunos dicen que es mas segura la siembra de semillero, porqué se ahorra la resiembra &c.: para el semillero se prepara la tierra suficiente, bien revuelta y desboronada, se riega en ella el grano aunque quede muy junto, se tapa con una capa de la misma tierra pulverizada que apenas cubra el grano, y se riega con bastante agua hasta que esté bien húmeda: á los tres ó cuatro dias revienta, echa raíces, y empieza á brotar el tallo que suspende el grano para desplegar la hoja. Cuando está en esta situacion, se saca del semillero y se planta en el paraje donde debe quedar. Se afirma que así no se pierde grano, y lleva el árbol su perfecta direccion.

Algunos cosecheros curiosos dicen que han observado que la caja arrancada del árbol en la menguante de luna, dura mas tiempo sin corromperse, ni picarse de la palomilla, como el que se coge en tiempo de creciente.

Los cosecheros no dan razon clara de las libras de grano que puede producir un árbol solo; pero están acordes en que 10.000, en años fértiles, producen de 6 á 8 arrobas: que un ceron de carga lleno de cajas se regula en una arroba: que á un ceron le entran 400 cajas; y es la única cuenta que llevan para calcular con cuantas arrobas pueden contar en la cosecha.

Esto es cuanto se puede adquirir sobre el cultivo del cacao; y cualquiera otra cosa que se diga con respecto al de los Remedios, será una suposicion; pues la esperiencia no ha enseñado mas hasta esta fecha. Los que se dediquen á este cultivo harán ensayos para su mejora, pues los apáticos habitantes de los Remedios no han hecho mas que seguir los pasos de la naturaleza, sin apremiarla, conformándose con lo que quiera producir.

SECCION SEGUNDA.

LITERATURA.

ARTE DE BIEN DECIR.

LECCION OCTAVA.

DE LAS PALABRAS, SU PUREZA, CORRECCION Y PRECISION.

La *elocucion* que trata de elegir y colocar propiamente las palabras, que es el primer instrumento del *arte de bien decir;* exige que sean puras, correctas, claras, precisas y naturales; dotadas de aquella gracia, energía y decoro necesarios para trasmitirnos la idea de manera que en uno nos instruya, deleite y persuada. Lo que no se aprende en un momento, sino con asiduidad en el trabajo; que no se logra con la sintaxis y vocabulario de una lengua, sino estudiando sus modos de decir y el estilo de sus elocuentes oradores. No tocaremos los principios gramaticales que damos por sabidos con toda la escrupulosidad de la escuela y cuyo estudio nos llevaría demasiado lejos.

Pureza de las palabras.

Parecería inútil recomendar el uso de las palabras castizas y darlas la significacion que tienen; pero harto doloroso es confesar que tambien en nuestros dias se infringe este precepto con mengua del idioma español á quien una jerga bastarda contamina. Pobres de obras maestras científicas, acudimos al estrangero, y al tomar sus luminosas ideas espresamos involuntariamente con sus palabras, sus conceptos. En vano luchó Capmani, y los *detalles*, *honorable*, *ser supremo*, que hasta el Diccionario de la lengua trae, publican la ignorancia del siglo. Tenemos casa de *Maternidad* y de *Beneficencia*, y las aulas no tardarán en llamarse *talleres de entendimiento.*

Hay oraciones cuyas palabras aunque españolas se toman en diverso sentido del que el uso enseña, como *terreno unido* por llano, se *entretenían* por se hablaban, y otras que por su coordinacion forman *galicismos, anglicismos* &c. Un sujeto que había vivido con Moratin, dijo hablando de él: *Moratin en un pequeño círculo de amistades era muy gracioso aunque hacía el adusto en la sociedad,* y nadie le entendió, porqué siendo del país no hablaba castellano. Al fin, uno que sabía de francés le tradujo diciendo: *que con sus amigos era chistoso, aunque adusto en el trato social.* Ya no gustan el Quijote, ni el Padre Isla, ni el Mtro. Leon, ni el venerable Granada que tienen, dicen, un estilo chavacano y fastidioso, con largos períodos y antiguas frases, que hablan tan claro que los entiende un niño; quieren un idioma nuevo, truncado como el de los autores franceses, que todo lo toque y nada profundice, idioma *á la violeta* que llaman filosófico y zumba en los oidos sin que entiendan los conceptos.

Tambien dañan á la pureza del lenguaje, las palabras nuevas, los arcaísmos y neologismos.

Aquella novedad puede consistir en el uso de los términos derivados de nuestra lengua ó en el de los tomados de una estraña. Siempre que los primeros sean absolutamente necesarios para la energía del discurso, su fluidez y melodía pueden y deben usarse digan lo que quieran los puristas. Así de *improviso* se puede sacar *improvisar* y de muchos sustantivos y adjetivos podrán componerse derivados que sin ofender la gramática enriquezcan el caudal de la lengua. Ni se irá á caza de

terminaciones raras con objeto de lucir una erudicion intempestiva, como Lope, sino que se buscarán las mas comunes y usuales. Más necesita de esta libertad el poeta á quien tanto esclavizan el número y la armonía que á veces se le permite formar palabras por composicion y elision. Reinoso dijo bellamente *ori-ambar* en su Inocencia perdida, y otros muchos *despiadado* &c. sin ofender el oido y deleitando con la novedad la inteligencia.

En cuanto á las palabras derivadas de otra lengua, solo debemos tomar las absolutamente necesarias, sin suplentes, como los nombres propios, los términos de las ciencias y las artes, y una que otra espresion que el influjo de las leyes, usos y costumbres de aquellos paises hicieron forzosas, pero que desconocidas un tiempo entre nosotros con los años se nos trasmitieron. Sería mala afectacion de purismo usar de circunloquios si una sola palabra nos revela la idea, y mucha ignorancia procurar hacer combinaciones griegas y latinas cuando el francés ó el alemán nos ofrecen el término propio, adecuado y conocido. En estos casos el orador semejante á Molière toma su caudal donde le encuentra, nunca descuidando dar á sus palabras la terminacion é índole del idioma nativo, pues de otra suerte descubrirá el robo no enriqueciendo sino adulterando la lengua.—La buena introduccion de las palabras, constituye la *neología;* tiene sus reglas y sus aplicaciones y no puede confundirse con el *neologismo.*

El *arcaismo* se comete de dos maneras, ya empleando términos anticuados, como *magüer, mesmo, agora;* ya usando los que existen, en una significacion perdida, como *atendia* por esperaba, *arte* por modo, *disciplinas* por estudios. Al par de las costumbres, así cambian las palabras, la ortografía y la prosodia, y el hechizo de la novedad hasta el lenguaje se trasmite. Pero hacer agravios á la prodigiosa dulzura y magestad de los Cervantes y Granadas por lo anticuado del estilo, injuriar de cansados y pedantes los jóvenes estudiosos que á imitarles aspiran, y preferir al suyo el satírico, filosófico y bárbaro lenguaje de los escritores á la francesa; es acallar nuestra curiosa solicitud con la estravagancia, es querer producir con palabras, efectos que los innovadores no pueden alcanzar con las ideas. Así antes de proscribir una espresion por anticuada debemos inquirir si hay otra que pinte con igual energía el mismo objeto. Si se encuentra, abandonaremos la olvidada. Si

falta, es un término propio de la lengua que solo la ignorancia ó la carencia de ocasion, momentáneamente desecharon.

Algunos quieren dar por anticuadas las espresiones con equivalentes modernos mas usuales, y proscriben la *bienandanza*, el *contentamiento*, la *pesadumbre* &c. como si el idioma pudiera ser nunca demasiado rico. Digan los poetas si palabras tan armoniosas, que tan bien cierran el número oratorio, aunque afectadas en el lenguaje familiar, no dan magestad y grandeza á los pensamientos elevados.

Ciertas espresiones anticuadas convienen al género burlesco y al satírico; otras solo al poeta se consienten, como *guisa* por manera, *luengo* por largo; y algunas terminaciones verbales insoportables en prosa dan energía y precision al metro. Estos términos bien elegidos encantan la imaginacion por la dificultad vencida, visten de mocedad á la vejez y hacen nuevos con su gracia los conceptos mas triviales.

A dos causas se debe el uso de espresiones anticuadas. A la ignorancia de sus límites en prosa y verso, que hace hablar rancio á muchos que quisieran ser castizos: y á la afectacion que es la mas frecuente como peculiar de los ingenios limitados. El buen gusto, solo nos salva de este precipicio.

Se llama *neologismo* la torpe introduccion de las palabras nuevas. Es tambien un defecto de sentido oratorio causado por la alteracion de los accidentes gramaticales, v. g. la terminacion en *oso* indica abundancia, y si llamamos *país montuoso* al que tiene muchos montes, abreviaremos con energía el lenguaje. Mas si decimos *laberinto montuoso* para señalar un monte intrincado como un laberinto, erraremos, pues cuando mas indicaría un laberinto lleno de montes. A pesar de ser una cosa tan sencilla, muchos han dicho *soledad selvosa* por selva solitaria, *musgoso verdor* por verde musgo &c., ya por descuido, ya por ignorancia.

Tambien se comete neologismo cuando los verbos neutros de los gramáticos *morir*, *enmudecer*, *respirar*, *gemir*, *palpitar* &c., que no espresan accion dada ni recibida, se usan como activos ó pasivos, diciendo, *palpitar sobresaltos*, *gemir arrullos*, *emmudecer el cariño*, ó bien *te emmudezco*, *te palpito*. Con todo, nuestros mejores escritores conservan la libertad latina en el verbo vivir y dicen *vivir vida miserable*, formándole de sí propio un acusativo.

Correccion de las palabras.

Llámanse así las que siguen en todo las reglas gramaticales, salvo las que se omiten por las licencias de la retórica y de la sintaxis figurada. Autorizadas estas licencias por la costumbre bajo el nombre de *figuras de construccion* acrecen la energía ó fluidez de los escritos. Y si las faltas recaen en reglas de poca monta, y si el que las comete se ha adquirido el nombre de maestro, damos en el caso de escusarlas aunque la gramática en su rigor las recomiende.

Comun es en nosotros infringir dos preceptos esenciales, pues ni damos siempre á los verbos las preposiciones que rigen, ni distinguimos el pronombre neutro *lo* del masculino *le*; y á lo andaluz decimos: "el sombrero *lo* compré en la Habana." Estos errores publican la poca ciencia de la mayor parte de los directores de nuestras escuelas primarias, quienes nos vician desde la infancia en un defecto del que luego al hablar no podemos prescindir.

De la precision de las palabras.

Consiste en decir las únicas que bastan á pintar un objeto clara y brevemente. *Se daba entre los romanos una corona de laurel al primero que escalaba el muro enemigo*, es un pensamiento espuesto con toda la claridad y concision posibles. *Para recompensar el valor, se daba entre los romanos una corona hecha con las hojas del laurel al primero que escalaba el muro enemigo:* la misma idea se espresa con mas palabras sin ofender la claridad, pero sí el tiempo y la energía, pues ni se premiaba al cobarde, ni iba á formarse la corona con con el tallo del arbusto. Y no es esta la redundancia de que hablaremos en otros vicios que se oponen á la claridad; pues aquí se espresa una idea de un solo modo, con toda la claridad, pero no con toda la precision debida. Imitemos al que para describir el valor de un soldado y el horror de un encuentro, se espresa así: *Hizo lo que nunca, volver las espaldas.*

Dañan tambien á la precision el abuso de los demostrativos y relativos, defecto comun en los escritores á la francesa que á fuer de claros solo consiguen hacerse fastidiosos.

No se pide únicamente esta precision en las palabras, se exige de igual modo en las ideas. Aquí reluce la destreza del escritor que diciendo lo necesario deja inferir los pormenores al oyente. Nuestro amor propio se complace al creer esfuerzo de nuestra inteligencia el simple resultado de la habilidad del autor, quien convencido de que al mirar una propiedad sobresaliente recordamos las accesorias, nos deja el placer de deducirlas.

CRITICA.

Carácter general de la crítica. — Epoca y forma que tenía en la antigüedad. — Influencia de la imitacion y del análisis en las letras romanas. — Como la literatura antigua se redujo á la crítica. — Renovacion de ideas por el cristianismo. —Edad nueva de la crítica después del Dante.—Renacimiento del buen gusto en Italia.—Entusiasmo literario del siglo xvi.

En lugar de la fuerza de la moyoría y del título de prescripcion que algunos alegan: —la crítica busca la verdad y la razon.

Una de las ideas que mas nos halaga al leer los escritos y discursos de nuestra época y que ciertamente debe agradar á todo el mundo, es la del progreso continuo de los conocimientos, el noble y bello desarrollo del espíritu humano, tan manifiesto en cada nacion civilizada y mas todavía en el movimiento comun de la Europa. Sin embargo, cuando nos contraemos al estudio de las buenas letras, parece como que esta esperanza se frustra; porqué á la verdad hay en ellas decadencias inevitables y está fuera de duda que la pureza, el esplendor de las artes de la palabra y la prosperidad de la imaginacion y del buen gusto no se sostienen en un mismo grado de celsitud; en razon á que después de las edades de poesía y de fecundidad, vienen las épocas de crítica, de análisis y de raciocinio; cuando ya la flor del pensamiento humano ha mostrado su lozanía, cuando un Homero, un Dante, un Tasso, un Milton, un Racine han pasado. Suceden y es preciso que así sea, largos siglos de renovamientos de civilizacion, de barbarie intermedias y saludables

para que el genio poético produzca de nuevo alguna cosa grande é imprevista.—Tócale á la crítica buscar las causas de este problema.

La crítica es tan antigua como las letras. El alfarero envidia tiene del de su oficio y el poeta del poeta. Así que de la envidia á la crítica no media mas que un paso; pero se puede asignar un motivo mas noble y generoso á la reflexion que juzga de las imaginaciones del genio.

Los primeros filósofos de la antigüedad se ocuparon tanto en el análisis y entusiasmo razonado de los poemas de Homero, que es cosa de ver como estos influían y se mezclaban con sus propios pensamientos. Dígalo Platon el primer comentador del poeta griego: —que los versos disentidos, aprobados y hasta los condenados por la moral, los cita y trae sin cesar en sus páginas mas bellas. Dígalo tambien Aristóteles el escritor de la historia natural del espíritu humano; el que no razonaba sobre poesía con ánimo de crear poetas, sino para consignar con el estudio de las obras de aquellos que se habían distinguido, los casos y proezas que había observado en la literatura activá, apasionada de la Grecia, en tiempos que la tragedia era una fiesta religiosa y la elocuencia de la tribuna era un poder que suple nuestra época con la publicidad, la imprenta y otros medios refundidos allá en la palabra de Demóstenes delante de todo un pueblo entusiasta.

Pero perdiose la libertad y el vuelo del pensamiento griego quedó abatido. ¿Qué importó que los sucesores de Alejandro, los Lagidas quisieran animar la gloria del ingenio griego transplantado bajo el cielo de Egipto? ¿que, construir una magnífica torre para astrónomos y una rica biblioteca para inspirar escritores y poetas? En vano son todas las bibliotecas del mundo para que nazca un poeta. Hicieron los Tolomeos, los Hiparcos descubrimientos preciosos; pero ¿qué poeta salió, cuál del museo de Alejandría? Hubo sí, algunos versificadores, mitad críticos y mitad poetas que hacían tragedias, himnos, epopeyas y cosas que llevaban el nombre mismo en los dias bienhadados de la Grecia libre é inspirada: —pero todas estas obras de jactancia de imaginativa no eran otra cosa que obras de ciencia y de industria; en cuyo sentido puede decirse que la crítica vino á ser el carácter único de la literatura.

En esta escuela no obstante, tal cual homdre raro, llegó á distinguirse entre los demás —Tan cierto es que todo lo que

se convierte en pasion puede ser orígen de talento y servir de ocasion á buenos resultados. ¿Cuál fué al cabo de muchos siglos de semejante decaimiento la pasion de Longino? la gloria y el renacimiento de la Grecia muerta para siempre, la libertad, la religion ó alguno de los grandes estímulos que hacen latir á los corazones nobles y generosos? No: —era el amor de las buenas letras, la contemplacion do lo bello en las artes, la pesquisa de la perfeccion ideal que espresó tan bien Platon y que pudo traducir únicamente el orador de Roma.

"Insidebat quippe animo species quaedan pulchritudinis „eximia, quam intuens in eaque defixus, ad illius similitudi„nem ártem manumque dirigebat."

Esta especie de idolatría literaria por la belleza de la elocuencia, esta pasion la menos activa de todas, la mas ajena de la vida real, en las cuestiones solemnes que engrandecen á los hombres, pero al fin pasion, fué parte y bastó para animar al retórico griego con una afluencia que nos interesa y gana la atencion. Tal es el sublime de la crítica y la obra de la inspiracion.

Así la literatura romana nació á medias bajo la accion de las costumbres, á medias bajo el influjo de la crítica; porqué fué tanto el imperio de las letras que no pudo el pueblo romano al suceder á los griegos en la dominacion del mundo civilizado, dejar de someterse al prestigio y fuerza de saber que tubiera su augusta antecesora. ¡Cosa singular! Uno de los primeros poetas de Roma fué un crítico.

Horacio en efecto enalteció la crítica, tan rara vez elocuente aun entre los Griegos, donde había nacido del entusiasmo y perfeccion de las artes; la enalteció sin duda á la dignidad y á la pasion de la poesía. Por eso la literatura latina, mezcla de la inspiracion y de la crítica, descubre là imitacion y el análisis en las obras mas espontáneas de la elocuencia, en tales términos que al leer á Ciceron cuyo ingenio fué excitado por los acontecimientos mayores que pueden animar á los hombres, duda uno si estaba apasionado por la república ó por la elocuencia. — Y á la verdad la duda es difícil de resolverse. Si esplica las industrias de la táctica oratoria, si describe palpitando el corazon de gozo las victorias de la tribuna, si penetra las alegrías y congojas de los Antonios y Crasos, si admira la palabra ardiente y repentina que cae como un rayo en la *asamblea,* si se enternece por los Gracos que ha vituperado como aristócrata enloqueciéndose como orador, y cuando pasa

por todas estas emociones tan vivas; no nos parece tal consul, tal hombre de estado, ó al menos mas bien nos parece un escritor esmerado.

Este amor al arte junto con cierta inspiracion seria á que consagró su vida, dió causa á que Pompilio esgrimiera la cobarde espada en su cuello *dejando muda la elocuencia latina* como escribía en el siglo XVII nuestro poeta Arquifo, en uno de sus muchos celebrados sonetos.

Después de él á la elevacion de Octavio, cuando se estimó su reinado como la era del buen gusto y de la delicadez romana; cuando se pudo decir: *Augustum eloquentiam, sicut omnia, pacavit:* allí fué el apartarse la literatura romana de las altas vias de inspiracion original y del entusiasmo vivificador y entrar mas y mas en el camino de la imitacion y de la crítica. De aquí el carácter de artista que predomina á los escritores de esa época y la pompa que adquirió la elocuencia, *pacificada* á espensas del brio de virilidad que antes le daba vida. Ahuyentada del foro, se refugió en la historia y no halló tampoco la libertad de que estaba menesterosa. Tito Livio da á conocer que es un discípulo de los retóricos griegos de mas imaginacion y buen gusto; pero al fin retóricos. Las antiguas virtudes de la república le sirven de testo para bien decir y hacer que hablen con hábil elegancia los rudos viejos romanos. Así escribe la historia con el artificio sabio de un romano monárquico, como imita cuidadosamente á los Griegos del tiempo de Pericles; y Cesar escribía sus memorias en la viva y repentina inspiracion de las batallas y demás acontecimientos que refiere.

Duró este carácter hasta el punto en que los vicios de un gobierno bárbaro y corrompido abatieron el arte y el talento. El libro ingenioso y brillante de Quintiliano, un gran número de las cartas de Plinio, el *Tratado de la Elocuencia* que se le escapó á la juventud de Tácito, la sátira de Petronio donde están confundidas algunas lecciones de buen gusto con todas las impurezas del vicio; varias cartas de Marco Aurelio y de Fronton y otros muchos monumentos, nos muestran todavía que la literatura romana pasó por todas las tentativas de la ciencia literaria; que sucesivamente apuró la imitacion de los griegos; la imitacion de sí misma en su período de pureza; la de sí propia en los siglos de decadencia; que fué por turno de la innovacion del arcaísmo á la barbarie; y que á la postre no habiéndose renovado por una grande y libre inspiracion que se

derivase de las costumbres públicas, creía rejuvencerse con artificios y recursos de sofista, con ardides de escritor y con la imitacion mortesina de los libros antiguos á falta de afectos libres y de pensamientos originales. Porqué es tal el movimiento del espíritu humano cuando le ocasionan ingenios poderosos, que luego queda por muchos siglos reducido á trabajar sobre ajenas obras y vienen las letras á ser, en lugar de instrumento de sus esfuerzos;—el tema y propósito de los estudios y de los ánimos. Bajo pues de cierto punto literario é histórico, si los oradores cristianos, con sus nuevas ideas, su entusiasmo, sus mártires, sus pasiones de claustro y de púlpito á la vez, no hubieran venido al mundo; habrían continuado indefinidamente los comentarios de Homero y de Virgilio y fuera Escoliasta el universo. He aquí el carácter indeleble de la literatura en los últimos tiempos del paganismo griego ó romano.

Aparecieron por fin aquellos hombres poniendo en el mundo una pasion nueva y otro órden de ideas incógnitas; y aunque conocedores del mérito de las letras profanas se dejaron de imitarlas por temor de idolatría; con la que hicieron la mas grande de las revoluciones contra el entusiasmo servil que retenía á los ingenios en la valdía contemplacion de las obras maestras de la antigüedad. Pasó este celo al punto de barbarie como se advierte en el siglo VI, cuando Gregorio el grande escribía á un obispo increpándole porque sabía y enseñaba la gramática cuyo estudio se consideró por este Papa como profanacion pagana.

De esta prodigiosa revolucion salió lentamente toda una literatura. Entre tanto corrieron muchos siglos de barbarie, de aniquilamiento y de la preocupacion de nuevas ideas que solo servían á la elocuencia religiosa. El entendimiento humano dormido é indiferente á la inspiracion y á la crítica necesitaba de la aparicion de un gran ingenio que le despertase al gusto de los estudios y de las contemplaciones poéticas : había menester de un Homero que naciese de las ideas, de las creencias y de las pasiones nuevas; que naciese de la barbarie de la edad media, como el primer Homero, ó como la escuela Homérica salió de la agitacion de las guerras de la Grecia en Asia :—y el Dante fué. El homenaje mas cumplido que quizás se ha tributado al poder de las letras latinas, conservado al través de todas las alteraciones del pensamiento humano, es el sello que puso el ingenio de Virgilio al ingenio del Dante.

Dante, teólogo sublime y semibárbaro, de un ingenio pro-

digiosamente poético y sutíl vió en Virgilio un maestro de la palabra y una especie de encantador, cuya mágia debía abrirle el paraíso. En él se mira uno de los ejemplos sobresalientes de la estraña confusion que producían las reminiscencias de la antigüedad y la avenida de pensamientos nuevos á favor de una cándida ignorancia; mas al cabo fué quien puso en movimiento la imaginacion humana, quien la puso en un camino incógnito y la llamó á la contemplacion de las obras clásicas. Renace luego la *crítica*, el espíritu de comparacion, de análisis y la admiracion sabia é ingeniosa. Todavía hay en Italia cátedras consagradas á la interpretacion del Dante; interpretacion menos literaria que histórica; porqué los comentadores se dan á buscar ciertas antigüedades, á legitimar los derechos de algunas ciudades, cuando no á justificar genealogías, si ya no es que se empeñan en salvar tal ó cual familia de la desgracia de haber estado en la persona de sus antecesores en los círculos infernales del Dante.

No fué así por cierto el primer carácter de la interpretacion *Dantesca;* que Boccaccio y un hijo del Dante mismo encargados de ella, se ocupaban con mejor acuerdo en penetrar el misterio teológico tan esencial á la poesía de la edad media. En algunas páginas del comentario de Boccaccio, aunque forma contraste singular este contador de cuentos, con la sublime y salvaje imaginativa del Dante; es maravilla ver con que sagacidad y entusiasmo cala y profundiza el pensamiento del gran poeta.

Ya pues, nos volvemos á hallar á mediados del siglo XIV con la crítica literaria y otra vez despertado el buen gusto con la aparicion de un ingenio como el Dante.

Dice un poeta inglés que: "Nosotros nacemos originales y venimos á morir copistas"—y muestra su despecho al considerar que no podemos escapar de la accion de los hombres de ingenio que nos han precedido, ni sacudir el yugo de sus ideas. Quedó por tanto parte de la Italia siendo copista del Dante por mucho tiempo, como que las imaginaciones fueron de tal forma excitadas por el poder de esta primer fantasía dominanante que al intento de crear alguna cosa se les ofrecía á la memoria.

Muy en breve esta *crítica* de entusiasmo vino á parar en crítica de erudicion. El Dante, informado por la antigüedad, aunque conmovido por su propia fuerza y por la teología de su

tiempo, dió la señal á la poesía y á la ciencia; de forma que animado el amor á las artes, no pocos, sin volverse creadores como él, se precipitaron hacia los monumentos de la antigüedad que comenzaba á despejarse de las ruinas. Descúbrense los tesoros de la Grecia y los de la antigua Italia: mudan los hombres de teatro y de entusiasmo; prescinden de las ideas teológicas que los habían entretenido los primeros siglos, y se cambia la admiracion al ver las obras maestras de la antigüedad profana. Aquello era ya idolatría: pasó la crítica de pasion á ser cosa como de culto de religion en el siglo XV y XVI.

Muchas imaginaciones italianas que la edad media rodeaba todavía cedían al encanto de los idiomas de la Grecia y de Roma, y se embelezaban con los maravillosos monumentos hasta tal estremo que no podían separar la forma de la materia llevando envueltas en su entusiasmo la belleza del lenguaje que las encerraba y las fábulas raras que el mismo lenguaje había cubierto con inmortal esplendor. Tanto es el poder de las letras, que ni el progreso de las ciencias exactas, ni los cambiantes é instabilidad de doctrinas, ni la decadencia del arte son capaces de destruir por cuanto que tocan la parte mas sensible del hombre:— á la mas viva y mas popular de todas las emociones.

Tambien en el siglo XVI la *crítica* naciente se estendía y fortificaba con la vetusta erudicion. Fué una edad nueva. Hoy hay estudios, reuniones para juzgar de la literatura moderna, ya tan vieja, de los comentarios mas ó menos sensatos y discretos acerca de las producciones de los escritores eminentes del último siglo, sobre las semejanzas y diferencias de las literaturas modernas. Mil son los objetos de distinto interés y de distraccion sabia que dividen los ánimos en la actualidad; pero adivinemos cuál sería la impresion viva de curiosidad, y de entusiasmo en los nuevos Liceos de Italia, cuando esta literatura rancia para nosotros, era jóven, lozana, cuando salía ayer de la tumba, cuando llegaba de la Grecia por la mañana en una nao fugitiva, cuando la fantasía italiana, quizás la mas fecunda de todas, preludiando con el estudio la inspiracon inmortal de Ariosto y del Tasso, esplicaba por la boca elocuente de Policiano, con un valor sin par, las maravillas del ingenio de Homero, la gracia y grandeza del de Sófocles y de Eurípides... ¡Oh quiénes como ellos!

Entonces tuvo la *crítica* elocuencia: entonces fué un po-

der, un entusiasmo que hacía verter lágrimas y palpitar el corazon no solo á los jóvenes italianos, sino tambien á los frios germánicos, á los franceses, á los ingleses, á los burguiñones, que acorrían desde luengas tierras y por penosos viajes para oir á los hombres nuevos de Italia, interpretando las obras maestras de la antigüedad.

De este modo las letras cada dia ejercían un señorío activísimo en las almas: creaban un nuevo poder moral distinto de la influencia teológica y oponían una resistencia mas al imperio de la fuerza brutal que había reinado en la edad media. Levantose de en medio de esta viva preocupacion que inspiraban las reminiscencias y estudio de la antigüedad, levantose el ingenio moderno, no ya salvaje en su grandeza, irregular en su sublimidad, antes al contrario gracioso, correcto y seductor al mismo tiempo....—el Tasso. NO se ve que el arte le sea como una especie de instinto: lejos de eso, se conoce que cuanto la filosofía de las artes y la reflexion pueden dar á un ingenio, tanto poseía; pues jamás hubo poeta mas sabio, ni sabio mas poeta. Ni es esto decir que tal riqueza, tal saber y el embarazo de recuerdos los tuviese presentes cuando hacía sus versos fáciles y deliciosos; sino que este primer iuflujo de los libros como cualquier otro que verifican las impresiones de la vida, el movimiento del mundo y el trato íntimo con hombres eminentes le servían para crear después, sin conciencia del orígen, del impulso y direccion. A fuerza de modificar, instruir y esclarecer su ingenio calificado, la accion de una crítica estudiosa empleada en la lectura de Platon, Homero, Virgilio y el Dante, y el conocimiento de la antigüedad como de la edad media, ¿cómo podían esas impresiones anticipadas que venían tan de atrás aunque quisiera desecharlas, dejar de percibirse y ser parte de sus mismas creaciones originales?—Así era la Italia: crítica é ingeniosa, y simultáneamente fecunda.

Pero cuando una forma de sociedad civil envejece, se debilita y se arrüina, tambien las letras pierden su lozanía y esplendor, hasta que cambios favorables presentan ocasion al renacimiento y algun fecundo principio se introduce en las costumbres que llame y ocupe los ánimos. Aun en las naciones quizás no mejor nacidas á las artes, pero que alvergan estímulos de movimiento, como en Inglaterra el poderoso de la libertad; la poesía lánguida logra nueva energía y conorte.— Byron en efecto, hace cadena con los claros é ilustres ingenios de que

está separado por cien años de intersticio. Sin embargo la decadencia suele interrumpir el progreso de la civilizacion, pero casi nunca es contínua cual lo prueba la historia de la humanidad.

El adelantamiento social y los casos contingentes que parecen desviar los ánimos del estudio de las letras y sustituir á su amenidad los intereses graves y de mayor valía alientan y vivifican los vastos dominios de la palabra. En nuestra España después del entusiasmo religioso, después de la gloria de la guerra, después del orgullo de los descubrimientos, y después del esplendor de la poesía, cayó el ingenio desde antes del siglo XVIII y sin estímulos que le levantasen se redujo al valdío y vano trabajo de alambicar los pensamientos y á la manía de sutilizar: — en fin, se entregó á la escuela de Góngora. Algunos poetas aparecieron para volver la naturaleza de afectos, que salvándose de las influencias esteriores, sale íntegra de una alma apasionada y conmovida. Pero con esta excepcion que mas pertenece al hombre que á la nacion, España un dia tan poética pareció dormida á las artes, como que la literatura sufre ó sigue los casos accidentales que ocurren en el proceso de la vida humana.

¿Y qué, el buen gusto no es permanente y perdurable como la verdad? Es movible como el uso y las costumbres de los pueblos? qué, las influeneias sociales deben rejuvenecerle y modificarle, y hasta el capricho puede mudarle? (1)

Dos máximas no obstante ofrecen principios oportunos sobre el móvil y resultado de lo belio. "Para tener gusto:— tener alma." Los pensamientos magníficos vienen del corazon." ¡Qué de cosas en tan breves palabras! El gusto no es una teoría, ni dogma, ni tradicion de Grecia ó Roma: se encuentra siempre y cuando el alma vivamente se apasiona y conmueve: se educa, abona, y mejora al paso que la sociedad civil adelanta en afectos de dignidad moral, y conseguimns nosotros acendrar nuestra condicion. Sin excepcion, al hablar el alma, cuando ha sido elocuente, y cuando ha respondido, se presenta un tema de buen gusto. Tal, si al oir al predicador que cuenta á una madre el sacrificio de Isaac encargado por Dios á

(1) Preciosas reflexiones ha escrito D. Agustin Duran que en cuanto á nuestro teatro son felizmente aplicables y cumplen á la resolucion de alguna de estas dudas casuales.

Abrahan, repone la lastimada mujer: "A buen seguro que Dios hubiera encomendado el sacrificio á una madre." ¿Os da cuidado de que estas bellísimas palabras sean así segun las reglas del buen gusto?—El alma las percibe, las halla y no como quiera, sino para la admiracion y saber de todos los tiempos.

La otra máxima: "Los grandes pensamientos vienen del corazon" no es menos fecunda, ó mejor dicho, entra en la primera, y se confunde, porqué cada vez que el corazon se conmueva se ha de elevar al grado mas alto de verdad. Es una regla tal vez mas cierta y segura que la general de asemejarse á la naturaleza, pues esta ¿qué es sino la emocion del corazon humano? No se necesita por tanto, decir que los antiguos fueron mas eminentes oradores ó poetas por su mayor aproximacion á la naturaleza; la cual no se ha confinado á punto distante de nuestro alcance. La naturaleza es el alma del hombre y siempre que prospere por afectos de virtud y de justicia, las buenas letras, las artes de la palabra deben tambien mejorar de condicion; por cuanto que la literatura está ligada con los intereses y causas mas nobles y ha menester no solo de paz sino de dignidad moral y virtudes públicas para su acrecentamiento.

LA

CONDESA DE MERLIN.

MIS DOCE PRIMEROS AÑOS.

Habiendo aparecido en esta Ciudad una traduccion de Mis Doce Primeros Años, obra escrita en francés por la Sra. doña Merced Santacruz, condesa de Merlin, hemos creido oportuno consagrar algunas líneas á esta ilustre paisana, que honrando el nombre de su patria ha conquistado un nuevo lauro para las hijas de la predilecta hija de los mares.

La Sra. doña Merced Santa-cruz nació de los Sres. con-

des de Jaruco, en la Habana; pero se fué en tan tierna edad para Europa, que apenas pasó en el país natal sino su infancia. Sin embargo se conoce que su imaginacion se había desarrollado ya bajo el ardiente cielo de los trópicos, pues de otro modo no es posible que conservase tan vivas reminiscencias de la naturaleza cubana y de las costumbres de aquel tiempo; así que, ella misma se presenta como en prueba de la precocidad de su entendimiento, y confirmando el principio que tan felizmente ha vertido en Mis Doce Primeros Años, á saber : "que en el clima de Cuba no hay infancia."

Nosotros que sometidos al influjo de las circunstancias mismas de la Sra. Merlin, hemos acostumbrado nuestra vista al océano de la luz que nos circunda, y se nos han hecho familiares los originales cuadros de la naturaleza, y hasta algunas bárbaras y selváticas costumbres; nosotros, repito, no podemos gustar de la sorpresa y novedad que un estranjero en la lectura de los cuadros á veces brillantes, á veces melancólicos de nuestro país, que con tanta maestría traza la Sra. Merlin.

Pero por otra parte tenemos la ventaja de juzgar con mas acierto de la veracidad de sus pinturas, y en esto se encuentra un manantial tan fecundo de placeres, que ninguno leerá Mis Doce Primeros Años, con mas interés que un habanero.

Esta es la primera obra de una paisana nuestra que se ha presentado en Europa, con la particularidad de haber hecho en sí misma la personificacion de una Criolla, escogiendo su patria por teatro, y por época su infancia —Desde el tiempo á que se refiere la Sra. Merlin acá ha variado mucho nuestra sociedad, por eso algunas personas han calificado su obra de novelesca; pero es una equivocacion, porqué nada hay en ella de supuesto, ni los acontecimientos ni los personajes.

Lo que sucede es, que la Sra. Merlin posee un genio enteramente original, que la ha distinguido en todos tiempos. Ahora como entonces, en París como en la Habana, su imaginacion ardiente y atrevida no ha podido estrecharse jamás en ningun círculo, y lanzándose fuera de los límites que la rodean, si no sabe una cosa, la adivina. Así es, que todo el mérito y el encanto de sus escritos consisten en ser ella misma la que se pinta, descubriéndonos en el estilo mas fácil y delicado su corazon y su pensamiento.

"Pienso porqué siento, y escribo lo que pienso. He aquí

todo mi arte."—Esto ha dicho la Sra. Merlin, y estas son las premisas de que debe partir el que quiera formar un juicio acertado de sus obras. Yo por mi parte no busco en ellas ni erudicion ni sabiduría, sino las misteriosas revelaciones de una fantasía vírgen, que tanto en los bosques de Cuba, como en las capitales de Europa, se ha ostentado siempre llena de novedad, ternura y poesía.

No es mi objeto tampoco hacer el juício crítico de las Memorias de la Sra. Merlin, sino dar una lijera idea de su vida y su carácter á fin de inclinar los ánimos en pro de esta escritora que se ha presentado en el campo de la literatura europea sin pedantescas pretensiones, y sin otros títulos que su sensibilidad é ingenio.

Desde el regazo de su *mamita*, y de las *guarda-rayas* de Cuba, por donde corría descalza y en cabello, fué trasladada la niña Merced á la corte de Madrid, donde puede decirse que comenzó su educacion. Este es el período contenido en mis doce primeros años, el mas curioso por cierto de su vida; y cuya publicacion hecha en 1833, produjo en París un grande efecto, tanto por la originalidad del asunto como por las bellezas del lengnaje.

Durante su mansion en la corte, en una época tan fecunda en acontecimientos, creció Mercedes y completó su educacion. Allí tuvo facilidad de tratar íntimamente con los ingenios y personajes de aquel tiempo, y recoger de este modo un gran caudal de anécdotas y observaciones con que ha amenizado sus Memorias.— Habiendo contraido matrimonio con el general francés Mr. Merlin, tuvo que pasar á Francia, y establecerse en aquel país, adoptando como propios el idioma y la patria de su esposo. Sin embargo, ningun afecto reina con mas vehemencia en el corazon de la Sra. Merlin, que el del amor á su país. A él han sido consagrados sus primeros recuerdos, y en todas sus cavilaciones, y hasta en sus mismos sueños, se imagina contemplar el brillante sol que iluminó su infancia, cree ver las vírgenes florestas de Cuba, oye el ruido de su corriente y palmares, y siente la brisa embalsamada de los trópicos, cuyo soplo es, como tan felizmente ha dicho ella, "el mas precioso bien para el cubano."— De otro modo mas positivo ha manifestado tambien la Sra. Merlin su patriotismo, pues cuantos paisanos han residido en París, han sido, y son obsequiados y servidos por ella como hermanos.

Su trato y su carácter merecen tanta estimacion en aquella capital, que los mas célebres artistas y los hombres mas notables han preferido siempre su sociedad á la de personajes del mayor rango y poderío. La codiciada Malibran dejaba de cantar en la casa de un Príncipe, por contribuir sin interés alguno al lucimiento de las funciones de la Sra. Merlin.— Agréguese á esto que ella misma es una artista distinguida, y que en clase de aficionada, ninguna voz ha resonado en los salones de París mas encantadora que la suya. Si á esto se añade la belleza de su persona, de que todavía conserva muchos rasgos, pues al cuerpo mórbido y perfecto de una habanera, á la boca y los ojos de la raza arábiga, reunía la elegancia y soltura de una francesa, cualquiera podrá formarse idea de todos los atractivos de su amistad.

Les he oido decir á personas que la han tratado de cerca, que sus escritos están muy lejos de igualarse todavía al hechizo y originalidad de sus conversaciones. Esta observacion destruye la calumnia que han levantado algunos detractores del ingenio en la mujer, propalando que la Sra. Merlin se ha valido del auxilio de un hombre para escribir sus obras.

Concluiré, pues, este artículo, invitando al traductor de *Mis Doce primeros Años*, á que continúe dando á conocer á las hijas de Cuba las producciones de una paisana que las honra, y cuya reputacion es europea; pues no pongo en duda que todo cubano contribuirá al mejor éxito de su empresa, siempre que desempeñe sus posteriores traducciones con tan buen acierto y esmero como la primera.

ANECDOTA.

Un buen hacendado de la Vuelta-arriba, oía atónito los prodigios de las máquinas de vapor cuyos efectos le contaba un jóven que acababa de recibirse de abogado y á quien dió posada. El jóven atónito del placer de aquel buen hombre que con la cria de ganados estaba en la abundancia, y de nada le servían los vapores, no pudo menos de preguntarle de donde nacía su contento. Amigo, le respondió el montero, hasta ahora los vapores de mi mujer solo han servido para darme quebraderos de cabeza, y si mañana caigo en la miseria iré á la Habana seguro de lograr mi subsistencia.

SECCION TERCERA.

COSTUMBRES.

LAS 8 DE LA NOCHE EN LAS CALLES DE LA HABANA.

Me hallaba hace algun tiempo en una de aquellas melancólicas situaciones en que el hábito del ejercicio luchaba con la ociosidad á que me forzaba mi situacion. Teniendo un pié recalcado, me era mas que doloroso caminar y pasaba las horas leyendo la *Tia finjida*, *el Amante Liberal* y otros libros viejos que solo servían para darme envidia por la dulzura y gracia del estilo, puesto que las ideas son tan sabidas de mí que creo me entregaba por la centésima vez á su lectura. Mi dichoso calecero estaba por su parte á pleito con las muelas, y como se me acabaron los cuentos del *manco divino*, acometí á los del célebre Walterio. Para colmo de desdichas hube de topar con Carlos el temerario, en español, lo que me hizo destrozar toda la obra, y creo que si en aquel momento viera al traductor nos hubiéramos entrado á mojicones.

Quiso mi mala suerte que al dar la oracion se entrarán en mi casa algunas mujeres de la familia, y como ví que traían mucho que conversar, entré en su carruaje y me fuí á tomar el fresco de estramuros, reclinado como un duque en el asiento. Aunque el carruaje en que iba fuera *propio*, el calecero no estaba tan bien plantado que llamara la atencion, y la *volanta* no era tan linda, que digamos. Semejante observacion no me hubiera jamás ocurrido, si al doblar por la esquina del enrejado de S. Luis para ir á la Salud, no viera á mi calecero en pendencia con otro, que venía de la ermita que fué, por tomar la delantera. Tres lindas muchachas á quienes una luna de los trópicos me dejó á penas percibir, tal era la velocidad de su carrera, estaban vistosamente sentadas en su quitrin bajado el fuelle, y antes que las contemplara mejor, mi volanta que estaba mas próxima á volver se adelantó, y oí que decían: *anda que no puedes negar que eres de alquiler*. Amonesté al criado y quedé absorto del dicho, repitiendo en mis adentros. ¡Vaya que son humildes las habaneras!

Pensaba ya en tornar á mi morada cuando sentí que de pronto el carruaje se paró cerca de Guadalupe. Trataba de dar prisa al calesero porqué era tarde, y me callé observando que el paso se obstruía por dos quitrines, el uno de señoras que compraban zapatos y el otro de las que buscaban ropa en la tienda vecina. Iba ya cansado de la demora á mandar al calecero de estas abriera el paso, cuando ví que una quedaba dentro. Antojósele á sus dos niñas bajar, y para que la madre reconociera los lienzos le llevaban pieza por pieza cuanto había en los armarios, y aquella que ni á la luz vería bien, sin piedad de nosotros ni de la hilera que nos seguía, intrépida continuaba no solo sin moverse, pero ni siquiera dignándose dirigirnos una mirada. Bien conocí que sabía como estábamos, porqué al oir nuestros gritos de impaciencia, se reía á carcajadas con sus hijas y el dependiente. ¡Vaya que son atentas las habaneras! dije al cabo de media hora que fué cuando las amas de los quitrines, continuaron su camino dejándonos libre la calle.

En fin, llegué al Prado y corrí á mis anchas viendo parados de trecho en trecho algunos quitrines vacíos y ciertos bultos como de mujeres que se divisaban, allá á lo lejos..... Por la prisa nó pude percibir si estaban solas ó si era una simple ilusion óptica la qué me afectaba. No había teatro y por única fortuna pasé libremente la puerta del Monserrate : tomé la ca-

lle del Obispo y aquí fué ello. Un quitrin arrebató la bocina á mi carruaje, otro me hizo añicos la zapata del lado opuesto armándome su dueño disputas para que le pagara las averías hasta que se desengañó de que solo el mio quedaba roto, y por fin uno que estaba vacío me cerró el paso. Quitrines por delante, quitrines por detrás, quitrines á la derecha, quitrines á la izquierda; quitrines hasta por las boca-calles. Ellos llegaban, pero no se movían después. Yo me había colocado oblicuamente entre el carruaje vacío y otro de alquiler. Bastaba que aquel se retirase un poco para que yo pasara y todo el cordon: así lo dijo mi calecero, y tal vez el otro lo iba á ejecutar cuando una graciosa niña le gritó desde la ventana: *No te muevas Juan, que estás á la puerta de tu casa y por nadie te has de incomodar.* Miréla absorto y dije: ¡Vivan las habaneras! tienen los calzones: ¿porqué no tomamos las mantillas?

La linda figura que haríamos, ellas con las casacas y nosotros con las peinetas, me volvió mi buen humor y huyendo de los contornos de Mma. Piteaux donde veía otra parada, dí órden al calecero de que se apartara de las tiendas y de los túnicos en quitrines. En hora menguada le ocurrió irse por la de la Obra-pía. Todas las mujeres embarazadas se habían dado cita para pasear allí su voluminoso vientre. Ya no temblaban ellas, que temblaba yo por un infanticidio. Corro á tomar la calle de Compostela donde respiré al fin porqué ningun carruaje ví que me estorbaba, cuando al primer paso gritaron: *para calecero*: al segundo, idem per idem, y no había cuando acabar. Ya era un jóven lechugino que sacaba á pasear su dulce prenda que apenas le tocaba el brazo izquierdo, mientras con el derecho sostenía toda la *humanidad* de una cuarentona. Ya otro jóven correnton ansioso de apretar los lindos dedos de su compañera la llevaba adrede de una á otra cera para ver esta fachada ó distinguir aquel velon y soltándola del brazo la presentaba su mano para salvar de un brinco el lodo, cosa que la jóven haría con mas soltura aunque quizás con menos gusto sin su auxilio, mientras la pobre madre aplaudía su atencion y su cuidado. Ya tres loquillas que doblaban riendo á carcajadas por la esquina, hablaban alto con su abuela, y gritando ¡nos enlodan! procuraban atraerse la proteccion de los paseantes.

Apeéme al instante y mandando á los infiernos el calecero, la volanta y mi mala fortuna, me puse á andar por esas calles

oyendo á diestro y siniestro que gritaban los chiquillos: uno, dos, tres, cojo es. Amenazéles con el palo y una pedrada que me rompió el sombrero me hizo entrar en una tienda mas que de prisa, donde me hallé con porcion de señoras en quienes observé tantas cosas que no cabrían en un solo artículo. Al fin pasó un Simon y dije al calecero me llevara á S. Francisco.

El pobre, como casi todos sus compañeros á esta hora, iba como una cuba. El dolor de mi pierna aumentado con lo poco que anduve, me distraía, y Dios sabe en que punto pararía si un aire fresco y la vista de la cárcel no me hicieran gritar ¿á donde vás?— Al Hospicio, me respondió el calecero.—Maldita tu borrachera, le grité: á S. Francisco.—Ah, si, niño, respondió.

Y hétenos V. á principios de la jornada, doblando á la izquierda siempre que gritaba á la derecha, y á la derecha cuando quería ir por la izquierda.— Vé por donde quieras, dije al fin, con tal que andes despacio: el pícaro azotaba la pobre bestía sin consuelo y yo haciendo de tripas corazon, como dice el vulgo, traté de distraerme con lo que veía, pues esta gente no entiende otro modo de andar, que martirizando su caballo. Para evitar otro chasco parecido al anterior, miraba á todas partes, y no dejaron de llamarme la atencion varias cosas que se presentaban á mi vista. Lo mejor que puedo hacer es escribir mis reflexiones y las preguntas y respuestas que á mí mismo me daba.

¿Quién es ese caballero de cuarenta años que corre por aquella callejuela y viene delante de mí?—Es un rico comerciante que aborrece el matrimonio, por frialdad de alma y egoismo, y no se cree deshonrado seduciendo la pobre niña de una viuda infeliz ó la esposa de un hombre puro que libra su subsistencia en su trabajo y su felicidad en el amor de su consorte.—¿Y aquel jóven caballero, ídolo de sus padres, qué hace por aquella ventana? Enamorará lo señorita de la casa? Se contenta con festejar á la criada y la hará después nodriza de su primer hijolegítimo, que corromperá un dia con su ejemplo.—¿Y esos hombres que entran y salen del café haítos de brandi y de cerveza, y esos otros por cuyo lado no puede pasar sola una mujer honrada; á donde irán? A dormir la mona con mi calecero los unos; á corromper los hijos de familia los otros.—¿Y qué hacen allí esas gentes de color y de distinto sexo? No po-

drán decirse amores en sus casas?—Porqué tantos padres descuidados dejan á sus niños correr las calles á esta hora?

¡Cuán triste eres, oh Habana, de ocho á nueve de la noche á la vista de un hombre cuya natural acrimonía se acrecienta con el dolor de su pié! ¿Porqué fatalidad no me es dado presentarte activa é industriosa, jóven y honesta, política y generosa? Son tus hijas, por ventura, egoistas y groseras?

No por cierto, Habana: pero en la inmensa cantidad de gentes que te habitan, hay algunas donde imperan aquellos vicios. ¡Felices nosotros, si consiguiendo la correccion de esta insignificante minoría, te vemos dentro de poco, como tus buenos hijos te desean: honesta, moderada é instruida, dando en uno el ejemplo de las buenas costumbres y de la ilustracion su inseparable compañera!

¡NO HAGA USTED CASO!

Reflexionando estaba yo ahora noches sobre el valor que debe darse en este pícaro mundo á las acciones y palabras de los hombres, vasto asunto, que de suyo ofrece mil dudas, por la variada significacion de aquellas, que estriva en la intencion y modo de ejecutarlas y espresarlas, lo que no sucedería, si la verdad se presentara siempre á cara descubierta; mas por desgracia lo hace muchas veces con un embozo, con un velo, que necesita de un brazo atrevido que le descorra. No se crea que pensaba yo en ello porqué me impeliese algun motivo directo; la única razon que puedo dar es que siempre reflexiono en algo, y mas cuando no tengo alguna cosa que me distraiga, como la sonrisa juguetona de una bella, que entonces soy hombre perdido; y no me hallaba yo por cierto en este caso, por estar sentado ni mas ni menos, en un poyo de la *plaza de armas*, en una noche sin retreta, no viendo pasar delante de mí sino uno que otro de cabeza erguida y aire magestuoso, que á tiro de bayesta decían pertenecer al comercio, y algunos grupos de personas del siglo pasado, que sin duda discutirían sobre materias políticas; pero ni una sola mujer alcanzaban mis ojos, con lo que podría decirse, elegantemente, que la plaza de armas estaba desierta. Se ve ya que podía yo estender mis reflexiones á donde quisiese; de suerte que el rumor de dos per-

sonas que aconsejaban á una tercera *no hiciera caso* de cierto asunto, y poco despues un gracioso lance que tambien presencié, y en el cual hice mi papel, me decidieron á manifestar mis ideas al piadoso que siga leyendo.

No haga usted caso es una frase que se encuentra bien prodigada por muchos, y tambien las de: *eso es una bobada, mírelo vd. con indiferencia, pierde usted el tiempo apurándose,* y otras mil que significan una misma cosa, es decir, échese vd. á dormir y descuide enteramente de sus intereses: son fácil salida para los egoistas que miran con indiferencia los males de otro, se ahorran entrar en pormenores siempre desagradables, y tienen la dicha de que se interprete su respuesta como nacida de la buena intencion de que el paciente se tranquilice; pero de todas esas frases que zumban en nuestros oidos, la que mas llena, la que en sí parece abarcar mas, es sin duda la que oí en la plaza de armas: *No haga usted caso.* Se dice de varias maneras y se entiende de diversos modos. Bueno es que cuando el afligido se queja, solo por quejarse, como muchos que ven males por todas partes; ó cuando la causa es de poco valor, como si un amartelado cree que su muchacha deja de quererle porqué oyó con sonrisa los piropos de un galan; bueno es que aquella le dé cariñosamente dicha respuesta: entonces produce un efecto mágico, y el rostro lúgubre del amante se torna en plácido: no tiene fundamento para su dolor, y cualquiera cosa es suficiente á disiparle. A un pobre diablo se le ha criticado por los periódicos una composicion, pero injustamente, y su contrario se ha valido de armas prohibidas, (que por desgracia están muy en uso en nuestros tiempos) como personalidades, dicterios y chocarrerías; á este no le vendrá mal un *no haga usted caso*, dicho por quien le oiga lamentarse. Pero volviendo la medalla, es otra cosa. Si á ese *quídam* se le ha probado palpablemente que su obra es detestable, y la crítica le fué enderezada por medio de palabras comedidas y cultas, aquella frase valdrá bien poco, no puede curar una herida tan profunda; y si los piropos de aquel galan fueron oidos con una sonrisa no insignificante sino amorosa, ó si el amante tiene otras pruebas de mayor cuantía, entonces será un insulto proponerle *no haga caso* de ellas. Se me dirá que en estos dos últimos casos, tambien suele haber algunos que se consuelan con aquella respuesta, y yo convendré en ello; pero tambien diré, que es porqué realmente *no harán ca-*

so de los agravios; Dios les habrá concedido tanta calma, que al uno le importe bien poco que se le haya probado ser un pésimo escritor, y al otro que su dama le deje plantado, como hay muchas personas por este mundo que comen y duermen y hacen sus funciones (no todas) como los entes racionales.

Las cuatro palabras *no haga usted caso* parecen una propiedad de cierto amigo mio llamado Tomás; porqué siempre las tiene pendiente de sus labios, dispuesto á lanzarlas en primera ocasion: yo creo que como no podría existir un dia sin luz, una jóven sin su quebradero de cabeza y un empleado sin orgullo, así mismo no podría existir mi Tomás sin esa su frase predilecta; y está tan ligada á su existencia, que solo muriendo, abandonaría sus tan amadas palabras. Esto que parece estraño, no lo será para el que vea su retrato.

Cuenta ya sus cuarenta y cinco largos de talle, los que si alguno piensa traslucir en su persona, va muy errado; pues lo bien que se trata y su rostro y cuerpo redondos le quitan por lo menos diez de encima, lo que por cierto, es muy natural: solo doce le contaron en la escuela, se entiende de edad, sabiendo ya lo bastante para un hombre rico, pues diz que había llegado á los quebrados, y que pintaba unas letras que era gusto el verlas; y luego no hizo otra cosa que dar viajes á Güines y á Alquízar donde su familia tenía sus fincas, no siendo aquellos á la verdad, como los del héroe de la Mancha, sino en su buen carruaje y tirado por soberbias parejas. Fué creciendo nuestro hombrecito en cuerpo y gustos, porqué muertos sus padres heredó cuantiosos bienes y quedó libre en sus acciones, pero ha aprovechado su suerte, no como lo acostumbra la mayoría de jóvenes de igual clase, sino cuidándose perfectamente y divirtiéndose con mucha moderacion, lo que no le ha sido difícil, siendo de suyo naturalmente pacífico. Ha asistido siempre á toda clase de diversiones; pero jamás se le ha visto en un baile pasada la media noche; ni los ruegos de sus amigos, ni las insinuaciones de alguna hermosa han sido parte á turbar su método de vida: si ha visto algun drama, de estos muy largos, no hay que preguntarle por el desenlace, pues al momento que ha señalado su reloj las diez y media, sin pedir perdon á Gutierrez, Victor Hugo ó Dumas, se retira á dormir. En tiempo de calor usa chupitas de olan, y algunas noches sombrero de paja; en el de frio se pone su buena capa de paño; y por lo que hace á las trabas, desde su introduccion en la Ha-

bana, les declaró una firme oposicion. Lo mas serio lo mira con tranquilidad: no abre ninguna carta después de comer, y jamás asiste á entierros y pésames; prefiere los convites y bautismos.

En la noche y sitio de que he hablado, cuando mas dis-distraido me hallaba, se me apareció como por encanto Tomás, con quien después de las palabras comunes de introduccion, entablé el pequeño diálogo siguiente:

—Conque tú siempre tan gordo: criando pesetas. ¡Qué buena vida! le dije.

—Hombre, no es oro todo lo que reluce; no me faltan mis buenos malos ratos, me respondió.

—Ya.

—Esta mañana sin ir mas lejos, me dió un dolor de cabeza fuertísimo, porqué me hallé algun tiempo enjaulado en esa Babilonia, en esos malditos oficios (señalando los portales de Gobierno) y como no estoy acostumbrado.....

—¿Y qué casualidad te trajo por estos barrios?

—Tuve que hacer la escritura de una casa que compré.

—¡Hola!

—Sí, en el barrio de S. Isidro.

—¿Sabes tú lo que me ocurre?

—¿Qué?

—Que quisiera tener tod os los dias esos dolores de cabeza. ¿Y qué tal, que tal es la casa?

—Yo te diré: vale cinco mil pesos, como medio, aunque me la han dado en cuatro: creo que me ganará mensualmente la bobada de treinta ó treinta y cinco pesos.

—No es tan poco, Tomás, á pesar de que para tí que posees otras muchas, confieso....

—Hombre, no son tantas: solo tengo otras cuatro, y eso situadas estramuros: ni á mi me gusta mucho emplear mi dinero en ellas; mas vale un *ingenio* que mil casas.

No había acabado de decir la última palabra, cuando se nos incorporó D. Sempronio, sujeto amigo mio, pero desconocido hasta entonces de Tomás. Aquel pobre hombre después de muchas fatigas, logró reunir un capitalito, con el cual el año pasado pudo hacerse de una estancia en Jesus del Monte y de cuatro negros de campo. Muy atareado le consideraba en ella, y así no pude menos de preguntarle:

—¿Qué es esto, D. Sempronio, usted por acá?

—Qué quiere vd. amigo mio, me respondió con alguna reserva, negocios precisos....

—¿Como le va á vd. en su estancia? Puede vd. hablar con franqueza delante del señor, le dije señalando á Tomás.

—¡Oh! sí señor, repuso este estendiéndole la mano.

—Para servir á vd., le contestó D. Sempronio, y siguió dirigiéndose á mí.—Pues me va muy mal. Sabe vd., desde que me conoce, que he ansiado constantemente por establecerme en una finca de campo, y ya me creía feliz, poseyendo mi estancia, cuando por haberme fiado en la buena fé de algunos, me encuentro ahora con que el terreno es malísimo. ¡Qué desgracia!

—¡Es posible, esclamé yo.

—¡*No haga usted caso*! le dijo Tomás, gesticulando despreciativamente.

D. Sempronio le miró de arriba á bajo y prosiguió:

—Me había yo consolado ya de este mal, no encontrándole remedio, cuando enferma mi cocinera, aquella negra tan racional, mis piés y mis manos..... Juana, y se murió. ¿Qué dicen vds. á esto? preguntó con aire compungido.

—*No haga usted caso*, respondió mi amigo.

Ibale á replicar D. Sempronio, pero se contuvo al hacerle yo una seña significativa. Siguió:—De los cuatro negros que tenía, uno se ha imposibilitado por un hachazo que se dió en una pierna, y otro se ha huido. Los gastos que todo esto me ha acarreado y la triste situacion en que me encuentro, han sido los móviles de mi viaje á la Habana. ¿Qué dicen vds? Puede encontrarse un hombre mas desgraciado?

—¡Qué! *No haga usted caso*, repitió Tomás, y en mala hora por cierto, porqué D. Sempronio levantándose con violencia, se estiró, anduvo dos pasos hácia él, y con voz temblosa y aire amenazador le dijo:

—Sepa vd. caballero, que nunca he sufrido se burlen de mí.

—¡*No haga usted caso!* le respondió Tomás, con toda la calma que le es característica, cruzando la pierna derecha sobre la izquierda, y dando una luenga fumada á un buen tabaco de la Vuelta de Abajo. Dios sabe en lo que pararía, cuando un ruido de campanas, que llegó á nuestros oidos, y que me pareció tocaba á fuego, me sirvió para interrumpirlos y hacerlos salir de la plaza.

—A fuego tocan, señores, les dije, vamos á ver donde es: y

tomándolos á los dos del brazo, logré mi propósito y nos dirigimos por la calle del Obispo.

Poco sensible es preciso que sea una persona, para que deje de conmoverse oyendo tocar á fuego: á la verdad, es muy horrorosa esa idea que inspiran las campanas con su fúnebre sonido; nos llama la atencion á un tristísimo cuadro, donde se ve un abismo de desgracias que se traga familias enteras. El pobre padre á cuyos oidos ha llegado aquel sonido de destruccion, tiembla al instante y se llena de un terror pánico, hasta que sabe que el elemento devorador ha respetado su casa; teme que los bienes con que sostiene su familia sean arrasados, teme que ella misma perezca, que su amada compañera, sus queridos hijos queden hechos ceniza. Todos los miembros de la sociedad, cada cual en razon de sus intereses y de su situacion, padecen como aquel, por sus padres, sus hermanos, sus amantes, sus parientes, sus amigos. Aun el estranjero, que tal vez no tiene allí mas que su equipaje, un mísero baul fácil de salvar, no deja de padecer, porqué padecen sus semejantes.... y basta. El que no siente tales emociones en semejantes casos, ni tiene un corazon de hombre ni debe vivir entre ellos.

Nos encontramos en la calle con muchos que corrían de un lado á otro: las cornetas de los bomberos empezaron á oirse y vimos algunos que salían de su habitacion, sin haber acabado aun de ponerse su chupa de uniforme. Llegábamos á la esquina de la calle de Cuba sin saber todavía el sitio del fuego; cuando uno gritó: ¡Por S. Isidro!

—¡Santo Dios! mi casa! esclamó Tomás.—A Dios señores, nos dijo, y con una agilidad de que le creía incapaz, echó á correr con direccion á aquel convento. D. Sempronio asustado, me preguntó el motivo de aquella desaparicion: yo le satisfice diciéndole que en el lugar del fuego, tenía mi amigo una casa que acababa de comprar. No bien lo hubo acabado de oir, cuando imitando á Tomás, fuese tras él, gritándole: *No haga usted caso: No haga usted caso.*

No pude menos de reirme, viendo su venganza, á la que no dejaba yo de hallar bastante disculpa.

Ahora bien, Sr. lector, qué le parece á vd. este artículo?

—*No vale nada.*

—¡NO HAGA USTED CASO!

SECCION CUARTA.

POESIA.

EL AMOR.

Soneto.

El perdurable y tormentoso anhelo
que nunca á saciar llegan los favores,
un deleite gozado entre temores,
que leve pasa, cual del ave el vuelo:

Odio á los hombres y hasta al mismo cielo
si impide el cumplimiento á sus ardores;
de una insana sospecha los furores,
zozobras, llanto, agitacion, desvelo....

De amor es esta la veraz pintura,
y este servil estado y lastimoso
á que el alma se entrega en su locura:

Conspira todo del amante en daño,
y después de perder dicha y reposo,
por premio tiene al fin — un desengaño!

REMITIENDO

UN

RETRATO.

¿ Quién de este inquieto abrasador deseo
que agita sin cesar el alma mia
el ardor calmará ? ¡ Cuándo himeneo
en el silencio de la noche umbría
cubrirá con su velo misterioso
el casto lecho del amor dichoso !

A y cuánto lo ansio yo! Cuánto me agito
con tan dulce ilsion ! Jamás el Etna
cuando su cumbre se estremece y brama
y envuelto en humo los vecinos campos
con sus lavas volcánicas inflama,
ardió cual arde en mi convulso pecho
este amor inmortal. ¡Oh hermosa mia,
cuándo será de mi ventura el dia ! . .
cuándo á tí unido en deliciosos lazos
en las riberas que gemir me vieron
te estrecharé gozoso entre mis brazos !

Lleva, ó copia feliz este suspiro
y estos votos ardientes á mi amada
y débele tú en cambio una mirada
y un beso halagador. Cuando Mirtila
te estreche alguna vez á su albo seno
en su apartado, solitario albergue
¡cuánto tu dicha envidiará Fileno !
Quien ay entonces al marfil le diera
mi voz y corazon; ó quién por siempre
ce rcano á tí como él estar pudiera !

Con tus puras caricias de mi frente
la nube del dolor se disipara
y en tu amoroso pecho yo avivara
el fuego abrasador que mi alma siente.

Fileno.

BARCELONA.

Con duelo en el corazon
y con el rostro marchito,
de pié encima de un cañon
al rumor del aquilon
va suspirando el proscrito.

De cuando en cuando aflijido
mira por la batallola,
y al ver su país querido
se lleva al paso cada ola
un entrañable gemido.

Clava la vista sombría
en la verga de la lona,
pero luego la desvía
por contemplar la bahía
de la hermosa Barcelona.

Y mientras sobre los muros
de la ciudad que tanto ama
el sol brillante derrama
destellos dorados, puros,
el desventurado esclama :

—Bendita seas, oh hermosa
ciudad que estás en España,
como en un jardin la rosa,
la mas bella y espaciosa
que el Mediterráneo baña.

Te cubren hermosos cielos,
te riega un mar dilatado,
te cerca un campo hermoseado
con el sudor y desvelos
del catalán esforzado.

Tú me has arrojado, ingrata
al otro confin del mar,
y no te puedo olvidar
y la mano que me mata
muriendo quiero besar.

Y aunque bella meretriz
que amor pagas con veneno,
quiero rodar por tu cieno
para poder ser feliz
muriendo sobre tu seno.

Que tú encierras la hermosura
que provocó mi pasion,
la interesante criatura
que de ángel ha la figura
y de ángel el corazon.

Yo he visto rios cubiertos
de canoas y vapores,
con las márgenes de flores:
yo he visto soberbios puertos
con sus faros giradores:

Pero mucho mas me agradan
estas arenas sencillas
y este sin fin de barquillas
que á impulsos del remo nadan
en torno de tus orillas.

Y al soplar la ventolina
ver tanta vela latina
que allá en lontananza cruza
para pescar la merluza
y la sabrosa sardina.

Bendita tu Catedrál
con su reloj sin rival,
y la urna do Berenguer
luego que acabó de ser
dejó el despojo mortal.

Y bendita tu campiña
do crece el trigo y la viña,
tus campanarios, torreados
do viven avecindados
los pájaros de rapiña.

Tus glasis y tus paseos,
y tu teatro, do un dia
seguidos de palmoteos
mis pobres versos oía
la que inflama mis deseos.

Bendita tú toda entera
oh Barcelona la hermosa;
si verte otra vez pudiera,
solamente te pidiera
un hoyo bajo una losa.

Que aunque bella meretriz
que amor pagas con veneno,
quiero rodar por tu cieno
para poder ser feliz
muriendo sobre tu seno.

A. RIBOT.

A bordo del Guadalete bahía de Barcelona. 1847.

LOS DOS AMANTES RETIRADOS.

¡ Salve campo solitario
de la paz morada augusta!
en buen hora nos acoge,
náufragos de la fortuna;
y nunca tus verdes palmas
los rayos hieran, y nunca
la gala á tus bellas flores
aje del viento la furia;
ni jamás entre tus ramas
llore la tórtola viuda
el consorte, que del hombre
le robó la mano impura.
Aquí do la fresca brisa
entre las hojas modula,
de la libertad el aura
respira el alma desnuda
de pasiones que la oprimen,
y su feliz calma anublan:
Aquí do naturaleza
todas sus gracias aduna,
es donde el hombre sensible
halla el encanto que busca:
aquí una rústica choza,
que del mal tiempo nos cubra
será templo do se ofrezcan
al amor ofrendas puras.
De este cerro que domina
á la florida llanura,

podemos ver consumirse
los necios en iras mútuas:
de sus rencores, venganzas
la nube cargada oscura,
hasta su falda tronando
llegará, mas no á su altura.
No aquí una lengua traidora
con hablar meloso adula
al que desde un alto puesto
del poder que tiene abusa;
ni con frente y cuello erguido
pasa, y con desdén saluda,
quien al que antes llamó amigo
hoy aun mirarle rehusa.
El árbol de la esperanza
no aquí se marchita y muda,
como el uracán silvando
de hojas la rama desnuda:
ni la lisonja infla el pecho,
ni le oprime la calumnia,
ni los usos cortesanos
el candor nativo ofuscan.
¿Qué importan pues los placeres
que allá en el pueblo acumulan
contra el ocio y el fastidio
la incontinencia y la gula?
Allí amistad es engaño;
el saber vanas disputas,
la virtud hipocresía,
quien dice que ama perjura:
El oro todo lo alcanza:
honor, mérito, conducta
sinónimos de riqueza,
el no tener solo injuria.
¡Cuánto mas que sus salones,
ricos tapices, pinturas,
muelles sofás..... este cielo
encanta y esta verdura!
el arroyo que serpea
entre la yerba menuda
nos convida con su alfombra
murmurio y grata frescura:
allí dá sombra una ceiba.....
aquellos árboles frutas.....
esto basta y esto sobra
á dos hijos de natura.

ZADÍ.

SECCION QUINTA.

VARIEDADES.

CRISTIAN ENRIQUE HEINECKEN

Monstruo de precoz inteligencia.

A principios del siglo pasado, el año de veinte y uno, nació en Lubeck, Cristian Enrique Heinecken, que por el estraordinario desarrollo de sus facultades intelectuales, fué uno de los fenómenos mas sorprendentes de que se tenga noticia. Este niño habló con una prontitud admirable, y si hemos de dar crédito á las Memorias de Trevoux, á lo que dice la Biblioteca germánica y á los testigos oculares que han escrito su historia, podremos asegurar que á los doce meses conocía ya los principales acontecimientos que trae el Pentateuco, á los trece sabía la historia de la Biblia, y á los catorce la del Nuevo Testamento. Cuando tenía dos años y medio había concluido el estudio de la geografía y de la historia antigua y moderna, respondiendo con facilidad á las preguntas que le hacían sobre una y otra; aprendió en seguida el latin y el francés con igual perfeccion, y en un viaje que hizo á Dinamarca de edad de cuatro años, fué presentado al Rey y á los príncipes que quedaron absortos de la gracia y formalidad con que recibió y devolvió los cumplidos que le hicieron. Pero en este mundo nada es completo; Heinecken, el *niño-hombre* que tan precoz inteligencia tenía, era

de una constitucion muy débil y bastante enfermiza; se alimentaba casi solamente con la leche de su nodriza, que preferia á los manjares mas esquisitos, y creyendo sus padres posible sustituir á la lactancia los alimentos comunes, fué víctima del ensayo, pues á poco tiempo le sobrevino la enfermedad de que murió el 27 de junio de 1725, en Lubeck, al cumplir su primer lustro.

Lo que es tambien de estrañarse en este fenómeno intelectual, es que á pesar de sus cortos años vió venir la muerte con la misma tranquilidad que puede tener el hombre mas resignado y conforme con su suerte, con toda la confianza de un fiel cristiano, consolando él mismo á sus padres y deudos que amargamente le lloraban. Su preceptor Cristian de Schöneich, el alquimista, escribió su vida; todos los diarios de aquella época hablan de este prodigio, y solo faltó el Dr. Gall para que nos esplicase por el desarrollo de su cerebro las causas de la manifestacion tan estraordinaria de sus facultades, pero Martini trató de llenar este vacío en la disertacion que hizo y publicó en 1730 sobre este objeto y con la que dudamos estén satisfechos los frenologistas del dia.

ANTONELLI.

(NOVELA HISTORICA.)

I.

Figúrense mis lectores que ahora dos siglos y medio estaban en el pueblo del Cerro; pero que entonces no habia tal pueblo, ni cosa semejante, y que en vez de su pasajera calzada, de su ermita, de su caserío, y de sus alegres bailes en tiempo de baños, veían los nacientes cañaverales, la mezquina casa de guano, y los pocos y medio desnudos negros de uno de los mas antiguos ingenios de esta provincia. Con otro lijero esfuerzo de su imaginacion, podrán representarse esta escena alumbrada por los rayos del sol poniente, que se reflejaban en los atezados y tristes rostros de los trabajadores, ocupados en acomodar una gran rueda de madera sobre el cauce de la zan-

ja real, repica abierta entonces, cuyos raudales habían de darle impulso, y comunicar su movimiento á un enorme trapiche de que era parte esencial la mencionada rueda. Subido en una cuestecilla por donde se derrumbaba el agua, y que entonces tenía el nombre de *Salto del Cerro*, estaba un personaje, como de mas de cincuenta años, bajo de cuerpo, de vientre rollizo, ancho de rostro, el color encendido, la nariz chata, y los hojos bailadores y rasgados que desde luego le pregonaban por hombre decidor, festivo y de buena pasta. Pero en aquella sazon su natural jovialidad había cedido el puesto á una mas que razonable impaciencia, y dábase á todos los diablos al ver el ningun efecto que producían las repetidas órdenes que comunicaba á los negros; pues á pesar de las diferentes posiciones en que la colocaban, la máquina se estaba queda, como si ni una gota de agua corriese por debajo. Cansado ya de vocear, y de los inútiles esfuerzos de sus esclavos, á quienes achacaba no poca parte en la quietud de la rueda, por su torpeza en comprender sus esplicaciones, estaba ya á punto de dar de mano á su tarea, cuando asomó por el camino que viene de Puentes Grandes, un caballero en un lozano potro, que á buen andar se enderezaba hacia ellos. Traía vestido un gaban de paño azul, y una montera de terciopelo negro; y segun se fué acercando, mostró ser de mediana edad, blanco de rostro, nariz aguileña, la vista entre pensativa y penetrante, bien puesto de barba, y cabellos oscuros y ensortijados. Desde luego se conoció en las miradas del impaciente director, que no podía habérsele presentado otra persona mas á propósito para sacarle de sus apuros que la que se acercaba; y no bien hubo esta detenido su caballo, cuando sin corresponder al saludo, con gentil desenfado le comenzó á decir en altas voces:

—¡Medrados estamos, Sr. D. Juan! Linda invencion por mi vida! Ahí tiene Vuesa Merced su rueda, que no parece sino que ha echado raíces en esa zanja.

—¿Cómo así? preguntó con calma el recienvenido, con cierto dejo de estranjero en el acento. "No estará acomodada en su puesto."

—¡Pues no ha de estar! Dos horas mortales he pasado alzándola, bajándola, y poniéndola de mil maneras, y ahí está que no la hará dar una vuelta toda el agua del Tajo. Verdad es que estos negros son unos bestias que no os entienden nada de cuanto les decís: pero yo bien claro y recio les he ha-

blado; y ya comienzo á sospechar que el mal está en que á Vuesa Merced, Sr. Antonelli, mas se le alcanza de fabricar castillos y represas, que de construir ingenios de azúcar.

Encendiéronsele las mejillas al caballero del gaban, y sin responder palabra á las descorteses del hacendado, se desmontó de su potro, mandó á los negros alzar un tanto la máquina, acuñándola con algunos trozos de madera, preparados allí al intento; y quitando en seguida una ligera palanca, introducida en cierto punto de la rueda, comenzó esta á girar con bastante rapidez, alborotando el agua clara, y cubriéndola de blanca espuma por un buen trecho.

Asombrados estaban los negros con el repentino movimiento de la máquina, cuando de improviso sacolos de su estupor un grito que resonó hacia donde estaba su amo: alzaron todos los ojos, y con ellos el recienvenido, y ya no le hallaron en la altura desde donde había dirigido los trabajos; pero un momento después le vieron bajar en la corriente, que apenas llegó al llano, le arrebató con ímpetu hacia la rueda, entre cuyos álabes habría sido sin duda hecho pedazos antes que sus esclavos atónitos hubiesen pensado en socorrerle, á no haber el del gaban introducido con prontitud la palanca, conteniendo así el impulso á tiempo de salvarle.

Remojado y mohino por demás sacaron al buen viejo de la zanja, y luego que se le hubo pasado el susto y la cólera, á que no poco contribuyó la frescura del baño, contó que al mirar al trapiche volteando con tanta gracia, quiso bajar para escusarse con el caballero por las destempladas razones que le había dirigido: pero al ponerlo en ejecucion, faltole un pié, y dió consigo en el agua, sin poder hacer mas que lanzar un grito para advertir el riesgo que corría, del cual se veía salvo, merced á la intervencion del maquinista, á quien manifestó su agradecimiento con espresivas frases.

Satisfecho con el ensayo del ingenio, y mal-hallado con la humedad de sus ropas, tomó al del gaban por la mano, y juntos se encaminaron á la casa, donde después de haberse aquel mudado de traje, pidió y le fué servido un trago de vino añejo, para prevenir, segun dijo él, un resfriado; aunque por lo á mano que estuvo el frasco, y por la cantidad de líquido que contenía, que no pasaba de la mitad, se traslucía que el buen señor solía hacerle á menudo sus visitas, para reanimar sus espíritus, y atizar el buen humor que de ordinario mantenía.

—Vaya, un trago, Sr. D. Juan; dijo, echando en otro vaso. "Probadle, que es católico, y os barrerá de la cabeza la desazon que haya podido causaros mi lengua maldiciente."

—Mi desazon, si fué alguna, respondió el estranjero, se la ha llevado ya en sus alas la brisa de la tarde; pero por haceros razon, acepto el brindis. Y mojó en efecto los labios en el licor—¿No os parece de buena ley y cristiano viejo? dijo el otro, apretando los labios y abriéndolos con estrépito, saboreando el trago.

—No es malo, en efecto; aunque á decir verdad, poco entiendo de vinos. Pero hablando de otra cosa, á lo que veo se os olvida que ya va oscureciendo, y que tenemos que atravesar la ciénega antes de que anochezca; ó pienza quizá Vuesa Merced dormir en este desierto, en cuyo caso os beso las manos.

—No señor; iremos juntos, y entretendremos el camino platicando sobre las nuevas que corren, que no dejareis vos de saberlas como hombre que vive á pan y manteles con el gobernador. Diciendo esto, pidió su caballo á un esclavo; montó en él con no poca dificultad, y después de dar sus disposiciones para el manejo de la finca, tomaron el camino de la Habana, por donde los dejaremos ir en buena paz y armonía, mientras informamos á los lectores de quienes eran los dos tan desemejantes caballeros. Llamábase el mas anciano, y con quien primero han hecho conocimiento, Hernan Manrique de Rojas, estremeño, uno de los mas acaudalados vecinos de la Habana, donde era tan conocido por sus ducados, como por su honradez y por su trato franco y complaciente. Se había establecido desde mozo en la Habana, y muy luego se enamoró de la hija de una india y de uno de los primeros pobladores de la isla, con quien contrajo matrimonio, y á quien su padre dejó heredada en una cuantiosa hacienda. Solo dos pesadumbres había tenido, segun decía él mismo, desde que pisó esta tierra: una la muerte de su cara mitad, y otra un pleito en que á la sazon andaba enredado con el Ayuntamiento, sobre la propiedad de ciertos terrenos: pero de la primera le consolaba una hija, único fruto de sus amores; y para desvanecer la segunda confiaba en su justicia, apoyada de sus no pocos dineros.

Era el segundo caminante el italiano Juan Bautista Antonelli, ingeniero, célebre en las historias de aquella edad, por las comisiones con que le honraba el Rey D. Felipe II, siendo de las mas importantes la que trajo á esta ciudad el año

anterior de 1589, para fortificar la boca del puerto con el famoso castillo de los Tres Reyes, ó del Morro. Además de esta obra, tenia Antonelli casi al concluir otra no menos útil, si no de tan grandiosas proporciones, en el robusto muro de la represa que construyó para hacér derramar en la Zanja Real el agua del rio, llamado antiguamente por los naturales Casiguaguas, y conocido hoy con el nombre de la Chorrera. La importancia de estos trabajos, y mas que todo el trato que segun fama mantenía con el misterioso y sombrío Felipe II, á que daba no poco color la defereneia con que le miraba el gobernador D. Juan de Tejada, y su carácter taciturno y contemplativo, hacían de Antonelli uno de los mas notables personajes, y que mas asunto daban á las conversaciones del reducido vecindario que contaba la entonces villa de San Cristóbal de la Habana.—La posicion en que respecto uno del otro se hallaban Antonelli y Hernan Manrique, nos la dirá el siguiente coloquio que en el camino tuvieron.

Después de haber andado un buen trecho en silencio, Antonelli que parecía aquella tarde mas imaginativo que de costumbre, con voz trémula, como de hombre que teme la respuesta,—Sor. Hernando, le dijo; sabreis ya que ha llegado la flota de Nueva-España, y que dentro de breves dias me iré en ella á donde me llama el Rey.

—Cuando yo mismo no la hubiese visto entrar, contestó el estremeño, me lo habrían hecho saber las lombardas del galeon, que nos atronaron con sus tiros: y en cuanto á vuestro viaje, Sr. D. Juan, Dios os le dé próspero, y os depare tan buenos amigos como los que aquí dejais.

—Así será cuando vos lo decís. Pero..... no alcanzo yo como puede ser mi amigo quien pudiendo labrar mi dicha, me la niega para siempre.

—Y qué puedo yo hacer por vos? Quereis acaso que fuerce á mi hija, y la diga: deja á ese hidalgo, y ama á este otro caballero que vale mas que el que tú y yo habiamos escogido?

—¿Y os olvidais, Señor Hernando, que yo voy á Madrid, donde una insinuacion mia á los Sres. del Consejo, bastará para decidir en vuestro favor, sin que os cueste una blanca, ese pleito que os trae tan caviloso?

—No lo ignoro, Sr. D. Juan: pero tambien sé que he empeñado mi palabra al Gobernador, que no es hombre que se dejaría tratar como un niño, si me viese negar á su sobrino mi hija,

—Gobiernos hay en Indias á donde poder ascenderle con decoro, y quedar vos libre de ese temor.

—Cuando asî fuere, ¿me libraríais vos de la mancha que caería en mi nombre? Mas dad de caso que yo, por atender á mi provecho, violentase á mi hija; ¿cómo os contentaríais con una mujer que ama á otro, y no se os entrega de buen grado?

—Vuestra hija, Sr. Hernando, es virtuosa; y aunque al principio mirase á su esposo con repugnancia, esta menguaría al encontrar en él un amante rendido y apasionado, y acabaría por concederle buen lugar en su corazon; y yo no apetezco mas para mi ventura.

—¡Nada! no os canseis: he hablado á la chica: está resuelta; y solo la muerte de ese mancebo podría daros alguna esperanza.

—¿Su muerte podría darme esperanza?.....

—Pues;.... digo, que si Dios se sirviese llamarle á mejor siglo, podría yo cuando el tiempo hubiese calmado su cuita, hablarle de vos, y reducirla á que os diese la mano. Pero ahora, es pensar en lo escusado: á mas que no soy yo padre de tal condicion que pueda sacrificarla á mi particular interés.

No debió de oir Antonelli estas últimas palabras; porqué había caído en una especie de abstraccion, de que no consiguieron sacarle las tentativas del compañero para anudar la plática, aunque dándole otro sesgo. Anduvieron así callados lo restante del camino, y como se lo temía Antonelli, les salteó la noche antes de que hubiesen atravesado la ciénaga que en aquella época formaba el mar entrando por el Boquete, hasta mas allá del sitio que ahora ocupa el convento de belemitas, y que en tiempo de lluvias se estendía á cubrir no poca parte de los terrenos estramuros de esta ciudad. Al cabo, con bastante fatiga lograron pasarla: cruzaron las solitarias y oscuras calles de la villa, y llegados á la que ahora es Plaza de armas, se despidieron cortesmente.—Hernan Manrique fué á contar á su hija el lance del ingenio, y Antonelli caminó taciturno para el castillo de la Fuerza, donde tenía su habitacion.

II.

El término de todas las esperanzas, el móvil de todas las virtudes, de todos los crímenes y especulaciones humanas, está espresado por una palabra armoniosa, que no hay corazon

que no entienda, ni mente que no se arrobe pensando en ella aunque á ninguno sea dable esplicarla cumplidamente:—Felícidad!.... Es una ilusion, una quimera voluble y de mil aspectos, que fija sobre nosotros sus ojos hechiceros desde que damos el primer suspiro, y nos lleva anhelantes y fascinados en pos de sí hasta la huesa, y aun mas allá de la muerte nos halaga con promesas de sumo bien: el hombre la mira en la mujer, la mujer en el hombre: el impío la busca en el bullicio del mundo, el heremita en la soledad del yermo, y el creyente en Dios y la eternidad.

De todos los deseos que infunde la idea de esta ventura ideal, ninguno se despierta mas temprano que el de encontrar una alma que nos retribuya toda la simpatía, todo el amor de que es capaz la nuestra: especialmente hay una edad en que este deseo es un delirio que pone un torbellino en nuestras cabezas, un volcan en el corazon, y nos arrebata á veces al heroismo, y á veces tambien á los mas torpes desacuerdos. El es quien enciende la mirada del mozo, y presta inefable espresion á los ojos de la doncella, aromas á su aliento, á sus palabras armonía; él quien junta á los enamorados en la oscuridad de la noche, ó á la luz voluptuosa de la luna, y les inspira frases que solo entonces se ocurren; él es el que á la pobre mujer engañada en su primera aficion, arrastra á buscar el adormecimiento de sus penas en la embriaguez del vicio, y tambien el que anubla la vista, y guia la espada del celoso á las entrañas de su rival.—Pero pasa esta edad, y llega una época de la vida, en que colocado el hombre como en un lindero, contempla por una parte la juventud que se despide para siempre con su entusiasmo, sus ilusiones, sus cuitas y sus placeres, y por otra la venidera vejez con su yelo, sus achaques y su egoismo: época dolorosa, en que vuelve su espalda la esperanza, y no se descubre en el árido yermo de los años futuros, ninguna flor de pasion que embellezca una vida cuya mitad mas brillante ya ha pasado!....

Suele suceder que al cabo, cuando ya comienza á resignarse á pasar sus años en solitario aislamiento, se presenta de improviso á su vista el objeto de sus imaginaciones: —una mujer; pura como una gota de lluvia, blanda como la pluma de un pájaro, hermosa como un pedazo de cielo esclarecido por el reflejo nacarado del sol ya puesto, y en que reluzcan á la par la estrella de la tarde y la media luna en creciente. Entonces

reverdecen en su corazon las raíces de sus marchitos afectos, se enciende de nuevo el fuego de sus pasiones; y vuela en pos de ella : y si por desgracia algun estorbo le impide alcanzarla, si algun delito se interpone en su camino, pasa por encima del delito, y estampa sus manos ensangrentadas sobre los cándidos hombros de la beldad, que se aja y descolora con sus caricias criminales.

Tales eran la posicion y los pensamientos de Antonelli. Su índole ardiente le impulsaba á amar con frenesí ; y acosado por la necesidad de ser correspondido á su vez con el mismo calor, vagó en sus mocedades de una en otra hermosura, saliendo siempre airoso en sus galanteos, merced á su gallarda presencia, y á las bizarras prendas de su ánimo, que le hacían bien quisto con las damas. Ninguna empero satisfizo á aquella alma de fuego : y así de desengaño en desengaño, iba perdiendo su pureza, á la par que su quietud, cuando dió con una criatura que despertó en su interior mil emociones desconocidas, y le hizo palpar la diferencia que hay entre una aficion bastarda, y un afecto puro y delicado. Era una niña que no contaba bien los quince años : las primeras palabras enamoradas que oyó fueron sin duda las de Antonelli; y cuando con voz trémula, y toda sonrosada le respondió *¡yo tambien te amo!* fué con tanto candor, que el rendido mozo no supo como espresar su conmocion, y cayó de rodillas delante de la turbada doncella. Pero hay criaturas de tan fragil naturaleza que toda sensacion profunda las aniquila : la dicha ó infortunio las quebranta : su aspecto angelical está bañado de una suave luz, que se empaña al mas lijero soplo, y de sus ojos aunque risueños, ruedan lágrimas á menudo; semejantes á la bomba de leve espuma que encanta con sus colores de arco-iris las miradas del niño que la echó á flotar en el aire, y que refleja el azul del cielo; pero que á cualquiera ondulacion del ambiente se deshace en vapor, ó se resuelve en una gota de agua. Una de esas fué Isabel : su hermosura era demasiado delicada, sus encantos demasiado aéreos, para que pudiese alimentar una pasion de fuego, sin consumirse : se le oprimió el pecho, le rebozó el corazon de sentimiento; se le consumieron las carnes, y como un lirio que se dobla al peso del rocío, murió en lo mejor de su abril de puro amor, al exceso de su ventura.

¿Cuáles no serían las angustias de Antonelli al ver echar

le la tierra encima!.... Quedó fuera de sí con este golpe: anduvo mucho tiempo como sin saber lo que le pasaba; y cuando en últimas recobró poco á poco el uso de sus potencias intelectuales, se retrajo de toda comunicacion, y para adormecer sus penas, se dió con ahinco al estudio de las ciencias exactas, logrando con sus grandiosas especulaciones atraerse el respeto de los sabios, y la consideracion del mismo Felipe II: pero bien se traslucía en aquel semblante melancólico, que aunque la inteligencia había conseguido desplegar las alas, el cielo de su fantasía estaba oscuro, y que no revolaban por él sino amargos recuerdos de sus malogrados amores.

¡Quién le hubiera dicho á Antonelli cuando quiso venir á Indias, que en ellas hallaría otra mujer capaz de suscitar en su alma, nueva pasion, mas poderosa aun que la de su juventud!—Eran pasados ya muchos meses que estaba en la Habana, entregado esclusivamente á la direccion del soberbio castillo del Morro, cuando el acaso le hizo estrechar amistad con Hernan Manrique de Rojas. Estaba el ingenio de este, como hemos visto, en el Cerro, por donde tenía que pasar Antonelli para ir al rio: encontrábanse á menudo los dos en el camino: mediaron al principio las cortesías de estilo entre hidalgos, y poco á poco fueron trabando conversacion, de que resultó Antonelli encargado de inventar el ingenio que ya conocemos, y rogado por Hernan Manrique á que le honrase su casa. Fué en efecto á visitarle; y se encontró al estremeño á par de su hija, á quien hasta entonces no había visto. Puso los ojos en ella el mal-aventurado ingeniero, y sintió en el pecho una emocion semejante á la que causa la claridad de la luna, ó la música endulzada por la distancia, que no podemos decir si es placer ó melancolía, ó una mezcla deliciosa de ambas impresiones. Mirábala embelesado; y la voz armoniosa de la doncella, sus ojos negros, rasgados, y espresivos, la gracia indefinible de todos sus ademanes y posturas, y cierta estrañeza que se notaba en su semblante, por donde se traslucía su orígen americano, todas estas partes, y cada una de por sí, despertaron en su corazon mil afectos amortecidos, y le recordaron la pronunciacion musical de las mujeres de su país, el cielo de su Italia, y las escenas de su tormentosa mocedad.

Por demás está decir que repitió sus visitas á Hernan Manrique. Cada vez que se despedía de su hija, se iba triste, recordando sin saber porqué su malograda Isabel, tan linda

tan inocente, tan enamorada: pero este recuerdo se fué debilitando por grados; su imágen comenzó á presentarse descolorida y menos á menudo en su imaginacion, hasta que por último cedió el puesto á otra imágen mas animada, y quedó por única señora de su pensamiento, la bella Casilda, que tal era el nombre de la criolla.

Ardiente y conmovedora por demás fué la declaracion del italiano: pero ya era tarde!.... Casilda, después de escucharle con modesto rubor y sobresalto, le confesó en mal articuladas razones, que ella amaba con beneplácito de su padre, al capitan Lupercio de Gelabert, sobrino del Gobernador, de quien pronto había de ser esposa.—En vano empleó todas sus artes para cautivar á la doncella, y hacerla olvidar á su rival; en vano fueron sus persuaciones, las promesas que hizo al honrado Hernan Manrique, para tentarle á romper su palabra: nada consiguió; y el desesperado ingeniero miraba ya inmediato el dia de su partida, y cada vez que meditaba en ella le cruzaban pensamientos horribles por la cabeza.

Mas que nunca eran sombrías sus ideas la noche que se despidió de Hernan Manrique en la Plaza de armas.—En el mismo castillo de la Fuerza, y al lado del suyo, tenía su alojamiento el capitan Lupercio; y cuando ya á deshora oyó Antonelli sus pasos en el oscuro corredor, se le ocurrieron las últimas palabras del estremeño; chispeáronle los ojos; abrió la puerta con ímpetu, y al darle las buenas noches el descuidado capitan, que inocente de todo, ignoraba las pretenciones de Antonelli, llevó este maquinalmente la mano á su daga:—pero conteniéndose por fortuna, le volvió la espalda, sin responder al saludo. Pasó la noche en vela, luchando con encontrados afectos; y al dia siguiente á las puestas del sol, salió á caminar por la villa, para ver si el bullicio, y la frescura de la tarde, daban algun ensanche á su ánimo atribulado. Enderezó sus pasos sin saber á donde por la primera calle que encontró, y fué á parar al estremo meridional del pueblo, llamado entonces *barrio de Campeche*, por los indios de esta provincia que le habitaban, á quienes el Ayuntamiento había concedido aquellos terrenos para sus casas y siembras.

Comenzaba el tal barrio en el sitio que ahora ocupa la iglesia de la Merced, y se componía de una porcion de casuchos de guano, desordenadamente dispuestos, sombreados por árboles de diferentes especies que les comunicaban cierto aire

campestre á semejanza de poblacion de indios bravos. Sus moradores no gozaban por cierto la mejor fama: era toda gente baldía y holgazana, sin otra ocupacion que sembrar el poco maíz y legumbres necesarios para su subsistencia, ó cuando mucho acarrear agua de la vecina Zanja para el consumo del vecindario. A la sazon que llegó Antonelli, estaban reunidos en un claro ó plazuela que formaban las casas, muchos de los campechanos y campechanas, de ellos sentados en sus puertas saboreando sus perezosas cachimbas, de ellos agrupados en diferentes corrillos, y todos embelesados con media docena de jugadores de pelota, que con gentil compás de piés y manos la recibían en todas las partes de sus cuerpos, y la rechazaban con ímpetu á sus adversarios. La presencia de Antonelli no turbó en nada su diversion, como que ya le conocían tanto porqué en sus solitarios paseos acostumbraba buscar aquella parte de la villa, cuanto porqué algunos de ellos habían sido trabajadores en las obras que dirigía el italiano. Mirábalos este con ojos distraidos al arrimo de un árbol; cuando se oyó un pisoteo de caballos que se acercaban por el lado del norte; y antes que los alegres jugadores pensasen hacerles plaza, entraron dos caballeros en retozones corceles, con no poca sorpresa de los guachinangos al conocerlos, pues eran nada menos que el Gobernador don Juan de Tejada, y su sobrino Lupercio de Gelabert, en quien clavó ceñudo una mirada de fuego el silencioso italiano.

El asustadizo caballo de Gelabert, apenas se vió entre tanta gente, alborotose de forma que á pesar de la maestría del ginete, no pudo este impedir que en una de sus revueltas antecogiese al mas fornido de los jugadores, y le llevase dando tumbos una buena pieza, hasta que al cabo le derribó al suelo, y le plantó uno de los cascos en la cara, dejándole estampados en el carrillo sangriento los cascos de la herradura. Acudieron todos al estropeado, y tambien el gobernador, quien procuró con autorizadas razones sosegar aquella chusma; y arrojando unas monedas de oro al herido, continuó su paseo por donde se había marchado su sobrino: pero no bien hubo traspuesto, principiaron de nuevo las imprecaciones de los campechanos, incitando á la venganza al derribado compañero.

—O no eres hombre, Pablo; ó debe pagártela el capitan, decía uno.—Es muy soberbio, añadía otro.—Pues amanzarle.... —Pues quitarle del medio.... —Y oigan al Sr. gobernador ¡que

fué casualidad!... —Sí; casualidad!.... que nos tiene entre ojos. Acuérdate tú, Pablo, del dia que al pasar á su lado en la iglesia, le pisaste por descuido la pluma del sombrero: no contento con lo que te dijo allí, agarró la ocasion de hacerte ese floreo. —Si digo yo que estos nobles se han figurado que uno está en el mundo no mas que para aguantarlos. ¿Que vendrían á buscar por aquí esta tarde?— No sería nada bueno para nosotros- —Pues ¡voto á tal! Pablo; que si no te portas como buen campechano, te he de hacer en el otro cachete tantas señales, como clavos te ha marcado en ese la herradura.— ¡Y yo!....... y yo! gritaron muchos á un tiempo.

Nada respondía Pablo; antes mirándolos de reojo, echó á andar para su casa, dejándolos disputar y maldecir, hasta que cansados de hacerlo, se fueron dispersando los corrillos, y poco después quedó en silencio y desocupada la plazuela.

Todo lo había mirado y oido Antonelli sin moverse; pero no sin sentir; pues bien se traslucía por las variaciones de su semblante la lucha de su interior. Nadie quedaba ya en la plaza: iba oscureciendo; y todavía permanecía él arrimado al árbol, con los brazos cruzados sobre el pecho: por último, como si acabase de tomar una determinacion, se caló el sombrero, y embozándose en su capa, echó á andar hacia la casa de Pablo, que cabalmente era la primera del barrio por el lado del norte. A medida que se acercaba, sentía flaquear su resolucion: se detenía á cada paso; temblábanle las rodillas, respiraba con dificultad, y volvía en derredor los ojos, como temeroso de hallar alguien que le espiase en tan vergonzoso estado: con todo, caminaba!—Llegó por fin á la casa; y al hallar al indio sentado delante de su puerta, con la cabeza baja, las piernas cruzadas y metidas entre ellas ambas manos, faltó muy poco para que siguiese de largo: la voz de una persona, el vuelo de un pájaro, el tañido de una campana, cualquier impresion estraña, le hubiera hecho seguir, ahuyentando la criminal idea que le arrastraba; pero venció su instigacion diabólica, y encaminándose al guachinango y poniéndole familiarmente la mano en el hombro ¿en qué piensas, Pablo? le preguntó— Alzó este la cabeza, y conociéndole, respondió en voz baja:

—Pienso, señor, en que nosotros tenemos fama de malos y á mí me cuesta mucho querer serlo.

—Yo siempre te he tenido por hombre honrado y buen cristiano, Pablo.

—Y ojalá no lo fuera!

—¿Para que? Vaya, Pablo, yo creía que ya no te acordabas del lance de esta tarde.

—Yo bien quisiera no acordarme, Sr. D. Juan. Dios manda que olvidemos las injurias: pero me duelen mucho las marcas de la herradura, y además siento el desprecio y las amenazas de mis paisanos.

—¡Pues qué! ¿serían ellos capaces de hacer contigo lo que dijeron?

—Si serían capaces!...... No los conoce bien el Sr. D. Juan. Capaces son no digo de agujerearme la cara, sino de sacarme el corazon, si no hago lo que ellos quieran.

—Mira, Pablo. Yo te tengo buena voluntad, y por eso me he valido siempre de tí para mis trabajos: ¿es cierto?

—Si señor; y toda mi vida se lo agradeceré.

—Pues bien: yo veo que tú eres hombre pacífico, y no para andar en reyertas: dentro de cinco ó seis dias me voy en la flota; ¿quiéres venirte conmigo á España, y descansas de una vez de ese capitan, que ha dado en perseguirte, y te libras del odio de tus paisanos?

—¿Y mi mujer? y mis hijos? Todavía no me he atrevido á entrar á verlos después de lo que me ha pasado.

—Hombre! tienes razon: no me acordaba. Ello duro es: pero ya veo, Pablo, que es menester escoger entre el capitan, y tus paisanos.

—Si Vuesa Merced fuese que yo, ¿qué haría, Sr. D. Juan?

—Eso, Pablo, es diferente. Soy caballero, y si alguno se me atreviese, mi espada le haría entrar en razon, luego, luego.

—¿Y si no fuese caballero, sino Pablo el campechano?

—Entonces.... lo mismo. ¿No tienes tu puñal? Sí? Pues bien; entonces rondaría la casa de Hernan Manrique, el estremeño, y una noche de las muchas en que el señor capitan viene á platicar con su hija, me le pondría delante, y le diria;—señor galan; aquí estoy á pagarle su cortesía;—y figúrate lo demás.

—Pues eso mismo pensaba yo, Sr., y lo veremos pronto.

—¡Hola! ¿con que eres hombre de esos brios? No es malo tenerlos, Pablo; pero ¿has pensado bien á lo que te espones? El capitan es mozo de espíritu y no le cogerás desprevenido.

—Se que arriesgo mi salvacion y mi vida; pero confio en Ntra. Señora de Guadalupe, y yo me daré mis trazas para escaparme de las persecuciones de la justicia.

—Y si no, Pablo; bienaventurados los que padecen, porqué de ellos es el reino de los cielos.

—Sí señor, aunque no lo permita la Vírgen Santísima! Lo que yo quisiera, Sr. D. Juan, es que ya que el parecer de Vuesa Merced me ha infundido ánimo....

—No te descubra, ¿eh? No hagas miedo. ¿Ni qué me importa ese mancebo?... Si es soberbio, que lo pague. Además de que no vas á cometer ninguna traicion: lo mismo haría yo que tú. Mas ya es tarde. Buenas noches Pablo.

—Dios le guarde Sr. D. Juan.

Y Antonelli, que por la primera véz de su vida, le veía la cara al crímen, se alejó de allí á largos pasos, con la cabeza trastornada, y el corazon que le salía del pecho, como un juez perverso, aunque bisoño todavía en la depravacion, que acabase de echar en la urna el voto de muerte de un inocente.

(*Continuará*)

ANECDOTAS.

Un curandero decía al numeroso auditorio que con la boca abierta le escuchaba: "Mis remedios, señores, solo se componen de *simples* y mientras halle *simples* aquí no partiré."

Leyendo unos versos lisonjeros dirigidos por un poeta á un ministro, dijo uno: huelen á *colegio*. No, replicó otro, huelen á *pension*.

Preguntando al profesor Montmaur, famóso gastrónomo del siglo XVII, ¿en donde estaban los príncipes mas desdichados? En Ratisbona, respondió, porqué están en *dieta*.

Habiendo *cojido* los alguaciles á uno de los mas famosos ladrones del lugar, le llevaron delante del Juez.— "Os traemos este famoso bandido que cometió estos y aquellos robos á fulano y mengano.—Señor, he hecho otra cosa peor, dijo el ladron.— Sí, replicó un testigo, él fué quien asesinó y robó á zutano.—He otra cosa peor, repuso el asesino; y otras personas añadieron: él quemó la iglesia y se llevó el cáliz.— He hecho otra cosa peor, replicó de nuevo el criminal.—Y ¿qué es lo que has hecho? dijo al fin el Juez.— Me he dejado *cojer*.

Un vizcaíno que se preciaba de poeta, se propuso hacer unos versos en castellano. Encerróse durante un mes en su escritorio, y solo dejaba la pluma á la hora de comer. Así que gastó media resma de papel, convocó á sus amigos y les leyó la siguiente composicion:

Pajarillo que cantas cantas
debajo de ramas verdes,
cazador te viene cazando,
mejor te estuviera duermes.

ICONOGRAFIA ROMANA,

por Mr. Rochette.

En el primer siglo del imperio se hallaba todavía en una de las salas del Capitolio, la hermosa coleccion de estatuas de los siete reyes de Roma, que como Plinio y Varron dicen, se creian fundidos en tiempo de los mismos reyes; y se necesitaría mucho atrevimiento y escepticismo histórico para suponer hoy que aquellos dos sabios anticuarios, que escribían en un siglo donde brillaban las letras, solo nos transmitieron una fábula de su invencion. Lo que mas nos fuerza á creer en la antigüedad de las estatuas, es que Plinio las cita muchas veces al hablar del vestuario de sus antepasados y de lo añejo del uso de las sortijas, porqué llevaban este adorno los personajes de las estatuas.

La efigie de Tito-Tacio, rey de los sabinos, que reinó algun tiempo juntamente con Rómulo, se halla en muchas medallas de las familias Tituria, Minutia y Vettia que descendían de los sabiinos, y en las cuales el titulo de *Sabini* era esclusivamente hereditario. La cara era dura, salvaje, de carácter enteramente arcaico y en todo conforme á la idea feroz que tenemos de Tacio.

La figura mas curiosa en todos sentidos que conozcamos por las monedas, es la de Numa Pompilio que se conserva en una medalla de la familia Calpurnia, la cual se decía su descendiente, lo mismo que las familias Amilia, Pomponia y Marcia quienes parece que tenían mejor fundadas pretenciones. Era necesario que esta efigie de Numa con su larga y canosa barba se hubiera popularizado y circulado en demasía as

través de los tiempos, para que aun bajo Augusto pudiera esclamar Virgilio hablando de él:

. . . . *Nosco crines incanaque menta*
Regis romani. . . . . . (*Æneid.*, lib. 6.)

Un monumento de bronce consagró la accion heroica de Horacio Coclés; y una estatua de bronce se levantó para perpetuar la memoria del valor de Clelia.

Junio Bruto, el primer consul, tuvo su estátua que se colocó después de las de los siete Reyes: Plutarco dice que tenía un puñal desnudo en la mano; y está casi probado que Marco Bruto, el asesino de Cesar, fué la víspera de su crímen á inspirarse delante de la imagen de Junio, de quien se llamaba descendiente.—Una moneda romana y sumamente rara nos ha conservado la cabeza de Marco Bruto: tiene este título: BRUT. IMP. *Brutus imperator*, *Bruto generalísimo*, y al reverso se ve un bonete de la libertad entre dos puñales desnudos, con la incripcion: *Ydus de Marzo:* Acuñada bajo Bruto, recuerda palpablemente la fecha y el instrumento del crímen, y representa el símbolo del restablecimiento de la república.

Muchas fábulas han corrido sobre la historia y retratos de Régulo, á quien una tradicion tan reciente en los anales de Roma como acredita y conservada hasta nosotros, representa como el mártir de fidelidad á un juramento. Sea ejemplo el hecho del suplicio de Régulo, que es enteramente falso.—Fué imaginado por el orgullo de su familia, acogido y esparcido favorablemente por la aristocracia que odiaba á Cartago, y admitido por el pueblo que era enemigo por instinto de los Cartagineses. Polibio, escritor estraño á las dos naciones y por consecuencia desinteresado, es el que ha dicho la verdad. En cuanto al retrato de Régulo, es imposible que se halle en esa figura jóven é imberbe que Visconti da sin embargo como tal, apoyándose en una moneda de la familia Levineia.

Escipion el Africano tuvo la sabiduría de oponerse á que durante su vida colocaran su busto en el Capitolio; pero no pudo impedir que le rindieran este honor insigne después de su muerte; pues su memoria se hizo aun mas cara al pueblo por la vida modesta y retirada en que pasó sus últimos años en su casa de campo de Liternum, cerca de Nápoles, en donde descansaba, casi ignorado, de las luchas del foro y de la guerra.

Ingratos y suspicaces mientras vivió, sus conciudadanos, mejor instruidos cuando dejó de ser, de sus verdaderos sentimientos; llevaron en ovacion su busto á una sala del Capitolio en medio de aclamaciones universales. Y porqué á la muerte de cada miembro de la familia Cornelia, á la cual pertenecía Escipion, le sacaban para llevarle en los funerales, dijo ingeniosamente Valerio Máximo, que el Capitolio servía de Atrio á los Escipiones.

Visconti ha reproducido el busto del Africano. Podriamos dudar de si es la imágen del antiguo ó del jóven Escipion el Africano; pero una cicatriz colocada arriba de la sien izquierda y repetida en todos sus retratos, prueba que es el grande Escipion, el vencedor de Zama, el que aun jóven defendió valientemente á su padre en el Tesino donde recibió veinte y siete heridas, de las cuales una estaba en el lugar donde existe la cicatriz. Otro carácter de individualidad que se ha escapado á Visconti y que es con todo muy notable, consiste en que el grande Escipion se representa siempre con la cabeza afeitada del todo, y Tito-Livio nos enseña que este hombre ilustre tenía cuando jóven una hermosísima cabellera, y que temiendo perder con ella el favor popular, se acostumbró desde temprano á afeitarse enteramente la cabeza y la barba.

No podemos hablar de Escipion sin recordar á Annibal. Visconti ha publicado un retrato que atribuye á aquel grande hombre; pero las razones en que se apoya para hacerlo, no tienen fundamento.

Con este motivo advertiremos ahora, que los anticuarios se ven arrastrados á hallar en un monumento lo que buscan. Un busto del museo de Nápoles cuya cabeza sostiene una enorme cabellera, ha pasado mucho tiempo por el retrato de Annibal. Es verdad que este general, como todos sus compatriotas, llevaba una cabellera ficticia y movible, ó para hablar mas claro, una peluca; pero otro exámen mas atento de aquel busto ha dado á conocer que pertenecía á Juba, rey de Mauritania, célebre por la mitra que trajo á Augusto y por sus obras que por desgracia se han perdido.

LA CARTERA CUBANA.

MARZO.—1839.

SECCION PRIMERA.

CIENCIAS.

CONSTITUCION MÉDICA PRECEDIDA DE OBSERVACIONES METEOROLÓGICAS.

MES DE ENERO.	BAROMETRO FRANCES.			TERMOMETRO DE FAHRENHEIT.			HIGROMETRO DE SAUSSURE.		
Dias.	8 de la mañana.	2 de la tarde.	8 de la noche.	8 de la mañana.	2 de la tarde.	8 de la noche.	8 de la mañana.	2 de la tarde.	8 de la noche.
1	27 p. 88	27 p. 83	27 p. 83	71° 50	75° ,,	72° ,,	63° ,,	52° 50	60° ,,
2	,, 78	,, 75	,, 75	68 ,,	73 20	71 ,,	67 ,,	49 ,,	58 ,,
3	,, 78	,, 73	,, 74	67 50	71 50	69 75	67 ,,	58 ,,	58 50
4	,, 79	,, 75	,, 80	67 ,,	71 ,,	68 ,,	67 ,,	54 ,,	59 ,,
5	,, 87	,, 82	,, 83	64 50	69 ,,	68 50	60 ,,	48 ,,	60 ,,
6	,, 88	,, 82	,, 86	67 ,,	72 ,,	70 ,,	60 ,,	49 ,,	58 ,,
7	,, 89	,, 83	,, 87	66 50	71 ,,	69 ,,	67 ,,	54 ,,	60 ,,
8	,, 90	,, 83	,, 89	66 25	71 50	69 ,,	58 ,,	50 ,,	52 ,,
9	,, 89	,, 82	,, 87	66 20	72 50	70 10	56 ,,	52 ,,	60 ,,
10	,, 89	,, 83	,, 88	66 75	72 50	69 10	57 ,,	52 ,,	57 ,,
11	,, 89	,, 80	,, 83	68 50	73 ,,	70 50	63 ,,	55 ,,	64 ,,
12	,, 82	,, 75	,, 79	68 ,,	73 25	70 75	63 75	54 ,,	60 ,,
13	,, 78	,, 72	,, 75	69 50	74 ,,	71 50	62 ,,	53 ,,	61 ,,
14	,, 76	,, 67	,, 70	69 ,,	75 25	72 75	58 ,,	48 ,,	60 50
15	,, 75	,, 67	,, 71	70 75	76 ,,	73 50	65 50	60 ,,	63 ,,
16	,, 72	,, 70	,, 75	71 50	74 50	71 50	63 ,,	56 ,,	63 ,,
17	,, 83	,, 76	,, 77	67 50	74 50	71 50	58 ,,	50 ,,	66 25
18	,, 82	,, 74	,, 77	67 ,,	74 ,,	71 ,,	60 ,,	53 ,,	59 ,,
19	,, 77	,, 72	,, 76	68 ,,	73 25	70 50	62 ,,	55 25	60 ,,
20	,, 77	,, 74	,, 76	67 50	69 85	69 75	63 ,,	65 ,,	60 25
21	,, 80	,, 74	,, 77	69 50	71 40	69 70	65 ,,	61 ,,	61 20
22	,, 81	,, 80	,, 81	68 ,,	67 90	66 90	65 ,,	55 ,,	56 25
23	,, 80	,, 75	,, 76	65 75	68 50	66 ,,	63 ,,	47 ,,	47 ,,
24	,, 74	,, 69	,, 72	63 50	69 50	68 ,,	56 ,,	46 ,,	55 75
25	,, 69	,, 58	,, 59	67 50	68 30	68 ,,	62 ,,	47 ,,	53 50
26	,, 63	,, 59	,, 69	70 ,,	70 ,,	68 25	57 ,,	63 ,,	51 60
27	,, 75	,, 64	,, 75	65 50	68 30	65 85	54 ,,	41 75	45 ,,
28	,, 75	,, 67	,, 68	62 10	68 15	65 70	58 ,,	45 ,,	56 ,,
29	,, 68	,, 64	,, 70	62 ,,	71 30	68 50	62 25	48 ,,	61 ,,
30	,, 74	,, 69	,, 72	65 50	74 ,,	71 30	62 ,,	53 ,,	62 ,,
31	,, 75	,, 70	,, 70	70 ,,	77 50	76 ,,	67 ,,	55 ,,	63 ,,

NUBARRONES.—El 8 en la tarde; el 15 à 9 de idem; todo el 22; la mañana del 23, y toda la tarde del 26.—LLOVIZNAS.—El 3 à 12 del dia; el 4 por la mañana: idem el 7, el 8, el 9 y el 10 al anochecer; el 16 por la mañana, el 22 y el 23 idem insignificantes.—CHUBASCOS.—El 1 à 3 y media de la tarde y al oscurecer; el 2 toda la mañana hasta las 8; el 3 de 2 de idem hasta 8 de id. de cuando en cuando: el 6 al oscurecer y à las 7: el 15 à oraciones; el 16 al Ave Maria: el 20 de 10 à 11 de la mañana.—AGUACEROS.—El 3 à 2 de la mañana, y el 26 de 10 y media de la mañana à 2 de la tarde.

ESTADO

DE

HOSPITALES.

ENFERMEDADES.	S. Ambrosio.	S. Juan de Dios. Presos.	S. Juan de Dios. Particul.	S. Francisco de Paula.
	Mes de Enero de 18[illegible].			
MEDICINA.				
Apoplegia	1	"	1	"
Epilepsia	"	2	"	"
Manía	"	1	"	"
Gastritis agudas con fiebre	4	8	4	2
Idem crónicas sin ella	6	"	6	"
Fiebres perniciosas	"	"	3	"
Idem intermitentes	24	3	7	5
Idem catarrales	53	20	20	1
Afectos idem	26	9	1	"
Reumatismos	2	10	10	"
Anginas	"	6	"	"
Pleuritis	"	2	1	"
Pneumonitis agudas	"	"	2	"
Idem crónicas	6	"	6	8
Hemoptisis	6	"	"	"
Asma	"	"	"	3
Afectos del corazon	1	"	"	"
Colitis nerviosa	"	4	1	4
Idem diarréica	17	1	16	2
Idem disentérica	"	5	3	"
Hepatitis agudas	"	"	1	"
Esplenitis idem	4	1	"	"
Obstrucciones	8	"	3	"
Nefritis simples	2	"	1	"
Varicelas	"	"	2	"
Dolores osteocopos	44	8	6	"
Escorbuto	1	"	"	"
Hidropesias simples	"	"	2	"
Anasarca	"	"	1	1
Suma	205	80	94	25
CIRUGIA.				
Contusiones	3	2	"	"
Dislocaciones	"	"	1	"
Fracturas	1	"	"	"
Heridas de armas blancas	3	14	"	1
Idem de fuego	1	"	"	"
Tumores simples	11	1	2	2
Lamparones	2	"	"	"
Parotiditis	"	1	"	"
Bubones	15	2	6	2
Fimosis y parafimosis	14	"	"	"
Uretritis	19	"	"	"
Ulceras y pústulas venéreas	18	7	22	1
Idem cancerosas	1	"	"	2
Idem subinflamatorias	22	"	"	"
Oftalmias agudas	10	1	"	"
Idem crónicas	5	"	"	"
Panadizos	"	1	1	"
Herpes	4	"	1	"
Erupciones sarnosas	12	10	3	"
Erisipelas	"	"	2	"
Inflamaciones esternas	"	3	3	"
Catarros vexicales	3	"	1	"
Fistulas del ano	"	1	"	"
Hemorroides	2	"	"	"
Hernias	5	"	"	"
Hidroceles	6	"	"	"
Hemorragias	4	"	"	"
Suma	161	43	42	8

HOSPITALES.

S. AMBROSIO.

Existencia en 1.° de enero de 1839	293	659
Entraron en dicho mes	366	
Se curaron	316	325
Fallecieron	9	
Quedaron para 1.° de febrero de 1839		334

La mortandad estuvo á razon de 1,36 por 100.

S. JUAN DE DIOS.

Existencia en 1.° de enero de 1839	279	538
Entraron en dicho mes	259	
Se curaron	239	295
Fallecieron	56	
Quedaron para 1.° de febrero de 1839		243

La mortandad estuvo á razon de 10,40 por 100.

S. FRANCISCO DE PAULA.

Existencia en 1.° de enero de 1839	132	165
Entraron en dicho mes	33	
Se curaron	19	36
Fallecieron	17	
Quedaron para 1.° de febrero de 1839		129

La mortandad estuvo á razon de 10,30 por 100.

RESUMEN.

De estos estados y de la práctica de los facultativos de la Habana, se deduce, que en enero reinaron las enfermedades siguientes: el órden en que se colocan indica su mayor ó menor predominio.

ENERO.

Fiebres catarrales é intermitentes.—Afectos catarrales —Dolores osteocopos.

Observaciones prácticas.

Ha sido un mes algo saludable. Los padecimientos han presentado poca agudeza y cedido con mucha facilidad á los remedios.

La viruela ha aparecido en la gente de color que por lo comun se descuida de vacunar; pero fiel á la constitucion médica reinante, fué discreta.

Las anginas no han requerido por lo comun, ni aun la aplicacion de las sanguijuelas.

Hemos tenido en nuestra práctica bastantes casos de varicela. lo que es una prueba incontestable de los buenos efectos de la vacuna.

Atribuimos esta lenidad de los males á la bondad de la estacion; pues los vientos no han presentado muchas viscisitudes y la temperatura ha subido y bajado gradualmente y no como en otras épocas, en que siendo repentino el cambio, produce males violentos á consecuencia de las perfrigeraciones y congestiones viscerales.

En nuestras últimas observaciones manifestamos la tendencia de los males á la cronicidad y hemos tenido la satisfaccion de ver que gracias á los métodos empleados y á la estacion, se han curado ya la mayor parte, muriendo por lo comun los tísicos, sexagenarios y otros que con mucha anticipacion nos prevenían de la catástrofe.

Se han enterrado en el cementerio general en todo el mes de enero:

	ADULTOS.	PÁRVULOS.
Blancos.	141	25
De color	121	51
Sumas parciales . .	262	76

Total general. . 338

FISIOLOGIA.

Estractos de las lecciones orales de Mr. Magendie, año de 1837.

Son tan nuevas é interesantes las lecciones de este profesor, que cediendo á las súplicas de muchos discípulos y facultativos, sacaremos y estractaremos del Echo du Monde Savant sus principales discursos.

DE LOS FENOMENOS DE LA VIDA.

"Para estudiar con fruto la fisiología debemos adoptar la marcha que se sigue por lo comun en las ciencias exactas. Se han de estudiar primero los hechos, para clasificarlos después sistemáticamente. Siempre que un hombre da á luz una hipótesis y tiende á establecer una teoría que no tenga por basa los hechos, confiesa paladinamente su ignorancia y su inaptitud para concebir las cosas bajo su verdadero punto de vista. Las esplicaciones especulativas é ingeniosas no producen ningun bien real á las ciencias, sino cuando mas tarde la esperiencia las confirma.

"Los fenómenos de la vida se componen de dos órdenes muy distintos: 1.º *los fenómenos vitales* y 2.º *los fenómenos físicos ó mecánicos*. La fisiología estudia estos fenómenos físicos y químicos de la misma manera que los fenómenos de las ciencias de la naturaleza inerte; pero en cuanto á los fenómenos vitales, se atiene esclusivamente á la observacion."

Así comenzó Mr. Magendie en París su curso científico de fisiología el año de 1837. Después siguió demostrando las ventajas de los procedimientos esperimentales, procurando juntamente desacreditar las teorías especulativas, que lejos de servir al progreso de la ciencia, no hacen mas que detenerle. (Debemos advertir que el profesor volvía muy á menudo al mismo objeto con sus frecuentes digresiones).—En otro tiempo las ideas hipotéticas, añadió, pudieron vivir y dominar durante largas generaciones; y sabemos que á menudo los parlamentos intervinieron en las discusiones científicas y prohibieron en sus acuerdos la autoridad de Aristóteles. Ya felizmente no estamos en ese mismo caso, y una sola generacion ve nacer, vivir y morir sucesivamente toda hipótesis, todo sistema cuyas bases y pruebas no se saquen de la observacion.

El número de los fenómenos vitales es hoy bien limitado; mientras que el de los físicos principia diariamente á aumentarse. Los fenómenos vitales tienen la cualidad de ser por su

naturaleza inesplicables; lo contrario sucede con los físicos. No hay todavía veinte años que se consideraba la absorcion como fenómeno vital y se creyó que había un sistema particular de órganos encargado de aquella funcion. Segun estas teorías la absorcion resultaba de la accion de pequeños orificios debida á fenómenos vitales particulares. Hallareis estas hipótesis reproducidas en las obras de Bichat, cuyas ideas tienen cierto sabor á poesía y pueden servir en un apuro para formar un sistema. Pero desgraciadamente no se sostienen ante la observacion de los fenómenos físicos de la vida, y tan lejos está la absorcion de depender de la accion de aquellos orificios y de sus propiedades vitales, que poniendo en contacto cualquiera membrana con las sustancias corrosivas y venenosas, estas, así que pasa algun tiempo son enteramente absorbidas. Toda membrana que se pone en contacto con un líquido obra en la estension de la palabra como una esponja: goza de la propiedad de dar paso al líquido. La esperiencia nos demuestra que la membrana viva se halla en el mismo caso que la membrana muerta: por la influencia del calórico es mas rápida la absorcion en la primera que en la segunda. Es, pues, evidente que el fenómeno de la absorcion que estuvo colocado durante mucho tiempo en la clase de los fenómenos vitales, descansa en principios puramente físicos.

De todo lo que acabamos de decir se deduce que el problema mas importante de la fisiología actual es el siguiente: "Hacer pasar el mayor número posible de los fenómenos que se tienen por vitales, á la clase de los fenómenos físicos ó mecánicos." Quizá estudiando de esta suerte el fenómeno de la contraccion muscular, que es un hecho vital, ó lo que es lo mismo, inesplicable; llegará á comprenderse, cuando las ciencias físicas se hallen tan adelantadas que nuevas consideraciones le hagan pasar al órden de los fenómenos físicos. La ciencia no estribará en bases sólidas hasta que se funde en los fenómenos físicos; mientras tengamos que acudir á los fenómenos vitales, estaremos reducidos á inciertas y vagas imaginaciones.

Permeabilidad de las membranas con los gases y los líquidos.

Para que la vida continúe en los animales, es necesario que el aire que los circunda pueda penetrar en el interior

mismo de su organizacion, (fenómeno de la respiracion) Las membranas dejan pasar los gases sin obstáculo: así, por ejemplo, una vejiga llena de hidrógeno no contendrá presto mas que aire atmosférico si no se tiene el cuidado de bañarla con un barniz que se oponga al paso del cuerpo gaseoso por sus paredes. De la misma manera se dejan todas las membranas atravesar por el líquido que tocan, y en este caso se hallan el pericardio, la pleura, la membrana que contiene el líquido céfalo-raquidiano, &c.

Si la acústica estuviera mas adelantada, podríamos tal vez llegar á comprender y á esplicar por su medio ciertos fenómenos que hasta ahora nos contentamos con observar, como la produccion y la trasmision del sonido en los líquidos, &c. Así el ruido del corazon parece dimanar de las pulsaciones ó choques de este órgano contra las paredes del tórax; el ruido del feto, por sus choques con el útero, &c. Debe tambien mirarse como de la mayor importancia para la terapéutica, la ventaja de reducir un fenómeno que se considera como vital, al órden de los fenómenos físicos. Para demostrarlo citó el profesor el ejemplo de un jóven polaco que había perdido el uso del oido y de la palabra á consecuencias de una herida que recibió en la última revolucion de la Polonia. Diferentes médicos le habían sometido á multitud de tratamientos ineficaces, cuando Mr. Magendie se hizo cargo de su curacion; y hace seis meses que la aplicacion de una corriente eléctrica le ha vuelto el oido.

Por esto el estudio de la acústica, de la óptica, de la electricidad, &c. lo mismo que el de la mecánica, es utilísimo, y en ciertos casos indispensable, para la inteligencia de la mayor parte de las funciones de la vida.

Fenómenos químicos de la economía animal.

Con razon se ha comparado el estómago á una especie de retorta en donde el bolo alimenticio sufre una verdadera descomposicion; siendo de notar que la mayor parte de los hombres que han sostenido que los fenómenos químicos no representaban ningun papel en la economía animal, han sido precisamente estraños á la química. En infinitas enfermedades la sangre, que tiene una composicion tan complicada, debe ser el centro de multitud de fenómenos físicos y químicos. Así to-

mada la sangre de un hombre atacado de viruelas ó de fiebre tifoidea, vereis que sus propiedades están totalmente alteradas y que la causa principal de la enfermedad consiste en esta alteracion.

La circulacion ó el movimiento de los líquidos en los vasos, es para M. Magendie un fenómeno cuyas causas deben buscarse en las leyes de la mecánica de la hidrostática. Hay tambien otros fenómenos, como los de la vida de los sentidos, los de la vista y del oido, que se esplican por las leyes físicas de la luz y del sonido. De este modo se prueba cuan útiles son al fisiólogo los diferentes ramos de las ciencias físicas y mecánicas, y la necesidad de que su estudio preceda al de la fisiología.

Fuera de los fenómenos mecánicos y físicos de que acabamos de hablar, existen otros esencialmente vitales. La sensacion de la luz, la percepcion del sonido, son fenómenos notoriamente independientes de las leyes de la física y de la mecánica, y no se esplican por ninguna de estas ciencias. Importa mucho no confundir estas dos clases de fenómenos, unos mecánicos y físicos y otros vitales; pues tan erróneo es referir á las ciencias mecánicas la esplicacion de los fenómenos vitales, como contentarse, segun se ha ejecutado varias veces, con mirar como fenómeno vital un hecho que las leyes mecánicas y físicas pueden esplicar completamente.

Por último, en fisiología hay multitud de problemas que no debemos empeñarnos obstinadamente en resolver de esta ó de aquella manera. Es mas útil á la ciencia enunciar sencillamente la duda, que inventar la hipótesis mas sutil é ingeniosa.

Division de la fisiología.

De lo dicho antes se deduce que la fisiología puede dividirse en dos secciones, de las cuales la una comprende el estudio de los fenómenos vitales y la otra el de los fenómenos mecánicos y físicos. Hay pues:

1.° Fenómenos vitales:
2.° Fenómenos físicos.

Los segundos nos ocuparán mas largo tiempo.

Del modo de estudiar los fenómenos vitales.

El estudio de los fenómenos vitales debe reducirse á la observacion. Este medio que parece tan sencillo á primera vista, ofrece en este caso dificultades que son alguna vez insuperables. Con frecuencia el fisiólogo llega con sus esperimentos á obtener resultados, cuya falsedad le demuestran otras observaciones nuevas, repetidas con mas escrupulosidad y siguiendo condiciones descuidadas al principio. Sea ejemplo de ello la sensibilidad. Haller, uno de los fisiólogos que ha hecho mas esperimentos, y uno de los que los ha hecho mejor; Haller se persuadió de que los tendones, que se tenían hasta él por sensibles, no lo eran ; que solo los nervios estaban dotados de la sensibilidad, y que todos la poseían.—La segunda parte del aserto es falsa, pues Mr. Magendie ha juzgado que los hay sensibles é insensibles. Y así el nervio acústico, pinchado, destrozado, ó la retina herida, rasgada, no despiertan ningun signo de dolor en los animales. En la operacion de la catarata, se pica impunemente la retina: el enfermo no sufre. En fin, hay nervios sensibles á excitantes particulares, y los hay que no corresponden sino á modificadores distintos. Otros no son sensibles á un excitante, sino porque reciben filetes de otro nervio esencialmente sensible á su impresion.

Exámen de las diversas doctrinas fisiológicas.

Como nos interesa tanto conocer los fenómenos vitales, los fisiólogos han hecho en todos tiempos numerosas tentativas para descubrir la causa que los produce. Algunos admitieron un principio vital desconocido, y le tuvieron por un ente encargado de velar en la ejecucion de todas las funciones de la vida, en su regularidad y su armonía. Así Vanhelmont le llamó *arqueo*, otro le nombró Presidente del sistema nervioso &c.

Un autor mas moderno, Bichat, ha esplicado la mayor parte de los fenómenos por las propiedades vitales. Existiendo dichas propiedades en el tejido de cada órgano, están encargadas de velar en que cada capilar sanguíneo, absorvente, exhalante &c., y cada órgano, no reciba sino sus estimulantes propios, aquellos que obran de una manera conveniente sobre su sensibilidad particular. Recibida su doctrina con entusias-

mo, la mayor parte de los fisiólogos la admite todavía. Pero segun Mr. Magendie, no es mas que una serie de hipótesis creadas por la viva imaginacion de Bichat. La única ventaja que ofrece esta doctrina, consiste en que es muy cómoda por su sencillez, para las esplicaciones.

Después que Mr. Magendie espuso estas generalidades sobre la fisiología, principió esta ciencia en su tercera leccion esponiendo los conocimientos adquiridos sobre la circulacion de la sangre, de la cual nos ocuparemos en el próximo cuaderno.

APUNTES PARA LA HISTORIA DE LA ISLA DE CUBA.

EDUCACION PRIMARIA.

De los métodos que se observan en las escuelas de la Habana, las de los pueblos de su jurisdiccion y el resto de la Isla.

Aunque hemos hablado en otra obra (1) de los métodos que generalmente se usan en las escuelas de la Habana, no debe deducirse que semejantes métodos se practiquen en todas con igual exactitud y conciencia: esto, por desgracia, no se ve sino en muy pocas. Se hace, sí, ostentacion y vano alarde, en la mayor parte de ellas, de seguir el *sistema esplicativo* en los ramos de la enseñanza; mas lo cierto es que muy poco se esplica, que todo se fia á la estéril memoria de los niños — *estéril* mientras no la fecundan los rayos de su inteligencia; que hay mucho de farsa y de engaño en la conducta de algunos maestros, y que en un gran número de escuelas, la enseñanza enciclopédica que se promete con enfático charlatanismo, no es mas que un puro trampantojo: y esto lo palpan los observadores perspicaces en los exámenes anuales, por entre el aparato escénico y la pompa material con que rodean estos actos, directores de mal gusto.

(1) El Plantel, en su 1.ª y 2.ª entrega, cuyos redactores primitivos se han incorporado en la Cartera segun se dijo en la Introduccion de este segundo volúmen.

Otro defecto, de mayor trascendencia todavía que los anteriores, se nota en ciertos establecimientos que se dicen de *educacion*, en esta ciudad y sus estramuros: queremos hablar del abuso en la aplicacion de azotes. En los momentos mismos en que este artículo se escribe, se están oyendo en mas de cuatro escuelas crueles latigazos sobre los tiernos cuerpos de los niños, que por su mala ventura, á ellas asisten. Y lo peor es, que á semejantes castigos acompañan los groseros verdugos que los aplican, espresiones descompuestas é indignas de la finura constante de modales y del comedimiento inalterable que deben poseer los que pretenden *educar* la infancia. Bien que los que tal hacen, no son mas que despreciables empíricos que no saben otra cosa de la profesion que han abrazado, sino profanar el arte de la *pedagogía*; y como por otra parte carecen del santo entusiasmo por los adelantos de la niñez, confiada á sus cuidados, entusiasmo que solo arde en pechos puros y generosos; no conocen mas método que el de las *disciplinas*, mas principio que el bárbaro de *la letra con sangre entra*, ni mas medio para persuadir y gobernar las voluntades de sus alumnos qus el de la fuerza brutal:— con este sistema consiguen, no enseñarlos, sino oprimirlos y degradarlos.

Aun á pesar de tales inconvenientes, no es tan triste el cuadro que presenta hoy la Habana en este particular, si le comparamos con el que ofrecía en 1792, en que la escuela del pardo Melendez era la única en que se enseñaba gramática castellana y ortografía, y en que llegó á tal grado el atraso intelectual, que hubo sujetos no adocenados que calificaron de inútil ó peligroso el enseñar á escribir á las niñas (2). Y ¡ojalá que así, con todos estos defectos, estuviese esparcida siquiera esta clase de instruccion primaria que se espende en la capital, por todos los campos de su distrito! Si exceptuamos las escuelas de Matanzas, S. Márcos, Guatao, Uvajay y alguna otra, en que se observan los mismos métodos que en la Habana respecto á los primeros rudimentos de la instruccion, todas las demás escuelas rurales, bien por la miseria de las dotaciones de los maestros, bien por lo efímero é inseguro de las suscripciones voluntarias de que aquellas dependen, apenas pueden contar con la duracion competente para que sus directo-

(2) Véanse las noticias curiosas que sobre esto trae la Memoria del Socio de mérito D. Juan Justo Reyes, inserta en el tomo de las Actas Generales de la Sociedad Económica de la Habana, perteneciente al año 1831.

res entablen con provecho algun plan constante y seguido en su enseñanza. Casi todas las respuestas é informes que dieron los maestros mismos, los capitanes é inspectores de partido, cuando en 1836 se formó la estadística de este ramo por la Seccion de Educacion de la Habana, se reducen á lamentaciones acerca de la pobreza en que viven los primeros, y de la imposibilidad en que se ven de enseñar con órden y arreglo, en medio de la incertidumbre que los aflije, y de las angustias de una vida mísera y trabajada.

Llena de estas mismas lamentaciones se encuentran las Memorias anuales de la Seccion de Educacion. Recomendando la del año de 1831 el patriotismo de los Sres. D. Francisco Chappotin y D. Francisco Manuel García, vecinos de San Márcos, por haber fundado allí dos escuelas á su costa, se dice "que fué tanto mas grata á la Seccion esta bizarra muestra de amor patrio, *cuento que la instruccion pública es casi nula en nuestros campos*, pudiendo considerarse la fundacion de una escuela en ellos, como un servicio de la mayor importancia al estado, y digno por lo tanto de las mas distinguidas consideraciones que pudiera conceder." En la del año siguiente de 1832, se espresa así: "Tendió la vista (la Seccion) por los campos y observando el estado lastimoso de ignorancia y de miseria en que se halla la generalidad de nuestros campesinos, sin principios morales y religiosos que los contengan en sus estravíos ni los consuelen en sus penas y miserias, sin saber ni aun contar los cortos producctos de sus informes industrias y labranzas, sin acordarse ni aun para las necesidades mas preciosas de cultivar el entendimiento naturalmente despejado que les concedió el cielo; trató con particular preferencia de buscar... aquellas personas de mas ilustracion y rectitud, que se hiciesen cargo de correjir y mejorar en lo que pudiesen las costumbres de sus respectivas comarcas. &c." En la de 1833 se encuentran estas espresiones, aludiendo al patrocinio que debía esperar la educacion pública de parte del Excmo. Sr. Intendente conde de Villanueva. Lisonjeémonos esperando, que tambien aquel alto personaje pondrá la corona á sus favores, proporcionando á la Sociedad Patriótica los recursos suficientes para poder cumplir con las necesidades de la patria, y esparcirá por los barrios pobres de esta ciudad, y los *miserables* é *ignorantes aduares* de nuestra isla...... el necesario, el imprescindible alimento de la instruccion primaria y tecnológica."—Por últi-

mo, en la de 1834 se leen estas frases desconsoladoras: "Por estos órganos (los inspectores rurales) se ha cerciorado dolorosamente la Clase, de que el espectáculo moral de nuestros pueblos en general no es nada alagüeño todavía. Lástima causa que muchos de nuestros campecinos ni vislumbren los beneficios de la educacion, ni se muevan por afecto á sus hijos á que estos adquieran los medios para vivir mejor."—Y mas abajo se encuentra esta vergonzosa, pero necesaria confesion: "La Clase tuvo que entender en el espediente formado para afianzar la enseñanza primaria en la Artemisa y Puerta de la Güira, y se encontró con la triste pintura de la poca subsistencia que tienen las suscripciones particulares, y de las bandadas de niños pordioseros que vagan de finca en finca, cuando no andan en cuadrillas, remedando guerras. Sintió vivamente la indiferencia de los padres, satisfechos con recibir las limosnas ó los hurtos que les traen sus hijos, y se condolía de los males consiguientes á tan deplorable estado."— Hasta aquí la instruccion en el campo; pasemos á examinarla en el centro y cabo oriental de la isla.

Para dar una idea cabal de la enseñanza que se reparte en las escuelas de los departamentos de Cuba y Puerto-Príncipe, y comunicar á nuestra narracion mas interés con las vivas y gráficas pinturas que hacen de las escuelas de lo interior de la isla los informantes, testigos de vista de lo que pasa en ellas; iremos estractando al pié de la letra de las noticias oficiales que hemos tenido presentes, las mas curiosas y características.

Las escuelas principales de Trinidad y Puerto-Príncipe, la de Sagua la Grande y alguna de S. Juan de los Remedios y Villa Clara, observan buenos métodos esplicativos de enseñanza, conforme á la que se va adelantando en este particular en la Habana. En Trinidad se abrió en 1832 una escuela con título de *colegio,* donde debía enseñarse, además de los ramos primarios, matemáticas y filosofía. Su director llegó á reunir cincuenta y siete alumnos; mas por el carácter precario y efímero, de que se resienten todas las empresas útiles en esta isla, mayormente las que atañen á educacion, no duró mucho tiempo este instituto, pues se cerró cuando apenas contaba cuatro años de vida, destruyendo las esperanzas que hizo conce-

bir su instalacion. Hay además en Trinidad esparcidos por la ciudad varios talleres de sastrería, zapatería, barbería &c. donde admiten discípulos, regularmente de color, y en que se les enseña, segun el informe que tenemos á la vista, á leer, rezar y algo de doctrina cristiana por el catecismo de Ripalda, con los vicios é imperfecciones que son de suponerse en personas de tan limitada instruccion, pudiéndose calcular este número de alumnos en ochenta. Tambien hay mujeres pobres, blancas y de color, que privadamente tienen escuelitas de niños pobres de ambos sexos y clases, y dan la misma enseñanza que los artesanos referidos, y por supuesto adolecen de los mismos vicios y defectos. En los miserables recintos de la Ciudad, compuestos de bohíos, se enseña del mismo modo, por maestras muy pobres, que en número de veinte compondrán otras tantas semi-escuelas de niños infelices de ambos sexos y razas, que no bajarán de ciento. De la falta de una instruccion, siquiera mediana, en semejantes maestras, es fácil deducir el poco provecho que puede resultar á la educacion de estos casi-mendigos, para los cuales no hay establecimiento formal gratuito de instruccion. "En los campos de este distrito," (y son palabras del mismo informe) "no se encuentra una escuela que merezca tal título: el recurso adoptado por los padres de familia, domiciliados en sus haciendas, es el de acomodar alguna persona blanca de comun instruccion, para que les instruyan los hijos en los primeros rudimentos de lectura, rezos y doctrina cristiana por Ripalda. La Diputacion Patriótica de esta Ciudad no ignora todo esto, pues que han llamado su atencion tan pésimas faltas y corruptelas, de origen y costumbres antíguas, y ha procurado discurrir algun remedio; mas tropieza con el obstáculo de carecer de fondos para atender á este y otros fines patrióticos. Pensó como único medio conciliatorio mandar instruir algunas de las mismas maestras, para que estas diesen despues alguna forma y regularidad á sus escuelas, corrigiendo en parte los vicios de que adolece su actual enseñanza; pero la poca voluntad y disposicion con que se prestan al aprendizaje, dificultan la realizacion de tan útiles proyectos. Tambien pensó la misma corporacion citada repartir aquellos infelices discípulos entre las escuelas mas regularizadas, pasando á sus directores alguna cuota sacada de sus escasos fondos, prefiriendo colocar el mayor número en la escuela que sostiene la misma;—pero la falta de recursos pecu-

narios de la Diputacion, por una parte, y la miseria y desnudez de los agraciados, que no les permitiría muchas veces atravesar las calles para ir á la escuela, por otra; inutilizaron este plan. En fin, se propuso que se estinguiese esta clase de escuelas, pero se advirtió que tal determinacion produciría sin duda mayores males, proporcionando ó favoreciendo esta medida la vagancia de aquellos infelices; por lo que se suspendió todo procedimiento, hasta que se pueda facilitar algun arbitrio, y se remedie en lo posible tan triste situacion."—

El informante de Villa-Clara, que lo es D. Antonio Pascual, promovedor celoso de la enseñanza primaria en aquella villa, celebra el buen método que observan los tres preceptores de las tres escuelas de niños varones que hay allí, lamentándose sin embargo de la inasistensia de las niñas pobres á una escuela que se abrió para ellas, por la miseria en que viven que no les permite costearse vestidos decentes, y el abandono con que las miran sus padres;—los cuales en vez de procurar instruirlas para refrenarlas, las echan á la calle á pordiosear, por donde comienzan á corromperse, hasta que á la postre cuando llegan á mozas, paran en miserables rameras. Otro informante, preceptor en la misma villa, declama con candorosa energía contra los inconvenientes con que tropieza cada rato para enseñar en aquel pueblo. "¡Cuántos," dice, "de entre los mismos pudientes y tal cual acomodados, tienen á sus hijos privados de toda instruccion fundados en la diabólica máxima de que ellos adquirieron lo que tienen sin saber leer ni escribir!" "Por otra razon," continúa, "no se puede llevar tampoco á cabo un sistema de educacion ni aun primaria; pues supongamos que se reuniesen quince ó veinte padres de familia constantes; apenas vieran que sus hijos ya habían salido de los primeros rudimentos, y que el maestro trataba de *trabajar* con ellos *en gramática castellana y aritmética*, cuando los quitarían diciendo, si es que decían algo, que ya los habían tenido á la escuela dos ó tres años, y que necesitándolos por ser ya grandecitos, se los llevaban para que los ayudasen : una escuela gratuita solamente, pudiera fomentarse aquí, y sostenerse, siendo así, que se les diese á los alumnos papel, plumas, libros, y si posible fuera *hasta zapatos* : porqué si se establece la mas mínima pension, si siquiera tienen ellos que costear los libros, jamás, jamás se podrá conseguir que asistan con regularidad, y no podrá aprovechar ninguna clase de método."

"Esto no es exageracion," así concluye el ferviente y desesperado preceptor, "es el resultado de una esperiencia de cuatro años, y solo por necesidad, por verme ya cargado de hijos, y no haber ninguna otra cosa en que ganar la vida, es por lo que sigo en este ministerio." Reconocemos la exactitud de sus observaciones, porqué esto mismo pasa en los campos de la provincia de la Habana, y compadecemos la suerte de este y de otros individuos, que sin vocacion para enseñar, toman el oficio de maestros de escuela, como el último y apurado recurso para mantenerse.

En las dos escuelas pagadas por los padres de los niños que á ellas asisten en S. Juan de los Remedios, segun los informes del ilustrado asturiano D. Joaquin Vijil, respetable vecino de aquella villa, *se enseña la verdadera antigualla del siglo pasado;* mas en la costeada por un censo fundado por varios vecinos para este objeto, se sigue el método del dia en la enseñanza, y se halla en buen pié.

Lo mismo dice de las dos que hay en la villa de Sancti-Spiritus el director de aquella diputacion patriótica, encareciendo el mérito de los dos eclesiásticos que están á la cabeza de ellas. Mas en ninguno de los doce partidos de su estensa jurisdiccion, en que se cuenta, segun el último padron de aquel distrito formado en 1836 por su Ayuntamiento, con una poblacion blanca de 25.220 almas, mas 6 094 libres de color, hay una escuela, ni aun como las que dejamos descritas de los suburbios de Trinidad;—tanto, que no duda afirmar el referido director, que *la educacion primaria se halla absolutamente abandonada en los partidos del campo.*

Las noticias que tenemos de la ciudad de Puerto Príncipe en este particular son bien escasas, pues ni aun los ramos que se enseñan en sus principales escuelas se han espresado en las comunicaciones oficiales que aquella diputacion patriótica mandó en 1836. Podemos asegurar sin embargo, por informes verbales de personas verídicas, que exceptuando las dichas escuelas principales y mas concurridas, las otras sufren la misma falta en sus métodos que se nota en la generalidad de las escuelas de toda la isla, efecto de nuestro considerable atraso en todo,—atraso que debemos reconocer y confesar, mal que pese á nuestro orgullo, porqué es el primer requisito para prepararnos á la enmienda.

Examinemos el departamento oriental. En el oficio con

que acompañó en el citado año de 1836 el apreciable presidente de la seccion de educacion de la real sociedad económica de Santiago de Cuba el estado de las escuelas de aquel distrito, se lamenta del triste estado de la enseñanza en toda la provincia. "Este documento," dice, "á mi ver muy desconsolador, probará á esa seccion (la de la Habana) hasta que punto son necesarios los esfuerzos de los patricios ilustrados en sacar de la insignificancia á que están reducidos los medios de educacion en el estremo oriental de nuestra preciosa isla." El secretario de la misma sociedad, dando cuenta en octubre de 1833 de las tareas en que se habia ocupado durante aquel año la corporacion, al hablar de las escuelas y los métodos que observaban, dice: "Y por otra parte; ¿como no llamará su atencion (de la sociedad) el sistema.... no sé como llamarle, mejor será decir, *la falta de sistema*, que se nota en muchas de ellas?"—

En las mistas de blancos y libres de color de la villa del Bayamo, que es la poblacion que cuenta con mayor número de escuelas en este departamento, exceptuando la mas concurrida de D. José Facundo Perez, que tiene ella sola 86 niños blancos y 37 de color, y donde se enseña á los primeros además de la gramática y la geografía *hasta algunos principios de ciencias naturales* (que ni aun en la Habana se enseñan) y de artes y oficios á los segundos; las otras son insignificantes. Así lo aseguraba el mismo gobernador que era entónces de aquella villa D. Francisco Fernandez de Castro en el discreto informe que dió, contestando á la circular del Excmo Sr. capitan general. "La falta," dice en la nota primera de sus noticias "de fondos públicos en esta villa, no permite se doten seis escuelas de primeras letras, cuatro de varones y dos de hembras, que imperiosamente exije este numeroso vecindario; de cuya falta emana la multitud de escuelas particulares que se advierten en esta estadística, sin un método uniforme y arreglado á los conocimientos que en el dia deben poseer los maestros encargados de la instruccion de los niños, y lo que es mas lamentable, las muchas que desempeñan personas de color destituidas por su propia calidad, de los principios morales que deben inculcar á los alumnos para que se hagan útiles á sí mismos y á la sociedad: circunstancia que debe llamar la atencion del supremo gobierno, para en su caso, propender á que se establezcan con competente dotacion las suficientes á des-

terrar la corruptela, que la necesidad hace disimular de presente."—

Pero á todo lo anterior vence en oscuridad y atraso en este punto la ciudad de Baracoa, la mas antigua y venerable de las ciudades de la isla de Cuba, y cuyo nombre famoso é historia peregrina se enlaza con la de los primeros descubridores y conquistadores de estas partes. Veámos la que un hijo y vecino suyo, el erudito regidor, D. José Policarpo Columbié, dice en sus comunicaciones á la clase de educacion de la Habana, acerca del estado presente de su civilizacion, mirada por la que toca á enseñanza primaria, que es el mejor y mas inequívoco indicante, de su alteza ó de su mengua. "Es cierto," dice, "que en épocas diversas se han establecido aquí por el interés privado algunas escuelas precarias; pero estas han estado siempre desnudas de forma y prestigio esterior, sin órden interior, abandonados á sí mismos los preceptores, sin proteccion, y en fin, privados de todos los elementos que las pudiesen dar realze, vigor y estabilidad; y de aquí se puede deducir el mezquino provecho que haya sacado el público de ellas: hoy tan solo existen tres escuelas de empresa particular, y en las tres es igual el plan de enseñanza, porqué sus preceptores efectivamente no pueden enseñar mas que á leer, escribir, rezar, y algo de aritmética: ellos dicen que enseñan *ortografía,* pero *nemo dat quod in se non habet.* Ellos la ignoran, y se contentan con que sus alumnos den sus lecciones de memoria Además de estas escuelas, hay algunas en los campos, de las que son compañía inseparable la inconstancia y el desórden. Tambien hay algunas en la ciudad y en los campos, de mujeres, que solo enseñan á leer y rezar, y se echará de ver cuan breve tiempo necesitarán los discípulos para saber mas que las maestras. Estando ya, pues instruidos en cuatro preguntas y respuestas de Ripalda, y sabiendo leer el *ejercicio cotidiano,* pasan á acompañar á los padres *in horto miseriae.*"

*

Tales son los métodos varios y la naturáleza y constitucion de las distintas escuelas primarias que existen hoy esparcidas por el vasto territorio de los tres departamentos de esta isla. En nuestro próximo artículo presentaremos el cuadro de los *resultados* de estos *métodos.*

SECCION SEGUNDA.

LITERATURA.

ARTE DE BIEN DECIR.

LECCION NOVENA.

CLARIDAD Y NATURALIDAD DE LAS PALABRAS.

Comenzando á tratar de la claridad de las palabras, diremos que la poseen todas las que pintan con limpieza el objeto y corresponden á la instruccion del auditorio. Sin encarecer los primores de un escrito libre y luciente, porqué de suyo las espresiones ásperas y forzadas lastiman el oido y cansan el entendimiento, esplicaremos con detencion, como la impropiedad, la inexactitud é imperfeccion de las palabras, su redundancia, su ambigüedad y el uso de las voces técnicas, sabias ó cultas, deben evitarse por ser enemigas de la claridad del discurso.

Llámanse *impropios* los términos que espresan una idea distinta de la que pensamos enunciar; *inexactos* los que envuelven otras que no le corresponden en aquella circunstancia, é *imperfectos* los que á medias la esplican.—Es nuestro idioma uno de los mas difíciles de poseer con perfeccion por su riqueza en los términos que señalan los grados de los afectos y de las pasiones; y muchos que se precian de entendidos, por no estudiar con cuidado los sinónimos, dicen palabras diversas de

su pensamiento. La propiedad de diccion que distingue al orador del vulgo de los escritores, exige un escrupuloso examen de la lengua y de sus modos de decir, que no puede reducirse á cuatro ejemplos de sinónimos cómo pensó Capmani é imitó Hermosilla. Y á mi entender la delicadeza del sentir, la perfeccion de las facultades receptivas y el análisis de los atributos de los cuerpos comparado á las influencias del ánimo y de sus afecciones, dan al lenguage esta perfeccion; mientras que el estudio, última tabla de salud para la medianía, si produce imitadores, no engendra originales. Ni basta consultar la etimología para conocer el recto significado de las espresiones, pues hay términos sinónimos derivados de una misma, como *funesto* y *funeral* que salen de *funus* y no puede decirse *funeral secreto* ni *lamento funesto*. Cada palabra tiene significacion directa y rigurosa en castellano, y es muy importante conocer las ideas parciales que cada uno por sí encubre para la concision de los raciocinios, su limpieza y soltura.

El *pleonasmo* ó *redundancia* que algunos toman por riqueza en el decir, siendo la piedra de toque que nos demuestra la duda del escritor y su poca confianza en los medios que emplea, es un defecto capital, pues quita al discurso su energía, la sencillez al concepto y la claridad á la espresion. Demasiado comun en los escritores antiguos, ni Granada se escapó del contagio.

En todas las lenguas la precision y la claridad nacen de la buena union de las palabras, y no hay ninguna que no esté mas ó menos espuesta á la ambigüedad de las sentencias. Particularmente los idiomas modernos cuyos nombres no mudan de significado por la terminacion, necesitan de mucho arte y finura para espresar el verdadero sentido de las ideas. Acostumbrados á interpretarlas desde el principio de la oracion, la cláusula que á primer aspecto parecía inteligible y fácil; si la examinamos escrupulosamente, está defectuosa y vaga. Este descuido en el hablar, es frecuente y sensible en hombres de grande ingenio que solo buscan la lógica del raciocinio y agolpando las ideas olvidan las espresiones que las vierten.

La *ambigüedad* ó *equívoco* de las voces es un pueril juguete de palabras indigno de las composiciones serias donde deben brillar solos el talento y la elegancia. Esos equívocos que jamás instruyen y que á veces logran provocar la risa, solo á las composiciones jocosas pertenecen. Andan en paran-

gon con ellos las palabras *homónimas* que escribiéndose y del mismo modo pronunciándose, varían de significado, como *vino*, sustantivo y verbo. Y hasta las que tienen igual sonido, como *amago, amigo; marte, martir*, quienes juntándose forman la *paranomasía* griega. Nunca se desconoce el estudio que dicta estas espresiones, y dañan á la claridad porqué solo, el análisis de la frase manifiesta la acepcion en que se toman, y cansar el entendimiento en valde, si en la burla es atractivo, es en lôgica un defecto.

Indole tiene de bella la oratoria pues además de desechar los errores del conjunto, quiere ser atendida en sus mas insignificantes pormenores. Huye de las *voces técnicas* inseparables de las obras científicas y que no se han vulgarizado todavía; olvídalas en el trato social á menos de citar acciones ó de esponer objetos cuyo nombre castizo el buen gusto y la naturaleza repugnarán; y por último, tacha el que los escritores franceses al trasmitirnos sus ideas nos comunicaran su mal gusto en las metáforas y comparaciones. Ostentando conocimientos intempestivos de artillería y astronomía, nos dieron *su esplosion* de la ira y el *movimiento retrógrado* de los estudios: que no valen nuestro *desahogo* y *decadencia*.

Mas si es una pedantería este abuso de las palabras técnicas, será mucha ignorancia desechar los términos facultativos si al discurso convienen símiles ó descripciones de las ciencias y las artes; pues siendo las palabras signos convencionales de la idea, y variando las acepciones de una voz al igual de los cambios de la vida social, si no se emplea la exacta se faltará á la claridad, precision y correccion que todo hombre instruido debe dar á su lenguaje. Prueba convincente de la necesidad de estudiar las voces facultativas con tanto mas empeño, cuanto mas aumenten los casos en que su conocimiento sea del todo indispensable. Aun entonces se desecharán las que sólo entienden los profesores y anticuarios; y como sería locura hacer á todo orador militar, físico, astrónomo y poeta, basta un conocimiento general para usarlas con perfeccion. Demuestra Capmani la necesidad de entender estas palabras, criticando á un orador que al comparar al justo con un buen general, se espresa así. "El buen capitan en primer lugar debe *registrar* los soldados." Al cirujano toca *registrar* la herida, al vista los efectos, y al general corresponde *revistar* la tropa.

Como las palabras facultativas cambian tambien en pro-

porcion con nuestros adelantos, se hablará mal diciendo: *hileras* por filas de soldados; *cabo* por gefe; *presidio* por guarnicion, &c. si nos referimos á tropas modernas, pues si no lo son, vienen muy á cuento por el sabor de antigüedad que dan al discurso. Es peculiar á los jóvenes que principian el estudio de una ciencia, y muy comun en los viejos que la ignoran y quieren pasar por entendidos, el abuso de términos estraños propios del arte que cultivan, y viven en su abundancia *secos como un hidrópico* segun la bella comparacion de Quintiliano. Estos solo merecen el nombre de pedantes.

El mismo título conviene á los amantes de palabras griegas y latinas, que aunque estén en el diccionario y no pertenezcan á ningun arte ó ciencia, son poco conocidas, y aun mas á los que por primera vez las introducen. Se llaman *sabias ó cultas* por derivarse de aquellas lenguas, y estuvieron muy en voga, lo mismo que las facultativas, desde los tiempos de Lope hasta mediados del siglo diez y ocho. Desdicha es, por cierto, lastimosa que el cantor del Alhambra descomponga como aquel sus versos mas hermosos. Nuestra lengua no goza de la libertad teutónica, ni admite ninguna palabra estraña sino cuando la es del todo indispensable; debiéndose quizá esta repugnancia á la creencia de que el idioma castellano, por hijo del latin, es inmejorable.

Naturalidad de las palabras.

Se llaman naturales las que parecen nacidas del asunto y corresponden tanto al tono de la obra que el lector piensa le hubieran ocurrido. Debemos esmerarnos en hacerlas tales, y particularmente en las circunstancias donde abandonando el lenguaje familiar acudimos al figurado, pues entonces solo el arte y la destreza alucinan al oyente prevenido contra el esplendor de la idea y la brillantez de la espresion. Así para hacer naturales las palabras metafóricas, es preciso que la fuerza del pensamiento oculte la figura y no permita detenerse en ella, pues solo quien está vivamente animado se sirve con naturalidad de palabras escogidas y enfáticas que de ningun modo necesita en las otras circunstancias. Bien puede decirse que *los ojos relampaguean* en la persona airada, y esta espresion tan rebuscada siendo la que mejor pinta el objeto, será la mas propia y mas correcta.

Mucho tino y muy buen gusto se requiere para ser natural hablando ó escribiendo; pues este precepto á primera vista tan sencillo, es el que topa con mas dificultades en la prática. Ya el deseo de hablar con perfeccion nos hace enfáticos, ya el empeño de discurrir con sencillez desaliña el estilo, y bien queramos ostentar nuestros conocimientos con las flores de la erudicion, bien limitarnos á la didáctica forma de la escuela, sin saberlo abandonamos la razon y buen sentido: si se descubre el trabajo que costó la espresion, por lo desusado del término, por el modo de combinarle ó colocarle ó por la importancia que se le da sin tiempo y sin medida, el escrito quedará sin duda despreciado.

Para escribir con naturalidad, es necesario saber á fondo la materia y precaverse contra el ansia tentadora de singularizarse. La conviccion íntima, el vivo interés que se toma en el sujeto, la práctica de hablar y de escribir cuerda y juiciosamente, mirando la verdad, sencillez, claridad y coherencia de los pensamientos y de las palabras, y el mucho hábito de limar y de pulir; dieron á los grandes hombres de los pasados y presentes siglos, su modo de hablar correcto y elegante. El distinguió á Ciceron y Virgilio entre los romanos; á Boileau y Racine entre los franceses; es quien encanta en *el dulce lamentar de dos pastores*, y quien dió á Moratin su *facilidad dificultosa*. Y no desmayemos al ver la imperfeccion de nuestros primeros ensayos, que aquel que nos asombra atleta, fué en un tiempo débil niño.

CRITICA.

Análisis de la "Coleccion de obras y documentos relativos á la historia antigua y moderna de las provincias del Rio de la Plata, ilustrados con notas y disertaciones."

En el tomo perteneciente al año de 1837 del diario de la *Real Sociedad Geográfica* de Lóndres se dá cuenta de la obra histórico-geográfica que publicaba en Buenos Aires desde 1838, D. Pedro de Angelis, cuyo título es: "Coleccion de obras y documentos relativos á la historia antigua y moderna de las provicias del Rio de la Plata, ilustrados con notas y disertaciones." La obra constará de 8 tomos en folio, de los cua-

les han salido 6. Los cuatro primeros volúmenes, que eran los que habían llegado á Inglaterra á la fecha del Diario citado, contienen los documentos siguientes :

TOMO I.

1.° *La Argentina, ó história de las provincias del Rio de la Plata, desde que Solís descubrió este rio.* Escrita en el año 1612 por D. Ruy Diaz de Guzman. Está dedicada al Duque de Medina Sidonia, á cuya casa y familia pertenecía el cronista conquistador : ahora vé por la primera vez la luz pública su historia.

2.° y 3.° *Relacion del viaje de D. Luis de la Cruz desde el castillo del Ballenar, en las fronteras de la provincia de la Concepcion de Chile, por tierras incógnitas, habitadas por indios, hasta la ciudad de Buenos Aires, en el año de* 1806. Esta relacion da cuenta circunstanciada de la última empresa de descubrimientos hecha por los Españoles á estas Indias, y pinta las costumbres de los indios *Pequenches*, de la raza Araucana. Gracias á la diligencia del editor, se ha salvado este precioso trabajo, que yacía inédito y estaba á punto de perderse.

4.° *Coleccion de documentos relativos á la ciudad de los Césares, cuya existencia se suponía en los Andes, al sur de Valdivia.* Contiene las declaraciones é informes que en 1781 se tomaron por órden del gobierno de Madrid para averiguar la certeza de las tradiciones vulgares que corrían sobre esta nueva tierra de Jauja ó Dorado.

5.° *Relacion de un viaje emprendido desde Buenos Aires para esplorar la costa patagónica hasta los estrechos de Magallanes,* en 1745. Por los P. P. Jesuitas Quiroga y Cardiel, por órden de S. M. C. El objeto de este viaje fué examinar la costa de Patagonia á fin de ver si se encontraba algun sitio aparente para fundar una colonia.

6.° *Proyecto para extender las fronteras de Buenos Aires hasta Rio-negro,* por el capitan Undiano. *Al que se añade el diario de un viaje desde Buenos Aires hasta la ciudad de Talca, en Chile,* por los señores Samudio y Souvillac. 1805.

7.° *Memoria sobre los establecimientos españoles en la costa Patagónica formada con los informes del marqués,*

de Loreto, Virey de Buenos Aires, por D. Francisco de Viedma, *Superintendente de dichos establecimientos*. 1784.

Contiene una noticia de los varios establecimientos formados por los Españoles en la costa oriental de Patagonia desde la desgraciada espedicion de Sarmiento hasta el establecimiento de las colonias en S. José, Puerto Deseado y S. Julian en 1788; y de las causas que sobrevinieron para su total abandono.

TOMO II.

8.° *Descripcion del Potosí y sus dependencias* en 1787, *ar su gobernador* D. Juan del Pino Manrique.

Esta es la única historia auténtica, segun Angelis, que hasta ahora se ha publicado de aquella famosa ciudad, cuyas minas han abasteeido de oro al mundo entero. Comienza desde la conquista y descubrimiento de sus ricos mineros en el año de 1546. Comprende tambien la descripcion de los distritos de Porco, Chayanta, Chicas, Lipes y Atacama que formaban parte de la Intendencia del Potosí, en una estension de cerca de 600 leguas. La poblacion ascendía entonces á 216.871 almas, de las cuales residían en la ciudad de Potosí 24.206. Observa el editor, que en 1611 se estimaba que había en la ciudad solo 160.000. Del descubrimiento de las minas á 1783, ascendió la cantidad de plata, cuyos Reales derechos se pagaban allí, á la enorme suma de $ 820.512.893 y supone que otro tanto casi se habia estraido de ellas por alto. Las locuras del vecindario, dicen que se igualaban á sus riquezas: se cuenta que en la jura de Carlos V. gastaron 8.000.000 de pesos y los funerales de Felipe III, les costaron nada menos que 6.000.000. Puede formarse idea de los caudales de algunos vecinos por la dote que llevó al matrimonio en 1612 la hija del general Mejía, que ascendió á $ 1.000.000; y pocos años antes á $ 2.300.000 la que llevó otra hija de otro general llamado Perera.

9. *Historia de Paraguay, las provincias de la Plata y Tucuman, por el* P. Guevara, *fraile jesuita*. Tom. I.

Esta historia alcanza hasta el año de 1621: se escribió en dos tomos; pero solo se publica el 1.° porqué el 2.° le mandó á España el Virey Bucareli. El que ahora se imprime se dividió en dos partes, la 1.ª hace relacion del gobierno, usos y costumbres de los índios indígenas con algunas descripciones de varios objetos de la historia natural de la comarca; la 2.ª

contiene la historia de sus gobernadores desde 1515 hasta 1620.

10. *La Argentina, ó conquista de la provincia de la Plata, poema historial, por* el archidiácono Martin del Barco Centenera. 1601.

Este poema que no es mas que una crónica rimada, como la llama el editor, con intenciones de imitar la *Araucana* de Ercilla, ya se publicó anteriormente en la excelente coleccion de Barcia, *Historiadores primitivos de las Indias*; pero Angelis, dá otra version nueva de él, libre de los errores y equivocaciones, que, segun dice, tiene la edicion de Madrid.

11. *Descripcion del rio Paraguay desde las bocas del rio Xaurú hasta su union con el Parana, por* el P. Quiroga, jesuita.

Este fraile que es el mismo del núm. 5 fué comisionado en 1752 para que, junto con Flores, marcase los límites entre las posesiones portuguesas y españolas en las bocas del Xaurú, conforme al art. 6.° del Tratado entre España y Portugal firmado en Madrid en 1750.

12. *Diario de la navegacion* y *reconocimiento del rio Tebiquari; obra póstuma de* D. Felix de Azara. 1785.

Basta mentar el nombre de este docto español, para despertar la curiosidad. Su obra póstuma, mas bien que el modesto título que le puso, podría llamarse "Escursion durante un mes por el Paraguay." El autor salió de la Asuncion por el camino que va á Villa-rica en lo interior; de aquí pasó por Casapa, llegó á Yuti, donde se embarcó en una canoa para seguir el rio Tebiquari hasta que entra en el Paraguay. Volvió á caballo por la orilla derecha de aquel rio, árdua y dificultosa empresa en aquella estacion por las avenidas é inundacion de toda aquella tierra. En medio de las mayores incomodidades y molestias, picado de mosquitos y de otros mil insectos venenosos, hizo sus observaciones científicas con la mayor prolijidad, tanto que bastan para formar el mapa exacto de una parte considerable del Paraguay.

TOMO III.

13. *Relacion geográfica y estadística de la Intendencia de Sta. Cruz de la Sierra.* Por D. Francisco de Viedma, Gobernador. 1788.

La tierra aquí descrita está situada en medio de unas ser-

ranías inaccesibles casi, distante de la costa, sin relaciones mercantiles, y que solo tenía trato y comunicacion con las tribus incultas de las regiones comarcanas;—y sin embargo rica y poblada, y abundaba en los dones mas esquisitos de naturaleza: azúcar, café, cacao, arroz, algodon, miel de abejas, añil, eran sus producciones, y en sus entrañas contenía preciosos minerales. El gobernador Viedma informa al gobierno de Madrid sobre estas circunstancias, y le propone un plan de administracion en esta obra, digno de mejores tiempos.

14. *Noticias varias sobre la provincia de Tarija, por* don Juan del Pino Manrique, gobernador de Potosí, en una carta al ministro D. José Galvez. 1785.

Tarija es hoy la provincia fronteriza de la república Boliviana hacia el Sur: Manrique la describe como una serie de valles deleitosos de blando y apacible clima y suelo fertilísimo; en ninguna parte de Américа, dice, he visto tierra comparable á esta. En ella se dá con abundancia trigo, maíz, la yerba *mate* del Paraguay, cacao, cera y todo lo demás necesario para la vida. Pero con todas estas ventajas, añade, poco ó nada se sabe de esta provincia; para corregir esta ignorancia escribió sus *Noticias*.

15. *Diario de un viaje á las grandes lagunas Salinas en las Pampas de Buenos Aires,* por D. Pedro Andrés García. 1810.

Antiguamente se abastecía de sal el pueblo de Buenos Aires en las grandes lagunas del sur, aquí descritas; pero como las tierras en que estaban situadas se hallaban pobladas de indios bravos, era menester mandar gente armada para que escoltase las espediciones que con tal objeto se hacían á ellas. Algunas (la de 1778) consistía de 600 carros, con 12.000 bueyes para tirarlos, 1000 hombres escoltados por 400 soldados y 2600 caballos: otras veces llevaban artillería para infundir mas respeto á los indios. En 1810 fué nombrado D. Pedro García de comandante de una de estas espediciones, y como que era además hábil geógrafo, se le encargó que tomase notas particulares sobre el aspecto físico del país por donde iba, y levantase un plano de él lo mejor que pudiese. Así lo hizo en su *Diario,* en el que además ofrece curiosos pormenores sobre los indios de las Pampas, que son una especie de gitanos en sus usos y costumbres.

16. *Memoria sobre la navegacion del Rio tercero y*

otros afluentes del Paraná por D. Pedro Andrés García. 1813.

El objeto de este papel es probar la facilidad que presenta el rio mencionado, navegable por barcas hasta el paso de Terreira, para el transporte de las producciones de las provincias de Córdova y Cuyo á Buenos Aires.

17. *Relacion histórica, geográfica y política de las ex-misiones de los Jesuitas en el Paraguay*, por el gobernador D. Gonzalo de Doblas. 1785.

En toda la coleccion no se encuentra una obra mas interesante que esta: su contenido responde cumplidamente á lo que ofrece su título, pues encierra la relacion mas circunstanciada de las que hasta hoy teníamos, del Paraguay. Doblas fué nombrado para dirigir el nuevo sistema de gobierno establecido en los pueblos Guaraníes, despues de la espulsion de los Jesuitas en 1768;—sistema, por cierto, lleno de errores, y que en pocos años logró dar al traste con aquellos famosos establecimientos. Llegó sin embargo á tiempo pára preveer y predecir su inevitable suerte, si no se ponía un radical remedio al mal, cambiando de sistema, pues en los primeros 15 años que siguieran á la expulsion de los jesuitas la poblacion bajó de 100.000 almas á 66.000. Aunque bajo un punto de vista geográfico, esta obra es excelente, todavía lo es mas porqué corrije algunos de los innumerables errores que respecto á las misiones jesuíticas en el Paraguay andaban muy validos, y justifica en gran parte á los P. P. de los calumniosos ataques que les dirigieron sus enemigos.

19. *Viaje de Federico Schmidel al Rio de la Plata en* 1534.

Este viaje ya es muy conocido en Inglaterra, donde se ha publicado en la mayor parte de las colecciones de viajes primitivos á estas Indias.

20. *Papeles varios sobre la fundacion de Buenos Ayre. en* 1580 *por Juan de Garay; la de Montevideo en* 1724 *&c.*

Los redactores del *diario de la sociedad geográfica de Lóndres*, de donde hemos estractado esta noticia, prometen que en el número próximo de su obra seguirán dando cuenta de los documentos que contienen el 4.° y siguientes tomos de esta preciosa *coleccion*. Nuestro orgullo nacional se ha mortificado un poco al haber de ocurrir á un periódico ingles para re-

cibir la noticia literaria que prece de de una obra tan eminentemente *española* y que tanto cede en honor de nuestros antepasados, conquistadores de estas tierras. Nos lisonjeamos que al leer el catálogo anterior, no faltarán curiosos que en las frecuentes comunicaciones mercantiles que hay entre este puerto y el de Buenos-Aires, encarguen algunos ejemplares de la obra de Angelis: todo no se ha de reducir á cambio de azúcar y café por tasajo y cueros.

Espíritu del siglo.

Con este título, un poco enigmático, empezó á publicar en 1835 el Ecsmo. Sr. D. Francisco Martinez de la Rosa el *bosquejo*, segun el mismo autor le califica, de un *curso de política aplicado á los sucesos contemporáneos*, cuyo cuarto volúmen apareció á fines del año anterior, segun podemos inferir por los periódicos de la corte, que hablan de él en términos no menos favorables que de los que le precedieron. Hace tiempo que deseábamos emitir con la acostumbrada imparcialidad nuestra opinion acerca de esta notable produccion, y solo esperábamos á que estuviese terminada; pero como por una parte su publicacion se hace con tanta lentitud, y por otra ni aun se puede colegir de lo que ya está impreso lo que resta inédito, puesto que ofreciendo su título tratar del espíritu del siglo, es decir, á lo que se nos alcanza, del siglo en qne vivimos, se encuentra todavía al finalizar el cuarto volúmen en sus umbrales, nos ha parecido conveniente variar de propósito, y dedicar el presente artículo á los tres primeros volúmenes que obran en nuestro poder, á reserva de destinar posteriormente uno ó mas artículos á las reflexiones que nos sugieran los restantes, si es que nos alcanza la vida, la voluntad y los medios de escribir sobre estas materias.

El Sr. Martinez de la Rosa había dado en su larga y laboriosa carrera literaria muestras de ser uno de los ingenios mas fecundos, y de los que con mas felicidad se han ensayado en géneros distintos y aun opuestos. Muy jóven todavía dio en una linda comedia de circunstancias, evidentes señales de

que seguiría muy de cerca las huellas del ilustre Moratin, marcando con singular destreza los caractéres, especialmente el del protagonista, y animando la accion con aquel urbano aticismo que es el alma de la buena comedia, dotes que aun resplandecen mas en la titulada *la niña en casa y la madre en las máscaras*, que el público ve frecuentemente con gusto y ha obtenido elogios de todos los inteligentes. Casi al mismo tiempo admirábamos en sus tragedias, la valentía de espresion y el poder de la elocuencia popular en la *Viuda de Padilla*, la ternura y la esquisita sensibilidad de los mas dulces afectos en *Moraima*, y la sagacidad y profundo conocimiento de los recursos del arte para hacer interesante en un teatro moderno el mas trivial y mas marcado de los argumentos de la escena griega en el *Edipo*. Pocos hombres han descollado á la vez en estos dos géneros; y aunque el Sr. Martinez de la Rosa es, como Voltaire, mucho mas trágico que cómico, sus trabajos en este último bastarían para dar una honrosa reputacion á cualquiera otro menos conocido en la república de las letras. *Aben-Humeya* y *La conjuracion de Venecia*, piezas á nuestro entender mal apreciadas, especialmente la primera, ofrecen toda la valentía y frescura del género romántico sin las insoportables barbaridades que con harta frecuencia le deslucen.

Las composiciones líricas de este recomendable autor se distinguen mas bien por el buen gusto y pureza con que están escritas y por la falta de defectos, que por bellezas de primer órden, notándose en ellas cierto amaneramiento y apego á las formas de la antigua escuela, que no se avienen con el atrevimiento y desenvoltura que afecta la poesía en nuestra época. Al caracterizarlas en estos términos, ni las aplaudimos ni las reprobamos, porqué ni nuestros principios literarios distan mucho de los que profesa el escritor granadino, ni nos suponemos con el prestigio necesario para oponernos á la corriente, vaya bien ó mal encaminada. Lo único que podemos decir, no en su abono porqué no le necesita, sino para ilustrar el asunto, es que su práctica es la realizacion de su teoría, y que á diferencia de otros muchos, observa cuidadosamente en todas sus obras los preceptos que establece en su preciosa traduccion de la epístola de Horacio, en su poema del arte poético, y en las notas con que le enriquece, advirtiéndose tanto en estas como en todas las demás producciones de su pluma, vasta erudicion, esquisito gusto y esmerado estudio en la pureza y propiedad

del lenguaje, aunque abusando á veces de ciertos idiotismos que si empleados con discrecion agradan por su novedad, se convierten en defectos cuando se usan con escesiva frecuencia.

Si saliendo del florido campo de la literatura, nos encumbramos con el Sr. Martinez de la Rosa por las agrias y empinadas cuestas de la política, ni es empresa fácil la de apreciar su mérito, ni nuestro juicio estaría quizá en consonancia con el de la mayoría de los contemporáneos. Todos le conceden virtudes patrióticas en grado eminente; pero muchos le niegan el tino y sagacidad práctica que se requiere para el manejo de los negocios, como si su largo y estrecho comercio con las musas le hiciese menos apto para el trato y direccion de esta sociedad mezclada de bien y mal en que andamos revueltos y confundidos. A la posteridad tocará probablemente recoger el fruto de sus tareas como legislador, como ministro y hombre de estado, y ella será tambien la que juzgará de la oportunidad de las instituciones con que quiso dotar á su patria, y le retribuirá imparcialmente la porcion de gloria y prez que le corresponda por la activa mano que ha tenido en los sucesos de la época: lo que sí es cierto es que consecuente siempre, y caminando á la par sus acciones con sus palabras, ha podido decir sin temor de ser desmentido, al concluir la advertencia que precede á la obra que nos ha sugerido estas reflexiones: "me infunde á la par satisfaccion y confianza el recordar que escribí la primera parte en una época de proscripcion y de infortunio; que me hallé después, no se como, en un puesto tan elevado como peligroso; y que puedo publicarla ahora sin tener que mudar de opiniones, que arrepentirme ni que sonrojarme."

Las ideas y las opiniones políticas de un hombre adornado de tan espléndidos talentos, y que tan conspicua parte ha tomado y continúa tomando en los negocios públicos de nuestra patria, interesan en gran manera, ya por la influencia que ejerce en los destinos de esta misma patria, tan combatida de recias tempestades, ya por el peso y autoridad que añaden al lado á que se arrimen; y aunque bajo este punto de vista, puede decirse en verdad que el Sr. Martinez de la Rosa no necesitaba haber escrito esta obra, ni en ella nos revela nada de nuevo, estando desenvuelta su doctrina y digamoslo así, el símbolo de su sistema político en los actos de su administracion, y aun mas esplícitamente en los elocuentes discursos que ha pronunciado en una y otra época en las reuniones de cortes, todavía

es objeto digno de atencion y estudio verle esponer estos mismos principios en términos generales, y sin concretarlos á casos particulares, como hasta ahora lo había hecho en todas las ocasiones que dejamos mencionadas.

Titúlase la obra, como ya hemos dicho, *espíritu del siglo*, así á secas y sin mas esplicacion, á no ser que se tome en este sentido el nombre del autor que sigue inmediatamente despues de estas pocas palabras; y por cierto que un nombre tan conocido equivale á un larguísimo comentario. Este título pica la curiosidad, porque á muchos se les hace dificil de creer que un siglo tan sensual y tan descreido como el presente tenga algun espíritu bueno ni malo, y los que mejor dispuestos se encuentra á su favor, le concederán á lo mas el espíritu del caos y de la confusion: así es que ya emprendemos la lectura con un ansioso deseo de saber como el autor desentraña y nos revela el *espíritu del siglo*.

"Una vez destruido, dice, el imperio romano por los pueblos del norte, y formadas diferentes naciones con los escombros de aquel coloso, fácil es observar en todas ellas un espectáculo muy semejante, aunque modificado en cada una por circunstancias particulares. Durante algunos siglos se van borrando sucesivamente los vestigios de la antigua civilizacion; la religion y las costumbres de los vencidos procuran amansar la ferocidad de los vencedores; y aislado cada reino por sí, presenta en su régimen interno el triste cuadro de pueblos oprimidos y miserables. Unicamente es digno de notar que en aquella época de barbarie, y del seno mismo de unos pueblos que parecían destinados á destruir la sociedad civil, nacieron cabalmente las dos instituciones mas libres de que se glorían los tiempos modernos: *el gobierno representativo y el juicio por jurados*."

Y en efecto, si observamos detenidamente el régimen interno de esas decantadas repúblicas de Grecia y Roma, nos convenceremos de que bajo el nombre de libertad encubrían la mas intolerable servidumbre, y de que todo el secreto de su política consistía en suprimir la dominacion de la unidad y someter al ciudadano sin la menor defensa á la inflexible tiranía de la muchedumbre. La libertad civil, la facultad de pensar y obrar segun á cada uno le parezca con tal que no perjudique á los demás, ni se oponga á las instituciones del país, fué absolutamente desconocida de aquellos pueblos, entre los cuales por

regla general la gran mayoría de la nacion, reducida al estado mas abyecto y miserable, carecía de todo derecho, de toda garantía, y hasta de personalidad. En cuanto á la clase privilegiada, la clase de los ciudadanos, la ley se entremetía hasta en los mas insignificantes pormenores domésticos, y nadie podía comer, vestir ni pasearse sino cuando y como aquella lo había determinado. El estado, juez y legislador á un mismo tiempo, se constituía con frecuencia parte contra el ciudadano, y le oprimía con el peso de su inmensa autoridad. Aun en las acciones civiles y en los delitos comunes, devueltos á los tribunales ordinarios, son célebres en la historia las iniquidades jurídicas de los de Aténas y Roma; siendo fácil demostrar por estas y otras consideraciones, que los antiguos daban á la palabra *libertad* una acepcion muy distinta de la que le han dado los pueblos modernos, y que entre ellos solo significaba la independencia del estado sin la menor conexion con la condicion del ciudadano. Las grandes garantías del gobierno representativo, cosa de que ni aun tuvieron los griegos y romanos la mas remota idea, del juicio por jurados, y de la responsabilidad ministerial, son invenciones de una época posterior, nacidas como advierte con suma precision el Sr. Martinez de la Rosa, del seno de la barbarie, y de aquel mismo caos que amenazó disolver la sociedad hasta en sus mas remotos elementos.

Pero antes que el caos se desembrollase, y que los grandes fragmentos de la unidad romana se constituyesen en naciones separadas, transcurrieron muchos siglos de confusion y anarquía, en que la Europa careció de historia, de geografía, de idioma, de leyes y aun de sistema religioso, como se evidencia por la facilidad con que los pueblos invasores abandonaban el culto de los ídolos por el arrianismo, y este por el catolicismo, segun los tiempos y las circunstancias, adoptando por lo comun la religion que encontraban dominante en el país en que se establecían. La fuerza material era entonces la que decidía de la suerte de las naciones, la que ensanchaba ó comprimía sus límites, la que las borraba del mapa ó las hacía reaparecer en él de nuevo. Mas aquellos rudos conquistadores no dejaban de conocer que para gobernar los estados que se iban formando, darles consistencia y asegurarse en su posesion, necesitaban del auxilio de la inteligencia, y como esta se había refugiado en los templos del culto católico, una política interesada los condujo á abjurar el paganismo ó la heregía de

que algunos estaban ya impregnados, y así se esplican las conversiones en masa de aquella época, y la estrecha alianza que poco después se estableció entre el sacerdocio y el imperio, la cual á su vez produjo el *espíritu guerrero y religioso* de los siglos posteriores hasta el décimo tercio, cuya mas brillante manifestacion fué la de las espediciones ultramarinas conocidas bajo la denominacion de *cruzadas*.

Nuevas ideas y nuevas necesidades, emañadas de aquellos mismos acontecimientos, empezaron á enfriar el espíritu guerrero y religioso, y á dar orígen al *espíritu mercantil* que empezó á manifestarse durante el siglo XV en las espediciones á unas y otras Indias de los españoles y portugueses. El siglo XVI vió nacer la reforma religiosa y política á favor del *espíritu de controversia*, desenvuelto por los medios de instruirse que inesperadamente adquirieron los pueblos. Debilitándose este á su vez, adquirió nuevo vigor en el siglo siguiente el *espíritu mercantil*, que pudo hermanarse con el *espíritu filosófico y quisquilloso* del siglo XVIII, siglo *de ensayos* terminado con el drama sangriento y terrible de la revolucion francesa.

"Las resultas de este gravísimo acontecimiento," continúa el autor, cuyas ideas casi no hemos hecho mas que estractar, "que ha trastornado la faz del mundo, son las que han fijado el *carácter propio del siglo en que vivimos:* no se apetecen ya las curas maravillosas de los empíricos, sino mejoras prácticas en el gobierno; á las teorías de imaginacion ha sucedido el exámen de los hechos; y desacreditados los sistemas estremos, solo se ocupa la generacion actual en resolver el problema mas importante para la felicidad del linaje humano: *¿cuales son los medios de hermanar el órden con la libertad?*"

Sentados así los preliminares, y establecido el programa de la obra, se empeña el autor en probar que tal es efectivamente la tendencia de nuestro siglo y el espíritu que le domina; y partiendo del principio de que *la historia de los últimos cincuenta años encierra mas lecciones de política que la larga serie de muchos siglos*, se dedica al parecer á esponerla en un estenso comentario, suponiendo al lector impuesto de los acontecimientos, y haciendo sobre ellos profundas y esquisitas obs ervaciones, en que luce su vasta instruccion y su estenso conocimiento de los hombres y las cosas, sazonado por la práctica de los negocios, por la adversidad y por la dura

esperiencia, que descubre el vacío y la nulidad de los mas halagüeños sistemas. Si en las obras anteriores del Sr. Martinez de la Rosa hemos admirado al poeta y al literato de fino gusto y delicado criterio, en esta veneramos al sagaz y consumado estadista que nos revela el orígen de las calamidades públicas, los medios de remediarlas y los de impedir su repeticion; y si antes pudo alguna vez tomársele por un hombre amable, apasionado á los estudios amenos y floridos, de hoy en adelante es forzoso considerarle como un ciudadano útil, acreedor por su ciencia y por el uso que hace de ella al respeto y consideracion que justamente le tributan todas las personas honradas, que se interesan por la gloria y felicidad de la nacion española.

Los cuatro volúmenes publicados hasta la fecha comprenden la historia de la revolucion francesa desde su principio hasta el establecimiento del gobierno consular á fines de 1799. No es nuestro ánimo seguir al autor al través de aquellos inauditos y tantas veces narrados acontecimientos, que aprecia y juzga á nuestro entender con justicia y verdad. Solo sí estrañamos que escribiendo en España y en una época en que tanto se abusa de las ideas demagógicas de la referida, evite cuidadosamente la aplicacion de los sucesos que refiere y comenta, á otros mas recientes en que se descubre el espíritu de imitacion, y se limita á observaciones generales, aplicables á todos tiempos y circunstancias. Quizá considerando el estado de la opinion pública y la exasperacion de las facciones que destrozan el seno de la patria, ha creido mas conveniente darles una leccion indirecta, que presentarles á la vista el cuadro de su insensatez y lastimosos estravíos.

El Sr. Martinez de la Rosa pasa con razon por uno de los mas hábiles escritores que hoy posee la nacion española, y la obra que nos ocupa no será ciertamente la que le haga perder la reputacion que bajo tal concepto tiene adquirida. Como muestra de esmerado lenguaje y de sólido raciocinio, terminaremos este artículo con el pasaje siguiente, que puede mirarse como el resúmen y compendio de toda su doctrina.

"En el estado en que se hallan las naciones de Europa difícil es que se crea seguro un gobierno, aunque logre refrenar por algun tiempo el anhelo de reformas; ni es menos difícil que el partido que trastorne un estado, y quiera sostenerse por medios violentos, adquiera seguridad ni firmeza: los triun-

fos del despotismo ó de la anarquía podrán ser rápidos y aparecer decisivos, pero no pueden ser duraderos.—Los *intereses reales* de la sociedad son el centro comun á que deben encaminarse todas las combinaciones políticas; y si llegan afortunadamente á concurrir en este punto, se ha conseguido el fin de los legisladores: sus leyes afianzarán la certeza de su duracion, no en el apoyo moral de los juramentos, ni en los esfuerzos de la virtud, ni en el arrebato del entusiasmo; sino en el principio natural, sencillo, permanente, de la *utilidad propia.*—Este es el gran secreto de la estabilidad de la constitucion inglesa: se le notan faltas, se le imputan imperfecciones, se le anteponen otros modelos; pero entretanto aquella máquina se mueve, se mejora sin destruirse, llena cumplidamente su objeto. Se han desplomado muchos tronos, han perdido su libertad muchos pueblos, han envejecido casi al nacer muchas constituciones; y en medio de estos vaivenes y á pesar de tantos trastornos, la monarquía inglesa continúa próspera y firme, siendo la admiracion y envidia de las demás.—¿Y á qué se debe este fenómeno estraordinario?.... A que por un concurso feliz de circunstancias han logrado *hermanarse los intereses de la sociedad con las instituciones políticas;* á que los derechos de la nacion no estriban solo en documentos, sino que se apoyan en intereses; y que estos forman un vínculo comun, un encadenamiento tan fuerte, que resiste al ímpetu de las pasiones y al embate de los partidos."



CCEON TERCERA.

COSTUMBRES.

MAIANO O LA EDUCACION.

TERCECA PARTE.

¿Y como vamos á viajar?... preguntaba Mariano á su madre y padre, quienes por distraerle y distraerse de la pasada aventura, y sobre todo porqué se acercaba el tiempo de la zafra, pensaban en irse al ingenio. Supongo que cuando el pobre muchacho preguntaba esto, no habrá lector tan romo que no haya comprendido á las mil maravillas que se rompieron sus grillos y cadenas, si tales grillos y cadenas hubiera habido, y que había cesado de estar á las órdenes del Sr. Gobernador de la Cabaña.—Están apostados cuatro trios, dijo la Señora, y con cuatro trios hay para llegar á.... —Sí, sí, cuatro trios: ¡lo que entiende vd. de eso! dijo Mariano con cierta sonrisita, porqué como no hay caminos de hierro, ni se conocen aquí las postas, los canales.... qué, qué, para vds. será esto un asombro, ¡pero para mí!.... — Pues mira, replicó D. Vicente, disgustado ya hasta no mas; con esos trios, con nuestras volantes, sin caminos de hierro, y sin toda esa barahunda que has armado, correremos lijeramente y no tardaremos diez horas, atravesando veinte y siete mortales leguas, en llegar á la Emulacion.—

No se enfade vd. mi querido papá, yo digo las cosas como las veo. como las he visto, ¿qué, quiere vd. que me saque los ojos? —No, no, dijo Da. Marcela que son muy hermosos tus ojos; pero niño te equivocas si crees que no tenemos caminos de hierro, y si estuviese á mano para nuestro viaje, habías de atravesar un pedazo en que se vuela ya, no se corre por las llanuras de nuestras fincas en que á la verdad no había mas, hace poco, que lodo y atascaderos, como no se encuentra otra cosa por cualquiera otra parte que se eche.— Esto es que se emprende un ferro-carril, aun cuando todas las demás rutas estén intransitables, ó por mejor decir nulas; á manera de aquel que sin camisa ninguna se hace una de olan batista, en lugar de comprar una docena de bretaña.—Mira, no vas muy desatinado en eso, dijo D. Vicente; pero reflexiona sin tu acostumbrado aturdimiento: en un país donde los transportes son tan costosos y tan indispensables para nuestras esportaciones, el acelerarlos, el facilitarlos cuanto sea posible es hacer un gran bien, y de tal naturaleza que los beneficios pueden proporcionar el que por otros rumbos se abran iguales comunicaciones, y la prosperidad del país se acrecente infinitamente. Así, pues, no hay que criticar las cosas, ni olvidar que un sarcasmo, una burleta, no son razones que puedan influir en lo mas mínimo contra lo que sea verdadero ó útil.

A pocos dias de esta conversacion, todo estaba listo, las volantes con sus trios, los negros caleceros con sus sombrerones de paja, sus machetes de puño de plata y sus fajas encarnadas, ya una carreta se había llevado antes en posta de escarabajos los muebles y efectos que mas necesitarían en la peregrinacion, y otros negros á caballo y en unos fardos, llevaban ropas, comida y otros menesteres mas á la mano, amen de los baules y maletas que adornaban las zagas de las dos volantes. Da. Marcela con la negra María de Jesus ocupó la primera, y D. Vicente con su hijo Mariano la segunda, poniéndose toda la caravana en movimiento mucho antes que el sol principiase á dorar la loma de la Cabaña, que miraba Mariano aun con cierto ceño, y de la que Da. Marcela, apartaba los ojos con un suspiro que le salía de los talones. Rapido, alegre era el movimiento de los lijeros carruajes, elegante y gracioso el traje de los diestros caleseros, á pesar de todas las prevenciones de la educacion, Mariano lo sentía así, aunque no lo confesaba, pero se dejaba llevar de este bienestar delicioso é inesplicable,

que producen en nosotros las escenas de la naturaleza, la vista del campo por la mañana y la salida del sol. D. Vicente llamó la atencion de su hijo sobre la rica vegetacion que los cercaba por todos lados, á pesar de lo avanzado de la estacion, y de la lozanía y frescura de las plantas y árboles en el tiempo en que todo es muerte, y un páramo yerto en los climas mas allá del trópico.

"Ves, hijo, aquí venimos á gozar de las dulzuras del campo, cuando en Europa todo el mundo corre á las ciudades á buscar el rincon del fuego, y los frutos mas ricos de nuestro suelo se nos presentan, cuando las plantas y árboles del antiguo mundo apenas dan signos que han de revivir un dia: por mas que digas, esto es bello, esto es ameno, y sobre todo es rico; en fin es tu patria, donde tienes á tus deudos, y el caudal conque has de sostener tu existencia cómoda y dignamente en la sociedad; reflexiona, mi querido Mariano, los conocimientos que has adquirido en tantos y tan variados estudios deben haberte convencido, de que yo no pondero nada; y de que todos mis desvelos son por tu felicidad, de la cual tú huirías ostinada y neciamente, si por no escuchar mas que tus prevenciones de Europa menospreciaras las realidades de América."

—Mi querido padre, no parece sino que Emilio le ha encargado á vd. el continuar sus sermones, y por fin, perdone vd. mi claridad: él no tiene la culpa de que yo sea así, ¿pero vd, Señor? Vd. que me envió tan chiquito á que me hiciera inglés ó francés y no habanero ¿debe culparme porqué efectivamente se hayan conseguido sus designios? Yo conozco cuanto vd. me ha dicho, advierto la belleza, la vegetacion, la vida que aquí nos rodea por todas partes; pero no veo mas que la naturaleza, y yo me he educado en una sociedad muy adelantada; sin duda alguna si yo no hubiera tenido mas que estos alimentos, si un agua estranjera no hubiera refrescado mis fauces, yo no gustaría mas que de las producciones de los árboles á cuya sombra nací, y de los rios que circundan el suelo de mi patria; vd. lo pensó de otra manera, y por mas que me crea tan prevenido, imagino que vd. lo hizo por mi bien, y se lo agradezco, aunque en este momento veo dos cosas muy tristes, que yo no soy dichoso en esta situacion en que me encuentro, y que vd. lo es mucho menos al considerarme en ella.....

Estas últimas palabras sepultaron á D. Vicente en una

melancólica cavilacion, y Mariano calló como el que ha hablado mas de lo que debía, sin haberse podido contener aunque lo hubiera deseado. A poco rato, y ya con dos horas de camino pararon en la taberna de.... (pues los nombres propios casi todos los he olvidado) para tomar algun refrigerio, que el vientecillo de la mañana, y el movimiento abre hasta el apetito de un ricacho de cincuenta años que no piensa mas que en sus talegas: dichosamente Da. Marcela había hecho envolver entre anchas y frescas hojas de plátano unos pollos asados, y no faltaba un poco de buen salchichon, que añadidos á unos huevos que frieron en la taberna, y un poco de picadillo que aseguró María de Jesus que en aquella taberna *se poria comé*, que ella lo fiaba, con los indispensables dulces, y un *soi-dissant* tapa larga, que en conciencia era un vinagrillo bastante mediano, darán una idea mediana del desayuno de nuestros viajeros. Mariano fruncía las cejas y esclamaba, —vds. me regañarán cuanto gusten ¿pero es esto una posada? es este un lugar donde las gentes cultas y racionales han de reposar y alimentarse? No han visto vds. como ese gasnápiro con la camisa de fuera y el sablote en el costado, se encajó en la tienda montado á caballo y como si la fuera á tomar por asalto? Y vds. quieren que yo les diga que esto es lo mejor del mundo, y que olvide aquellas posadas, ¡aquellas *auberges*! aquella finura, aseo, prevision!.. —Basta, basta, dijo D. Vicente, por S. Nicolás, ese gasnápiro que tú dices, es un guajiro, vestido no con indecencia como tú crees, sino de una manera propia para el clima, y hasta cierto punto graciosa: y si hubieras viajado por España, convendrías en que los *saraguelles amples* de nuestros valencianos, son mucho menos honestos, y no digo nada de los celebrados escoceses que andan en nagüetas como cristos viejos.—Hubiérame dispensado de buena gana de ver saltar á caballo á ese bendito de Dios en la taberna hasta el mostrador, con riesgo de romperse la nuca y de lastimar á algunas personas, mucho mas cuando en la mano izquierda llevaba su gallo inglés, pues irá á alguna pelea ó vendrá de ella.

—Pues mira, mira, dijo Da. Marcela, por vida mia que no le falta razon á Marianillo, en lo que dice de estas tabernas; hay tanta porquería... y luego... ya sabes tú lo que nos pasa con la que está en la esquina de la Emulacion: allí van los negritos, y no es lo peor eso sino que van tras ellos nuestras gallinas, nuestros muniatos y hasta el azúcar: toman todo esto

por diez veces menos de lo que vale, y lo pagan con aguardiente de caña á diez veces mas de lo que puede costar. Yo pregunto ¿como ha de llamarse á esto?...

Vaya, vaya, replicó D. Vicente, en todas las cosas hay malo y bueno, y ¡cuando se quieren mirar con malos ojos!..... Un poco de imparcialidad.... yo quiero enseñarte esta taberna, para que formes una idea clara de ellas; aun hace mucho calor, y nuestra jornada hoy ha de ser corta; no será perdido el tiempo que empleemos en este exámen, porqué te instruirás, y conocerás tu país. Levantáronse con efecto padre é hijo, mientras Da. Marcela con su negra buscó un lugar mas retirado dónde encender su tabaquito. —Ven, decía D. Vicente á Mariano, recorramos estos patios, estas salas; una taberna en el campo tiene mucho que ver; mira, aquí tuercen tabaco á porqué el fumar que va siendo una necesidad en todo el mundo, es aquí la primera de todas.—¡En todo el mundo!... En París no se fuma sino en los *estaminets*...—Y en donde tienen gana de fumar... ¡hay tal manía de encajarnos á todos caldos tu bendito París! lo seguro es que los franceses nos compran ahora á las mil maravillas nuestro oloroso ambar, nuestro riquísimo tabaco, y que han dado al diablo aquella especie de pajazo que tomaban con su *scaferlati*, ó como le llaman, tan apropósito para desollar la garganta como para sofocar las narices con su humareda; y estoy seguro de que no será solo en los *estaminets* donde chuparán nuestros deliciosísimos tabacos de la vuelta de abajo. En fin, sea como quiera, necesario es que conozcas que siendo un artículo indispensable en la isla, es muy agradable encontrarle por todas partes —Para mí es indiferente; yo no fumo.—Mejor si así te agrada, tu madre y yo fumaremos por tí.—¡*Fi donc!* ¿una dama fumar?...—¡Ojalá no hicieran las damas cosa peor! Tómate con la que se nos viene! Ahora, mira, allá hay una fábrica de velas de cebo?—De la misma taberna?—Si Sr.—¿Con que un tabernero lo es aquí todo?—Y lo debe ser: repara que es la sola casa que hay en todo este contorno, que no has de conceptuar por eso un despoblado; hay muchas fincas en estos alrededores, que quizás para muchas de estas necesidades no tienen mas recurso que la taberna.—Pero esto es contrario á lo que nos enseña la economía política... sin duda vd. ha oido hablar de la *divisibilidad* del trabajo.—Si, de la division de trabajo, y no se necesita de mucho estudio ni de fatigar demasiado su entendimiento para

comprender que en mientras mas partes se haga una obra y á cada una de ellas se dediquen esclusivamente mas para ejecutarla ha de ser precisamente con mayor perfeccion. Pero observa, Marianillo, porqué es menester llamarte al uso de tu tierra; cuando un país principia á poblarse, es preciso que acuda á todos los medios de atender á sus menesteres del modo posible; lo primero es comer, beber, y entre nosotros fumar tambien: es preciso en seguida alumbrarse, herrar las bestias de cabalgadura, carga y labor, componer los carruajes, encontrar los aparejos, cincha y frenos que necesitan estos animales, y en una palabra labrar el arado y forjar el hierro que ha de fecundizar la tierra, de donde sale luego tanta prosperidad, y la cultura, y la gran poblacion que admiramos en las naciones civilizadas: todo esto pues debe mirarse como en su germen aquí, cuando se planta en medio de estas encrucijadas donde se reunen caminos apenas trazados por entre bosques que desde la creacion no profanó la mano del hombre. Considera pues de este modo nuestras tabernas y lejos de irlas a comparar con las famosas de Londres, ó con el *Rocher de Cancule*, ú otros parajes de delicias, encontrarás que son las que necesitamos, y lo que probablemente después nos dará las cosas que tu echas tanto menos, porqué yo tuve la fortuna de hacértelas conocer antes que pudieras tener idea de tu propia casa.

No dejó de hacer alguna mella este discurso del arrepentido papí en el preocupado joven; yo no sé si habría algo que contestar á la *ojeada filosófica* de aquel sobre nuestras tabernas; es menester confesar que existía alguna verdad en cuanto dijo, y que no fué inoportuno hacer á su redrojo estas observaciones aunque no fuera mas que porqué empezase á penetrar dos cosas que cuestan mucho trabajo á un muchacho: á saber que era posible que se equivocara, y factible de que acertase un viejo con un lebiton mal cortado.

Ya gritaba Da. Marcela, quizás nada mas que por gritar, ó porqué con efecto se iba haciendo tarde, y á poco, reunidos todos y enganchados los quitrines, montaron alegremente, y marchó la caravana á unas cuantas leguas de allí, al cafetal de... donde era preciso que parasen porqué siempre lo hacían, y ahora mucho mas, que los dueños estaban en la finca, y eran mucho de la familia de D. Vicente; y además por mostrar un cafetal al niño: cosa con que pensaban sorprenderle, y no sin razon, si es que á un entusiasta prevenido con ciertas ideas,

pudiera sacársele de su obstinacion á tres tirones. Declinaba la fuerza del sol, y recobraba aliento un vientecillo del este que agitaba blandamente las ramas de las matas, y refrescaba alegremente á nuestros viajeros: el terreno variaba de escena á cada momento; ya presentaba un risco verdoso con algunos árboles acopados y semejantes á los de Europa, y el *llamado* camino real, al qué con mas razon pudiera añadírsele ***de palomas***, corría al lado de estos montecillos hasta la orilla de un arroyuelo de pocas, pero limpias aguas, con las orillas adornadas de copudos troncos y enredados bejucos, sin faltar alguna casilla cubierta de guano á cuya puerta se espone tal cual naranja empolvada, de venta, y algun lánguido y amarillento, pero azucarado plátano: una mulatilla que vende, un perro que ladra, y el pobre negro que chapea allá en el fondo, cubierto de andrajos, pero con la cachimba humeando, consuelo de sus trabajos y de sus fatigas; completan el cuadro, que subsiste lento, perenne, en contraposicion de los lijeros carruajes que pasan como una exhalacion y se pierden allá en el horizonte en una nube de polvo. Ya se encuentra una gigantesca ceiba rodeada de multitud de palmas como tropas de aquel erguido caudillo agitando sus ramas como brazos, y resonando desde una larga distancia, mientras mas se arreciaba la brisa que casi iba transformándose en un brisote largo, no sin algun susto de Da. Marcela que temía mucho á los temporales y principalmente por la delicadeza de sus nervios.

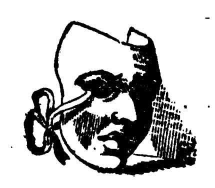
Dejémoslos llegar en paz al cafetal; su viaje fué mas corto que nuestra relacion.

EXTASIS
DE LOS JUGADORES.

Había en la ciudad de.... un hombre que á pesar de tener un buen fondo de alma y ser por demás político y afable, se hallaba dominado enteramente por el vicio del juego. Después de haber desperdiciado todo su caudal y malbaratado la dote

de su mujer, el gobernador de aquellos lugares, queriendo, por motivos que ignoramos, favorecerle, le confirió el destino de capitan de un partido cerca de la capital. Le llamó antes á si, y le persuadió de que debía contenerse en su maldito vicio y mudar enteramente de vida para ser feliz: se dió por convencido el presunto capitan y en union de su mujer partió al lugar de su jurisdiccion. Desde el primer dia arengó solemnemente á sus moradores, previniéndoles con particularidad que se abstuviesen del juego so pena de los mayores castigos: todos estaban admirados y él mismo de buena fé se creyó cambiado; pero al cabo de un mes, empezó á echar de menos su diversion, y ya se arrepentía de sus mismas providencias, cuando supo que en una de las casas del pueblo se jugaba con mucho sigilo; mandó traer á su presencia al banquero, quien creyendo encontrar un juez severo, llegó temblando; pero fué recibido con la mayor amabilidad: el capitan le participó, que quería ser uno de los jugadores, con tal de que no se supiese, y partieron ambos al garito indicado.

A él fué por muchas noches nuestro hombre, considerándose ya feliz con aquel desahogo, que así le llamaba, después de las penosas fatigas de su empleo. Una ocasion en que se hallaban todos los de la mesa ocupados en un albur interesante, en aquel momento en que no se oye sino el resuello comprimido del jugador y el sonido de las cartas al pasar por entre las manos del banquero, entró en la sala un pillo (segun me parece, mas por maldad que por ignorancia) gritando: *¡El capitan, que viene el capitan!* Sucedió, que hallándose muy ofuscados los jugadores, corrieron todos para un lado y otro, sorprendidos y sin acordarse de que el capitan estaba entre ellos; el cual tambien se metió bajo la mesa, temblando: tanto absorve lossentidos ese maldito vicio.—Pero reflexionando un poco, salió de su escondrijo. gritándo á susatónitos compañeros: "No teman ustedes, señores, que yo soy el capitan."



SECCION CUARTA.

POESIA.

A TERSA

QUE

ME ABANDONÓ POR OTRO AMANTE.

Oh tú á quien tierno el corazon amante
rindió en la tierra adoracion impía,
tú mi delicia, mi universo un dia
y de mi pecho la deidad reinante:

No esperes, no, que en tan aciago instante
emponzoñar pretenda tu alegría;
pueda por siempre la fortuna pía
generosa en servirte ser constante.

Que si el mundo perdió para mis ojos
su hechicera ilusion y su hermosura
por ser el signo de mi adversa suerte;

No llegaron á tanto sus enojos
que del alma arrancando la ternura
me privasen de amarte hasta la muerte.

L. de A.

LA PROMESA.

Yo tranquilo viví, sin tí tranquilo
al humilde sepulcro habría bajado
sin sentir otro amor : tú me rendiste
y en mi cándido pecho has colocado
una hoguera inmortal. Te miro apenas
y arde mi corazon, y se dilata
presurosa la sangre por mis venas
cual torrente encendido que arrebata
cuanto encuentra al pasar. Lloro y padezco
y en perenne inquietud por tí deliro,
me acerco á tí temblando y me enageno
y fuego entonces sin cesar respiro,
el fuego abrasador de que estoy lleno.

Tórname hermosa mi quietud primera
ó premia esta pasion devoradora ,
que el cielo tantas gracias no te diera
para hacer infeliz á quien te adora.

Ni hay dicha alguna que al amor ardiente
no deba su atractivo, y ¡desdichado
el mortal que insensible al placer siente
dentro del pecho el corazon helado !

Yo tierno sabré amarte mientras quede
un destello de vida entre mi seno
y si en la tumba amor penetrar puede
aun en la tumba te amará Fileno.

FILENO.

EPIGRAMA.

El que á mi estudio venía
para corregir sus versos
tan malos y tan perversos
que ninguno los leía :
Diz que en muy breves instantes
se ha vuelto crítico mio ;
pero yo de esto me rio ,
como de sus versos antes.

AL VINO.

"Cual hermanos las pláeidas copas
á los labios, oh amigos llevad,
y beodos á Baco cantando
al olvido las penas lanzad."

Si es verdad que es amor delicioso
cuando quiere mostrarse hechicero,
para un gusto despótico y fiero
mil tormentos nos hace apurar:
no así Baco que siempre festivo
cuando otorga sus gratos favores
nunca airado entre amargos dolores
se complace en quererlos brindar.
"Cual hermanos, &c."

Aunque á amor ensalzemos humildes
ponderando su grata dulzura
los que el pecho inundado en ternura
vasallaje rendimos á Amor;
no por eso olvidemos á Baco
esquivando su néctar divino;
aplaudamos, oh amigos, el vino;
¿qué otra cosa en el mundo mejor?
"Cual hermanos, &c."

Por el vino brindemos gustosos,
viva el néctar que templa las penas,
viva el néctar que en dichas serenas
la amargura convierte y dolor.
Viva el néctar que embota los dardos
con que hiere la muerte sangrienta,
viva el néctar que grato alimenta
la ternura, el placer y el valor.
"Cual hermanos, &c."

Por el vino alentado el amante
sus cobardes temores depone
y á su amada sus ansias espone
cual lo hiciera el mejor orador.
El que adore la dulce elocuencia,
quien admire su célico fuego
á los aires la copa alze, luego
y al dios Baco tribute loor.
"Cual hermanos, &c."

Por el vino entusiasta el patriota
iracundo á la lid se abalanza
y cual Marte blandiendo la lanza
la victoria avasalla á su ardor.
Quien á todo la patria anteponga
y con sangre librara su templo
que ferviente imitando mi ejemplo
himno á Baco consagre de amor.
"Cual hermanos, &c."

Pues el vino la tierra embellece
y estermina el pesar horroroso,
su poder ensalzemos hermoso;
siga á un trago otro trago mayor.
No espereis que la estrofa termine;
que resuene el tin tin de las copas,
y que vuelen después á las bocas:
¡gloria eterna al primer viñador!

"Cual hermanos las plácidas copas"
á los labios, oh amigos llevad,
y beodos á Baco cantando
al olvido las penas lanzad."

EL MEDITERRANEO.

¡Ay cuan feliz te contemplé otros dias
mar, que las costas de mi patria azotas,
cuando tus olas, plácidas tendías
sobre la orilla donde yo jugué!

Tiempo feliz, que ya fué
en que mariscos buscaba,
y un ola que me alcanzaba
venía á mojarme el pié.

Me agradában tus aguas bullidoras,
las guijas arrastrando á la ribera;
me agradaban las olas bramadoras,
estallando en un árido peñon.

¡Ay! vuelva á escuchar su son
y alegre mi cantilena
desde la costa agarena
irá al golfo de Lion.

Mar de mi patria que el canto
de un trovador has oído,
un trovador afligido
hoy te tributa su llanto.

Dichoso aquel que la cancion primera
en sus natales playas entonó
y moribundo su laud dejó
al lado de su cuna en la ribera.

¿Qué le sirve á un desterrado
cruzar tierras, salvar mares,
si lejos de sus hogares
no hay un objeto adorado?

Ver la estension de la tierra
con sus ciudades sin fin,
y de confin á confin
las islas que el mar encierra?

Abrasados seborucos
en colonias abrasadas,
odaliscas perfumadas
que custodian los eunucos?

El templo de Salomon
de dorados capiteles,
el circo do los infieles
aguijaban su bridon?

El pico inmenso, altanero
de Tenerife que un dia
sirviera de norte y guía
al valiente marinero?

Y los escombros de Grecia
y el sepulcro de Escipion,
y el decantado Leon
y máscaras de Venecia?

Y el trono do de la nada
Catalina Howard subió,
y el jubon que ensangrentó
su cabeza mutilada?

Y la arrogante nacion
que al rumor de sus tambores

en pendon de tres colores
trocó su blanco pendon?

Dichoso aquel que la cancion primera
en sus nativas playas entonó
y moribundo su laud dejó
al lado de su cuna en la ribera.

¡A Dios, Gibraltar,
robado tesoro
arenas del moro
que arrulla la mar!

Seguid con las olas
no os quedeis atrás,
costas españolas
ya no os veré mas!

No por vez postrera
Me es dado besar
la tierra primera
que oyó mi cantar:

Seguid con las olas
no os quedeis atrás
costas españolas
ya no os veré mas.

Dichoso aquel que la cancion primera
en sus nativas playas entonó,
y moribundo su laud dejó
al lado de su cuna en la ribera.

¡Ay! cruzando el proceloso estrecho
de dos inmensos piélagos barrera,
dos veces aparté dolido el pecho
mis tristes ojos del país natal.

Por impulso natural
luego miré por la popa,
solo ví en la mar de Europa....
una estela, un arenal.

A. RIBOT.

A bordo del Guadalete frente Algeciras, año 183[illegible]

SECCION QUINTA.

VARIEDADES.

UNA CRUZ NEGRA.

I.

Había ido á pasar una temporada en el cafetal de un amigo entre el Bejucal y S. Antonio. Estábamos á fines del mes de febrero, época de la *escojida* de la cosecha; y por supuesto, el ruido del *aventador* algunas mañanas, el ladrido de los perros todo el dia, el *pascual, pascual* de las gallinas de guinea perennemente, y la *negrada* al rededor de una mesa larga, por las noches, apartando grano á grano el café que debía remitirse á la ciudad, eran los únicos monótonos entretenimientos que brindaba la finca. Porqué los bailes de la pascua, aquellas brillantes y placenteras reuniones en los mas de los cafetales, las carreras en carruaje y á la luna por entre las tendidas guarda-rayas, habían desaparecido con los aguinaldos. Desde mediados de enero habíamos visto con harto desconsuelo volver infinidad de quitrines cargados con las preciosas habaneras, llenas de tierra colorada y quemaditas del sol,—dejando tras sí la tristeza, el aislamiento y la monotonía en que caen estos sitios del campo cuando pasa la diversion que les dió vida y novedad.

Mi amigo vivía solo; esta circunstancia, por de contado, hacía que fuera mas triste su morada. Después de comer, dar una vuelta por las guarda-rayas, ver la lozanía y gentileza de los cafetos, y aquellas hermosas calles de palmas y limoneros —¿qué hacer del tiempo restante mientras venía la noche coronada de estrellas, con sus brisas suaves y embalsamadas? ¡Oh! era cosa de morirse de tedio.

Estando á la mesa un dia, en que la tarde se presentaba de grana y oro vestida, como acontece casi siempre en la tierra llana por esos meses, aburrido mas que nunca, dije á mi amigo.

—¿Por ventura, no tienes por estas comarcas alguna familia conocida en cuya casa y buena compañía pasemos la velada, que segun las apariencias va á ser agradable como haya jóvenes con quíenes platicar un rato? Porqué te digo con verdad que tu finca tan solitaria y apartada, donde no veo mas que dos caras blancas, la del mayoral y la tuya, que no son tan lindas que digamos, me trae de mal humor y caviloso. Yo no creo que me hayas traído aquí para matarme de tristeza. Tú sueles tomar el portante cuando se te antoja, dejándome á manos de mis imaginaciones entregado, que nunca pueden ser alegres, donde no bulle una cabeza de mujer, ni un rizo, ni un zarcillo.—

No me respondió palabra; sino que llamando al caballerizo, mandole aparejar dos caballos. Cuando estuvieron listos, hízome señas de que montara, y partimos en silencio. Salimos de sus terrenos y desembocamos muy luego en el camino ancho entre dos cercas de piedra. Llegados que hubimos al punto en que aquel se dividía en dos, después de haber dado muchos rodeos, doblamos á la izquierda; y á poco mas, estábamos al frente de la graciosa *portada* corintia de un cafetal; y pasando por bajo de ella, hasta las casas de vivienda, presentósenos un agil *criollo* que recibió y ató nuestras cabalgaduras. Ya en el colgadizo, mi amigo cojiéndome por el brazo me dijo:

—Vas á ver cuatro caras de cielo, pero con almas del todo distintas. Los dos somos de la tierra, y con almas al parecer de un mismo temple: así nos divertiremos, pero sobre todo te encargo que no te muestres encojido; habla lo que puedas, mas con moderacion, y cuenta con echar á rodar esas que tú llamas preocupaciones de prosapias y linajes, de que aquí se hace mucho caso. Figúrate que mi apellido me ha abierto las puer-

tas, y no te digo mas. Estas son gentes de tono, etiqueteras, de bambolla, aunque de acendradas virtudes y además de muy fina educacion.

—Corriente, le contesté. No haya pena que yo me desboque, ni mucho menos que me quede mudo. Cuando se va por primera vez á una casa desconocida, lo sé, siempre es bueno esplicarse un poco, siquiera porqué le oigan la voz, en particular las muchachas, que quieren adivinar por el metal de ella, los sentimientos del individuo. En cuanto á lo de linajes y pergaminos, no creo que se ofrecerá motivo de conversacion.

—Si tal: y tu apellido contribuirá á ello poderosamente.

—¿En que manera? Sepamos.

—Mi intencion es presentarte esta noche con todas las formalidades de estilo....

—Bien está.

—Y yo tendré que nombrarte por tu nombre y apellido...

—Ya se vé.

—Y tu apellido....

—Acaba, ¿qué tiene mi apellido, hombre?

—Que es.... No te lo quería decir.

—Que es Martinez. ¿Y eso?

—Eso es cosa muy vulgar. No hay arriero, ni mayoralito que no se llame Martinez.

Al oir semejante despropósito, no pude contener la carcajada, que reventó metiendo mas ruido de lo que él quisiera, de modo, que azorados algunos perros que andaban por allí, empezaron á ladrarnos con furia.

—¿Lo ves? me repuso el amigo, agarrándome por el hombro y sacudiéndome fuertemente. No hay otro remedio, para entrar en esta casa has de mudar de apellido.

—Estamos frescos! Pero si no hay otro rèmedio, bautízame á tu antojo, aunque nos valga una escomunion, tan grave pecado. ¿Con que, si no se ofrece otra cosa...?

—Ninguna. Yo te nombraré en alta voz, para que lo tengas presente, te llamarás.... *Sansueña.*

—Adelante: y cristo con todos. Pasamos á la sala donde ya nos esperaba parte de la familia en el estrado, que por sus arreos y delicadeza de los adornos, señaladamente las muchachas, y por el lujo y esquisito gusto de los muebles, á fé que no tendrían nada que envidiar á las mejores casas de la Habana

Bien es verdad que parecía un palacio, á juzgar por su hermosa fachada, sus galerías interiores, los arcos y vidrieras de color de sus ventanas, lo espacioso de sus aposentos, casi todos iluminados por una bomba ó un farol, las cuadras y jardines que le decoraban y circuían al fondo.

Dije que nos esperaba parte de la familia en la sala, porqué segun me había informado el amigo, solo las muchachas eran cuatro, sin contar con los hermanos; y de ellas no ví mas que tres en los sillones. Los padres ya entrados en años, estaban en el sofá, y nos recibieron con la mayor cortesanía, convidándonos al mismo tiempo á tomar asiento, frente por frente de las señoritas, por no haber otros allí á mano, dispuestos para el caso, lo que no me sentó bien Mientras nos hacíamos los cumplimientos de estilo, y mientras me bautizaban con el estrambótico apellido de Sansueña, apareció por los aposentos, al parecer la menor de las cuatro muchachas, tan modestamente vestida de blanco, de tan apacible rostro, y con tal sencillez peinada, que la imaginé un ángel del celeste coro. Pusímonos al instante de pié, para contestar como se debía á el gracioso saludo que nos hizo; de cuya coyuntura se prevalió mi amigo, dándola de cortés y bien criado, para ofrecerle su asiento que ella aceptó sin hacerse de rogar. Luego todos se sentaron, y yo conservé por buen espacio la misma postura: tal estaba de aturdido. Advirtiéndolo la madre, políticamente me mandó sentar; y me dejé caer en la silla, ignorante aun de lo que pasaba en mi imaginacion. Poco á poco fué refrescándose mi cabeza, de suerte que cuando pude distinguir claro los objetos, con agradable sorpresa me encontré con la cándida niña á mi derecha, fijos sus negros ojos en la hermana que se le seguía en edad, la cual estaba enfrente en interesante plática enredada con mi amigo que sin curarse de los demás, ocupaba su izquierda.

Algunos momentos después la conversacion se hizo general, y tuve oportunidad de dar rienda suelta á mi genio observador; haciendo en la apariencia del encojido, á pesar de las instrucciones que me habían dado.

A la madre la juzgué de un carácter mudable, bueno en el fondo, si bien sus dengues é histérico, de que era inequívoca prueba su risa de enfermiza, la hacían aparecer como fácil de enojarse por cualquier cosa: al revés del padre cuya fisonomía mazorral y dura, daba indicios de tener un genio áspero, pronto, seco, aunque disfrazado bajo el falso vestido de una cortesía

aprendida. De las hijas, la mayor, que se escuchaba á sí misma al hablar presumiendo de mujer entendida, la noté de vana é irascible, no obstan te su empeño de cubrirse con la piel de la oveja; demás de esto, su rostro ya no era.....es decir, que con los quince perdió la gracia. La segunda me pareció entusiasta á veces, otras loca, orgullosa, y engreida en su hermosura cuan do mas quería disimularlo, aparentando despreocupacion y popularidad. La tercera que siempre se sonreía á medias, y bajaba los ojos, y se ponía coloradita, cuando mi amigo le decía ciertas cosas, que no tengo para que ponerlas en letra de molde, la gradué de enamorada y dulce; pero sin que dejemos en el tintero su amor-propio, que era antes que la pasion, por lo que habían influido en su índole, buena en su orígen, las ideas rancias de linajes, nobleza, y otras de esta calaña; las cuales, que mas que menos, se veían asomar en el semblante altanero de toda la familia.

En cuanto á la última, la menor, la que estaba á mi derecha tan lánguidamente recostada, merece párrafo á parte ¡Ah! Era bella y pura como un ángel: pero no vaya á creer mi buen lector, que hablo apasionado, nada menos que eso.—Difícilmente pudiera hacer un bosquejo de su alma, oculta casi siempre bajo el velo de una modestia encantadora, descubriéndose apenas al través de sus negros y luengos párpados, brillando como un relámpago en su frente serena y levantada, retozando á veces en dos rizos que le caían por el cuello abajo. Con todo, me atrevo á afirmar por lo que supe despues, y por lo que entonces pude adivinar, que era inocente, apasionada y sensible en demasía; pero habrá luchado mucho tiempo contra sus afectos y las preocupaciones de su familia; en testimonio de lo cual, aun conservaba por todo su semblante estendida una sombra de melancolía, como si aquellos hubieran vencido alguna vez.

Mi principal empeño al principio se redujo á obligarla á hablar, no mas que para oir su voz, y ver como salía por aquella garganta de cisne. No me costó gran trabajo, porqué siendo jóven de educacion, y claro entendimiento, no se desdeñaba de enredarse en una lícita, familiar conversacion con un hombre, aunque le veía por la primera vez, y aunque entonces no se sintiese con las mejores disposiciones para discurrir con el tino y facilidad que piden los diversos asuntos que se tratan en nuestras reuniones campestres, y en las de la Habana.

He dicho, aunque no se sintiese con las mejores disposiciones, porqué noté en su mustio semblante, por mas que quería disimularlo su fina cortesía, no sé que aire de preocupacion, cual si sojuzgada su alma por una pena cruel, luchase en vano por conservar la memoria y el entendimiento espeditos, para entenderme y esplicarse conmigo, sin molestas repeticiones, que siempre harían lánguida y cansada nuestra conversacion. Tuve hasta la indiscrecion de decírselo, y la niña, mirándome con notable estrañeza, pero sin dar á conocer que le había ofendido mi observacion....—"Yo he padecido mucho, me dijo tristemente y con cautela. Desde muy temprano aprendí á llorar y á gemir. Pero ya estoy buena."—Y le dió con destreza diferente rumbo á la especie de que hablábamos. Sin embargo, hasta este instante no conocí, todo lo que se encerraba en aquella jóven singular. Sus ojos, valiéndonos de la valiente espresion de Hugo Fóscolo, cuando estaba serena, parecía que *nadaban en el placer;* mas al contrario, cuando apenada, que fué precisamente en el momento de decirme,—pero ya estoy buena,—contradicion notable entre sus palabras y su corazon; bien se advertía que no nadaban en el placer, sino en un mar de salobres lágrimas y de dolores.

La que siempre tomaba carta de mas en todas las conversaciones, era la mayor, cuyo nombre, si no me engaña mi memoria, era el de Catalina, máxime cuando rodaba sobre las ingratitudes de los pícaros hombres, sobre quejas, ó cosa semejante; á lo que daba mayor pábulo la tercera, llamada Inés, por bajo de cuerda, como suele decirse, tirándole del vestido, y echándole unos ojos á mi amigo, que se lo quería comer. La segunda nombrada Rosa, en estos casos, parece que no tenía oidos, ni ojos, porqué se mostraba tan indiferente, tan desasosegada, que tocaba en la raya de la locura, de la insustancialidad, por no decir otra cosa. Empeñada en este sentido la plática, fuera del alcance de mi jurisdiccion de *presentado*, donde tampoco me era dado entrometerme y correr con desembarazo, y mas que todo porqué reparé en el aprieto en que se hallaba mi amigo, puesto que aunque buen mozo, no era fiel caballero que digamos, con trabajo y maña le dí un corte, preguntando á las muchachas que donde habían bailado las pascuas—En S. Marcos estuvimos tres ocasiones, me contestaron dos de ellas á la vez.

—Buenos bailes se dan allí, repuse yo.

—Es verdad, añadió Catalina, pero hoy han decaído mucho.

—Sin embargo, todavía conserva y conservará la preponderancia sobre los demás sitios de temporadas en las pascuas floridas, al menos mientras esté acumulada en sus hermosos campos la riqueza agrícola de la isla de Cuba.

—¡Ah! Ya no es ni la sombra de lo que fué. Si usted hubiera estado este año, se convencería de la verdad de lo que le digo. Crea usted, que nos atrevimos á ir tres veces, por empeño de una tia nuestra que tiene un cafetal allí cerca y nos vino á buscar.

—Es lástima, porqué en ningun pueblo de campo se han dado tan buenos bailes como en S. Marcos. Allí concurría toda la nobleza y la hermosura de la Habana, ataviadas con la elegancia y el lujo, que quizá no ostentan en la misma capital. Como el jardin de Cuba, era el mas apropósito y digno de servir á los saraos campestres: motivo mayor para sentir su decadencia y abandono.

—Que se ha de hacer.

—En mi conciencia, la causa de un desamparo tan notable, cuanto sensible, no es otra que la prohibicion del juego. El juego....

—¡Qué disparate! esclamó Catalina cortándome la palabra con aire de enfado y alterada voz. No diga vd. eso, caballero. La culpa no está en la prohibicion del juego sino en que viendo en su principio unos bailes, como vd. antes ha dicho, donde se reunían la nobleza y la hermosura, hoy sucede todo lo contrario, y los *cafetalistas* prefieren dar sus saraos en sus propias fincas, como que de este modo, no asisten sino las personas muy conocidas y que lo merecen. Desengáñese vd., caballero: el *quid* no está en la prohibicion del juego, ni podía estar nunca.

¿Porque salió esta palabra fatal de mis labios? palabra que como la piedra en manos de un muchacho levantó un avispero. ¿Acaso yo mentaba la soga en casa del ahorcado? Nada de eso. ¿Entonces, que especie de veneno contenía una simple voz alegada para probar la causa de un efecto? Ningun otro, sino el de que estaba en abierta oposicion con los principios que profesaba aquella familia: principios cuyos fundamentos no descansaban por cierto en una verdad moral, antes al contrario en el orgullo de clases, llevado mas allá de lo justo y de lo verdaderamente noble, que cae en el dominio de lo ridículo.

¿Pues no es bueno que la palabra "juego" sacó al padre del fondo de su asiento, sumido en muelle postura, hizo sonreir irónicamente á la dengosa mamá, y alborotó á las muchachas, que todas y en un punto empezaron á charlar como unas cotorras, olvidando la Inés á mi amigo, que inútilmente quería llamarle la atencion á tirones de vestido, y despaviló hasta la tristonaza niña de mi derecha?—¿Esta es la gente de acendradas virtudes y muy fina educacion? dije yo para mi capote mientras escampaba.

Mi rostro encendido y mi turbacion, dieron bastante á entender cuanto me había ofendido la indiscreta oposicion que habían mostrado, y cuanto me pesaba de haber vertido una palabra, que jamás pudo tener otro peso, que el de simple opinion de un particular; pero bien se echaba de ver, que ni ellas pudieron moderarse, ni yo reprimir el enojo—¿Qué tal si mi amigo les hubiera dicho mi verdadero apellido? fué la reflexion que me ocurrió.

La madre, como mujer de mas prudencia y sagaz, quiso reparar de pronto el daño, y llamó la conversacion á las cosas del Bejucal. Por este terreno á fuer de nuevo y florido, posible es figurarse si correría con facilidad nuestra imaginacion, en semejantes casos romancesca, por decirlo así, y si la Catalina haría esfuerzos por cambiar de tono y de semblante, mayormente cuando los ojos y la voz de la madre, la reprendían de la indiscrecion que conmigo había usado. Hablose por supuesto del ferro-carril, el cual le había vuelto toda su preponderancia antigua á el Bejucal, que desde el gobierno de D. Luis de las Casas acá, no se había visto tan favorecido, como las pascuas que pasaron.—"¡Pero qué sustos hemos tenido con los tales coches, impelidos por vapor! esclamó la buena señora. No se la perdono por cierto al director del camino de hierro. Figúrese vd. que precisamente cuando yo esperaba mi niña de la Habana (señalándome para la melancólica de mi derecha,) supe que se habían volcado los coches, estropeándose casi todos los pasajeros: á ella se le puso en la cabeza estrenarlos.

—Nosotras la esperábamos, ya dispuestas para el baile, que se daba aquella noche, añadió Catalina.

Entonces, sin pretenderlo, me enteré de mucha parte de la historia de la niña entristecida, cuyo nombre y sucesos, que aun ignoraba, excitaron vivamente mi curiosidad. Era la mas jóven, la mas hermosa, la mas inocente y modesta de las her-

manas, y sin embargo á juzgar por su rostro marchito, pálido, nadie diría sino que la suerte le había sido menos propicia que á las otras. Semejante á algunas flores que por su olor y su hermosura excitan el interés de las mujeres y de todos los que las miran, su vida y sus placeres debían ser tan efímeros como ellas.—¡Dichoso el hombre que haga palpitar su corazon por la primera vez! Desgraciada de ella, que nació para gemir!—dije yo comtemplando su lánguida cabeza dulcemente inclinada sobre el pecho.

Tambien me enteré entonces, de la resolucion tomada por la familia, que la quería con delirio, por ser la menor (l'enfant gaté), de enviarla á la Habana, para distraerle una *preocupacion* de ánimo que la consumía.

—"No ha visto vd. jamás, Señor de Sansueña, una niña mas preocupada, mas *chiqueona*, me decía la madre, acariciándola. ¿Qué quiere vd.? es el ídolo de mi vejez. ¿Pues no había dado en la manía de creer que la vida del campo era la mas triste que puede imaginarse? A vd. no le parece la mas alegre, caballero? Vd. puede decirlo, que vive en la Habana, y habrá esperimentado de todo. ¿No es verdad que aquí se disfrutan de mas puros placeres y de mejor salud, que en la ciudad?

—¿Quien lo duda, señora? contesté yo, que adivinaba harto bien el objeto de las preguntas de la madre. Y si no ¿por qué huimos de la ciudad siempre que las ocupaciones nos lo permiten, para meternos en el monte?

—Ahí tienes, niña. Mira si es cierto cuanto nosotros te decimos á cada rato. La tristeza y la soledad del campo, no existen mas que en tu cabeza. Vea vd., las otras hermanas, caballero, ni se acuerdan de la Habana siquiera. ¿En qué consiste esta diferencia? En su carácter mudable, es claro: porqué vd. no ha visto otra muchacha mas novelera y caprichosa que ella.

Estraño modo, en verdad, de curar á un loco, diciéndole que lo es á cada paso. Los padecimientos morales, no se curan ciertamente con conocidas admoniciones; un método semejante, está probado, que antes contribuye á exasperar al paciente que á otra cosa. Asaz fino tacto y mucha discrecion, se requiere, en quien se echa encima el difícil encargo de hacer sonreir el espíritu triste de una jóven, sensible y apasionada, que por su misma juventud y sensibilidad, todo le asusta, todo le conmueve; mayormente esta de que hablamos, tan mimada

y tan querida de sus padres, tímida y débil como un tierno corderito. A ciertos enfermos, como á los muchachos, es preciso administrarles la píldora envuelta en dulce, si se quiere que la traguen sin hastío, y que les obre el efecto deseado.

Por último, siendo ya tarde, nos despedimos; pasé por D. Fulano Sansueña; me ofrecieron la casa, y marchamos. Había una luna clara, hermosísima. Jamás este astro ha alumbrado escena tan grandiosa, como la que ofrecían aquellos cafetales de la tierra llana, sobre cuyos iguales y preciosos cafetos, descollaban ya un grupo de palmas, ya una guarda-raya de mangos, ya un lúgubre ciprés, ya una calle de naranjos: ahora unos miserables y oscuros bohíos, ahora un palacio que destacaba de las sombras su gracioso pórtico blanco: todo esto como encantado, visto de paso á la carrera del caballo, y reinando por todas partes una calma profunda: mágico panorama cuya vista embeleza y transforma al entusiasta observador en vision, ó espíritu que se figura estar vagando por otro paraíso, donde le adormecen los perfumes, si le enamora el prodigioso espectáculo. Hay además cierta virtud narcótica en esos mismos perfumes, cierto poder invisible, si puedo esplicarme así, en la atmósfera de aquella tierra mirada por la luna, que á un tiempo ataca á los sentidos esteriores, como á los del espíritu.

Yo no sé si á todos acontece lo mismo; pero de mí puedo decir, que de tal modo me embelesaron y me rindieron, que cual si estuviera magnetizado, perdí las fuerzas, juntamente con el conocimiento.—No es mucho, pues, que en aquella noche encantada, ya por esto, como porqué estrañas y revueltas imaginaciones ocupaban mi mente, no supiese dirigir el caballo, ni atinase á obligarle con la espuela, si bien de brios y lozano, sin necesidad de apremio seguía á buen paso al que montaba mi amigo llevando la delantera. Mas de improviso, sin saber como ni cuando, pegó un rechazo y un bufido terrible, y dió á correr por entre aquellas cercas de piedra, que parecía una exhalacion. Afortunadamente no perdí los estribos, aunque se me escaparon las bridas; y agarrándome de las crines, y clavándole las espuelas con el ahinco de sostenerme, si bien él corría, mejor yo me sujetaba, con el temor muy natural, de medir el suelo con las costillas, porqué no soy un gran jinete, y con mas priesa de la que quisiera llegué á las puertas del cafetal, pues la bestia no había olvidado su que-

rencia ó caballeriza, perdiendo yo en la carrera el sombrero, juntamente con el pañuelo y la corbata.

Mi amigo llegó poco después asustadísimo, que había corrido en vano en mi alcance, y me preguntó desde lejos á grandes voces:

—¿Qué ha sido eso?

—Qué ha de ser, camarada, respondí casi sin aliento, que ahora acabo de nacer. No sé como no me ha deshecho sobre las cercas de piedra, el maldito caballo.

—¿Pero de qué provino su espanto, Sansueña?

—Que sé yo. Venía tan distraído, que cuando apelé á las bridas, ya no las pude alcanzar, ni mucho menos impedir su escape. Me persuado ahora, que lo que causó su espanto fué un pájaro que estaba posando en uno de los trozos de la *Cruz negra* á la orilla derecha del camino, el cual levantó el vuelo á tiempo que yo pasaba. Y no me queda duda, porqué sentí el ruido de sus alas,cuando el caballo pegó el rechazo. ¡Si estoy vivo, y no lo quiero creer! Hombre! ¿Pues no es bueno que las gentes se complazcan en situar por todas partes esos signos de muerte? Mas amigo ¿qué significa una cruz tan grande pintada de negro puesta en el tronco de una palma á orillas de un camino real? ¿Quiéres decirme, si sabes?

—Filósofo estás. Ja! ja! ja! Déjame reir por Dios; ya que afortunadamente el caballo no te arrojó por las orejas. Ven, tomaremos café. Y mientras nos asalta el sueño charlaremos un rato. ¡Con que tú quisieras que no pusieran mas cruces por los caminos? ¡Estraña ocurrencia! Ven. En la cama hablaremos sobre el asunto. Necesitas de reposo. ¡Cual te late el corazon! Ja! ja! ja! Mira. Si te hubiera matado allí el caballo, hubiéramos tenido que elevar por tí otra cruz en el mismo sitio. Y ved aquí el porqué de poner las cruces á orillas de los caminos.—¿Segun eso, le dije, la *Cruz negra* de que hablamos, es el sepulcro de algun infeliz?

—Quien lo duda.

—¿Y tú sabrás su historia y sus desgracias, por supuesto?

—¿Ya querrás componer algun cuento? no! y tambien ¿pretenderás que yo te informe? Pues hijo, no estoy ahora para el paso.

—Es preciso que lo estés: para pasar el susto necesito que me distraigas un poco, con alguna relacion de las muchas que tú sabes, en especial con esa de la *Cruz negra* que ha despertado vivamente mi curiosidad.

—Dejémoslo para mañana, si te parece. Ahora nos tiene mas cuenta dormir.

En efecto ya él se había metido en su mullida cama con ricas colgaduras, pues mi amigo no era hombre que se dejase molestar ni por los mosquitos; y aunque célibe, y de recia complexion, solía darse una vida de príncipe, que en nuestra lengua quiere tanto decir como holgazan. Medio embozado entre las sábanas, atisbando que yo aun permanecía sentado sobre la barra, me dijo:—¿Qué es eso, buen Sansueña? Estás pensando en la *Cruz negra* ó en las muchachas que acabamos de ver? Mira: mas poderosos motivos que tú tenía yo para pensar en ambas cosas, y sin embargo, ya ves cuan dispuesto estoy á roncar, con que no hay mas, sino que te tiendas á la larga, que mañana será otro dia, como dijo aquel.

—No tengo sueño, contesté yo, cabisbajo y meditativo.

—¿Cuál de las muchachas te gusta mas? añadió con vos trabajosa.

—La mas jóven. Aquella tristonaza vestida de blanco.

—¡Ah! ¡Josefita! Qué romántico eres! La vida de esa muchacha tiene mucha relacion con la *Cruz negra.* Allí mismo mataron á un jóven que.... Buenas.... noches.....

—No te duermas, le grité yendo para su cama con ánimo de hacerle levantar. Si no te pones en pié en este momento, y me cuentas lo que hay con respecto á la *Cruz negra* y la niña melancólica, te prometo, que no has de dormir esta noche.

—¡Te quieres ir á pasear! Mañana...mañana, si Dios fuere servido. Déjame. ¡Anda con mil diablos! añadió enojado, viendo que yo no cedía. ¿Tan precisado estás? Mira, camueso, puesto que no tienes sueño, coje la vela y abre mi cómoda. En una de las gaveticas del escritorio, encontrarás una porcion de cartas, léelas con cuidado, que ellas te enterarán mejor de lo que yo pudiera, de la muerte del jóven, de la *Cruz negra,* de la muchacha, y de un.... que cargue contigo.

Y sin mas cojí la vela, abrí la cómoda, desenvolví papeles y me puse á leer.... (*Continuará.*)

IMPROVISACION

Y

ESTILO.

Nunca lograremos la improvisacion sin haber hecho de antemano un acopio suficiente de fuerzas, por medio de largas y pacientes meditaciones; pero si llega á desarrollarse, usa de franquicias y privilegios que á ella no mas le pertenecen sin límites ni trabas. Pródiga de sus tesoros, á veces se muestra con el encanto de la familiaridad, libre, juguetona y atractiva, á veces con la impetuosidad de poderosos arranques, invocando las cosas pasadas y vistiéndolas con vivísimas imágenes: si lleva un propósito firme y cierto, suele aparentar flogedad y desvío en su carrera, como si anduviese perdida y delirante; pero de improviso concentra sus fuerzas, y se lanza veloz y sin rodeos al complemento de sus planes.

Entonces puede decirse verdaderamente que es la palabra humana sin diques ni riberas, sin mas ley que su poderío, ni mas medida que su fuerza, sacando nuevos tesoros de sus mismas propiedades, removiendo á los hombres para persuadirlos y convencerlos hasta el grado de enseñorearse de sus ánimos; pero recibiendo al mismo tiempo de ellos, de sus ojos, de su perturbacion y de su concurrencia, cierta excitacion mágica que hace circular por las venas del que habla un vigor prepotente y un entusiasmo divino.—Esa, y no otra, es la palabra viva, real, infinita, familiar, sublime, grave, irónica, ardiente, mordaz, magestuosa, cómica, simple, oratoria, lírica, demostrativa, lógica, apasionada, humana en fin, que se apodera del hombre, y sabe emplear para conquistarle, todos los modos, todas las faces, y todas las facultades de la inteligencia.

El estilo se estudia de diferente manera. Como el hombre que escribe se encuentra solo, no puede tener los impulsos ni las audacias del orador, porqué piensa lo que hace y le sobra tiempo para reflexionar. La reflexion le suministra claridad; y como todo lo ve, puede abstraer y elegir de entre sus materiales y meditaciones lo que mas le convenga. Sin embargo, estas visiones claras del entendimiento fervorizan al alma poco á poco, hasta que el hombre se anima, se enardece y puede escribir porqué se basta á sí mismo: ve á su rededor los hombres y las cosas que quiere pintar, y que sus provocaciones mentales han salido de la nada, obligando al espectro de lo pasado á que le traiga todos los documentos de que ha menester, sin despedirle hasta haberle arrancado del seno cuantos misterios trata de revelar; escribe, crea, purifica y saca de sí mismo todos los materiales que había ido acumulando.

El estilo es una eleccion meditada de antemano, y se alimenta de sacrificios lo mismo que la virtud: es el pensamiento humano espresándose en la medida del tiempo, notando las deducciones principales y omitiendo las de poca monta con un atrevimiento tanto mas grande cuanto es menos instantáneo: es el pensamiento humano acabado y elíptico al propio instante; discerniendo con un tino feliz lo que debe mostrarse, de lo que debe ser desechado; levantando un monumento que así agrade de lejos como de cerca, á los presentes como á los venideros. El estilo es la reflexion inspirada de la humanidad, estampando caractéres durables en el tiempo y en el espacio.

Es indudable que á veces columbramos al orador en el escritor; porqué si alguno tocado de la inspiracion oratoria, ó por su temperamento predispuesto, hábla delante de un auditorio numeroso, es claro que esta predisposicion no le abandonará en el silencio del gabinete, y que su estilo tendrá no pocos resabios de improvisacion; pero de seguro que nunca confundirá las dos cosas, y que solo después de haber hablado, tratará de escribir.

LA

CARTERA

CUBANA.

ABRIL.—1839.

SECCION PRIMERA.

CIENCIAS.

CONSTITUCION MEDICA PRECEDIDA DE OBSERVACIONES METEOROLÓGICAS.

MES DE FEBRER.	BAROMETRO FRANCES.			TERMOMETRO DE FAHRENHEIT.			HIGROMETRO DE SAUSSURE.		
Dias.	8 de la mañana.	2 de la tarde.	8 de la noche.	8 de la mañana.	2 de la tarde.	8 de la noche.	8 de la mañana.	2 de la tarde.	8 de la noche.
1	27 p. 70	27 p. 60	27 p. 61	71° 50	77.° 50	76.° „	63.° „	52° „	62.° „
2	„ 59	„ 58	„ 58	72 75	78 50	76 50	66 „	59 „	64 „
3	„ 80	„ 75	„ 80	71 50	75 50	75 „	67 „	59 „	63 „
4	„ 85	„ 80	„ 82	72 50	74 75	73 20	64 „	64 „	66 „
5	„ 83	„ 80	„ 82	70 50	76 „	72 „	66 „	58 „	64 „
6	„ 85	„ 80	„ 84	71 „	75 „	73 „	66 „	57 „	60 „
7	„ 82	„ 84	„ 84	71 50	75 40	73. „	67 „	58 „	61 „
8	„ 84	„ 80	„ 82	72 „	77 40	74 50	65 „	48 50	60 „
9	„ 83	„ 78	„ 82	71 65	77 85	75 60	64 25	57 „	62 „
10	„ 82	„ 79	„ 80	73 „	78 60	75 20	66 „	62 „	63 „
11	„ 84	„ 81	„ 85	72 50	71 60	70 „	65 „	53 „	59 „
12	„ 88	„ 84	„ 87	68 25	68 85	67 60	55 „	54 50	49 50
13	„ 83	„ 80	„ 81	68 50	68 20	68 10	65 „	67 „	66 „
14	„ 81	„ 78	„ 80	67 60	68 25	68 50	66 „	64 „	65 „
15	„ 80	„ 76	„ 77	67 75	68 75	67 „	65 „	61 „	61 „
16	„ 83	„ 80	„ 83	65 „	69 20	67 „	57 „	46 „	58 „
17	„ 89	„ 83	„ 86	62 75	66 75	65 „	60 „	55 „	61 „
18	„ 88	„ 80	„ 85	65 50	68 „	65 25	58 „	50 „	57 „
19	„ 89	„ 82	„ 89	64 50	67 75	66 20	60 „	60 „	58 „
20	„ 90	„ 80	„ 84	64 50	70 „	67 „	60 „	53 „	57 80
21	„ 87	„ 81	„ 83	64 75	71 15	67 50	60 „	60 „	58 50
22	„ 84	„ 78	„ 81	66 „	72 60	69 50	67 „	58 „	68 „
23	„ 79	„ 76	„ 77	67 „	72 50	70 10	71 „	62 „	69 „
24	„ 80	„ 75	„ 75	69 „	75 „	73 „	70 „	61 „	71 „
25	„ 73	„ 67	„ 70	70 „	76 50	74 „	71 „	57 50	72 „
26	„ 67	„ 58	„ 65	71 50	75 „	73 „	72 „	65 „	73 „
27	„ 66	„ 63	„ 66	71 „	71 „	70 „	73 „	66 „	68 „
28	„ 78	„ 77	„ 82	69 40	72 85	72 50	58 „	52 „	60 „

NUBARRONES.—El 16 casi todo el dia.—LLOVIZNAS.—El 3 á medio dia; el 4 á 9 de la mañana y medio dia; el 5 insignificantes á 8 de la noche; el 6 por la mañana de 7 á 9; el 8, á 3 de la tarde; el 10 á 10 de la noche; el 11 á 8 de la mañana y á prima noche; el 19 á 11 de la mañana y 2 de la tarde.— CHUBASCOS.—El 26 á 1 y media de la tarde; el 27 de cuando en cuando.—AGUACEROS.—El 3 antes de la madrugada; el 7 idem; casi todo el 13 desde las 8 de la mañana, su noche, y el 14 de cuando en cuando hasta la 1 del dia y otro de 9 á 11 de la noche; el 26 á 8 de idem.

ESTADO

DE

HOSPITALES.

	ENFERMEDADES.	MES DE FEBRERO DE 1839.			
		S. Ambrosio.	S. Juan de Dios.		S. Francisco de Paula.
			Presos.	Particul.	
MEDICINA.	Apoplegia	„	2	3	1
	Encefalitis aguda	„	„	„	2
	Mania	„	1	1	1
	Epilepsia	4	„	„	„
	Tétanos	„	„	1	„
	Gastritis agudas con fiebre	5	10	10	3
	Idem crónicas	10	2	18	1
	Fiebres intermitentes	23	„	5	„
	Idem catarrales	40	8	10	„
	Bronquitis	9	3	6	„
	Reumatismos	7	4	9	1
	Pleuritis	„	„	2	„
	Pneumonitis agudas	„	2	3	3
	Idem crónicas	3	„	2	5
	Hemoptisis	2	„	„	„
	Asma	„	„	1	1
	Afectos del corazon	7	„	„	„
	Colitis nerviosa	„	1	1	1
	Idem diarréica	2	3	19	1
	Idem disentérica	„	2	„	2
	Hepatitis agudas	„	1	1	„
	Esplenitis idem	6	„	„	„
	Obstrucciones	5	2	3	„
	Nefritis simples	1	1	„	„
	Cistitis aguda	„	„	1	„
	Viruelas	„	„	4	1
	Varicelas	1	„	4	„
	Dolores osteocopos	45	2	„	„
	Hidropesia	2	„	3	„
	Suma	172	44	107	23
CIRUGIA.	Contusiones	„	2	„	„
	Dislocaciones	„	„	1	„
	Fracturas	2	„	„	„
	Heridas de armas blancas	3	10	1	2
	Tumores simples	10	10	1	1
	Lamparones	„	2	„	„
	Bubones	20	5	7	2
	Fimosis y parafimosis	2	1	„	„
	Uretritis	30	„	„	„
	Orquitis	„	4	„	„
	Ulceras y pústulas venéreas	37	8	17	„
	Idem carcinomatosas	„	„	2	„
	Idem subinflamatorias	5	„	1	3
	Oftalmias agudas	10	1	„	„
	Idem crónicas	11	„	„	„
	Otitis	„	1	„	„
	Herpes	1	„	„	„
	Erupciones sarnosas	33	4	1	1
	Erisipelas	2	„	2	„
	Fistulas del ano	2	„	„	„
	Hemorroides	2	1	„	„
	Pólipos	„	1	„	„
	Hernias	2	1	„	„
	Hidroceles	5	„	„	„
	Suma	177	51	33	9

HOSPITALES.

S. AMBROSIO.

Existencia en 1.° de febrero de 1839	334	683
Entraron en dicho mes	349	
Se curaron	305	371
Fallecieron	16	
Quedaron para 1.° de marzo de 1839		312

La mortandad estuvo á razon de 2,39 por 100.

S. JUAN DE DIOS.

Existencia en 1.° de febrero de 1839	243	478
Entraron en dicho mes	235	
Se curaron	170	201
Fallecieron	31	
Quedaron para 1.° de marzo de 1839		277

La mortandad estuvo á razon de 6,52 por 100.

S. FRANCISCO DE PAULA.

Existencia en 1.° de febrero de 1839	129	161
Entraron en dicho mes	32	
Se curaron	12	27
Fallecieron	15	
Quedaron para 1.° de marzo de 1839		134

La mortandad estuvo á razon de 9,54 por 100.

RESUMEN.

De estos estados y de la práctica de los facultativos de la Habana, se deduce, que en febrero reinaron las enfermedades siguientes: el órden en que se colocan indica su mayor ó menor predominio.

Febrero.

Fiebres catarrales.—Idem intermitentes.—Reumatismos. —Dolores osteocopos.—Anginas.—Varicelas.—Males venéreos.—Flegmasías esternas.

Observaciones prácticas.

Las alternativas del calor y del frio han ocasionado no solo los males propios de la estacion, como los afectos catarrales, fiebres intermitentes &c., sino tambien las flegmasías esternas que segun el estado anterior aparecieron en los hospitales y hemos visto en nuestra práctica particular.

Se dice que en Europa los males venéreos se desarrollan con fuerza en tiempo de frio, siendo muy favorable para su curacion los climas intertropicales. Pero no por esto dejan de aparecer en ellos, y tambien aquí hemos observado que ya sea efecto del frio, ya de las viscisitudes, aquellos padecimientos llaman la atencion por su frecuencia.

Pero ni en estos males ni en los anteriores se ha advertido ningun fenómeno notable. Ceden muy bien á un sistema arreglado de curacion, y la mortandad no ha sido mucho mayor que la de otros años.

Fuera de las afecciones arriba indicadas, hemos advertido en las salas de los hospitales algunos casos de hidropesía, tanto en los entrados, como en los que estaban afligidos de otros padecimientos, como gastro- duodenítis crónicas, obstrucciones del bazo y del hígado; lo que sin duda dependerá de la poca accion de la piel y de las perfrigeraciones.

A la misma causa debemos atribuir los casos de apoplegía y los golpes de sangre que comienzan á presentarse, y que son mas comunes en el invierno y en las personas de edad, que en la primavera y la juventud.

La varicela y el sarampion suelen manifestarse tambien, aunque sin fenómenos maliciosos.

Se han enterrado en todo el mes de febrero en el cementerio general:

	ADULTOS.	PARVULOS.
Blancos.	117	64
De color	117	59
Sumas parciales . .	234	123

Total general. . 357

FISIOLOGIA.

DE LA CIRCULACION.

Todas las partes del cuerpo están sometidas á un movimiento interior que depende de la accion de una fuerza fisica. Y como ningun órgano, sea cual fuere su importancia ó el lugar que ocupe en la economía, está libre de este movimiento producido por la circulacion; debemos confesar que esta funcion se ejecuta en todos los puntos del cuerpo.

Se puede demostrar fácilmente que hay líquidos en toda la economía, animados de un movimiento continuo, y gracias al cual en el instante que un punto cualquiera del cuerpo pierde el líquido que habitualmente le alimentaba, casi de improviso se repone.

Cójase un mamífero y hágasele donde quiera una picadura: se verá correr la sangre durante algun tiempo, y cerrarse la herida por el aflujo de los líquidos que la reemplazan. Se observa á menudo en la operacion de la catarata, que el ojo se vacía completamente de los humores acuoso y vítreo, y que á pesar de esto, aquellos líquidos son pronto reemplazados llenándose de nuevo el ojo vacío. Sabemos ademas, que parte de las sustancias introducidas en la economía por las bebidas y por otros medios, sale por las orinas, por la transpiracion cutánea, y en fin, por todas las escreciones Este hecho prueba de un modo conveniente el movimiento contínuo de asimilacion y de desasimilacion que hay en nuestros cuerpos.

Los animales pueden vivir durante un tiempo bastante largo, sin aquella renovacion de los elementos de su economía, puesto que un perro ha podido vivir veinte y tres dias sin to-

mar ningun alimento sólido ni líquido. La vida pudo persistir sin que ninguna nueva sustancia se introdujese.

Del tránsito de los líquidos en la economía.

Las ideas que en la actualidad se admiten sobre la circulacion, son generalmente erróneas. Es tan palpable esta verdad, que podemos decir, que las ideas que tenían los sabios del curso de la sangre antes de Harvey, estaban tan poco adelantadas respecto de las que este gran fisiólogo nos dió á conocer, como las de hoy lo están respecto de la verdad

Los líquidos pueden moverse de dos maneras en el cuerpo: ya obedecen á las leyes de la imbibicion recorriendo los tejidos como el agua lo hace por los poros de una esponja, ó ya su movimiento se ejecuta en tubos ó vasos de calibres infinitamente variados y que abundan mucho en nuestros cuerpos. Estos tubos están encargados de transportar los líquidos á las diferentes partes de la economía, y podemos considerar al corazon como al mas grueso de todos y como el lugar de que terminan. Todos los vasos van disminuyendo de calibre desde aquella víscera hasta los órganos á quienes están especialmente destinados.

Arterias.—Los tubos de que hablamos, son de dos especies. Unos resistentes y muy elásticos, que se llaman *arterias* y salen del centro, ó sea del corazon. Desde este órgano van las arterias disminuyendo de calibre, dividiéndose mas y mas y dando en su trayecto ramos y ramillos á los órganos que encuentran. Los ramillos se subdividen á su turno en el interior de aquellos órganos y se terminan en tubos muy delgados cuyo conjunto forma el sistema capilar.

Venas.—Estas son unos tubos mas suaves, menos elásticos que las arterias y distribuidos de muy diferente modo. En efecto, las venas nacen del sistema capilar, de manera, que su orígen y la terminacion de las arterias se confunden, comunicando libremente estos dos géneros de vasos. Las venas aumentan en seguida de calibre por la reunion de los capilares y forman ramillos, que juntándose á su turno dan ramos, los que confundiéndose luego producen los troncos que van á terminar en el corazon. Reasumiendo pues, se dirá, que hay dos sistemas de tubos, los cuales tienen un centro comun que es el corazon.

Consideraciones mecánicas sobre la distribucion de los líquidos.

En todas las máquinas el líquido sobre el cual se obra, no puede moverse sino bajo una influencia mecánica. En los animales, solo esta fuerza puede ser la causa del movimiento de los líquidos; y esta causa es, la contraccion muscular. Por eso el corazon, que como demostraremos mas adelante es una verdadera bomba, no se diferencia de las bombas comunes sino en que la fuerza que le da impulso es muy distinta de la que en estas últimas se emplea, siendo iguales en entrambos casos los efectos.

Válvulas.—Así que hemos conseguido que el agua se eleve por un tubo, empleamos válvulas para pasarla en otro; ellas dejan que el agua penetre en el segundo tubo, é impiden que vuelva al primero, de modo que el líquido sale por una clase de tubos muy diferente de aquella por donde ha entrado. Lo que sucede en la mecánica se observa igualmente en el corazon, donde hay válvulas que sirven para los mismos usos; y por esto se hallan tres válvulas en la aorta, las cuales, como veremos mas adelante, favorecen en gran manera la funcion de que está encargada aquella arteria. Pero hay un carácter propio de la circulacion y que la diferencia de nuestras máquinas hidráulicas ordinárias, y consiste en que si ponemos agua, ú otro líquido cualquiera en lugar de la sangre que corre por nuestros vasos, todos los movimientos se paralizan.

Para que la circulacion se verifique en nuestra economía, es preciso que la sangre cambie y se transforme á medida que penetre en los órganos, para lo cual es necesario que algunas de sus porciones se eliminen y sean reemplazadas por nuevos elementos. Además, para que la funcion se ejecute ordenadamente, se requiere que estos cambios se efectuen sin que haya orificios visibles para la entrada y la salida de los materiales que van á mezclarse con la sangre ó que son espulsados. Por esta razon los líquidos y los gases entran en la economía y salen por los poros de los órganos.

De las propiedades físicas de la sangre.

La sangre es un humor viscoso, compuesto de una parte líquida llamada suero, y de una parte fibrinosa que tiende á

solidarse y á pasar al estado de fibrina: además contiene infinitos globulillos cuya forma mas se acerca á la figura elíptica que á la esférica: en resumen, la sangre es un líquido cuya tendencia á solidarse es tan grande, que solo se neutraliza por la agitacion y la rapidez del movimiento.

Para que los vasos estuvieran en relacion con aquellas cualidades de la sangre, era preciso que fueran suaves y resistentes, en fin, de una textura apropiada á la composicion del líquido que ponen en movimiento. Esto es tan exacto, que no se podría concebir se efectuara la circulacion cambiando el tejido de los vasos por otra sustancia, como la goma elástica &c.

La necesidad de que hubiera estas relaciones entre el tejido de los vasos y las propiedades de la sangre, se nota sobre todo en los capilares tanto por la pequeñez de sus diámetros, cuanto por la cantidad de las materias que existen en suspencion en la sangre; pues el menor cambio en la naturaleza del tejido de los capilares bastaría para que la sangre se coagulará.

Del corazon.

Dijímos que en el centro de la circulacion se hallaba este órgano y que desempeñaba en la economía el mismo oficio de las bombas en las máquinas de hidráulica. Para hacer palpable ésta analogía y lo bien que se acuerdan cada una de las partes que le constituyen con nuestras esplicaciones, pasaremos á su descripcion.

Ventrículos.—Este órgano presenta dos cavidades considerables: la una corresponde al lado izquierdo, tiene paredes muy gruesas, carnosas y es menos capaz que la otra que está á la derecha, y cuyas paredes mas delgadas y menos resistentes, dejan una cavidad mas considerable. Como la intensidad de los movimientos está en razon directa de la masa muscular, la cavidad derecha es mucho menos poderosa que la izquierda. Cada uno de los ventrículos comunica con otra cavidad llamada *aurícula* y con un vaso grande. Las válvulas que sirven para separar al ventrículo de la aurícula y del vaso grueso, son muy semejantes á las válvulas que aislan el cuerpo de una bomba del depósito que la provee y del tubo que debe conducir el agua. Sin embargo se debe notar aquí que la naturaleza se sirve de instrumentos mucho mas perfectos que los nuestros, pues aquellas válvulas por su suavidad y elasticidad tienen una perfeccion que las hace apropósito á ciertos usos pa-

ra los cuales las válvulas metálicas serían demasiado groseras.

El corazon se compone pues de dos partes separadas, y cada una de ellas se forma de otras dos, que son el ventrículo y la aurícula. Estudiaremos estos dos sistemas.

Carazon derecho. — De las dos bombas, esta es la mas débil y espaciosa. Está en relacion con la aurícula derecha y con un grueso vaso, que llaman *arteria pulmonar*, y presenta unaválvula en cada uno de los orificios. La que separa al ventrículo de la aurícula, tiene el nombre de válvula tricúspide y se compone de tres telas membranosas, cuyos bordes libres cuando se juntan y colocan unos sobre otros, cierran del todo la entrada del ventrículo al líquido que se halla en la aurícula.

La aurícula es una cavidad bastante grande, de paredes delgadas, contráctiles, que comunican, segun queda apuntado, con el ventrículo por una parte, y por otra con dos gruesos vasos que son las dos *venas cavas*. Se ve claramente que esta cavidad no es una bomba, puesto que faltan válvulas á las venas cavas; y por esto, aunque consiste en una cavidad muscular que se dilata y se contrae, sus funciones son bien diferentes de las del ventrículo. No debe mirarse esta parte sino como un agente pasivo. En efecto, si la aurícula obrara sobre la sangre de un modo activo, la lanzaría tanto á las venas cavas como al ventrículo: pero admitiendo que no se dilata sino porqué la sangre afluye á su interior, y que no se contrae sino porqué el ventrículo se dilata; se comprenderá la razon de que no pase á las venas cavas y de la inutilidad de las válvulas. En esto nos fundamos para decir que la aurícula no es uua bomba, sino un receptáculo que sirve para contener y medir la cantidad de sangre que debe pasar de su cavidad en la del ventrículo. Este aserto se apoya tambien en la esperiencia, pues en muchos casos se ha visto que la circulacion se efectuaba sin que la aurícula se contrajera.

Corazon izquierdo.—Lo espuesto sobre el ventrículo y la aurícula derechas, puede decirse con exactitud para las cavidades izquierdas. El ventrículo comunica con un grande vaso llamado *aorta* y con una aurícula que tiene otra válvula en su abertura. Además, la aurícula recibe cuatro grandes troncos venosos que son las *venas pulmonares*. La única diferencia que se advierte entre estos dos sistemas de cavidades izquierdas y derechas, consiste en que las últimas, mas espaciosas, poseen una fuerza muscular mucho menos considerable.

Anatomía del corazon en el feto.

Durante la vida fetal se hallan reunidas las dos bombas de que hablábamos por el agujero de Botal; de manera que no vienen á formar mas que una. La razon de esto consiste en que en el feto la placenta está muy distante del corazon por la mucha longitud del cordon umbilical. Se concibe fácilmente que el corazon para lanzar la sangre hasta la placenta, necesita de una fuerza considerable, y como no bastaría la contraccion de un solo ventrículo para dar todo el impulso que se requiere, la naturaleza ha hecho un solo sistema de las dos partes de aquel órgano poniéndolas en comunicacion por el agujero de Botal, consiguiendo así que las acciones reunidas de los dos ventrículos puedan entonces ser bastantes para la espulsion de la sangre.

Haciéndose el pulmon, inmediatamente después del nacimiento, un órgano activo; el corazon necesita dos cavidades separadas, una que impela la sangre á los pulmones y otra que la lance por toda la economía después que se ha sometido á la accion del aire. Entonces es cuando el agujero de Botal se cierra, y se obstruye el *canal arterial*, que era un gran vaso encargado de reunir la aorta con la arteria pulmonar.

La respiracion tambien influye en los movimientos del corazon, y aunque por ahora solo diremos una palabra, nos reservamos para mas adelante profundizar esta materia. El fenómeno de la respiracion se debe tambien á la accion de una bomba. El pecho, que por sus paredes musculares aumenta y disminuye sucesivamente de capacidad en la inspiracion y la espiracion, es el cuerpo de la bomba puesto en comunicacion con el aire esterior por la *traque-arteria*. Como el corazon se halla colocado en el centro de esta máquina, se conocerá fácilmente la influencia que pueden tener en él y en los vasos que recibe ó que da los movimientos de la respiracion.

De la estructura de las paredes del corazon.

Si se abre uno de los ventrículos de este órgano, y particularmente el izquierdo, se ve que sus paredes se componen de columnas carnosas entrecruzadas en todos sentidos, las cuales son al principio muy voluminosas, después menos gruesas, y

en fin, cada vez mas y mas finas, acabando por aparecer á la simple vista como formando un tejido inestricable. Estas columnas se adhieren ya por sus dos estremos, ya por sus bordes; y en el interior del corazon, constituyen un tejido cuyas mallas van adelgazando á medida que se aproximan á las paredes de este órgano. En el corazon izquierdo es mucho mas notable esta disposicion en células, que en el derecho, cuya potencia muscular hemos dicho ya que es menor.

Cuando el corazon está dilatado, aquellas columnas carnosas forman los tabiques de multitud de células, que todas comunican entre sí y se llenan de sangre. Así la primera accion de las columnas sobre este líquido, es servir como de tamiz dividiéndole en tantas porcioncillas diferentes, cuantas células existen. Comprenderemos la importancia de este uso, considerando que la sangre es líquida, viscosa, eminentemente coagulable, y tiene en suspension multitud de materias sólidas que con facilidad se precipitarían.

Después de la dilatacion del corazon viene la contraccion de sus paredes. En este movimiento, el líquido que estaba como pasado por un tamiz, se somete á una agitacion de la que no se escapa ninguna de sus partes, previniendo de esta manera la precipitacion de las materias sólidas y su coagulacion.

Vemos, pues, que las columnas carnosas del corazon tienen dos usos: dividir las partículas de la sangre, y agitarlas. Se concebirá la fuerza enorme que consume la naturaleza en esta doble accion, reflexionando en el gran círculo cuya circunferencia está la sangre destinada á recorrer.

De la estructura de los vasos y de las propiedades físicas de sus paredes.

Los vasos que van á toda la economía desde los dos ventrículos del corazon, ofrecen grande interés si deseamos conocer el modo con que desempeña su tejido los usos á que están destinados. Su pared interna es muy pulida y así previene los obstáculos que el frote de la sangre con los vasos opondría á su curso; pero en lo que consiste sobre todo la superioridad que tienen los tubos vivos sobre los canales que se usan en las artes, es en la elasticidad de los primeros; elasticidad que no solo se advierte á lo largo, sino tambien á lo ancho de nuestros vasos. Esta propiedad de tejido es mucho mas notable en las

arterias, que en las venas; pero tiene un carácter particular en cada una: la arteria es menos estensible que la vena, pero recobra mas pronto sus dimensiones primitivas: la vena por el contrario, es mas estensible, pero tarda mas tiempo en recobrarlas. No debemos confundir la elasticidad con la contractilidad. Esta no existe en el hombre, sino en el corazon; y tan lejos está de encontrarse en los grandes vasos, como en los capilares, aunque se pretenda todavía que es la única causa del movimiento de la sangre en este sistema. La falta de contractilidad de los vasos sanguíneos, se nota en la mayor parte de los vertebrados. Algunos ban querido hallar esta propiedad en los reptiles, quienes solo en la base de la aorta y en el punto en que se junta con el corazon, presentan un refuerzo de naturaleza muscular, que se llama el bulbo de la aorta. Pasado este bulbo, no hay mas contractilidad.

Tambien en los peces hay un tubérculo, pero tiene la misma naturaleza de los vasos, y por consiguiente es elástico y nada contrátil.

Análisis compendioso de las funciones del corazon.

Reunida la sangre venosa de toda la economía en las dos venas cavas, superior é inferior, se vierte en la aurícula derecha, de donde pasa á la bomba derecha ó ventrículo derecho por la dilatacion de esta cavidad y la contraccion de la aurícula. Esta bomba oprime la sangre, á consecuencia de lo cual se cierra la válvula colocada entre la auricnla y el ventrículo y se abre la de la arteria pulmonar. Así el líquido corre libremente á los pulmones.

Conducida la sangre por las divisiones capilares de la arteria pulmonar al interior del pulmon, sufre la influencia del aire que suministran los bronquios; y siempre bajo la accion de las contracciones de la bomba derecha, adelanta con rapidez hacia las venas pulmonares. Reducidas estas á cuatro grandes troncos, se dirigen á la aurícula izquierda del corazon. La contraccion de esta aurícula y la dilatacion de la bomba izquierda, hacen pasar la sangre de la aurícula al ventrículo. Entonces esta bomba se contrae; la válvula que separa las dos cavidades izquierdas, se cierra; la de la aorta se abre y da entrada á la sangre que corre por este vaso y á quien la accion del corazon impele sin cesar á todos los órganos del cuerpo.

SECCION SEGUNDA.

LITERATURA.

ARTE DE BIEN DECIR.

LECCION DECIMA.

DE LA GRACIA, ENERGÍA Y NATURALIDAD DE LAS PALABRAS.

Gracia de las palabras.

Nace de la facilidad y variedad de los términos y de las espresiones, es lo que se llama *elegancia* en oratoria, la *delicadeza* que pide el buen gusto, y la *venustidad* ó *molle atque facetum* de Horacio.

La esclarecen y perfeccionan grandemente la lima y el trabajo, que jamás en los buenos escritores se traslucen; y consiste en pintar los pensamientos con soltura, en excitar con las palabras y su combinacion nuevas afecciones y deleites. Hay cierta música oratoria que habla al oido y subyuga la inteligencia; encanto que solo deleita las almas sensibles, y que apoyándose á veces en la armonía imitativa nos da el sonido y su medida inseparables de la idea, y como dice Auger, resuelve el problema de la pintura en movimiento.

Esta suave consonancia de las voces, esta gracia del decir inseparable de la idea, esta espresion dulce y lijera que todo lo embellece pareciendo ocultarse, que da tanto realze á las obras de talento, y que es tan dificil de definirse, este encanto igualmente necesario al orador, al poeta, al estatuario y al pintor, que Homero y Anacreonte entre los griegos, Tíbulo y Virgilio entre los romanos, Racine y Fenelon entre los franceses, Cervantes y Garcilazo entre nosotros, han dado á conocer tan bien, esta gracia que el Caravage no comprendió jamás, y que derramó sus favores sobre Rafael y el Corregio, este don tan raro y tan precioso que solo con órganos muy delicados le sentimos; era en Grecia el gran secreto de los escritores y el carácter general de los artistas. En aquel país tan favorecido de la naturaleza, los artistas y los filósofos tenian abiertas escuelas donde la gracia dulcificaba la severidad de las lecciones. En los tiempos en que Praxiteles esparcía sobre el Cupido de Tespis y sobre la Venus de Gnido, gracias inimitables; Sócrates iba á estudiarlas en casa de Aspasia, inspiraba el gusto á los artistas, las enseñaba á sus discípulos, y Platon y Jenofonte aprovechándose de sus lecciones las regaban en sus obras.

El dulce lamentar de dos pastores, es un modelo de la gracia del decir. La misma se advierte en estos versos:

Flérida, para mí dulce y sabrosa
mas que la fruta del cercado ajeno,
mas blanca que la leche y mas hermosa
que el prado por abril de flores lleno.

Hidalgo traduciendo una Bucólica de Virgilio, dice:

Pastores de la Arcadia venturosa
maestros en cantar con dulce acento,
en estos vuestros bosques
con acordada avena,
vosotros solos cantareis mi pena.

Si quisiéramos dar modelos de la gracia del decir, copiaríamos casi todo nuestro Cervantes, gran parte de Granada y mucho de Fr. Luis de Leon, cuya Perfecta casada es un dechado inimitable.

Energía de las palabras.

La energía de las palabras, entre todas las cualidades la

mas propia para avasallar los espíritus y arrastrar las afecciones, que asombra con el sonido y acobarda con la idea, que arrebata en Demóstenes, suspende en Mirabeau y nos aterra en Mejía, solo pertenece á las almas de fuego profundamente conmovidas.

Las palabras mas significantes, las mas nobles y oportunas, las que retratan al entendimiento el objeto como si le viéramos con los ojos, son las que merecen el título de *enérgicas;* espresion que dice mas que *fuertes*. Buscarlas fuera del asunto como erradamente se piensa, es caer en la afectacion cuando se busca la naturalidad: de aquel se han de sacar las que den valor á los conceptos.

Y á la manera que una sustancia venenosa bien administrada, salva á un enfermo de la muerte; así los términos, por impropios y ponderados que parezcan, subliman el discurso. La espresion figurada que en los hechos comunes quitaría la ilusion, aquí la acrecienta. Defendiendo Almanzor á Abenhamet en la Zoraida, dice á Boabdil:

Cubierto en polvo, de sudor bañado
tinto en la sangre que sus rotos miembros
brotaban sin cesar, rompe, destroza
cuanto se opone á su fatal encuentro
hasta arrancar de la española garra
sus encerrados moros, que sangrientos
por montes de cadáveres se salvan.

Todas estas palabras son enérgicas, y bien se deja percibir el realce que adquieren con las de *garra* y *montes* del estilo figurado.

El número singular en unos casos y el plural en otros constituyen á veces esta energía. Así uniendo muchas cosas en una dijo el Génesis: "Pesó á Dios de haber criado *al hombre,*" en lugar de *la naturaleza humana*, que singular en los términos es plural en el sentido. Valémonos de este número no solo para dar con la multitud mas sonoridad á la espresion, como cuando decimos los *Cervantes*, los *Granadas;* sino tambien para acrecer el efecto y multiplicar la repeticion de las cosas. Bien lo sabía el maestro Leon cuando en la *profecía del Tajo* metafóricamente dijo:

Llamas, dolores, guerras,
Muertes, asolamientos, fieros males,
Entre tus brazos cierras.

Aquí además se comete una figura que el prurito de divisiones y subdivisiones llama *enumeracion de partes*, distinguiéndola con el nombre de *enumeracion con distribucion* si afirmamos, negamos ó comentamos cada una de las particularidades.

Aunque los pronombres personales y demostrativos suelan escusarse en la oracion, conviene no hacerlo si dan énfasis al discurso. "*Yo* lo ví con mis ojos.—"Neron *aquel* tirano del romano imperio"; dicen mas que: *Lo vi con mis ojos— Neron, tirano del romano imperio.*

Los advervios y otras partículas espletivas acuden al orador con su socorro aumentando la energía de la frase, en estos ejemplos y los parecidos. "*¡Que!* hemos de padecer siempre"! Trato *ya* de vivir." Ó cuando en el *Óscar* dice Gallegos:

> Ya en las hondas entrañas de Inistora,
> O alla en las tristes márgenes del Légon,
> Mi despecho y mi vida sepultando,
> Con gritos mil fatigaré los vientos.

Entre estos medios de dar energía al discurso no debe olvidarse la conjuncion, aunque de suyo parece que se opondría como abajo indicaremos. Pregúntase Abufar en *la familia Arabe* admirado y confundido;

> ¿Porqué Farhan en su caballo ardiente
> En el fondo perdiose del desierto
> Y por Egipto y Siria y Persia y Media
> Enfurecido y sin descanso huyendo
> Muda de soledad, do quier llevando
> Su insufrible inquietud y su tormento?

Aquí consiste la energía en representar lo muy ocupado del ánimo y de la imaginacion en un solo objeto. Pero como frecuentemente la abundancia de conjunciones separando las ideas disminuye el impulso de la afeccion y debilita el estilo; cuando la energía se debe al desenfado filosófico, á la agitacion del ánimo, ó á la rapidez del pensamiento, se eliden.

Tambien en la citada profesía dice Leon:

> Acude, corre, vuela,
> Traspasa el alta sierra, ocupa el llano,
> No perdones la espuela,
> No des paz á la mano,
> Menea fulminando el hierro insano.

Esto se llama en retórica escolástica, *disolucion*.

La buena repeticion de las palabras no solo sirve para el chiste, sino tambien para la elegancia y la energía. Dice Cienfuegos en la narracion del frente.

YO LE VI, YO LE VI cuando acosado
Por todas partes del cristiano esfuerzo
Pugnaba por romper con fuerte lanza
Cuádruples muros de acerado hierro.

Y Gallegos en *el dos de mayo*, despues de contar la traicion francesa, pregunta si en tanta ignominia quedará impasible el español: responde que nó, y añade:

Ya el duro casco y el arnés brillante
Visten los fuertes hijos de Pelayo.
Fuego arrojó su fulminante acero;
VENGANZA y GUERRA, resonó en su tumba
VENGANZA y GUERRA, repitió Moncayo,
Y al grito heróico que en los aires zumba,
VENGANZA y GUERRA claman Turia y Dueró.
Guadalquivir sañudo,
Torna al bélico son la regia frente,
Y del Patron valiente,
Blandiendo activo la nudosa lanza
Corre gritando al mar: GUERRA Y VENGANZA.

¡Que repeticion tan guerrera y tan sublime! Cuán diferente de la que hacen los retóricos en sus composiciones frias donde todo abunda y principalmente el fastidio! Con razon los griegos la llamaban *batoglia*, habla de tartamudos.

Para dar fuerza á una espresion es necesario limpiarla de los términos inútiles y colocar al que manifiesta la energía del afecto en el punto mas visible ó donde su impresion sea más considerable. Tambien se puede esforzar por grados una idea, como en los versos anteriores, por manera que las últimas partes del discurso pinten la pasion en su apogeo. Es lo que llaman los retóricos *climax* ó *graduacion:* puede ser de mas á menos ó de menos á mas: pero casi nunca deben colocarse tras ideas y palabras enérgicas, otras flojas, comunes y triviales; vale mas detenerse en las primeras. Por consecuencia no convendrá á las cosas sencillas este modo de espresarnos.

Decoro de las Palabras.

Ni la claridad, ni la gracia, ni la energía de las palabras se han de tomar en tan lato sentido que sacrifiquemos por con-

seguirlas la moderacion y la decencia. Los términos bajos deben proscribirse del trato civil y aun mas de los escritos, pues no solo denuncian mala educacion, sino poco roze con personas delicadas. No daremos como Capmani reglas que escusen la deshonestidad de las palabras sin encubrir la de la idea, que mas está el daño en la intencion que en el modo de espresarla. Unicamente en el foro podrán ofrecerse casos donde deba el orador acudir á toda la finura de las espresiones castellanas manifestando lo inmundo de la idea con el comedimiento que su educacion le suministre.

Hay espresiones claras y honestas que deben proscribirse de las obras de elevado estilo, porqué el uso las ha hecho tan bajas como el objeto que indican. Los Griegos y Romanos no eran tan descontentadizos como nosotros, y Homero comparando los ojos de Juno á los del buey, y Virgilio en sus Bucólicas nombrando animales innobles, no hicieron bajo su estilo. ¿Mas quien usará hoy en composiciones épicas de las palabras *savandija*, *chivo*. *talego* &c? Y á pesar de esto el cantor de las ruinas del Alhambra, dijo:

Mas ¡Oh dolor! las viles SAVANDIJAS
Habitan su recinto misterioso.

Mas noble fuera *vilísimos insectos* aunque cambiara el ritmo, y perdiera *sus tareas prolijas* que viene como de cuña.

CRITICA.

Gonzalo de Cordoba.

La felicísima eleccion de un argumento en que se recuerda una de las épocas mas gloriosas de nuestra nacion; un argumento cuyo principal persónaje ha merecido que le llamémos con orgullo el *Gran Capitan*; un argumento, en fin, en el que el amor del héroe castellano á una princesa granadina, hija de un Bey musulman, es la principal pasion; no puede menos de electrizar y conmover, no solo á los españoles, sino

hasta á los enemigos, émulos y detractores de nuestras glorias.
Empero, á la manera que el hombre enamorado ni ve, ni oye, ni conoce los defectos de la mujer que ama; así á la sombra de los sentimientos generosos pasan en las obras de ingenio deformidades y borrones, que sin aquellos resaltarían chocando al buen gusto, y aun á la razon. ¿Quién tilda un mal verso, un pensamiento trivial en una cancion patriótica?.... He aquí el motivo, bastante fundado, que exige que la crítica de estas obras que tienen el poder de fascinar, sea la mas severa, si no queremos que degenere el gusto, harto dominado en todos tiempos por las exigencias de la moda. Mas ¿quién es el presuntuoso que se cree y se da al público por capaz de pronunciar *el juicio* de un drama, si este no es tan malo que pueda fallar contra él hasta el mayor ignorante? Los grandes hombres se han reducido á añadir algunas notas críticas á estas obras: un Voltaire llamó *comentarios* á las que puso á las dramáticas de Corneille: en el dia apenas aparece un drama, una novela, al instante encuentra un escritor (esto es, un hombre que escribe) que hace su juicio, cuando este no precede á la publicacion de aquella. Elogios campanudos, hinchados de lisonjas, cuanto huecos y vacíos de criterio; ó bien censuras de reprobacion intolerantes y preocupadas, y una afectada modestia confesando la insuficiencia para juzgar, que va á conocer todo el que lea semejantes *críticas;* tal es la esencia y la forma de lo que en el lenguaje de los literatos adocenados se llama un *juico crítico.*

Sin embargo, y á pesar del descrédito de semejantes artículos, aventuro mis reflexiones sobre el *Gonzalo de Córdova,* advirtiendo que ni pienso hablar del autor, ni en este momento le conozco, ni conozco de él mas que el drama que tengo á la vista.

Cualquiera drama que no sea el efecto de una acertada combinacion de medios para llenar cumplidamente un fin, ora sea este respectivo á las costumbres, ó bien sea filosófico, ó político, no puede ser mas que una obra sin plan, sin organizacion regular; una obra de taraceo, por mas que en ella superabunden las bellezas. El fin ostensible del *Gonzalo* ha sido á mi parecer, excitar el amor á la patria con recuerdos gloriosos, capaces de despertar el entusiasmo hasta en los mas indiferentes. Y como los obstáculos al amor recíproco de Gonzalo y de Zulema son la basa del argumento, ha sido forzoso que

se llene el fin, en su mayor parte, por medio de los episodios. Esta parece haber sido la razon de que se presente el amor de Zulema, desnudo del combate de las pasiones, que destroza al alma, y cuya enérgica y natural representacion hubiera llamado á sí los sentimientos en perjuicio de las otras miras. *¡Justicia, justicia pido!* dice Jimena en el *Cid* (no sé si de Diamante ó de Guillen de Castro). "¡Qué belleza, esclama Voltaire, en „ el poeta español y en su imitador! La primera palabra de „ Jimena es pedir justicia contra un hombre á quien adora: „ quizás es esta la mas hermosa de todas las situaciones... ¿Hará Jimena derramar la sangre del Cid? Todas las almas es„ tán en suspension, y todos los corazones conmovidos." Zulema, amante decidida de su padre, de su hermano y de su patria, aunque cristiana, *odia de muerte* á Gonzalo, el mas temible enemigo de los suyos; y apenas oye en boca de su amante: *Gonzalo soy*, después de dos esclamaciones, le dice:

.... en vos veo
no un enemigo ya, no un hombre odioso,
sino el objeto dulce y amoroso,
que manda cual Señor en mi deseo.

Y no contenta con esto, añade, respondiendo á la pregunta *¿Aun me amais?*

.... Negarlo fuera
delito infame, atroz:

enagenacion poética que dice bien claro al espectador: no esperes una lucha de las pasiones; Zulema está decidida á seguir la suerte de su patria, y si esta sucumbe, á retirarse á la soledad, como te lo va á decir muy pronto.

La misma parece tambien la causa de haber reducido los obstáculos á los que opuso el feroz Alamar, personaje odioso, que no distrae el interés del principal objeto, como lo hubieran hecho los que hubieran opuesto el bizarro Abencerrage, hermano de Zulema, ó los caballeros de su bando, cuyo gefe era el respetable Muley. En efecto, el hermoso contraste de la brillante caballería árabe con los paladines de Isabel, su rivalidad en el honor y demás dotes de un caballero; todo esto puesto en la escena, no podía menos de repartir la atencion y el interés, como lo hacen Saladino y su hermano en presencia

de Ricardo y demás cruzados en el *Talisman* de W. Scott.

Simplificado y reducido así el argumento, llaman particularmente la atencion los episodios. El mas hermoso de los del *Gonzalo* es sin disputa la amistad de Lara; no porqué es un sentimiento noble, no porqué es un hecho reconocido por verdadero; sino porqué está fundido en el argumento tanto que es esencial á él. El amor espone á Gonzalo á faltar á su deber; la casualidad le opone la fuerza material; y la amistad le salva su reputacion al mismo tiempo que del conflicto de batirse con el hermano querido de su amante: Lara deja muy pronto de considerarse un personaje estraño á la accion principal. Mas la amistad, noble é interesante sentimiento, representada en un solo personaje, no llama la atencion al carácter de la época, como las otras prendas que muestran los demás personajes, sin embargo de reconocer las relevantes del Gran Capitan.

El segundo personaje episódico es el Rey: ignorante está de los amores de Gonzalo, y en consecuencia indiferente á ellos, es enteramente estraño á la accion principal; y como los personajes que deben acompañarle, son de los esclarecidos varones de aquella época; fuera de la amistad particular de Lara que sabía el secreto de Gonzalo, todos se reducen á espresar los sentimientos que creo tiene por fin el drama.

Pedro y Armina son unos confidentes, el primero necesario, y la otra de conveniencia. Quisiera decir otro tanto de Omar, Agar y Velid que salen en la 2.ª y hasta la 5.ª escena del acto 1.º solo para morir después á manos de Gonzalo; de este Gonzalo, la menor duda de cuyo valor sería una necedad insoportable; de este á quien confiesa Zulema que le salvó la vida y honor *dando á doscientos la muerte;* de este á quien Muley y sus cortesanos reconocen por el heróico libertador de la Princesa. Salen, repito solo para que se sepa que sucumbieron tres musulmanes al denuedo del que ellos mismos llaman *ese adalid tan temido; el que á la media luna tantas veces ultrajó; el gran Gonzalo; el invicto Gonzalo;* del que los castellanos de entónces, los moros y la posteridad han reconocido por *grande* en las armas y en el consejo.

Respecto al Trovador es tan estraño al drama, que lo único que puede escusarle es que entre los abusos de la libertad tan mal entendida de muchos de los que blasonan de amantes de la nueva escuela, es el menos reprensible el introducir en la escena un hombre que cante, sobre todo si lo hace bien.

Reflexionando ahora cómo se ha presentado y conducido, la accion enredada, ó si se quiere, adornada con los episodios, encontramos escenas, no solo bien motivadas, sino tambien de una feliz oportunidad. La 2.ª del acto 1.° en la que la naturalísima llegada de Muley á ver á su hija que se había salvado, interrumpe el descubriminnto que iba á hacer Gonzalo de su nombre, pesándole ya el engaño en que su traje tenía á Zulema, prolonga el interés haciendo esperar los efectos de esta revelacion. La 3.ª del acto 4.° después que Alamar ha hecho salir á Armina, supone en él el designio de privar á la infeliz Zulema hasta de un suspiro, de un gesto de compasion, cuando le dice:

> Que muerto ya Almanzor, á nadie temo.
> ...... A manos de tu amante
> espirar yo le ví..... Tu amante mismo.....

Otras escenas se observan sin motivo ni fundamento, y aun muy impropias. En la 12.ª del acto 1.° no se adivina á qué iba Zulema al jardin á aquellas horas. La 20.ª del acto 2.° una princesa sin disfraz, que sale de una ciudad estrechamente sitiada, y llega hasta la tienda de un gefe del ejército enemigo, es tan impropio, que no encuentra mas escusa que la hermosa escena 21.ª á que da motivo.

Esta, quizás la mas bien espresada del drama, y ciertamente la mejor sostenida, es de las que ofrecen un grande interés: en ella están con sus facciones naturales los crueles sentimientos que excita en los amantes el duelo, para ambos inevitable. La 8.ª del acto 4.° es un excelente diálogo, en el que vuela la accion llena de energía. Lástima es que concluya con el verso *descansarás en eternal reposo:* sentimiento tan impropio de un bárbaro como Alamar en la situacion en que se halla.

Tambien hay otras sin interés, ó demasiado frias. En la 9.ª del acto 1.° va Gonzalo á hacer la confidencia de su amor al padre de su querida, y le dice casi claro que va á matar á los tres campeones que envía en contra del temible enemigo, á cuyo vencedor ha prometido su hija. Difícil es que el espectador reconozca en esta escena la prudencia del gran capitan, y lo peor es que las sospechas que hace nacer en Muley no tienen consecuencia. El monólogo de la escena 11ª del acto 1.° contiene ocho décimas para espresar estos dos sentimientos,

Es musulmana ¿y la adoro?—¿Qué dirá el compañero de mi infancia? Así se encuentran en él conceptos triviales y afiligranados, como

...... el veneno fatal
que devorador ardiente
le consume lentamente
con gran martirio infernal:

lo que debilita mucho el interés que aquellos debían producir.

Estas reflexiones bastarán para formar una opinion de las demás escenas importantes hasta la conclusion del drama, en el que (siento decirlo) el argumento queda sin desenlace. Cierto es que en la última escena se representa la muerte de Alamar, personaje, indicado ya desde el primer acto, y necesario para un incidente que forma casi todo el último; pero el nudo del argumento; los amores contrariados de Gonzalo y de Zulema, queda sin desatarse, ni cortarse. Desde la escena 12.ª del acto 1.° cuando no sabía, sino que su amante era cristiano como ella, dice Zulema:

.... Si á mi madre
juré reverenciar el cristianismo,
idolatro tambien á mi buen padre.
Muley es moro; y de la patria mia
la salvacion anhela. Yo su suerte
seguiré por do quiera......

y despues, cuando supo que era Gonzalo; y despues de haberle dicho:

...... objeto dulce y amoroso
que manda cual señor en mi deseo;

cuando este hombre querido le insta

...... ¿Por qué tu mano,
ángel hermoso, no ha de ser un dia
el premio de mi amor?

le contesta:

Nunca, lo juro......

Tambien es cierto que ayudado de Lara y los suyos, Gonzalo salva la vida de su amada, y la libra de la opresion; pero lo mismo había hecho antes, y solo. Muley, cuya suerte

seguirá Zulema, ignora los amores de esta y su religion; en la tierna é interesante escena antepenúltima todos los sentimientos son del amor recíproco de padre é hija; ni un recuerdo para Gonzalo: ¿en qué puede fundar este su confianza de

...... que ella viva
para ser mi esposa fiel?

¡La que ni una palabra ha dicho, ni ha manifestado una duda que debilite su firme y jurada resolucion de no serlo jamás!

Oponiéndose toda relacion histórica á la esencia del drama, que debe ser todo accion, la crítica juiciosa no condena referir cuanto sea imposible, impropio ó inconveniente ejecutarse en la escena; y además quiere que se evite en parte este escollo haciendo referir á quien deba hacerlo por necesidad, ó por un motivo que contribuya á la accion, ó á los incidentes naturales á ella. Así es muy propio que Muley pregunte á su hija ¿porqué prodigio la vuelve á ver? y necesaria la respuesta. Es igualmente propio que Fernando pregunte á Gonzalo el resultado de su embajada; y lo sería mas que le hubiese informado de cuanto el decoro y el pundonor no le impidieran decir de sí mismo. Es tambien necesario que el amigo informe al amigo de su amor, de cuya confidencia han de resultar las interesantes escenas en que la amistad de Lara se funde en la accion principal. De forma que queda evidente lo que de estas relaciones en boca de Pedro resulta impropio, ó redundante. Y quizás de aquí nace que no se pueda conciliar lo que dice Pedro: que llevaron al héroe casi difunto al palacio de Zulema,

quien con eficacia estrema
le asistió en su enfermedad,

con los sucesos del primer acto, en cuya noche vió Muley por primera vez á su hija después de su recobro; y no se sabe donde estuvo el padre durante la enfermedad de Gonzalo, de la que tampoco se habla.

De propósito no he dicho nada sobre las escenas en que, solos ó acompañados, figuran el Trovador y el Ballestero, ni de la impropiedad de que todo el acto 3.º suceda en la tienda de Gonzalo, á la que va el rey como á la suya propia. Desde que un autor se emancipa de la sujecion que le impusieran los

preceptistas, ya no le es permitida una impropiedad, ni una escena inútil á menos de no someterse á otras exigencias que carecen de los pretestos de aquellas. Así se vé con frecuencia la escena vacía, de la que unos personajes salen para que otros entren, por economizar una decoracion: de lo que resulta además que ni el rey, ni el conde, ni Cortés, ni el Trovador, ven la armadura de Lara, que solo reconoce Gonzalo en su tienda. La misma es tambien la causa de que para llenar el tiempo requerido (no por los preceptistas), contado por minutos, se encuentren en los actos 2.° y 3.° doce escenas enteramente estrañas al argumento y á los disculpables episodios.

Reflexionando ahora sobre el estilo del drama se encuentra facilidad, fluidez, medida y armonía en los versos, de los que quizá no hay tres que con razon puedan tacharse de malos. Pero *non satis est pulchra esse poemata*. A mi parecer se observa en el drama una desigualdad muy notable en la parte esencial que constituye la verdadera poesía. ¿Con qué entusiasmo dice Gonzalo, y con cuanto orgullo se oye en su boca:

.... Y creeis
que así á mi patria deslustre?
No, Zulema. En todo el mundo
alumbra el sol rubicundo
otra nacion tan ilustre.
¡Mi patria! patria adorada!
¿No sabeis que dicta leyes
á los estranjeros reyes,
del orbe siendo acatada?

Del mismo Ganzalo son los siguientes:

Desde mis mas tiernos años
acostumbrado á las lides,
al estrago, ó la matanza,
nunca mi pecho sensible, &c.

Oigamos al Gran Capitan responder á Muley que le pregunta: *¿es a mujer donde está?*

.... No mancille
su celsitud vuestro labio,
que no es mujer..........
No es mujer, no; que es un ángel,
una diosa.......

He aquí el mismo pensamiento hablando á Lara.

Nunca otra igual conocí.
¡Qué nitidez! Qué ternura!
Qué garbo! Qué donosura!
Qué ojos! Qué voz tan sonora,
cuya dulzura enamora!
Ay! amarla es gran ventura!

Zulema con el valor de una romana dice á su bárbaro opresor:

Mira ¿ves esta daga?.... En el instante
que te me acerques, en el pecho mio
la enterraré sin miedo: no lo dudes.
¿Tuya? Jamás. En el sepulcro frio
consumar lograrás tu vil intento.

Oigámosla ahora en un monólogo después que Gonzalo sale á batir á sus rivales:

¿Y es amable la existencia
del que vive suspirando,
y sin cesar apurando
la copa de la indigencia
está ó del tósigo infando?
No, que aquesta vida es muerte.....
Muerte que la acerba herida
ahondando va, fementida
del corazon, flaco, inerte,
do solo el pesar se anida.

Bastan estos pocos ejemplos para dar lugar á las reflexiones que sobre el estilo provoca la lectura del *Gonzalo.* No puede negarse que varias veces vemos á los personajes como si ellos mismos nos hablaran; pero otras los hace desaparecer la *Lira* del poeta. ¿Quien reconoce á Gonzalo de Córdoba cuando se dice: *que mi nombre esplendoroso?* Será el Gran Capitan el que hablando consigo mismo, añade: *Heroe que afligido estás?*

En fin se observan algunas palabras de la antigüedad mas remota en un estilo que solo esto tiene que no sea muy del dia: lo que parece un gusto particular del poeta, pues en la

nota 2 para la inteligencia del actor (escena 2ª acto 1.º) se lee: "Corriendo hacia Gonzalo y *afinojándose.*"

Al concluir estas reflexiones nos acordamos de la publicacion de un *Juicio* del Gonzalo, firmado *J. M. de A.* Nada diré de lo que respecto al drama contiene; *unusquisque suo sensu abundet:* pero no me parece impertinente llamar la atencion de los lectores á algunas de sus aserciones incidentes en él.

Se queja el señor de *A.* de los excesos de la *crítica,* que pinta *á guisa de furiosa bacante,* y la que al fin del párrafo no es *crítica,* sino *sátira:* en lo que á mi parecer hay tres errores; de hecho, de doctrina y de cálculo.—La mayor parte, con un grande exceso, de los escritos sobre las obras publicadas en esta ciudad desde que yo la habito, han sido elogios desmedidos, ó de compadrazgo. ¡Qué rara será la obrilla á la que no haya seguido ó precedido el panegírico de ella y de su autor!—Sin defender el abuso, no me parece justo condenar desapiadadamente á la *sátira literaria.* ¿Qué ley excepcional de justicia, de equidad ó de conveniencia exime á los escritos, y á los vicios de los escritores del látigo de la sátira? No puede criticarse un escrito sino con una seriedad catoniana? No me parece muy liberal el querer privarnos de reirnos y hacer burla de lo que no merezca otra cosa.—El temor de que las impugnaciones serias ó jocosas, arredren y ahoguen á los que han principiado ya *el viaje,* en mi opinion, carece de fundamento; porqué todos tenemos una buena dosis de amor propio, que es infalible antídoto contra las impugnaciones, de cuya justicia no nos remuerde la conciencia.

"La crítica, dice el Sr. de *A.*, tiene derecho de investi-" "gar si el autor de un drama ha cumplido debidamente el ob-" "jeto que se ha propuesto, nada mas." Y si el objeto que se ha propuesto el autor es necio, ridículo, desatinado, malo, detestable ¿deberá callarse la crítica si le *ha cumplido debidamente?* Y si no se propuso ninguno, ni sabe lo que es un *objeto* en un drama ¿qué se criticará?

El Sr. de *A.* me permitirá que le diga que los *Abencerrages* y los *Zegríes* no eran unas familias, ni linajes, como él supone á Almanzor *de la noble estirpe de los Abencerrages;* eran dos partidos ó bandos como los *Whigs* y los *Tories* de Inglaterra.

Ignoro lo que sean *los encotillados preceptos de la tragedia,* porqué no sé, si en tiempo de Aristóteles, que es el au-

tor de esos preceptos, se usaban cotillas: y aun ignoro mas cual es el precepto que prohibe en una tragedia *dos personajes que respectivamente roben la atencion:* yo veo á Oscar y Dermidio; á Orestes y Pílades; á los hijos de Edipo; á Seide y Palmira en cuatro tragedias *clásicas*, que roban la atencion: en todos los amores desgraciados roban la atencion ambos amantes; en fin, yo debería un gran favor al que me indicase una pieza de teatro (como no sea un monólogo) en que un solo personaje robe la atencion.

El Sr. de *A.* ha observado como una novedad entre *nosotros*, el nombre del autor del Gonzalo sin *Don* (aunque esto no es nuevo en la Habana); lo que le sirve de pretesto para decir que *la reputacion literaria es una nueva ejecutoria que se lanza en medio de la plebe y de la aristocracia para dirigir la una y para contener la otra.* Nadie ignora que un literato se distingue de la gente comun y baja, que es lo que significa *plebe:* tampoco se duda que la inteligencia y el saber, en todos tiempos y ahora quizás mas que nunca, forman una potencia de grande efecto en el estado de la sociedad; pero que se obtenga la ejecutoria de este poder por un drama ú otras obras que bastan para dar una *reputacion literaria;* que todos los que han conseguido esta reputacion han admitido la mision de contener la aristocracia: eso es lo que yo ignoraba: no escusaré mi ignorancia con un Chateaubriand, y tantos otros mantenedores entusiastas de las pretenciones aristócratas, que adquirieron aquella reputacion, pero hasta un Federico II, hasta un Neron, tienen su reputacion de literatos. Volviendo ahora al desprendimiento del *Don*, pienso que cuando no es un efecto de la modestia, puede tomarse por una distraccion del autor, absorvido en el objeto de sus meditaciones. ¿Qué otra escusa plausible puede darse al del *Gonzalo* cuando un Fernando el Católico llama *señor* conde al de Tindillo? Creerémos que ignora que los reyes de España no llaman *señor* ni aun á otros reyes? Dirémos tampoco que el autor de *María de Padilla* ignora los principios de buena educacion porqué en su advertencia *al lector* llama dos veces *don Angel Saavedra* al Excmo. Sr. Duque de Rivas? Yo sé que cuando compuso la tragedia de *Da. Blanca*, no era duque, é ignoro si lo era cuando se publicó *el Alcázar de Sevilla;* pero estoy seguro de que sin estas distracciones, le hubiera llamado por lo menos *el señor don.—C. L.*

SECCION TERCERA.

COSTUMBRES.

AMORIOS Y CONTRATIEMPOS DE UN GUAJIRO.

Detrás de la alta montaña que circuye á S. Diego de Núñez por el Sur, se estiende un hermoso valle, aunque de estéril terreno, donde existe el *sitio* que nombran Betancourt, abandonado y yermo hacía muchos años á causa de los trágicos sucesos de que había sido el teatro, viviendo el que le dió nombre, con el derramamiento de su sangre á manos traidoras. De muy distinta naturaleza, empero, es el asunto que nos ocupa y de que vamos á dar cuenta á nuestros lectores. A la sazon vivía dicho *Sitio* y cultivábale en parte con los esclavos que poseía, un guajiro, nombrado José María Flores, de oficio mayoral, aunque en la actualidad sin acomodo, cuyo carácter y cuyas aventuras le habían dado tal fama en el partido, que traía sin sombra à mas de un labrador, y cavilosas á muchas guajiras. Andaba el tal enredado de amores con Felicia Capote, graciosa muchacha que moraba con su padre en un *sitio* mas allá del pueblo, sobre mano izquierda, y por lo que había tenido sus dares y tomares, noches anteriores, con un

apasionado suyo, conocido por el Curujey. Estas cosas le traían de mala guisa.

Era mas de media noche; pero una de aquellas noches de invierno, en que el viento frio, después de haber despejado el cielo de nubes, se adormece tranquilo y queda la naturaleza en una calma solemne. La luna, que desde las nueve poco mas ó menos alumbraba, ya descendía al ocaso por entre los árboles que coronan la cima de la *Cabaña*, cuyo curso observaba atentamente el guajiro en el colgadizo de su casa recostado con indolencia notable contra un horcon. Estaba armado en son de marcha: queremos decir, que tenía el rico machete de concha de plata y piedras preciosas á la cintura, y las espuelas calzadas. A nuestro entender, él esperaba una hora fija para montar, porqué su caballo moro, enjaezado de un todo, se veía allí junto atado por la brida á otro horcon. Su vista, que al principio seguía sin pestañear el descenso tranquilo de la luna, de repente se paseó por los espacios celestes, y luego al punto dirigiose para su moro, sobre el cual se enhorquilló de un salto sin hacer uso de estribos, con solo poner una mano encima; encaminándole á paso acelerado la vuelta del pueblo.

Entre este y el *sitio* Betancourt, por línea recta, no hay ni una milla de distancia; pero interpuesto el rio, y el ángulo en que termina la *Cabaña*, para hacer mas asequible el camino por la escabrosidad y altura de esta, hubó que rodear un largo trecho: de suerte que así como salió de su casucha, sin desviarse del pié de la ladera, llegó á la añosa ceiba que hace las veces de mojon ó esquina en la misma punta avanzada, por cuyo tronco dobló á la izquierda faldeándola otra vez hasta el rio. Antes de bajar á él, en una pequeña llanura, dicha de los mameyes, contuvo de improviso las riendas del noble animal, porqué habiendo clavado los ojos en el cielo por la undécima vez, observó que la luna estaba mas alta de lo que había creído, cuando la estuvo contemplando desde atrás de la loma.

El deseo de ver á su querida, que no había conseguido en noches anteriores; le aquejaba tanto y le traía tan caviloso y fuera de sí, que no es mucho que se equivocara en la hora que era, lo cual pocas ocasiones le había acontedido, no teniendo desde su mas temprana edad otro reloj que las estrellas, la luna y el sol para marcar las que de la noche ó el dia avanzaban. Si llegaba antes de la prefijada, se esponía á ser descubierto tal vez mientras agachado entre los matojos aguardaba cerca

de los umbrales de la casa de Felicia, y no hablarla, que sería lo peor; demás de esto, estaba mas que seguro, que ella no saldría hasta el mismo momento, puesto que como él, sabía leer en el cielo. Tales consideraciones, que al detener el paso su caballo le ocurrieron de tropel, le pusieron de mal humor.

—¿Cómo yo me equivoqué, Dios mio? —dijo consigo mismo. ¡Los gallos de Mógena, los del Padre, los de Figueroa, los de todo el mundo, han cantado dos veces, y la luna, como quien dice, está en la mitad del cielo! Y el arado, el demonio del arado, que debía estar patas-arriba, para que fueran ya las cuatro de la madrugada por lo menos.....! Voto á...... y no á Dios!— Y como si contra un cristiano fuese, pegó tan fuerte puñetazo sobre el aparejo, de modo que el caballo que era brioso y asustadizo además, creyendo sin duda que le mandaban proseguir, y teniendo las riendas á su alvedrío, merced á la distraccion de su amo, dió á fufar y á correr por aquellos campos que parecía una exhalacion.

Es natural, ó prueba de esperto jinete, mejor dicho, que cuando la bestia que cabalgamos por un espanto ú otra contingencia cualquiera sale de escapada, agarrarnos con las uñas ó los calcaños, si no queremos medir el suelo con las costillas; pero es lo bueno, que los del guajiro no estaban limpios,—por cierto que las correas de las espuelas eran de raso azul, forradas y bordadas de la mano de Felicia,— así que sintiéndose herido en los hijares corría con mas ganas. Sin embargo, el animal, entendido que era, y acostumbrado á aquellos viajes de noche, en su disparo, en vez de volver al camino de las lomas ó seguir el de los ingenios cuando entró en la poblacion, no tomó otro que el de Bahía-honda, el mismo que á la casa de la novia conducía, como ya creemos habérselo dicho anteriormente al lector.

Pero es el caso, que el uno quería correr, y el otro no: este era el fuerte, el que mandaba, el amo en fin, y por decontado su enojo no tenía límites. Cayósele con la violencia el sombrero de paja, y la vejiga llena de tabacos y algunas décimas, que dentro iban. Al salir del pueblo, pudo echarle mano á las riendas; afirmose en ellas doblando el cuerpo hacia atrás, dióle un grito que hizo despertar los ecos de las montañas mas lejanas, y paró al instante su carrera, quedando como si de piedra fuese; pues á pesar de su brio y azoramiento era dócil, cual un castrado. José María, no obstante una prueba tan ne-

toria de obediencia, ciego de ira se echó al suelo con el machete desenvainado "para enjuagárselo en el pecho" segun su enêrgica espresion.

¿Por qué no lo hizo?—El caballo es para el guajiro lo que la yagua para la palma, lo que la savia para el árbol, lo que el sol para la tierra, lo que las flores para las muchachas. Se le ha hecho tan necesario, es un objeto de tal interés, que no puede pasar sin él, de manera que ha venido á ser en sus manos, de mero lujo y presuncion, objeto tal que pudiera decirse lo que de los Llaneros, que ellos y sus caballos no eran mas que una pieza. José María, como todos, sentía por el suyo una especie de delirio. Entre su caballo y su moza había poca diferencia: si afirmamos que en momentos críticos, tenía en su pecho un lugar preferente el primero á la segunda, no exageraríamos ciertamente. Admiraba en él aquel brio y gentil estampa de un animal fogoso, que desde potro crió, y que le obedecía como un perro de caza. En sus viajes por los mas apartados montes, nunca temió á los ladrones, ni á la justicia que le persiguiera, porqué en varios lances en que sus aventuras amorosas le pusieron, siempre entregó y debió á las patas de su moro su salvacion. Tocaba en frenesí su amor por tan noble animal, bien que este así mismo le pagaba con usura. Cuando, como era natural que sucediese una vez mas que otra, su amo pasaba la noche separado, á la mañana siguiente al rayar el alba, era seguro que en persona le viniese á zafar de la estaca para llevarle al rio. Entonces era cuando había que verle. Recibíale relinchando; batía la tierra con los cascos ó lozaneando se le acercaba, ambas rodillas dobladas, y le lamía los piés: luego pegaba un bote, arqueaba la cola, bufaba y le corría en derredor. Flores, echándole los brazos al pescuezo, sacudía su morrillo, le palmeaba en la frente de car nero, arrodillábase otra vez, montábale en pelo, y le conducía al baño.

Por esta razon, no es estraño que así como dirigió la punta de su machete á los pechos del animal, que alzada la frente, con las orejas paradas, el ojo fijo y brillante, parecía aguardar con calma y resignacion el golpe mortal, se le cayese de las manos, clavándose en el suelo. Acercósele: apoyó el codo en el aparejo, en la mano puso la frente; y con trabajosa respiracion, dijo, arrepentido de haber abrigado malas intenciones contra una bestia tan generosa—Mi moro, perdona; pero yo no sé lo que me hago. La ingrata, la ingrata mujer por quien

muero, es la que tiene la culpa de mi proceder duro contigo. ¿Yo matarte? ¡Qué locura! Tú, compañero en mis trabajos y correderías, que con tanta paciencia y amor sufres mis caprichos, tú no debes morir nunca: antes perecerían todas las mujeres del mundo. ¡Pobre caballo! Me sirves con fidelidad, y yo te pago tan mal! Y yo te iba á matar sin causa ninguna! Sácame de los peligros en que mi mala estrella me pone, sácame en salvo como siempre, y así la ingrata me guardara la fé que tú, que otro gallo me cantara. Moro, ahora sufres las impertinencias y los malos ratos que te dá el mozo de tu amo, cuando yo sea viejo, entonces un potrero y la libertad serán tu recompensa. Vamos á suspirar por la cruel mi homicida, en tanto que el frio y los mosquitos nos sacrifican, mientras espero que se ablande á mi ruego."

En el entretanto recojía la vejiga de los tabacos y el sombrero, llegóse la hora convenida, que era la de la madrugada, cuando las cabrillas y el arado declinan al occidente y el hermoso boyero aparece en el oriente, sobre la cumbre de las montañas que ciñen todo el horizonte de aquel país. La luna tambien que parece caminar de media noche en adelante con mas velocidad, habíase traspuesto enteramente, y solo se conocía que alumbraba aun en otros puntos distantes, por algunas palmas de erguidos troncos y pomposos penachos que se destacaban de un cielo azul subido. Cuando llega esta hora en las serranías, hora en que los astros mayores no iluminan mas que el estrecho horizonte, dejando los profundos valles sumidos en una dudosa claridad, en un triste y misterioso silencio, cualquier leve ruido, los cascos de un caballo, por ejemplo, que hacen resonar la tierra como la losa de un sepulcro; un pájaro que atraviesa agitando acompasadamente las alas y el aire, imprimen en el alma del hombre, que lo escucha, ideas tan diversas, de un carácter tan estraño y melancólico, que teme hablar, teme moverse, por no turbar la calma imponente de la naturaleza. Agréguese á esto que José María, era un si es no es preocupado, aunque tenido y temido en toda la comarca por el mas valiente que gastaba machete, y que después de haber vuelto á montar, á poco trecho de la poblacion entró en aquel pedazo de camino, en que las cercas de altos piñones por un lado y las blancas paredes del cementerio por el otro, contribuyen á que sea mas oscuro y siniestro el paso; y se tendrá una idea aproximada de su sobrecogimiento. Por

supuesto que ni movió los labios siquiera. Cual una sombra pasó por entre aquel estrecho, y hasta llegar al rio llevó á su izquierda mano los piñones y el corazon comprimido.

Un poco mas allá del rio, el camino parte una loma atravesada, y se encajona por decirlo así, entre dos altas paredes cortadas perpendicularmente, que por figurar la ancha puerta de una muralla, es conocida allí bajo este nómbre. Desde allí se descubren distintamente las casas del potrero de D. Pablo Capote, sobre la mano izquierda. Detuvo Flores las riendas de su caballo, y dirigió la vista sobre las silenciosas y oscurecidas casas, rodeadas por el poniente de una frondosa arboleda, que las oscurecían mucho mas. Por todas partes reinaba un silencio completo, de muerte. Así que no tuvo recelo en acercarse. Además la hora se pasaba y no había que perder tiempo.

Entró en la arboleda por la parte del norte, cosa que los troncos, ni el follaje de los árboles le impidiesen ver la culata de la casa, á la cual caía el cuarto de Felicia. Apeose con mucho espacio, ató el caballo del cabestro á una rama, echose el capote á la espalda, porqué corría un airecillo capaz de cortar las carnes: calose el sombrero sobre el lado derecho, sacó fuera de la vaina hasta un tercio el machete, luego se recostó contra un naranjo, y se entregó ardiendo en amor, en el golfo de la esperanza, de ver aparecer á su amada cuando menos lo percatase, por entre las *maniguas*, como blanca paloma que se allega al nido. Largo rato esperó, mas en vano. Ni un alma se asomaba, ni una hoja se movía, ni un perro ladraba, ni un gato maullaba. Parecía que aquella casa oscura, destacándose de las sombras qne ennegrecian el cuadro, con su ponderosa cruz al frente, había sido robada, y enterrados á su pié, yacían los dueños, durmiendo el sueño de la muerte.

El guajiro sin pestañear, por debajo de la ancha ala de su sombrero, tenía clavados los ojos en aquel punto en que á su juicio creyó que debía reposar la lánguida cabeza de Felicia, y no obstante que un enjambre con su infernal música y sus agudos aguijones, le punzaban el rostro y las orejas, y le molestaban de mil maneras, ni siquiera los espantaba por no meter ruido, que fuese parte para que nó oyese un suspiro, cualquier movimiento que en el dormitorio hicieran; aunque á tanta distancia, no era fácil percibir ni la conversacion de dos individuos.

Apurábase la paciencia de José María. Confiado, y con ra-

von en que si Felicia le amaba, como se lo había dicho varias veces, no reposaría tranquila hasta saber y quedar satisfecha de cual había sido el resultado de su disgusto con Curujey en el baile, y este deseo venciese su repugnancia á salir en el silencio de la madrugada á hablar á solas con él, pues esquivó con tal motivo las ocasiones en que podían verse á la claridad del sol, no dudó un punto, que ella, arrostrando por todos los obstáculos, se resolvería al fin. ¿Qué hacer, qué pensar sin embargo viendo que no asomaba y que se venía la aurora á paso acelerado? ¿Qué juzgar de tan estraña conducta, en una mujer que había dado pruebas inequívocas de su pasion, pero que se negaba obstinadamente á concederle una entrevista nocturna, á pesar de sus súplicas ardientes, y á pesar de que iba para cinco dias que no se hablaban? Su padre, advertido de sus amorosos tratos le impedía salir? ó rendida á las vigilias y al cuidado de la ausencia de Flores, y de su destino, ¿le asaltó el sueño precisamente en la hora misma de su llegada?

Esta última idea, pasó rápida por la mente del guajiro y le hizo suspirar y sonreir, cual si satisfaciese á mucha parte de sus dudas, y sus celos. El, como todos los enamorados, se hallaba mas propenso á creer que su Felicia se había quedado dormida las noches anteriores en que estuvo á verla, y no á que el temor, el recato, el poco acendrado afecto, ó la oposicion de su padre, ó cosa semejante, le habían impedido salir y acceder á sus ruegos. Cualquiera de estas causas, y todas juntas, eran mas que suficientes para retenerla en su cama y cuarto, y servirle de escusa loable para negarse, no digo á la ilícita solicitud de un amante, sino para oponerse al mandato de un padre, si fuese tan perverso como todo eso. ¿Pero cuando se medita con detencion en tales inconvenientes?

Ya no dudó que Felicia no le había sentido por haberse quedado dormida, puesto que tanto nos complace el amor propio halagar una esperanza cualquiera, y desde aquel punto trató de hacerse oir de ella, atropellando por cuantos riesgos se le presentasen. La casualidad, la malicia, ó la suerte que le soplaba en contra, hacía que no se ofreciera un esclavo, un diablo que pasara el aviso. ¿Cómo conseguirlo, pues? He aquí el medio de que se valió y puso en practica.—"Cantaré, dijo José María, entre sí. ¿Que puede suceder? Que el viejo se despierte, alborote la casa, y me eche los perros? Le tumbo el pescuezo á uno, y salga el sol por donde saliere Peor es estar

aquí temblando de frio y dando diente con diente, como un mentecato. Peor será que la muy ingrata diga mañana que yo no estuve aquí esperándola ninguna de estas noches Peor será pasar la plaza de primo. ¡Sobre que ninguna moza por mas retrechera y dura que haya sido, ha jugado conmigo como Felicia! No señor, cantaré, y con toda la voz que Dios me ha dado, para que me oiga, aunque esté en el otro mundo, y para que se averguence, pues no sabe amar como yo. ¡Falsa! con qué cara me dirás mañana;—Flores, si me quedé dormida!"—Esto, esto es lo que esperimenta quien cree en el amor de las mujeres."—Sintióse de improviso un ruido estraño, como de ramos y alas agitadas allí cerca de nuestro galan, que al pronto tomándole por otra cosa, le obligó á ponerse derecho, á desenvainar del todo su machete, y á esperar en guardia el resultado; pero el canto sonoro de un gallo, á que contestaron infinitos otros de los sitios colindantes, sacándole de la duda y del vago temor que se había apoderado de su espíritu, le puso espuelas á su deseo, pues era bien cierto que la mañana se aproximaba á pasos de grulla, cuando los gallos cantaban por la tercera ó cuarta vez.

Recostado contra el árbol, con la mano izquierda sobre el cabo del machete, medio rebozado en su capote, limpióse el pecho, y soltó la voz: una voz suave y armoniosa, que en melancólicos tonos espresaba las efusiones de un alma llena de pasion y combatida de amargas dudas.

Muriéndome estoy de frio
Junto un naranjo sombroso
Mientras mi dueño amoroso
Duerme largo, á su albedrío.
A la inclemencia, al rocío,
Al sol, al agua y al viento,
Paso millares tormentos;
Y no alcanzo, gran señora,
Por mis males, ni una hora,
Del mas mínimo contento.

Y *¡contento!* repitieron á una los ecos, mas repercutivos! con el silencio mortal de la noche. De contento tambien rebosó el corazon de Felicia, la que enderezándose en su cama, alargó el brazo hasta la dura tarima donde dormía la negra Francisca. Sacudióla dos y tres veces con todas sus fuerzas.—"¡Francisca, Francisca, despierta! Ahí está Flores, ahí está el pobre, y dice que se muere de frio. Yo no tengo la culpa ¿no es verdad?

Un ronquido profundo, como el estertor de un agonizante fué la única respuesta de la esclava. Felicia continuaba en sacudirla y pellizcarla con ahinco; pero la misma voz volvió á dejarse oir con esta otra décima:—

Dices que no hay ocasion
Para que hablemos aquí,
Donde me temes á mí
Y teme tu corazon.

—Mentira, mentira, dijo ella precipitadamente sin ser dueña á contenerse y como si él pudiera oirla, yo no te temo á tí, Flores mio, sino á mi padre, que es duro y tiene el sueño mas lijero que un pájaro. Si yo pudiera..... El canto la obligó á interrumpirse.

Digo no tienes razon
Para de mi fé dudar;
En casa, en el platanar,
Tu serás mi Dios, mi encanto,
Y juro por lo mas santo
Que nadie te ha de faltar.

—Si, continuó Felicia, con tristeza y recordando, no sabemos qué aventura pasada. Así dicen todos ustedes al principio; pero luego... Francisca, Francisca, dormilona, levántate, ¡qué sueño tan pesado tienes! ¿No oyes á José María? No oyes como se queja de que no salgo á hablar con él? ¿Qué te parece que haga?

—Yo no he oido nada, contestó la negra esperezándose y haciendo crujir todos sus huesos.

—¿Con que no has oido nada? Levántate: y ponte á aguaitar por el agujero de la *yagua* á ver si le descubres. Camina, diablo.

—Jesus niña, si hace un frio que hiela los huesos; y luego la noche está tan oscura... que es imposible que la gente se mueva.

—¿Todavía duermes, Francisca? Todavía me niegas que ahí está Flores? Despierta.—Y ya de pié, y de pié la negra, le pasaba la mano por la cara y los ojos, y le sacudía la cabeza.

—Por la Vírgen, niña, sumercé me vá á matar.

—No grites, porqué papá está durmiendo en su hamaca en la sala, y le puedes dispertar. Vé al agujero y ponte á aguaitar.

La negra se encaminó al punto que le indicaba su ama, y clavó la cara entre las yaguas. Esta, poniéndole las manos en la espalda, le preguntaba:

—¿Ves algo?

—¡Ni las hojas de plátano, niña, ni el cielo.

—Si tú no tienes ojos.

—¿Porqué sumercé no aguaita?

—Porqué tengo miedo.

—Pues no hay ni un alma.

—No puede ser: si le oí cantar. Quítate, que no sirves para maldita la cosa. Quítate pronto.

—Y la niña, se coló en la hendidura de la yagua, temblándole el corazon y el cuerpo de temor y duda. Al momento descubrió á su galan, pues como apasionada, en estos casos gozaba de doble vista.

—"Ahí está el pobre, envuelto en su capote, esclamó llena de gozo. Es él: no me queda la menor duda. Allí junto está tambien su caballo moro. Mira, Francisca. Anda á donde la jaula de los cocuyos y sácame uno, que quiero hacerle una seña.

Felicia agarró el cocuyo, sacó el desnudo brazo fuera. y empezó á agitarle en combinadas direcciones, como para indicar á su galan que no eran aquello los movimientos del insecto que hacía el natural uso de sus alas, sino la señal de que debía acercarse. José María, sin otro antecedente, comprendió al instante que era el amoroso reclamo de su amada, y acudió con presteza y regocijo..... Pero ¡oh fuerza del hado! Lance funesto! Decretado estaba sin duda que nuestros amantes no habían de hablarse aquella noche. ¡Qué contratiempos tan inesperados no presenta la varia suerte de los hombres, espuestos á perecer á cada instante!—Sucedió, pues, que yendo Flores á paso acelerado, para donde le llamaba la luz hermosa del cocuyo, al doblar el ángulo de la casa, le salió al encuentro un fiero perrazo, que arrojándosele encima, le abatió por el suelo como á un tierno arbolillo. El, usando de su propia y natural defensa, le atravesó primero con la punta del machete y luego que se paró, de un tajo le dividió en dos pedazos. A la bulla despertóse el viejo, dió voces, empezaron á ladrar los otros perros, levantáronse los negros, Felicia, medio desmayada cayó en los brazos de su esclava, abriéronse con estrépito las puertas de yagua, y la casa quedó hecha un abreviado infierno. José María Flores, mas que de prisa se puso en salvo, apelando como de costumbre á las patas de su caballo, lijero como un pájaro.——Sansueña.

SECCION CUARTA.

POESIA.

MI AMBICION.

Cruze veloz en peligrosa quilla
ávido mercadante luengos mares,
mientras que yo festivo, de Almendares
piso la hermosa floreciente orilla.

Al blando son de plácida flautilla
libre de sustos, de oro y de pesares
á Hermira ofreceré dulces cantares
que pagarme sabrá con fé sencilla.

Ni las riquezas ambiciona el alma
ni con mengua se rinde al poderío,
que yo naciera do nació la palma

Y las aguas bebí de índico río;
queriendo solo que en amante calma
tierna pague mi hermosa el amor mio.

FRADELIO.

EL GUADALETE.

Hinchado el trinquete
con la ventolina
iba el Guadalete
marchando á bolina.

Bergantin guerrero,
bergantin velero,
no te ha de alcanzar
navío en la mar.

Que tormentas cuenta
cual otro contó,
y en una tormenta
jamás zozobró.

Rada ni bahía
le ha visto fondeado,
del tiempo obligado
por una avería.

Y tiene cañones,
y tiene artilleros,
y reta aquilones
con sus marineros.

Bergantin, camina,
marchando á bolina,
no te ha de alcanzar
navío en la mar.

No ambicioso de oro
por la mar inquieta
va el pobre poeta
en pos de un tesoro.

No, como Colon,
de gloria sediento
á merced del viento
pone su ambicion.

Bergantin, camina,
marchando á bolina,
bergantin guerrero,
bergantin velero.

Acaso fué un dia
que ufano te vieras,
con tantas banderas
que el viento mecía.

Con tu gallardete,
guerrera divisa,
encima el juanete
jugara la brisa.

¿Tus galas do son?
Cuál es tu ornamento?
solo un cataviento,
solo un grimpolon.

¡Oh! vuélveme á España,
que allí está la luna
que plácida baña
mi plácida cuna.

Allí está mi padre,
allí está mi hermosa,
allí está la losa
de mi pobre madre.

Quizás un dia te vea
empavesado y gentil,
dejar atrás ancha vela
en la mar de mi país.

Quizás escuche en el puerto
tus saludos repetir
los colosales peñascos
del encrespado Monjuí.

¡Ay! entonces, Guadalete,
contemplaré con sonrís
de la batallola al tope
tus marineros subir.

Y si he olvidado las cuitas
que tú me has hecho sufrir
del Llobregat al estrecho
desde Espartel á Maysí;
mi inspiracion elegida
será consagrada á tí.
y te diré: "Rey de mares
valeroso bergantin...."

Pero ahora no te canto,
soy demasiado infeliz.

A. RIBOT.

A bordo del Guadalete frente á Guántanamo, año de 1834.

LA
ILUSION PERDIDA.
A I.

si un suspiro ...

Frio está el corazon: á tu mirada
no cual antes le siento conmovido,
y la memoria de un afan perdido
yace en el alma muerta y olvidada.
Yo te juzgué deidad: ciego, inocente
en tí mi dicha y mi vivir fijaba
y en mis sueños ardiente
á tu lado feliz, de amor te hablaba.....
Mas no por suerte la ventura mia
solo en tí se cifró: habrá otra hermosa
que sienta mi penar, que blanda ria
cuando el placer se pinte en mi semblante,
y si el dolor me oprime,
junte su lloro, al llanto de su amante.
Ser querido y amar—mira la dicha
que nos brinda el vivir! Cuando te amaba,
amé la soledad y amé el silencio,
porqué allí la ilusion te me pintaba
inocente, sensible á mis caricias
y la frente reclinada sobre el seno
mientras que yo cantaba
los amorosos versos de Fileno.
Mas voló la ilusion: solo me queda
un recuerdo lijero y sin halago
del tiempo que pasó; y hoy te contemplo,
sin odio y sin amor, indiferente
como suele mirar el pasajero
una preciosa flor en el sendero
é de un arroyo la fugaz corriente.

1834.

PRADELIS.

EL FORASTERO.

"Claro cielo, campo ameno,
que anhelaba el alma mia
tras la bárbara porfía,
de los vientos y del mar;
acogedme en vuestro seno,
dad alivio á mi quebranto:
¡no hay placer que valga tanto
como á un triste consolar."

Su endeble barca dejando
que las verdinegras aguas
del crudo cierzo impelida
violentamente cortaba;
Así Deliso decía
cuando las fértiles playas
de la antilla mas famosa
llegan á tocar sus plantas.

Del Tormes nació el mancebo
cabe la corriente clara,
que las cuerdas enaltecen
de las liras castellanas.
Llevole su estrella luego
á las tierras apartadas
en donde su altiva frente
la gran Méjico levanta.
Allí del amor probando
dulces guerras, paces blandas,
dió entrada en el tierno pecho
á ilusiones y esperanzas.
Allí su rabel tañendo
entre pulidas zagalas,
ya sus quejas daba al viento,
ya sus bienes celebraba.

Hoy el son del ronco parche
y de contrapuestas armas,
al mísero espanto pone
y del pobre hogar le arranca:
Que entre hermanos ¡oh desdicha!
odios la discordia inflama,
y atruena el cañon los campos
y el aire cruzan las balas.

Allá sus amigos deja,
allá deja su adorada;
¡plegue al cielo que le guarde
de ser suya la palabra!

Lamenta el zagal sus males,
y huyendo las ondas bravas
contra el rigor de la suerte
busca asilo en tierra estraña.

Humilde los granos besa
de la arena hospitalaria,
libre de riesgos respira,
y así vuelve á su tonada:

"De estas playas venturosas,
de esos prados, moradores,
á vosotros sus clamores
lanza el alma en su pesar.
Atended, ninfas hermosas,
atended mi débil canto:
no hay placer que valga tanto
cómo á un triste consolar."

B. V.

Epigrama.

Ufano un sepulturero,
tentando su bolsa un día
cantaba como gilguero:
porqué en verdad, nunca había
ganado tanto dinero.
"Gracias á Dios soberano,
que este año has tenido, hermano
gran cosecha:" dije yo,
y él cavando contestó,
"Gracias..... al doctor fulano."

PLACIDO.

SECCION CUARTA.

VARIEDADES.

ARCHIVOS

Del Tribunal de cuentas de Lila.

Habiendo entrado Felipe el atrevido, duque de Borgoña, en posesion del condado de Flandes por su matrimonio con la única heredera del mismo, sustituyó en 1365 el tribunal de cuentas de Lila, á semejanza de los que ya existían en París y Dijon: su jurisdiccion que solo alcanzaba al principio al Artois, el condado de Flandes y el señorío de Malinas, no tardó en estenderse á todos los países comprendidos entre Namur y Tournay, por consecuencia del acrecentamiento que Felipe el bueno dió á sus estados.

El Tribunal de cuentas se acrecentó así con todos los tesoros históricos de las familias que reinaron alternativamente en el condado de Flandes por derecho de sucesion ó de conquista: tales fueron las casas de Flandes, Borgoña y Austria; Balduino, emperador de Constantinopla; sus hijas Juana y Margarita; Guido de Dampierre, víctima perpétua de la política insidiosa de Felipe el hermoso; Luis de Nevers, Felipe el atrevido, gefe de la casa de Borgoña; el desgraciado Juan sin miedo, el fastuoso Felipe el bueno, Cárlos el temerario, cuyo sobrenombre encierra toda su historia; María de Borgoña

su hija, cuyos consejeros fueron degollados á su vista por los vecinos de Gante: en fin, Maximiliano de Austria, mendigo imperial que quería ser papa. Este mismo Maximiliano dá gracias en una de sus cartas á su hija por haberle enviado *dos lindas camisas blancas, cosidas con sus propias manos, suaves y olorosas*. Vienen despues la tia de Cárlos V, Margarita de Austria, que ajustó el célebre tratado denominado *paz de las damas* y fundó la magnífica iglesia de Brou para su sepultura y la de su marido Filiberto; Cárlos V., y Felipe segundo.

Cuando Luis XIV se apoderó de Lilá en 1667 el Tribunal de cuentas se transformó en *oficina de beneficencia*, continuando no obstante con el depósito de sus ricos archivos; y aunque cesó de aumentarse esta inmensa coleccion, se la conservó con esmero, y la conquista de Flandes, fruto de la batalla de Fontenoy, la acrecentó todavía con algunos documentos.

El bombardeo de 1792 que arruinó en parte aquella ciudad, no alcanzó á los archivos, que se vieron á pique de sucumbir bajo el gobierno revolucionario. El ministro Garat, en en virtud de no sé que ley de la época, dispuso que el archivero Ropra quemase todos los papeles pertenecientes al antiguo Tribunal de cuentas: con este motivo se empeñó una activa correspondencia entre el ministro y el humilde empleado, lleno de pesar con una órden tan estravagante: este defendió al principio sus preciosos tesoros con moderacion; mas perdiendo al fin la paciencia, dirigió al gefe del interior la siguiente carta, llena de amargas verdades y digna del Oldbuck que nos retrata Sir Water Scott, la cual puso fin á una lucha desigual, quedando la victoria á la parte mas débil.

Lila 2 de marzo de 1795.—Cuando solicité de vuestro predecesor el destino de archivero del Tribunal de cuentas de esta ciudad, fué bajo el concepto de ser útil á la república. Mi comision me impone el cargo de velar por la conservacion del depósito que se me ha confiado, y en su cumplimiento os di cuenta de los desórdenes que habían causado el comisario de la contabilidad, el del departamento y sus subalternos. Al mismo tiempo os insinué que los ciegos no son buenos para juzgar de colores, opinion en que al parecer no estais conforme, supuesto que en virtud de informe de un administrador de contabilidad, que entiende tanto de antigüedades diplomáticas como el gallo de la fábula del diamante que se encontó en el

basurero, habeis decidido que *en los paneles del antiguo Tribunal de cuentas de Lila no hay nada que obligue la pena de conservarse*, ordenando en consecuencia la destruccion de estos archivos nacionales, que son tal vez los mas interesantes que posee la república. Yo no puedo impedir la ejecucion de de este decreto esterminador, y así entregaré las llaves de los archivos á las personas á quienes se encargue su cumplimiento. Al recomendar á estos *carticidas* que no perdonen ningun *papel antiguo de letra gótica* podeis estar cierto de que vuestras intenciones se efectuarán del modo mas completo, y que solo dejarán algunos inventarios, que será forzoso desechar tambien para que no sirvan de ocasion de duelo por estas pérdidas irreparables. Espero, ciudadano ministro, que tendreis la bondad de dispensar mi asistencia á una operacion que solo puede compararse al incendio de la biblioteca de Alejandría, y a la cual no encuentro motivo razonable, porqué aun cuando fuese cierto que *estos papeles antiguos y góticos no son sino títulos de feudalismo, monumentos de opresion, y reglamentos políticos contrarios á la razon, la humanidad y la justicia* pienso que aun así deberían conservarse como piezas capaces de hacernos amar la revolucion. Mas si consideramos que estos títulos contienen pruebas auténticas de la predileccion de los belgas á la libertad y la igualdad; que atestiguan que ahora muchos siglos existía en este pais una constitucion muy semejante á la nuestra, entonces se ve que son infinitamente preciosos para todas las gentes sensibles y racionales.

Este depósito era además interesante con respecto á las ventajas materiales que podía proporcionar á la nacion. Yo había empezado algunas investigaciones sobre los dominios enagenados, á las cuales daré de mano dirigiéndolos en el estado en que se encuentran al directorio del departamento; tambien pensaba hacer otras averiguaciones acerca de los títulos primitivos, que asegurarían á la nacion la percepcion ó la redencion de los derechos feudales, y habian sido dispuestos por varias leyes y recomendadas por la administracion de los dominios, mas como deben apoyarse en documentos que por desgracia son antiguos y de letra gótica, destruidos estos, aquellas son inútiles é infructuosas.

Me parece que convendreis, ciudadano ministro, en que vuestra órden destructora va á privar á la república de recur-

sos pecuniarios de que en las circunstancias actuales está harto necesitada. Es verdad que la supresion de los archivos y aun de las bibliotecas nacionales puede facilitar algunos por la venta de los papeles, pergaminos y libros, y por la de los edificios que ocupaban estos establecimientos góticos. Tambien se economizarán los sueldos de archiveros, y todo esto podrá reemplazarse con algunos ejemplares de los *Derechos del hombre*. La declaracion de los tales derechos es indudablemente una admirable invencion, que puede substituir á los títulos de propiedad, á los cartularios y á los códices antiguos: esta declaracion es la ciencia universal, y yo no sé de que manera podrá el género humano manifestar su gratitud por un descubrimiento tan importante.—*Firmado* Ropra.

Esto pasaba en 1795, y el valiente archivero, no solo no se vió condenado á muerte por tan destemplada paulina, sino que logró que sus queridos archivos fuesen respetados, á lo menos hasta el punto en que se respetaban entonces las cosas.

Durante el imperio y la restauracion, los archivos del departamento del norte permanecieron casi olvidados; y hásta el año de 1833 no se trató de sacar partido de los preciosos tesoros que contienen Entonces el baron Mechin confió su direccion al sabio Mr. Le Glay, desde cuya época salieron del desórden en que estaban, se clasificaron, y se colocaron en estantes y en carteras, cuyos títulos indican las fechas y la naturaleza de los documentos que encierran. Tal es la habilidad y destreza con que se ha hecho este inmenso trabajo por algunos empleados pobremente dotados, como se dota por lo comun á los sabios, que en el dia las investigaciones son fáciles y casi instantáneas en medio de estos vastos depósitos de pergaminos y papeles, que llenan hasta el techo un edificio tan estenso como el mas grande de los cuarteles de París, quedando los que le visitan admirados del órden minucioso y de la claridad que reina por todas partes.

Si de la totalidad pasamos á los pormenores, la sorpresa se aumenta al ver que apenas hay pergamino que no esté adornado con un sello, testimonio del estado de las artes, documento curioso de los trajes, armas y adornos de una época en la cual casi no existia la pintura. Estos sellos son unas veces las *bulas de oro* del imperio, otras grabados en que brilla el maravilloso cincel de Benvenuto Cellini y de sus discípulos flamencos, ó bien los rasgos groseros de los *talliatores* del siglo décimo

ocasiones en aquellas épocas distantes, se vé por contramarca un elegante camafeo del siglo de Alcibiades ó de Augusto al lado del sello bárbaro de un Rey de Francia.

Los artistas y los historiadores tienen una abundante mina en los archivos de Flandes: los curiosos encontrarán en ellos mil objetos de diversion y entretenimiento: tan pronto el proceso de un cerdo condenado á morir enrodado por haber devorado un niño, como la descripcion de la canastilla de una princesa recien parida, cuya suntuosidad deja muy atrás al lujo de nuestra miserable época, y con la cual terminaremos el presente artículo.

La princesa en cuestion es hija de uno de los duques de Borgoña: se le dieron almohadas bordadas de perlas, el lecho era de madera de sándalo provisto con doce colchones, una colcha de tela de oro forrada de armiños, otra de escarlata forrada en martas, otra de paño verde forrada en cibelinas, y otra de seda de Persia forrada de plumas de cisne.

Las paredes de la alcoba estaban cubiertas de ricas colgaduras: el piso, de bellas alfombras.

Vienen en seguida batas y *deshabillés* por docenas, pellizas y sábanas de las mas finas telas, valuadas en 4.850 libras de París, que harían unos 3.000 pesos de nuestra moneda; papalinas y otros tocados guarnecidos de preciosos encajes y enriquecidos de pedrería; joyeles descritos con la mas minuciosa escrupulosidad, y tales que un artista inteligente podría en el dia construirlos semejantes; en fin, si hubiésemos de enumerar todo lo que es digno de atencion y estudio, sería cosa de nunca acabar.

ANTONELLI.

III.

Con mesurado andar y semblante imaginativo se paseaba Antonelli por la plataforma de la Fuerza; y si la dudosa claridad de la luna, próxima á salir, lo hubiese permitido, muy poca perspicacia se hubiera necesitado para leer en sus facciones la lucha interior que le combatía. Ya se quedaba inmóvil, cruzadas atrás las manos y la cabeza caída sobre el pecho; ya a-

presurando el paso, se daba una palmada en la frente: á veces ladeábase un tanto, y movía los labios, como persuadiendo á un ente invisible; y otras, agitando las manos con gesto convulsivo, parecía suplicarle que se fuese y le dejase en paz. Muchas idas y venidas había ya dado de esta suerte, cuando al parecer cansado de verse reducido á tan estrecho espacio, bajó de la plataforma, y encaminándose á un postigo escusado que tenía la Fuerza entonces hacia el mar, echó por la ribera sin cuidarse de adonde le llevaban los piés.

A la sazon iba asomando la luna; y sus rayos después de resbalar por la superficie de la bahía, se quebraban en los baluartes del castillo, en la alabarda del centinela, ó sobre los techos del caserío, á no ser que hallasen alguna ventana entreabierta, ó redonda claraboya, por donde deslizarse á esclarecer las silenciosas escenas de las horas nocturnas. Antonelli puso los ojos en la raya luminosa que rielaba en el mar, y corriendo la vista por ella, fijola al cabo en la menguante luna, como para que su plácido resplandor alumbrase tambien las sombras de su tenebrosa imaginacion. Ora fuese influjo saludable de aquel astro, ora efecto de la frescura del terral, junto con la soledad y el silencio de aquella hora, lo cierto es que algo mas sereno fué á sentarse en una piedra que en su lijero embate á veces cubrían las aguas, las cuales al retirarse por sus grietas, ya en claros hilos, ya en sueltas gotas, formaban apacible murmurio, semejante al apagado gorjeo de un ave medio dormida. Allí, soltando el vuelo á sus pensamientos, quedó elevado en una vaga cavilacion, que no le duró mucho pues á poco le interrumpió su devaneo, una voz que decía:

—"¡Hola! Sr. D. Juan: ¿qué haceis tan pensativo? invocando acaso la luna y las estrellas para alguna trova?"

Aquella voz penetró hasta las entrañas de Antonelli; y al levantar la cara hacia el que la dirigía, temblábanle los labios y los párpados, como si fuese á responder alguna palabra irónica ó provocativa: pero al ver el aire cándido, y el rostro franco del recienvenido, se le amortiguó la ira, y por una de lás muchas contradicciones á que está sujeto el corazon humano, al revés de lo que esperimentaba siempre, sintiosè con vivísimas ganas de conversar con el capitan Lupercio de Gelabert, que no era otro el que delante se le ponía. Así fué que despues de una corta pausa, le respondió:

—"Capitan Gelabert; yo no soy poeta; y eso de coplas di-

te mas bien en un galan enamorado, que no en un adusto ingeniero como yo."

—"Cabalmente ingenio es lo que se ha menester para componerlas, Sr. D. Juan; y siendo tan por estremo el vuestro, no es mucho que os creyese poeta."

—"Pero, Capitan, yo no soy ingeniero de amor, sino de máquinas y castillos."

—"¿Y qué importa, Sr. D. Juan? Para el amor no hay pecho seguro; y quien ama, compone versos."

—"Sea en buen hora; pero como yo estoy desengañado del amor y sus quimeras...."

—"¡Ay Sr. D. Juan! poco entiende vmd. de achaques de amoríos, pues como ha dicho cierto poeta, *nunca jamás sirvió de remedio el desengaño!*"

—"Cierto, cierto, Capitan," dijo Antonelli, mordiéndose los labios: "pero variemos de conversacion, que esta de amor me empalaga cuando á mí se refiere; ó si os place, habladme de los vuestros, pues á juzgar por ese traje, ese instrumento, y el estar fuera del castillo á tales horas, apostaría yo que esta noche anda vmd. de galanteo."

Traía Lupercio casi cubierto el rostro con un ancho sombrero chambergo sin pluma: coleto de paño oscuro, jubon con mangas blancas, zaragüelles anchos con lazos en las rodillas, medias calzas tambien blancas, y zapatos negros, componían su vestido; faltando solo añadir para completar su pintura, que al cinto llevaba espada, y en las manos una guitarra.

El tono conque pronunció Antonelli sus últimas palabras, entre enojado y curioso, no dejó de llamar la atencion de Lupercio; pero como él era de suyo afable y comunicativo, y además Antonelli, en su concepto, estaba lleno de rarezas, no hizo caso, y prosiguió:

—"Pues bien; no se hable mas del asunto; y volviendo á las coplas, diré á vmd. porqué fué que traté de ellas. Es el caso que cuando os encontré, venía yo recitando por lo bajo una letra que acabo de componer para cantarla con una tonada antigua, á las rejas de cierta dama; y como venía tan ocupado de ellas, lo primero que se me ocurrió, fué decírosla, para saber que os parecía."

—"Oigamos," contestó Antonelli.

Sin hacerse rogar, limpiose el pecho Gelabert, y punteando maquinalmente su guitarra, como para entonarse, y acercándose mas á Antonelli, dijo así:

"La letra es esta.

Baja, señora, á la reja,
que está aquí
quien vive solo por tí.

La media-noche es pasada;
la calle en silencio está;
tu padre durmiendo ya,
y la dueña descuidada.
El lecho mullido deja;
cede á mi voz amorosa,
y con planta cautelosa
Baja, señora, á la reja,
que está aquí
quien vive solo por tí.

No te detenga, ángel mío,
de tu persona el primor;
que quien mira con amor,
no busca si hay atavío.
Que esté suelta la madeja,
que arrastre flojo el vestido;—
no importa: ven, te lo pido!
y dí asomando á la reja
ya está aquí
quien vive tambien por tí.

De la menguante luna
la trémula claridad,
alumbrará tu beldad,
y alumbrará mi fortuna.
Cesará entónces mi queja,
y con tu mano en la mia
nos hallará el claro dia:
tu reclinada en la reja,
y yo aquí
muriendo de amor por tí.

"¡Eh! ¿qué os parecen las coplas, Sr. D. Juan?"

Habíalas escuchado Antonelli con ansiosa, aunque disimulada atencion: cada palabra de cariño se le clavaba en el pecho, revelándole para su tormento las dichas del capitan en sus a-

mores con Casilda, pues bien claro estaba que á ella se dirigian los versos. En aquel instante se le representó en deliciosa plática con la linda criolla:—pero tambien le vino á la memoria el guachinango del dia anterior, que sin duda estaría al atisbo; y renaciendo en su corazon aquella criminal idea, respondió precipitado á Lupercio:

"Estremadas, capitan: pero no es este sitio ni tiempo á propósito para juzgar de ellas: id pronto á cantárselas á esa dama, no sea que se os pase la hora, y la halleis tambien dormida como á la dueña y al buen padre."

"Por eso no, Sr. D. Juan; no hay prisa: todavía no han dado las doce en el reloj de la iglesia; y mientras dan, si os parece, repetiré las coplas por si no os habeis penetrado bien de ellas.

"Baja, señora, á la reja
que está aquí..."

"Basta, basta por Dios, Sr. poeta: harto las he penetrado;" le interrumpió Antonelli impaciente. "Andad á vuestro canticio; que yo tengo otras cosas en que pensar, y si no os vais me iré yo"—Y diciendo y haciendo echó á caminar para la Fuerza, dejando á Gelabert con la boca abierta, y diciéndose á sí mismo: "¡Vamos! este hombre es loco! Matemático al fin..." No llegó empero Antonelli al castillo; pues ya cerca, al oir el reloj que daba las doce, volvió la cara hacia el Capitan, el cual acomodándose la guitarra bajo del brazo, traspuso uno de los baluartes á la izquierda, en direccion de la iglesia parroquial de S. Cristóbal, que existía entonces donde están ahora las casas de Gobierno y Ayuntamiento.

Un rato permaneció Antonelli inmóvil, irresoluto: una fuerza poderosa le impelía á seguir al Capitan; un temblor en todo su cuerpo le estorbaba mover un solo pié: dudaba ir; dudaba tambien quedarse. Al cabo, sin decidirse aun, dió un paso: luego otro y otro; dobló por el mismo baluarte; vió al Capitan á lo lejos; y sin pensar á lo que iba, luchando con la curiosidad y el temor, con el remordimiento y los celos, con la virtud y el crímen, siguió tras él, y á la sombra del campanario de la iglesia, se detuvo como á cien pasos de donde se detenía tambien Lupercio.

La claridad de la luna derramada por las calles solitarias

de un pueblo, suele causar al que por ellas se pasea una vaga melancolía. Aquel silencio tan profundo, aquellas casas tan cerradas, aquellas calles, la mitad claras, la otra mitad á oscuras como una cinta de dos colores, inspiran al alma ideas poéticas y esperanzas indefinibles de alcanzar una cosa desconocida, pero que sentimos nos falta para ser dichosos. La luna lo embellece todo: á su luz mágica desaparece la realidad prosaica de los objetos: el charco remeda un espejo reluciente: allánanse las asperezas del terreno; se desvanecen las manchas de las paredes, y hasta los sonidos como que se endulzan, y penetran el oido con mas halago. Pero ninguna impresion causaba aquella noche á Antonelli ni á Lupercio, porqué ambos iban agitados de afectos mas poderosos que los rayos de la luna: el primero no quitaba los ojos del Capitan; y el Capitan teníalos clavados en la reja de cierta casa, que no llevará á mal el lector que en dos plumadas le describamos.

IV.

Era una de las mejores de la villa, con lo que no se dice mucho en verdad, porqué sus fundadores no fueron de muy depurado gusto arquitectónico: pero al cabo, aquella tenía aire mas nuevo, y embellecíala un espacioso portal, con su galería alta corrida por todo el frente. Lo que mas llamaba en ella la atencion, eran unas tapias á la izquierda, por las cuales asomaban ramas de muchos árboles, con una puerta enrejada de hierro, á cuyos lados mecían espesas cañas bravas sus ondeantes penachos. Desde la reja, penetrando la vista por una limpia avenida, podía recrearse con la variada verdura del follaje, y con los graciosos festones que perfumaban el ambiente al agitarse el aire entre sus flores. Al estremo de la avenida había un lindo pabellon, cuyo interior, á ser de dia, hubiera podido registrarse al través de las enredaderas que los formaban; pero á la hora en que dejamos á Lupercio parado frente á la puerta, parecía en completa oscuridad.

No bien estuvo Lupercio en el lugar referido, cuando poniéndose la guitarra en postura de tocador, formó en sus cuerdas un apagado preludio, como si temiese interrumpir de improviso con su canto el silencio de aquella hora. Iba ya á cantar; pero no tuvo tiempo de hacerlo, porqué á los prime-

los sonidos del instrumento, y como si fuese una evocacion de su tímida armonía, salió del pabellon un bulto en apariencia de mujer, vestida de blanco, que atravesó por el jardin con rapidez; y todavía preludiaba el galan, cuando su amada le dijo desde la reja con trémula voz, — "¡Lupercio!"

"Casilda mia! " respondió él, y corriendo á la puerta, se oyó al mismo tiempo de llegar un sonido mas amoroso que el que pudieran emitir sus hierros, ó las cuerdas de la guitarra, y que sin duda formaron unos labios respetuosos sobre una mano pasada por entre la verja.

Si el bueno de Hernan Manrique, desvelado por el calor de las noches de junio, cuyo mes corría entonces, hubiese tenido el antojo de salir á tomar el fresco en su jardin, y atraído por el susurro de la voz humana, encaminara sus pasos á la puerta, ¡cuál no hubiera sido su sorpresa al encontrarse en ella á su Casilda, no embebecida en respirar el ámbar de las flores, ni en contemplar el cielo y las estrellas, sino con la vista fija en otro cielo mas cercano en que le brillaban dos ojos, y con el alma perfumada con el aroma de las palabras que su amartelado le dirigía! — Con cuanta razon no se hubiera enojado con el capitan por aquella ilícita conversacion! — ¿No le bastaban para hablar á Casilda las horas enteras que pasaba con ella en su sala? Procedía como hombre de honor esponiendo á las hablillas del pueblo á la mujer que pronto había de llamar esposa? Era accion de caballero burlar así la vigilancia de un padre? Lupercio no se había puesto á hacer estas consideraciones: amaba á Casilda: necesitaba como buen enamorado decírselo, y oirle decir á ella lo mismo con espresiones que solo se pronuncian en misteriosas entrevistas; y si bien es cierto que podía verla en su casa, era siempre delante de su padre, ó cuando menos vigilado por una tia huraña, que así hubiera permitido la menor confidencia á los amantes, como permitir que le arrancasen uno solo de los escasos cabellos negros que le quedaban entre las canas. Así es que Lupercio le correspondía con la mejor aversion del mundo; y siguiendo la costumbre de los galanes de aquel siglo, parecidos en esto á muchos del presente, no dejaba pasar muchas noches sin hacer sus centinelas en la reja, mientras el padre y la tia reposaban descuidados.

Lo cierto es que lo que menos pensaban Casilda y Lupercio en aquel momento, era que hubiese en el mundo otros

antes que ellos, pues su universo todo estaba allí.—La luna daba de lleno en la cara de Casilda; y al paso que la hacía parecer mas blanca, le comunicaba cierto encanto indefinible que su claridad presta siempre al rostro de la mujer, como si la rodease de una aureola mágica que aun á las que no son bellas hermosea, y á las bellas diviniza. Los negros cabellos de la criolla, mal recogidos en una lijera cofia, se le derramaban por el cuello y los hombros, abrigados estos con un pañuelo de encaje; quedábanle solo descubiertos los brazos y la garganta, pues hasta los piés la cubría un vestido blanco, cuyas mangas perdidas semejaban las alas plegadas de un ángel, preso tras de aquella reja. En efecto, vision angélica parecía, y como á tal la contemplaba Lupercio, aunque no en tan elevado éxtasis que le embargase el habla, pues por el movimiento de los labios de entrambos, bien claro se traslucía que él á ella, y ella á él, se decían mutuas ternezas. Lo que se dijeron no sería fácil transcribirlo al pié de la letra, porqué hablaban en voz baja; pero sí de imaginárselo cualquier discreto lector que se haya visto en lance parecido: ello, no fué mucho; pues á poco rato de estar allí Lupercio, asomó en el portal de la casa un hombre, con el sombrero de ala espaciosa calado hasta las cejas, y groseramente vestido; el cual, deslizándose con cautela arrimado á la pared, llegó junto á Lupercio, y levantando el puño, en que brillaba un cuchillo, hubiera descargado el golpe á mansalva antes de que lo notase el desapercibido mancebo, vuelto de espaldas, si no le hubiese visto Casilda, y cubriéndose con una mano los ojos, y estendiendo la otra convulsiva hacia el traidor, no gritase, "¡Ay! Lupercio! qué te matan!"

Gritar Casilda, bajar el brazo del asesino, dar un salto Lupercio, y estrallarle en la cabeza la guitarra, fué obra de un abrir y cerrar los ojos. "Villano!" clamó en seguida, "ya probarás mi espada:" y sacándola en efecto, arremetió contra el encubierto campechano, que en vez de huir cobarde, le hizo frente, manifestando en el calor y destreza con que lidiaba, que no era matador mercenario, sino hombre á quien impulsaba el deseo de vengarse, y quería asegurar el lance. Pelearon así en silencio un corto espacio: chocaron mas de una vez la espada y el puñal, sin dañarse empero los contendientes; porqué si ágil y arrojado era Lupercio, no le sacaba ventajas al guachinango, que se revolvía como un pájaro; y sabe Dios en

qué hubiera parado aquella reyerta, á no intervenir en ella un tercero en discordia, que le puso término.

Bien caro estaba pagando Antonelli su curiosidad; y si los ojos del hombre airado, pudiesen tener alguna vez el fatal influjo de reducir á cenizas al objeto aborrecido, los del italiano hubieran aniquilado á Gelabert, mientras este conversaba por la reja. Sin embargo, Antonelli no era perverso; y como por encanto se le enfrió la sangre y el corazon, al descubrir al campechano acercándose traidoramente á su rival. Una mano de hierro le oprimió la frente; zumbíronle los oidos; y con la boca entre-abierta, y los ojos desencajados, esperó el resultado sangriento de aquella escena. Todo fué rápido; pero mas rápido es el pensamiento; y en el de Antonelli hubo una lucha terrible en el tiempo que tardó el guachinango en caminar del portal á la reja.

En esto oyó Antonelli el grito de Casilda, que le penetró hasta el alma, y triunfando al cabo sus impulsos generosos, echó á correr hacia el lugar de la pendencia, esclamando al llegar, con la espada desnuda;—"A vuestro lado estoy, Capitan. Huye, aleve."

"Para canalla de este jaez, Sr. D. Juan, basto yo contra ciento. Dejadme solo, y no os molesteis:" contestó Gelabert, sin dejar de reñir.

El campechano no pudo menos de turbarse con la súbita aparicion del ingeniero, y comenzó al punto á ceder: pero antes de ponerse en fuga le dijo: "Caballero os llamais, Sr. D. Juan; y no es esta accion de caballeros. Ya nos veremos las caras." Y volviendo la espalda, tomó el camino á toda carrera, y en un pestañear se les perdió de vista.

Entonces Lupercio, acercándose á Antonelli, dijo: "No sé si agradecer á vmd. Sr. D. Juan, el haberme impedido castigar la osadía de ese pícaro: mas lo doy por bien librado, por haberme puesto en ocasion de confesarme muy deudor vuestro, pues no parece sino que me estabais guardando la calle."

"No se hable mas del caso:" respondió Antonelli confuso. "¿Os ha herido, Capitan?"

"Herido? no: gracias á haber á tiempo hurtado el cuerpo, que si no, me abre los lomos ese rufian, así como me ha desgarrado el coleto, que fué lo que alcanzó el cuchillo. Mas, con permiso vuestro, Sr. D. Juan, he de llegarme á esta reja: ya que la suerte os hace mi guardian, escusados son misterios entre

los dos; y yo supongo que sereis tan discreto como caballero."

Aun antes que Lupercio, había dirigido Antonelli su mirada inquieta hacia la puerta, y solo había visto en el suelo una cosa blanca, que desde luego sospechó fuese algun velo que en su precipitacion por retirarse, habría dejado caer la doncella. Acercóse. pues, Lupercio, é inclinándose un poco, "¡Válgame el cielo!" esclamó angustiado. "¡Casilda! Casilda!"

Era en efecto ella, que al ver en peligro á su amante, se le heló la sangre, y flaqueándole las rodillas, cayó desmayada en el suelo.—"¡Casilda!" repetía en voz no muy alta Lupercio.—"¡No responde! Dios mio...! Peor es esto cien veces que el puñal del asesino.—¿Como socorrerla...? Qué os parece que hagamos, Sr. D. Juan?—¡Casilda mia! No vuelve en sí aun.. ! Nada han sentido en la casa: todos duermen.—Llamaré... ¿pero, á quién? A su padre?—¡Si estuviese abierta por dicha esta puerta! A ver.... nada!—Vive el cielo! ni una gota de agua con que humedecerle la cara...!"

Como á doscientos pasos estaba la bahía: lastimado Antonelli de la congoja del enamorado mancebo, le dijo. "Agua? Capitan; cerca hay bastante."

—"¿Dónde?"

—"En el mar."

—"Es verdad, D. Juan amigo! Pues hacedme el favor de estár aquí al cuidado, mientras vuelo á buscarla."—Y sin aguardar respuesta, dió á correr hacia la bahía, que estaba llana y luciente como un espejo.

No era por cierto envidiable la situacion de Antonelli. Con los brazos cruzados contemplaba él casi á sus piés aquella beldad que tantos estragos habia causado en su corazon. Estaba Casilda el pecho contra el suelo, plegadas las rodillas bajo su cuerpo, como desfallecida con su propio peso, y con la cara vuelta de perfil hacia la luna. Un brazo le quedaba entre la tierra y el pecho, y el otro levantado en arco por encima de la cabeza, medio oculto con el cabello, que como se le desató la cofia al caer, parte se había esparcido sobre la espalda, y parte revolaba á merced de la ventolina hasta enredarse con los hierros de la reja. ¡Cuán bella y conmovedora estaba en aquella situacion!—Dos lágrimas de amargo remordimiento rodaron por las mejillas de Antonelli; y ahogando el resto de celos y de egoismo que bullía en su interior, y que pugnaba aun por hacerse oir, propuso en su corazon dejar en paz y felicidad aque-

llas dos almas enamoradas, y apartar la tentacion, diciendo á Dios eterno á las playas habaneras.

Volvió en esto Lupercio con un pañuelo empapado en agua del mar, y poniendo en tierra una rodilla, comenzó á rociar con amorosa solicitud el rostro de su querida. La frialdad del agua la hizo volver en sí, abriendo lentamente los ojos, como si recordase de un sueño profundo; y al encontrar los de Lupercio fijos en ella con la mayor ansiedad, no pudo contener una esclamacion de sorpresa. "¡Ay...! Lupercio! Estás vivo?" Dijo incorporándose sobre sus rodillas, sin fuerzas aun para ponerse en pié.

"Sí, mis amores:" contestó él dándole una mano para que se levantase. "Vivo ya, porqué tú has recobrado el aliento."

"¿Y aquel hombre?"

"Huyó al instante."

"¡Ay, Lupercio! y si vuelve?"

"No lo temas; no volverá."

"¡Qué susto he pasado...! Yo creí morirme al ver aquel cuchillo sobre tus hombros. ¿No te ha hecho mal?

"No, ángel mio, gracias á tu vigilancia: tú me has salvado, y te debo la vida para adorarte.—Pero tú estás temblando: ¿qué te aqueja?

"No sé, Lupercio. Todavía no estoy en mí.—¡Matarte á mi vista! bárbaro...!"

"Casilda: perdona si yo soy quien te instó á separarnos: veo que no puedes sostenerte de pié. Recógete, querida mia, y tranquilízate, para que mañana bailemos en el sarao del Morro."

"Sí, Lupercio.—A Dios."

—"A Dios." Y estrechándose las manos, y besando el Capitan las de Casilda, se separaron.

Entónces se acordó Lupercio de Antonelli, y buscándole con la vista no le halló donde le había dejado. El sin ventura ingeniero no se sintió con ánimo para presenciar aquella escena, y previendo además la turbacion de Casilda, si le veía al volver de su desmayo, se retiró de la reja al arrodillarse delante de ella Lupercio, y fué á pararse de nuevo á la sombra del campanario. Allí le encontró Lupercio, sumergido en profunda cavilacion; y llegándose á él:—"¿Qué decis del lance, D. Juan amigo?" le preguntó.—"¿Qué diablos habré yo hecho á ese hombre?—Ladron no debe de ser, cuando con tanto arrojo nos hizo frente. ¿Sabe vmd. lo que imagino? Que tal vez es-

te golpe vino de algun enamorado de Casilda, que quiere tener el campo libre. ¿No os parece?"

"Quién sabe? Tal vez..." respondió Antonelli con voz ahogada, dirigiéndose al castillo.

"Pues por hoy, añadió Lupercio, se ha llevado chasco; y yo tambien me le he llevado, porqué mis coplas se me quedaron en la garganta. Paciencia! las guardaré para mejor ocasion. A bien qué toda la noche de mañana la tengo por mia, para platicar con Casilda en el sarao del Morro.—Por supuesto que ireis vos, Sr. D. Juan?"

"Iré, sí Sr.:" dijo Antonelli, y juntos entraron en la Fuerza por el postigo escusado.

Finalizará.

PROLACION.

La importacion de la *prolacion*, * dice Jonathan Barber, es incontestable, y hablan victoriosamente en su favor la práctica y el sentir de los oradores griegos y romanos, que comprendieron todo el interés que se merece el arte de la elocucion, y por tanto le cultivaron con el mayor esmero. Sin embargo, no hay razon para creer que los antiguos poseyesen algun tratado completo sobre las funciones de la voz: ninguna ciencia de la elocucion en el sentido en que nos la enseñan hoy las obras de Steele y Rush, ó bajo el aspecto que la presenta la gramática de elocucion de Barber.—El discurso de Quintiliano sobre la voz, puede considerarse como el término ultimo de las investigaciones de los antiguos; pero en cambio procuraron compensar con la práctica la falta de principios escritos.—Los griegos tuvieron en grande estima las bellas artes y señaladamente al arte de hablar, no considerando que le poseían mientras no fueran dueños de sorprender, conmover y deleitar cuando lo deseaban. Pensaban que el fin verdadero de un arte liberal era comunicar al buen gusto un alto grado de satisfaccion, y trabajaban de continuo hasta con-

* No hallando una palabra en nuestro idioma que signifique la idea que tan bien espresa aquel término derivado del latin, nos hemos determinado á proponerle. Equivaldra en nuestro sentir á elocuencia hablada,

seguir su intento, sin arredrarles los dilatados y penosos ejercicios preparatorios para hablar bien, á los cuales se entregaban bajo la direccion de sus maestros de retórica.

Pero ya se echa de ver en esto, que sometían sus ejercicios de elocuencia mas bien al gusto privado de sus maestros, que á los preceptos generales de la ciencia, y que la mayor parte de las correcciones debieron ser el resultado de juicios meramente individuales—No obstante, si bien carecían de lo que Ciceron llama *Fontes Philosophiae é quibus illa manant* su convencimiento de la importancia de la prolacion se halla poderosamente manifestado en la historia de aquellos tiempos. Demóstenes, tan exagerado en sus opiniones acerca de la elocucion, como lo muestran sus raros ejercicios,—Demóstenes supo invertir gruesas sumas de dinero en pagar un maestro de elocucion.—Ciceron, después de haber completado su educacion admirable en otros ramos, dedicó dos años seguidos á la recitacion, oyendo las lecciones del trágico mas eminente de la antigüedad.—Cayo Gracco, el que suscitó la mitad de Roma contra la otra mitad, ponía tanto cuidado en la modulacion de su voz cuando oraba en las asambleas populares, que acostumbraba tener detrás de sí á un esclavo para que le diese los tonos en la flauta; * por eso la música era cultivada entre los Griegos y los Romanos como verdadera ciencia complementaria de la elocucion—A los retóricos levantaban estátuas cuando sobresalían en su arte: á veces acuñaban en su nombre la moneda pública; y por lo regular su honorario fijo excedía al sueldo de un ministro de estado de la Europa moderna. Estos hechos nos conducen al conocimiento de las opiniones de los pueblos que llevaron al arte de hablar hasta la suma perfeccion y á estimar cuales debieron ser los ejercicios de los jóvenes que después llegaron á sobresalir como oradores en el teatro de los negocios públicos.

---

* He aquí sin duda una ciencia perdida para nosotros, y cuyos principios apenas se empiezan á desenterrar á fuerza de laboriosidad. No nos admiramos ya del inmenso poder de la música sobre los antiguos, del cual nos ha conservado la historia varios hechos verdaderamente asombrosos.--La opera moderna es una irrision, y el trastorno mas descabellado que pudo imaginarse. Al revés de los antiguos, nosotros sometemos las palabras á sonidos arbitrarios sin consideracion á sus elementos ni á la espresion verdadera de las pasiones que representan.—Si Bellini llega alguna vez al corazon, de seguro es cuando por instinto de su ingenio se acerca á la naturaleza, y pone á la orquesta bajo el imperio de los elementos musicales de las palabras.--La flauta del esclavo de Cayo Gracco HABLABA: nuestras flautas CHILLAN ó TRINAN, y nada mas.

Demás de esto, el arte de los mejores oradores griegos y romanos era eminentemente práctico, pues no le cultivaban por mero alarde ni para ceñirse á inútiles declamaciones. sino como un instrumento de poder en el estado. enderezándole siempre á convencer é impresionar á los oyentes para impelerlos á la accion—Fueron los caudillos del movimiento en todas las épocas tumultuosas y delicadas, y su voz "conmovia las bases de los tronos y hacía temblar las estremidades de la tierra." ¿Errarían acaso aquellos varones en dar tan alta éstima á las ventajas de una prolacion poderosa?—ó por ventura erraremos nosotros en descuidarla?—Será que ignoraban las materias y el poder de la argumentacion, ó que desconocían la índole y mision de sus tiempos, ó que en esta se hallaba muy decaída la inteligencia humana?—Basta que por única respuesta nos refiramos á Demóstenes y á Ciceron, cuyo magisterio en este punto es incontestable: y dirijámonos tambien á ciertas personas que sostienen de continuo que una educacion literaria y un buen ejercicio del poder de raciocinio es todo lo que necesita un buen orador—un ministro del evangelio, por ejemplo, cuyo oficio tiene tanto que ver con la imaginacion y el corazon como con lo puramente intelectual.—Dirijámonos á ellos, y preguntémosles si por ventura los grandes oradores que hemos mencionado no hubieran pedido en derecho que les otorgasen franquicia de las faenas de la elocucion, dado que esta causa hubiese admitido defensa—¿Quién habrá tan inconsiderado que quiera tomar sobre sí esta demanda para contradecir á aquellos hombres célebres?—Acaso no estaban ellos bien penetrados del valor del tiempo, ni de la importancia relativa de sus estudios?—Contémplese su perseverancia sublime y su dedicacion ardiente á las tareas *prolatorias;* y si hay alguno que les increpe de error en las nociones de su arte, se le contestará con mostrarle los espléndidos lauros que alcanzaron, y cuya gloriosa memoria les ha sobrevivido para siempre.—¿Cabe en lo posible que hubiesen empleado meses y años enteros en adquirir una *prolacion* triunfadora, á menos que no estuvieran convencidos de su inmensa importancia?

La preeminencia oratoria puede obtenerse por muy pocos; pero todos deben desear una elocucion correcta y poderosa—á lo menos los que pertenecen á las clases ilustradas de la sociedad Particularmente en nuestra patria debiera ser así, pues la mayor parte de los que se entregan á una edu-

cacion laboriosa, llevan la mira de ejercer alguna profesion que les compromete á hablar en público; y ya quedan señalados los aspirantes á la abogacía y al púlpito.—En sus intereses propios está el hablar con correccion, facilidad, y poder de impresionar los ánimos, so pena de sufrir las desventajas de su ignorancia en este punto. ¡Triste condicion será la del abogado que pudiendo orar bien, apenas lo haga medianamente, y que puesto en ocasion de prueba no pueda fijar la atencion de su auditorio ni granjearse su agrado, mientras que un competidor mas feliz le oscurezca de todo punto, sin dejarle nada mas que la conciencia de su nulidad, y la pena de una comparacion vergonzosa!

RESEÑA

Histórico-literaria de los oradores cristianos franceses.

Bossuet.—Santiago Benigno, nació en Dijon 1627 y murió en 1704. Fué su elocuencia un torrente irresistible, inmensa su virtud y su caridad infinita. Llegó á consejero de Estado, y fué Obispo de Meaux, donde lejos de la estrepitosa corte de Versalles acabó su existencia enseñando niños, socorriendo al pobre, y amparando al desvalido. Fué el primer orador de su siglo, el Demóstenes francés, como lo prueban sus oraciones fúnebres en la muerte de la reina de Inglaterra en la de su hija y en la de la princesa Palatina. Era su elocuencia sencilla, breve, fuerte y seductora. Sus obras son: la Esposicion de la doctrina católica, que dicen convirtió al gran Turenne, sus oraciones fúnebres, su discurso sobre la historia universal y su compendio de la historia francesa.

Bourdaloue.—Luis, jesuita, nació en Bourges en 1632 y murió en 1704. Sus sermones son obras maestras de elocuencia. Luis XIV le prefería á todos, por lo cual le llamó: *rey de los predicadores y predicador de los reyes.* Era su conducta la mejor refutacion de las cartas provinciales: tenía mas que nadie gracia para consolar los enfermos. Su estilo es tan sencillo como noble, tan claro como profundo, tan numeroso como enérgico: tiene la dignidad, fuerza y fuego inagotable de Demóstenes: á la manera de un conquistador temible arrastra y subyuga.

Flechier.—Nació de una clase baja en la diócesis de Carpentrasen 1632, y murió en 1710 llorado de católicos y protestantes. Este célebre orador era humano y severo; amigo de

Luis XIV tuvo los obispados de Lavaur y de Nismes. Hay en sus discursos una purísima devocion, una piedad sin fausto y una caridad perfecta. Toleró é hizo tolerar en sus diócesis á los protestantes. Fué muy modesto. Su estilo nunca impetuoso era puro, muchas veces elegante y algunas elocuente; pero hay en él cierta simetría demasiado estudiada. Su obra maestra es la oracion fúnebre de Turenne. En la de su amigo, el duque de Montausier, es mas severo y grave que en las otras, como si en ella hablara el genio de aquel personaje.

Cheminais.—Jesuita, fué un predicador admirado por su talento y venerado por su piedad. Murió de 38 años el de 1689.

Massillon.—Juan Bautista, nació en Provenza 1663 y murió en 1742. La oracion fúnebre al arzobispo Enrique de Villars acalló sus enemigos y le volvió á París de donde la envidia le había arrojado. Fué arzobispo de Clermont. Su último discurso pronunciado en París fué la oracion fúnebre de la duquesa de Orleans. Su nombre es el de la elocuencia cristiana, es decir de la razon y de la sensibilidad. Su estilo es puro, correcto y elegante; cautiva y enternece el alma con la abundancia, destreza y naturalidad de Ciceron; ¡tan bien conocía el corazon humano! Es el que ha hecho mejores sermones: cuando pronunció el del juicio final, hizo mudar de color, levantar y estremecerse á casi todos los que le oyeron.

Mascaron.—Julio, nació en Marsella en 1634 y murió en 1703. Encantado Luis XIV de sus sermones le nombró obispo de Tulles. Era tan persuasivo que de 30.000 calvinistas de su diócesis convirtió 28.000. "Sola tu elocuencia no envejece" le dijo aquel Rey al oirle pronunciar su último sermon.—Es el único orador que en sus oraciones fúnebres citó, con razon, autores profanos de todas clases.

Poule.—El Abad.—Todos sus sermones los hilaba y tenía en la memoria, y á los 85 años de edad los dictó á su sobrino Su talento era tan poético como oratorio. Arrastra á menudo por la vivacidad de su locucion y la brillantez de sus imágenes: deslumbraba mas que persuadía. París y Versalles se entusiasmaron con sus *exhortaciones á la caridad* y se rindieron á sus deseos. Aquellas dos exhortaciones fueron sus mejores discursos: el uno á favor de los pobres prisioneros es excelente; y el testo del otro sobre los *niños hallados* fué: "mi padre y mi madre me han abandonado." *Pater meus et mater meu dereliquerunt me.*

LA CARTERA CUBANA.

MAYO.—1839.

SECCION PRIMERA.

CIENCIAS.

CONSTITUCIÓN MEDICA PRECEDIDA DE OBSERVACIONES METEOROLÓGICAS.

MES DE MARZO.	BAROMETRO FRANCES.			TERMOMETRO DE FAHRENHEIT.			HIGROMETRO DE SAUSSURE.		
Dias.	8 de la mañana.	2 de la tarde.	8 de la noche.	8 de la mañana.	2 de la tarde.	8 de la noche.	8 de la mañana.	2 de la tarde.	8 de la noche.
1	27 p. 90	27 p. 83	27 p. 82	64 ° 30	72. ° 50	72. ° 50	58. ° ”	51 ° ”	58. ° ”
2	” 80	” 73	” 73	71 ”	74 50	72 75	60 ”	60 ”	67 ”
3	” 74	” 69	” 73	71 ”	78 ”	75 20	71 50	59 ”	70 20
4	” 80	” 79	” 85	73 ”	75 20	71 50	70 ”	69 ”	68 ”
5	” 90	” 88	” 90	67 50	69 50	68 50	68 ”	67 ”	70 30
6	” 90	” 82	” 83	69 50	73 50	72 ”	70 ”	70 50	72 ”
7	” 78	” 74	” 75	70 50	75 50	73 65	72 ”	68 ”	69 75
8	” 75	” 75	” 81	71 ”	72 50	69 60	71 ”	65 ”	56 ”
9	” 88	” 76	” 80	68 35	72 85	70 ”	65 ”	55 ”	59 ”
10	” 77	” 74	” 73	68 ”	73 50	72 ”	60 ”	58 ”	61 ”
11	” 71	” 67	” 70	70 ”	76 ”	74 30	68 ”	61 ”	65 ”
12	” 75	” 70	” 75	72 ”	78 15	75 ”	69 ”	64 ”	65 ”
13	” 81	” 76	” 80	73 50	77 ”	75 ”	65 ”	60 ”	68 ”
14	” 85	” 78	” 82	72 ”	76 50	72 75	70 ”	67 ”	73 ”
15	” 90	” 86	” 89	70 ”	75 ”	78 ”	72 ”	65 ”	68 ”
16	” 89	” 86	” 83	67 ”	72 ”	71 ”	70 ”	61 ”	67 ”
17	” 82	” 80	” 81	69 50	73 ”	71 50	66 ”	55 ”	61 ”
18	” 75	” 70	” 75	71 75	75 ”	73 ”	67 ”	58 ”	66 ”
19	” 75	” 68	” 72	73 50	77 ”	76 ”	70 ”	62 ”	69 ”
20	” 72	” 66	” 70	74 50	80 50	76 50	71 ”	63 ”	70 ”
21	” 70	” 64	” 67	76 ”	82 50	81 ”	70 ”	60 ”	68 ”
22	” 65	” 61	” 67	80 ”	84 ”	82 25	69 50	62 ”	71 ”
23	” 64	” 60	” 66	82 75	85 50	88 25	70 ”	57 ”	73 ”
24	” 70	” 70	” 73	79 50	81 75	79 ”	74 ”	65 ”	72 ”
25	” 80	” 77	” 77	76 50	78 ”	76 ”	67 ”	63 ”	68 50
26	” 82	” 82	” 78	76 50	77 15	74 ”	76 ”	60 ”	62 ”
27	” 88	” 85	” 83	75 ”	76 50	74 50	58 ”	59 ”	61 ”
28	” 85	” 79	” 82	73 25	76 75	78 ”	57 ”	57 ”	60 ”
29	” 80	” 75	” 75	72 50	78 ”	76 60	58 ”	63 ”	69 ”
30	” 76	” 70	” 73	76 ”	80 60	78 30	71 ”	70 ”	72 50
31	” 80	” 75	” 77	74 ”	75 ”	70 70	66 50	63 ”	62 ”

NUBARRONES.— Toda la tarde del 4, todo el 5, 6, 3, 14 y 15 con norte; la noche del 29; neblina el 30 por la mañana y con norte el 31.— **LLOVIZNAS.**— El 4 desde la tardecita de cuando en cuando, el 5 y el 6; el 23 á 7 y cuarto de la mañana; toda la del 24 hasta las 9 de cuándo en cuando; idem la del 26 y un momento por la noche con norte.— **CHUBASCOS.**—El 7 á las 11 de la noche; el 15 en la madrugada.—**AGUACEROS.**—La madrugada del 4; el 6 á 8 de la mañana.

NOTA.— Desde el 14 en adelante se pasaron los instrumentos á una habitanion alta, de suerte que el barómetro marca siempre 5 céntimos menos que antes; y el termómetro é higrómetro un poco menos de calor y de humedad.

ESTADO
DE
HOSPITALES.

ENFERMEDADES.		MES DE MARZO DE 1839.			
		S. Ambrosio.	S. Juan de Dios.		S. Francisc de Paula.
			Presos.	Particul.	
MEDICINA.	Apoplegia	„	„	1	„
	Encefalitis aguda	„	„	„	2
	Mania	„	„	1	1
	Epilepsia y convulsiones	6	„	„	„
	Tétanos	„	„	„	1
	Anginas	„	1	„	„
	Gastritis agudas con fiebre	10	7	16	6
	Idem crónicas	2	5	5	2
	Tifo intertropical	2	„	„	„
	Fiebres intermitentes	22	„	3	1
	Bronquitis	42	4	7	„
	Reumatismos	12	6	13	1
	Artritis	4	„	„	2
	Pleuritis	„	2	5	2
	Idem crónicas	7	„	8	4
	Hemoptisis	5	2	„	„
	Afectos del corazon	5	„	2	„
	Colitis diarréica	7	8	13	5
	Idem disentérica	„	3	„	„
	Esplenitis agudas	2	„	„	„
	Obstrucciones	9	„	2	„
	Metritis crónica	„	„	„	1
	Nefritis simples	2	„	„	„
	Idem calculosas	1	„	„	„
	Viruelas	10	„	5	2
	Escarlatina	2	2	„	„
	Sifilis y dolores osteocopos	30	„	2	„
	Hidropesia	„	„	2	2
	Escorbuto	3	„	„	„
	Suma	183	41	86	32
CIRUGIA.	Contusiones	„	1	1	„
	Disloeaciones	„	„	1	„
	Fracturas	„	„	1	„
	Heridas de armas blancas	2	10	2	3
	Idem de fuego	1	„	„	„
	Tumores simples	14	9	3	„
	Lamparones	„	2	„	„
	Bubones	16	1	3	„
	Fimosis y parafimosis	6	„	„	„
	Uretritis	10	1	2	„
	Orquitis	„	1	2	„
	Ulceras y pústulas venéreas	57	9	10	1
	Idem carcinomatosas	2	„	„	„
	Idem subinflamatorias	8	„	5	1
	Oftalmias agudas	9	1	2	1
	Idem crónicas	14	„	„	„
	Herpes	3	„	„	„
	Erupciones sarnosas	27	3	4	„
	Erisipelas	„	4	2	1
	Fistulas del ano	„	„	1	„
	Hemorroides	„	„	1	1
	Catarros vexicales	1	„	„	„
	Hidroceles	2	1	2	„
	Hemorragia	5	„	„	1
	Suma	177	43	42	9

HOSPITALES.

S. AMBROSIO.

Existencia en 1.° de marzo de 1839	362	722
Entraron en dicho mes	360	
Se curaron	393	402
Fallecieron.	9	
Quedaron para 1.° de abril de 1839		320

La mortandad estuvo á razon de 1,20 por 100.

S. JUAN DE DIOS.

Existencia en 1.° de marzo de 1839	277	489
Entraron en dicho mes	212	
Se curaron	194	224
Fallecieron.	30	
Quedaron para 1.° de abril de 1839		265

La mortandad estuvo á razon de 6,13 por 100.

S. FRANCISCO DE PAULA.

Existencia en 1.° de marzo de 1839	134	175
Entraron en dicho mes	41	
Se curaron	21	44
Fallecieron.	23	
Quedaron para 1.° de abril de 1839		131

La mortandad estuvo á razon de 12 por 100.

RESUMEN.

De estos estados y de la práctica de los facultativos de la Habana se deduce que en marzo reinaron las enfermedades siguientes: el órden en que se colocan indica su mayor ó menor predominio.

Marzo.

Afectos catarrales.—Fiebres simples.—Reumatismos.—Sarampion.—Otras erupciones.

Observaciones prácticas.

Lo bajo de la temperatura por una parte, las neblinas por la mañana y los nortes repentinos por otra, fueron causa de la epidemia catarral que apareció desde el 10 de marzo y continuó hasta cerca de sus últimos dias. Pero como el frio no fué tan intenso que produjera grandes congestiones viscerales, aquellas bronquitis aunque acompañadas las mas de las veces de un movimiento febril que duraba dos ó cuatro dias; no presentaron síntomas alarmantes, y cedían con tanta facilidad que no llamaron médico sino muy raros de los individuos afectados.

Desde el 17 del propio mes, comenzaron á manifestarse algunos enfermos de sarampion, con particularidad los niños y las gentes de color; pero nunca con la violencia del año pasado.

En fin, á los pocos dias comenzó la varicela á propagarse, y ya hacia los fines del mes se manifestó la viruela con todo el acompañamiento aterrador de sus síntomas, en los sujetos no vacunados. Nos parece á la verdad inconcebible que en el año de 1839 existan todavía padres de familia bastante estúpidos para negarse á vacunar sus hijos, ó dueños de esclavos tan ignorantes que desconociendo sus intereses no los vacunen en el momento oportuno. Pero no por ser difícil de que suceda es imposible el hecho, y los hospitales, así como muchas casas donde hay viruelientos, nos confirman en la idea *de que siempre habrá hombres que se nieguen á la razon y la evidencia.* Hay ciertamente individuos vacunados que padecen las viruelas; pero es cuando existe una predisposicion inmensa para esta enfermedad (caso rarísimo) y cuentan ya muchos años que se vacunaron: tan pequeñas excepciones no suponen nada en la balanza, mas aun cuando no sabemos que ningun vacunado haya muerto y sí nos consta que casi todos se preservan para siempre de la enfermedad.

Se han enterrado en todo el mes de marzo en el cementerio general

	ADULTOS.	PARVULOS.
Blancos.	84	49
De color	133	74
Sumas parciales . .	217	123

Total general. . 340

FISIOLOGIA.

DE LOS PULMONES.

De su estructura y vasos sanguíneos.

Hemos dicho ya que la arteria pulmonar después que nace del ventrículo izquierdo del corazon, se divide y subdivide en ramos que se terminan luego en capilares. Ahora veremos la distribucion de estos capilares en los pulmones y su manera de contribuir á la formacion de su tejido.

Los capilares del pulmon forman un enrejado cuyas mallas sumamente pequeñas se deben á las infinitas anastomoses que todos aquellos pequeños vasos forman entre sí. Sea cualquiera la direccion en que cortemos los pulmones, veremos el enrejado y sus mallas: así deduciremos que estas mallas son producidas por las divisiones de células cuyas paredes se forman tambien por un tejido capilar sanguíneo. Tampoco debemos olvidar que por esta disposicion, el espacio en que el aire y la sangre venosa deben confundirse para que el uno obre sobre la otra, adquiere una grandísima estension. En efecto, los cálculos de los fisiólogos les han forzado á concluir, que la superficie del tejido pulmonar que está de continuo en contacto con el aire, es igual á toda la estension de la piel.

Los vasitos venosos que aumentan rápidamente de calibre en el espesor de los pulmones por la reunion de sus ramos, nacen de las últimas divisiones arteriales. Cuando los troncos venosos salen del pulmon, se reducen á cuatro, dos por cada uno, y de allí se dirigen, como se ha dicho, á la aurícula izquierda.

Vasos aéreos de los pulmones.

La traquearteria pone en comunicacion al aire esterior con los pulmones y la sangre que reciben. Es un tubo formado en toda su longitud de aros cartilaginosos sobrepuestos y resistentes, que á pesar de esto gozan de la flexibilidad de los ór-

ganos blandos. Para que el vaso no cediera durante la respiracion á las presiones del aire que tienden á pegar una con otra las paredes de la traquea y á obliterarlas, era preciso que tuviese su dureza cartilaginosa. La traquearteria está provista en su abertura de la boca, de una válvula que impide al cerrarse que los alimentos penetren en su interior, y al abrirse da paso al aire que viene de las aberturas de la nariz y de la boca.

Poco después de su entrada en el pecho, este órgano se divide en dos vasos llamados *brónquios*, cada uno de los cuales va á su pulmon respectivo, subdividiéndose en el tejido pulmonar en capilares muy tenues. Se había creido que cada division brónquica se terminaba en una vejiguilla; error debido á inyecciones hechas con sustancias tan groseras que no podían aclarar nunca la verdad. Mr. Magendie ha demostrado que en el interior de los pulmones, los brónquios se reducían á vasos de paredes delgadas y horadadas en su trayecto, de modo que presentaban en su superficie agujeros que comunicaban con las células de que hemos tratado al hablar de los capilares sanguíneos.

El problema que ha resuelto la naturaleza en los pulmones, es muy complicado. Era preciso 1.° que la sangre pasara constantemente á vasos tan tenues, cuanto sus últimas divisiones apenas se perciben con el microscopio; 2.° poner la sangre así dividida en relacion con el aire esterno, y de tal suerte que sin que hubiera contacto inmediato entre aquellos dos fluidos, se lograra la influenca química del uno en el otro, y 3.° proporcionar á la accion del aire, en un órgano tan pequeño como el pulmon, necesariamente denso y casi cúbico, por su situacion y relaciones con el tórax, una superficie tan dilatada que los fisiólogos la han comparado á la de toda la piel.

DE LA CIRCULACION DE LA SANGRE EN LOS VASOS SANGUINEOS

Propiedades físicas de la sangre.

Antes de estudiar la circulacion de la sangre en los vasos gruesos y en los capilares, debemos conocer las propiedades físicas de este líquido, á fin de comprender el modo de que se ha valido la naturaleza para combinar las propiedades de aquel fluido con las del vaso que le contiene. El estudio de la sangre nos ofrece por otra parte grande interés reflexionando en las

aplicaciones que podemos hacer á la patología y á la terapéutica de los resultados que podemos sacar de su estudio.

La sangre es un líquido heterogéneo, compuesto de una porcion acuosa y de partículas insolubles que están en suspension en ella. La parte acuosa se llama *suero,* y su viscosidad cambia segun el estado de la economía. Sería muy importante estudiar la viscosidad de la sangre por la influencia que esta propiedad física tiene en la produccion de los distintos fenómenos dè la circulacion; y debemos sentir que para facilitar los trabajos de los fisiólogos, no hayan inventado los físicos un instrumento que sirva para medir la viscosidad de los líquidos con alguna precision.

El suero tiene en disolucion diversas sales que en gran manera contribuyen á su densidad, y ade nás la albumina y la fibrina á quienes en gran parte debe su consistencia. La fibrina disuelta, tiene mucha tendencia á solidarse, y por eso en cuanto sale de la economía y queda libre de la influencia de la accion vital, ó cuando cambian las condiciones á que está sometida en el estado de salud, debe al momento manifestarse aquella tendencia á solidar y producir la coagulacion, ya fuera de la economía, ya en el interior de los tejidos. Diariamente vemos formarse el cuajaron, en la sangre que sale de una vena después de la sangría. Si en un animal vivo ligamos una arteria en dos lugares poco distantes, se coagulará la sangre contenida entre las dos ligaduras. A primera vista parece que estas propiedades de la sargre deben obstruir la circulacion; pero cuando reflexionamos que la mayor parte de las lesiones de los vasos serían mortales, si la sangre coagulándose al rededor del punto herido no opusiera un obstáculo á la hemorragia, y que casi todas las operaciones quirúrgicas que hacemos al presente sin peligro, producirían infaliblemente la muerte del enfermo sin este efecto de la coagulacion, y sin la lentitud que la viscosidad de la sangre produce en su evacuacion; comprenderemos que la sangre no puede ser ni clara, ni enteramente fluida, ni incoagulable.

De los glóbulos de la sangre.

La sangre contiene glóbulos de un diámetro excesivamente diminuto y cuyas formas, dimensiones y número, difieren en las distintas clases de animales. A pesar de la pequeñez de

sus diámetros, se creería que los glóbulos de la sangre destinados á atravesar el interior de vasos tan pequeños como los capilares, deberían á cada instante obstruirlos; mas por el contrario parece que el tránsito continuo de la sangre por los capilares es necesario para la circulacion.

Estos glóbulos no son esféricos como durante largo tiempo se creyó: son elípticos, y se componen de un núcleo y de un saco que le envuelve y que parece fibrina: se supone que la sustancia que rodea esta fibrina, es la materia colorante de la sangre. Tambien se hallan glóbulos que se parecen al núcleo de que acabamos de hablar y que no están contenidos en sacos. Para esplicar su presencia en la economía se ha inventado que no eran sino glóbulos comunes despojados de sus sacos, ó destinados á poseerle por medio de una asimilacion ulterior: tambien se ha dicho que estos cuerpecillos eran simples glóbulos de quilo imperfectamente hematosados: en fin, y lo que es aun menos cierto, que consistían en leche escapada de la accion de la glándula mamaria y destinada á salir de la economía por este medio.

Parece que los glóbulos de la sangre se alteran en diversas enfermedades, y con particularidad cuando este líquido sale de los capilares para esparcirse en varios tejidos, como en las mucosas; en cuyos casos parece que la sangre no corre ya del mismo modo en estos vasitos, puesto que los glóbulos alterados cambian el modo con que se efectuaba la circulacion. Muchas sustancias obran en los glóbulos destruyéndolos, y así el agua pura, los álcalis &c., no pueden servir para tener en suspension estos cuerpecillos cuando queremos examinarlos con el microscopio: es necesario echar, entre otras sustancias, azúcar ó agua salada.

De la temperatura de la sangre.

La sangre tiene una temperatura casi igual en todas las partes del cuerpo, quealcanza de 37 á 40 °, c. disminuyendo á medida que se aleja del centro de la circulacion. Esta temperatura es constante en la especie humana y no sigue las variaciones de los climas que habitan sus distintas razas. Mas adelante tendremos ocasion de probar que el calor influye mucho en la circulacion de la sangre en los capilares, y que á 0 por ejemplo y bajo 0 se detiene completamente la circulacion.

De la circulacion en los grandes vasos.

La sangre venosa pasa, segun dijimos, á la aurícula derecha por las venas cavas, y la llena. ¿Será producido este fenómeno por la dilatacion activa de la aurícula, ó solo por el aflujo simple de la sangre se producirá mecánicamente su dilatacion? Como puede comprenderse muy bien la teoría de la circulacion de la sangre en el corozon sin que se recurra á aquel acto vital, no tenemos necesidad de admitirle, tanto mas cuanto no hay ningun esperimento que nos induzca á creer en su existencia. La aurícula derecha llena de sangre se contrae y comprimiendo con fuerza al líquido, tiende á lanzarle á la bomba derecha y á las venas cavas. Pero henchidas estas de sangre no pueden admitir mas, y producen un obstáculo á la vuelta del líquido, quien por el contrario pasa libre y completamente á la bomba derecha. La presion producida en las venas cavas, es causa de que la sangre refluya á estos vasos, y como el reflujo se percibe á mucha distancia del centro, constituye el *pulso venoso.*— Todavía se ofrece otra cuestion: ¿aquella dilatacion de la bomba derecha es activa, ó solo el resultado de la entrada de la sangre en su cavidad? La disposicion de las fibras musculares que componen las paredes del ventrículo, nos manifiesta que no hay ningunas destinadas á dilátar sus paredes. Los que dicen que el ventrículo es una bomba aspirante y espirante, han de admitir por necesidad que la contraccion y la dilatacion son igualmente activas. Esta cuestion es todavía tan oscura que no podemos tener mucha fé en ninguna de aquellas diversas opiniones.

No debemos confundir la dilatacion activa con un hecho distinto que se observa en el corazon y es puramente mecánico. Sus paredes musculares conservan hasta después de la muerte del órgano una elasticidad notable. Así concebimos fácilmente que gracias á ella el corazon recobra pasivamente sus dimensiones después de su contraccion activa, de la misma manera que una botella de resina-elástica vuelve á recobrar su forma después que la hemos comprimido hasta juntar una con otra sus paredes.

Las columnas carnosas de que hemos hablado, están dispuestas en el corazon de tal manera que modifican la direccion que la sangre naturalmente tomaría pasando por los orificios

de aquel órgano, y dirigen el líquido hacia los puntos por donde debe escaparse.

La arteria pulmonar se subdivide de un modo dicótomo, es decir, que un tubo mas grueso se divide en dos tubos mas pequeños. Para que la suma de los calibres de los dos ramos que nacen de una rama sea igual al calibre de la rama misma, es necesario que la suma de los cuadrados de los diámetros de los dos ramos sea duplo del cuadrado del diámetro de la rama, porqué dos cilindros son entre sí como los cuadrados de sus diámetros. Pero si los diámetros de las dos divisiones de un tubo no tienen el tamaño suficiente para que se dé la igualdad entre las sumas de los calibres de las divisiones y el calibre del tubo, este será siempre mayor. Es lo que sucede en el pulmon, y de aquí se sigue que la arteria pulmonar y sus ramificaciones figuran un cono cuyo ápice está en el pulmon y la base en el nacimiento de la arteria.

Los vasos de la economía tienen la propiedad de distenderse y de retraerse para estar en relacion con el volúmen del líquido impulsado á su interior. ¿Como se producen estos fenómenos? Se deberá todo á una contraccion y á una dilatacion activas?— No hay evidentemente contraccion muscular en las paredes de los vasos; pero correspondiendo á su estado de vacuidad ó de plenitud los cambios de calibre que en ellos se notan, debemos creer que el esfuerzo de la bomba sobre la sangre que contiene la arteria, la distiende, y que las reacciones de las paredes de este tubo produuen su contraccion. De la misma manera y por las leyes mas sencillas de la mecánica, comprenderemos la *locomocion de las arterias* y otros fenómenos de igual clase: si la arteria es flexuosa, el esfuerzo del corazon tenderá á hacerla rectilínea: si está colocada en un plano resistente, la reaccion de su pared fija tenderá á levantarla, y á esto se reducen los fenómenos llamados locomocion de las arterias, sobre cuya existencia y causa se ha mucho tiempo disputado; pero se tendrá que admitir el hecho porqué es consecuencia de las leyes de la mecánica.

De la circulacion en los capilares.

Al tratar de los fenómenos que se observan en la sangre así que pasa de las arterias á las venas pulmonares por medio del sistema capilar, nos ocurre una pregunta muy perentoria.

¿La sangre que corre por un grueso vaso y la que pasa por el capilar están sometidas á las mismas leyes? Siguiendo á Harvey y á Haller se ha creido que cesaba el impulso del corazon en la sangre, así que salía de los vasos medianos, y que aquella fuerza era reemplazada por la contraccion de los capilares. Bichat fué el fisiólogo que contribuyó mas á acreditar este error, que apenas ha comenzado á percibirse en nuestros dias. Dice terminantemente que la accion del corazon acaba en la terminacion de los ramillos de la arteria pulmonar; mas para que el impulso se detuviera en este punto, debían existir condiciones mecánicas, que ni se dan, ni puede alcanzar la inteligencia. A la verdad sería preciso que esta fuerza considerable estuviera calculada con tal exactitud, que solo pudiera obrar hasta cierto punto; y si hay un problema en la mecánica difícil de resolver en la práctica, es este. Por otra parte, su solucion exigiría que el corazon desarrollara una fuerza siempre igual en cada una de sus contracciones, y nadie ignora que aquella víscera se contrae con un empuje que varía á cada momento por la influencia de causas muy diversas, y muy débiles en ciertos casos. Segun la teoría de Bichat, para que la sangre penetre en los capilares, debe hallarse en armonía con la sensibilidad que dice les es propia. Nada nos induce á admitir esta hipótesis, nada la demuestra, y todo por el contrario parece refutarla. Cambiando á cada instante la sangre de naturaleza, tambien á cada momento dejaría de hallarse en armonía con la sensibilidad de los capilares, y los fenómenos de la circulacion deberían contínuamente interrumpirse. Todo lo que entra en el cuerpo por las bebidas, los alimentos &c., pasa por la sangre; luego este líquido cambia de propiedades por esta causa; y además puede convertirse en un veneno sin que la circulacion, ni las funciones que dependen de ella se perturben. Inyéctese en las venas de un animal una sustancia que no entre en la composicion habitual de la sangre, pero que pueda correr mecánicamente por los capilares, y á pesar de sus nuevas cualidades, deletéreas ó no, la sangre pasará por los pulmones. Luego debemos concluir, que la sangre no tiene necesidad de hallarse en armonía con la sensibilidad de los capilares para atravesarlos.

De la regularidad del curso de la sangre en los capilares.

Siendo los capilares tubos excesivamente pequeños, se

concibe con facilidad cuan notable es el hecho de la circulacion de la sangre por sus paredes. Si tomamos un pulmon de rána y le miramos con el microscopio, veremos que los glóbulos de la sangre corren rápidamente al capilar y que pasan sin retardar en nada su curso, del capilar arterial al capilar venoso. Sabemos muy bien que tubos inertes tan finos no darían paso á los líquidos, y aun menos á los dotados de la viscosidad de la sangre.

Pues á mas de este fenómeno tenemos el de la regularidad de su curso. Si picamos el pulmon de un mamífero vivo, la sangre saldrá lenta y regularmente del tejido pulmonar; y si examinamos con el microscopio la circulacion en un capilar, notaremos que la sangre corre con mucha lentitud y uniformidad. Importa en efecto que estos movimientos posean las dos cualidades de lentitud y de constancia, para que puedan efectuarse completamente todos los fenómenos que deben producirse en el pulmon. La lentitud del curso de la sangre deja que este líquido presente todas sus moléculas á la accion del aire.

Se nos presenta aquí un problema cnya solucion hallaremos considerando las propiedades físicas de los vasos sanguínos. ¿Como es posible que el corazon que obra de un modo intermitente en la sangre, produzca sin embargo una evacuacion regular de este líquido en los capilares? ó en otros términos, ¿como el movimiento de la sangre que se hace por sacudidas en los grandes vasos, se vuelve continuo en sus divisiones mas delicadas? Piquemos para demostrarlo la arteria pulmonar, y veremos que la sangre sale por sacudidas vivas; y acabamos de ver que por el microscopio se demostraba la regularidad de su curso en los capilares. Este fenómeno se esplica por la elasticidad de los vasos y por las reacciones mecánicas de sus paredes contra el impulso del corazon; pues esta fuerza, de suyo poderosa en los grandes vasos, se hace mucho mas activa y produce efectos mucho mayores en el sistema capilar donde la superficie que opera es mas considerable.

Fenómenos producidos por la alteracion de las propiedades físicas de la sangre.

Las propiedades físicas de la sangre pueden variar de muchos modos. La sangre puede aumentar de viscocidad; puede perderla en parte; en fin, puede contener materias sólidas de

grueso suficiente para obstruir los capilares. Examinaremos sucesivamente lo que pasa en los tres casos.

Aumento de la viscosidad de la sangre.

Inyectando aceite en la vena yugular (tronco venoso superficial del cuello) de un mamífero, todas las partes del pulmon que penetra el aceite, se alteran; los capilares se cierran y producen ciertos fenómenos patológicos. Si una parte del pulmon está obstruida, habrá dificultad en la respiracion, y la enfermedad así producida se curará. Pero si gran parte del pulmon está afectado, el animal no podrá vivir sino algunos instantes.

La *gripa* y otros males donde se producen hepatizaciones del pulmon, vienen acompañadas, y segun Mr. Magendie, tienen por causa, este aumento de viscosidad debido á una constitucion médica poco conocida.

Disminucion de la viscosidad de la sangre.

Tenemos un medio bien sencillo de estudiarla, privando á la sangre de un animal, de su fibrina. Sángrese de la vena yugular, recójase el líquido, bátase para sustraer la fibrina, inyéctese la porcion fluida por la misma vena y repítase la desfibrinacion las veces necesarias. Después de la primera inyeccion habrá un mal estar notable. Luego vendrán los vómitos violentos, y si se ha desfibrinado mucha sangre morirá en poco tiempo el animal; pero si operan paulatinamente, dejando que repare con la absorcion las pérdidas de fibrina, tardarán algo en producirse los fenómenos, aunque conservando los mismos caractéres. Si el animal no toma alimentos fibrinosos, que como la carne muscular renueven la fibrina; sus músculos se atrofian y vuelven á la sangre casi los mismos elementos sustraidos, y por esto se nota que la fibrina no disminuye en proporciones notables en cada operacion. Sería muy útil para la terapéutica, examinar así las cualidades nutritivas de los alimentos mas usados.

Ligando una arteria á un animal vivo cuya sangre se haya modificado de este modo, veremos que el vaso no se obstruye, y que la arteria presenta en su interior un pequeño filamento rojizo muy poco considerable, y de menos densidad.

Este resultado podría aclarar en parte la teoría de la obstruccion de los vasos, y con particularidad en ciertas enfermedades. Se ha notado á menudo que despues de una operacion que exigió la ligadura de algunas arterias, estas producían violentas hemorragias cuando las ligaduras se caían; lo que esplican suponiendo que la constitucion del enfermo impide el desarrollo de la *inflamacion adhesiva*. Ha llegado el tiempo de esplicar estas palabras y de dar la razon de aquel hecho de un modo mejor que inventando palabras.

Cuando se liga una arteria, se estanca la sangre en el recodo que forma el estremo ligado, y de aquí viene su coagulacion: se deposita tambien mayor porcion de fibrina, pues la absorcion la libra de una parte de su agua y la condensa cada vez mas, hasta que pasado un número mayor ó menor de dias se cae la ligadura porqué se rompen las paredes de la arteria que ha cortado, obliterándose el vaso por que la fibrina se ha condensado en su interior. Ahora se concebirá la razon por la cual los que se alimentan mal ó sufren de una alteracion general de su economía, no pueden tener en su sangre sino muy poca fibrina, hallándose simplemente en el mismo caso que los animales dsefibrinados con las operaciones antedichas. ¿Porqué nos hemos de admirar de que como en ellos la fibrina no se deposite en las paredes de la arteria ligada? Pero la analogía entre el estado patológico de los animales desfibrinados y el de los hombres cuya salud puede hallarse profundamente alterada por causas muy distintas, será menos sorprendente si reflexionamos en el fenómeno que sigue.

Cuando se abre el cadáver de un animal desfibrinado, nos admira el color de la sangre contenida en los órganos y la falta de coágulo en su corazon. Los pulmones están hepatizados, es decir firmes, y aparecen de un color rojo subido: han aumentado de volúmen, porqué una parte de la sangre ha trasudado por las paredes de los capilares con todos sus elementos, y esta exhudacion se debe á la disminucion de la sangre cuyas propiedades físicas han dejado de avenirse á las de sus paredes. Por la misma razon se halla rojiza la serosidad de las pleuras, pues la sangre con todos sus elementos ha trasudado por los capilares de aquellas serosas. Lo que admira mucho á el observador en la autopsia, es la excesiva hediondez del cadáver, que le reda la de las personas que han sucumbido á las enfermedades llamadas fiebres pútridas, (la tifoidea por ejemplo) enfermeda-

des que M. Magendie atribuye á una alteracion de la sangre que dice es la disminucion de su viscosidad.

Tambien quitamos á este fluido una parte de su viscosidad inyectando agua en las venas del animal: al instante pierde parte de su viveza y se entristece. Admirado de este efecto, M. Magendie se resolvió á inyectar agua en las venas de los hidrófobos, y aunque no haya conseguido curarlos de su espantosa enfermedad, ha logrado por lo menos calmar las convulsiones horribles en que tan prontamente sucumben.

El mismo efecto se consigue poniendo la sangre en contacto con una sustancia que impida su coagulacion; como se verá inyectando carbonate de sosa en las venas de un perro.

Introduccion de materias sólidas en la sangre.

Los glóbulos tienen un diámetro proporciónado al calibre de los capilares que atraviesan. Por esto introduciendo en las venas de un animal sustancias sólidas, variarán los fenómenos segun tengan diámetros mas ó menos grandes que los de los glóbulos sanguíneos. Si inyectamos fécula, negro humo &c., suspendidos en agua de goma; ó bien mercurio; al llegar á los pulmones después que atraviesan al corazon derecho, obstruyen los capilares de diámetro mas fino que el de la materia introducida. La sangre se estravasará en el tejido pulmonar, y tendremos la hepatizacion y otros efectos anteriormente esplicados, cesando la vida si gran parte del pulmon se ha alterado. Si suponemos que la sustancia inyectada sea tan fina que pueda atravesar los capilares del pulmon, es probable que continúe la vida y que no se alteren las funciones, lo que aun no ha resuelto la esperiencia; pues la primer inyeccion que así se hizo, no produjo ningun efecto en la salud del animal, lo que parecía apoyar aquella congetura: pero en otra el animal murió casi al momento. La rapidez de la muerte nos induciría á creer que la repentina introduccion de una cantidad muy considerable de materia estraña, fué la única causa que obró, ó que los granos de la materia empleada se aglutinaron y pudieron formar pequeñas masas que obstruyeran los capilares del pulmon.

Estos esperimentos se hicieron con la fécula de arrebolera *(mirabilis jalapa)* cuyos glóbulos tienen apenas $\frac{1}{514}$ de milímetro.

Alteracion de las propiedades químicas de la sangre.

En vez de agua pura se podrán inyectar algunas sustancias que obren químicamente en las paredes de los vasos, como los ácidos sulfúrico, hidroclórico &c., dilatados. Inyectando el primero, muere el animal dentro de algunos segundos, presenta en la autopsia una hepatizacion particular, frágil, debida á la accion coagulante del ácido en la sangre y á la corrosion de las paredes capilares ennegrecidas por este cuerpo deletéreo. El corazon derecho y parte de la arteria pulmonar, están llenos de sangre coagulada y parduzca. Probablemente el ácido hidroclórico producirá el mismo efecto.

Estos hechos podrán hacernos conocer la influencia que las sustancias ácidas, como la limonada sulfúrica, el ácido hidroclórico debilitado &c. introducidas en la circulacion, pueden tener en las diversas funciones de la economía.

APUNTES PARA LA HISTORIA

DE LA

ISLA DE CUBA.

EDUCACION PRIMARIA

Resultados de los métodos de enseñanza que se usan en sus escuelas.

Fácil será á un espíritu observador el conocer los resultados que puede dar el estado presente de nuestra enseñanza primaria, si se detiene á estudiar uno por uno los numerosos hechos que con la lealtad mas escrupulosa hemos procurado reunir en los artículos anteriores. Desde luego se palpará que la cultura intelectual de la Habana, corriendo parejas con su riqueza y comercio, no sufre comparacion, no ya con la de las otras ciudades de los departamentos central y oriental, pero ni

aun con la de las del mismo departamento occidental, pues en exceptuando á Matanzas, que puede considerarse como una continuacion de la Habana en riqueza y progresos materiales, todas las demás poblaciones no gozan, en proporcion, de las luces de la capital. Acordémonos, si no, de la distancia que hay entre la Habana y Santa María del Rosario, Jaruco ó el Bejucal. Por eso pudiera decirse de la isla de Cuba, lo que con exactitud se ha dicho de Francia, por la centralizacion de las ciencias, el poder y las riquezas en París, que todo el cuerpo se vuelve cabeza.

Otra observacion no menos exacta puede hacerse en órden á la superficialidad actual de los conocimientos en la misma Habana, achaque que en gran parte proviene, como lo ha indicado un hábil perito en la materia, de los mismos adelantos que se han hecho; pues se pretende enseñar infinidad de ramos á un niño á un mismo tiempo. Siendo por otra parte, de época tan reciente las mejoras que se han introducido en los métodos de enseñanza, y no habiéndose estendido estos todavía por todos los establecimientos de educacion, se columbra en la generalidad de la generacion presente y parte de la que se está levantando, la mala calidad de la instruccion que ha recibido, y aun está recibiendo en la mayor parte de las escuelas. Lo cual se nota mas á la apertura de los cursos de filosofía en la Universidad y el Colegio Seminario, donde va á desembocar cada dos años, á manera de irrupcion de rio, la turba de muchachos y adolescentes que arrojan de sí las escuelas primarias. La mayor parte de ellos apenas vienen á las clases con hábitos de estudio, que es el fruto mas precioso de un buen método de enseñanza: ni saben escuchar, ni aprender; muchos apenas saben gramática, sin que esta ignorancia supina les provea de comedimiento y aplicacion. Entiéndase siempre que exceptuamos de este fallo á los alumnos de varias escuelas de la capital, que por lo selecto de los ramos que en ellas se enseñan, y por los excelentes métodos que usan sus apreciables directores, no dejan nada que desear, como lo hemos dicho antes, al censor mas severo. Lejos de nosotros la idea de querer rebajar el mérito intelectual de nuestros compatriotas, ni calumniar de torpe la capacidad de la juventud habanera;— al contrario, mejor prez y mas perdurable corona merecen los hombres que en tales escuelas, en tiempos semejantes y con semejantes recursos educados, han logrado dis-

tinguirse en el estudio de las letras y de las ciencias. Pero estas excepciones, ó son fruto natural de la tierra de fuego que habitamos, producidora espontánea de finos y perspicaces entendimientos, — ó triunfos parciales de la aplicacion y de la constancia privadas del individuo.

Y si esto sucede en la capital ¿cuál será en los campos el aprovechamiento que saquen de sus escasas, precarias y mal constituidas escuelas nuestros campesinos? En unos datos oficiales preciosos que posee la Seccion de Educacion de la Habana, para averiguar con certeza la proporcion en que estaban los encarcelados de toda la isla (en 1835) con los que saben leer de entre ellos, se ve que la mayor parte de los innumerables delincuentes que pueblan las prisiones, son hombres del campo, observándose constantemente que los mas criminales son siempre los mas ignorantes, porqué tambien son los mas miserables. Nos apresuramos, empero, á advertir que no somos del número de aquellos que dan una importancia exagerada á las escuelas primarias en general sin atender á la naturaleza de su constitucion; ni creemos que se mejora la moralidad de los pueblos con enseñar á los niños solamente á leer, escribir y contar. No se reduce á tan mezquino resultado el grande objeto de la educacion pública: la adquisicion de aquellos cortos conocimientos, no debe considerarse sino como un medio preparatorio para adquirir después con mayor facilidad otras nociones de mayor importancia; pero si estas nociones ulteriores no se adquieren, es inútil y completamente ocioso—y quizás perjudicial, aquel aprendizaje. Hay que atender en estos cálculos, para no equivocarnos, ni deslumbrarnos, á la *calidad* de la *educacion* que se da, porqué la eficacia é influjo de la instruccion no se ha de medir solo por la capacidad en que se ponga á un niño de leer y de escribir. No deduciremos nosotros, por el contrario de lo dicho, la estraña asercion de que *la instruccion pública no solo no influye en la moralidad de los pueblos, sino que fomenta considerablemente las inclinaciones al crímen*, como lo pretenden otros. Así pudiera creerse, atendiendo á los resultados que ofrece la famosa obra de Mr. Guerry sobre la *Estadística moral de Francia*, en que prueba indisputablemente que se cometen mas crímenes contra la propiedad ajena en los departamentos donde hay mas instruccion pública;—pero es porqué tambien en ellos hay mayores riquezas, y por lo tanto mas tentaciones y oportunidad para la per-

petracion de aquel género de crímenes: á lo que debe agregarse, que quién sabe cuál será la administracion judicial, la moralidad y la capacidad de los jueces y empleados en la policía y los tribunales de esos mismos departamentos, con la consideracion de otras mil causas concomitantes, que no se han estudiado todavía, porqué ahora es cuando se empieza á aplicar á las ciencias morales y políticas los métodos exactos y severos de las físicas y matemáticas.

Volvamos á nuestros campesinos. El que tenga práctica del foro cubano y haya frecuentado sus tribunales en la parte del procedimiento criminal, no habrá dejado de notar cuan raros son los hombres de campo, no ya de los que se presentan como reos, pero ni aun de los que declaran como testigos, que sepan leer y firmar sus declaraciones. Los mayordomos de los ingenios, cuya ocupacion es llevar cuenta por escrito de los panes de azúcar que se sacan de las casas de purga y de otras mecánicas menudencias, casi todos son, ó forasteros ó naturales de la Habana ó de otra ciudad de la Isla; pero ninguno se encuentra que sea nacido y criado en el campo, porqué todavía la instruccion que se da en sus escuelas no es suficiente á formar un dependiente de esta calaña. Los tristes cuadros que dejamos arriba copiados de las *Esposiciones anuales* de la Seccion de Educacion bastan por sí, para dar una idea de los frutos que hasta ahora ha producido el sistema de nuestras escuelas rurales.

Respecto á los dos departamentos restantes poco ó nada tendremos que añadir á lo que, con la elocuencia de la verdad, han dicho los autores de las noticias que hemos estractado. No faltan en esas provincias, como no faltan en la Habana, hombres instruidos, de mérito sobresaliente, capaces de lucir aun en otra sociedad mas adelantada que la nuestra; pero estos, repetimos, se han formado á sí mismos, y no son ni pueden ser productos legítima y únicamente preparados en nuestras escuelas primarias. Mientras no filtre la enseñanza hasta el corazon de la masa popular, nada habremos hecho con tener aisladamente disertos abogados, hábiles oficinistas, amenos literatos, y uno que otro insigne matemático especulativo ó naturalista consumado: bueno es todo esto, y de ello deriva la patria honra, y aun puede derivar provecho;—pero no es comparable con la ventaja inmensa que sacaría el país con que la mayoría de sus hijos supiese medianamente leer, escribir, contar, los prin-

cipios usuales de su hermoso idioma y algunas nociones de geografía,—agregando á esto *necesariamente* la conviccion íntima de los principios mas sanos de la religion y de la moral.

ECONOMIA POLITICA.

Utilidad de su estudio.

Desconociendo los pueblos las verdaderas fuentes de la riqueza, corrieron á las armas para conquistarla. Concediéronse á la milicia inmensos privilegios, y se tuvieron por degradantes todas las ocupaciones industriales, agrícolas y mercantiles. El poder de las naciones tenía la fuerza por único fundamento; pero un poder que se apoyaba en tan erróneo principio no podía ser consistente, y así fué que las derrotas, la miseria y el hambre, sucedieron como era necesario á tan efímera prosperidad. Esta amarga leccion movió algunos sabios á investigar las verdaderas bases en que deberían sostener el bienestar de los pueblos para que fuese firme y duradero. A sus nobles esfuerzos se debió el conocimiento de la Economía política, ó sean los verdaderos principios de donde emana la pública riqueza; principios que adoptándose hoy en la legislacion de los pueblos ilustrados, vemos con asombro sus grandes progresos en todo linaje de conveniencias.

Esta ciencia nos ha enseñado que la industria es el manantial único de toda riqueza, y que los pueblos por consiguiente que carezcan de ella, vivirán siempre entre la miseria y la ignorancia, orígen de todos los males, estando reservados todos los beneficios para las naciones industriosas. Enséñanos igualmente que los privilegios, los monopolios, los gremios y los reglamentos, muy lejos de coadyuvar al mejoramiento de la industria no sirven sino para ahogarla, y en la abolicion de estos, ó sea en su libre ejercicio, muéstranos el fundamento de su conservacion y desarrollo.

Aun convencidos los pueblos de que su bienestar solo podía apoyarse en el libre ejercicio de la industria, no cono-

cieron toda la essension que debe darse á este principio para que produzca todo el bien posible. Así fué que algunas veces dedicaron su conato á que prosperase la industria agrícola, otras la fabril y otras la mercantil, considerando cada una de estas industrias como independiente de las otras dos. La ciencia económica descubrió la armonía que existe entre estas tres fuentes de la prosperidad, y analizando y presentando los principios que las depauperan ó enriquecen, ha demostrado que no hay causa provechosa ó perjudicial para cualquiera de ellas que no sea estensiva á las demás.

La Economía política estableciendo un sistema de impuestos arreglado á la produccion de las riquezas, hace que se aumente la suma de aquellos á la par que estas, é introduciendo reformas en los gastos necesarios, disminuye la precision de gastar. Por manera que al paso que minora las exigencias de un Estado, aumenta sus medios pecuniarios, con público beneficio. En efecto, para el que tiene ciento, poco es contribuir con cuatro; pero el que tiene solamente diez, ni aun tres podrá exhibir: teoría tan aplicable á un individuo aislado como á toda una nacion, pues la riqueza de esta no es mas que la suma de las riquezas individuales. Por esta razon los pueblos que no tienen un buen sistema de contribuciones, aumentan su deuda cada dia y no pueden llenar ni aun sus mas precisas atenciones; cuando por el contrario, los que le han establecido, ó no están muy adeudados ó cuentan con lo necesario para ir redimiendo su deuda sin menoscabo de sus urgencias.

No solo debe considerarse la Economía política como un manantial de riquezas para las naciones; su influjo se estiende á todo el sistema social. De los progresos de la industria dependen la fuerza y la estabilidad de los gobiernos, pues desterrando la miseria y la ignorancia, destierra con ellas el vicio y los delitos; y animando el trabajo y la civilizacion, hospeda las riquezas, los buenos hábitos y la fuerza. Un pueblo ignorante y miserable está espuesto á recibir todo género de ultrajes; mas un pueblo rico y civilizado tiene armas, buques, dinero, crédito y cuanto es preciso para hacerse respetar y merecer las consideraciones de los otros pueblos.

La mayor cantidad de goces repartida entre el mayor número de individuos, constituye la felicidad suprema á que pueden aspirar las naciones. La Economía política no solo produce las riquezas, único medio de proporcionarse aquellos, sino

que con estas mismas riquezas contribuye poderosamente al aumento de la poblacion. ¡Cuántos individuos perecen por el uso de malos alimentos y por falta de medicamentos, de asistencia, de abrigo y de otras cosas no menos necesarias para la vida! Esta ciencia suministrando riquezas, evita tantos males y con ellos la mortandad que ocasionan. Con no menos eficacia aumenta la poblacion multiplicando los matrimonios. Los individuos que no tienen bienes ni esperan adquirirlos con su industria, se ven precisados á renunciar á los lazos conyugales; mas los que tienen un capital ó industria que les prometa lo necesario para subvenir á los gastos que han de atraerles, se apresuran á contraerlos, porqué en la tierra no hay delicias mas puras que las que brinda al hombre el himeneo.

La fertilidad del suelo, la bondad del clima y la situacion geográfica de los países, son ventajas que les ofrecen un campo inmenso para la adquisicion de las riquezas. Pero muchas veces estas grandes ventajas son inferiores á la influencia de la Economía política. La Habana nos da una prueba de esta verdad. Hace cuarenta años que para cubrir los gastos de su administracion necesitaba de un situado de Méjico, y su movimiento mercantil excede hoy de treinta millones de pesos, habiéndose aumentado de un modo estraordinario su poblacion y su cultura. ¿A qué se debe un cambio tan dichoso? No es al clima, á la fertilidad de la tierra, ni á su posicion geográfica, pues estos son los mismos en una y otra época : débese á una disposicion económica. En efecto, el comercio libre, ha hecho que la Habana prospere mas en los últimos cuarenta años, que en cerca de tres siglos que precedieron hasta su fundacion. Y aun la Europa y la América nos muestran varios países que sin las ventajas naturales de que se trata, deben su prosperidad á las doctrinas económicas; mientras que otros que disfrutan de las primeras pero en cuya legislacion no se han introducido las segundas, permanecen pobres y estacionarias.

Otra de las grandes utilidades que produce la Economía política, es sembrar la moralidad entre los ciudadanos y enseñarles la Economía privada. El individuo que conoce la influencia de las costumbres en el adelanto ó atraso de las naciones, conocerá tambien los beneficios que ha de producirle una conducta arreglada, y por interés propio será industrioso, previsor, amante del órden y buen ciudadano ; pues la moral pública y la particular constituyen una misma ciencia, diferen-

ciándose únicamente en el nombre para indicar su aplicacion ya á las naciones, ya á los individuos. Del mismo modo el que sabe el arte de enriquecer las naciones dirigiendo bien los intereses de estas, podrá mejor que nadie dar á los suyos una buena inversion; pues á la manera que la Moral, la Economía política y la privada, solo varían de denominacion cuando se consideras con respecto á los Estados ó á los particulares, sin que sean por esto ciencias diferentes.

Finalmente, difícil si no imposible pareció por muchos siglos conciliar el interés de una nacion con el de todas las otras, pues se creía que ninguna podría enriquecerse sino á costa de las demás: error funesto de donde han emanado las guerras, las calamidades y los mayores horrores que han afligido al género humano. A la Economía política estaba reservado revelar que la prosperidad de un país está en razon directa del bienestar de los otros; doctrina sublime que nos muestra ya cercana la época de ventura en que tendrán término los males esperimentados, y en que todos los pueblos serán ricos y florecientes, mientras no olviden que no hay prosperidad estable si no tiene por base la filantropía.

Tales son en compendio las ventajas que brinda á la especie humana el conocimiento de la Economía política, y nada por consiguiente mas útil que su estudio.

HIDROGAFIA.

A fines de 1837 leyó M. Arago en la Academia de ciencias de París la siguiente carta de M. de Struve á M. Humboldt, hecha el 1.° de diciembre en Dopart, sobre el nivel trigonométrico del país situado entre el mar Caspio y el mar Negro, ejecutado por órden del Emperador de Rusia, para decidir la cuestion por tanto tiempo dudosa del diferente nivel entre aquellos dos mares, que los físicos Parrot y Engelhard fijaron en 300 piés segun sus observaciones barométricas inexactísimas.

"Nuestros viajeros, los M. M. Von Fuss, Sabler y Sawitsch, acabaron el 23 de octubre su laboriosa tarea. Posteriormente he recibido su diario y sus relaciones fechadas el 31 del mismo en el lugar de Tschernoi-Rynof, cerca de la parada de Kolpitschja (en el camino de Killsjar á Astracan.) Los rápidos progresos de la operacion impidieron á los viajeros terminar los cálculos en aquel punto; sin embargo, partiendo de un cálculo preliminar, ya pueden presentar los resultados siguientes: el nivel del mar Caspio es en realidad mucho mas bajo que el del mar Negro, y esta diferencia de nivel no baja de 101 piés 2 pulgadas rusas ó 94 piés 9 pulgadas francesas. Este resultado preliminar podrá sufrir á lo sumo una correccion de 4 á 5 piés. Así está ya decidida esta cuestion importante, y el hecho de la diferencia del nivel en el Océano y el mar Caspio se halla indisputablemente establecida.

MAQUINA DE POLVORA.

Después de muchos años de fatiga y de mayores chascos, M. J. Smith de Dysart, sostenido por una paciencia y perseverancia raras, dice un diario escocés (*la Caledonian Mercury*), ha formado una máquina de pólvora (Gunponder engine) qúe mueve con mucha facilidad un peso de 2600 atmósferas por pulgada cuadrada de un émbolo igual á una columna de agua del alto de una milla y un cuarto, A pesar de esta potencia enorme, es tan perfecta la máquina que no deja escapar la mas pequeña porcion de humo por ninguna de sus partes. Es imposible que la persona encargada del cuidado de la máquina, pueda aumentar su poder por ningun medio, y de aquí nace su gran seguridad. M. Smith ha calculado que la economía que se obtiene con el empleo de esta máquina comparada con una de vapor, es de 80 por 100; y el espacio que ocupa la máquina de pólvora es tambien 20 veces menor que el que exige una máquina de vapor.

SECCION SEGUNDA.

LITERATURA.

ARTE DE BIEN DECIR.

LECCION UNDECIMA.

DEL ENLACE DE LAS PALABRAS.

De las letras.

Entre las cosas mas para sentir que hay en los modernos escritores, una muy comun es el descuido y negligencia en el órden y colocacion de las palabras; pues no enlazándolas en la estructura de las sentencias segun lo pidan el número, la claridad y armonía de sus diversas partes, corre el estilo ininteligible y arrastrado, privándose al idioma de una de sus bellezas esenciales: belleza que se debe juntamente á la suavidad de las vocales y á la energía de las consonantes, á la mezcla de los tonos blandos con los fuertes y sonoros.

Es por cierto maravilla la lenidad que las vocales y semivocales dan á las palabras por sus distintas combinaciones; y de las mas admirables por su encanto y melodía son la *l* y la *m* cuando pintan nuestros dulces sentimientos, como en estas espresiones: *alma mia—con tus lábios dulcísimos y puros.* ¿Hay mejores ejemplos de melodía que la repeticion y correspondencia de sonidos formados por aquellas letras en estos de

aliteracion ó anominacion: *de mi bien á mí mismo doy las gracias—de mí mismo yo me corro ahora?* Para usar de esta figura son necesarios el oido y la delicadeza del gusto, pues está tan prôximo el defecto á la perfeccion que antes se debe al acaso que al estudio tan sabrosa consonancia. Sin embargo para aspirar al perfecto enlace de las espresiones, se ha de evitar escrupulosamente:

Primero: el encuentro de muchas vocales continuadas que enervan el discurso dilatando el sonido, y llaman *hiatus* por la abertura de la boca al pronunciarlas, semejante al bostezo: v. g. *Aludía á Eugenia—Iba á Asia—Cuando la lluvia ensancha el hondo cauce.* Quien sabe de gramática evita el defecto con la *sinalefa*; y si la correccion es imposible, muda de frase. No obstante lo dicho, pueden darse casos en que el ingenioso saque de estos defectos bellezas de armonía imitativa, y entonces salvará las reglas, como cuando Gallegos pinta á Oscar

Ora cruzando *la áspera* montaña;

ó Lope el siglo de oro, tiempo en que

Ni la cerviz sujeta
al yugo, el tardo *buey el campo araba:*

en cuyos ejemplos está demás la esplicacion.

Nuestro célebre Capmani ha demostrado en su filosofía de la elocuenia la energía dela repeticion de la *i* en estos otros: *volviéronse contra él deudos, hermanos* y *hijos—Con crueldad fuí tratado siendo pobre* y *inocente*; pues aquella letra pronunciada con énfasis denota el horror de que hasta sus hijos le ofendieran, ó que siendo inocente trataran con crueldad á un hombre pobre.

Segundo: el roce de las consonantes ásperas que terminan una palabra, con las que principian otra; como la *s, r, z, f, v, &c.* vicio llamado *cacofonía* y que se advierte en el *foco cóncavo,—sus sucios sucesos—error remoto—en sus triunfos fia—playas que á ver no volveré en mi vida &c.* A pesar de ello, hay una repeticion de las consonantes duras que hace enérgico el discurso ó imita el movimiento ú el sonido, como en estos ejemplos: *yerma la tierra á hierro y fuego—ro-*

tos del rayo los riscos se derrumban. Y en la pintura de Oscar

Ora cruzando la áspera montaña,
Ora el *torrente rápido* siguiendo,

ó el traductor de Alfieri en el Orestes:

rápido rueda el carro en remolinos

terminando con el bellísimo verso

del Olimpo
ronco retumba el cóncavo sonoro.

Y tercero: la reunion de asonantes y consonantes llamada *sonete* por el sonido acompasado que martillea el oido y que solo se permite cuando la claridad ú otra belleza mas importante se perdieran. ¿Mas quién tolerará al que dijo: *esos ecos lejos suenan*? Muchas personas culpan de nimiedad al precepto ya por su mal oido, ya porqué Cervantes y Granada le infringen con frecuencia. No reparan que lo hacían para llenar el número oratorio, y olvidan que á pesar de que á aquellos maestros de la lengua les fuesen permitidas algunas licencias que solo á los de grande ingenio se conceden; si son acredores al elogio, no por eso estan libres de la crítica cuando faltan sin motivo á las reglas de la elocucion.

Todos estos errores se evitan por la correccion. Mas existe uno generalizado y cómodo que estriba en creer que limar las obras es privarlas de su naturalidad. Desengañémonos: si en un escrito se trasluce la lima, no está bien limado; y si con frecuencia se ve el arte del orador en lo estudiado del estilo, consiste en lo poco asequible de la *difícil facilidad* de los grandes maestros que á menudo consiguieron por su constancia en el trabajo. Para ser elegante y elocuente, imítese el afan de los que percibiendo lo mejor, nunca creen haberlo hallado. Quien compone de prisa se asemeja en su obra al araña del chistoso Iriarte y no conseguirá formar la seda. Consultar amigos, que no lisongeen, sobre los defectos de nuestras obras; es una práctica saludable que aleja los prestigiadores reclamos del amor propio, y á ella se debe el mérito principal de las producciones mas afamadas.

Todas deben referirse á algun miembro del período, y la mas insignificante adquirirá valor si está bien colocada. Lo veremos latamente al tratar del número oratorio, bastándonos por ahora saber que á la exacta proporcion de las partes, se debe la hermosa configuracion del todo, y así Apeles no se desdeñó de corregir la cinta de un zapato. Pues aunque se diga con verdad que en una obra interesante y útil se toleran los descuidos, bastando que en ella lo bueno sobrepuje en mucho á lo malo, para que se perdonen los defectos; esto no impide que lo sean.

Del adverbio.

La gramática está muy lejos de esplicar con exactitud el valor de esta parte de la oracion, comparado con el del adjetivo. El adverbio debilita el discurso, porqué retarda con su larga pronunciacion el giro de la frase, y porqué determinando el modo no se identifica con el objeto, como el adjetivo que señala sus cualidades. *Permanecía tranquilo en medio de la tempestad*, es mucho mas enérgico que *permanecía tranquilamente*, y ninguno negará que *respondió amoroso* es mas espresivo que *respondió amorosamente*. Anda con *cuidado* no es lo mismo que *cuidadosamente*.

Como adjetivos del verbo, deberán colocarse á la menor distancia posible de aquel á que se refieren, pues dañan separados al sentido de la sentencia. Se colocarán con habilidad, ya eligiendo el lugar donde hagan mas impresion, ya donde no embaracen el curso de los pensamientos, ni dañen á la armonía de las palabras.

Por no reparar en esta regla, critica Munurriz á Mariana en su retórica, por aquel párrafo en que á nuestro entender elegentemente dice: "Muchas veces el vulgo con sus malicias oscurece la verdad, por ser los hombres inclinados á juzgar lo peor en las cosas dudosas; en especial cuando se atraviesan causas de envidia y odio." Quiere que el modo adverbial *muchas veces* se coloque tras del verbo, y se diga: "El vulgo con sus malicias oscurece muchas veces la verdad," como si el oido de Mariana no se resintiera del *oscurece muchas veces* del bueno de Munurriz.

Del adjetivo.

Este podrá anteponerse ó posponerse al sustantivo, se gun lo exija el aire de la frase, cuando no califique propiedades inherentes á la cosa; v. g. *caballero generoso* ó *generoso caballero*. Si las califica, es forzoso anteponerle, como en *manso arroyuelo, cándida azucena, fiero tigre*. Pero si el adjetivo por su colocacion muda el sentido de la frase, sería desconocer la lengua no usarle de modo conveniente. *Buena vida, buen ciudadano, varios papeles, herida mortal, &c.*, son por ejemplo tan distintos para los españoles, de *vida buena, ciudadano bueno, papeles varios* y *mortal herida*, segun esclareció Capmani; como la *femme sage* y la *sage femme* para los franceses. Por este estilo se hallarán multitud de frases en nuestros oradores.

De los epítetos.

La diferencia que existe entre los epítetos y los adjetivos, estriva esencialmente en que comprendiendo los primeros todos los segundos, tienen un sentido mas genérico y pueden ser nombres sustantivos llamados de *adposicion*, complementos indirectos é incidentes; de manera que todo adjetivo es en rigor un epíteto y hay muchos epítetos que no son adjetivos. Sea ejemplo: *Bonaparte, hijo de la revolucion,* en cuyas espresiones, *hijo de la revolucion*, es ciertamente un epíteto que no contiene ningun adjetivo.

Entre los epítetos hay algunos que juntamente señalan y definen la cosa, como *moral evangélica, gloria eterna, cuerpo humano,* donde el sentido vago de *moral, gloria* y *cuerpo* se concreta y define con los adjuntos. Tambien se toman como superlativos cuando señalan la calidad preeminente del objeto, si el uso general lo autoriza: v. g. el *justo* Arístides, la *docta* Atenas, la *opulenta* Tiro. En cuanto á los aumentativos y diminutivos pocas veces deben emplearse, aquellos por ser demasiado vulgares, estos porqué afeminan el discurso.

Deben desecharse como signos de mera verbosidad y mal gusto, los epítetos que no realcen el sujeto añadiendo alguna idea al sentido de la frase, de modo que segregados pierda mucha parte de su mérito; y así no se dirá *blanca nieve* ni *dura*

mármol, pues no hay naturalmente nieve de color ni mármol sin dureza. Pero en este ejemplo: "el *temerario* Carlos XII pereció en el peligro que buscaba," si se quitase la palabra *temerario,* se perderían la fuerza de la frase y el sentido. *Carlos XII pereció en el peligro que buscaba,* parece significar que en cierta ocasion buscó un peligro donde morir y que lo consiguió. La palabra *temerario* diversifica la idea, descubre su carácter natural, su heroismo, y que no pereció deseándolo, pues nunca quizás pensaba menos en la muerte.

Además, deben tener relacion con las cosas á que se aplican: de manera que aunque Carlos fuera generoso, como en realidad lo fué; sería incongruencia decir: *El generoso Carlos XII pereció en el peligro que buscaba.* ¿Que tiene que ver la generosidad con la muerte?

Tambien deberán pintar en todos casos la imágen propia del hecho ó de la cosa, pues si hay otro que le venga mejor, indica poco estudio de la lengua ó descuido, no usarle. Carlos de Borgoña declaró la guerra á los suizos por la terquedad de su carácter vengativo é imprudente. Si alguno dijere: "El *imprudente* Carlos de Borgoña perdió en los cantones suizos la fama que le dieran sus victorias," ¿sería lo mismo que usando del epíteto vengativo?

De la misma suerte han de evitarse los comunes. Menos aun se multiplicarán en la versificacion ni en la prosa; ahuecan el estilo y fastidian por su monótona cadencia. Verdaderos ripios en aquella ¿cómo se tolerarán en esta?

Por último, nunca se deben acumular en un mismo objeto sino cuando se trate de enumerar sus cualidades, lo que se hará con órden, no aglomerando los incompatibles sino con la limpieza de Rioja, que en su epístola á Fabio dice así, hablando de la fruta:

Flor la vimos primero, *hermosa* y *pura*
Luego materia *acerba* y *desabrida*
Y perfecta después *dulce* y *madura.*

¡Cuán fina graduacion! qué analogía en los epítetos! Todos se esfuerzan mútuamente y las ideas son tan conexas como las palabras que las pintan.

SECCION CUARTA.

COSTUMBRES.

MARIANO O LA EDUCACION

CUARTA PARTE.

El celebérrimo Moro (celebérrimo porqué es muy conocido en su casa,) que á costa de sudores y tareas nos recoge los materiales de esta admirable cuanto provechosa historia, debe de ser, si yo no me engaño, un morillo de cinco al medio, de estos que han de trotar como mula de alquiler, y echar la gota tan gorda si han de yantar alguna cosa; por lo que no es estraño que olvidase, no sé cuantos meses, al pobre Mariano en la Cabaña, y que haya muy bien sus setenta dias que le tenga de camino con sus padres para el cafetal de.... á donde sin duda llegó á los setenta minutos de salir de la famosa taberna de que se habló en la tercera parte; pero lo repito, este pobre Moro trabaja como si fuera cristiano, y necesita del tiempo para buscar la pitanza; por lo que no hay mas que dos partidos que abrazar con su respecto, ó tomar los fragmentos de esta historia cuando Dios nos los depare, ó no hacerse caso ni del compilador ni de sus fragmentos, como verosímilmente sucede á las diez y nueve vigésimas partes de sus lectores.

¡Terrible ley de la naturaleza, dice pues, continuando el docto Moro, es la que hace provenir el bienestar, y aun la existencia de los seres, tanto en lo físico como en lo moral, de la desgracia y aun del aniquilamiento de los otros! Los trastornos, los terribles destrozos de Sto. Domingo, esa obra de horror debida sin duda alguna á la imprudente y necia filantropía de los corifeos de la revolucion francesa, hizo trasladar á nuestro seno los capitales y la industria de muchos colonos, que con los restos de su fortuna, con sus fieles siervos y con la esperiencia en el cultivo de la preciosa planta del cafeto, vinieron á aumentar prodigiosamente las riquezas de esta tierra de bendicion, y á embellecer una gran parte de sus territorios con esos hermosos y continuados jardines, pues tales son sin duda los magníficos cafetales que pueblan ya por todas partes la isla, y particularmente la Vuelta de abajo.

Desde que principiaron nuestros viajeros á penetrar por aquellos anchurosos caminos poblados por los dos lados de estas preciosas fincas; desde que descubrió Mariano aquellas prolongadas y eminentes columnatas; pues tal parecen las filas de palmas reales que con tanta elegancia y atrevimiento, que con tanta simetría y pompa, levantan sus ricos follajes como chapiteles corintios y que perdiéndose en una línea recta hasta el horizonte presentan á la imaginacion el cuadro portentoso de las vastas ruinas de las ciudades antiguas, y esa magnificencia de la naturaleza á la cual no hay ninguna que iguale; y cercadas á su pié del verdoso y puntiagudo piñon y del no menos espinoso y odorífero limoncillo que les sirven de vallado: desde entonces pues nuestro héroe quedó como atónito; admiraba porque no podía menos, pero con este despecho del amor propio que se encuentra burlado en su menosprecio, deseando descubrir defectos é inconvenientes, á pesar de que por todas partes no le salían al encuentro sino bellezas y encantos.— ¿Qué tal? qué tal? preguntaba D. Vicente.

—¡Eh! tal cual, aquí hay algo! esclamaba el mozito con desden.... si, ¡pero aquellos parques de Europa!

—Están pelados y horrorosos en estos meses, respondió vivamente su padre, y en lugar de café, piñas y plátanos, producen castañas y bellotas.

—¡Vaya si está vd. severo! contestó un poco humillado Mariano, como á quien le dan duro y le dan con razon.—En este momento llegaban á la talanquera del cafetal á donde se diri-

gian, y en la que un negro viejo y arrugado en su estrech o bohío en que apenas cabian él y el fuego que tenía por delante, se arrodilló delante del quitrin de Da. Marcela, pidiendo *la bendicion señora,* y después lo mismo con D. Vicente, quien á *la bendicion mi amo*, respondió gravemente, ***Dios te haga un santo,*** acompañando su religioso y paternal saludo con un medio que el negro recogió del suelo besándole una y mil veces. La guarda-raya por donde penetraron, era de tres calles: la de en medio anchísima, tapizada de la verdosa y útil yerba de guinea y cercada de los pomposos y acopados mangos, y de adelfos con sus hojas de un verdor oscuro, y alternando con órden naranjos casi siempre cargados ó de sus dorados frutos, ó del blanco y oloroso azahar: las dos calles laterales tenían palmas reales por la parte de los cuadros del café, y los mismos mangos con sus frutas tan funestas cuando están verdes, y toda la lozanía de esta vegetacion vivificante que anima á las plantas en todo el país, y con especialidad en estos deliciosos parajes. Mariano callaba, D. Vicente le reconvenía dulcemente y como quien teniendo mucha razon se compadece de su rival abatido: la mamá tambien embromaba al incrédulo joven que ni soñaba pudiesen existir campos tan deleitosos en su desdeñada patria.

Como á la mitad del camino ya salieron al encuentro de los viajeros que llegaban, los dueños del cafetal y otras personas que los acompañaban: se veían jóvenes en ligeros caballos, se oía el ruido de los perros, los gritos femeninos que por alegría ó por pesar siempre suelen ser penetrantes y agudos; en una palabra, la algazara festiva y hospitalaria de las fincas del campo, donde no solo se recibe bien á los amigos, y al que se presenta á los umbrales de la puerta, sino hasta con alegría y afeccion. Antes de pasar mas adelante juzgo oportuno dar algunos pormenores sobre las personas que vamos á encontrar en tan íntimo contacto con la honrada familia que hasta ahora casi esclusivamente ha llamado toda nuestra atencion.

Principiaremos por la hija mayor, de dos huérfanas de madre, que con su viudo padre estaban de temporada en aquel cafetal que era propiedad de este último: llamábase Da. Paulita: había caido en todos los excesos del romanticismo; y sus lacios tufos, su color pálido, su estrema palidez y un lente sempiterno de dos vidrios, que si me tomaran juramento diría que mas bien estorbaba á su vista que la facilitaba, la tenían casi siempre en una ***revería,*** en un arrobamiento que la transformaban

en un ser aéreo que apenas pertenecía á este mundo grosero: no se dignó mirar á D. Vicente, el hombre menos poético de él; tampoco á Da. Marcela, señora clásica á macha martillo, si por clásico se entiende lo que ya pasó de moda; pero el jóven Mariano... sus gafas, su corbata desordenada y con un grueso nudo, y sobre todo los claros y rubiatos pelos de su cara puestos todos á contribucion para constituir siquiera la puntiaguda barba de un chivo de dos años, todo, todo excitaba *tiernas simpatías* en la distraida pero esbelta señorita.

Otra de las hermanas, mas jóven, quizás mas linda, sin duda mas natural, y sobre todo que no tenía á menos ser mujer como las demás, se llamaba simplemente Ramoncita, y era acaso y sin acaso mucho mas viva y juguetona que no conviniera á una niña de su clase. Su padre se nombraba el Sr. D. Telesforo, hombre amable á quien no le faltaba instruccion, pero le sobraba mucha de esta condescendencia de carácter que es tan agradable cuando nace del convencimiento de que ha de accederse á todo lo que no debe uno racionalmente rehusar, pero que degenera en debilidad, y aun en indiferencia por lo bueno, cuando proviene de una apatía natural, y de una pereza culpable del alma que se asocia las mas veces con la del cuerpo. Yo no sé á que clase pertenecía la de D. Telesforo, pero él mas bien quería que le dejasen vivir, que no el que le pusiesen obstáculos en el curso de su placentera y holgada existencia; y con bienes heredados bastante considerables, no se cuidaba de nada, ni aun de sus hijas, que cada cual seguía por el camino que mejor le parecía, y el papá hombre nuevo todavía, encontraba que tenían razon, y que eran las mejores muchachas del mundo. Los otros personajes eran huéspedes: una Da. Sinforosa, viuda rica y parienta de la mamá que perdieron las niñas de D. Telesforo; D. Cárlos, militar que había ya olvidado todo lo concerniente á su antigua carrera, menos los bigotes á la antigua, con algunas canas para hacerlos mas clásicos, y el resto de la cara peladita como una manzana, por lo demás hombre excelente para una broma de un cafetal, y el mayor tresellista de la comarca, si se exceptúa al Sr. D. Telesforo que había pasado los 30 años de sus 45 casi esclusivamente ocupado en *matar el tiempo* con la espada y el as de oro. Había además dos jóvenes aprendices de romántico que sabian declamar muy bien, segun luego supimos, porqué lo hicieron muy mal; quiero decir porqué ahuecaban mucho la voz

del modo mas fastidioso del mundo, se plantaban como la sota de bastos en medio de la sala y manoteaban á manera de energúmenos; pero dije que muy bien, porqué los aplaudieron mucho los concurrentes: llamábanse Casimiro y Ernesto, y solo se conocía su vocacion romántica por los dos mechones lánguidos y peguntosos que les bajaban hasta la boca, pues aun éran barbilampiños, y parece que no correspondían á los miópes ni á los presbitas, pues usaban de sus ojos libre y francamente como sucedía antes á casi todos los mozos de 17 á 18 años.

Me se olvidaba hablar de un hombre modesto, casi sesenton, que era eclesiástico, segun vi luego, que apenas se mezclaba en la bulliciosa conversacion, y que sin embargo consideraban mucho D. Telesforo y D. Vicente y no menos nuestro D. Cárlos, que retorciéndose el bigote, y limpiándose el sudor por su espaciosa cara, iba y venía por todas partes sin dejar de meter su cucharada en cuanto se hablabla, se embromaba, ó se reia; y advertimos que para esto de reidor pocos le ganarían, pues sus carcajadas eran tan gruesas, repetidas y sonoras que contribuían muy bien á aturdir las gentes en aquella barahunda.

Llegaron á la casa todos de rondon, y preguntando y respondiendo á la vez, y procurando mas bien manifestar la dulce complacencia de verse reunidos, que el averiguar lo que cuestionaban y que en mucha parte sabían mejor todavía que aquellos á quienes se dirigían. Sosegados algun tanto, habiendo bebido sidra, ó cerveza, ó agua con azúcar las señoras, ó draque con mas agua que brandi los que gustaban de que su razon estuviese alerta, con mas brandi que agua los que no se cuidaban de su razon; pensaron seriamente en comer, tanto porqué era tarde y no había memoria en aquella finca que á las tres no se hubiese servido la sopa, cuanto porqué en el campo una de las cosas mas importantes que hay que hacer es el comer: estaban en estas y en las otras, cuando se ven en el fondo de la guarda-raya, de la que el batey era el punto de vista, tres caballos con gentiles ginetes, y que no se descuidaban en llegar como quienes no querían perder el puesto en la mesa.—¿Quiénes son?—Pues yo no lo sé, decían casi todos.—Da. Paulita descubrió bastante elegancia en los dos ginetes de delante, y que no pertenecían á estos macizos y clasicotes campesinos que viven por los alrededores; Da. Ramoncita conoció que eran jóvenes, y D. Cárlos que el de la izquierda era su sobrino Emilio y el de detrás el negro Baltasar, y que el

otro no había mamado la primera vez ni aquí ni en España. Con efecto la ojeada militar de nuestro capitan retirado, había sido muy segura: Emilio, enteramente restablecido de la herida, y un caballero inglés que se llamaba Mr.... (yo en conciencia, dice el Moro, no sé ni pronunciar ni escribir este apellido) en fin que se llamaba Mr.... con su negro volante á retaguardia venían desde el Rincon á comer francamente á casa de D. Telesforo muy amigo de Emilio y de su familia; pues habiendo atravesado el camino de hierro para que le examinase el caballero inglés que acompañaba á Emilio, creyó este que una escursion á los cafetales sería muy agradable á su huésped, y le había conducido á donde le constaba que había buena sociedad, y no mala mesa. Inútil sería decir que los recien llegados fueron recibidos afectuosamente y de un modo propio de la delicadeza y atencion de los dueños de la finca y de sus amigos; y habiendo reposado todos algun tanto, volvió á levantarse la grita general de á la mesa, á la mesa, y en el momento se puso la alegre comparsa á satisfacer el buen apetito que el ejercicio excita cuando se camina y que el aire del campo aumenta.

Colocados oportunamente, y pasado el momento de silencio de la sopa y de los primeros platos, en que no se piensa sino en satisfacer el hambre; luego que se bebieron los primeros tragos para desengrasar las gargantas, empezó el tiroteo de una conversacion animada, y habiendo Da. Paulita ofrecido agua al Mr.... inglés, este le respondió cortesmente que no era de la sociedad de la Temperancia, y que aunque jamás se embriagaba, creía que era un desaire muy chocante el no beber *burdeos*, cuando le había bueno, después de un pedazo de carne.—D. Cárlos dijo que tenía razon aquel caballero; y que nada le parecía mas ridículo como el que un jóven se apipara de agua habiendo vino en el mundo y cuando menos cerveza.

Perdone V., contestó el caballero inglés, esta sociedad de la Temperancia no ha dejado de producir saludables efectos, yo no estoy por ninguna exageracion, y ya he dicho que no opino el que se arranquen las cepas y los viñedos; pero si se lograse que muchos de mis paisanos en particular se contuviesen en los excesos de la bebida, como con efecto hasta cierto punto se va consiguiendo, el resultado sería de muy ventajosas consecuencias.—Emilio: añadió, esto es claro, y el hábito de no beber, sea por este, sea por el otro motivo, ó á lo menos de moderarse, evitaría en gran parte la embriaguez ó la relegaría á las

últimas clases de la sociedad, porqué á mi ver, no hay un espectáculo mas odioso que el de un hombre de buena educacion entregado estúpidamente á este vicio de degradacion y embrutecimiento.—Da. Ramoncita tuvo entonces la feliz ocurrencia de proponer un brindis á la salud de todos los que no se emborrachasen mas. Bastante se reyeron todos de la graciosa idea y bebieron con efecto por tan santo fin, y por refrescarse las fauces y calentarse las molleras. Pasado este incidente dijo el eclesiástico, de que hemos hablado mas arriba: la cuestion que han suscitado esos señores es mucho mas importante, á mi pobre juicio, de lo que parece á primera vista. Por desgracia, se cuida mas de instruir á la juventud en el dia que no de educarla: lo que menos se piensa es en el hombre, con tal de que se le rellene la cabeza de nociones mas ó menos útiles...—Y perdone V. dijo el inglés, mas ó menos necesarias: lo mismo sucede aquí que en mi tierra, los países civilizados son los peores para esto.—Con efecto, continuó el eclesiástico, mucho hay de lo que V. dice: los antiguos no eran así, y cuidaban infinito de apropiar los hombres para la sociedad en que tenían que vivir; los educaban con ahinco, y las leyes y los principales magistrados se honraban mucho y se esmeraban en dirigir esta importante educacion: las ciencias y las artes se aprendían privadamente, y no pocas veces fueron la ocupacion de hombres oscuros, si se exceptúan las sectas filosóficas en Atenas, y luego después cuando la degradacion en la antigua Roma. Los europeos, los cultos americanos casi no se cuidan de educarse del modo mas conveniente para conseguir virtudes públicas y privadas: saben mucha química, y muchas matemáticas, y lo que peor es, muchas ciencias de palabrerías; pero ninguno de estos pueblos tiene fisonomía propia, todo está confundido en los individuos, todo lo está del mismo modo en la reunion de ellos; así pues cuando por espíritu religioso, ó de sana filosofía, se forman asociaciones con objeto de purificar las costumbres, de sacar á los hombres de los estravíos, y de habituarlos á lo bueno, á lo justo, deben aplaudirse mucho semejantes instituciones, que suplen tanto lo que nos falta en la parte de la educacion.—Sin embargo padre, V. me permitirá que le observe, dijo D. Telesforo, que no se mira la educacion en un estado tan deplorable como V. la pinta; yo pasé mis primeros años en el famoso colegio de Sorez, y puedo asegurar á V. que éramos mas de 300 los que nos educábamos allí...—

¡En el colegio de Sorez! dijo Mariano con cierto aire de desden; no es por cierto de los mejores, está al medio dia de la Francia, se halla en los departamentos de la línea negra del Baron Dupin; para hablar de educacion es menester buscarla en el Norte, allí, allí podría convencerse el padre de si se sabe educar en nuestros dias ó no.

No nos entendemos, respondió el eclesiástico; yo no quisiera transformar la mesa en una sabatina de estudiantes de filosofía. —A la verdad repuso Da. Sinforosa, que para señoras la conversacion es muy divertida—Da. Paulita dijo: conforme, tia mia, las que han gustado de ilustrarse....—Da. Ramoncita manifestó que era de la opinion de su Sra. tia, y para esto interrumpió un diálogo muy animado que había tenido con Ernesto, quien á media voz le recitaba unos versos amorosos de Manrique del Trovador.—Emilio observó que no se había comprendido bien al padre, confundiendo, como generalmente sucede, la educacion con la enseñanza; y que precisamente de esa confusion era de lo que se quejaba muy oportunamente.—D. Carlos contestó que lo mismo eran ocho que ochenta, y que no le persuadirían cuantos aran y caban de que en unos tiempos en que se enseñan tantas cosas, la educacion no esté brillante.—Si Vd. no ha de incomodarse dijo el inglés, podré observar que ese respetable eclesiástico ha distinguido muy claramente las nociones que se dan en las clases, que ha considerado excesivas, y yo aunque con menos ciencia he manifestado la misma opinion: pido la crianza varonil, sana, activa, adecuada sobre todo á las leyes y á las costumbres del país en que se ha de vivir—Ya caigo yo, esclamó D. Telesforo; es verdad, algo de esa educacion hay tambien por acá; me acuerdo que cuando chiquito me enviaron mis padres á Sorez para que no saliera como los hijos de la tierra—Aquí interrumpió Da. Marcela á D. Telesforo con un profundo ¡ay! que comprendieron muy bien Mariano y D. Vicente....—¿Y como diantre preguntó D. Carlos, querían sus padres que saliera vd.?

—Que se yo, ni ellos tampoco lo sabían, pues nunca estuvieron en Sorez, que, como nos acaba de decir Marianito, es de los departamentos con raya negra del mapa de Mr. Dupin.—Bah, dijo Mariano, ¿quien ignora que el medio dia de la Francia es casi la España, y que esta está bien atrasada?—Pues no deja de ser bastante curioso esclamó el padre, saber que Sorez está ni mas ni menos que en la antigua Libia; pero

Sr. D. Telesforo, mas importante que estas aventuradas proposiciones sobre pueblos y naciones que recuerdan hechos tan grandes, y que han contribuido tan activamente á la ilustracion del género humano, es que nos diga vd. si sus padres se salieron con la suya? Si lograron que vd. fuera cualquier cosa, menos cubano?—Nada menos que eso, respondió D. Telesforo, volví, estuve unos cuantos años muy empalagoso haciendo dengues y ascos á cuanto veía,—(aquí se puso Mariano muy encarnado), y después me entregué al tresillo, á mi butaca, á mis gallos ingleses, y ande la gaita por el lugar.—¡Pues quedó airoso su padre de vd! esclamó Da. Marcela, con una cierta risita burlona, que D. Vicente no podía ya soportar.

En esto se levantaron para fumar y para que preparasen la mesa de postres, y los concurrentes se dividieron en diferentes grupos, cuyos coloquios quisiera yo contar con todos sus pormenores, pero me falta el tiempo y el papel. No obstante ocupa-rémonos por fin de fiesta de lo que hablaron en el que se formó del inglés y de Emilio, con el padre, D. Telesforo y Casimiro uno de los dos mozalvetes de que se habló en su lugar: este pues, dijo con aquel aire de suficiencia que sienta tan bien á un muchacho de veinte años, y con esta resolucion que está tan de moda en el enjambre de doctores imberbes que pululan por calles, plazas y estrados, que no han saludado á derechas un libro, y sobre todo que no han hojeado todavía ninguna de las páginas del gran libro del mundo que á cada paso les ofrece después un amargo desengaño, y les hace poner de dos mil colores, al considerar sus traspiés continuos y la pedantesca y fatua arrogancia de sus primeros años: el tal Casimiro pues, preguntó á aquellos señores, si estaban enterados de la grave discusion que agitaban los papeles públicos sobre la famosa cuestion de órden de si ha de preceder en el estudio de la filosofía, la lógica á la física, ó vice-versa:—Para mi, continuó, no cabe la menor duda de que antes es menester saber pensar, que pensar, y que mal puede entrarse en el santuario de las ciencias, sino por la puerta del raciocinio y del juicio.—D. Telesforo fué el primero que contestó al jovencito, que ya no dudaba, diciéndole que demasiado había dado á Belcebut la tal cuestion de órden, pues los contrincantes bien podían tener ó no razon, pero que no eran lacónicos en sus discursos; y no pocas veces después de seis ó siete columnas de cosas ininteligibles para él, se encontraba sin mas ni mas, con la renta real de cor-

reqs, ó con un negrito que se había fugado de casa del amo.—El padre aseguró que la cuestion era bastante interesante, y exigía precisamente desenvolver doctrinas, sentar principios, resolver argumentos de los contrarios, y en fin, estenderse oportunamente para llenar el objeto propuesto; aunque haya de confesarse añadió, que tales discusiones son la muerte de los diarios y hojas sueltas, y están en su lugar en las revistas y otras publicaciones mensuales, que leen mas los que gustan de estas materias. En cuanto al fondo de la cuestion, yo no tengo la decision de Casimiro en punto tan delicado, añadió; dudo mucho, y vacilando y con bastante recelo asentaré lo que juzgo. Las ideas generales no deben á mi modo de ver, ser las primeras que suministremos á los alumnos, porqué es invertir el órden de la naturaleza; sus ideas son particulares, físicas, materiales, las que van constituyendo nuestra razon, y en todo lo que queremos enseñar imagino que acertaríamos si no nos desviásemos de estos principios; proceder de lo particular á lo general, é ir aplicando las nociones á cosas que palpemos y estén enteramente á nuestro alcance, como sucede con la física particular, cuidado que yo no hablo de la general; así sucesivamente iríamos aprendiendo á pensar, porqué es menester no engañarse, ningun libro de lógica tiene el privilegio de inspirarnos esta enseñanza, y después que multitud de hechos particulares nos hayan puesto en situacion oportuna, nosotros generalizaremos, y haremos abstracciones, aprendiendo por conclusion, á discurrir; porqué habremos caminado del mismo modo que la naturaleza—Yo respeto mucho la opinion de este sabio eclesiástico, dijo el inglés; pero juzgo que no debía darse tanta importancia á esta cuestion: todo consiste en el libro elemental que se llame lógica, y en el que se titule física; si estan bien hechos, si se enseña bien, y no como una pura fórmula, si están compuestos bajo los principios que ha probado el padre que son los de la naturaleza; lo repito, la cuestion es puramente de nombre, y entendiéndose así creo que los dos partidos se darían muy pronto las manos.

En esto se gritó, ¡los potres, á los postres! y todo el mundo volvió á aquel delicioso recinto en que las flores, los cristales, las luces, la variedad de dulces y de frutas volvían á excitar el apetito ó por mejor decir la gula. Dejémoslos pues, que no quedan mal entre brindis y conservas y hasta la quinta parte, si Alá quiere, dice el Moro.

SECCION CUARTA.

POESIA.

SONETO.

EL NAUFRAGIO.

El Sol con negras nubes enlutado,
de la borrasca oyéndose el bramido,
del mar el turbio seno embrabecido,
con crespas ondas se alza alborotado:

Corre *el fragil bajel* arrebatado
de áspero viento el golfo enfurecido,
y escúchase confuso el a'arido,
si en las ocultas peñas ha tocado:

De silencio y terror hay un momento....
el sañoso huracan rompe la entena,
de ayes tristes se pueblan mar y viento:

Desciende luego hasta besar la arena,
se levanta despues al firmamento,
húndese.... y solo un eco sordo suena.

DESVÁN.— (Vallés)

EL OCEANO.

Brama mar, y sosegado
escucharé tus bramidos,
que no teme un desgraciado
los amagos de la mar;
mientras que tus boquerones
vomitan lagos de espuma,
yo quiero con mis canciones
alimentar mi pesar.

El ambicioso que llena
anchas fragatas de plata,
la codicia le condena
á lanzarse al huracan;
y al ver espuesta su usura
á la merced de las olas
tal vez teme la brabura
y ruega á Dios con afan.

Yo nunca mar, nunca el oro
me costará una plegaria,
no; mi lira es mi tesoro,
mi querida mi ambicion,
y en tanto que alzas bravía
gigantes torres de espuma,
yo á la hermosa vírgen mia
consagro mi inspiracion.

Tal vez á vientos muy malos
suceden calmas y calmas,
dan las velas á los palos
con pausada gravedad:
la corredera no se echa,
el bergantin se ha dormido,
ni una cabrilla se asecha
por toda la inmensidad.

Luego con paso altanero
adelántase el chuvasco,
sale el oscuro pampero
que presagia el temporal.
El capitan blasfemando
manda dar rizo á la gavia,
yo en tanto sigo cantando
al rumor del vendabal.

Y, cual pajaro, el barado
por el aire se levanta,
el intrépido dorado
va, como un dardo, tras él.
El perseguido se ciega
y del bergantin se ampara,
para evitar la refriega
con su enemigo cruel.

Vasto cetáceo pasea
con magestad la llanura,
al rededor olfatea
el hambriento tiburon;
aguarda á algun desgraciado
con siete andanas de dientes,
y con su objeto cebado
sigue detrás del timon.

¡Y estos celajes de fuego
que terminan tu horizonte,
que desaparecen luego
para volverse á formar:
que ya asemejan ciudades
con torres y minaretes,
ya ardientes concavidades
de un infierno sobre un mar!

Oh mar! y si viese ahora
desaparecer tus aguas!
Moribunda la albacora
tendida en el arenal!
Si en la muerte de un instante
se secasen tus abismos,
y cruzáse el elefante
por tus montes de coral!

Si viese las poblaciones,
que voraz has absorvido,
descubrir sus torreones
llenos de musgo tal vez!
Viese edificios suntuosos,
riquezas de orin cubiertas,
mil esqueletos musgosos
médios roidos de un pez!

Si descendiese á esta tumba
dó tal vez yace otro mundo,
que sacudido retumba
con tu choque bramador!
Tumba terrible do el hombre
hasta pierde sus cenizas,
sin dejar siquiera el nombre
para un recuerdo de amor!

Mar inmensa! no me inspira
tu sublimidad grandiosa,
no, las cuerdas de mi lira
las ha templado el dolor:
si tus grandes perspectivas
hay poetas que las cante,
tiene miras mas altivas
que este pobre trovador.

A. RIBOT.

A bordo del Guadalete
golfo de las damas.
Año de 1857.

A MÍ CORAZON.

Corazon ¿de qué me sirve
esta aureo—luciente lira,
si en vez de cantar suspira
dolientes ayes mi voz?
Qué te valiera, ¡cuitado!
que con mi voz querellosa
una cantiga amorosa
cantase á mi ausente amor?

Y le pintara en mis versos
la tristeza que te aqueja,
la amargura que nos deja
esta ausencia, corazon!
A qué contarle mi llanto
ni tus angustias secretas,
si diz que de los poetas
fingimiento es la afliccion?

Y pues que necios lo afirman,
y tal vez Ella lo piensa,
oculta tu pe a intensa,
¡ay! escóndela por Dios.
Y en solitario retrete
sin ser de nadie escuchados,
nosotros los lastimados
lloremos nuestro dolor,

Hagamos muy triste duelo
dando al pesar larga rienda,
y aunque Ella nunca lo entienda
gimamos á un mismo son.
Que no por ser conocida
del esclavo la vil pena,
se aligera su cadena,
ni logra consolacion.

Lloremos, corazon, lloremos juntos;
y en esta triste y olvidada lira
caiga rompido el llanto,
é hiriendo el oro que sus cuerdas teje,
un ruido forme que algo se asemeje
á lánguido y lejano, aéreo canto.
Mas no solo gemir será mi empleo,
que á quien sus males siente
le es grato en misterioso devaneo
navegar por el mar de la esperanza,
y halla placer y holganza
en llorar y cantarlos juntamente.
Así tambien en la profusa selva
de las móviles hojas al murmullo,
el ave mezcla á su trinar alegre
un quejumbroso y dolorido arrullo.

Cantemos llorando ahora
que silenciosa la luna,
de todo el mundo señora,
se espeja en el ancho mar.
En ese mar que adormido
tan lánguidamente ondea,
que su murmurio recrea
sirviéndonos de compás.

Ella tambien quizá duerme
sin tener mas compañía
que aquella inocencia inerme
que el alma nos cautivó.
Su inocencia encantadora
que es el ángel que la guarda,
y niega á pasion bastarda
posada en el corazon.

Y junto á su cabezera,
ya que se aduerme tan sola,
el alma vuele ligera
con la suya á platicar.

Que siendo cual Dios el alma,
de la carne se desnuda,
y es facil que á verla acuda,
quedando tambien acá.

Al contemplarla tan linda
en el descuido del sueño,
imposible es que prescinda
de un beso en su frente dar.
Un beso que no haga ruido,
ni manche su frente casta,—
que á mi tan solo me basta
un beso de amor y paz.

Me basta sí, pues la adoro
con tanto amor y pureza,
como ama en el cielo el coro
de querubines á Dios.
Y á fé que este amor merece;
porqué es rosa peregrina
que de su mansion divina
á perfumarme bajó.

Mas ya la luna se esconde
tras nube espesa y sombría,
y el eco apenas responde
á mi flaca y débil voz.
Contigo se ha disipado,
¡oh luna! el contento mio,—
que es mi placer desvarío
que se deshace veloz.

Y pues que tristes estamos,
y Ella tal vez no lo piensa,
oculta tu pena intensa,
ocúltala corazon.
Y sin cuidarnos de nada,
y aunque Ella nunca lo entienda,
dando al pesar larga rienda,
gimamos á un mismo son.

R. M. Y T.

SECCION QUINTA.

VARIEDADES.

LA CRUZ NEGRA.

> Para saber que es gozar
> le falta solo sufrir;
> para saber que es vivir
> no le falta mas que amar.
> J. Z. G. DEL VALLE.

Todo estaba en la gavetica de la cómoda confundido y mezclado. Sortijas, un hermoso rizo de color oscuro, un lazo de cinta que parece sirvió en la cabellera de una dama en otro tiempo, por lo ajado; algunas flores marchitas, secas; una infinidad de cartas. De estas últimas llamáronme la atencion en primer lugar señaladamente aquellas que noté estaban escritas de prisa, con lápiz y de letra de mujer, que sin embargo de ser bastante legible, no era suelta, que digamos. La primera que pasó por mis manos y por mis entonces devoradores ojos, que ansiaban leerlas todas de un golpe, decía de esta manera:—

Cafetal Felicidad 10 de abril, á las doce de la noche.

"Mi querido Alfonso: te escribo con el mayor sobresalto y trabajo que puedes imaginar, porqué no tengo mas luz que que la de un cocuyo, ni otra mesa que mis rodillas, ni otra pluma que un mocho de lápiz; pero te escribo, que tengo muchas cosas que decirte y no veo la menor probabilidad de que hablemos, y quien sabe ni de escribirnos como hasta aquí. Voy á contártelo todo, todo mi bien. Perdona, Alfonso, si soy demasiado débil; pero mi corazon necesita ahora mas que nunca del tuyo para que me ayudes á soportar la carga del dolor, que por primera vez me abruma y mata.

"Ayer por la tardecita, como de costumbre, salimos á pasear por la guarda-raya de los pinos, en vuelta de la tumba, Rosa, Catalina, Inés y yo: papá había ido á una diligencia á S. Antonio, y mamá sintiéndose indispuesta de la cabeza no quizo acompañarnos. Cerca del cuadro de cafetos que nombran de los anones, encontramos al negrito Pio, que volvía del trabajo con una canasta llena de café caído en la cabeza. Catalina le mandó que la dejara en el suelo, para que nos tumbase unas naranjas y caimitos, que ya empezaban á madurar. Haz de advertir que nosotras habíamos salido mas tarde que nunca, pues solo nos decidió á dar el paseo, del que ya habíamos desistido, el interés de los caimitos. El sol, entre muchas nubes de color de fuego, moradas y cenicientas, se iba escondiendo á toda prisa, y esto nos obligaba á andar de carrera, pues estábamos bien distantes de la casa y solas. Yo á pesar de eso, mientras mis hermanas se entretenían en pelar las naranjas, y mientras le indicaban á Pio con el dedo los caimitos que debía tumbar, siguiendo el vuelo de dos tomeguines de collarito negro, macho y hembra, me interné en un cuadro de cafetos, tan sin tino y embobada, que sin saber cómo ni cuando, vine á dar en el bohío del guardiero Campana. En el bosque de cañas brabas, que como tú sabes rodean dicho bohío por detrás, se pararon los tomeguines, y yo me paré tambien: empezaron á hacerse caricias y á peinarse el uno al otro como dos niños, y yo sin saber porqué me puse triste, y no pensé en el lugar en que me hallaba, ni qué hacía. Antes de quererte, no lo digo por nada, pero yo no me acuerdo haber pensado en el amor de los pájaros: no veía en ellos mas que su canto y el color de sus plumas. Ahora me embelesó tanto la ternura con que se chiqueaban, que á no ser por un ruido estraño y sordo que sentí á mis piés, como de un majá que se arrastra por el suelo, allí me coge la noche. Figúrate como me quedaría yo, que cualquier insecto me asusta. Antes de que pudiera volver la cara, me echaron garra por los piés, con peligro de hacerme caer. Yo dí un grito, la sangre toda se me agolpó en la cabeza, y para no venir al suelo me abrazé al tronco de una caña, ya sin aliento, muerta. Todavía me dan temblores. ¡Cuál no sería mi asombro, mi espanto, al reconocer en el objeto que se arrastraba y me apretaba en sus manos, al mismo guardiero, que ya de rodillas y todo compungido y lloroso, me pedía por Dios y sus santos que le sirviera de madrina, pues le iban á castigar! Mi primer

cuidado fué pedirle que me soltase. El lo hizo al instante con las manos juntas, ceniciento el rostro, y tartamudeando:—Niña, por el amor de Dios, me decía, sírvame sumerced de madrina.—¿Pero qué has hecho tú para que te soben? le respondí tomando cierta distancia.—Nada: yo soy inocente. Yo no he hecho nada, mi amita. Mire sumerced, se lo juro por la Vírgen.—Eso no puede ser.—¡Cómo, niña! ¿Sumerced no cree al pobre negro viejo? ¡Ah!...—Acabemos, que se hace tarde y no me puedo detener.—Yo le contaré á la niña.... Mi amito... el niño Fernando...—¡Fernando! repetí por lo bajo como el eco en una cueva profunda, y clavé los ojos en el guardiero. El continuó, tomando otro cabo.—Yo estaba sentado á la puerta de mi *bujío* no hace una hora, cuando llegó Eulalio y se puso á conversar conmigo. Le pregunté donde iba, y él me respondió que á.... no me acuerdo.... á llevar una carta, y sacándola del gorro me la enseñó.—¡Una carta! Una carta! esclamé poniéndome las manos en la cabeza. Prosigne, prosigue Campana.—Ya lo ve sumerced, prosiguió el negro con el semblante lleno de alegría, y el corazon de esperanza.... ¿Ahora me cree la niña?—Vamos, acaba. La carta, ¿qué se hizo la carta, dí?—Yo le contaré. Sumerced me va á servir de madrina ¿no es verdad, niña? Yo, como quien dice, he criado á la niña desde chiquitica.—Sí, te serviré de madrina, de todo..., de cuanto tú quieras; pero acaba.—Pues como le iba diciendo á la niña. Estaba sentado en la puerta de mi bujío... chupando mi cachimba, niña, sin pensar en nada, niña... sin comerlo ni beberlo, mi amita..:—¡Por las llagas de Cristo, Campana!—Cuando llegó Eulalio y sacó de su gorro el papel, y me le estaba enseñando. A poco rato, sentí menearse el café, miré y descubrí el sombrero del niño Fernando entre las matas, que venía en vuelta de nosotros agachándose como gato. Eulalio le vió tambien y del susto se le cayó el papel de las manos. Yo le recogí al momento y le metí en la ceniza del fogon.—¿Y qué sucedió después?—Ahora lo verá mi niñita. Eulalio quiso correr; pero le agarré por una pata y le hice seña con los ojos de que no se meneara.—"El niño Fernando me anda atrás, como perro," me dijo.—"No tengas cuidado, le contesté."—Pero negro de Lucifer, en qué paró la carta?—¡Jesus, niña, qué apuro! Allá voy. No pudimos hablar mas porqué el niño Fernando ya estaba cerca, muy cerca, y sin decir una palabra, como perro bravo, le echó mano á Eulalio por el pescuezo, le dió un ga-

40

lletazo, y habiéndole tumbado en el suelo como un pollito, le mandó que le entregara el papel que me había estado enseñando...—¡Y le diste..!—No señora... si señora... Ahora verá la niña.

"¡Figúrate mi angustia, mi tormento, mi desesperacion, Alfonso mio, cuando después de tanta posma, rodeos, repeticiones y palabras vacías, vino á concluir con declararme que en efecto la carta que te hacía ayer, cayó en manos de Fernando! Pobre de mí! pobre de tí, mi corazon, mi alma, mi vida, que ya no podrás decirme con tanta facilidad tus penas, ni yo á tí las mias, para llorar juntos.! Y yo que te escribía tantas cosas, pues me dolía el corazon de amarte y la tristeza me traía imaginativa y delirante! ¿Qué no se habrá reido el muy cruel leyendo una carta que solo tú podías comprender y estimar, que solo á tí se dirigía y que solo tu amor me dictaba? Pobre Alfonso.!

"El guardiero continuó hablándome, suplicándome y gimiendo; pero yo no le oía. Afligida, confusa, loca, con ganas de llorar y sin tener lágrimas que humedeciesen mis ojos y mejillas ardientes y secas, harto hacía con acordarme de tí y con pensar dolorosamente en la suerte que nos aguardaba, y en los medios de que tendríamos que valernos para saber el uno del otro, y en el escándalo que la lectura de la carta traería en mi familia.—Nunca confié de Eulalio, nuestro portador de papeles y recados, no porqué fuera capaz de venderme, que no tengo queja de su lealtad, si es que se puede exigir lealtad de un esclavo, sino porqué siendo un poco lelo, conversador y amigo de comadrear, lo mas fácil era, como al cabo ha sucedido, que le sorprendiesen con la misiva en la mano. ¿Qué hizo con mi carta, que no te la llevó desde ayer al medio dia que se la entregué? A qué tenía que enseñársela á Campana, si no sabe leer ninguno de los dos? Milagro fué que Fernando no le sorprendió con ella mucho antes, pues he sabido hoy que se estuvo hasta las cuatro en el barracon, nada mas que visitando comadres y dejando en abandono el potrero, donde no es otro su oficio, como tú sabes muy bien, que cuidar de los animales. Fernando en cuanto acabó de comer se encaminó al potrero, que es su paseo diario: no encontró, por supuesto, á Eulalio: preguntó por él: nadie le supo dar razon; y como era natural le cogió de nuevo su falta y echó á buscarle. No tuvo mucho que andar: mano á mano y descuidado le encontró en gran conversacion con Campana, que le palpita la lengua por hablar.—Aquí tienes toda la historia.

"Se me parte el corázon no mas que de acordarme de las súplicas y de los sollozos del infeliz guardiero. ¿Pero qué podía hacer, pobre de mí, en su favor, cuando hace algun tiempo noto el desvío con que me mira Fernando, no obstante el cariño y la finura con que yo le trato..? y Fernando que es administrador, mayoral, amo y todo de la finca, y de la casa? Ni qué ocasion era aquella para mediar por el negro, si no tenía ánimo siquiera para esplicarme? De qué valdría tambien mi intercesion, en el supuesto que mi hermano no estuviese prevenido contra mí, si le iban á castigar por un asunto que tan de cerca me tocaba, y en el cual yo no podría mostrar la cara, sin poner mi causa de peor condicion, y esponerme al temible enojo de papá y á sufrir los sermones de mamá, que tan pesarosa se halla por culpa mia? ¡Ay! Alfonso de mi alma! Tu no eres capaz de concebir ni de imaginar siquiera, cuanto he sufrido ni cuantas lágrimas he derramado de ayer acá. Me duelen los ojos y el pecho de llorar y de gemir. ¡Qué dulce me es tu memoria, si me escribes y me amas! pero qué amarga, amigo mio, si me impiden escribirte y decirte que te quiero con todo mi corazon! ¿Porqué quieren separarme de tí?—¿Acaso tu eres feo, de mala índole..? Creen que mientes, cuando te turbas y deliras y se te quieren salir los ojos del casco para decirme que me amas? Qué mas deseo yo? Qué desea mi familia..? ¡Ah! empiezo á comprender... Desean que me muera; que tu fueses... pero no: perdóname, yo soy demasiado débil, como mas de una vez te he dicho, y tu sabes mucho y tus ojos ven horrores y tu imaginacion se estravía y encuentras malicia y doblez, y que sé yo, donde mi mente no halla otra cosa que preocupacion de familia, errores de la humana naturaleza.—Sigamos el hilo de mi carta.

"Entre tanto hacía estas tristes reflexiones, Campana echado de pechos en el suelo, besándome los piés y el ruedo del vestido, me pedía le libertára del castigo con que le amenazaban. Yo permanecía apoyada la frente y el hombro en el tronco de una caña, irresoluta, sin oir ni ver otra cosa que mi desgracia. Mas de repente la poderosa voz de mi hermano que gritaba por Campana, haciendo conmover los bambúes, me sacó despavorida de mi letargo; diome un vuelco el corazon, abrí los ojos, pegué un salto, y eché á correr, sin que fuesen bastantes á contenerme las huesosas manos del guardiero, ni de todo el mundo. Entrando en mi cuarto, caí sin aliento, desvanecida;

sobre la cama. Mis hermanas llegaron un poco despues, que habían estado aguardándome inútilmente; pero viendo que no parecía, no obstante haberme voceado, y que por otra parte se acercaba la noche, se figuraron, (en particular Catalina, segun me lo refirió la mulata,) que me había *huido*. Me sorprendió tanto esta espresion, y en boca de Catalina, cuanto que yo creía que ella estaba ignorante de que conservase relaciones contigo; porqué ¿á qué quieres que atribuya el que le ocurriese que me había huido? palabra que de pronunciarla no mas se me cae la cara de verguenza. Al principio me persuadí que sería mala inteligencia ó embuste suyo, y se lo pregunté por segunda vez, no dándole á entender (á mi juicio) que me sorprendía y molestaba. Ella me lo juró haciéndome cruces con los diez dedos de las manos, y con cierta risita, como si le hiciese mucha gracia la palabra con que se había calificado mi desaparicion: debo creer que porqué no veía el veneno que encerraba, que á distinguirle, estoy cierta que no se hubiera reido, pues tengo sobradas pruebas de su afecto. Aun hablábamos sobre el particular, cuando sentí la voz de Catalina que se adelantaba á mi cuarto, ignorante quizá de que yo estuviese dentro, porqué de las palabras que soltó antes de salvar el quicio, tales como:—¿donde se habrá metido la mojigata? que será de ella? ¡vaya que Josefa es original!—no se infiere otra cosa. Pero apenas me descubrieron, medio arrebujada entre las sábanas de la cama, vueltos los ojos hacia la pared, postura que adopté para ocultarles mas fácilmente mi dolor y mis lágrimas, que empezaron á decir con maligna sonrisa y fingida sorpresa:—"¡Aquí está, aquí está la perdida!"

"Parecióme que si me veían los ojos y la frente, habían de dar al momento con el motivo de mi pesadumbre, y no creer en mi voz que les aseguraba que me sentía indispuesta, y todo mi empeño se redujo á taparme la cabeza, y á decirles que me dejaran descansar un momento, á ver si el sueño me aliviaba, porqué las preguntas de Catana sobre mi repentina desaparicion de los caimitos, me ponían en grande apuro. Por fortuna, parece que mis respuestas la satisfacieron, pues llamando á Rosa, ambas salieron al instante de mi cuarto. No asi Inés, que ya por cariño, ya por incredulidad natural en su carácter quizo saber lo que me dolía, y se sentó en la barra del catre; aunque aburrida quizá de no obtener mejor respuesta, al cabo me abandonó como las otras. Faltaban mamá y papá, que ya

había vuelto de S. Antonio; y solo de pensarlo me entraban calofrios: mamá me dió una porcion de besos, me puso cabezales de aguardiente quemado, aconsejándome que procurara dormir, y me dejó luego que me creyó mas tranquila, y atribuyó mi indisposicion al calor y á la sofocacion del paseo que habíamos dado. Papá ó no quiso verme, ó le dijeron que mi mal no era de consecuencia, lo cierto es que no entró. La llegada al oscurecer de Fernando, cuya voz me resonó en el corazon desde lejos, descubrió todo el misterio, levantó la casa en peso contra mi. Apenas puso los piés aquí, enseñó mi carta á papá y á mamita, los cuales se habían sentado en el comedor de la calle á tomar fresco.—Dijo que la había arrancado de manos de Eulalio: que Campana era el principal (¡infeliz! que está inocente de todo!) encubridor, y que daba y recibía mi correspondencia contigo: que yo no cesaba de ir y venir al bohío; (¡qué mentira!) pues parece que no me confiaba del todo en los criados; y por último, que era preciso castigar con el mayor rigor á estos, y poner los medios posibles hasta conseguir que ni tu supieses de mí, ni yo de tí. Todo esto lo supe de boca de la mulata á quien mandé para que oyera y observara, pues no me sentía con valor de levantarme, y de escuchar. Papá se puso furioso: levantose lleno de cólera en ánimo de matarme, segun sus palabras, pero mamá con lágrimas y ruegos logró calmarle y le obligó á sentarse. A la bulla acudieron Catalina, Rosa é Inés, las que se impusieron de todo en el instante, poniéndose las dos primeras señaladamente de parte de papá. ¿Lo creerás, Alfonso mio? Catana, á quien yo he respetado tanto, la que se puede decir que me crió, y á la cual he conservado siempre el cariño de madre, no de hermana; no te quede la menor duda, Catana es mi mas encarnizada enemiga ¿Qué le has hecho tú para tanto odio? ¡Ah! Yo me confundo. Apenas doy crédito á aquello mismo que véo y toco.

"De claro en claro me pasé la noche. Gran parte de ella sentí á la familia en acaloradísima conversacion, que por la distancia de la sala donde se hallaban y por hablar todos á un tiempo, no me fué posible imponerme bien, aunque no se necesitaba de mucha perspicacia de talento para conocer que no se trataba de otra cosa que de tí y de mí. Vino el dia, que fué mi deseo toda la noche, mas así que sus primeros reflejos se introdujeron por las rendijas del cuarto y alumbraron mi

rostro y mi situacion, disipando al mismo tiempo las tinieblas del sueño, que fué á lo que atribuí todo cuanto me había sucedido y estaba sucediendo, me eché á llorar de nuevo.

"La hora del almuerzo llegó, y aun permanecí en la cama. Le mandé á decir á mamá con la mulata que me dispensase la falta de asistencia á la mesa, porqué me sentía mala, y que seguramente no podría pasar bocado sin esponerme á mas serias consecuencias. En efecto, no he tenido el dia bueno. Lo que mas me ha afligido y postrado, ha sido la idea, para mi siempre horrorosa, de que tanto mis padres como mis hermanas me abandonasen á mi destino; pues en toda la mañana no vi mas cara amiga que la de la mulata, con la cual me enviaron el almuerzo y la comida. Por la tardecita, empero, se me apareció Inés, con los ojos irritados de llorar, la abracé con la mayor ternura; y juntas y estrechadas me significó con obras y palabras su cariño y las simpatías que despertaba en su corazon mi desgracia: yo reconociendo en ella á una amiga tierna, la única tal vez que me queda en el mundo cuando son tantos mis hermanas y hermanos, desahogué el pecho llorando sobre el suyo y al cabo sentí un pasajero alivio; pero no mas que un pasajero alivio, Alfonso, porqué antes de dejarme me dijo: que había venido á verme por órden de Fernando (aunque le encargaron que no me lo declarase:) que se trataba de enviarme á la Habana si no cumplía mi juramento, de no seguir en tus amores ni escribirte mas: que de ningun modo debía esperar que se doblasen ante mi temerario empeño, porqué si hasta allí nada habían conseguido con halagos y blandura, sabrían hacerse obedecer con la fuerza y el rigor.—Por último, continuó Inés apretándome en sus brazos, y disponiéndose para salir, no te canses, Josefa, es preciso que abandones á Alfonso ó te prevengas á sufrir toda la cólera de papá y el odio de la familia. Tú no sabes cuanto se han mortificado leyendo tu carta. Yo me propuse al principio defenderte, y aun lo ejecuté; pero me cayeron todos y me anonadaron. Mamá, cuando se habla de tí agacha la cabeza: papá se muerde los labios, junta las cejas y fija los ojos mucho: Fernando se pasea á lo largo de la sala: Catalina no cesa de hablar; y Rosa cantando y tocando en el piano, forman cada uno y todos juntos una algarabía y una bulla que me sofoca y aburre. Por Dios, Josefa, mi querer, mira si puedes dar gusto á mamá, olvidando

á Alfonso.—¿Qué dices, Josefa? añadió luego sacudiéndome dulcemente, notando que yo permanecía callada.

—"¿Y tú, Inés, que amas y eres correspondida, tú me aconsejas que olvide..? las lágrimas no me dejaron proseguir.

—"Vamos, china, que no sea olvido, porqué tal vez tu no podrás, pero al menos no le escribas por algun tiempo.

—"¿Con qué, qué no le escriba, eh? Y te parece cosa muy fácil y hacedera? Y quién convence á Alfonso de que no me he muerto, que no me han matado, ni arrancado de aquí, ni puesto un mundo entre su corazon y el mio? ¡Ay Inés! Tu puedes ver todos los dias al objeto de tu amor, él te puede ver á tí cada hora y cuando le parece: yo no, ni él á mí, ni de dia ni de noche...!

—"No seas boba, me dijo al fin; yo me empeñaré con Eugenio que ha de venir esta noche, para que le hable en tu nombre á Alfonso y le pinte las dificultades que se oponen á tus relaciones con él, la determinacion de la familia si continúas, el descubrimiento de la correspondencia de vds. por Fernando; y que le aconseje que se tranquilice y te deje tranquila, por algunos dias, si te ama como pondera, hasta ver si se aplaca el furor de todos. ¿Quieres mas?..... Josefa, es necesario que alguna vez te lleves de mis consejos, que te quiero tanto. No dudes que Eugenio hará por mí y por tí todo aquello que esté de su parte. Para mas satisfaccion tuya, luego que venga, haré que pase á verte, y tú misma le puedes hablar y decirle cuanto deseas obre en tu favor. ¡A Dios! que me llaman;- y me dejó.

"¡Y me dejó, Alfonso! en manos de mi dolor, sin defensa, apoyo, ni guia que me sacase de aquella confusion y de aquellos horrores en que me hallaba metida! Y Eugenio no pasó á verme por mas que le estuve esperando toda la santa tarde y parte de la noche; por mas que le recordé á Inés, con la mulata, la palabra que me había dado de traerle á mi presencia en cuanto llegara! Me negaron que estuvo, aunque estoy creida que escuché su voz como á las ocho. Le he repetido á Inés que tengo deseos de ver á Eugenio y de hablarle: quizá por este empeño y esta ansia que muestro, le han prohibido que me vea, ó ella estará arrepentida de la promesa que me hizo, por temor de comprometerle con la familia. ¿Quién sabe? Sin embargo, yo le espero y le esperaré toda mi vida. El alma me dice que Eugenio hade ser el áncora de nuestra salvacion. Mi

intencion no es otra que suplicarle te lleve esta carta, y que te asegure de mi amor hasta la tumba...!

"Ruega á Dios que venga. ¡Oh! él no me puede desairar: tiene tan buen corazon.... es tan caballero...! La cabeza se me cae sobre la almohada, Alfonso: me duele el pecho, la espalda.. todo el cuerpo...! A Dios!

"Tú me enseñaste á escribir, á pensar, y á querer: tú te has abierto paso hasta mi corazon al través de mis juegos de inocente á fuerza de amor y de ternura: tuyo es mi albedrío... en tí irá á confundirse la existencia toda de—

JOSEFA G.

IMPRESIONES DEL NIÁGARA.

—¡Qué voz humana describir podria
De la sirte rugiente
La aterradora faz!"

HEREDIA.

9 *de julio de* 1837.

....Llegamos á *Búffalo* á las cinco de la mañana. Algunas millas antes de la ciudad se descubre el lago y el rio Niágara, este corriendo manso y sereno, y el otro presentando la apariencia de un mar. Lo que me asombró en Búffalo fué ver los muelles tan poblados de buques de todas clases, como un puerto, á tanta distancia del mar; hermosísimos barcos de vapor y todo el aspecto de un puerto del Océano. Hoy sin embargo no se percibe bullicio ni movimiento en los muelles, por ser domingo.

Puesto mi equipaje en un *hôtel* (posada) fuí con un amigo á ver el famoso barco de vapor *Munroe*, de 750 toneladas, con todas las comodidades apetecibles para trescientos y mas pasajeros. Es magnífico y tiene las convenientes separaciones de cuartos para señoras, para hombres, salas de comer, salones, gabine-

tes, biblioteca &c. &c.: me parecía un palacio navegando. Hace viajes á *Detroit*, y está construido con el mayor gusto, solidez y esmero. Vimos otros, pero ninguno tan hermoso ni tan grande.

Paseamos diversas calles de las principales y me agradó mucho la ciudad: aquellas eran muy anchas, buenas posadas, ricos almácenes, suntuosos edificios de piedra y ladrillo, que parecerían bien hasta en la misma Nueva York.

Después de almorzar me proporcioné mi *ticket* (billete) para seguir al Niágara aquel mismo dia. Me costó el billete 6 reales por 22 millas, y habiendo dado las nueve, tomé mi asiento en un coche. Tuve la desgracia de que en este iba tambien un molinero constipado, que tenía una tos, y estornudos muy molestos, y cada vez que estornudaba levantaba de su ropa una nube de harina que nos cegaba, y nos hacía estornudar á todos. El camino de hierro está bastante mal hecho, de manera que tardamos tres horas antes de llegar al Niágara.... Apenas estuve en la posada, pedí un cuarto, y después de dejar en él mi equipaje, me fuí en busca de la catarata: llegué á orillas del rio, donde sentía el ruido, pero no ví nada; pues como peregrino en aquel sitio, ignoraba el sendero que me había de conducir al punto mejor para verla. A fuerza de preguntas supe que era *Goat-Island*: atravesé el puente que divide esta isleta de la tierra firme y está hecho sobre los *rápidos*: llegué á una linda casita de tablas, entré, puse mi nombre en el libro de registros, pagué una peseta, y guiado por las tablitas que se encuentran en *Goad-Island* de trecho en trecho, seguí mi camino hasta la escalera de *Biddle*.

Antes de ir á ella, me dirigí á la orilla y gocé algo de la bella vista de la *Herradura*, que es uno de los aspectos de la catarata. Llegué á la escalera, y ya la Herradura me presentaba otro aspecto mas triste é imponente: bajé; y sin mas guia que el vehemente deseo de ver la magnificencia de esta maravilla, tomé una estrecha vereda que corre á lo largo de la escarpada márgen, y no paré hasta encontrarme bajo las aguas de una parte de la *caída americana*. Allí, bañado por sus vapores comencé á sentir un estremecimiento involuntario....

El querer pintar lo que esperimenté en aquel momento me sería imposible; solo sé que permanecí absorto, estático, sin saber ni si pensaba en algo, sobrecogido de un pavor sublime, abrumado por el cúmulo de ideas, que cual relámpagos

ofuscaban mi imaginacion. En este estado buscaba belleza, buscaba sublimidad, buscaba grandiosidad, y nada veía: solo sentía una pesada mano que abrumaba todas mis potencias. Contribuía á este parasismo intelectual el ruido atronador, que al despeñarse delante de mí formaban las aguas: recobrado de esta primera impresion, y vuelto en mis sentidos, quedé largo tiempo con la vista fija en el círculo que describen aquellas al caer, no sabiendo qué admirar mas, si el estruendo, el choque que hacen contra las peñas, ó los mil colores que al través de sus cristales refleja el sol.

Seguí el sendero; mas á pocos pasos tuve que detenerme, pues allí concluía, y me hubiera precipitado en el abismo. Salí de bajo de aquella húmeda techumbre, mojado enteramente, y me paré á contemplar ambas caídas, que desde aquí, y bajo las imponentes suspendidas peñas que cuelgan sobre esta áspera orilla, ofrecen una vista regular de las cataratas para el que por primera vez pisa este sitio encantador; pero ¡cuán débil en comparacion de la que se goza después! Volví á subir la escalera, y atravesando de nuevo á *Goat-Island*, me dirigí á la posada á reponerme un poco del esfuerzo que había hecho mi mente para concebir, apreciar, y gozar de la magnificencia que había presenciado. Era hora de comer; y apenas hube concluido, y con mejores informes, me fuí esta vez al otro lado de *Goat-Island*, donde hay un puente sobre los furiosos rápidos, y al estremo de aquel una torre de piedra, desde cuya cima se domina toda la *Herradura*, y la caída del lado americano.

Yo me había figurado que no podría gozar de una sensacion mas grande, mas sublime, que la que tuve bajo las rocas de la *caída americana*, pero ¡cuánto me engañé! Llegado á lo alto de la torre, y ya algo recobrado del secreto pavor de cruzar los rápidos por tan frágil puente, tendí la vista sobre la *Herradura*, y ví un océano precipitándose de una inmensa altura á un abismo profundo: las aguas en su descenso se rompen en mil trozos de blanca espuma, lanzando rugidos tremendos al caer en el hondo golfo; chocan contra las peñas del fondo, y levántanse de él mil nubes de vapores, que dividiéndose en formas distintas, se elevan al cielo. El estrépito del despeño retumba cual el trueno; en el choque resurten turbulentas espumas de líquida nieve, que contrastando con el verde-mar que tienen las aguas antes de despeñarse, y los bellos colores del iris, sorprenden y abisman. Luego corre con magestuosa

tranquilidad en una planicie verde que parece de cristal, y sigue su curso manso y apacible. Lo mas bello de esta catarata es el arco-iris que la decora, á manera de una corona espléndida de púrpura y de oro, — corona inmortal que el sol coloca en las sienes del torrente, al salir del seno de las aguas; astro brillante mas vivífico y esplendoroso entonces que cuando se mira en el firmamento; aureola de gloria y magestad, digna mas que ninguna, de aquel monarca de la naturaleza, que se la ciñe, no para oprimir á los hombres, sino para elevarlos á la contemplacion y conocimiento de su divino autor.

Todo es magnífico en el Niágara. Mírase á veces al rey de los aires, el águila caudal, cernerse en su cima, como pagando el tributo y rindiendo el homenage que no le niega el mismo sol, y después de mil giros en torno de sus turbulentas aguas, se remonta y se pierde por el azul de los cielos. Suele á veces robusta encina, arrancada de su nativo suelo, ser arrastrada por la corriente hasta el borde del precipicio: furioso se apodera de ella el Niágara, y con pujante fuerza la destroza, y la lanza convertida en menudos fragmentos al despeñadero.

Dos largas horas permanecí en la torre en muda contemplacion de esta maravilla, durante cuyo tiempo hervían en mi mente mil ideas sublimes. Trasportada en alas del pensamiento, mi imaginacion vagaba por regiones desconocidas, recorriendo un vasto campo sembrado de brillantes delirios, de ilusiones deliciosas: olvidado enteramente de lo pasado, aspiraba á sorprender los secretos del Criador, á adivinar los arcanos de la naturaleza. Ofrecíaseme á la fantasía un mundo ideal, poblado de misteriosos é incógnitos encantos, de placeres ignorados; y el alma, luchando entre tan deslumbradoras concepciones, pretendía romper el velo de la eternidad y penetrar por el tenebroso laberinto de los siglos venideros. El fin de nuestra existencia, con todos los esplendentes atributos de la inmortalidad, se fijaba en mi espíritu, acompañado de un deleite celestial, y tan intenso, que hubiera bendecido en aquel instante la mano que abriéndome la tumba, me hubiera abierto con ella paso á gozar de toda la delicia en que mi imaginacion acalorada andaba vagando.

Mas en vano intento describir con palabras el delicioso arrobo que en aquel momento sentí. Si alguna vez quise ser poeta, fué en presencia del Niágara, porque solo el alma de un poeta es capaz de concebir y apreciar sus bellezas, y pintar

al lenguaje de la poesía considero digno de pintar las emociones ó ideas que despierta su contemplacion.—Divino *Heredia!* ¿quién que no ha visto el Niágara es bastante á conocer los infinitos primores que encierra cada palabra de tu oda á esta estupenda maravilla? Quién, teniéndola delante, y recordando tus sublimes versos, no te aclama *poeta* por antonomasia? Yo confieso que varias veces, viéndome incapaz de espresar en el lenguaje de los dioses los conceptos é inspiraciones que en mí suscitó el Niágara, recitaba tus versos con tanta satisfaccion y delicia como si fueran mios, y ¡cuánto no hubiera dado en aquel momento porqué lo hubiesen sido! todo el orbe, si mio fuera. Antes de visitar estos lugares venturosos gusté de tus versos, admiré sus perfecciones, sentí su harmonía, su música divina; pero despues que el destino me trájo á la maravilla americana, comprendí todo el entusiasmo de tu alma apasionada y sublime, y aquellos brillantes conceptos de que tú solo eres capaz, aquellos pensamientos é imágenes que solo nacen en la fantasía del Poeta cubano. Vive venturoso, Cantor único del Niágara, y huyan siempre de tu lado las miserias que acosan sin cesar al hombre, y nunca mas esperimentes las amarguras que cercan al desterrado en estrangero clima: baja feliz al sepulcro (que tardía suene esa hora!) que tu memoria vivirá, miéntras vivan las *deliciosas palmas* que recordaste en las orillas del Niágara.

Bajé de la torre, y me dirigí al punto donde se cruza el rio en un ligero botecillo. Me embarqué en él, después de haber bajado la escalera puesta al pié de las pendientes rocas, y de pagar, por decontado, un real y medio. Parece al principio peligrosa esta travesía en tan leve barquichuelo; pero es muy segura, aunque el bote sacudido por las olas del canal, se trueca por un instante en juguete de ellas, y apúra las fuerzas del remador. Una de las mas pasmosas vistas de las cataratas se logra cuando en medio del rio, dirige uno los ojos hacia ellas. Yo, olvidado absolutamente del peligro que pudiera haber, fijé la vista, ya en una, ya en otra catarata, y de ellas no la separé hasta que no llegamos á la opuesta orilla. No hay un instante mas conmovedor que aquel en que se observan desde el bote las gigantescas cascadas:—pero vamos á la *orilla-inglesa*, que aun hay mucho que gozar.

Subimos la larga y fatigosa cuesta por un camino carretero que han practicado orillando las rocas, y entré en *Clifton*

Cottage, que es una casita para refrescos, y posada al mismo tiempo, y que domina ventajosamente toda la catarata del lado americano. Necesario es, para contemplar en toda su grandeza el prodigio *americano*, trasladarse á otro pueblo, y verle á cierta distancia, lo cual he observado á menudo que sucede con la *nacion americana*, que gana mucho en ser contemplada desde lejos.

Me agradó el aspecto agreste de *Clifton Cottage*, y mucho mas las sillas y camapées que hay en el portal, fabricados de ramas de árboles sin labrar, sin que por eso dejen de tener todas las vueltas de espaldas, brazos y asientos naturales, ni dejen de ser muy cómodos.... Entré en otra casita, titulada por su dueño *Oficina de registros del Niágara*. En una sala á la izquierda hay una mesa donde se encuentran los libros en que se inscriben los nombres de los visitadores, y varios *albums*, donde cada uno escribe lo que se le ocurre de las cataratas. He visto allí varias composiciones en inglés y francés buenas; pero da una idea muy triste de la condicion del hombre, el ver que haya almas tan ruines, y de tan ruines sentimientos, que sean capaces, bajo la influencia del Niágara y su sublimidad, de escribir tantas necedades, desatinos, y hasta insolencias y porquerías, como la mayor parte de las que ensucian estas páginas. Un pensamiento bajo, en los contornos del Niágara es una herejía.

Salí de la *Oficina de registros* y me encaminé á *Table-Rock*, desde donde se ve toda la magnificencia, toda la magestad, todo el bello horror de la *Herradura*. Lo que llamaban antes *Table-Rock*, era una meseta prolongada que colgaba sobre el abismo muchas varas; pero se despeñó el año pasado con grande estrépito pocos momentos después de haberla dejado una partida de señoras, que habían estado sobre ella. Aun le queda el nombre á aquel punto, que á mi modo de ver, es seguramente el mejor para contemplar á la par ambas caídas.

La del lado americano en cualquiera otra region de la tierra puede pasar por una maravilla; pero ¿quién que dirija la vista desde este sitio á la *Herradura*, desea volverla á la *Americana*? De aquí se dominan los rápidos desde su principio; se les vé venir agitados y turbulentos, levantando espumas como el mar azotado por el huracan; se les sigue en su curso irritado; se les acompaña al precipicio, y un pavor horrendo se apodera del espectador al ver la llegada al despeñadero, y el

ver cual se lanza al abismo, rompiéndose en mil caprichosos cortinajes de alabastro, dando atrevidos saltos la *nivosa espuma*, y formando juegos de agua tan sorprendentes como variados: la voz del trueno acompaña su caída; y la masa de aguas que se precipita es tan inmensa, que en vano intenta el hombre calcular su volúmen. Es un océano que se despeña en los abismos de la eternidad;—tal es la idea que se concibe, pues la mente teme hasta mirar y calcular donde se esconde tanta inmensidad de agua. Un secreto estremecimiento me dominó, cuando dirigiendo la vista al fondo del abismo, ví el golfo profundo que recibe en su seno todo el caudal de aquellos inconmensurables lagos, que en este punto se juntan para perderse en las ocultas entrañas de la tierra. Esfuerzo estraordinario, es el que hace el entendimiento para concebir, para abarcar la idea de la reunion de tantos mares, luchando furiosos por abrir paso á sus imponderables aguas.

Prefiero por todos títulos esta vista, porqué en las demás es verdad que hay bellezas, encantos, magnificencia; mas en esta se reunen, fuera de aquellas sensaciones, las de sublimidad y un horror magestuoso y profundo. Aquí fué sin duda donde nuestro insigne poeta esclamó:—

"Torrente prodigioso, calma, acalla
Tu trueno aterrador: disipa un tanto
Las tinieblas que en torno te circundan,
Y déjame mirar tu faz serena."

y donde el entusiasmo de su alma ardiente le hizo prorrumpir en unos acentos tan magníficos como el mismo Niágara. Las sensaciones apacibles y melancólicas las esperimentaría en el lado americano: mas en este es donde verdaderamente se ve que el Niágara tiene un altar, un trono excelso, con imponentes rocas por dosel, el iris por corona, espumas blanquísimas más que el alabastro, y aguas turbulentas y agitadas por ornamento; sirviéndole de incienso las nubes de vapores que se elevan hasta el cielo, y que parece que ardennate la magestuosa presencia de la divinidad de aquel sitio, cuya voz es el trueno, y su pedestal un golfo de hirviente leche.

Aconsejo á los que visiten estos lugares, que no pierdan por ningun motivo la vista del Niágara desde este punto: digo Niágara, porqué este es el verdadero Niágara, pues la *caida*

americana no es sino una débil imitacion de la de la *Herradura*. Aconsejo tambien á los amantes de lo bello, que visiten este punto una noche de luna, pues aunque la belleza entonces es mas apacible, es tambien mas pintoresca, y hace vibrar las cuerdas mas delicadas del alma, y las sensaciones mas dulces del corazon. En mí suscitó el grato recuerdo de la patria, la memoria de los primeros amores de la juventud, acompañados de sus mágicos prestigios, de sus caricias, de sus lágrimas, y de todo el triste, pero siempre agradable encanto de semejantes reminiscencias. La luna les presta un deleite peculiar, y como que suaviza con su dulce y melancólica lumbre las agitaciones borrascosas de una alma ardiente y apasionada. Jamás lo esperimenté en tanto grado, ni con tanta delicia, como cuando á orillas del Niágara, alumbrado por la mórbida luna del Norte, veía descender las aguas cual lluvia impetuosa de diamantes, al través del pálido iris que la circunda.... Entonces me acordé de mi tierra, de mi adorada, de mi deliciosa Cuba,—mas no ya con aquellas emociones enérgicas y tormentosas del dia, á la luz vivificante y deslumbradora del sol... solo me acordaba de mi hogar doméstico, de mis mocedades, de mis amigos, en fin, de cosas halagüeñas, de la vida sin sus dolores y quebrantos.... El que quiera gozar de momentos tan venturosos, vaya á Cuba, y en solitaria campiña, dé el alma á la meditacion á la hora del crepúsculo de la tarde; ó venga al Niágara, y á la luz de la luna contemple la *Herradura* desde *Table-Rock*: se entiende que esto lo propongo á un hombre virtuoso, porqué el perverso á quien devoran el alma los remordimientos, encontrará un infierno en cualquiera de las situaciones que propongo.

Después que pasé toda la tarde en este lugar, volví á la *Oficina de Registros*, donde se proporcionan vestidos de hule para pasar por debajo de la caída de la *Herradura*. Aunqué me fué molesto el desnudarme, sin embargo me encapillé mi encerado, y con un guia empecé á andar por debajo de las aguas, no sin cierto horror y miedo al principio, que luégo se desvaneció, al ver que no había peligro.—Han corrido una baranda á lo largo de la vereda, y no hay temor de caer al golfo: el único peligro que hay es el de que se descuelgue una de las peñas sobre que se precipita la *Herradura*. Esta espedicion no tiene á su favor mas que el gusto de poder decir "*estuve bajo las aguas del Niágara*" porqué allí nada se puede ver á causa

de la lluvia, que empapa y apenas deja abrir á uno los ojos; sin embargo, es imponente la situacion en que se está allí, debajo de voluminosas peñas por un lado, y por otro debajo de un mar que se precipita describiendo un gran círculo. Pero el estrépito que allí se oye es horrísono;—le comparé al que en las montañas del Cuzco, allá en Cuba, se escucha cuando feroz huracan, seguido del trueno y de la voz del rayo, va de cima en cima barriendo cedros y arrancando caobas, de ladera en ladera talando palmas y corpulentas ceibas, y haciendo rodar sus inmensas moles con horroroso estruendo al pié de las montañas, chocando con los otros árboles que encuentran en su paso, y arrastrándolos con impetuoso empuje hacia el abismo. Pues bien;—mas imponente aun es el ruido que aquí se oye, mas retumbante, mas bronco y profundo.

Estuvimos allí un rato, y salimos ensordecidos, y mojados además; y volviendo á cruzar el rio, me fuí á la posada á descansar, sin embargo de que no había hecho ningun ejercicio; pero sentía el cerebro fatigado, y la cabeza desvanecida....

JOSE DE FRIAS.

AVISO CIENTÍFICO.

Nuevo antiséptico.

M. Hare, profesor de química en Filadelfia ha obtenido destilando la esencia de trementina con dos partes de alcohol y cuatro de ácido sulfúrico, un líquido, que saturado de amoníaco y purificado con otra destilacion, posee una cualidad antiséptica mayor que la de la creosota. Así una parte de leche mezclada con cuatro de una disolucion acuosa de la esencia sulfatada de trementina, permanece dulce y líquida después de cinco dias, mientras otra parte de la misma leche se aceda en 24 horas. Dos gotas de dicho aceite vertidas en un litro de leche, impiden su coagulacion por 9 dias, y aunque al fin se hace boruga, no se corrompe en un mes. De igual modo se conservan durante muchos meses los pedazos de carne. Otras muchas esencias dan un producto análogo con el mismo método.

LA

CARTERA

CUBANA.

JUNIO.—1839.

SECCION PRIMERA.

CIENCIAS.

CONSTITUCION MEDICA PRECEDIDA DE OBSERVACIONES METEOROLÓGICAS.

MES DE ABRIL.	BAROMETRO FRANCES.			TERMOMETRO DE FAHRENHEIT.			HIGROMETRO DE SAUSSURE.		
Dias.	8 de la mañana.	2 de la tarde.	8 de la noche.	8 de la mañana.	2 de la tarde.	8 de la noche.	8 de la mañana.	2 de la tarde.	8 de la noche.
1	27 p. 76	27 p. 73	27 p. 72	71 ° ,,	79. ° 25	71. ° 40	62. ° ,,	58. ° 25	63. ° ,,
2	,, 75	,, 71	,, 71	71 50	75 10	73 ,,	57 ,,	53 25	59 ,,
3	,, 73	,, 68	,, 70	72 ,,	77 ,,	75 ,,	61 ,,	54 ,,	58 ,,
4	,, 75	,, 73	,, 73	73 50	78 75	76 ,,	62 ,,	57 ,,	65 ,,
5	,, 75	,, 69	,, 68	75 70	79 15	76 85	67 ,,	64 ,,	72 ,,
6	,, 69	,, 63	,, 63	75 50	80 ,,	77 ,,	69 ,,	65 ,,	73 ,,
7	,, 63	,, 60	,, 60	75 75	80 15	77 50	68 ,,	67 ,,	73 ,,
8	,, 59	,, 57	,, 56	77 ,,	79 75	78 10	65 ,,	68 ,,	74 75
9	,, 56	,, 53	,, 53	73 ,,	82 ,,	79 ,,	74 ,,	71 ,,	70 ,,
10	,, 67	,, 64	,, 66	70 ,,	82 50	79 85	65 ,,	66 ,,	72 ,,
11	,, 68	,, 62	,, 67	78 50	82 35	80 55	65 ,,	68 ,,	73 ,,
12	,, 66	,, 62	,, 64	79 ,,	82 ,,	80 50	69 ,,	62 ,,	66 ,,
13	,, 64	,, 62	,, 62	79 ,,	81 80	79 ,,	60 ,,	53 ,,	64 ,,
14	,, 68	,, 64	,, 64	75 ,,	79 75	78 50	61 ,,	52 ,,	64 ,,
15	,, 66	,, 63	,, 67	76 ,,	78 75	76 75	66 ,,	67 ,,	67 ,,
16	,, 68	,, 65	,, 65	77 ,,	80 ,,	78 ,,	68 ,,	60 ,,	66 ,,
17	,, 65	,, 65	,, 65	76 ,,	82 50	79 ,,	66 ,,	61 ,,	66 ,,
18	,, 65	,, 62	,, 67	75 ,,	81 35	79 ,,	67 ,,	60 ,,	64 ,,
19	,, 69	,, 67	,, 68	77 50	83 ,,	80 ,,	65 ,,	58 ,,	63 ,,
20	,, 70	,, 65	,, 65	79 50	88 35	80 25	57 ,,	59 ,,	62 ,,
21	,, 66	,, 63	,, 64	79 75	86 20	84 ,,	64 ,,	47 ,,	63 ,,
22	,, 69	,, 63	,, 65	81 ,,	83 40	81 50	66 ,,	65 ,,	70 ,,
23	,, 69	,, 64	,, 66	80 ,,	84 75	81 40	72 ,,	63 ,,	72 ,,
24	,, 67	,, 64	,, 64	80 50	82 85	80 25	65 ,,	62 ,,	67 ,,
25	,, 64	,, 60	,, 64	79 ,,	80 90	78 ,,	68 ,,	65 ,,	69 ,,
26	,, 68	,, 65	,, 66	77 ,,	77 85	76 25	65 ,,	71 ,,	59 ,,
27	,, 71	,, 69	,, 70	77 ,,	80 ,,	78 ,,	57 ,,	50 ,,	58 ,,
28	,, 72	,, 70	,, 73	76 50	80 20	78 ,,	67 ,,	59 ,,	68 ,,
29	,, 73	,, 73	,, 74	76 25	81 85	78 ,,	66 ,,	57 ,,	66 ,,
30	,, 73	,, 70	,, 69	76 15	82 20	78 25	62 ,,	58 ,,	62 ,,

NUBARRONES.—El 8 desde las 12 del dia, el 12 à las 11 de la noche; el 15 à medio dia; el 20 al oscurecer, y el 22 en la noche.—LLOVIZNAS.—El 10 à las diez y media de la noche; el 25 à las 2 de la tarde, y el 22 al medio dia.—CHUBASCOS.—El 13 al amanecer; el 21 à las 9 de la noche con truenos y relámpagos; el 23 à las doce y media de la noche, y el 25 de 5 à 9 de la mañana.—AGUACEROS.—El 26 à las 4 de la mañana.

ESTADO

DE

HOSPITALES

ENFERMEDADES.		MES DE ABRIL DE 1839.			
		S. Ambrosio.	S. Juan de Dios.		S. Francisc de Paula.
			Presos.	Particul.	
MEDICINA.	Encefalitis aguda	"	"	"	1
	Tétanos	"	1	"	"
	Convulsiones	3	"	"	"
	Paralisis	"	"	4	"
	Anginas	"	2	"	1
	Gastritis agudas con fiebre	7	6	7	6
	Idem crónicas	9	3	3	2
	Tifo intertropical	1	"	"	"
	Fiebres intermitentes	31	3	7	"
	Bronquitis	60	10	12	3
	Reumatismos	6	6	22	1
	Asma	"	"	1	1
	Pleuritis	"	"	4	1
	Hemoptisis	5	"	1	1
	Neumonitis crónicas	3	3	10	6
	Afectos del corazon	9	"	1	"
	Colitis diarréica	11	10	6	"
	Idem disentérica	"	3	1	"
	Hepatitis agudas	"	1	1	1
	Obstrucciones	4	"	"	"
	Nefritis simples	1	1	"	1
	Idem calculosa	2	"	"	"
	Metritis aguda	"	"	"	"
	Histerismo	"	"	"	1
	Viruelas	9	"	3	"
	Sifilis y dolores osteocopos	42	2	"	3
	Hidropesia	1	"	2	1
	Escorbuto	1	1	"	"
	Anemia	"	1	"	"
	Suma	205	53	85	31
CIRUGIA.	Contusiones	6	6	1	"
	Dislocaciones	"	"	1	"
	Fracturas	1	"	"	"
	Heridas de armas blancas	4	13	1	"
	Tumor blanco	"	"	"	1
	Tumores simples	9	6	1	"
	Bubones	15	"	"	"
	Fimosis y parafimosis	21	2	11	"
	Uretritis	6	"	"	"
	Ulceras y pústulas venéreas	27	1	1	"
	Idem subinflamatorias	2	11	14	1
	Oftalmias agudas	"	"	"	1
	Idem y crónical venéreus	31	1	"	"
	Hafilomas	3	2	1	1
	Escrecencia de las córneas	14	"	"	"
	Nictalopias	2	"	"	"
	Inflamaciones esternas	"	"	"	"
	Herpes	6	2	3	"
	Erupciones sarnosas	22	"	"	"
	Erisipelas	"	3	5	"
	Fistulas del ano	1	"	1	1
	Hemorroides	2	"	"	"
	Catarros vexicales	2	"	"	2
	Hidroceles	2	"	"	"
			"	"	"
	Suma	176	47	40	7

HOSPITALES.

S. AMBROSIO.

Existencia en 1.° de abril de 1839	320	701
Entraron en dicho mes	381	
Se curaron	332	348
Fallecieron	16	
Quedaron para 1.° de mayo de 1839		353

La mortandad estuvo á razon de 2,28 por 100.

S. JUAN DE DIOS.

Existencia en 1.° de abril	265	490
Entraron en dicho mes	225	
Se curaron	181	220
Fallecieron	39	
Quedaron para 1.° de mayo		270

La mortandad estuvo á razon de 7,95 por 100.

S. FRANCISCO DE PAULA.

Existencia en 1.° de abril	131	169
Entraron en dicho mes	38	
Se curaron	18	34
Fallecieron	16	
Quedaron para 1.° de mayo		135

La mortandad estuvo á razon de 9,47 por 100.

RESUMEN.

De estos estados y de la práctica de los facultativos de la Habana, se deduce, que en abril reinaron las enfermedades siguientes: el órden en que se colocan indica su mayor ó menor predominio.

Abril.

Bronquítis.—Diarréas.—Dolores osteocopos.—Reumatismos.—Gastrítis agudas.—Oftalmías.

Observaciones prácticas.

Las enfermedades precedentes corresponden de tal manera á un grupo especial, queno titubeamos en decir que son de una misma naturaleza. Las bronquítis, las diarréas &c, no son nunca tan comunes, como en estos casos, si las alternativas de la atmósfera no se repiten con frecuencia y producen perfrigeraciones. Los nubarrones frecuentes que se formaban y que desaparecían sin que lloviera, cargaban al aire de una humedad, que obrando luego sobre nuestra piel, impedía la transpiracion. Quizá tambien hay un estado eléctrico desconocido que influye en la produccion de aquellos males; porqué al elevarse los vapores, llevan consigo la electricidad terrestre, en tanta mayor cantidad, cuanto mas fuerte es el calórico dominante. En fin, la prueba de la mucha electricidad reunida en la atmósfera con el calor, es que aquí no son nunca tan frecuentes los truenos y relámpagos, como en esta estacion.

Fuera de aquella particularidad, los males no han presentado síntomas estraños. Han cedido al método curativo con prontitud, excepto las afecciones algo profundas del pulmon ó de su membrana mucosa. La mayor parte de las tísis eran taberculosas y por eso mismo casi irremediables.

La débil constitucion de los blancos, nacidos ó aclimatados en el país, y la depauperada de los negros que abusan tan estraordinariamente de las bebidas alcohólicas, son las causas de la frecuencia de nuestras tísis tuberculosas y de su rebeldía; contribuyendo á ello, las emanaciones pútridas de nuestra costa, la mucha poblacion y el estado higrómetrico del ambiente.

Se han enterrado en el cementerio general en todo el mes de abril:

	ADULTOS.	PARVULOS.
Blancos.	113	117
De color	54	78
Sumas parciales . .	167	195

Total general. . 362

MÉDICAMENTOS INDIGENAS.

No permitiendo la naturaleza de una obra destinada á todo género de lectores, tratar esta materia técnica y profundamente, cual si fuese solo consagrada á profesores de la ciencia de curar; procuraremos huir cuidadosamente de toda esplicacion ó razonamiento facultativo, que si bien comprenderían aquellos, desagradaría por cierto á los que no lo son; contentándonos con esponer sencillamente las reflexiones que nos sugiere el interés del asunto que nos hemos propuesto examinar.

Siendo los medicamentos substancias naturales, que convenientemente preparadas y despojadas de sus partes inútiles ó dañosas, sirven para restablecer la salud; depende su eficacia, independientemente del estado de los órganos á quienes van á modificar, y de las consideraciones terapéuticas que corresponde al juicio médico apreciar en su justo valor; de las cualidades físicas ó químicas, que constituyen su actividad medicamentosa.

Entre estas la mayor ó menor vetustez cambia ó altera sus efectos curativos; y si á este inconveniente comun, tanto á las sustancias simples como á los productos químicos y á los compuestos farmacológicos, se agregan las muy frecuentes y no siempre bien conocidas adulteraciones que una punible codicia introduce en el comercio de drogas; se echará de ver desde luego el gran número de inconvenientes que presenta el uso medicinal de las sustancias exóticas, comparado con el de las indígenas.

Los médicos fisiólogos dan la preferencia hoy dia á los medicamentos mas simples sobre todos los compuestos, persuadidos de la dificultad de poder discernir el modo de obrar y los resultados ya inmediatos, ya lejanos, de la reunion de principios químicos muchas veces entre sí opuestos; y sostituyendo á la antigua é indigesta polifarmacia, la simplicidad de las fórmulas y á veces la de un solo agente medicinal, han alcanzado mas seguridad y certeza en las indicaciones. La química ha prestado servicios eminentes á la farmacia y á la materia médica, despojando á las substancias medicamentosas de aquellos elementos, que sin contribuir en nada á la *medi-*

cacion, la hacían desagradable, ó entorpecían los efectos de su principal administracion.

No se ha escapado á la alta penetracion de algunos observadores, un hecho, que aunque en apariencia casual á los ojos de la multitud, es sin embargo una prueba de las sabias providencias de la naturaleza, ó una demostracion más de la maravillosa armonía que preside á sus leyes, y con que se encadenan los fenómenos de este vasto universo. Tal es la espontánea aparicion y fecunda multitud de vegetales análogos á las necesidades del hombre, ya en el estado de salud, ya en el de enfermedad, segun los diversos climas. Las plantas antiescorbúticas se encuentran en las regiones hiperbóreas, allí donde mas que en ningunas otras convienen al tratamiento de una enfermedad para la cual son de tan excelente uso; y mientras que aquellos lugares, mansion perpetua de los hielos, se niegan á toda vegetacion, algunas crucíferas y labiadas ofrecen á los ateridos navegantes medios, ya de preservacion, ya curativos de ese terrible azote de las tierras glaciales. Las frutas suculentas, rica y abundantemente provistas de un jugo dulce y sub-ácido, distinguen en todas partes á las regiones intertropicales; haciéndolas brotar la naturaleza en los lugares donde el ardor del clima hace apetecer la mezcla de los principios de estos frutos aguanosos, que calmando la sed, estinguen igualmente la excitacion visceral que la acompaña.

Y si estendiendo estas consideraciones quisiéramos manifestar las relaciones que existen entre las necesidades instintivas del hambre y de la sed, y los medios de satisfacerlas; hallaríamos que los gustos y las inclinaciones de los diversos pueblos encuentran en sus propios recursos el género de *alimentacion* mas análogo y correspondiente á las circunstancias del terreno; confirmándose con el exámen de los hechos, que si las modificaciones topográficas influyen en el carácter físico y moral de cada uno de ellos, su constitucion y sus costumbres están en relacion con la clase de sus alimentos; y que sus ocupaciones habituales y los medios de adquirir su subsisteucia dependen igualmente de la naturaleza y condicion de las substancias alimenticias que les brinda su suelo.

Esta influencia de los climas, primeramente observada y dada á conocer por el Padre de la medicina, se estiende no solo á las leyes que presiden al desarrollo material de la organizacion, sino que tambien sus efectos se dejan percibir

igualmente en todos los actos del instinto y de la inteligencia; modificándose por ella tanto la parte moral como las instituciones políticas de los pueblos.

Y si el lujo y el refinamiento de la civilizacion han hecho conocer á todos los países por medio del comercio los productos ya esclusivos, ya mas ricos ó privilegiados de las diferentes regiones de la tierra, aumentando así los goces y las comodidades de la vida, dando impulso á la industria y estrechando los lazos de la gran familia humana; no por eso deja de ser cierto que el hombre en cualquier parte del globo encuentra cerca de sí mismo, brindados por la próvida naturaleza, los recursos indispensables que demandan las varias necesidades que le aquejan..

Fácil es demostrar esta verdad consultando la historia del hombre, del hombre de la naturaleza, no del hombre modificado por los caprichos, los hábitos y las necesidades facticias introducidas por la molicie, la intemperancia y los desórdenes de la vida social; y como sin ir muy lejos podemos comprobar este aserto con hechos de nuestra propia observacion, contraigámonos al suelo de Cuba, y veremos que el mantenimiento con el maíz, la yuca, el moniato, el ñame, el plátano, las hutías y la abundante caza de los estensos bosques de la isla, que eran los principales alimentos de los indígenas, estaba en relacion con el carácter blando, pacífico y benévolo que los distinguía. Y aun hoy mismo nuestros laboriosos campesinos ó guajiros, si exceptuamos el uso del café y la carne de cerdo, único alimento animal que ya reciente ó salada asocian á los referidos vegetales, limitan su frugal mantenimiento á la simplicidad de los artículos empleados por los antiguos moradores; notándose igualmente en ellos las mismas recomendables circunstancias que ennoblecían el carácter de aquellos. Frutos, ó viandas, como aquí se dice vulgarmente, que provistos en abundancia de una fécula pura, ligera, unida á veces á un principio sacarino exuberante, y carnes blancas, tiernas y fácilmente digeribles, como las de aves y hutías, eran las que convenían á estómagos enervados por el excesivo calor de un clima tropical, acompañado una gran parte del año de la humedad producida por la frecuencia de las lluvias; cuya doble accion sobre los órganos ocasiona y sostiene la inercia del aparato digestivo.

Y como semejante debilidad va siempre acompañada de

una excitacion particular de dichos órganos, indicada por la espontánea é instintiva inclinacion ó apetito por los líquidos ó sustancias refrigerantes, especialmente sub-ácidas; la naturaleza hizo brotar en los feraces campos de esta y demás antillas la dulce, suculenta y odorífera piña; tres principales especies del género *anona*, entre las que sobresale la sabrosa guanábana, el *sapota mammosa*, el *chrysofillum caimito* y tambien otras muchas, delicadas, suavísimas frutas, que con sus jugos azucarados y estremadamente diversos, ofrecen un grato refrigerio en los ardientes calores del estío; no debiendo olvidar en esta reseña el muy regalado coco, fruto singular y bizarro por las muchas y particulares diferencias que le distinguen del resto de todas las demás formas de fructificacion. Su agua, verdadero néctar, pura, transparente, cubre y baña el perisperma, hallándose reunida en un estado de libertad cual en ningun otro se presenta, y si su fuste y frondosidad no aspiran á competir en belleza y gallardía con la reina de los bosques, la enhiesta y gigantesca palma, tambien es de su clase el cocotero, y sus servicios al hombre son de no poca importancia y prestados unas veces muy de cerca y otras interiormente modificando sus órganos, ya de un modo agradable, ya de una manera nada molesta.*

Para excitar el apetito lánguido y desfallecido y activar la digestion, ha unido siempre el hombre guiado de su propia inspiracion, sustancias excitantes, que en clase de condimentos sirven tambien para realzar el sabor de los manjares; condimentos limitados en la sencillez y frugalidad de la mesa del pobre; prodigados y confusamente reunidos en los platos que se ofrecen al desdeñoso y mal contentadizo paladar del rico indolente, cuyo hastío no encuentra jamás modo de desvanecer el arte tan pérfido como ingenioso del cocinero. El habitante de la isla de Cuba, á quien los medios de su fortuna no permiten mas que el uso de las comidas provinciales, ó que cediendo á sus propias inclinaciones encuentra mas aliciente en los aromáticos excitantes del apetito que les brinda el país, no sazona sus platos con la canela de Ceilán, la pimienta, el clavo y la nuez moscada de Sumatra, Java y demás islas orienta-

(*) No correspondiendo al objeto que nos hemos propuesto, hablar particularmente de las frutas indígenas, solo hemos enumerado aquellas aguanosas y blandas, que puedan contribuir á humedecer y refrescar la sed; omitiéndose por lo tanto la cita de gran número de las otras que como las guayabas, mameyes, &c. tiene a un perisperma consistente y son poco ó nada acuosas.

les; sino busca en las varias especies del *Capsicum* (ajíes) que crecen espontáneamente en los campos, el medio mas fácil y agradable de aumentar el sabor de sus guisados. La bija, abundante en nuestros bosques, que suple al azafran, y sin los inconvenientes de este, da un hermoso color de oro y comunica un aroma agradable á los manjares. Una planta de la familia de las labiadas que crece por estensas manchas en los lugares bajos, y á quien dan vulgarmente el nombre de culantro, es preferible para muchos al que nos viene de Europa; y el bledo, dicho carbonero (*phytolacca decandra*) ó la otra especie mas comun (*amaranthus oleraceus*) son condimentos obligados del *cocido* ó ajiaco, junto con el limon y el tomate cimarron, que nacen espontáneamente en los bosques cubanos.

Y si de las plantas comestibles pasamos á examinar las que figuran en la materia médica del pueblo, las del repertorio del pobre, la gran serie de los remedios caseros, bien podríamos formar una farmacopea provincial tan abundante en medicamentos útiles y en drogas inertes y neciamente acreditadas, como el mayor número de los Compendios de esta clase. Los medicamentos indígenas aplicados en un principio por profesores ó curiosos, es decir, aficionados al arte de curar, no han debido ser aplicados bajo otros principios que el de las analogías ó semejanzas de unos vegetales con otros; y como estos principios son poco seguros para las indicaciones médicas, ha debido suceder necesariamente el crédito y descrédito alternativo de los medios empleados. Agrégase á esto, que formado el estudio de los facultativos sobre la materia médica europea, y temiendo quizás comprometer sus indicaciones con el uso de medicamentos desconocidos, han descuidado así el ensayo dudoso de las plantas indígenas; debiéndose á la casualidad, al capricho ó á la inspiracion de algunos enfermos, como ha sucedido siempre en la ciencia de curar, la adquisicion de los remedios nuevos.

Entre estos hay algunos cuya eficacia está fuera de toda duda; faltando solo para su constante uso y general aprobacion, que profesores instruidos y versados en este género de ensayos se dediquen al exámen conveniente de sus propiedades medicinales. Y como no es tan fácil esta clase de esperiencias, que exigen un conjunto de circunstancias, tanto de parte del médico, como de los procedimientos que han de emplearse; no es de darse crédito á todos los que ligeramente hablen sea

á favor ó en contra de un medicamento determinado. La *andira inermis*, (yaba) entre otras sustancias medicamentosas, cuenta entusiastas y detractores. Este poderoso vermífugo (remedio contra las lombrices) puesto en manos del vulgo, ha producido usado en decoccion funestos envenenamientos, y aun la muerte. La pica-pica (vellosidad áspera de las silícuas del *dólichos pruriens*), que es tambien otro vermífugo usado muy frecuentemente, ha causado á veces idénticos efectos. Una y otra sustancia son medicamentos preciosos, y que química y mecánicamente parece que obran con energía en la espulsion de estos molestos parásitos; y sin embargo, el modo de su administracion y las circunstancias particulares en que pueden encontrarse los órganos del enfermo, especialmente el estómago, son en último resultado las que deciden de su eficacia y utilidad, ó de sus inconvenientes.

Estas consideraciones nos llevarían demasiado lejos, si quisiéramos estendernos á un gran número de vegetales indígenas, de gran reputacion y eficacia en ciertos males para muchos, indiferentes ó mirados con desprecio por otros; cuya divergencia y aun contrariedad de opiniones nace, como dejamos dicho, de no haber merecido nuestras plantas una mirada atenta y observadora de los médicos. Cada una de las familias naturales abunda en géneros y especies, de las que muchas aquí se encuentran; é independientemente de la baratura y facilidad de su adquisicion, ofrecen la ventaja de no estar sus principios medicinales alterados por el tiempo, por los insectos que los destruyen, por el calor ó la humedad que los descomponen. Así es que á las linazas y raíz de altea, fácilmente alterable la primera por el aceite craso que contiene, y la segunda por los insectos que en ella se desarrollan, podemos presentar en competencia el mucilago de la guácima *(theobroma guazuma)*, las raíces, hojas y tallos de una multitud de malváceas, la verbena *(verbena jamaicensis,)* que nacen espontáneamente en todos los terrenos que han sido cultivados. En la clase de los tónicos fijos, tenemos la agüedita *(brucea)*, la cúrbana *(drymis Winterii)* la agrimonia de aquí *(teucrium cubense)*, el abey hembra *(quassia cimarouba)*, la escoba amarga *(argirochéta bippinnatifida de Cabanilles)* y así de otras muchas. Como antihelmínticos tenemos los dos vegetales yá nombrados, la yaba y la picapica, el apazote *(chenopodium ambrosioides)*, las simientes y el jugo lecho-

so de la papaya (*carica papaya*), las simientes y la raíz del paraíso (*melia azedarach*), la piña de raton (*bromelia pingüis*), las piñuelas (*bromelia karatas.*) Para purgantes podemos presentar la resina de guaguasí (*laetia apétala* y *laetia completa*), la pulpa de cañafístola (*cassia fístula*), la pulpa de tamarindo (*tamarindus indicus*), las almendras ó simientes del piñon (*jatropha curcas*), las hojas y aun simientes del frailecillo (*jatropha gossipifolia?*), los cogollos de saúco blanco (*sambucus nigra*) el aceite de higuereta (*ricinus communis*), y todas las especies de Cróton, las numerosas asclépias y las muchas euforbiáceas de que abundan nuestros campos. Como eméticos contamos con los bulbos del lirio sanjuanero (*panchratium caribeum*), el tapa-camino especie de psycotria. Entre los astringentes indígenas numeraremos las cortezas del ubero de playa (*coccoloba ubífera*), las hojas, cortezas y frutos de las guayabas (*psidium pomiférum*), la corteza del moruro (*mimosa arbórea, acacia?*), el icaco (*chrysobalanus icaco*), el jugo del marañon (*anacardium occidentale*) y otras que en este momento no traigo á la memoria. Como anti-venéreas hallaremos en nuestros bosques el guayacan ó palo santo (*guayacum arboreum* ó *guayacum sanctum*), la raíz de china (*smilax china*), el sasafrás (*laurus sasafrás*) y quizás se hallará entre nosotros la zarza parrilla. Para la medicacion diurética conocemos entre nuestros vegetales la raíz del ateje (*cordia collococa*), la mazorquilla (*ruelia blechum*), el cojate (*amomum cardamomum*), la yerba lechera (*euphorbia trichotoma*), los berros (*sisymbrium nasturtium*), la raíz y caña del maíz (*zea maiz*), y todas nuestras gramíneas. Si se trata de emenagogos, ó agentes que dirijan su accion sobre el útero para promover su hemorragia periódica, podremos enumerar en esta clase el palo de caja (*schmidelia occidentalis*), la raíz de yerba hedionda (*cassia occidentalis*), la huajaca (*tillandsia nucoides*) y otros varios.

Y como quiera que no llegará á presentarse una sola indicacion, que no pueda satisfacerse con nuestros propios recursos, pues hasta para producir la inflamacion ó irritacion revulsiva sobre la piel tenemos tanta abundancia de mostaza * (*sinapis juncea*) en los terrenos cultivados cuando se dejan eriales, que

(*) Aunque la mostaza no sea indígena, está tan estendida en nuestros campos, que crece en ellos á la par de los demás reconocidos como propios del país.

es una mengua no formar una industria particular de su cosecha, que sería mucho mas abundante si se la sembrase esprofeso; pudiendo asegurar que la mostaza criolla es mucho mas activa que la que nos viene de fuera. Podría aplicarse tambien como rubefaciente, el chichicate (*úrtica baccifera*), las hojas de la *jatropha urens* cuyo nombre vulgar no recuerdo, y las del quitasolillo, (*hydrocotile umbelata*) que bajo la fé de un amigo inteligente en estas materias, anuncio como rubefacientes.

Los Norte Americanos tienen en la obra de Barton una materia médica vegetal, en que están comprendidas multitud de plantas propias de esos estados, habiéndonos precedido con anticipacion en este género de investigaciones; y Mr. Descourtilz en su Flora médica de las Antillas, de cuya obra solo he visto de paso uno que otro cuaderno, ha dado á conocer á la Europa las ventajas que pueden resultar á la medicina del uso de los vegetales que nacen espontáneamente en estas islas. Y si la química, que debe progresar entre nosotros, esplotando la mina inagotable de nuestra riqueza vegetal, se apoderase de aquellos que la materia médica sujetase á su exámen, sostituiríamos á las sales y alcaloídes, que nos remiten muchas veces adulterados los fabricantes franceses, la agueditina ó brucina, la yabina y demás sales, ó principios activos medicinales separados de las otras sustancias inertes ó poco convenientes, que le acompañan en cada vegetal.

Para formar esta materia médica cubana es necesario dirigirse al entusiasmo y celo de nuestros jóvenes médicos, pues poco ó nada hay que contar, salvo algunas honrosas excepciones, con los prácticos antiguos, que acostumbrados á las fórmulas que aprendieron de sus maestros, modificadas ó combinadas por ellos mismos, creerían aventurar demasiado, separándose de los medios que ya les son conocidos. A estos sin embargo bien podría decírseles que habiendo admitido la quinina en su materia médica, proscribiendo absolutamente aquella leña en polvo que bajo el título de quina en sustancia se hacía tragar en enormes dosis á los pobres pacientes; que prefiriendo la morfina al opio nauseabundo, y tan fácil de conocer por los que siempre con temor y repugnancia tenían que hacer uso de esta droga; nada les fuera comenzar el estudio de nuestros vegetales, que tanto mas fácil debía serles cuanto que dándoselos gratis á los enfermos pobres, no habría para su ensayo las dificultades que se tocan con otros medicamentos siempre

mas caros, como son todos los productos químicos de Europa.

A los jóvenes médicos, á quienes no puede ser desconocida la utilidad y conveniencia que resultará de este trabajo, y para quienes la gloria de su país propio ó adoptivo es mas que suficiente estímulo para emprender trabajos aun mas difíciles; á estos jóvenes entusiastas del saber, amando con adhesion y firmeza la ciencia que profesan, no será necesario mas que esta ligera indicacion para verlos ocuparse en el objeto propuesto. Con este motivo y convencidos de que entre las gentes del campo se encuentran multitud de noticias comunicadas tradicionalmente de familia en familia, relativas á las virtudes medicinales de ciertos vegetales, sería de desear que algunos de los muchos prácticos, inteligentes observadores, que ejercen su profesion en esos lugares, se dedicasen á recoger los avisos ó advertencias que se les comunicaran, haciendo las apuntaciones convenientes, y empleando en esta investigacion el criterio necesario para distinguir los hechos ciertos, ó cuando mas probables, del fárrago de absurdos, de observaciones falsas ó incompletas noticias, en que suelen confundirse las relaciones vulgares.

La distancia de los enfermos á los lugares ó poblaciones en que está la botica mas inmediata; lo mal surtidas y peor servidas que generalmente hablando se hallan estas oficinas, debía ser un motivo mas para que los médicos del campo, aun cuando no se propusiesen ser unos completos botánicos, se dedicasen algun tanto al estudio de los principios elementales de esta ciencia auxiliar y tributaria de la medicina. Y sin exigir tanto el conocimiento práctico ó la noticia adquirida de las virtudes medicinales de un vegetal dado, debería despertarse su interés y decidirse su eleccion por el uso de lo que tiene mas á la mano. A seis leguas de distancia de una mala botica, incierto del estado de la quinina que allí se tenga y en la urgencia de anticiparse á un paroxísmo ó recargo febríl, ¿cuánta no será la satisfaccion de un médico celoso y diligente cuando saliendo á la puerta de la choza de una familia infeliz en donde combate una fiebre intermitente, y señalando á una humilde mata de las muchas que han brotado junto á las embarradas paredes de la casa, y cuyos tallos llenos de florecillas blancas apenas conservan algunas mezquinas hojas, resto de su antigua gala; hace traer la florecida yerba y prescribe desde luego el uso que de su cocimiento debe hacer el enfer-

mo? Aquellas buenas gentes ven que el vegetal empleado es una *escoba amarga,* (*argirocheta bippinnatifida*) yerba que bien conocen, y que administran sin embargo con fé y entera complacencia, porqué no ha entrado todavía en la sencillez de sus cálculos la consideracion de que un remedio solo deba ser útil y provechoso, en tanto ó mayor grado cuanto es el precio que le impuso la codicia de un boticario.

Las virtudes medicinales de las plantas, sujetas mas á los caractéres que las distinguen en los grupos dichos naturales, que no á los otros medios de clasificacion en que se fundan los métodos artificiales; deben ser estudiadas por el sistema de familias naturales: encontrándose con frecuencia plantas correspondientes á una misma clase y género, totalmente diversas en sus propiedades medicinales. Conviene tambien tener presente que ninguna confianza debe darse á los nombres aquí vulgares, que puestos sin discernimiento y solo por alguna semejanza, podrán inducir en error, y en error muchas veces funesto, á los que quieran atenerse á semejante designacion. Así es que en el país se da el nombre de avellana, al fruto de una euforbia eminentemente drástica, por solo la semejanza con el fruto del *corylus avellana* siendo la primera, de la familia de las euforbias y la segunda de las amentáceas; llamando tambien grosella á la *cica racemosa,* que es árbol tambien de la familia de las euforbias, cuando las verdaderas grosellas, que pertenecen á la familia de las ribeaceas, son el fruto del *ribes grosularia*; pudiendo acumular otros muchos ejemplos de esta clase, con que poder demostrar los inconvenientes que presenta la nomenclatura vulgar.

Al proponer el estudio de las plantas indígenas, no tenemos en mira proscribir absolutamente el de las exóticas, especialmente el de aquellas que no tengan una sustancia semejante que poderle sustituir. Estamos sin embargo inclinados á creer que ninguna de las indicaciones generales terapéuticas podrá dejar de llenarse de un modo satisfactorio con una planta indígena. Queda pues al estudio, sagacidad y celo de nuestros profesores, el laudable empeño de realizar este proyecto; reservándonos para artículos posteriores, si es que este pensamiento logra la aceptacion de los inteligentes, la continuacion de nuestras opiniones acerca de esta materia; disimulándose á nuestro buen deseo las faltas en que hayamos podido incurrir al presentar estas ideas.

SECCION SEGUNDA.

LITERATURA.

ARTE DE BIEN DECIR.

LECCION DUODECIMA.

DEL NÚMERO ORATORIO.

De la cordinacion y enlace de las palabras, ó de la medida de los miembros que dan perfecta estension á la cláusula, resulta el *número oratorio.* Con él no solo se realza el sentido, sino que se da cadencia al discurso. Pero como depende inmediatamente de los períodos que parten nuestros raciocinios, es necesario que aquellos se enlacen con la claridad y el órden que los últimos exijen.

Los períodos pueden combinarse de varios modos, segun convenga al estilo del autor, al genio de la obra y á la melodía del concepto; por lo cual su número no puede fijarse con reglas. Sin embargo, no han de ser muy largos porqué embarazan la pronunciacion, y tambien porqué recargada la memoria del que oye con la multitud de rasgos á veces semejantes y con frecuencia inconexos, no teniendo donde detenerse con seguridad, pierde el hilo de la idea y se confunde. Ni serán demasiadamente cortos, porqué no llenando la medida de la espiracion fatigan al que lee, y reducido el que oye á prision tan estrecha, se cansa al ver la desunion de partes que aunque sean enérgicas separadamente, aparecen menesterosas en el conjunto: defecto inevitable, pues por aquel destrozo quedan débiles

las sentencias y estériles los raciocinios. Si los hombres fueran puras inteligencias, quizá esta forma truncada les convendría; pero la monótona concision de los escritores á lo *filósofo*, solo se aviene con ciertas situaciones de la vida en que arrebatado el ánimo por distintos afectos comunica su irregularidad á la espresion que los manifiesta.

Nada tan fastidioso como una division exacta en los períodos : el oido se acostumbra al compás del número oratorio, el entendimiento se distrae y solo se percibe el murmullo cansado de una modulacion tan repetida. Mas desagradable la hallaremos, si desde el principio de la oracion se ve un fin que nunca llega. Variedad en el número, distinta consonancia en las sentencias y facilidad en la espresion, es lo que debe buscar el escritor elegante y lo que diversifica su cadencia numerosa de la medida compasada del poeta.

El idioma castellano no solo campea en el estilo magestuoso y lleno, sino que sabe atronar en las pasiones con su vigor y contraccion sublimes. Mucho se equivocaron Mendivil y Silvela diciendo que no se prestaba á la concision francesa y dieron como muestra de la habilidad de Quevedo el discurso de Bruto cuando se presenta á los romanos gloriándose de la muerte de Julio César y enseñándoles su puñal ensangrentado. Ningun idioma vale como el nuestro para la brevedad del estilo, pues sus palabras llenas y significativas, fuertes ó melodiosas, se acomodan á todo linaje de locuciones. Véase á Mariana en sus arengas mas enérgicas, á Mendoza, Antonio Perez y Saavedra que son los que con mas empeño cultivaron dicho estilo. Recordaremos solo las palabras de un historiador que antes de la famosa batalla de las Navas, dice de los cristianos: *Resolvieron buscar al enemigo: llegó el ejército al pié de Sierra-Morena: faltó el forraje : menguose el bastimento. La fragosidad negaba el paso; el hambre no permitía la permanencia; la reputacion no concedía la retirada: imposibilitados totalmente de volver, de estar, ni proseguir.*

Los retóricos limitan á cuatro el sumum de los miembros del período, y ciertamente casi nunca se pueden aumentar sin que se pierda el hilo del discurso, necesitándose en todos casos de un lector que le dé la entonacion y alma suficientes para fijarle en la memoria. Pero vencida esta dificultad nada se opone al aumento de las partes del período, si el autor obser-

va las reglas de la ideología. En prueba de que no siempre han de constar de dos, tres ó cuatro miembros, que es lo que llaman los retóricos *períodos bimembres, trimembres y cuatrimembres*, daremos esta oracion tan grave, llena y nemerosa. *Aun en las guerras civiles,—cuando el pueblo romano se armaba contra sí mismo,—después de la fiera crueldad de Lucio Sila,—que quiso ser llamado Felice por la abominable carnicería que había hecho en sus conciudadanos;—y después de Cinna, Mario y Carbon,—y de otros que se propusieron el despojo de la patria por premio,—y pelearon por quien la tiranizaría;—muchos buenos y sabios ciudadanos,—envueltos en la contienda de César y Pompeyo,—afirmaban que la república no podía ser curada de tan entrañable pestilencia,—sino con dar á uno solo las riendas del imperio.*

Sean cuales fueren los miembros del período, una de sus partes ha de contener la proposicion, y la otra ha de cerrar y terminar el concepto. Marcan su division con el (;) de la ortografía. La *proposion* y la *conclusion* ya pueden constar de igual, ya de distinto número de miembros; pero se dispondrán de tal manera que ni fatiguen al lector por su longura ó mala ortografía, ni al oyente por la aglomeracion de sentencias que no guardan relaciones con el asunto principal ó que la tienen tan lejana que no se aprecia claramente su sentido.

En los escritores de la antigüedad fué muy comun este defecto: admirando los largos períodos del latin quisieron imitarlos, sin considerar que las terminaciones que marcan los casos de aquella lengua y que tanto ayudan á la memoria, no existen en la nuestra. Se olvidaron de que ella no rivaliza con las antiguas, sino por su claridad, y que esta se pierde con la indiscreta reunion de las sentencias. Cada una debe encerrar una idea y tener un solo fin: si se le añaden otras circunstancias, no será para distraer la atencion sino para fijarla y grabarla en la memoria. Hay autores tan desaliñados que principian hablando de la virtud y acaban por la medicina. Es necesario contenerse en los justos límites; no decir mas de lo necesario para la *solidez* del pensamiento, la *melodía* de las palabras y la *unidad* del conjunto.

Si los miembros están bien llenos y distribuidos, cuanto gana el número oratorio en belleza, pompa y dignidad, pierde en energía. Usemos pues de los recursos inmensos de la

lengua castellana, ora ostentando su magestad en los períodos largos, ora luciéndo su energía en los cortos, rechazando á un tiempo la insoportable esclavitud francesa y el monótono retintin del italiano. Varíense las cadencias; mézclense los giros; sacrifíquese el número; rómpase la armonía. Así se evita el amaneramiento del estilo.

Los paréntesis llenan á veces el número oratorio, mas por lo comun nos distraen de la idea principal, teniendo que releer lo pasado para comprender lo que sigue. Si son breves y se usan con moderacion, aparecen cual verdades filosóficas que amenizan el estilo, dan gracia y viveza al pensamiento, desenfado satírico á la burla, énfasis y preñez á las sentencias. Pero si no son cortos y plausibles, como tan comunes á los aprendices de escritor, y así desacreditados, arguyen confusion en las ideas; si á menudo se repiten, destrozan el período, y si son demasiado largos, le embarazan.

Siempre que ocurran en el discurso varios complementos circunstanciales ó modificativos, debemos separarlos para la soltura y elegancia de la espresion. Dice Munarriz que las dos circunstancias de tiempo y de lugar de esta sentencia: "Lo que yo tuve la honra de indicar á V. *hace algun tiempo* en *la conversacion,* no era un pensamiento nuevo;" harían mas efecto separadas de este modo: "Lo que hace algun tiempo tuve la honra de indicar á V. en la conversacion, no era un pensamiento nuevo;" lo que sin disputa hace la frase mas llena y numerosa.

Puede hablarse con mucha exactitud gramatical y ser el lenguaje, frio, duro y arrastrado; razon por la cual pocos maestros de escuela aunque manden á su memoria los preceptos, escriben con elegancia. Hagamos palpar con un ejemplo esta verdad poco sentida. *Perecieron en la edad media las ciencias y artes.* Está correctamente escrito, y no obstante el discurso aparece débil, incorrecto: dígase, *perecieron en la edad media las ciencias y* las *artes;* y la pequeñísima partícula *las* hace fluida, sonora y elegante la oracion, porqué ella sola llena el número y le da armonía.

CRITICA.

Compendio elemental de química, mirada como ciencia accesoria al estudio de la medicina, farmacia, é historia natural, de J. L. Lassaigne, profesor de química y de física en la escuela real veterinaria de Alfort &c. Traducido al castellano de la segunda edicion y aumentado con notas por D. Vicente A. de Castro, doctor en medicina, profesor público de dicha facultad y de cirugía latina, catedrático de anatomía de esta Universidad, &c. Dos tomos en 4.° de unas 400 páginas cada uno, impresos en la Habana: el primero en la imprenta del Comercio en 1837; y el segundo en la Literaria en 1838.

No están muy distantes los tiempos en que la imprenta era tan costosa en la Habana, que hubiera sido imposible la publicacion de una obra tan voluminosa como la que acabamos de anunciar, á menos que se hubiese sacrificado un grueso capital con la certeza de reembolsarse de una muy pequeña parte, y esto dando de barato que se hubiesen encontrado cajistas capaces de componer los complicados cuadros que á cada página se encuentran. Semejante situacion perjudicaba á la vez á los escritores y á los lectores, al progreso intelectual del país y á su enriquecimiento. Los primeros, careciendo en general de medios para hacer grandes erogaciones, soltaban despechados la pluma, y se perdían muchos pensamientos útiles en la cabeza misma que los había concebido, ó á lo mas en el círculo estrecho de los amigos del autor; los otros gastaban su dinero en fomentar las imprentas estrangeras que nos surtían de obras españolas, pésimamente impresas, empobreciendo á su patria bajo un doble punto de vista, ó preferían distracciones menos inocentes. El diario, el almanaque, los estados de ingenios y alguna que otra disertacion ó informe de pocas hojas, era todo lo que se imprimía en la Habana ahora diez ó doce años. Las circunstancias han cambiado mucho desde entonces acá: los precios de la prensa habanera son en el dia harto moderados, la literatura se ha desarrollado entre nosotros prodigiosamente, y muchos jóvenes de buena disposicion han adoptado esta profesion como un recurso honroso, de manera que quizá no estamos muy lejos de ver coronados estos nobles y

patrióticos esfuerzos con el rico mercado de Méjico que está casi á nuestras puertas y que podemos esplotar en este ramo de lucrativo comercio sin concurrentes muy temibles.

El Dr. D. Vicente A. de Castro es uno de los que mas han contribuido á la feliz variacion de que vamos hablando, y la obra que nos ocupa una de las en que con mas acierto se ha empleado el sistema económico de las impresiones por *entregas* que pone las obras mas estensas é importantes al alcance de todas las fortunas. Aprovechando la oportunidad de la abertura de una clase de química en esta ciudad, y notando que no se encontraba un tratado elcmental en castellano, que al paso que fuese barato reuniese los mas recientes descubrimientos, concibió el plan de publicar esta traduccion por cuadernos semanales que siguiesen el curso de las lecciones de aquella y solo ocasionasen á los suscriptores el corto gasto de una peseta por semana; y aunque ha tenido que luchar en el intervalo de mas de 18 meses con numerosas dificultades, tiene por último la satisfaccion de ver terminada su empresa, faltando únicamente la impresion de las láminas y cuadros sinópticos, que aunque no son de absoluta necesidad para entender el testo y seguir las lecciones de un profesor, sería lástima no obstante, ahora sobre todo que tenemos á nuestra disposicion los auxilios de la litografía, que el desaliento y la escasez de medios dejasen imperfecta una obra de tanto mérito. Muchos farmacéuticos distinguidos se hacen lenguas por las inmensas economías que han conseguido siguiendo las preparaciones de Lassaigne; y gracias á la traduccion, se han librado del tributo vergonzoso que pagaban al estranjero que les proveía de casi todas las sustancias compuestas.

Sin pensarlo hemos emitido en dos palabras el juicio que muy de antemano habíamos formado del *compendio elemental de química* del profesor de la escuela de Alfort, uno de los mas claros, metódicos y completos que se conocen, y que en consecuencia goza de una justa y bien merecida celebridad. Tal vez no faltará quien pregunte cuáles son nuestros títulos para promulgar una opinion tan esplícita y terminante, arrojándonos á la cabeza con desden el *tractent fabrilia fabri* y el *ne sutor ultra crepidam*; pero nosotros sin inmutarnos contestaremos con una que parece paradoja y es una verdad confirmada por la esperiencia, á saber, que para juzgar con acierto de una obra científica, no es necesario ser profesor de la

ciencia, y que basta tener buen juicio y conocimientos generales del asunto. Los profesores están por lo general divididos en escuelas, y cada uno adopta un cierto número de máximas y principios que le sirven de cánon ó regla para juzgar las producciones de los que siguen la misma carrera: de este modo no pronuncian bueno lo que tiene bondad intrínseca, sino lo que es mas conforme al sistema que cada uno ha abrazado y le sirve de criterio especial en sus juicios; al paso que los que no han cavado tan profundamente en los misterios de la ciencia, tienen su entendimiento mas libre y su opinion suele ser mas recta y menos sujeta al error ó á las preocupaciones. Y no se crea que los juicios del estudiante, del aficionado ó del simple literato, carecen de toda regla y son un puro efecto del capricho. Las personas de esta última clase leen mucho mas y con menos prevencion que los profesores, y cuando se deciden á favor de un libro no es porqué domina en él esta ó la otra doctrina, sino porqué la encuentran mas al alcance de su inteligencia, comprensivo de mayor número de ideas y nociones útiles: tales son los motivos que nos hacen preferir la obra del Sr. Lassaigne á otras mas estensas y profundas, en las cuales sin hacer ofensa á su mérito, el entendimiento de un principiante no tiene tan fácil asidero.

Hemos dicho que la impresion de la que es objeto de este artículo ha durado mas de 18 meses, y de aquí ha resultado que pasando por diversas manos, no tenga igual perfeccion en todas sus partes, estando algunos trozos menos bien impresos que otros, y resintiéndose de esta falta de armonía hasta la misma traduccion; pero este defecto, que lo sería grande si se tratase de hacer alarde del mérito tipográfico ó del rigoroso purismo, debe mirarse con suma indulgencia en un trabajo en que se atendía principalmente á la instruccion y á la baratura, y que las multiplicadas ocupaciones del traductor no le permitían vigilar tan de cerca como habría sido menester para que saliese sin defectos. No se crea por esto que tachamos de mala ni aun de mediana la traduccion: al contrario, aunque nos sería fácil señalar en ella no pocos lunares, es superior á la mayor parte de las que corren en el dia, clara y exacta en el lenguaje de la ciencia y en la aplicacion de los términos técnicos, que son las principales dotes que se deben buscar en obras de esta clase.

En el Prospecto de la obra estaba indicada esta diferen-

cia, pues hablando de la suscripcion se dice: — "Aunque en nuestra ambicion quisiéramos que el estilo correspondiese al saber y gusto de la instruccion moderna, considerando que en las obras científicas mas debe atenderse al sentido que á las palabras, esperamos de la bondad del público se sirva dispensar los defectos de una traduccion precipitada, asegurando que en cuanto á nosotros fuere, aspiraremos á alcanzar, si no la perfeccion, la tolerancia."

Y en la advertencia del primer volúmen se añade: "Conozco que hay en la obra defectos de locucion; mas para que los discípulos de química pudieran entender las inmensas lecciones, que en cortos momentos esplicaban, era preciso traducir siempre hoy, lo que mañana se imprimía. Pobres en obras de química inteligibles, las mas en frances con palabras castellanas, no he tenido autor que me sirva de modelo; estaba por formar este lenguaje; dichoso yo si facilito á otros la manera de perfeccionarle!"

Terminando con estas palabras honrosas al país: "No dejaré la pluma sin aconsejar á los que me digeron al emprender la traduccion:—"No hay en la Habana amantes del país, ni protectores de las ciencias; se compone de entes apáticos que solo quieren café y azúcar; la obra de química morirá al nacer;" que recorran la lista de suscriptores, y verán que no solo los hombres, sino tambien el sexo hermoso buscan los adelantos y honran la patria que les vió nacer, protegiendo la traduccion del mejor compendio de química elemental que se conozca."

El primer tomo consta de veinte y siete capítulos, y trata con suma estension de los cincuenta y cuatro cuerpos que hasta el dia mencionan los químicos como simples ó elementales, dando las reglas para conocerlos, distinguirlos y obtenerlos, cuando, como sucede en el mayor número de casos, la naturaleza no los presenta en su pureza primitiva. Preceden las indispensables nociones sobre los cuerpos en general, la afinidad, la combinacion, la nomenclatura, la teoría atómica, y los signos y fórmulas que emplean comunmente los químicos para representar los varios cuerpos simples y la serie de sus combinaciones; y se termina el volúmen con una clasificacion sumamente curiosa de los cuerpos simples en familias naturales. Aunque la lectura de un libro de esta especie es bastante escabrosa y exige mucha atencion, no faltan pasajes que se

leen sin fatiga y aun con agrado, y suministran amena instruccion á toda clase de lectores: tales son entre otros, lo que dice en el capítulo 4.° acerca del aire atmosférico, la naturaleza y composicion del agua; en el 5.° sobre el carbono y el diamante y la teoría de la llama, y otros muchos que omitimos por evitar la molestia de una larga y enojosa enumeracion.

En los veinte y cuatro capítulos de que se compone el tomo segundo, se habla de las sales ó combinaciones de los ácidos con los óxidos metálicos, dé las combinaciones de los óxidos entre sí, y con este motivo, de las arcillas, del kaolin, de las piedras gemmas, vidrios, esmaltes, mezclas &c.; de la química orgánica subdividida en vegetal y animal, lo que da ocasion á tratar de una infinidad de objetos útiles de uso comun en las artes y en la economía doméstica, como son los ácidos vegetales, los azúcares, el almidon, las gomas, resinas, aceites, bálsamos, alcanfor, cera, materias tintorias, éteres, aguardientes, &c.; en fin, de muchos fenómenos interesantes de la vida y del aprovechamiento de los despojos del reino animal; concluyendo la obra con una tabla comparativa de la sinonimia química y varios cuadros sinôpticos.

No desatendiendo el traductor, en cuanto se lo han permitido otras ocupaciones, ninguno de los medios que podían contribuir á perfeccionar y hácer mas provechoso su trabajo, le ha enriquecido con una análisis química de las aguas del Almendares y de los baños de S. Diego, y con muchas notas críticas y espositivas. Así no vacilaremos en pronunciar que bajo todos aspectos se ha hecho acreedor á la gratitud pública y á los sinceros elogios de una crítica imparcial y juiciosa.

Si hablásemos en el seno de una sociedad menos culta y menos instruida de lo que tiene relacion con sus verdaderos intereses, nos esplayaríamos en demostrar las ventajas que producen los conocimientos químicos y en recomendar tan utilísimo estudio; pero después de lo mucho que recientemente se ha escrito sobre el particular por plumas mejor cortadas que la nuestra, esto no sería mas que una repeticion ociosa é innecesaria. Bastará observar que esta ciencia nos descubre la composicion íntima de todos los cuerpos con los cuales estamos en contacto habitual, y así nos enseña á evitar los que pueden sernos nocivos y sacar partido de los provechosos; que es la base de una infinidad de artes que nos proporcionan comodidades y placeres, y entre otras, do las del tintorero, panadero,

licorista, maestro de azúcar, &c.; la estraccion, fundicion, afinacion, amalgamas y aleaciones de los metales, la preparacion de los remedios que elabora la farmacia para curar la multitud de dolencias que afligen al cuerpo humano, las preparaciones mas delicadas del arte culinario, se fundan en los principios de esta benéfica ciencia, que siendo por otra parte la base mas firme de la agricultura, y como acabamos de decir, de la elaboracion de los azúcares y aguardientes, es para los habitantes de la isla de Cuba un estudio de privilegiada importancia, y como tal se le ha dedicado en estos últimos años una clase especial y bien dotada para su enseñanza por el ilustrado y patriótico cuidado de la Junta de fomento. La obrá de que acabamos de dar una sucinta idea, aunque ya conocida y apreciada, contribuirá indudablemente á difundir y propagar tan necearios conocimientos, y esta es la razon que nos ha movido á insertar este artículo en una coleccion que sin desdeñar los estudios amenos, pone en primera línea los que contribuyen al bien y prosperidad del pueblo cubano.

NOTA.

El traductor de Lassaigne se apresura á dar las gracias al generoso crítico, tanto por el silencio que guarda sobre los defectos inevitables en una obra de esta naturaleza, atendida la festinacion con que se hizo, la imposibilidad en que se halló algunas ocasiones de consultar á personas instruidas y la escasez de sus conocimientos; cuanto por haber deseado se imprimiera en la Cartera Cubana, prefiriendo su insercion aquí y no en otras obras que honran nuestro suelo. Tal vez esto hubiera sido mejor para sus intereses, pues nadie está libre de las interpretaciones de la malignidad; pero como al traducir la obra no miró su utilidad sino el beneficio público, ni el elogio le ocultará sus yerros, ni los insultos lograrán de él sino el desprecio.

SECCION TERCERA.

COSTUMBRES.

MARIANO O LA EDUCACION.

QUINTA PARTE.

—No, no, yo no puedo oir sin estremecimiento lo que V. me dice, caballero; mucho simpatizaban nuestros corazones; pero ha alzado V. un estremo de ese velo.... de ese velo de horror que cubría el suyo.... ¡ouf!,.. déjeme V.: no es dado esplicar cual es la crispatura de mis nervios!—Cualquiera diría que esta relacion la ensartaba doña Sinforosa ó alguna dama de las de fines del siglo pasado, en que se estiló mucho ser muy sensible, y aun llorona, tener el color amarillo, y unos nervios!... qué!... si en el tal sistema nervioso está todo el busilis.... Pues nada menos que eso, era la impalpable, la transparente sílfida doña Paulita que dejando caer su lente en una mano calzada con un blanco guante, aunque descapullados los dedos por los estremos, ó como quien dice, por la coronilla, y con la otra desnuda, por cierto que era la derecha, levantada y abierta, como manojillo de sardinas fritas, se la presentaba casi en los ojos no á Ernesto, no á su romántico compañero, ni al intrépido militar, ni.... en fin, se la presentaba á

nuestro Mariano, que segun la crónica se había propasado á chicoleos terrenales y macizos, con aquella celeste ninfa, cómo pudiera haberle ocurrido á su padre hace cinco ó seis lustros.

Supongo que mis lectores, (dice la precitada crónica del antedicho Moro, en la cuarta parte ya anotada de la presente historia), supongo pues que habrán inferido que aquellos señores gustaron alegremente de los variados postres y vinos, sin omitir el café, el plus, el *gloriá*, y algunos tantos pluses que para esprarlos valdría tal vez mas usar del signo del infinito de los matemáticos; supongo tambien, añade, que se dividieron agradablemente en grupos que quizás por las leyes de la atraccion se fueron formando en la sala y en el colgadizo, aunque sin duda por cumplir tambien con la ley de los contrastes los románticos Ernesto y Casimiro fueron atraidos por la naturalota y fresconaza doña Ramoncita, y Mariano que á la verdad no se había hecho aun adepto de ninguna estravagancia de esta clase, quiero decir, de ninguna escuela, se dejó arrebatar por el torbellino espiritual de doña Paulita, á quien el tal Marianuelo no había parecido saco de paja; habiendo este advertido un no se qué de exótico, ó como si dijéramos de estranjería en la Ninfa, que le complació mucho siguiendo su predominante manía, y que, sea dicho sin ofender las gracias de otras mujeres, á mí no me agrada en comparacion del salero de las muchachas de esta tierra; pero como ha de ser, hay quien gusta del queso podrido y otros del queso fresco. Siga pues nuestro cuento: el amor mezclado con los licores y con el humillo que dan las salsas de los buenos platos, hace una maldita composicion química que yo quisiera que los Thénards habaneros me analizaran; lo cierto es, que despues de comer bien y beber mejor se siente una intrepidez, una decision, sobre todo con las mujeres, que haría estremecer á la misma esposa de Lot transformada en estatua de sal. Mariano cayó en la tentacion, y fué agria y románticamente reprendido, como se ha visto, por la apuesta señorita.

Estaban sentados casi de espalda á la mesa en que jugaban al tresillo don Vicente, don Telesforo y don Cárlos; y como el espaldar del sillon de este tocaba con las butacas de la pareja amorosa, pudo de consiguiente enterarse; y en una mano en que no entraba, volvió la cara animando al jóven en tan altas empresas, y estrañando que la niña rechazase el home-

naje que se rendía á sus gracias.—Déjenos V. en paz, dijo esta, ¡pues no faltaba mas sino que este caballero...! (señalando á Mariano.)—No se ha emancipado, respondió el capitan, en términos de merecer....

El pacientísimo cordero entre ruburoso como sucede á todo novél amante en sus primeras fazañas, y desconcertado por lo mal recibida que parecía haber sido su declaracion amorosa—¿habré yo dicho alguna tontería, se preguntaba á sí mismo, á pesar de haberme educado en los países mas ilustrados? será posible que no sepa manejarme en el mundo y sobre todo como se ha de tratar á las damas? Por lo menos, en lo que no cabe duda es en que no debo saber como se habla á las de esta tierra, á mis compatriotas, á mis parientas, á aquellas de entre las que ha de salir la esposa con quien he de vivir por siempre!...—El capitan conoció mucho de lo que pasaba dentro del pobre Mariano, y atribuyéndolo al encogimiento natural, y por cierto tan interesante de los muchachos en tales casos, porqué muestra el candor y la pureza; le dijo:—Mocito, abra V. los ojos, esta ofensa de que se queja Paulita es la que mas fácilmente perdonan las mujeres en general; y mas las insulta una indiferencia, ciertamente repugnante al lado de una persona tan linda, que el tono un poco brusco del novicio que sin saber porqué se vá desde luego al abordaje.—V. no conoce mas mujeres que las de las cantinas, dijo Paulina encendida como una rosa.—Ni V. mas hombres que los de las novelas y los de los dramas.

—No por Dios, dijo el eclesiástico que no estaba lejos, de miron del tresillo, no quiera Dios que Paulita conozca tan solo á los hombres y á las mujeres que se estilan en el dia en los romances y en la escena, esta sería la última fatalidad para su inocente corazon—Mariano, causa verdadera de toda esta disputa, había aprovechado aquel tiempo para disculparse con su Ninfa, que recibió con mas indulgencia sus escusas que no las bufonadas del capitan ni el sermoncito del eclesiástico. Pero el tal capitan á quien parece facilitaba el juego distraerse, no sin veinte anatemas de sus otros compañeros, y que había metido su cuarto á espada en este coloquio, volvió á la carga con mayor teson; no hay moscones mas pesados como estos entrometidos á graciosos, que han de hacer reir á la fuerza, aun cuando no puedan soportar sus chistes ni los dioses, ni los hombres, ni aun los postes.—Si señor, si señor, esclamó, Paulita querría

que el pobre Mariano se hubiese estado en éxtasis contemplándola dos horas, y cuando mas que hubiera insinuado su pasion con algun ligero indicio de *simpatía*, palabra tan de moda, y que á mí me revienta.—Porqué V. no la entiende, contestó vivamente Paulita—Sí, si no la entiendo, yo lo que entiendo es lo que es de entenderse; mi querida amiguita está por desgracia demasiado imbuida en esas tontunas de moda, y antes que oir á un bello jóven, *yo os amo*, con verdad y franqueza, se estaría con los ojos embebecidos y el pelo suelto al aire, sentada en una peña al borde de un torrente deshojando una rosa, y viendo en medio de su arrobamiento como la corriente va arrastrando cada hoja que cae de sus manos.—Bola, bola, dijo don Vicente, y á esto esclamó el capitan; me van á pelar vivo por estar yo chachareando con mis vecinos!

—No parece que estamos en el monte, gritó entonces Ramoncita.... ¡qué seriedad! qué secatura! Ni hacemos *maldad ninguna* á los que mas refunfuñen de la cuadrilla; ni se grita, ni se canta, ni al menos se baila aunque no fuese mas que vals como en los bailecitos de las niñas de las academias.... — Dice bien Ramoncita, añadió doña Sinforosa, yo no soy aficionada á chanzas pesadas, pero alguna diablura graciosa, como por ejemplo cuando le llenaron la cama de pica-pica á aquel don Climaco tan estirado, allá en el cafetal de la Desventura junto á las lomas del Cusco, ó bien pudieran Casimirito ó Ernesto representarnos algun lindo trozo de esas admirables piezas con que se dulcifican nuestras costumbres y se ilustra nuestro entendimiento en estos dias: por ejemplo, cuando Fayel presenta el corazon de Raoul á la desventurada Gabriela, ¡ah! un corazon arrancado á un pecho humano! un corazon chorreando sangre! ¿qué cosa mas propia para excitar la sensibilidad?

—¿Porqué no hace V. el papel de la Gitana que cuenta como se achicharra un cuerpo tambien humano en el Trovador? le preguntó Emilio con cierta sorna.—Anda, anda, le respondió la viudita del siglo pasado, que eres un Caton sin barbas, con tu levitilla de guinga y tu sombrero de *jipijapa*.

Todos rodearon á Casimiro y á Ernesto, menos los jugadores del tresillo se supone, y les suplicaron que declamasen; de modo, que los muchachos no pudieron escusarse y el primero espetó el *parlamento* como llaman los cómicos, de Edipo cuando sale de la tumba; lo hizo á las mil maravillas, sobre

todo aquel...*parricida*!!! graneado y progresivo de feliz recordacion en los fastos de la *declamo-gritería* que está de última moda, y que así imita á la naturaleza como dos y dos son treinta y siete. Ernesto salió de apuros, preguntando si había alguna señora que gustase de montar sobre sus hombros, que ejecutaría el rapto de la Monja en el Trovador con edificacion de todo el auditorio pio ; pero como ellas no gustasen de semejante cavalgadura, quedose en esto y no fué malo: callaron pues, suspendiéronse los aplausos ; bailó Ernesto un vals con Ramoncita, y Mariano lució tambien sus habilidades con Paulita, las cuales hechizaron á doña Marcela haciendo ver que su maestro de baile de París, á lo menos, no había perdido el tiempo. D. Vicente viendo girar á su hijo como una veleta en tiempo de contraste, dijo, ¡hasta saltarin eres para que no te falte nada! La misma doña Sinforosa danzó con Emilio que pensó así en satisfacerla á costa de cuatro piruetas, y el inglés tubo la atencion de ofrecerse á doña Marcela, quien con mucha risa dijo que ella se mareaba; entonces se puso á tocar en un piano destemplado que había en la sala donde las dos señoritas de la casa se acompañaban en su eterno canturreo del alegro del duo de la Norma, música la mas profanada y manoseada de todas las músicas; y así que se cansaron, que se pusieron mustias las luces y que corrían sus dos buenas horas desde que había tocado ya á la *jila* la campana del Batey, y aun segun graves autores tambien á *silencio*, se fueron retirando cada uno á su catre amontonados en los departamentos respectivos, á la verdad con mayor confusion de la que exigiera el gran calor del clima, pero casi precisamente así por la poca division de las viviendas; y las muchas gentes que se guarecen en ellas.

Durmieron á pierna tendida sin que las interrumpiera mas que el grito de alerta de los guardieros, y el pitillo con que entretenían su pesada centinela allá en el fondo del batey. Dícese tambien que Mariano y el inglés como menos acostumbrados á estas cosas, se despertaron algunas veces en medio de la noche á aquella música, y mucho mas á la del coro destemplado y monótono de unas cuantas gallinas de Guinea que pasaban la noche en lo alto de las copudas ceibas que sombreaban la parte de atrás de la casa de vivienda, música por vida de Apolo, que no cede en lo áspero y desapacible al mismo descomunal graznido del pavi-pollo de Juno.

Con la Aurora se levantaron el inglés, Emilio y el eclesiástico, citados desde la noche para anticiparse á todo el mundo y recorrer con libertad la finca formando aunque á la ligera algun juicio de su cultura: tomaron su café, y no lo callo porqué no se escondalize algun zeloso montero de que se hubiese omitido esta primera diligencia, luego que se toca el Ave María; el inglés moderó algun tanto el ardor de la bebida con un poco de leche, pero el padre y Emilio á fuer de buenos cubanos, la tomaron pura y bien cargada: creyeron estos señores que habían sido los primeros, pero allá en el fondo de una guarda-raya advirtieron cuatro hombres á caballo, y á poco reconocieron á don Telesforo, á su amigo don Vicente, al mayordomo y al mayoral, sobre briosos bridones, especialmente el último, á cuyo lado pendía esa cimitarra indispensable aquí en los campos, á lo menos por el uso, y que llaman machete, no sé si con mucha propiedad;—Hola, caballeros, mucho se madruga, supongo que han tomado Vdes. café, dijo D. Telesforo.—Y no en corta cantidad respondió el inglés—Su Merced no sabe lo que es tomar café, dijo el mayoral, yo sí que no bebo otra cosa; tomo una jícara detrás de otra jícara—Y cuidado con las jícaras del mayoral que no son de esa loza que nos viene de Sajonia, sino medio güiro como una sandía malagueña, añadió don Vicente—,Pero como, ¿el señor no bebe vino?...— Ni agua, respondió el mayoral, y no porqué no me guste, pero el salario no dá para trampas largas.... en cambio de eso, me deleito con mi güiro de café y mi tasajito de carne fresca de puerco.—¿En el rigor del verano? preguntó admirándose mucho el inglés—.Con la fresca del mes de Agosto, siguió el mayoral que como se vé no era corto de genio.—Así pues, yo no estraño, continuó el inglés, de que aun la lepra ejerza sus estragos en estos bellos países..., ¿quién ignora que en los climas cálidos la política y la religiun han vedado como inmundo el alimentarse con puerco, y como pecaminoso el uso de los licores?—Pero no el del café, dijo Emilio: yo no aprobaré el abuso que se hace de esta bebida deleitosa que nos vino de la Arabia, ni negaré que la carne recien-muerta de puerco no pueda producir males muy funestos, que aquí bautizamos con el nombre genérico de enfermedad de la sangre; aun mas, juzgo digno del patriotismo é ilustracion de los magistrados y de los facultativos que se ocupen sériamente en evitarlos, si son tan dañosos; pero permítame V. que defienda mi tasajito de-

carne fresca de un cochinillo corralero, que es á manera de un javalí chiquito, y que nada tiene que ver con esos marañazos disformes que se ceban en Europa y que le aseguro á V. que si se exceptúan los jamones y algun que otro chorizo, no cambiaría por la menor costilleja de estos sabrosos corraleros.—¡Qué costillas, añadió don Telesforo, ni por el menor chicharroncito de los que nos almorzaremos luego!—Entonces se separaron caballeros y escuderos, estos á seguir á pié su paseo instructivo, y aquellos á reconocer los cuadros que se plantaban en aquel momento, los que se chapeaban, y en fin, los trabajos del dia, antes que el sol que ya quería romper demasiado despejado y libre, no los hiciera encerrarse mal de su grado.

Solos ya, principiaron su escursion examinando la simetría de los cuadros, los frutales puestos en los vallados, los plátanos en lo interior, y no en corto número, á pesar de que su sombra puede perjudicar quizás al cafeto: detuviéronse mucho en la planta de este, que entregada á sí misma se eleva como un árbol y que podándola oportunamente queda limitada á un ligero arbusto, á una acopada mata siempre verdosa, gracias á la eterna vegetacion intertropical; por Marzo coronada de una flor blanca y olorosa á manera de la diamela de Andalucía, trasciende por todo aquel espacio y tan copiosa que parece que ha caído una abundante nevada sobre el vivo color verde de aquellos arbolitos: y que después con aquel grano rojo y luego amoratado que seco forma ese aromático y saboroso café que como un dulce beleño de los males de la vida, adormece y perfuma en las mesas de casi todo el mundo. Enterado el inglés de lo que se llama chapeo, del instrumento tosco con que se ejecuta esta labor, si tal es que merezca semejante nombre, de que las hojas y despojos del mismo cafeto son el único abono que reponen la tierra que le alimenta; no pudo menos de estrañar tanto abandono, á su modo de ver, y la fecundidad admirable del suelo que casi espontáneamente, y sin ser requerido, desenvolvía de sus entrañas tamañas riquezas. El eclesiástico le contestó.

—Yo no soy optimista, ni creo que todo está así lo mejor posible; pero juzgo que muchas cosas que nos parecen mal, examinadas absolutamente, si atendemos á las circunstancias de su situacion, no lo son tanto, y aun diré mas, que están bien. Si se compara la isla de Cuba con un país de antigua cultura, merecería todas las críticas que V. ha insinuado, y aun

mayores; pero reflexione V. que la poblacion, el cultivo, el comercio y la industria, todo ha principiado á la vez, y que en un transcurso de tiempo no muy considerable, chocando con obstáculos de todas clases, se desenvuelve entre estos mismos, y merced á esa fecundidad de la tierra que nos ha enriquecido con frutos especialísimos y casi peculiares de nuestro clima, y merced tambien á las sabias disposiciones adoptadas al fin por el gobierno, crece la riqueza, se aumenta la poblacion que lucha aun con dificultades mas fuertes, y de consiguiente el cultivo y la industria por precision arrastran todavía penosamente su lentísimo progreso. Nosotros no tenemos brazos suficientes para ejecutar las labores ni con la estension, ni con la oportunidad debidas; y esto que sería un mal de muerte en Europa, en nuestro estado casi es un bien; porqué exigiría desembolsar inmensos capitales para las negradas que necesitarían las mas fuertes labores y sobre todo porqué estando la mayor parte de la isla sin cultivar, aun cuando una tierra se canse de ofrecer sus tesoros, se acude á otro pedazo virgen que por un número de años recompensa con usura la esterilidad de la antigua: no es como en Europa que la heredad de una familia lo es para siempre, y todos los demás terrenos se hallan ocupados, siendo indispensable sacar el fruto de los afanes y sudores del mismo lugar que alimentó á los abuelos del que ahora le cultiva.

—Tambien la calidad del trabajo influye mucho; jamás la mano benéfica y diligente del propietario empuña la esteva ni la ponderosa azada en nuestros campos; nosotros encargamos al despecho y aun al odio de nuestros siervos el que cultiven la tierra con que hemos de alimentar á nuestros hijos. ¡Ah servidumbre!... La religion te maldice, la filosofía te proscribe, y el interés individual mismo te rechaza como nocivo á sus mayores ventajas, ¡y tú subsistes á pesar de todo!... Esta declamacion de Emilio dió un tinte de melancolía á la pacífica y útil discusion que ocupaba á los tres amigos, como sucede siempre á toda alma sensible y preveedora, al meditar algun tanto sobre una materia que envuelve tan oscuro y siniestro porvenir....

—Comprendo perfectamente todas las dificultades, (contestó el inglés) que me han desenvuelto cade uno de Vdes., el anciano con su razon y su esperiencia, el jóven con su corazon sensible y su imaginacion fuego; pero es incontestable

que hay muchas otras colonias en que al tropezar mas ó menos con los mismos inconvenientes, se ha perfeccionado el genio de sus habitantes y hecho progresos ya en la agricultura, ya en las artes que aquí echamos de menos: Vdes. me dicen que no necesitan todavía de ese refinamiento; Emilio y añade, que el modo de poseer y la manera de trabajar en el país, son obstáculos de bronce para todo gran progreso ; mas lo repito, yo entreveo otras causas tambien que pueden influir: no olvidemos la conversacion de á noche, la educacion, la mala educacion, el charlatanismo de los que se empeñan en enseñar lo que no entienden , y lo que es peor, lo que no sirve de nada; y la obstinacion de negarse á adquirir los conocimientos que son de la primera necesidad en el país. Mas valdrían cuarenta muchachos que supieran los elementos del dibujo lineal, esto es que pudiesen ser artesanos, con disposicion é inteligencia; que uno solo que aprenda el cálculo infinitesimal y que pregunte lánguidamente ¿y para qué sirve esto? Y en efecto ¿para qué sirve sin aplicacion?

—Aquí volvemos naturalmente á la cuestion de órden , dijo el eclesiástico, que entre damas y copas de licor, solo al aturdido Casimiro pudo ocurrir el suscitar. Los hombres que no creen saber sino cuando se han llenado la cabeza de muchos principios generales , piensan en todo menos en lo positivo; y obstinados en que saber es retener palabras, prefieren , como un pedante de escuela, que un muchacho defina, por ejemplo lo que es sumar , á que con efecto sume. La cuestion de órden no se limita por cierto á la filosofía , estiéndese á todos los ramos de nuestros conocimientos, y si no hubiese prevalecido entre nosotros el aprender abstracciones , y el no buscar jamás lo concreto, tal vez, y sin tal vez, nuestra sociedad no se volvería toda leguleyos, medicastros y oficinistas, gente de pluma y de charla, y no tendríamos el disgusto de desojarnos para encontrar algun hombre industrial , pues los de esta clase son raros ó por mejor decir tienen que venirnos de fuera de todos lados , y de todas maneras; nosotros hemos aprendido á disipar la riqueza que se forma de este ó del otro modo, pero nunca por nuestra mano ; y esto convengo con V., consiste todo en la educacion; y de aquí proviene el que no tengamos industria ni en nuestros campos ni en nuestras ciudades.

—En nuestros campos, repitió con dolor Emilio, donde solo venimos á despilfarrar las economías que debían enriquecer-

nos, y aun á consumir nuestros mismos capitales, y á ocuparnos cuando mas en ir á la *valla* ó reñidero de gallos mas próximo, al baile del pueblo mas cerca, y puede asegurarse sin temeridad, al garito mas ó menos ilustre, pero al fin garito, en que nos arrebatamos como furiosos unos á otros, el dinero, sin mas motivo que el de ignorar en que otra cosa pudiéramos mejor pasar el tiempo. En nuestras ciudades aun es peor; allí, donde unos hombres tienen que estar eternamente separados de los otros, no hay estímulo, no hay progreso; ni yo puedo descender, ni tú subirás jamás.... esta es la muerte de toda industria.... Y la educacion tambien, si señor, llueven los pedantes, y se apoderan de nuestros infelices hijos, grítanles por todas partes que si han de saber espresarse con claridad y exactitud, es menester que discutan de ante-mano y prolijamente si un juicio ha de constar de dos ó de tres ideas: no aprenden jamás á escribir cuatro letras ni á su padre, ni á su madre, ni á sus amigos, ni saben como han de hablar aunque se trate de lo mas trivial, pero se les encaja una voluminosa gramática, con las cavilaciones metafísicas de cada visionario, que en su guardilla piensa que sus sueños son realidades; amen de una retórica, amen de una idelogía y amen.... de todo lo que contribuya á no saber esplicar sus conceptos, que es lo que necesitan las gentes, y no ser gramáticos: ¡buena estaría una ciudad entera de gramáticos! probablemente no encontraríamos en ella un zapatero que nos remendara las botas si se nos rompiesen.

En esto llegaron á un cuadro donde la negrada chapeaba en el mas profundo silencio, que solo era interrumpido de cuando en cuando por el chasquido desapacible y penetrante del látigo del contra-mayoral quien le hacía quizás resonar, mas por atemorizar y mostrar su predominio, y tambien para acreditar su celo, que porqué realmente hubiese necesidad de azotar el aire pacífico que nos refrescaba deliciosamente; pero el hombre es así; quiere que le teman mejor que no le desprecien, muy raro anhela porqué le amen.—El inglés esclamó ¡qué diferencia entre esta manera taciturna y siniestra de cultivar la tierra y la festiva algazara de nuestros trabajadores en el tajo de la labor!—Sobre todo en las festivas vendimias, añadió Emilio.—El padre observó que aquella corteza á cuya superficie apenas se tocaba con aquellos rudos machetes, sería la misma desde la creacion, si el arado no la hubiese abierto para las plantaciones, por lo demás queda intacta y apenas se amonto-

na alguna poca con los despojos de la planta al rededor del pequeño tronco de esta.—Continuando su paseo, advirtieron á las señoras y otras personas de la reunion en el fondo de una guarda-raya de cañas bravas, tan espesas y acopadas que formaban una bóveda de continuada sombra por toda ella, que no podían romper ni aun los rayos del sol al medio dia; siguiéronla y no les pesó haber escogido aquel camino, porqué el cansancio del paseo y el sol que se remontaba ya sobre el horizonte le hacían bastante agradable. Mucho admiró el inglés la espesura y frondosidad de nuestras cañas, tan gruesas como un árbol, y tan corpuluntas como una palma; — si Lafontaine hubiera visto estas cañas, añadió, no hubiera rejuvenecido la antigua fábula de la Encina y la Caña; los huracanes mismos de las Antillas no las desarraigan, y á la verdad no son tan flexibles como las que se doblaban y no se rompían al lado del árbol terrible que desafía al rayo en la frente majestuosa de nuestras elevadas montañas.—Muchos nombres había grabados en la gruesa corteza de aquellos cañaverales, algunos versos mas ó menos originales, mas ó menos necios; pero se sorprendieron al encontrar muy recientemente inscriptos, y tanto que lo habían sido aquella misma mañana, los nombres de *Mariano, Paula*, *dia tanto &c*.... la fecha y después precedido de muchos puntos suspensivos y seguido de admiraciones y de otro escuadron de los mismos puntos un.... !*Ah*!!! que todos se miraron á la cara y no pudieron definir.—Pero Emilio dijo, esto no significa mas sino que esta inscripcion la ha puesto el pobre Mariano.—Yo veo aquí tambien la mano de Paulita, añadió el padre; en otros querría decir esto cualquier cosa, en ellos; nada-mas....—Sino que son ellos, respondió riéndose Emilio.—El bullicio de los muchachos, las carcajadas de don Cárlos que hubieran hecho resonar los valles de alrededor, si tales valles hubiera en las llanuras de tierra colorada de la Vuelta de abajo, y los regaños de doña Sinforosa que no estando ya en el caso de hacer travesurillas, se enfadaba mucho de las de los otros; todo anunció á nuestros paseantes que se habían encontrado ya con el resto de la sociedad allí reunida, y que debían callar las togas y las armas, para que no prevaleciesen sino las plumas de Venus. Saludáronse muy cortesmente yentes y vinientes, Ramoncita embromó mucho á Emilio porqué se iba á filosofar y dejaba á las damas, y Mariano soltándose de los brazos á babor de la reverenda y buena

mamá y á estribor de la amable y patética Paulita, fué á saludar al inglés, á darle su *puñado de manos*, como dicen los franceses, y á lucir sus conocimientos en la lengua de Shakespeare y de Milton: el padre vino á hablar á doña Marcela, quien tomó un polvo que le ofreciera este, aunque la señora, si no hubiera temido las murmuraciones de los acompañantes, hubiera preferido un entrefuerte de la petaca de don Vicente: bien que como no había tomado mas que café no tenía necesidad de incenciarse tan temprano las tripas.

Entre estas conversaciones de monton en que se hablan tantas palabras y se dicen tan pocas cosas, en que se rie cada uno no de las gracias de los otros, sino de la necesidad que tiene de alegrarse y de hacer ruido, hubiera llegado felizmente á la casa de vivienda la vocinglera comparsa, si no la hubiese interrumpido el batallon de negrillos criollos acaudillados por un contra-mayoral del sexo femenino, jóven y no de mala cara; armada no obstante con el indispensable látigo, que hacía estallar no sin cierta elegancia y aun coquetería; porqué las mujeres no pueden hacer nada, ni aun las cosas mas repugnantes, sin aspirar siempre á agradar; me parece que si fuera una muger el verdugo, había de querer no parecer mal al ahorcado. Los criollitos saltaban, y aunque sin hablar, porqué *señó está viendo*, manifestaban nna alegría, una cara tan contenta, que caracterizaba toda la imprevision de la infancia, y que nadie desea lo que no conoce. Siguieron pues barriendo la guarda-raya, con un esmero digno de toda atencion, y las señoras y caballeros después de haber hablado con algunos y repartídoles sus medios, continuaron á la casa porqué el sol no permitía chanzas, y era menester pensar seriamente en el grave asunto de almorzar. No dejó sin embargo el inglés de dirigir alguna ojeada, siempre acompañado de sus dos amigos, á los tendales, secaderos y almacenes; se enteró de muchas operaciones que se hacen allí y que no eran de aquella estacion, no omitiendo el esmero con que se escoge el café, comision que muy oportunamente se dá á las mujeres que tienen toda la proligidad precisa para hacer este espulgo. Salieronles por allí el coro de cantantes que tan deliciosa serenata les dieron la noche anterior, particularmente á Mariano y al inglés; este pidió prontamente la escopeta, no para darles las gracias como merecían, sino para presentar trofeos de su habilidad en la caza; pero Emilio y el eclesiástico le dijeron que

nunca se les hacía fuego en el *batey*, ni aun en la misma finca á las gallinas de Guinea (pues supongo que el pio y benévolo lector habrá comprendido que voy hablando de ellas) porqué huyen despavoridas y no vuelven mas á las cercanías de la casa.

Llegaron pues á ella y vieron que estaba don Telesforo dando ya disposiciones de almuerzo, bien que aun no eran las ocho de la mañana; todo el mundo reclamaba, menos don Cárlos que hallaba racional y oportuno el zelo de su amigo; cuando salió don Vicente entre risueño y admirado, calado de gafas y con una carta que acababa de recibir de la Habana de su amigo, segun dijo, don Emeterio Sagarrigüistizabal, que decía en sustancia: "Mi querido amigo; la ciudad está toda alborotada, y aun yo mismo me alborotaría, si fuera de genio alborotable, con motivo del pronóstico de un médico, profeta, adivino,.... qué se yo, de uno que nadie ha visto segun parece, y de quien todos hablan; en que anuncia el fin del mundo para san Juan, ó al menos el fin de esta isla, que para nosotros es lo mismo; nadie le ha creido se supone, pero todos charlan del asunto, y dicen tales cosas que se asombraría V. Fué preso, á lo que afirman, el tal personaje de las malditas adivinanzas, le metieron en una *baltolina*, y sabe Dios que ignoro lo que es una baltolina, y no permita su Divina Magestad que lo sepa, y habiendo ido á tomarle declaracion, hete aquí que se marchó por los aires transformado en aura tiñosa"....—Todos interrumpieron á D. Vicente clamando: ¡Qué majadería! ¿Es posible que Emeterio pase su tiempo...?—Señores, señores, gritó don Vicente, se queda lo mejor que es la postdata, y siguió leyendo "*Post scriptum.* Después de escrita mi carta he averiguado que todo esto no es mas que una patraña inventada por algunos pillos, propagada por bastantes tontos, y que todo hombre de razon debe mirar con el mayor desprecio."—Dice bien, voto á brios, repuso don Cárlos, el señor don Emeterio.—No, no, dijo doña Sinforosa, la cosa no es para tantas burletas, me estremezco de oir.... no puedo remediarlo.—Prima mia, le contestó don Telesforo, tú eres precisamente la que menos debes alterarte, porqué esto, no sea dicho por incomodarte, pero tu fin del mundo por un órden natural....—Ya, ya te entiendo, le interrumpió la sesentona viuda.—Si fueran estas muchachas, esos jóvenes que empiezan ahora á vivir, continuó don Telesforo, vamos, sería disculpable su sentimiento; pero yo no sé que diantres tienen los hombres y las mujeres,

prima mia, que mientras mas viven mas quieren vivir.—Está èn el órden de la naturaleza dijo el eclesiático, que mientras se exista, se ame esta conciencia de que existe uno, este goce de todo lo que tiene relacion con la vida actual; la palabra divina siempre de acuerdo con la misman aturaleza, nos hizo un precepto de conservar nuestros dias; así pues, señor don Telesforo, déjenos V. disfrutar de un don que nos dió la naturaleza y que Dios nos manda conservar. Eso no quita el que el que yo me una con V. para reirme á carcajadas del ridículo cartapacio que ha recibido nuestro amigo don Vicente; eso no merece, como se ha dicho muy bien, sino el desprecio, y si las gentes sensatas lo hudieran hecho así desde el principio, á los cinco minutos nadie se hubiera acordado de una impertinencia que no puede producir sino males; porqué hay entendimientos débiles, almas tímidas, enquienes semejantes impertinencias por mas destituidas de razon que se encuentren, suscitan terrores incómodos.—Yo no sé que tiene esto del fin del mundo, dijo el inglés, que por mas descabellados que sean los pronósticos que nos hagan de él, siempre nos causan una impresion desagradable: no creemos y recelamos. Entiendo, si no me equivoco, que la certeza que tenemos de que ha de llegar, pues así está anunciado en libros divinos; las hipótesis á que se han entregado algunos filósofos sobre el modo con que ha de verificarse esta univelsal catástrofe, y en fin, un cierto instinto interior que nos indica que el mundo no es eterno y que perecerá, á lo menos en su forma actual, hace que todas estas invenciones, regularmente de ignorantes maliciosos y desocupados, ó de locos y borrachos, nos mortifiquen algun tanto por mas que nos burlemos de ellas con mncha justicia.

Bastante pudiera yo añadir, dice el Moro, si quisiera repetir los dulces coloquios, los ingeniosos discursos, y las sabrosas pláticas que se pasaron en tan discreta y amable compañía; me dilataría sobre la mesa del almuerzo y sus incidentes, en el chichisveo siempre en aumento de Mariano con Paulita, en términos de haber llamado muy sériamente la atencion de doña Marcela, y aun del mismo D. Vicente que miraba estos pecadillos del galanteo con mas indulgencia que ningunos otros: y esto durante un dia mas, pues hasta la mañana siguiente muy de madrugada don Vicente y su famila no continuaron su viaje para el ingenio: el inglés y Emilio se volvieron á la ciudad; y con esto, hasta la sesta parte, donde... habrá lo que se encuentre.

SECCION CUARTA.

POESIA.

EXISTENCIA DE DIOS.

SONETO.

Absorto ¡oh sumo Dios! mi pensamiento,
en todas partes sin cesar te mira:
¿quien en tus obras tu poder no admira?
Hablen el fuego, el mar, la tierra, el viento.

¿Quien fué quien colocó en el firmamento
la inmensidad de mundos que en él gira?
Atonita, pasmada, en vano aspira
el alma á sondear tanto portento.

El curso de los astros prodigioso,
sus órbitas, su luz resplandeciente,
¿no inspiran un respeto religioso?

Las leyes á que el mundo está obediente
Me dicen en su idioma magestuoso
"Nuestro autor es un Dios omnipotente."

TRISTE AMOR

DE UN GUAJIRO.

Yo me enamoré de Cleta
mientras que la ví guajira:
desde que gasta peineta
ni la miro, ni me mira.

*

Aunque soy un pobre arriero,
y el sol ha tostado el cuero
de mi *pedregosa* facha,
en querer á una muchacha
me apuesto con el primero.
Bajo de esta camiseta
no se hallará un alma prieta,
sino un corazon muy blando:
dígalo aquel dia, cuando
yo me enamoré de Cleta.

*

Cleta, la camarioqueña,
cuya boquita risueña
parece un *ají guaguao,*
y tiene la airosa greña
del mismo color de un *cao.*
Ni cuando se empinó el globo,
fué mas profundo mi arrobo
que al verla.—Y no, no es mentira:
viví lelo, *anduve bobo*
mientras que la ví guajira.

*

Después se marchó á Matanzas,
porqué sus padres juntaron
talegos de enormes panzas,
por lo cual mis esperanzas
cayeron y boquearon.
¿No es una sandez completa
ponérmele yo delante,
desde que ha visto retreta,
desde que se pone guante,
desde que gasta peineta?

*

Después que sus labios rojos
perdí, y aquel rostro suyo
que fuera mi quita-enojos,
soy como un lindo cocuyo
al que sacaron los ojos.
En fin vivo de mentira,
duermo poco y peno mucho,
desde que aquella guajira
ni me escucha ni la escucho,
ni la miro, ni me mira.

JACINTO MILANES.

PARA EL ALBUM
DE
D. N. Jauregui.

Nunca de Cuba la memoria grata
olvida el hijo de su fértil suelo,
que de un patriota el alma se dilata
con los recuerdos de tan dulce anhelo:
Tú á quien la ausencia súbita arrebata
de tu país natal, del claro cielo
de Cuba hermosa; si en París te hallares,
„suene la patria siempre en tus cantares."

Cuando suntuosos monumentos veas,
y contemples del arte la grandeza,
si con ellos tu espíritu recreas,
por su raro primor, por su riqueza:
No separes jamás de tus ideas
de Cuba amada la sin par belleza,
ni sus flores, sus rios, sus palmares:
"suene la patria siempre en tus cantares."

EPIGRAMA.

—Insípidos deben ser,
amigo sus epigramas.
—¿Porqué insípidos los llamas
sin llegarlos á leer?
—Porqué he visto muchas veces
las obrillas de ese autor:
cada vez lo hace peor,
prosa rimada y sandeces.

CONTRA
LA SOLEDAD.

Si es que tu seno atesora
¡oh soledad! mil encantos,
consérvalos en buen hora
para aquel que los adora
y te consagra sus cantos.

Un desierto, entristecida
el alma en tí solo advierte
y te observa estremecida
que es tu reinado sin vida
y tu corona la muerte.

¿Adonde está la ventura
que en tu recinto se encierra?
adonde, dí, la dulzura
con que templas la amargura
que el triste sufre en la tierra?

A cobardes y á malvados
aposentas criminal;
pero los hombres honrados
se alejan horrorizados
de tu mansion infernal.

En tus bosques silenciosos
y en los tristes matorrales,
los monstruos mas horrorosos,
los reptiles ponzoñosos,
acechan á los mortales.

Si es que asombrada la mente
algo sublime en tí mira,
no juzguez alegremente
que puedes alzar la frente
ante un mundo que te admira.

Tambien la muerte horrorosa
muéstrase á veces sublime;
pero no porqué es hermosa—
porqué su faz espantosa
horror en el alma imprime.

Nunca en tí la Caridad
fija su dulce mansion,
y en tu seno, oh Soledad,
con cetro de iniquidad
manda la Desolacion.

Ora bendiga mi suerte,
ora me queje del hado,
como á imágen de la muerte
solamente aborrecerte
á mi corazon es dado.

Que acá en mi humilde sentir
es del hombre la mision
entre los hombres vivir,
y antes quisiera morir
que habitar en tu mansion.

SÁFICOS ADÓNICOS.

Rasgue mi pecho la feroz ausencia
Apure el cáliz de dolor amargo
O ya la suerte con furor me oprima
Siempre te amo.

¡Pura, sensible, célica Lucinda!
Tú eres la bella, que mi pecho enciende
Cuan do las cuerdas de mi dulce lira
Pulso inspirado.

Tuyo es mi tierno delicioso canto,
Tuyo es el númen que mi mente inspira
Y tuyo el pecho que de amor se abrasa
Férvido, eterno.

Tú que entregada á la afliccion y al duelo
Mi acento débil con placer escuchas
¡ángel hermoso de feliz consuelo
Bella Lucinda!

Sabe que solo para tí respiro
Y que tu nombre vagará en mi labio
Cuando al abismo del voraz sepulcro
Yerto descienda.

LO QUE ES DULCE.

¡Cuánto es dulce, mirar en las playas
estrellarse las férvidas olas
y á un amante pensar á sus solas
en la prenda feliz de su amor!

Cuánto es dulce de cándida aurora
el destello en mañana de Mayo
y el sonido del rápido rayo
cuando brama soberbio Aquilon!

Cuánto es dulce mirar la corriente
del arroyo que besa las flores
y escuchar juramentos de amores
de los labios de casta beldad!

Cuánto es dulce besar la mejilla
de gentil y galana doncella
y mirar el fulgor de una estrella
en las sombras de horrible huracan!

Cuánto es dulce gozar la ternura
Que la vírgen amante atesora
y los rayos mirar con que dora
Almo sol la pradera gentil!

Cuánto es dulce mirar los primores
De pintada fugaz mariposa
y los tintes de púdica rosa
en mañana florida de Abril!

Cuánto es dulce pulsar inspirado
la dorada y armónica Lira
y mirar que una bella suspira
agitada de gusto y amor.

Cuánto es dulce gozar en el lecho
blando sueño feliz sosegado
y dormir en el seno adorado
de la esposa que causa ilusion!

José V. Betancourt

SECCION QUINTA.

VARIEDADES.

ANTONELLI.

V.

Amanecerá Dios y medraremos, y mañana será otro dia, eran frases muy usuales en tiempos de Antonelli; pero que no se le ocurrieron por cierto en lo restante de la noche después que se despidió de Gelabert: al contrario, cuando desde su ventana vio alborear la luz amarillenta de la madrugada, esperimentó cierto enojo, como si le ofendiese su claridad.—No había dormido un solo punto, y ni siquiera se había despojado de sus ropas. Su pensamiento iba y venía sin cesar de Casilda á Gelabert, de sus maquinaciones criminales á su propósito generoso de dejarlos gozar su dicha, que por momentos le parecía un heroismo superior á sus fuerzas, y flaqueba en su resolucion. Fatigado de aquella batalla interior, y sin esperanzas ya de conciliar el sueño, imaginó que leyendo conseguiría quizás adormecer su cavilosidad: tomó en efecto un libro, que acertó á ser la *Divina Commedia* del Dante, y abriendo al acaso, comenzó á leer en voz alta, como para distraerse menos, la patética relacion de *Francesca de' Rimini*. Las palabras de su lengua nativa, que no escuchaba hacía mucho tiempo, y la poesía conmovedora del bardo errante de la edad-media, comunicaron poco á poco otro sesgo á sus ideas, trasladán-

dole en imaginacion á las campiñas de su patria, y á los años de su niñez: tras el recuerdo de sus juegos pueriles, vino el de las bizarrías de su juventud, y en pos de sus mocedades, se presentó á su fantasía una sombra vaga y de indecisos contornos, que revistiéndose gradualmente con apariencias de muger, quedó en últimas reducida á una imágen de Isabel, coronada de flores, y con su palma de vírgen entre las manos. La memoria de Antonelli recorrió la cuenta de aquellos mágicos dias, que tan funesto remate tuvieron, y representándose sin duda con mayor viveza algun lance particular, repitió con trémula voz las palabras que el Dante atribuye á *Francesca*.

La bocca mi bació tutto tremante!

añadiendo en italiano: „oh Isabel, Isabel!...si tú vivieras!..Angel mio! Tú que ves la lucha y el remordimiento de mi corazon por haber dado lugar pocos instantes al crímen, donde estuvo tu imagen inmaculada, perdóname! Yo te ofrecí sobre tu huesa no amar á ninguna otra mujer! yo te he faltado....Pero aun no es tarde! Cumpliré mi promesa; y seré digno de tí, de tí que sin duda me amas aun desde el cielo!"...Arrojó en seguida el libro sobre una mesa, y murmurando aquellos otros versos del mismo poeta,

....Nessun maggior dolore
che ricordarsi del tempo felice
nella miseria....

fué á sentarse en la ventana, donde le sorprendió la aurora, conforme se ha visto al principio del capítulo.

Dejose oir poco después la campana de la parroquia, llamando los fieles á la misa de madrugada; y la trémula vibracion de su tañido melancólico, se entró por los oidos de Antonelli, como si fuese la voz del ángel de su guarda que viniera á ahogar de una vez los estímulos malignos de su pasion. Imbuido Antonelli desde la niñez en los principios reinantes de su época, si bien no tuvo una juventud muy limpia de placeres mundanales, con todo, su desarreglo no alcanzó á malear su índole generosa. El amor legítimo de Isabel, purificó su corazon de toda inmundicia terrena, y la atmósfera de castidad que rodeaba á aquella vírgen, se introdujo hasta lo íntimo de su alma, como el ambiente aromado de un paraíso, que le traía la paz, el contentamiento de sí mismo, y la esperanza de una

ventura sin límites. Entónces echaron mas hondas raíces sus creencias religiosas, porqué nunca se tiene mas fé en Dios, que en el estremo infortunio, ó en la suma felicidad. Es cierto que la desesperacion en que le puso la pérdida de su tesoro, y los negocios del mundo en que tomó parte, bastardearon al cabo su piedad, comunicándole los resabios del fanatismo supersticioso que reinaba en la corte de Felipe II; pero no fueron poderosos á estinguir los movimientos espontáneos hacia el Eterno Ser, que de cuando en cuando sentía en su interior. Merced á ellos y á su generosidad caballeresca, había luchado contra las asechanzas del egoismo en su rivalidad con Gelabert; y cediendo á su influjo, al escuchar á deshora la campana de la iglesia, para mas afirmarse en su intento, y como para reconciliarse con el cielo en vísperas de emprender tan largo viage, determinó humillar su frente á los piés de un sacerdote y ofrecer al Señor en ferviente oracion, el sacrificio de sus afectos atormentadores.

Impresionado con la solemnidad de este pensamiento, recogiose en sí mismo un buen espacio para arreglar cuentas con su conciencia: en seguida, á pasos mesurados, y componiendo el rostro lo mejor que supo para cubrir su agitacion, se encaminó á la portería del convento de S. Francisco, en fábrica entónces; y llamando al pabre Fr. Gabriel Sotomayor, que gozaba fama ejemplar, suplicole con la vista en el suelo, que en caridad le oyese sus pecados. No estrañó por cierto el digno padre la propuesta de Antonelli, á quien ya conocía, porque entonces estaba mas frecuentado que ahora el confesionario; y guiándole por el claustro á la iglesia, escuchó las revelaciones del pecador arrepentido. que después recibó la hostia sagrada.

Al salir Antonelli del templo, sentía cierta elacion de ánimo, efecto ordinario de toda ceremonia religiosa, practicada con fé y esperanza; y aligerado ya del peso que le abrumaba, imaginó que podría afrostrar con seguridad las emociones del sarao del Morro.

VI.

La fábrica de este castillo hace época en los anales cubabanos, porqué con él se imaginaron los moradores de la Habana que echaban llave á su puerto, mal defendido hasta entonces por el de la Fuerza, insuficiente para imponer respeto á piratas aventureros, cuanto mas á las escuadras de alguna nacion ene-

miga que hubiese tenido el antojo de reflejar su pabellon en las aguas de la bahía. Adelantada ya la obra en términos de recibir artillería en sus baluartes, quiso el gobernador capitan general D. Juan de Tejada, ponerle nombre, y dar posesion á su primer castellano Alonso Sanchez de Toro: en efecto, por la tarde del dia á que hemos llegado, en compañía de las personas mas calificadas del pueblo, trasladose á la fortaleza, para autorizar la ceremonia de bautizarla con el nombre de los *Tres Reyes*, que se celebró al estampido de sus cañones, á que respondieron con los suyos la Fuerza y los galeonos de las flotas de Nueva España y la Tierra-Firme, que en aquellos tiempos acostumbraban juntarse en este puerto á principios de junio, para seguir juntas su derrota á la Península.

Para la noche tenía dispuesto el Gobernador un festejo que á la par de solaz y esparcimiento al vecindario, sirviese tambien de agasajo y honrosa despedida al ingeniero Antonelli, á quien conforme se ha dicho, trataba con alta deferencia, y que tan buenas ó malas obras podía hacerle en la corte, por el favor que allí gozaba. A medida que fué oscureciendo, comenzaron á acudir los convidados, todos gente granada por su nobleza y discrecion los caballeros, por su discrecion y su hermosura las damas: hacía los honores de la fiesta el castellano Alonzo Sanchez, y segun iban llegando, echaba cada cual por donde su curiosidad le movía, unos á recorrer la fortaleza iluminada, otros á examinar con detenimiento, antes de que el concurso se apiñase, el salon de baile. Habíase levantado este en medio de la espaciosa plaza-de-armas, en cuyo frente, por el lado del norte, estaban la capilla, y las casas del capellan y del castellano. Lo interior de la sala no dejaba por cierto traslucir la precipitacion con que se había trabajado en ella, antes por el contrario, en todos sus adornos, desde la matizada alfombra del pavimento, hasta los rosetones de donde pendían las arañas, notábase el mas atinado esmero. No tardó mucho en verse el estrado lleno de damas, cada cual con uno ó mas galanes á su devocion, conforme á su garbo ó su belleza, prendidas ellas, y ellos ataviados con todo primor á usanza de aquella época. Hubo mucho brocado de oro y tabí de plata, mucha joyante seda, y trémula argentería en los tocados, y juguetonas plumas en los sombreros. Paso en silencio tanto pomposo brial, tanta gorguera de encajes, y otros mil ricos vestidos que de poco me serviría describir, pues es muy probable que

la mayor parte de mis lectores se quedasen tan á oscuras como antes con los nombres de trajes ahora desconocidos: baste decir que el salon, usando frases de aquel tiempo, estaba hecho *un cielo de joyas*, ó *una risueña primavera*. Ya principiado el baile, entró Lupercio de mano con Casilda, seguidos de Hernan Manrique y la tia: desde el estremo opuesto de la sala alcanzó á verlos Antonelli, y á pesar de lo sobre-aviso que estaba, no pudo impedir que se le robase el color del rostro, tanto que hubo de repararlo una buena señora, ya entrada en años, y decirle; "¡Jesus! señor don Juan! No parece sino que habeis visto una mala vision."

—"¿Porqué, señora?" respondió Antonelli.

—"Válgame el cielo!" respondió ella: "si de pronto os pusisteis mas amarillo que un difunto.—Bien hariais en salir á tomar un poco el aire."

—"Pues no sé porqué habrá sido. Yo nada siento en verdad."

—"¿Cómo no? Algo os aqueja. Por lo menos sentaos un rato, que yo os haré lugar:" y recogió las faldas de su vestido, abreviándose cuanto le fué posible para que cupiese Antonelli: pero él no quiso aceptar el asiento, y por cortar la conversacion, que tenía trazas de prolongar la compasiva señora, se despidió diciendo que iba á seguir el primer consejo de respirar el aire libre, porqué en efecto el calor comenzaba á dejarse sentir. Con esto fué á ponerse en otro sitio, precisamente frontero á Casilda que con Lupercio danzaba: nunca le había parecido aquella tan encantadora; y en realidad, algo mejor debía de estar, pues su prestigio fascinaba no solo al abatido ingeniero, sino tambien á todos los demás jóvenes que se deshacían en elojios de su hermosura, y mas aun de su gracia. Sobresalía su traje, no tanto por lo esquisito de las telas, que eran de lo mejor, como por el aliño y donaire de su aderezo. Rodeábale la cabeza á estilo oriental, un pañizuelo blanco con listas á cuadros de colores, asomando por debajo sus negros cabellos alisados sobre las sienes: vestía corpiño de terciopelo verde con mangas blancas distribuidas en bufos: precioso faldellin blanco tambien, y encima una saya abierta del mismo color y tela que el corpiño, este y aquella con rapacejos de oro; completando su atavío un rico brocamanton prendido al pecho, y arracadas de aguas-marinas que se llevaban los deseos de mas de cuatro doncellas, porqué esas piedras eran entonces muy solicitadas.

Como si quisiera saciarse por última vez en la contemplacion de aquel ángel, Antonelli no le quitaba los ojos; y si en aquel instante le hubiesen pedido cuenta de lo que pensaba, no hubiera acertado á darla: fortalecido en su propósito con el apoyo de la religion, sentía una conformidad melancólica, á la par que cierto deleite inefable que causa siempre la vista de una mujer querida, aun cuando sepamos que le somos indiferentes. La mirada modesta de Casilda, desprendiéndose con trabajo del rostro de Gelabert, vagaba de cuando en cuando por todo el concurso, como si buscase con quien partir su gozo; y al detenerse máquinalmente en Antonelli parecíale al mal-aventurado ingeniero que tomaba una espresion algo triste, como si le dijese: "Vete Antonelli, vete! yo te compadezco!..."—Embebecido en esta ilusion, no echó de ver que el Gobernador, desviándose de un corro en que platicaba con Antonio de Guzman, nombrado alcaide del castillo de la Punta para cuando se hiciese, Cristobal de Soto protector de los indios de Guanabacoa, y otros sujetos de nota, se acercó á él, y tocándole en el hombro con la familiaridad que le permitía su clase, le dijo:—"Ea, Sr. ingeniero; paréceme que está Vuesa Merced demasiadamente suspendido en mirar la hija del estremeño; de forma que muy bien podría preguntaros ella, con el romance viejo, aquello de

"¿Qué mirais aquí, D. Juan?
D. Juan ¿que mirais aquí?
Decid si mirais la danza,
ó si me mirais á mi?"

Turbose Antonelli sorprendido en su distraccion, y apenas acertó á responder balbuciente;—"Pues á fé que no era ella á quien miraba; sino á un guachinango que asoma por aquella puerta, y que me ha parecido conocer."

En efecto, habia un guachinango, á la sazon vuelto de espaldas, en la puerta que señalaba Antonelli; pero ni le habia llamado la atencion hasta entonces, ni tenía porqué llamársela, pues negros y guachinangos eran los que servían á las señoras refrescos y conservas entre danza y danza. Bien conoció el Gobernador que aquella era una respuesta evasiva de Antonelli y llevándole del brazo hacia el cerco de donde se había separado, añadió burlándose:—"Vamos, vamos, Sr. D. Juan: dejemos embelecos, que ya se yo donde van á parar vuestros devaneos.—

¿Creerán Vuesas Mercedes, señores, prosiguió dirigiéndose á los del corro, que D. Juan es tan mal amigo del bueno de Hernan Manrique, que no duda guardarle la calle á quien le galantea la hija?"

—"¡Hola! ¿cómo así?" preguntaron ellos, celebrando risueños el chiste del Gobernador; pero Antonelli, con las mejillas mas encendidas que la grana, sin dar lugar á nuevos donaires, repuso en voz alterada y severa:—"Paso, paso, Señor Gobernador: que si algun necio ha osado divulgar cosas que no le están bien á esa dama, vive Dios que miente si añade que yo le haya servido de tercero."

—"Reportaos, Señor D. Juan;" contestó el Gobernador tambien enojado; "que ese á quien desmentis es mi sobrino por una parte; y por otra debeis ver que yo soy quien os hablo, y me burlo."

—"Si él es vuestro sobrino, Señor Gobernador, yo soy quien soy: y advertid que burlas en que peligra la honra de una dama, no son burlas de buena ley, mucho menos en lugares donde mas de uno puede tomarlas por veras."—

No pasaron tan secretas estas razones que no cundiese al instante por el salon la voz de que reñían Antonelli y el Gobernador; pero este, conociendo que de parte del primero estaba la justicia, y cuánto le importaba tenerle bien quisto, hubo de comedirse, y procurar que tambien se serenase el italiano, á quien dijo:—"Haya paz, Señor D. Juan; y no se diga que dos hidalgos se pierden el respeto por travesuras de un mancebo enamorado."

Antonelli manifestó quedar satisfecho: pero la sangre le hervía en las venas; y si en aquel punto se le hubiese presentado Lupercio, es probable que le echara en rostro su locuacidad mentirosa, por haberse atrevido á achacarle oficios que no estaba en el caso de prestarle. Su antipatía al capitan, que á fuerza de refleccion habia logrado adormecer, renació con tal ímpetu que llegó á arrepentirse del movimiento generoso que la noche antes le hizo sacar la espada en su favor. Desazonado por demás se encaminó hacia la puerta, con ánimo de aguardar el dia á solas en los baluartes; pero se le interpuso Hernan Manrique, con la cara mas risueña que nunca por los triunfos de su Casilda; y sin sospechar la borrasca que iba corriendo el italiano, trabó conversacion en estos términos.

—"¿Con que os vais al amanecer, Señor D. Juan?"

—"Si, Señor Hernando, me voy: ved qué se os ofrece para la Corte."

—"Por ahora nada, á Dios gracias: pero cuento con la amistad de Vuesa Merced, para en caso de que llegue á ir al Consejo ese pleito de mis pecados.—¿Y del sarao, qué decís? Cuál de las damas os ha parecido mas hermosa? Habeis visto á Casilda por supuesto?"

—"Si, la he visto, Señor Hernando; y á fé que teneis buen modo de abonar vuestro negocio, recordándomela."

—"Cuidado, Señor D. Juan que sois tenaz: ya os suponía yo libre de esa tema. Ea, venid á echar conmigo un brindis de despedida, que nos sabrá mejor que el trago que tomamos en el ingenio la tarde pasada; porqué, amigo D. Juan, los vinos de esta noche no tienen par."

—"Ya os dije entonces que no me aficionan los vinos; y ahora mas necesidad tengo del fresco de la noche, que de sus espíritus."

—"Pues por mi vida que lo errais: tres cosas ponen ligero el ánimo, aunque no sean de buena ley, y son, oro, mujer y vino; y yo al último me atengo; porqué el oro suele dar cuidados, la mujer nos pierde el oro, y el vino alegra sin mas ni mas que decir esta boca es mia, alzar el codo, y derramarle al pecho por encima de la lengua."—

Desembarazose con trabajo Antonelli del estremeño; y al salir precipitado, tropezó con el guachinango que habia visto en la puerta desde lejos: volvieron ambos el rostro como era natural: y el italiano quedó un momento inmóbil al reconocer á Pablo; pero luego, haciéndole señas de que le siguiese, le preguntó cuando estuvieron solos.—"¿Qué buscas aquí, Pablo?"

—"Un pedazo de pan para mi mujer y mis hijos, ó algunos reales con que comprarle."

—"No es eso lo que yo te pregunto. ¿No temes que te conozca el capitan?"

—"Si el Sr. D. Juan es tan buen amigo suyo como parece, tal vez hará que me conozca."

—"Yo no soy amigo de nadie," replicó con enfado Antonelli, que dejándose arrastrar de una coriosidad maligna, procuró sondear las intenciones del campechano: pero este, hipócrita por índole, y además escarmentado con el lance anterior, supo dar tantas vueltas y rodeos á sus respuestas, que al cabo

cansose el ingeniero, y volviéndole la espalda, subió por una rampa al baluarte mas avanzado en el mar, en cuyo ángulo saliente se levantaba el torreon del Morrillo, que servía de atalaya. Sentose al pié de la torre, y apoyando la frente en el brazo puesto sobre una almena, quedó al parecer tranquilo, pero en realidad devorado por todas las pasiones que anteriormente le habían combatido. ¡A Dios virtud! A Dios arrepentimiento religioso!...La venganza y los celos en concierto infernal, alzaron su voz de nuevo en el corazon de Antonelli, cuya cabeza comenzó á divagar, como si le arrebatase un torbellino, entorpeciéndosele por grados hasta terminar en una especie de abotagamiento, efecto ordinario de toda convulsion del ánimo. En tal estado, lo único que sentía era cierto susurro en los oidos, como si revolase dentro un pájaro que azotaba con sus alas las paredes del cerebro, arrancándole de rato en rato sordos gemidos, sin mudar por eso de postura.

Pasaron así algunas horas de delirio para Antonelli, de bullicioso placer para los del salon. Serían las tres de la madrugada: comenzaba ya á sentirse en el baile el cansancio que siempre se esperimenta en ellos de media noche al dia: los viejos bostezaban: á mas de una vigilante matrona se le cerraban á su pesar los ojos; y los mismos bailadores abrumados por el calor y la agitacion, tenian ya menos elasticidad en sus movimientos. Algunos salian á pasearse por el castillo; y como en semejantes ocasiones reina mayor franqueza que de ordinario, no pareció mal, ni aun á los padres mas huraños, que sus hijas recorriesen la fortaleza, de brazo con algun caballero. De este número fueron Casilda y Lupercio, quienes después de vagar por diferentes puntos, entretenidos en sus amorosos coloquios, subieron al mismo baluarte en que se hallaba Antonelli, cubierto con la sombra de la torre; de modo que no era fácil distinguirle, aunque solo distaba de ellos ocho ó diez pasos.

No se necesitaba tener el ánimo tan preparado como Casilda y Lupercio para gozar con la escena que se presentó á sus ojos, desde el parapeto. El cielo, sin embargo de estar limpio de nubes, excepto algunos celajes fijos en el oriente, como esperando el dia, no presentaba un color igual en toda su bóveda; sino que mas oscuro en el cenit, iba desvaneciéndose con diversos matices hacia los horizontes. Los macilentos destellos de la luna, ya á mas de medio curso, al quebrarse de soslayo sobre el adormecido piélago, abrillantaban largo trecho de sus aguas, de-

jando lo demás en una media oscuridad, interrumpida á ratos por el ligero tumbo de alguna ola coronada de blanca espuma. La música del baile habia cesado en aquel momento, y solo alteraban el silencio los marineros de la flota con su melancólica saloma a llevar las anclas, para ponerse en franquía antes de amanecer, y los gritos agudos de una ave marina, que desvelada ó hambrienta, volaba inquieta por aquellos alrededores.

Al cabo de un momento de estar allí callados los dos amantes, como para percibir todas las bellezas de aquel conjunto, habló Casilda á media voz.—"No se qué tiene para mí la claridad de la luna, que en medio de la mejor diversion, derrama cierta tristeza deleitosa en mi alma, despertando en ella recuerdos de mi madre y de mi niñez. ¿No te sucede lo mismo?"

—"Si, Casilda, menos cuando estoy á tu lado, porqué entonces me persuado que solo para nosotros alumbra, y no hay lugar en mi corazon mas que para adorarte. Y ahora ¿tambien estás triste?"

—"Triste no, Lupercio: pero siento una emocion vaga, que no acierto á esplicar; una inquietud sin motivo, como presentimiento de algun suceso doloroso que nos amaga."

—"Te engañas, Casilda mia. Eso que tú sientes es la dicha; porqué parece que el corazon humano, dispuesto mas bien para gemir que para ser venturoso, duda de su buena suerte cuando se le presenta la dicha, y aun antes de gozarla, se asusta con el temor de que se le desvanezca como humo. Pero la nuestra no será vana, vida mia: el porvenir se nos pinta color de rosa; y antes de mucho se realizará nuestra esperanza, santificada con la bendicion del cielo."—

Bajáronse sin saber porqué los ojos de la pudorosa doncella, y en seguida se alzaron para encontrarse con los de Gelabert en una mirada intensa; mirada de aquellas de indefinible espresion, con que palpitan los párpados entre-abiertos, que encierra la adoracion misteriosa de dos almas puras, y que no alcanza á esplicar cumplidamente la frase mas dulce de todos los idiomas,—*Yo te amo*!...

—"¡Yo te amo!" fué lo que dijo tambien Casilda con lengua balbuciente. "Yo te amo, Lupercio, y soy feliz: nunca lo he sido mas que ahora!...pero con todo, siento en el fondo del corazon un peso, que me hace suspirar contra mi voluntad. Quitémonos de aquí, Lupercio: tal vez será la vista del mar, ó el

canto de esos marineros lo que me turba el espíritu. Volvámonos al baile. Sí....”

—“¡Al baile!...¿Prefieres acaso su agitacion á la calma de este sitio, donde pueden comunicarse á su sabor nuestras almas?”

—“No, Lupercio. Yo no prefiero el baile: pero desde anoche tengo un susto que no puedo dominar, y apetezco verte rodeado de gentes, aunque me roben tus palabras; porqué se me figura que estando solo puede sobrevenirte alguna desgracia”

—“Esas son quimeras de tu fantasía que me llegan al corazon, Casilda, porqué me aseguran que me amas: pero, no temas, mi bien:” dijo Lupercio, rodeando con un brazo la cintura de Casilda, como si hubiera de disipársele el susto con estrecharla á su pecho. “No temas: y déjame saborear estas horas de inefable contentamiento, ya que anoche turbó nuestra plática aquel traidor. Mira con qué suavidad comienzan á moverse las galeras, y como blanquean sus velas á la luz de la luna. ¡Afortunados los que se van en ella, Casilda, porqué vuelven á ver su tierra!”

—“¡Deseas, tú irte, Lupercio?”

—“Si, Casilda. Deseo volver á Granada, y contemplar sus torres y sus jardines, bañarme en el Genil, y corretear por su vega; y ya lo hubiera hecho, si no me detuviese aquí un encanto, mas poderoso que la memoria de la patria,—el amor tuyo, ángel mio!...el amor tuyo, que vale mas que Granada, y mas que los aires de mi cara Andalucía; porqué aquello se ama como cosa de la tierra, y yo te adoro como joya del cielo; ó mas bien dicho, Casilda, mi cielo está en tus ojos, y mi patria en tu corazon.”—

Temblábale la voz y el cuerpo todo á Lupercio al decir estas palabras; y cediendo al mágico impulso de su pasion, con mas libertad de la que hasta entonces se habia permitidò, puso por primera vez sus labios en la frente de la trémula doncella; á tiempo que el pájaro marino, cansado ó satisfecho ya de sus vuelos, al entrar en el torreon, donde debía de tener su nido, tropezó con sus alas en la campana de aviso, formando un son estraño y medroso que sobresaltó á los desapercibidos amantes.

Aquel sonido, semejante al que darían las cuerdas de una harpa, si se reventasen juntas, sacó tambien á Antonelli de su letargo, tan profundo, que nada habia percibido de lo que conversaron Casilda y Lupercio. Alzó la frente cubierta de sudor, y echando en torno la vista espantada, como quien vuelve de

un ensueño tormentoso, la detuvo en los dos jóvenes, que repuestos del repentino pavor anudaban el hilo de su interrumpida conversacion. No acertó á conocerlos de pronto, y tan confusas tenía las especies, que aun despues de haberlos conocido, no le causó sensacion alguna hallarlos juntos de aquella suerte: pero no fué muy duradera su insensibilidad, pues á pocos momentos, al oir una palabra de Casilda, penetró la realidad de lo que pasaba, como si de golpe le quitasen un velo de los ojos. La sangre toda de sus venas refluyó con ímpetu al corazon, imprimiéndole un sacudimiento doloroso, que se comunicó al cerebro con una celeridad instantánea. Imposible sería describir el interior de Antonelli en aquel momento; porqué su corazon y su cabeza eran un caos de idéas y de pasiones las mas contradictorias: el rencor y los celos, el amor y el odio, se disputaban encarnecidos la preferencia, asomando tambien en medio de la revuelta batalla de afectos tan ardientes, otros mas apacibles, como el recuerdo de la noche anterior, y su propósito religioso.

En esto pasó á su lado un bulto, en quien puso los ojos; y todas su emociones se concentraron en una sola de temor y de espanto, al ver á Pablo el campechano, acercándose rápido hacia Lupercio y Casilda, vueltos de espalda. De un salto se puso en pié Antonelli; y como si adivinase lo que habia de suceder, corrió desatentado por la orilla del parapeto hacia aquellos gritando. "¡Pablo! detente!..." Pero ya era tarde!... El ágil campechano habia llegado antes que él; y suspendiendo el cuerpo en un solo pié, apoyado en el parapeto, descargó un golpe en el hombro de Gelabert que lanzó un hondo gemido, al mismo tiempo que Casilda un grito penetrante. El mal-aventurado mancebo, herido en el corazon, dobló una rodilla en tierra, y ya sin equilibrio, con el cuerpo fuera del baluarte, y en la agonía de la muerte, agarró con mano convulsa el faldellin de Casilda, haciéndola titubear en el borde mismo de la muralla, suspendida sobre un áspero arrecife, cuya base lamen las ondas. Erizáronsele á Antonelli los cabellos al ver el peligro de aquella muger adorada, que ya sin conocimiento ni fuerzas, cedia al peso de Gelabert, flotando en el precipicio: fuera de sí el desesperado ingeniero, tendió los brazos, y asiéndola con una mano por un ligero capotillo que se habia echado en los hombros al salir del salon para guarecerse del aire, pugnó por sujetarse con la otra á las piedras del parapeto. Consiguió en

efecto dilatar la caída: pero sus esfuerzos sobrenaturales fueron vanos para suspender á Casilda, y asentarla en el baluarte. Lupercio moribundo tiraba cada vez mas; Casilda aunque privada de sentido, gemía al magullársele las carnes contra las piedras: Antonelli sin atreverse á poner en ella los ojos desencajados, sentia con horror que comenzaban á flaquearle las fuerzas, y un sudor frio le cubrió de piés á cabeza, al oir el capotillo que comenzaba á rasgarse. En esta angustia volvió al rededor la vista, buscando alguno que le auxiliase; y solo halló al guachinango con los brazos cruzados, contemplando, al parecer tranquilo, aquella escena horrible; y con voz ahogada y suplicante, "Pablo!" le dijo "Ayúdame á salvarla, y yo te prometo cuanto oro apetezcas. Ven, Pablo!...no seas inhumano!...te lo ruego por Dios, por tu mujer, por tus hijos!...

Pero el vengativo campechano, le respondió sin moverse: "Señor D. Juan, no hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague. Ya nos hemos visto las caras:" y con pasos mesurados, bajó por la rampa á la plaza de armas. Antonelli apenas pudo escuchar sus últimas palabras; porqué rasgándose de una vez el capotillo; rodaron juntos al abismo los malogrados amantes, formando sus cuerpos un ruido aciago al chocar en las escabrosidades del peñon, hasta caer en la mar, que los sepultó en sus ondas adormecidas!

Antonelli arrancó de sus entrañas la palabra "¡Bárbaro!.."y levantando al cielo las manos entrelazadas, apretose con ellas la frente, y se derribó en el suelo como herido de un rayo.

Los memoriales antiguos donde mas largamente se contiene esta verdadera relacion, dan á entender que el campechano Pablo, si bien procuró burlar la vigilancia de la justicia, hubo de pagar su crimen como merecía. Antonelli vivió algun tiempo mas, aunque se ignora cuando murió, y solo se sabe que después con nueva órden del Rey, fortificó á Puerto-Belo y reconoció el canal de Honduras. Por lo que hace al bueno de Hernan-Manrique, consta en las actas del Ayuntamiento de esta ciudad, que comia y bebia aun el 6 de abril de 1603 años, manejando la vara de alcalde ordinario, y ocupado en solicitar la Real licencia para erigir un convento de religiosas, por *haber muchas niñas en los peligros del mundo*, segun la frase del grave coronista, de donde hemos entresacado estas noticias, y en cuya veracidad descansamos.—ZACARIAS.

PENSAMIENTOS DE UN SOLITARIO.

¿Hay una ciencia, ó á lo menos algun ramo de enseñanza que merezca el nombre de aritmética mercantil? Es cierto que los comerciantes ejercitan con gran frecuencia las reglas de la aritmética; pero en el mismo caso se hallan los agrimensores, los pilotos, los astrónomos, los militares, y hasta los químicos, farmacéuticos y médicos, sin que sea inútil su conocimiento á los teólogos y juristas; de manera que si hay razon para establecer clases y escribir tratados de aritmética mercantil, deberian por paridad de circunstancias formar ramos especiales la aritmética geodésica, la náutica, la astronómica, la militar, la química, la farmacéutica, la médica, la teológica y la jurídica, ó por mejor decir, sería forzoso que hubiera tantas aritméticas como profesiones ú ocupaciones se conocen en la sociedad, porqué no hay una sola á la que en poco ó en mucho no interese el conocer aquella ciencia.

Fundado en estas premisas, he mirado siempre como poco menos que ociosa la idea de abrir una clase de aritmética mercantil en esta ciudad costeada por fondos públicos, aunque se alegue á su favor la importancia comercial de nuestro mercado y la necesidad de colocar en los escritorios muchos jóvenes que no encontrarán fácil acomodo en otra parte. La aritmética se enseña con mas ó menos estension en todos los establecimientos de instruccion primaria y secundaria, y si los que á ellos asisten adquieren suficiente firmeza en sus principios y la soltura necesaria en la práctica de sus reglas, no pueden tropezar con serias dificultades en el desempeño de las operaciones usuales de un almacen ó de un escritorio, porqué es cosa de risa el imaginar que al jóven principiante se le han de encargar desde el primer dia los cálculos mas complicados de descuentos de letras y pagarés, cambios indirectos y otros semejantes. Bien sé que el comercio es una ciencia muy vasta

y complicada; pero esta ciencia no consiste en resolver por métodos *ad hoc* una serie de problemas especiales, sino en el conocimiento de los hombres y las cosas, y para adquirir este conocimiento vale mas un año de práctica que diez de universidad, aunque sea bajo la direccion de los maestros mas doctos.

El resultado de los exámenes celebrados el dia 21 de abril último por los alumnos de la clase que sostienen la sociedad patriótica y junta de fomento de esta ciudad, y cuya relacion, algo inexacta si mi me memoria no falsea, presentó el Diario de esta ciudad en su número 175, correspondiente al 24 del pasado Junio, viene en apoyo de las consideraciones que acabo de emitir. Conducido á ellos por la oficiosa importunidad de un amigo, habia contado con encontrar un número competente de alumnos de 12 á 16 años, que eran á mi parecer los únicos á quienes semejante instruccion podia convenir; pero quedé sorprendido y mortificado al ver catorce ó quince jóvenes, de los que muy pocos, si acaso algunos, bajarán de veinte años, ocupados en practicar con asombrosa rapidez una multitud de operaciones comunes y vulgares, en las cuales, segun infiero de lo que ví y oí, se han estado ejercitando por espacio de un año. ¡Así se malgasta el tiempo y el dinero, y se estrecha en vez de dilatarse, la capacidad de la humana inteligencia! Allí no habia que buscar teorías luminosas, ni principios generales, ni otra cosa que una seca y desabrida rutina, rivalizando unos con otros sobre quien escribiria mas aprisa las mismas combinaciones de guarismos que habrian escrito quizá algunos centenares de veces.

Si no obstante lo que llevo dicho, creen las respetables corporaciones que sufragan los gastos de la clase de aritmética mercantil, necesaria su permanencia, no seré yo quien me oponga á su generoso desprendimiento; pero me atreveré á sugerirles una indicacion para hacerla mas fructuosa. Tratándose como en efecto se trata, de una clase especial, que no debe llamarse de *aritmética mercantil*, sino de *operaciones mercantiles*, los alumnos que opten á sus plazas deben sufrir exámen previo que acredite que están competentemente instruidos en los principios y en las reglas usuales de la aritmética, segun la práctica general de todas las escuelas especiales. Partiendo de aqui, bastarán sin duda cuatro ó cinco meses para que se impongan de cuanto es útil y provechoso en los compendios que en el dia les sirven de testo, ó en los mas estensos y metódicos que

pueden tambien usarse, pues todo está reducido á hacer aplicaciones de una ciencia, con la cual se han familiarizado, á una profesion particular. De este modo se podrán dar holgadamente dos cursos en el año, duplicando el benficio y economizando el gasto, y quedarán tres ó cuatro meses para los exámenes, que deben celebrarse indefectiblemente al fin de cada curso, para que descanse el profesor y prepare con sosiego y comodidad los trabajos que le han de servir en los cursos sucesivos, pues es imposible que un hombre ocupado constantemente en la angustiosa tarea del magisterio, tenga ni el espacio ni la serenidad que necesita para reflexionar y escogitar los medios mas á propósito para hacer grata y provechosa la enseñanza.

El siglo decimoséptimo, tan memorable por los grandes descubrimientos con que durante aquel espléndido período se enriquecieron las ciencias exactas y naturales, dejó resuelto en teoría y por dos métodos distintos, el famoso problema del *punto fijo* ó de la determinacion de la longitud en la mar. Si se logra construir, decian los sabios de aquella época, un reloj cuyo movimiento sea uniforme, sin que le perturben las mudanzas del clima ni las oscilaciones de la nave, el observador podrá á cualquiera hora del dia ó de la noche saber la que es en el meridiano en que fué arreglado; y como la del lugar en que se hace la observacion puede averiguarse tomando la altura del sol ó de una estrella, se tendrá por una simple substraccion la diferencia de tiempo de un lugar á otro, de donde se duducirá la de meridianos ó la longitud de la nave. El raciocinio era exacto y la esperiencia ulterior le ha confirmado plenamente; pero el arte de la relojería se hallaba entónces en tal estado de imperfeccion, que casi se desesperaba de obtener por este medio el resultado apetecido, y no ofrecia menos dificultad la inexactitud con que se obtenian las alturas de los astros, valiéndose de los instrumentos que se conocian. Estos y otros hechos prueban cuan groseramente se engañan los que creen que el *arte* ha precedido á la *ciencia*, y que esta no hace mas que registrar los progresos de aquel. En el mayor número de casos, y siempre que se ha tratado de invenciones útiles é importantes, los artistas han sido guiados por los sabios, ó lo que es mejor, han sido á la vez sabios y artistas.

Continuando los primeros sus deducciones, añadian: si logramos perfecionar las tablas que nos sirven para calcular el lugar de la luna, se podrá saber á cualquiera hora la distancia angular que la separa del sol ó de una estrella, y midiendo en la mar esta distancia, se tendrá tambien la diferencia de tiempos entre el meridiano de la nave y aquel para el cual se hayan construido las tablas. Mas para esto se requerian tambien dos circunstancias: que se perfeccionasen las tablas lunares, y que se inventase un instrumento á propósito para medir en la mar con suficiente exactitud las distancias angulares. Los astrónomos se encargaron de la primera tarea: á los artistas y á los marinos correspondia al parecer la segunda.

Pero aunque unos y otros se dedicaron con celo á tan útil empresa, y lograron mejorar hasta cierto punto los instrumentos conocidos, la gloria de la invencion que se anhelaba la alcanzó un hombre que jamás se habia embarcado ni era artista de profesion. Hadley, vice-presidente de la Real Sociedad de Londres, presentó á este ilustre cuerpo en la sesion que celebró el dia 27 de mayo de 1731, un instrumento tan sencillo como ingenioso, en el cual por la doble reflexion producida por dos espejos hábilmente combinados, se consigue mantener en contacto las imágenes de los cuerpos cuya distancia angular se intenta medir, sin que sirva de obstáculo el movimiento irregular de la embarcacion. Hadley no habia hecho misterio de su trabajo ni de los principios de óptica que le guiaban en unas investigaciones que duraron muchos años. Así fué que tanto por esta circunstancia, como par el atraso en que todavía se hallaba el arte del instrumentario y la consiguiente imperfeccion de los nuevos cuadrantes, pues tal nombre se les dió, un descubrimiento que cambiaba la faz de la ciencia y sentaba sobre sólidas bases la astronomía náutica, ni causó sorpresa, ni escitó la menor reclamacion. Mas cuando, gracias á los trabajos de Bird, Ramsden, Sisson, Dollond, Troughton, Bergé y Cary, se vió que el instrumento de Hadley medía los ángulos con presicion superior á la de los mejores círculos y cuadrantes de los observatorios terrestres, entónces se empezaron á presentar rivales deseosos de arrebatarle el honor de que estaba en pacífica posesion. Los amigos de Newton, como si no fuera bastante brillante la aureola que ciñe su frente, dieron la señal del ataque sosteniendo que desde 1699 habia inventado este genio inmortal el cuadrante de reflexion; pero además de la

grande amistad que Newton y Hadley se profesaban, y de que trabajando ambos de concierto para llegar al fin mencionado, se comunicaban sin reserva sus planes y sus ideas, lo único que aparece en las actas de la corporacion referida con relacion á este asunto, es el siguiente párrafo correspondiente al 16 de agosto del año citado de 1699: "Mr. Newton mostró un nuevo instrumento construido por él para observar la luna y las estrellas y hallar la longitud en la mar, *que es el instrumento antiguo enmendado de algunas faltas*, con el cual Mr. Halley ha calculado la longitud en el mar, mejor que los marinos por otros métodos."—De esta sucinta y confusa mencion, que no produjo el menor resultado en mas de treinta años, hasta el cuadrante de Hadley, media una inmensa distancia.

El Dr. Hooke y un astrónomo francés de apellido Grand-jean, se presentan en segunda línea; pero sus instrumentos difieren esencialmente en el principio de su construccion del inventado por Hadley, que es de doble reflexion, mientras los otros operan por dos distintas reflexiones, que hacen muy difícil obtener el contacto, y todavía mas el conservarle, de manera que ningun marino ha querido servirse de instrumentos construidos por este sistema.

Thomas Godfrey, instrumentario de Filadelfia, construyó hacia la misma época un instrumento fundado sobre el propio principio que el de Hadley, del cual se dió noticia á la sociedad en una carta fecha en aquella ciudad á 25 de mayo de 1732, y en consecuencia se le asignó un premio de doscientas libras esterlinas. Pero por grande que sea la importancia que el espíritu de partido y la rivalidad nacional quieran atribuir á un hecho tan insignificante, el juicio mas favorable que puede formarse de los trabajos de Godfrey, es que tuvo alguna noticia imperfecta del cuadrante de Hadley, y que con este auxilio y su natural sagacidad, construyó un instrumento parecido al de este último, aunque inferior bajo todos conceptos. Sin embargo, tan grande ha sido el influjo de estas infundadas pretensiones, que en los Estados-Unidos se han forjado en nuestros dias mil absurdas y ridículas patrañas con la mira de asegurar á Godfrey el crédito de la invencion; y que un hombre tan instruido en estas materias como Sir John Herschell, ha estampado en su escelente tratado de astronomía esta notable espresion: "tal es el sestante ó cuadrante, comunmente llamado de

Hadley, del nombre de su *reputado* inventor."—He aquí uno de los numerosos y desgraciados ejemplos del modo con que la perversidad de la especie humana recompensa á sus mas insignes bienhechores. Mientras estos se consumen en laboriosos esfuerzos para alcanzar algun objeto, los insulta y escarnece, tratándolos de locos y visionarios; presentan el fruto de sus ímprobos estudios, y los acoge con la frialdad de la indiferencia ó con el sarcasmo de la incredulidad; mas triunfa por último la ciencia, y se averigua que un nuevo descubrimiento proporciona goces desconocidos á nuestros antepasados, y entónces la negra envidia toma á su cargo el castigo del infeliz inventor: unas veces despedaza su reputacion con infames calumnias, otras le acusa de hechicería ó sortilegio, y cuando el estado de la sociedad imposibilita semejante inculpacion, se esfuerza en probar que el supuesto hallazgo es un plagio, prefiriendo coronar un nombre obscuro y desconocido, á trueque de despojar al mérito del premio y del honor que le es debido.

Tal es la historia de lo que ha sucedido siempre en el mundo y de lo que continuará sucediendo hasta la consumacion de los siglos. Copérnico, muriendo el mismo dia en que recibió el primer ejemplar de su libro inmortal, después de treinta años de asiduas observaciones y prolongados estudios, se libró de una persecucion encarnizada y del disgusto de ver eshumar una porcion de pasajes de los filosófos pitagóricos para disputarle la gloria de su sistema del mundo; Galileo expió en la prision y el destierro la noble osadía de haber abrazado las doctrinas del canónigo prusiano, y el crímen menos perdonable del descubrimiento de los satélites de Júpiter; Harvey, acosado por las mas violentas y vergonzosas diatribas, vió atribuir sucesivamente su bellísimo hallazgo de la circulacion de la sangre á diversos médicos, filósofos y hasta padres de la iglesia antiguos y modernos, como si algunas espresiones vagas, escapadas por casualidad, pudieran equipararse á una demostracion clara y esplícita que forma una nueva era en la ciencia de la organizacion del reino animal; Fulton, víctima de la ignorancia y la malicia de los que le rodeaban mientras construía el primer barco de vapor que ha tenido un éxito feliz, que apenas pudo conseguir que sus compatriotas se prestasen á presenciar la esperiencia cuando estuvo concluido, ha recibido después muestras no menores de envidia é ingratitud, disputándosele su gloria ya en el nombre de un Blasco de Garay,

ya en el de un Jonatham Hulls, ya en el de otros todavía mas obscuros. Es necesario repetirlo: el mérito de una invencion no pertenece á cualquiera que haya tenido algunas ideas confusas ó practicado algunas infructuosas tentativas, sino al que realiza aquellas ideas y las aplica á la satisfaccion de las necesidades de la sociedad. Cuando se recorren estos y otros ejemplos, se maravilla el lector de que aun haya hombres que quieran servir á sus semejantes; pero tal es la altiva condicion de las almas generosas, que contando con las penalidades que acompañan á su gloriosa mision, la siguen hasta su término, sabiendo que jamás han de alcanzar el fruto de sus fatigas, y que á lo sumo la posteridad les hará una estéril y tardía justicia.

Buenaventura Des Periers, chambelan de la reina de Navarra Margarita de Valois, hermana de Francisco I, publicó en Paris en 1537 y reimprimió en Lyon el año siguiente, una coleccion de diálogos satíricos sobre varios asuntos con el título latino de *Cimbalum mundi*, porqué el autor suponia segun la moda de aquellos tiempos, que la habia traducido de dicho idioma. Pocos meses después, en 1539, se suicidó el mismo Des Periers por motivos desconocidos, pero que probablemente no tenian relacion con su libro. El gobierno francés, ya por las sospechas con que miraba todo lo que procedia de la corte herética y libertina de Navarra, ya por haber imaginado que bajo el velo de la alegoría se lanzaban en el *Cimbalum* tiros alevosos contra la religion católica, prohibió su circulacion, recogió todos los ejemplares que pudo haber á las manos, y aun mandó prender y encausar al editor parisiense, sin que se sepa que se le hubiese impuesto ningun castigo. Por estas circunstancias, unidas á la falta de mérito literario, el libro de Des Periers quedó olvidado hasta principio del siglo XVIII en que se hicieron de él algunas ediciones, entre ellas la de Amsterdam de 1732, de la que poseo un ejemplar, y solo conservó la tradicion las noticias que podian perjudicar á la memoria de su autor, y que en efecto la perjudicaron en gran manera, contribuyendo á engrandecer en el peor sentido la reputacion de su obra. Partiendo sin duda de estas noticias imperfectas y exageradas, escribió Enrique Etienne que Buena-

ventura Des Periers, el autor del detestable libro titulado *Cimbalum mundi*, se suicidó por disposicion de la Divina Providencia en castigo de su delito. Otros muchos, adoptando este juicio precipitado, le llevaron mas adelante, y no tuvieron empacho en afirmar de oidas que el *Cimbalum mundi* era un libro lleno de impiedad y blasfemia, digno de ser quemado con su autor, uno de los ateos mas peligrosos que jamás hubiesen existido. Católicos y protestantes estaban conformes en este fallo, que copiaron sin exámen escritores de primer órden y críticos de un mérito eminente, como el P. Mersenne, Voecio, Spigelio y el célebre Bayle. Sin embargo, cuando nos proponemos averiguar hasta que punto es exacto, encontramos con la mayor admiracion, que toda esta severidad recae sobre cuatro diálogos harto insípidos y vulgares, en que el autor hace algunas alusiones casi ininteligibles á las disputas de los calvinistas sobre la gracia y el libre alvedrío, y á las pretenciones exageradas de los luteranos, que pretendían haber restaurado la fé cristiana á su pureza primitiva. Por manera que si estos y los prosélitos de la iglesia de Ginebra no carecian de motivos para estar sentidos contra Des Periers, los católicos tenían que agradecerle sus buenos oficios, y la corte cristianísima de Francia debió premiarle en lugar de perseguirle, ó lo que todavía fuera mejor, unos y otros debieron desdeñarle. Si hubiese escrito con mas lucidez, se habría adquirido el apoyo de uno de los partidos que dividían la iglesia y el estado; pero en su lenguaje enigmático, los católicos sospecharon un sentido oculto y de alta trascendencia, y los protestantes percibieron claramente la agresion de uno de los miembros de su propia comunion, y por distintos fines conspiraron unos y otros contra él. Así se forman sobre los mas débiles cimientos reputaciones colosales, que el soplo de la verdad destruye en un momento, después que han agitado el mundo, haciéndonos ver lo poco que vale el juicio de los contemporáneos, y el riesgo que se corre en dejarse llevar de agenas opiniones.

He leído varias veces y en diversos autores acreditados, que la tierra está habitada por mil millones de personas, proposicion que estoy muy dispuesto á dejar correr, tanto porqué no pienso dedicarme jamás á contarlas, cuanto porqué no he

de sufragar los gastos de su manutencion ; antes bien, proponiéndome demostrar por cálculos y guarismos las ventajas de la economía, el resultado final será tanto mas favorable cuanto mayor sea el número de personas que se dediquen á economizar, segun el refran castellano de *á mas moros, mas ganancia*. Sentados estos preliminares, he aquí mi modo de discurrir: si cada una de estas personas ahorra diariamente un *chico*, que por cierto es bien poca cosa, tendremos cada dia mil millones de chicos, que hacen 30,000 millones de chicos al mes, y 365,000 millones de chicos al año, haciendo gracia de los bisiestos, cuya generosidad espero se me agradezca. Estos 365,000 millones de chicos equivalen á 45,625 millones de reales, ó sean 5.703.625,000 pesos ahorrados cada año ; y con esta suma, y por medio de contratas bien dirigidas, ¡cuántos millones de peonzas y papalotes se podrán comprar para perdurable diversion de la parte muchachil del género humano!

No se arroje el lector á condenar precipitadamente mis cálculos. Escritores de mucho fondo, ó que á lo menos tienen reputacion de tales, que para el caso es lo mismo, no raciocinan de otro modo, figurándose que á fuerza de adiciones, multiplicaciones y aglomeraciones de guarismos, demuestran matemáticamente lo que no es susceptible de demostracion. Este abuso de la aritmética, uno de los mas ridículos y reprensibles que conozco, es el que debe condenarse.

Fin del tomo segundo.

CONTINUACION

DE LA

LISTA DE LOS SEÑORES SUSCRIPTORES.

1 D. Adrian Dod.
2 D. Antonio Ponce de Leon.
3 Br. D. Antonio Villaverde.
4 Br. D. Buenaventura Millet.
5 D. Cárlos del Castillo.
6 Br. D. Domingo Montes de Acosta.
7 Br. D. Domingo Morin.
8 Br. D. Elias Ortega.
9 D. Esteban de Estrada.
10 Teniente coronel D. Félix Ureña.
11 D. Félix Estruch.
12 Excmo. Sr. D. Francisco Lemur.
13 Dr. D. Francisco Javier de la Luz Urrutia.
14 Ldo. D. Francisco de Paula Serrano.
15 Ldo. D. Francisco Erice.
16 Ldo. D. Francisco Hernandez.
17 D. Francisco Chacon.
18 Br. D. Francisco Aday.
19 Br. D. Francisco Valladares.
20 Br. D. German Valdés Montero.
21 Br. D. Gerónimo Guzman.
22 Br. D. Gregorio Agüero y Saldívar.
23 D. Guillermo Picard.
24 Br. D. Jacobo Barrós.
25 Ldo. D. Joaquin Rosell.
26 Br. D. Joaquin Quilez.
27 D. Joaquin María Diaz.
28 Ldo. D. José Ramon Simoni.
29 Ldo. D. José María Fustier.
30 Br. D. José Joaquin Lopez.
31 Br. D. José Hipólito Huau.
32 Br. D. José Joaquin Lopez.
33 Br. D. José Gonzalez.
34 Br. D. José Marcelino Pacheco
35 D. José del Castillo.
36 D. José Arango.
37 D. José Cleto Diaz de Acevedo
38 D. José Gregorio de Miranda.
39 D. José Fernandez de Castro.
40 D. Juan Ber.do de Echavarría.
41 Br. D. Juan Gualberto Valdés.
42 D. Juan Fabre.
43 D. Juan Posada.
44 D. Julian Francisco de Miranda
45 Br. D. Luis Portela.
46 Br. D. Manuel Donoso.
47 D. Marcial Chorin.
48 D. Mariano de Lassaleta
49 D. Martin de Urreta.
50 Dr. D. Miguel de Céspedes.
51 Ldo. D. Miguel Govantez.
52 Br. D. Miguel Casanova.
53 Ldo. D. Paulino Santos.
54 Br. D. Pedro María Gonzalez.
55 D. Pedro Fernandez de Castro.
56 D. Quintin del Rio.
57 Br. D. Rafael Dorca.
58 Br. D. Ramon Elcid.
59 D. Valentin Obregon.

ERRATAS.

En la página 48, 2.º párrafo, cuarta y quinta línea, dice: en que murió, léase mortuorio.

En la 75, En S. Francisco de Paula, dice: 7,84 por 100, léase: 8,55 por 100.

En la 127, 2.º párrafo, línea 19, dice: ó infor-, léase : ó el infor-

En la 128, 2.º párrafo, línea 11, dice: de que resultó An-, léase: de que resultó quedar An-

En la 130, 2.º párrafo, línea 7, dice: los cascos de la herradurra, léase: los clavos de la herradura. Levantose en la plaza un alarido de susto y de rabia que no pudo oir Lupercio, porqué su caballo partió á escape y desapareció entre el remolino de polvo que levantaba en su carrera.

En la 133, primera línea, dice: los que padecen, léase: los que las padecen.

En la 157 línea 6, dice: á la claridad porqué solo, el, léase: á la claridad, porqué solo el

En la 203, la suma parcial y 2.ª de S. Ambrosio dice: 371, léase: 321. y la resta que dice, 312 léase: 362.

En la 212, título, dice: y naturalidad de las palabras, léase: y decoro de las palabras.

En la 234, cuarto párrafo, línea 4, dice: un enjambre, léase: un enjambre de mosquitos.

En la 242, cuarta estrofa dice: y la frente reclinada sobre el seno, léase: la frente reclinada sobre el seno,

En la 244, iniciales dice: B. V. léase: B. O.

En la 252, última copla dice: de la menguante luna, léase: de la ya menguante luna.

En la 254, segundo párrafo, línéa 15 dice: que los formaban, léase: que le formaban.

En la 256, 2.º párrafo línea 3, dice: cerrar los ojos, léase: cerrar de ojos.

En la 269 segunda línea, dice: del ventrículo izquierdo, léase: del ventrículo derecho.

En la 354, 2.º segundo párrafo, línea 7 y 8, dice: divieron, léase dividieron

En la 360, última línea, dice: y su imaginacion fuego; léase: y su imaginacion de fuego

En la 370, 5.ª estrofa, segunda línea, dice: y en los tristes matorrales, léase: y en tus tristes matorrales

En la 374 primer verso, dice: tremsnte!, léase: tremante!

ERRATAS DEL PRIMER VOLUMEN.

En la página 345, línea 11, dice cuastiño, léase: cuartiño.

En la página 354, 2.ª línea dice: de abortones; léase de abortos;

INDICE

De las materias que contiene este volumen.

Pag.

Seccion 2.ª —Literatura.

Seccion 3.ª —Costumbres.

PAG.

SECCION 4.ª —POESÍA.

SECCION 5ª —VARIEDADES.

PAG.

